

26

48

LAS

TRES

ROBIAS

2

DG806

G3

v. 2

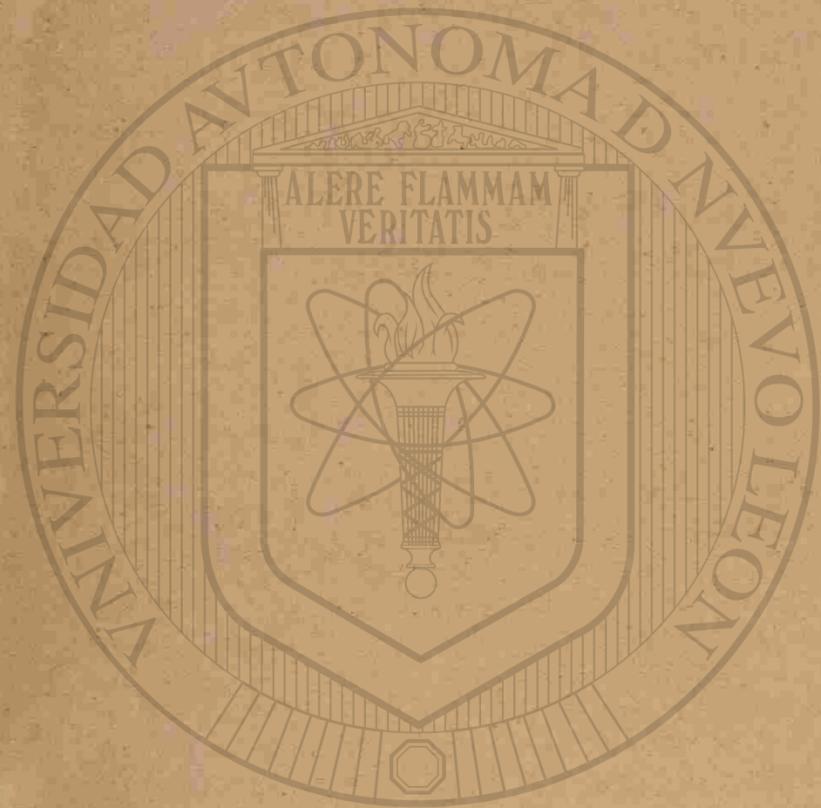
006438



EX LIBRIS
HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080017039



U A N L
LAS TRES ROMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS
TRES ROMAS

DIARIO DE UN VIAJE A ITALIA

ACOMPANADO

1.º—De un plano de Roma antigua y moderna. 2.º—De un plano de Roma subterránea ó de las Catacumbas.

Por Monseñor Gaume

Protonotario apostólico, doctor en Teología, Vicario general de Reims, de Montauban y de Aquila, Caballero de la orden de San Silvestre, Miembro de la Academia de la Religión Católica de Roma, de la Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Berançon, etc., etc.

TRADUCIDA

Por el Sr. Luis Antonio Moran.

ABOGADO.

"Nec unquam (civitas) nec major nec sanctior".
Jamás ha habido ciudad más grande ni más santa.
Tr. Liv. Hist., lib. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO II.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1883.

Imprenta y Litografía de la Biblioteca de Jurisprudencia, calle de la Merced núm. 29.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

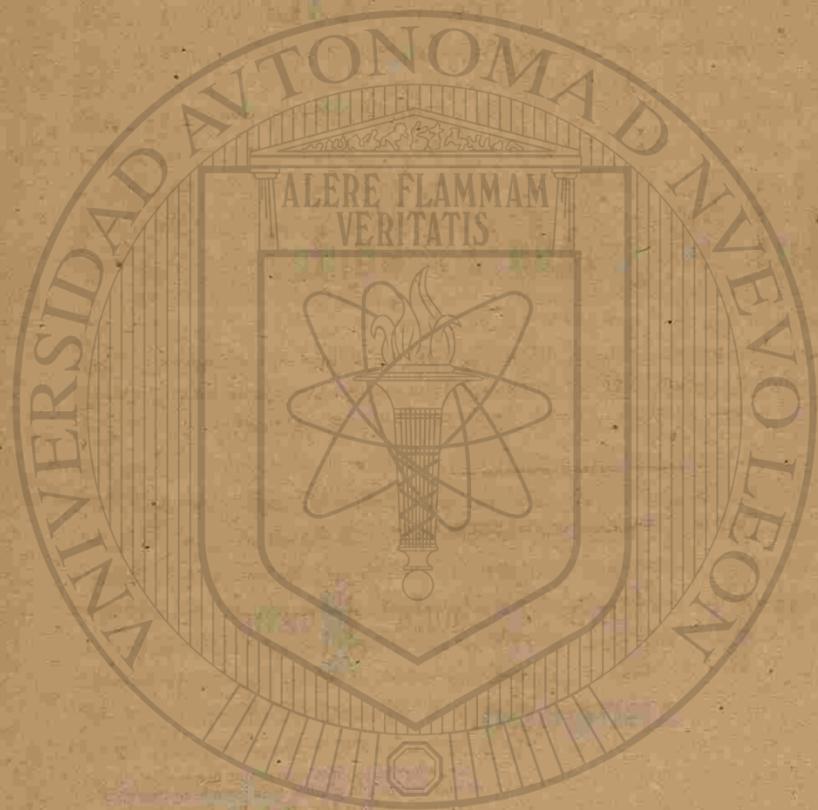
FONDO BIBLIOTECARIO
VALERDE Y LETEX

43396

D6806

63

v. 2



Capilla Alfonso
DIRECCIÓN GENERAL



FONDO EN METERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LAS

TRES ROMAS.

1° DE ENERO DE 1842.

El primer día del año en Roma.—Visita á San Pedro.—Dimension.—Bellezas artísticas.—La Cátedra de San Pedro.—Los fundadores de órdenes.—Dócel.—La Cúpula.—San Pedro, imagen del cielo.—Las Reliquias.—Visita al Padre V.....—Varilla del penitenciario.

Este día vivimos poco en Roma y demasiado en Francia. El recuerdo de nuestros amigos, recuerdo tan dulce cuando se está cerca de ellos, tan amargo cuando se está lejos, se apoderó de nosotros al despertar; ¿qué harán? ¿qué dirán? ¡Ah! piensan y hablan de nosotros, nos envían sus buenos deseos; y nosotros también teníamos para con ellos deseos en el corazón y en los labios. Estos deseos los depositamos en el altar santo, en el seno del Padre común de la gran familia católica, y fueron confiados á los ángeles del cielo; entonces las llanuras de la Italia no fueron bastante extensas, ni los Alpes bastante altos, para impedirles llegar á su destino.

Después de nuestros amigos de Francia, vinieron nuestros amigos de Italia. Tengo gusto en decirlo: en Roma reina no sé qué

simpatía que os da muy pronto amigos y casi hermanos. Allí, más pronto y más completamente que en otras partes, desaparecen las distinciones de países, las oposiciones, ó si quereis también, las repugnancias nacionales, para dar lugar á un solo título: el de católico. En Roma, los católicos se ven como de casa, y á la verdad que es así con razón. ¿No es Roma la ciudad del Padre común, el centro de la catolicidad, la cuna y el trono de la fe, que del uno al otro polo une todos los espíritus y todos los corazones en el mismo pensamiento y en el mismo amor? ¿No las glorias de Roma, son mis glorias? ¿no sus fiestas son mis fiestas? ¿no su doctrina es mi doctrina? Hé aquí lo que puede decir el católico francés, inglés, africano, asiático, americano; su patria nada importa y esto es lo que siente muy bien y se dice instintivamente, cuando está en Roma. Por otra parte, nosotros recibimos la visita y las felicitaciones de cierto número de amigos, extranjeros y romanos. Esta señal de afecto, cuyo principio era ciertamente la comunidad de pensamientos en

TOMO II —2

006430

D6806

63

v. 2



Capilla Alfonso
DIRECCIÓN GENERAL



FONDO EN METERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LAS

TRES ROMAS.

1° DE ENERO DE 1842.

El primer día del año en Roma.—Visita á San Pedro.—Dimension.—Bellezas artísticas.—La Cátedra de San Pedro.—Los fundadores de órdenes.—Dócel.—La Cúpula.—San Pedro, imagen del cielo.—Las Reliquias.—Visita al Padre V.....—Varilla del penitenciario.

Este día vivimos poco en Roma y demasiado en Francia. El recuerdo de nuestros amigos, recuerdo tan dulce cuando se está cerca de ellos, tan amargo cuando se está lejos, se apoderó de nosotros al despertar; ¿qué harán? ¿qué dirán? ¡Ah! piensan y hablan de nosotros, nos envían sus buenos deseos; y nosotros también teníamos para con ellos deseos en el corazón y en los labios. Estos deseos los depositamos en el altar santo, en el seno del Padre común de la gran familia católica, y fueron confiados á los ángeles del cielo; entonces las llanuras de la Italia no fueron bastante extensas, ni los Alpes bastante altos, para impedirles llegar á su destino.

Después de nuestros amigos de Francia, vinieron nuestros amigos de Italia. Tengo gusto en decirlo: en Roma reina no sé qué

simpatía que os da muy pronto amigos y casi hermanos. Allí, más pronto y más completamente que en otras partes, desaparecen las distinciones de países, las oposiciones, ó si quereis también, las repugnancias nacionales, para dar lugar á un solo título: el de católico. En Roma, los católicos se ven como de casa, y á la verdad que es así con razón. ¿No es Roma la ciudad del Padre común, el centro de la catolicidad, la cuna y el trono de la fe, que del uno al otro polo une todos los espíritus y todos los corazones en el mismo pensamiento y en el mismo amor? ¿No las glorias de Roma, son mis glorias? ¿no sus fiestas son mis fiestas? ¿no su doctrina es mi doctrina? Hé aquí lo que puede decir el católico francés, inglés, africano, asiático, americano; su patria nada importa y esto es lo que siente muy bien y se dice instintivamente, cuando está en Roma. Por otra parte, nosotros recibimos la visita y las felicitaciones de cierto número de amigos, extranjeros y romanos. Esta señal de afecto, cuyo principio era ciertamente la comunidad de pensamientos en

TOMO II —2

006430

la fe, produce una impresion que el tiempo no puede borrar.

En la calle se oia circular por todas partes el *Buon capo d'anno*, *Buen cabo de año*, palabra consagrada por el uso para desear un buen año. Esta palabra no va sola; pudimos observar fácilmente que en Roma, como en Paris, el primer día del año, se divide el género humano matemáticamente en dos clases: la una que da y la otra que recibe regalos de año nuevo; y si tengo buena memoria, en todas partes la última es mucho más numerosa, sin ser por eso la ménos contenta.

Dejando gozar de su dicha á esta interesante porcion de la humanidad, quisimos aprovechar el tiempo, y nos dirigimos á San Pedro. ¿No era muy conveniente comenzar el año por una visita al rey de la ciudad? Además, el buen padre V. . . . penitenciario de Francia, nos habia citado á su domicilio, es decir, á su confesonario, colocado en el crucero de la gran basílica. Al pasar cerca del obelisco de Neron, el excelente amigo que nos acompañaba se descubrió respetuosamente y rezó una oracion. "Vos saludais, le dije, uno de los más gloriosos trofeos del cristianismo."—Hago más todavía, saludo á la verdadera cruz, porque un pedazo de ella corona el monolito, y rezo el *Pater* y el *Ave*, porque gano con esto la indulgencia de diez años y diez cuarentenas que Sixto V concedió para este caso." Nosotros imitamos su ejemplo y llegamos á San Pedro, cuya historia y cuya arquitectura, debian ocuparnos principalmente. Antes de entrar bajo el vestibulo, se nos dijo: "Ved esas columnas que sostienen el gran techo; si cortárais una rebanada de alguna de ellas, tendríais una mesa en que podríais recibir doce personas." Como todos los viajeros, respondimos con un signo de incredulidad, pero bien pronto bajamos de tono y convenimos en que los doce convidados estarian

muy ámplios. Tal es la felicidad ó la desgracia de San Pedro: todo es en él colosal y nada parece grande. Por una parte, la arquitectura griega con sus arcos plenos y sus líneas cortadas, que bajan el rayo visual; por otra, la armonía de las proporciones que haciendo de todas las partes del monumento un todo perfectamente homogéneo, no pone ninguna de ellas en relieve; todas estas cosas pasan por ser las causas principales de la ilusion.

Antes de salvar los umbrales, quisimos darnos cuenta de las trasformaciones que la iglesia habia sufrido, ántes de llegar á ser por su grandeza y su magnificencia el primer templo del mundo.

Desde luego se presenta una relacion que no carece de interes. Entre los diferentes cuarteles de Roma, el Vaticano fué el más particularmente manchado con las supersticiones y las infamias paganas. El templo de la Buena Diosa, el de Apolo, el palacio de Neron, la presencia de horribles serpientes 1, justifican, explicándola, la palabra de *infame* con que Tácito designa aquella region *transiberina* 2. ¿Qué profundidad de los consejos eternos! Este es el mismo lugar que la Providencia eligió para colocar el templo más augusto del universo, sobre el mismo suelo en donde la serpiente reinaba como señora; el mismo en donde Neron creyó sofocar á la Iglesia en su cuna; allí debia resplandecer á vista de los pueblos admirados, el templo del Pescador galileo, monumento inmortal de la doble victoria alcanzada sobre el inferno y sobre el mundo; al pié de la misma montaña en que los paganos alucinados

1 *Faciunt his fidem in Italia appellatæ Bœæ (id est serpentes) in tantam amplitudinem exentes, ut, D. Claudio príncipe, occisæ in Vaticano solidus in alvo spectatus sit infans.—Plin. lib. VIII.*

2 *Postremo ne salitus quidem cura infamibus Vaticani locis magna pars retendit, unde crebræ in vulgus mortes.—Tacit. Hist. lib. II.*

iban á buscar los oráculos de la mentira, era necesario que el mundo cristiano viniese á recibir con un respetuoso amor los infalibles oráculos de la verdad. De aquí el nombre de Vaticano dado á esta colina 1.

Miéntras los mártires inmolados por Neron fueron depositados en las grutas cavadas por sus hermanos en las cercanías del circo y de los jardines imperiales, el apóstol, víctima á su vez del cruel emperador, vino á descansar en medio de sus hijos y á comenzar la gran ciudad de los mártires. Sobre aquellas grutas, tumba, asilo y cuna de los primeros cristianos, el papa San Analecto, sucesor de San Pedro, erigió un modesto oratorio 2; ¿y cómo referir las lágrimas que se derramaron y las oraciones que resonaron en aquel lugar venerable, durante las tempestades tres veces seculares que combatieron á la Iglesia naciente? A la aurora de la paz, Constantino se apresuró á cambiar el oratorio primitivo en un templo digno del lugar que debia consagrar. El día fijado para comenzar los trabajos, se trasladó el emperador al Vaticano, y deponiendo la diadema y la púrpura, quiso él mismo abrir los cimientos y extraer doce cestos de tierra en honor de los doce Apóstoles. ¿No era justo que las manos de los Césares, empleadas en otro tiempo en edificar los templos de los ídolos, se santificasen, trabajando en los templos del verdadero Dios? 3 El cuerpo de San Pedro, sacado de su tumba, fué colocado en una caja de plata, encerrado en otra de bronce dorado,

1 *Vaticanum, á Vaticinio. Severan. á S. Severino de septem urbis eccles., etc.—Ciampini, Veter. monim., t. III, p. 30 y siguientes.*

2 *Hic memoriam B. Petri construxit et composuit dum presbyter factus fuisset á B. Petro. Anast. in Analecti.*

3 *Restitucionem Capitoli aggressus rudibus purgandis manus primus admovit, ac suo collo quædam extulit. Suet. in Vespas., c. VIII.*

la cual fue enriquecida con una cruz de oro, que pesaba 150 libras.

Constantino y Santa Elena, reunieron sus liberalidades para embellecer el nuevo templo. Hé aquí la lista compendiada de sus regalos: los doce Apóstoles, de plata, con peso cada uno de 300 libras; tres cálices de oro, adornados con cuarenta y cinco piedras preciosas, de á 10 libras cada uno; dos vinageras de oro, de á 10 libras; una pantalla de oro purísimo, y un tabernáculo en forma de torre, coronado con la paloma y adornado con doscientas quince perlas; ambas cosas pesaban 30 libras; cinco pantallas de plata cada una de á 15 libras; una corona de oro, delante de la tumba, con un candelabro, adornado con 30 delfines, con peso de 35 libras; en el centro de la iglesia, treinta y dos candelabros de plata adornados con delfines, de á 10 libras cada candelabro; el altar, de oro y de plata cincelado, adornado con doscientas diez piedras preciosas, y con peso de 350 libras; un brasero para los perfumes, de oro puro, enriquecido con cincuenta y una perlas, y pesaba 15 libras; además, rentas considerables para el sostenimiento de la iglesia y la magnificencia de las ceremonias 1.

Este templo augusto fué consagrado por el papa San Silvestre, el 18 de Noviembre del año 324. Después de muchas restauraciones y ampliaciones, y aun de una reconstrucción completa, ha llegado á ser, por el celo de los soberanos pontífices, lo que es hoy, la maravilla del mundo. El frontispicio descansa sobre ocho columnas y cuatro pilastras corintias, separadas por cinco puertas. Está coronado por un ático, sobre el cual hay una galería desde donde se elevan trece estatuas colosales que representan á Nuestro Señor y á los doce Apóstoles; á uno y otro lado están dos

1 *Anast. in Sylvestr.*

magníficos relojes. Las cinco puertas del frontispicio, colocadas delante de las cinco puertas de la iglesia, conducen á un soberbio vestíbulo, brillante de mármoles y dorados. Delante de la puerta del medio, está el célebre mosaico llamado la *Navi-cellá*. En esta obra del siglo XIII, se ve á San Pedro, conduciendo su barca agitada por los vientos. El verdadero motivo por el cual se encuentra este cuadro en el vestíbulo, no es conocido por todos los viajeros. Los cristianos ignorantes conservaron durante muchas generaciones, la costumbre pagana de mirar la salida del sol, y de honrarle ántes de entrar á la basílica. Con el fin de presentarles un objeto digno de sus homenajes, fué colocado el mosaico en el lugar en que hoy está todavía; todos los días, por espacio de treinta años, no dejó de venerarla nunca el sabio cardenal Baronio al entrar á San Pedro, ni de rezar esta oración: Señor, salvadme de las olas del pecado, como salvásteis á Pedro de las olas del mar; *Domine ut creavisti Petrum a fluctibus, ita eripe me a peccatorum undis*. Este piadoso ejemplar, imitado por los colegas del cardenal, ha sido también seguido por los peregrinos que lo saben.

La Iglesia ha colocado en los dos extremos del vestíbulo, el recuerdo de los dos más grandes acontecimientos políticos de su historia. Constantino y Carlomagno, presentes en sus soberbias estatuas ecuestres, recuerdan: el primero, la victoria del cristianismo sobre el mundo pagano; el segundo, el establecimiento social de su reino en el mundo moderno. La gran puerta de bronce, homenaje de Eugenio IV, está adornada con bajo-relieves que representan el martirio de San Pedro, la coronación del emperador Segismundo, así como los principales acontecimientos del concilio de Florencia y la reunión tan deseada de los griegos con los latinos. Sobre esta puerta

se admira el bajo-relieve del Bermino, que representa á Nuestro Señor confiando á San Pedro el cuidado de sus ovejas.

Ya una vez entrado en la basílica, envano busca el viajero las colosales proporciones de que ha oído hablar; altura, latitud, longitud, todo le parece comun; y sin embargo San Pedro excede en magnificencia y en grandeza á las iglesias más vastas y más espléndidas del Oriente y del Occidente, tales como Santa Sofía de Constantinopla, la catedral de Milan y San Pablo de Lóndres. La catedral de Milan no tiene más que 418 piés de longitud y 312 de latitud, y San Pablo de Lóndres, 499 piés de longitud y 251 de latitud; mientras que contando desde la puerta de entrada hasta la cabecera, San Pedro cuenta 375 piés de longitud y 419 de latitud en el crucero. La nave del medio tiene 82 piés de latitud y 142 de altura, comprendiéndose la bóveda. Las dos naves laterales tienen cada una 20 piés de latitud. Estas diferentes medidas están grabadas en el pavimento de San Pedro. Este pavimento, todo de mármol ó de pórfido, parece un brillante patio esmaltado de flores y cortado en rosetones, en rombos y en figuras de una graciosa variedad y de gran riqueza en los dibujos.

Las fuentes de agua bendita aumentan desde luego la ilusión, pero bien pronto la disipan; acercarse á ellas es el primer medio de conocer los tamaños de San Pedro. Se nos había dicho: "Los ángeles que las sostienen tienen seis piés;" y nosotros habíamos respondido: "Exajeración de viajeros entusiastas." Pues bien; se tenía razón en lo primero y nosotros no la teníamos. Medimos aquellos ángeles, que al primer golpe de vista parecen unos niños, y que en realidad son colosos de seis piés. Son de mármol blanco y sostienen dos conchas de mármol amarillo, colocadas una enfrente de otra, delante de los dos primeros es-

pacios entre las pilastras. Quise ofrecer el agua bendita al excelente amigo que nos acompañaba, pero se negó á recibirla. "Para ganar la indulgencia tomando agua bendita en las basílicas romanas, me dijo, es preciso tomarla por sí mismo; así lo han querido los soberanos pontífices, á fin de que cada fiel haga por sí mismo un acto de religión."

Cuando se viene á San Pedro, para admirar sus maravillas, el mayor embarazo consiste en saber por dónde empezar. Monumentos de todo género, obras maestras de pintura y de escultura, se disputan la atención. Si se empieza por el lado derecho, teneis desde luego la capilla de la *Piedad*, en la cual se revela el cincel de Miguel Angel, en la inmortal estatua de la Santísima Virgen que tiene en sus rodillas á su Hijo muerto. La columna rodeada de fierro que se levanta cerca del altar, es, segun tradición, una de las doce columnas del templo de Jerusalem, que Constantino mandó colocar al rededor de la Confesion de San Pedro. La antigua inscripción que la acompaña, celebra los numerosos milagros concedidos á la fe de los peregrinos delante de aquel monumento santificado por la presencia y acaso también por el tacto del Hombre-Dios. En seguida, se presenta la capilla de San Sebastian notable por las dos tumbas, del papa Inocencio XII y de la condesa Matilde de Mantua. Más lejos, la magnífica capilla del Santo Sacramento ofrece á vuestra admiración sus tumbas de Sixto IV y de Gregorio XIII, su rico tabernáculo y su *Comunion de San Gerónimo*, en mosaico. Aquí es donde el juéves Santo, el soberano pontífice, despojado de los ornamentos de su dignidad, lava los piés de los doce apóstoles. Viene en seguida la capilla de la Virgen Santa, construida segun los dibujos de Miguel Angel, con su brillante altar de alabastro, de amatistas y de otras piedras

preciosas; allí descansa Benedicto XIV, en medio de la *Ciencia* y de la *Caridad*. Admirad también el altar de la *Nacelle*, cuyo cuadro de mosaico representa la barca de Pedro, próxima á sumergirse, y al Salvador viniendo á calmar las olas; luego, el magnífico mausoleo de Clemente XIII, inmortal obra de Canova. Los dos leones acostados sobre los dos grandes zócalos, son los dos más bellos leones modernos que se conocen. Hay que lamentar, que en las otras figuras el artista sacrificó demasiado el espíritu á la forma. La última capilla á la derecha, está dedicada á Santa Petronila, y el cuadro que representa á la santa en el momento de su exhumación, pasa por ser el mosaico más bello de San Pedro.

En la cabecera de la iglesia, aparece á una grande altura la cátedra de San Pedro ¡Qué gozo para un católico, para un sacerdote, el descansar sus miradas en aquel venerable monumento! Hé ahí esa cátedra mil veces más respetable que las sillas curules de los senadores romanos y que todos los tronos de los reyes y de los emperadores; esa cátedra en que se sentó tantas veces San Pedro en los subterráneos del Vaticano; desde la cual ordenó á los primeros sacerdotes y consagró á los primeros pontífices; desde la cual predicaba y administraba los sacramentos, á aquellos queridos néofitos cuyo vestido emblanquecido la víspera con las aguas del bautismo, debía al día siguiente teñirse con la sangre del martirio. Esta cátedra, conservada largo tiempo cerca del cuerpo del Apóstol en la catacumba vaticana, fué el primer trono, en el cual iban á sentarse sus sucesores, despues de su elección. En fin, Alejandro VII la mandó colocar en el magnífico monumento en que hoy se vé y que no costó menos de cien mil escudos romanos 1. Un altar majestuoso de mármol

1 Constanzi, t. II, p. 19.

exquisito y una cátedra de bronce dorado, en la cual se conserva la cátedra de madera de la que se sirvió el Apostol, son las dos partes de que se compone esta obra tan hermosa. La parte superior está sostenida por cuatro figuras colosales de bronce, que representan á los cuatro grandes doctores de la Iglesia, dos del Oriente y dos del Occidente, y acompañan á este monumento, las soberbias tumbas de Paulo III y de Urbano VIII. Abajo de esta cátedra dos veces monumental, se sienta el pontífice, cuando oficia con ese carácter.

Descendiendo en la iglesia por el lado izquierdo, se llega al altar de los santos apóstoles Simon y Júdas, adornado con dos gruesas columnas de granito negro egipcio, en medio de las cuales brilla un cuadro de mosaico que representa á San Pedro curando al cojo. Detengámonos delante de la capilla de San Leon Magno, para admirar sus dos columnas de granito rojo y el magnífico bajo-relieve de Algardi, que representa al pontífice haciendo retroceder á Attila. Hé aquí ahora la tumba de Alejandro VII, última obra de Bernino. El altar es notable por sus cuatro columnas, que son, dos de alabastro y dos de granito negro. Pio VII, de inmortal memoria, sentado entre la *Fuerza* y la *Sabiduría*, descansa en la capilla Clementina, bajo un mausoleo, debido al cincel de Thorwaldsen y á la generosidad del fiel cardenal Gonsalvi. A estos monumentos sucede la magnífica capilla del capítulo de San Pedro. Está cerrada con un enrejado de hierro con adornos de bronce dorado, y presta durante los oficios un soberbio golpe de vista. Encima de la puerta inmediata está depositado provisionalmente el cuerpo del último papa reinante; así como en San Dionisio, el muerto no baja á su sepulcro sino hasta la muerte de su sucesor. Entre las obras maestras consagradas á la gloria inmortal de los Santos y de los

Pontífices, brillan reales infortunios; los monumentos de los Estuardos, obra de Canova, adornan la capilla de la *Presentacion*. La capilla de las *Fuentes bautismales* termina esta corona de santuarios espléndidos. Todo lo que pueden las artes para despertar la fe á vista de la grandeza del sacramento, que hace del hijo del polvo un hijo de Dios, brilla en este lugar sagrado. Las pinturas de la cúpula son de una ejecución perfecta; una urna de pórfido en forma de navicilla de doce piés de longitud y seis de latitud, contiene el agua bautismal. Esta urna, hallada en el *Forum*, sirvió en otro tiempo de cubierta en el sarcófago del emperador Oton II, muerto en Roma en 974. Hoy está cerrada por una especie de pirámide de bronce dorado, adornada con arabescos y realizada por cuatro ángeles de bronce.

Volvimos á nuestro punto de partida y comenzamos un nuevo viaje por la gran nave. A derecha é izquierda dominan colosales estatuas de todos los fundadores de órdenes religiosas. Estos poderosos géneos, enviados de siglo en siglo al socorro de la Iglesia, esos ilustres generales cuyas falanges defendieron con tanta gloria la verdad, la virtud, la civilización, forman una larga galería y como una doble cadena que prolongándose hasta la parte redonda de la Iglesia, termina en la Cátedra de San Pedro, centro único de la unidad y foco siempre ardiente de la luz y de la caridad católica. Al bajar se encuentra la estatua de San Pedro sentado en su trono; ya he hablado de ella, pero lo hago de nuevo, porque trae un noble recuerdo. Cierta *viaje en Italia* refiere que el bronce de la estatua de Júpiter Capitolino suministró el material para esta estatua de San Pedro, monumento debido al reconocimiento de San Leon Magno. El ilustre pontífice la mandó fundir en honor del glorioso apóstol, que más poderoso para proteger á Ro-

ma cristiana, que Júpiter para defender á Roma pagana, acababa de salvar la ciudad de los furios de Attila 1. Penetrado de este gran recuerdo, os costará poco imitar á los peregrinos católicos, besar el pié de esta estatua y tocarle con la frente; doble costumbre que traduce bien las dos disposiciones de todo hijo de la Iglesia: el amor y la sumisión. El corazón mismo se enternece cuando al cumplir este piadoso deber, se recuerda que por espacio de treinta años, el padre de la historia eclesiástica, el inmortal Baronio, tocó con su noble frente el pié de aquella estatua y la cubrió de besos. Al mismo tiempo se escapaba de su grande alma; esta palabra de infantil sencillez: *Pax et obedientia; credo Unam, Sanctam et Apostolicam Romanam Ecclesiam; "Paz y obediencia; creo en la Iglesia Una, Santa, Apostólica y Romana."*

Mientras más se adelanta hácia la Confesion de San Pedro, más crece el respeto. Y para aumentarlo aún más, un decreto de la Congregacion de los Ritos de 10 de Octubre de 1594, manda á todos los que se acerquen á ella que se arrodillen, sin exceptuar á nadie, ni al emperador, ni al papa mismo; y hay una sentencia de excomunión para el clérigo de servicio que se atreviese á limpiar ó componer el altar papal, sin estar revestido de la *cota* [sobrepelliz]. Este altar, en donde solo el soberano Pontífice tiene el derecho de celebrar misa, se levanta sobre siete escalones de mármol blanco; está aislado, y según el uso común, ve al Oriente. Cuatro columnas torcidas, de bronce dorado, sostienen el dosel. Fueron fundidas por orden de Urbano VII en 1633 y no tienen menos de 34 piés de altura. Están hechas con el

1 Véase Torrigio de *Cryptis vaticanis*, p. 126. *Id. sacri Trofei Romani*, p. 149. Fr. Maria Phæbus, de *Identitate cathedræ D. Petri Dissert.*, p. 38. *Id. Ciamp., Monim. veter.*, t. III, p. 57. *Id. Constanz.*, t. II p. 17.

bronce de las puertas del Pantheon y llenas en su interior, según se nos aseguró, con huesos de mártires. En los ángulos del cornisamiento brillan cuatro ángeles en pié y vueltos hácia los cuatro puntos del cielo. De sus piés parten cuatro repisas hácia arriba, que en su punto de reunión sostienen un globo dorado coronado con una cruz. Todo esto parece de una mediana elevación; y el palacio Farnesio, el más alto de Roma, no llega á la altura de este magnífico monumento. Desde el suelo ocupado por la estatua de Pio VI, 1 hasta la cima de la cruz, mide más de ochenta y seis piés.

La Confesion de San Pedro me parece que resume completamente la historia de la Iglesia militante. Fundada por los Apóstoles, sostenida por los mártires, levantándose sobre los despojos del paganismo vencido, llamando á los elegidos de Dios dispersos por los cuatro vientos, dominando al mundo por la cruz, alcanzando con su augusta cabeza hasta las puertas del cielo: tal se muestra la Iglesia durante su peregrinación. Pero esto no es más que la primera parte de su existencia ó más bien la mitad de sí misma. Como su divino fundador, así la augusta sociedad reina en el cielo y en la tierra; un templo verdaderamente católico debe representarla en este doble estado. Miguel Angel se ve atravesado por una de esas iluminaciones que crían las obras maestras. El inmortal obrero, por demasiado tiempo esclavo del arte pagano, levanta noblemente su cabeza y repentinamente inspirado por la fe, lanza á los aires la sublime cúpula. En esta creación, la más atrevida que se conoce, tendrá el arte cristiano el espacio necesario para desarrollar en toda su magnificencia la idea de la Iglesia católica. En sus vastas paredes de 130 piés de diámetro y

1 Es una de las bellas obras de Canova.

de 300 de elevacion, el mosaico, pintura inmortal, representará bajo los más brillantes colores á la Iglesia triunfante, con sus gloriosas gerarquías; á los Santos; despues á la Reina de los Santos y de los Ageles; luego á la Augusta Trinidad; luego al Infinito; luego á la Cruz dominando á la eternidad y la inmensidad, así como domina el tiempo y el espacio.

Ademas, no es solo en pintura como está presente en San Pedro de Roma, la Iglesia del cielo; ella vive allí tambien en las innumerables reliquias de sus santos y de sus mártires.

Extranjeros que teneis la desgracia de llevar á la augusta basilica un corazon herido por la duda impía, y vosotros peregrinos de una ciencia incompleta ó de una curiosidad vana, ya no os queda más que salir del templo. Todas las bellezas exteriores del soberbio edificio han pasado á vuestra vista como un brillante panorama; las habeis admirado y criticado con más ó ménos inteligencia, con más ó ménos buena fe: habeis acabado ya. La belleza interior de la casa de Dios, está oculta para vosotros; el sentido poético del monumento se os escapa, porque el mundo sobrenatural que lo habita es nulo para vosotros. Al católico está reservada la inteligencia de estas cosas; solo él tiene ojos para verlas y un corazon para sentir las. Si pues San Pedro de Roma es el reflejo del cielo por sus magnificencias, es su imagen por los santos que lo habitan. Todos los órdenes de bienaventurados están allí representados. Aquel mismo que está sobre todas las gerarquías, se hace adorar allí en los trofeos de su victoria. Al veros rodeado por aquella nube de testigos, os acomete un temor religioso; y no sin experimentar, á ejemplo de millones de peregrinos, sentimientos desconocidos, recorrimos aquel paríso de la tierra. No hay en él un habitante de la Jerusalem celes-

tial cuya presencia no os traiga á la memoria por algun vivo recuerdo.

JESUCRISTO, REY DEL CIELO: Hé aquí una parte notable de su cruz, el fiasco de la lanza que le atravesó el costado, el lienzo en el cual se grabó su adorable rostro ¹.

MARÍA, la reina del cielo; hé aquí una parte del velo sagrado que usó.

SAN JUAN BAUTISTA, el más grande de los hijos de los hombres; **SANTA ANA**, **SAN JOSÉ**; hé aquí una parte de sus cenizas ó de sus vestidos.

LOS APÓSTOLES Y LOS EVANGELISTAS: Hé aquí los cuerpos gloriosos de San Pedro, de San Simon, de San Júdas; las reliquias de San Andrés, de Santiago el Mayor, de San Bartolomé y de San Lúcas.

LOS PONTÍFICES: Hé aquí los cuerpos de treinta y cinco papas, santos ó mártires: Lino, Cleto, Anacleto, Evaristo, Sixto I, Telésforo, Higinio, Pio I, Eleuterio, Víctor, Fábio, Juan I, Juan II, Leon I, Gelasio II, Símaco, Hormisdas, Agapito, Gregorio I, Bonifacio IV, Diosdado, Eugenio I, Vitaliano, Agathon, Leon II, Sérgio I, Gregorio II, Gregorio III, Zacarías, Paulo I, Leon III, Leon IV, Nicolás I, Leon IX, Félix IV.

LOS OBISPOS Y LOS DOCTORES: Hé aquí los cuerpos ó las reliquias de los santos Crisóstomo, Basilio, Gregorio Nazianceno, Policarpo, Lamberto, Martín, Hilario, Gregorio Taumaturgo, Carlos Borromeo, Gerónimo, Tomás de Aquino.

LOS SACERDOTES, LOS DIACONOS Y LOS RELIGIOSOS: Hé aquí á Santo Tomás de Villanueva, á San Francisco de Asis, á San Antonio de Pádua, á San Pedro Alcántra, á San Bernardino de Sena, á San Felipe Neri, á San Estéban, á San Lorenzo, á San Vicente, á San Pablo ermitaño, á San Antonio Abad

¹ Véase la nota al fin del tomo.

LOS MÁRTIRES de todas edades, sexos y condiciones: Hé aquí fuera de los que acabamos de nombrar, á San Proceso y á San Martiniano, carceleros de San Pedro; á San Anastasio, San Teodoro, San Niceo, San Aquileo, los cuarenta mártires, San Gregorio, San Tibureio, Santa Petronila, Santa Bibiana, Santa Teodora, Santa Agata, Santa Columba, Santa Susana, Santa Balbina, Santa Rufina, Santa Catalina, Santa Prudencia, Santa Margarita y otros muchos que resultaron de la gran tribulacion, despues de haber lavado sus vestidos en la sangre del Cordero.

Tales son los habitantes de San Pedro de Roma; tales son los testigos que os miran, los hermanos que os reciben, los amigos que os consuelan, los modelos que os enseñan su palmas y sus coronas. ¿Conoceis alguna asamblea más augusta, un lugar más santo, una imagen más perfecta del cielo sobre la tierra? Una vez más, ¡desgraciado del viajero que tiene ojos y no ve estas cosas, que tiene espíritu y no las comprende, y un corazon y no las siente!

Por lo que hace á nosotros, absortos por la vista de las bellezas exteriores ó interiores del templo del mundo, habiamos olvidado ya el objeto secundario de nuestra visita. En fin; una mirada dirigida á la izquierda de la Confesion de San Pedro, nos recordó al excelente penitenciarío de Francia. Numerosos confesonarios colocados en aquella parte de la iglesia y que tienen esta inscripcion: *Lingua hispanica, Lingua anglicana, Lingua graeca*, anuncian la presencia de los penitenciaribs. Las palabras *Lingua gallica*, escritas en el piso de un amplio confesonario, nos indicaron la morada del P. V. . . . En la mitad de la puerta de este confesonario se levanta una varilla de cosa de 6 piés

de longitud, que dió mucho que pensar á mis jóvenes amigos.

¿Qué es, en efecto, un penitenciarío? ¿Por qué está armado de una larga varilla? ¿por qué pega con ella en la cabeza de los transeuntes que se lo piden? Hé aquí las cuestiones y costumbres que la mayor parte no se toman el trabajo de profundizar; muy pronto hablaré de la *Penitenciaría*; bastará saber por ahora, que en San Pedro se encuentran sacerdotes de diferentes naciones católicas, para oír en confesion á los peregrinos. Investidos con poderes especiales, ejercen bajo la jurisdiccion del gran penitenciarío un ministerio doblemente útil. Absolver á los peniteates, socorrerles, dirigirles, y especialmente á sus compatriotas durante su permanencia en Roma; tales son las ocupaciones de su vida. Como hay seguridad de encontrarles en San Pedro, su confesonario es en cierto modo su domicilio; en el dan sus audiencias, reciben las cartas de recomendacion, toman nota de vuestras peticiones, solicitan para vosotros audiencias con el Santo Padre, ó billetes de entrada á las ceremonias del Vaticano. El buen P. V. . . . cumple en particular estos oficios con un empeño tal, que ha sido llamado justamente la *Providencia de los franceses*.

«Padre mio, le dijo Enrique, ¿qué significa esa larga varilla que teneis delante, y ese golpe que dais con ella en la cabeza de los que os la piden? Es el signo de la libertad espiritual, y este acto de humildad tiene cuarenta dias de indulgencia, cuando se ejecuta con las disposiciones convenientes.» ¿Qué pensar ahora de los turistas que cuentan llanamente, que en Roma se perdonan los pecados con un varazo? ¿y qué de tantos viajeros, que aunque no vituperan esta costumbre, se avergüenzan de admirarla en voz alta y se desdennan en voz baja de conformarse con ella?

Roma cristiana ha conservado esta costumbre. «Los señores del mundo, dice ella, hacian caer las cadenas de sus esclavos con un varazo; pues bien, yo, más poderosa que los señores del mundo, doy libertad á las almas, sirviéndome del mismo signo.» No hay como las ceremonias, para perpetuar con esa sublime sencillez los usos de la más remota antigüedad 1.

1 Hemos llamado este recuerdo, cuando encontramos su confirmacion y su desarrollo en la nota siguiente del conde de Maistré: *Plazo de la just. div.*, not. III, p. 92, ed. in-8°, Lyon. «Habia en Roma tres modos de dar libertad á un esclavo: el censo, el testamento y la varilla. En este último modo, el pretor, apoyando sobre la cabeza del esclavo una varilla que se llamaba en latin *vindicta*, es decir, *adjudicadora*, le decia: *Yo declaro a este hombre libre, como los romanos son libres. Dico cum liberum esse more Quiritum*. Luego, volviéndose hácia el licitor, le decia: *Toma esta varilla y cumple tu deber como te lo he dicho. Secundum tuum censum, sicuti dixi: ecce tibi vindicta*. Despues de haber recibido el licitor la *vindicta* de mano del pretor, daba un golpe con ella en la cabeza del esclavo; luego se lo daba en la mano, en la mejilla y en la espalda. En seguida un secretario escribia el nombre del liberto en el registro de los ciudadanos. Se habian establecido estas fórmulas para hacer palpable á la vista que este hombre, sujeto en otro tiempo á los castigos ignominiosos de la esclavitud, quedaba libre de ellos para siempre. El poder público le golpeaba para anunciar que ya no sería golpeado en adelante. Se comprende ademas, que estos actos no eran más que de pura forma, porque apenas se tocaba ligeramente al esclavo..... El espíritu de esta formalidad, que no es dudoso, es motivado y muy racional: en nuestros dias se la recuerda por el gran penitenciario (y tambien por todos los penitenciaros) de Roma, que toca con la *vindicta* cristiana al penitente absuelto, para declarar que ha cesado de ser esclavo (*veunndatus sub peccato*, Rom., VII, 14), y que su nombre acababa de ser inscrito por el soberano espiritual en el número de los hombres libres, porque *solo el justo es libre*, como lo ha dicho el Pórtico ántes del Evangelio.

2 DE ENERO.

Organizacion del gobierno eclesiástico.—Congregaciones romanas: su objeto, su origen, su constitucion.—La Propaganda.—El Santo Oficio.—El *Index*.—La Congregacion del Concilio.—Del exámen de los obispos.—De la residencia de los obispos.—De los obispos y de los regulares.—De la disciplina de los regulares.—De la inmunidad eclesiástica.—Congregacion de los ritos.—De las indulgencias y de las santas reliquias.—De los negocios eclesiásticos extraordinarios.—Bautismo de una familia judía: su historia.

Ayer, con ocasion de nuestra visita á San Pedro, nombré la Penitenciaría; y hoy con ocasion de la Penitenciaría, voy á ocuparme de las Congregaciones romanas. Ahora bien, lo que Voltaire decia de la Liga, se puede decir de la organizacion del gobierno espiritual de Roma:

Beaucoup, en ont parlé, mais bien peu l'ont connu.
«Muchos de ella han hablado, pocos la han conocido.»

Roma, centro del mundo católico, vió desde los primeros siglos llegar del Oriente y del Occidente, todos los grandes negocios que interesan á la defensa y propagacion del Evangelio. Ella habita tambien las catacumbas, y ya la iglesia de Corinto viene como una hija á su madre, á partir con ella sus dolores, á rogarla que apasigüe el cisma que la desola; más tarde, la Iglesia de Oriente la conjura á decidir la gran cuestion de la celebracion de la Pascua. Hé aquí ahora á la Iglesia de Africa, que somete á ella el irritante negocio del bautismo de los herejes; por fin, el mundo entero se apresura á someterla sus dificultades, á confiarla sus dolores, á llevarla sus problemas que interesan su vida moral y á veces tambien su vida política y civil. «De todas partes, decia el papa Inocencio I, vienen á pedir de beber del manantial apóstolico 1; «innumera.

1 Per omnes provincias de apostolico fonte petentibus responsa, etc. *Epist.* 30.

bles consultas se nos dirigen,» añadía San Leon I. «Vuestra iglesia es la madre de todas las iglesias, escribia al papa Juan, al emperador Justiniano, y nosotros no permitimos que ignoreis nada de lo que interesa á otras iglesias.» 2 Todos los siglos han seguido el mismo ejemplo, y Roma nunca falló en su mision.

¿Pero, cómo ha podido bastar á esta solicitud universal y arreglar tantos negocios tan diferentes, con una sabiduría irreprochable? Su primer cuidado, y yo diré su regla universal, ha sido añadir á la existencia sobrenatural que le está prometida, todas las luces que pueden dar el saber y la experiencia. Léjos de repeler al génio, Roma le llama; allí más que en otra parte, la ciencia y la virtud conducen infaliblemente á los empleos importantes y á las altas dignidades; éste es un hecho glorioso del cual ofrece numerosos ejemplos la historia de los papas y de los cardenales. Ademas, Roma ha dividido los negocios en grandes categorías, y ha establecido diferentes cortes para conocer de ellos. Todos estos negocios se refieren á un doble objeto: propagar y mantener el Evangelio. De aquí viene el origen, número, carácter y atribuciones de las *Congregaciones romanas* 3.

1º En el orden lógico, la primera que se presenta es la Congregacion de la Propaganda. Estando yo alojado cerca del lugar en donde tiene sus sesiones, tenia un

1 Apostolicam sedem innumeris relationibus esse consultam. *Epist.* 10.

2 Nec enim patimur, quidquam quod ad ecclesiarum statum pertinet, quamquam manifestum et indubitatum sit quod movetur, ut non etiam veteris innotescat Sanctitati, qua caput est omnium sanctarum ecclesiarum *Dig.* lib. VIII, c. de *Sum. Trin.*

3 Para trazar el cuadro de esta magnífica administracion, recordaré que existen en Roma trece congregaciones, á las cuales se confian todos los negocios de la catolicidad: tres principales tribunales eclesiásticos y un tribunal civil principal.

doble interes en comenzar por ella mi peregrinacion. Esta Congregacion, instituida en 1622 por el soberano pontífice Gregorio XV, se compone de un cardenal que tiene el título de prefecto, de otros muchos cardenales y protonotarios apostólicos, intérpretes de lenguas extranjeras. Tiene por objeto, como su nombre lo indica, difundir la fe por el mundo entero. En consecuencia, el cuidado de todos los negocios relativos á las misiones y á la intendencia de todos los seminarios y colegios que suministran misioneros, forman sus atribuciones. Los lunes tienen una reunion ante el Santo Padre; sus otras sesiones, que son muy frecuentes, tienen lugar en el Colegio de la Propaganda, que está en la plaza de España. Este soberbio establecimiento se llama el *Colegio Urbano de la Propaganda*, á causa del papa Urbano VIII, que lo fundó en 1627. Está destinado á los jóvenes de las naciones extranjeras, y sobre todo, de las naciones orientales, que se disponen al estado eclesiástico. Por orden de Alejandro VII, todos los alumnos de la Propaganda se obligan con juramento á no abrazar ninguna orden regular sin permiso de la Santa Sede; á entrar á las sagradas órdenes con consentimiento de la Congregacion, y á predicar el Evangelio en su país. Estos jóvenes, enviados la mayor parte por los misioneros, no gastan nada ni para su viaje, ni para su manutencion, ni para su educacion, ni para su vuelta; la caridad apostólica se encarga de todos los gastos. En este año hay ochenta. Su traje se compone del sombrero romano y de una sotana negra con botones y cinturón rojos. Todos los dias, ó casi todos, salen á paseo, á fin de evitar la influencia maligna del *sirocco* (siroco) 1, y durante las vacaciones

1 Viento que viene de la parte intermedia entre Levante y Mediodía, segun la division de

Roma cristiana ha conservado esta costumbre. «Los señores del mundo, dice ella, hacian caer las cadenas de sus esclavos con un varazo; pues bien, yo, más poderosa que los señores del mundo, doy libertad á las almas, sirviéndome del mismo signo.» No hay como las ceremonias, para perpetuar con esa sublime sencillez los usos de la más remota antigüedad 1.

1 Hemos llamado este recuerdo, cuando encontramos su confirmacion y su desarrollo en la nota siguiente del conde de Maistré: *Plazo de la just. div.*, not. III, p. 92, ed. in-8°, Lyon. «Habia en Roma tres modos de dar libertad á un esclavo: el censo, el testamento y la varilla. En este último modo, el pretor, apoyando sobre la cabeza del esclavo una varilla que se llamaba en latin *vindicta*, es decir, *adjudicadora*, le decia: *Yo declaro a este hombre libre, como los romanos son libres. Dico cum liberum esse more Quiritum*. Luego, volviéndose hácia el licitor, le decia: *Toma esta varilla y cumple tu deber como te lo he dicho. Secundum tuum censum, sicuti dixi: ecce tibi vindicta*. Despues de haber recibido el licitor la *vindicta* de mano del pretor, daba un golpe con ella en la cabeza del esclavo; luego se lo daba en la mano, en la mejilla y en la espalda. En seguida un secretario escribia el nombre del liberto en el registro de los ciudadanos. Se habian establecido estas fórmulas para hacer palpable á la vista que este hombre, sujeto en otro tiempo á los castigos ignominiosos de la esclavitud, quedaba libre de ellos para siempre. El poder público le golpeaba para anunciar que ya no sería golpeado en adelante. Se comprende ademas, que estos actos no eran más que de pura forma, porque apenas se tocaba ligeramente al esclavo..... El espíritu de esta formalidad, que no es dudoso, es motivado y muy racional: en nuestros dias se la recuerda por el gran penitenciario (y tambien por todos los penitenciaros) de Roma, que toca con la *vindicta* cristiana al penitente absuelto, para declarar que ha cesado de ser esclavo (*veunndatus sub peccato*, Rom., VII, 14), y que su nombre acababa de ser inscrito por el soberano espiritual en el número de los hombres libres, porque *solo el justo es libre*, como lo ha dicho el Pórtico ántes del Evangelio.

2 DE ENERO.

Organizacion del gobierno eclesiástico.—Congregaciones romanas: su objeto, su origen, su constitucion.—La Propaganda.—El Santo Oficio.—El *Index*.—La Congregacion del Concilio.—Del exámen de los obispos.—De la residencia de los obispos.—De los obispos y de los regulares.—De la disciplina de los regulares.—De la inmunidad eclesiástica.—Congregacion de los ritos.—De las indulgencias y de las santas reliquias.—De los negocios eclesiásticos extraordinarios.—Bautismo de una familia judía: su historia.

Ayer, con ocasion de nuestra visita á San Pedro, nombré la Penitenciaría; y hoy con ocasion de la Penitenciaría, voy á ocuparme de las Congregaciones romanas. Ahora bien, lo que Voltaire decia de la Liga, se puede decir de la organizacion del gobierno espiritual de Roma:

Beaucoup, en ont parlé, mais bien peu l'ont connu.
«Muchos de ella han hablado, pocos la han conocido.»

Roma, centro del mundo católico, vió desde los primeros siglos llegar del Oriente y del Occidente, todos los grandes negocios que interesan á la defensa y propagacion del Evangelio. Ella habita tambien las catacumbas, y ya la iglesia de Corinto viene como una hija á su madre, á partir con ella sus dolores, á rogarla que apasigüe el cisma que la desola; más tarde, la Iglesia de Oriente la conjura á decidir la gran cuestion de la celebracion de la Pascua. Hé aquí ahora á la Iglesia de Africa, que somete á ella el irritante negocio del bautismo de los herejes; por fin, el mundo entero se apresura á someterla sus dificultades, á confiarla sus dolores, á llevarla sus problemas que interesan su vida moral y á veces tambien su vida política y civil. «De todas partes, decia el papa Inocencio I, vienen á pedir de beber del manantial apóstolico 1; «innumera.

1 Per omnes provincias de apostolico fonte petentibus responsa, etc. *Epist.* 30.

bles consultas se nos dirigen,» añadía San Leon I. «Vuestra iglesia es la madre de todas las iglesias, escribia al papa Juan, al emperador Justiniano, y nosotros no permitimos que ignoreis nada de lo que interesa á otras iglesias.» 2 Todos los siglos han seguido el mismo ejemplo, y Roma nunca falló en su mision.

¿Pero, cómo ha podido bastar á esta solicitud universal y arreglar tantos negocios tan diferentes, con una sabiduría irreprochable? Su primer cuidado, y yo diré su regla universal, ha sido añadir á la existencia sobrenatural que le está prometida, todas las luces que pueden dar el saber y la experiencia. Léjos de repeler al génio, Roma le llama; allí más que en otra parte, la ciencia y la virtud conducen infaliblemente á los empleos importantes y á las altas dignidades; éste es un hecho glorioso del cual ofrece numerosos ejemplos la historia de los papas y de los cardenales. Ademas, Roma ha dividido los negocios en grandes categorías, y ha establecido diferentes cortes para conocer de ellos. Todos estos negocios se refieren á un doble objeto: propagar y mantener el Evangelio. De aquí viene el origen, número, carácter y atribuciones de las *Congregaciones romanas* 3.

1º En el orden lógico, la primera que se presenta es la Congregacion de la Propaganda. Estando yo alojado cerca del lugar en donde tiene sus sesiones, tenia un

1 Apostolicam sedem innumeris relationibus esse consultam. *Epist.* 10.

2 Nec enim patimur, quidquam quod ad ecclesiarum statum pertinet, quamquam manifestum et indubitatum sit quod movetur, ut non etiam veteris innotescat Sanctitati, qua caput est omnium sanctarum ecclesiarum *Dig.* lib. VIII, c. de *Sum. Trin.*

3 Para trazar el cuadro de esta magnífica administracion, recordaré que existen en Roma trece congregaciones, á las cuales se confian todos los negocios de la catolicidad: tres principales tribunales eclesiásticos y un tribunal civil principal.

doble interes en comenzar por ella mi peregrinacion. Esta Congregacion, instituida en 1622 por el soberano pontífice Gregorio XV, se compone de un cardenal que tiene el título de prefecto, de otros muchos cardenales y protonotarios apostólicos, intérpretes de lenguas extranjeras. Tiene por objeto, como su nombre lo indica, difundir la fe por el mundo entero. En consecuencia, el cuidado de todos los negocios relativos á las misiones y á la intendencia de todos los seminarios y colegios que suministran misioneros, forman sus atribuciones. Los lunes tienen una reunion ante el Santo Padre; sus otras sesiones, que son muy frecuentes, tienen lugar en el Colegio de la Propaganda, que está en la plaza de España. Este soberbio establecimiento se llama el *Colegio Urbano de la Propaganda*, á causa del papa Urbano VIII, que lo fundó en 1627. Está destinado á los jóvenes de las naciones extranjeras, y sobre todo, de las naciones orientales, que se disponen al estado eclesiástico. Por orden de Alejandro VII, todos los alumnos de la Propaganda se obligan con juramento á no abrazar ninguna orden regular sin permiso de la Santa Sede; á entrar á las sagradas órdenes con consentimiento de la Congregacion, y á predicar el Evangelio en su país. Estos jóvenes, enviados la mayor parte por los misioneros, no gastan nada ni para su viaje, ni para su manutencion, ni para su educacion, ni para su vuelta; la caridad apostólica se encarga de todos los gastos. En este año hay ochenta. Su traje se compone del sombrero romano y de una sotana negra con botones y cinturón rojos. Todos los dias, ó casi todos, salen á paseo, á fin de evitar la influencia maligna del *sirocco* (siroco) 1, y durante las vacaciones

1 Viento que viene de la parte intermedia entre Levante y Mediodía, segun la division de

van á gozar de la *villegiatura* (recreo) en alguna campiña cercana á Roma. El estudio de las ciencias sagradas y profanas, enseñados por maestros hábiles, ocupa todos sus momentos; y tienen á su disposición una vasta biblioteca y un rico museo. El colegio de la Propaganda posee también una imprenta compuesta de toda clase de caracteres extranjeros, para imprimir los misales, biblias, catecismos y otros libros destinados para el uso de los pueblos recientemente convertidos. Sus numerosos departamentos sirven de hospedería á los nuevos cristianos y á los obispos pobres que se van á Roma. Desde su fundación, ha sido la Propaganda un plantel de celosos misioneros, de vicarios apostólicos, de obispos, de arzobispos y de mártires 1.

2.ª La Congregación ó tribunal del Santo Oficio. No basta plantar la fe, es necesario velar por la conservación de este árbol divino, preservándole del gusano roedor de la herejía y de la impiedad. En la Edad Média se levantó una multitud de sectarios que, bajo la máscara de la verdad y de la virtud, corrompían la sana doctrina y se entregaban, en el silencio, á los excesos del libertinaje más escandaloso. No solo se veía amenazada la fe, sino también la civilización de la Europa; entonces fué cuando el gran papa Inocencio III en su inmensa solicitud estableció la *Inquisición ó el Santo Oficio*. Estamos dispensados de decir lo bueno de esta congregación, desde que todos los herejes y todos los impíos, sin excepción, han hablado mal de ella. Bajo los papas Gregorio IX, Inocencio IV y Clemente VIII, llenaron las funciones de inquisidores los Dominicos, los Franciscanos y los Minimos. En 1545 Paulo III 2 estableció en

la rosa náutica que se usa en el Mediterráneo, — N. del T.

1 Constanzi, t. I, p. 109.

2 Constit. *Licet*, etc.

Roma el *Tribunal Supremo* del Santo Oficio, cuya dirección confió á sus cardenales. Este número fué elevado á ocho por Pio IV y á doce por Sixto V, de suerte que hoy se compone esta Congregación del soberano pontífice, presidente; de doce cardenales con el título de inquisidores generales; de un secretario, de un asesor, de un comisario y de un gran número de consultores. Se reúne tres veces por semana; el lunes y el miércoles en el convento de los Dominicos para preparar las cuestiones, y el jueves ante el Santo Padre, para decidir las. La cualidad de los miembros que forman este tribunal, manifiesta la grandeza de su autoridad en las cosas que interesan la pureza de la fe. Su jurisdicción se extiende á toda especie de personas eclesiásticas ó laicas, ciudades, comunidades ó reinos, y no hay privilegio personal ó local que pueda servir de excepción; pero así como es ilimitado su poder, así son grandes la equidad y la misericordia que presiden á sus juicios. Bajo el nombre de *calificadores*, hay teólogos envejecidos en el estudio, que anotan ó califican, según conviene, las proposiciones malas contenidas en los libros denunciados. Una vez que se da cuenta de ellas con las calificaciones y anotaciones, se procede á los debates, pero á puerta cerrada, á fin de salvar el honor del culpable, si está presente, el cual puede defenderse por sí mismo ó recurrir al ministerio de un abogado de su elección. Por un privilegio único se le absuelve, si confiesa su falta, y no se le aplica ninguna pena exterior, limitándose todo á algunas obras satisfactorias. Si la obstinación del culpable obliga al tribunal á castigar, las penas exteriores que impone están muy lejos de ser proporcionadas á la gravedad del delito; tal es esta inquisición tan calumniada, de la cual se ha querido hacer un objeto de espanto. Cuando esteis en Roma no dejéis

de ir á visitar esas prisiones que dicen ser tan terribles, buscad esos calabozos oscuros, esos espantosos instrumentos de suplicio, esos jueces sanguinarios cuyo nombre os ha hecho palidecer, y después de haber reído de vuestro miedo, reconocereis la exactitud de estas palabras atribuidas á no sé qué magistrado: "Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, comenzaría por evadirme, porque no hay absurdo de que uno no se persuada á fuerza de repetirlo."

3.ª Congregación del *Index*. El error tiene, como la verdad, un doble órgano: la voz y la prensa. Si la palabra viva tiene más efecto, la palabra escrita ejerce por su duración y por su propagación una influencia más extensa, y no vigilarla, sería de parte de la Iglesia una prevaricación. Así, desde el momento en que la imprenta se hizo auxiliar activo, incesante del pensamiento humano, Roma se ocupó de dirigirla y de reprimir sus extravíos. El Concilio de Trento, 1 encargó á algunos prelados que hiciesen un catálogo de los libros sospechosos ó perniciosos (*index purgatorius*). No habiendo podido el Concilio examinar este *Index*, lo envió á Pio IV, quien lo aprobó, así como también las reglas establecidas por los prelados examinadores. San Pio V y Clemente VIII, modificando un poco la obra de sus predecesores, constituyeron la Congregación tal como existe hoy. Se compone de diez cardenales, de los cuales uno lleva el título de prefecto; del jefe del sacro palacio, que es asistente perpetuo; de un secretario, que es siempre un dominico de un gran número de consultores y de algunos relatores. Su objeto es examinar los libros y señalar los que deben ser prohibidos; prohibir bajo pena de excomunión el que se retengan ó lean las obras contrarias á

1 Sess. XVIII.

la religión y á las buenas costumbres; y dar á los obispos, á los inquisidores locales y á los impresores, la regla que deben seguir en la lectura, revisión, publicación y venta de libros. Cuando la Congregación se reúne, examina las obras que le han sido denunciadas, sin importarla el país en que han sido publicadas; recoge los votos, presenta la sentencia á la aprobación del Santo Padre y luego publica el *Index*, es decir, la lista de las obras condenadas con la prohibición de que se lean. ¡Cuántas veces he visto en las paredes de Roma, la condenación de ciertos libros cuyo mérito proclama París, y cuya propagación procura por medio de multitud de carteles y en los círculos! Ahora confieso que á mis ojos no hay artículo de diario, ni fama literaria, ni cruz de honor, ni dignidad, que pueda lavar la vergüenza de un autor cuyo nombre está fijo en uno de los postes de la capital del mundo cristiano 1.

1 Los decretos de la Congregación del *Index* están concebidos así:

DECRETUM
DIE N. N. 18.....

Sacra Congregatio Eminentissimorum ac Reverendissimorum sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalium a SANCTISSIMO DOMINO NOSTRO N. PAPA N. sanctaeque Sede Apostolica Indici librorum pravae doctrinae, eorundemque proscripti, expurgati, ac permissioni in universa christiana Republica praepositorum et delegatorum, habita in palatio Vaticano, damnavit et damnat, proscripsit proscribitque, vel alias damnata atque proscripita in Indicem librorum prohibitorum referri mandavit et mandat opera quae sequuntur.

(Aquí el título de las obras y los nombres de los autores.)

Al fin:

Itaque nemo cujuscumque gradus et conditionis praedicta opera damnata atque proscripita, quocumque loco, et quocumque idiomate aut in posterum edere, aut edita legere, vel retinere audeat, sed locorum ordinatis aut haereticarum praevitatis inquisitoribus ea tradere teneatur sub poenis in Indice librorum vetitorum indictis.

4.º La Congregacion del Concilio. La integridad de la fe y la pureza de las costumbres están protegidas por el Index y el Santo Oficio, y era preciso velar por la vida exterior de la Iglesia. Por una parte, la belleza de la hija del Rey no debe estar solamente en su alma, sino que debe brillar tambien en sus vestidos sin mancha, adornados de diversos colores; por otra, la Iglesia debe ser como un ejército formado en batalla que obra en combinacion y al cual nada debe servir de obstáculo. La disciplina es el vínculo misterioso que la hace ser una y fuerte. Al santo Concilio de Trento pertenece sobre todo la gloria de haber reparado y consolidado en los templos modernos este lazo conservador. Pero los instintos rebeldes que viven en el corazón del hombre caído, no podian dejar de recurrir á la astucia y á la maña para eludir leyes que los sujetan; los padres de la augusta asamblea lo habian ya previsto. Se dirigieron, pues, al Pontífice, supremo para suplicarle que pre-

Quibus, SANCTISSIMO DOMINO NOSTRO N. PAPA N. per me infrascriptum secretarium relatis. SANCTITAS SUA decretum probavit, et promulgari precepit. In quorum fiden., etc. Datum Romae die N. N.

(Firma del cardenal prefecto de la Congregacion, y del secretario.)

Luego:

Die N. supradictum decretum affixum et publicatum fuit ad S. Mariam supra Minervam, ad Basilicam Principis Apostolorum, Palatii S. Officii, Curiae Innocentianae valvas, et in aliis consuetis Urbis locis per me N. apost. curs.

DECRETADO

EN EL DIA N. N. DE 18.....

La Sagrada Congregacion del *Indice*, que tuvo lugar en el palacio Vaticano, compuesta de los Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales de la Santa Iglesia Romana, delegados y encargados por NUESTRO SEÑOR N. el papa N. y por la Santa Sede Apostólica de proibir, expurgar ó permitir los libros que contienen doctrinas depravadas, condenó y condena, proscribió y proscriba, es decir, mandó y manda inscribir en el *Indice* de los libros condenados, proscritos prohibidos, las obras que siguen:

viniese ó que hiciese vanos aquellos ataques. Pio IV correspondió á sus deseos, estableciendo una congregacion encargada de interpretar los decretos del Concilio, 1 de velar por su ejecucion y de someter al papa las dudas que pudieran sobrevenir. Los soberanos pontífices San Pio V y Sixto V, extendieron los derechos de esta Congregacion. En consecuencia, le pertenece interpretar todo lo que mira á la reforma y disciplina establecidas por el Concilio de Trento, revisar los decretos de los sínodos, examinar las relaciones que deben enviar los obispos á Roma despues de la visita de sus diócesis, dispensar á los beneficiarios de la residencia por causa de salud ó de estudio, etc. Por razon de la multitud y de la gravedad de sus negocios, la Congregacion se compone de veinticuatro cardenales, de los cuales uno tiene el título de prefecto, de un secretario y de un subsecretario, de un sustituto con empleados y de doce prelados, comprendiendo entre ellos al secretario de letras

(Aquí el título de las obras y los nombres de los autores.)

Al fin.

Y así, nadie, de cualquier grado ó condicion que sea, se atreva en adelante á publicar, leer ó retener en cualquier lugar ó en cualquier idioma, las predichas obras condenadas y proscritas, sino que está obligado á entregarlas á los ordinarios de los lugares ó los inquisidores de la depravacion herética, bajo las penas impuestas en el *Indice* de los libros prohibidos.

Y habiendo relatado el infrascripto secretario esto á NUESTRO SANTISIMO SEÑOR N. EL PAPA N., SU SANTIDAD, aprobó y mandó su promulgacion. En fé de lo cual, etc.

Dado en Roma el dia N. N.

(Firma del cardenal prefecto de la Congregacion, y del secretario.)

Luego dice:

El nra N. se fijó y publicó por mí, el supradicho decreto en las puertas de Santa María supra Minervam, de la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, del Palacio del Santo Oficio, de la Curia Inocenciana y en otros lugares acostumbrados de Roma."

1 Constit. *Aliis nos* etc.

latinas. Este último está encargado de transmitir á los obispos la resolucion de las dificultades que ellos han sometido á la Congregacion.

5.º La Congregacion del *Exámen de los Obispos*. El mantenimiento de la disciplina y el triunfo de un ejército, dependen casi siempre de los generales que lo mandan; ahora bien, los obispos son los generales del ejército militante. De aquí viene el cuidado religioso que la Iglesia romana tiene en hacer buenas elecciones. Los grandes papas Gregorio XIV y Benedicto XIV, se ocuparon particularmente de este objeto fundamental; Clemente VIII estableció una Congregacion especial para examinar los candidatos á los obispados de Italia. La distancia de los lugares no le permitió extender esta medida saludable á los obispos de las naciones extranjeras. La Congregacion se divide en dos comisiones: una para la teología y otra para el derecho canónico. La primera está compuesta de cinco cardenales examinadores y de un gran número de religiosos elegidos por el soberano pontífice. La segunda cuenta nueve cardenales examinadores y muchos prelados. Un prelado secretario anota las respuestas y forma el acta de la sesion. La Congregacion se reúne ante el papa, que está sentado en un trono rodeado de los cardenales examinadores; el candidato permanece arrodillado en un cojín. Responde en latin á las cuestiones y á las objeciones que se le dirigen. Acabado el exámen, los cardenales dan su opinion en estas palabras: *Est idoneus*; en seguida se reúne el Consistorio y el papa preconiza al candidato que puede entonces recibir la consagracion episcopal. Se siente gusto en recordar que San Francisco de Sales, despues de su exámen, mereció oír de boca del mismo soberano pontífice este elogio tan lisonje-

ro: *Id, hijo mio, y bebed del agua de vuestra cisterna.*

Ya que he nombrado el Consistorio, no es inútil fijar el sentido de esta palabra. El Consistorio es el consejo del Santo Padre, *sacrum Pontificis concilium* y el principal tribunal de Roma. Es ó público ó secreto. El papa preside en persona y revestido con sus hábitos pontificales; los asistentes son los miembros del colegio y otros grandes dignatarios. Las asambleas tienen lugar regularmente una vez por semana, el lunes ó el juéves; y tiene tambien sesiones extraordinarias. Mientras está reunido el Consistorio, todas las otras Congregaciones deben vacar. Pueden ser del resorte del Consistorio todos los negocios de la Iglesia, pero solo se ocupa de los más importantes. Cuando han sido deliberadas en este consejo, una bula ó una constitucion, se hace en ella mencion de haber sido así; si por el contrario, el papa ha pronunciado solo, la bula ó la constitucion llevan el nombre de *Proprio motu*.

6.º La Congregacion de la *Residencia de los Obispos*. Si todos los obispos no pueden ser examinados en Roma, si deben poseer las virtudes de su encargo y cumplir sus obligaciones. El primer deber de un pastor es vigilar sobre sus ovejas; pero para esto es necesario que resida en medio de su rebaño. El derecho natural, el derecho divino, el derecho eclesiástico le prohiben abstenerse de la residencia, sin causa grave, en atencion á que el lobo devastador que da vueltas alrededor del rebaño no caiga sobre él. Para quitar los escrúpulos de los obispos y para ponerles al abrigo de las solicitudes del mundo, el Pastor de los pastores ha establecido sabiamente una Congregacion encargada de decidir si los motivos de ausencia son legítimos. Esta Congregacion, nacida en el Concilio de Trento, se compone de muchos cardenales, entre los cuales hay un

prefecto y un secretario, y no tiene día fijo para sus reuniones.

7.º La Congregación de los Obispos y Regulares. El exámen produce buenos obispos; la residencia les hace útiles para sus diócesis; pero graves y numerosas dificultades pueden entorpecer su gobierno. A veces sucede que los sacerdotes, los cabildos, los regulares que trabajan bajo sus órdenes se crean heridos en su derecho y entonces es preciso un recurso para los débiles, un freno para los fuertes, una regla para todos. Y hé ahí una Congregación romana independiente, desinteresada, que tiene por misión decidir esta clase de diferencias. La estableció Sixto V 1, y se compone de veinticuatro cardenales, uno de ellos prefecto, un secretario, un subsecretario, un sustituto y un gran número de empleados. El prelado que desempeña las funciones de secretario, ocupa lo que se llama en Roma un lugar *cardenalicio*, es decir, que al dejar este cargo sale para ser revestido de la púrpura. Esta Congregación se reúne todos los juéves. Cortar las dificultades que sobrevienen en la jurisdicción de los obispos, decidir las cuestiones relativas á las nuevas fundaciones de monasterios, al tránsito de una orden á otra, á la salida momentánea de un convento, y á la enagenación de los bienes eclesiásticos; tal es el vasto campo de su jurisdicción.

8.º La Congregación de la Disciplina de los Regulares. Las órdenes religiosas por su educación fuerte y severa, por su desprendimiento de todos los vínculos terrestres y por sus votos solemnes, son el cuerpo elegido de la Iglesia militante; pero mientras más decisiva es su acción, es más importante arreglarla. Si, pues, la Congregación precedente se ocupa en especial del clero secular, ésta tiene por ob-

1 Constit. 74.

jeto de su solicitud la dirección de la milicia regular. Como ministerio central de todas las órdenes religiosas, mantiene con ellas una correspondencia que se extiende á todas las partes del mundo. A fin de que sus opiniones y sus decisiones sean dadas con conocimiento de causa, ella posee en sus archivos las constituciones y los estatutos de todas las religiones, con una estadística muy pormenorizada. Esta Congregación debe su origen al papa Inocencio XII 1. Los miembros que la componen son diez: un cardenal prefecto y otros nueve cardenales, secundados por un prelado secretario, un sustituto y muchos empleados. Las erecciones de conventos, de noviciados, los profesores y los directores de estas casas, la vida comun, la observancia de los votos, las reglas y las constituciones, las personas regulares, etc., forman su departamento.

9.º La Congregación de la Inmunidad eclesiástica. ¿De qué serviría á la Iglesia tener buenos generales y un ejército perfectamente disciplinado, si ella misma no podía obrar? La Iglesia, sociedad perfecta, investida por su divino fundador de todos los poderes necesarios para mantener su existencia y cumplir su misión en todo el universo, no puede, sin que se cometa un crimen, ser entorpecida en su acción por ningún poder humano; pero, por razón de las pasiones de los hombres, este derecho divino no produce siempre un hecho análogo. No es sino demasiado cierto, que los reyes, las naciones, los grandes del mundo, buscan la manera de restringir el poder de la Iglesia, de entorpecer su ejercicio, de usurpar sus derechos, y de transformar á sus ministros en funcionarios del poder temporal. En los momentos en que estas tendencias anticristianas iban á

1 Bula *Debitum pastoralis officii*, etc., 14 de Agosto de 1695.

hacerse más generales y más imperiosas, el papa Urbano VIII estableció la Congregación de la Inmunidad, destinada á ser el baluarte de la independencia eclesiástica. Se compone de doce cardenales contando al que lleva el título de prefecto, de un gran número de prelados, de un secretario, de un sub-secretario y de muchos escribientes.

Nada es tan delicado como la naturaleza de sus atribuciones. Asegurar la libertad de la Iglesia en todas partes del mundo; oponerse á las contribuciones, á los impuestos que los magistrados y las comunidades seculares quieren establecer injustamente en contra de las personas y de los lugares eclesiásticos; castigar la violación de los derechos é inmunidades de la Iglesia, cualesquiera que sean los culpables; tales son los difíciles negocios que esta Congregación debe manejar todos los días, y los cuales decide con una autoridad soberana. En Roma, en donde se mantiene la antigua disciplina, ella se ocupa todavía de refugiar á los culpables, haciendo respetar los asilos sagrados. Entre los judíos habia, como es sabido, ciudades de refugio; lo mismo pasaba entre los paganos, cuyos templos eran asilos inviolables 1. Con esta institución habia querido el legislador sustraer al culpable de los golpes irreflexivos de un acto primo de cólera, enseñando á los hombres que la venganza debe espirar en los umbrales de la casa de Dios. Fiel á las lecciones de la sabiduría antigua, Roma conserva el derecho de asilo, pero solamente para ciertos crímenes ó delitos. Ella encuentra así el medio de proteger eficazmente la moral, sin privar á la sociedad de las reparaciones legítimas que la son debidas. Decidir, pues, segun las constituciones apostólicas, si en un caso dado busca el culpable el derecho

1 Véase *Am. Marcellin*, etc.

de asilo, tal es en nuestros días el deber de la Congregación de la Inmunidad.

10.º La Congregación Consistorial. Para preparar los graves y numerosos negocios que deben someterse al consejo del Santo Padre, ¿qué cosa más conveniente que establecer un tribunal encargado de examinar de antemano todas las piezas del proceso? ¿Qué medio más propio para dar á las decisiones pontificales ese carácter de madurez y de alta prudencia y sabiduría que debe distinguirlas y que en efecto las distingue? Tal es la misión de la Congregación que nos ocupa. Ella discute especialmente los negocios que se refieren á la erección, á la unión de los obispos, á las enagenaciones, á los coadjutores de los obispos y á los sufragáneos. Fué establecida por Sixto V y se compone, como las otras, de muchos miembros del sacro colegio y de un prelado secretario; pero lo que la distingue y lo que prueba todo el cuidado de la Santa Sede en rodearse de luces, es la presencia de los secretarios nacionales; la Francia, la España, la Austria, todas las naciones católicas, están allí representadas.

11.º La Congregación de los Ritos. Gracias á las Congregaciones de que acabamos de hablar, la esfera en la cual debe la Iglesia ejercer su acción exterior, es libre. Pero el sacerdocio está investido de un doble poder: si éste obra sobre el cuerpo moral de Jesucristo, que es la sociedad cristiana, obra también sobre su cuerpo natural, presente en la divina Eucaristía. ¿Cuáles deben ser el orden, la majestad, la santidad de las oraciones y de las ceremonias, para rendir el culto sagrado digno del Dios á quien se refiere? Hé ahí lo que decide en primer lugar la Congregación de los Ritos. Buscar cuáles son los siervos de Dios que tienen derecho á los homenajes de sus hermanos; demostrar la ver-

dad de sus milagros, establecer el heroísmo de sus virtudes y para esto entregarse á las investigaciones más minuciosas y largas; hacer de todo este procedimiento una fiel relación del Vicario de Jesucristo encargado de pronunciar sobre ella; tal es su segunda y noble tarea. Sixto V la estableció con jurisdicción soberana sobre todo aquello que se refiere á la liturgia y al culto exterior. Fuera de los doce cardenales que la componen, cuenta un prelado secretario, otro prelado que tiene el título de promotor de la fe, un asesor ó vice-promotor de la fe y un gran número de consultores, entre los cuales están siempre el jefe del sacro palacio, los maestros de ceremonias pontificales, un himnógrafo, un notario y un canciller con sus escribientes. En las causas de beatificación y de canonización, se asocia con abogados, médicos, naturalistas, intérpretes para las diferentes lenguas, quienes se obligan todos, bajo la fe de juramento, á hablar según su conciencia. Cualquiera que se tome el trabajo de estudiar las reglas de este tribunal y la sabia lentitud de su procedimiento, se convencerá de que no existe bajo el cielo ningún jury (jurado), cuyas decisiones merezcan, aun hablando humanamente, un grado igual de confianza.

12° La Congregación de las Indulgencias y de las Santas Reliquias. Mientras más muestra la Iglesia su celo por la belleza del culto que se debe á su divino Esposo, más vigilancia despliega para impedir los fraudes y los abusos que pudieran opacar su brillo. Hacer conocer á los fieles cuáles son las gracias particulares afectas á las oraciones y á los actos de piedad; designarles con certeza cuáles son las reliquias de sus hermanos muertos por la fe, á quienes deben sus homenajes; evitar así los excesos de un celo poco ilustrado, ó la influencia culpable de la impiedad; en una palabra, ilustrar la devoción

y arreglar la piedad hácia los mártires y santos, tal es el objeto propuesto al establecer la Congregación de las Indulgencias y de las Santas Reliquias. Como todas las otras instituciones católicas, ésta prolonga sus raíces hasta las profundidades de la antigüedad. El germen que la hizo nacer fué depositado en la cuna misma de la Iglesia y creció con ella. Además, la existencia regular de estas congregaciones, no se fijó sino hasta la Edad Média bajo el pontificado de Inocencio III. Su forma permanente, sus atribuciones y sus reglas actuales, son obra del papa Clemente IX. En su constitución trigésima sexta, 1 dada en 1669, la estableció bajo las siguientes bases: seis cardenales, uno de ellos prefecto, un prelado secretario y un gran número de consultores: hé ahí el personal. En cuanto á las atribuciones, es necesario agregar á las precedentes las de acordar los altares privilegiados y conseguir del soberano pontífice el establecimiento de nuevas indulgencias.

13° La Congregación de los Negocios eclesiásticos extraordinarios. A medida que se van debilitando los lazos que unian con la Iglesia á las naciones cristianas, sobrevienen dificultades de una naturaleza nueva que vienen á entorpecer la marcha de la Iglesia. Cada año, por decir así, estallan revoluciones en los diferentes pueblos, y semejantes á los huracanes, tienden á destruir las instituciones católicas, á romper las leyes disciplinarias y á arrojar en manos de despojadores ávidos el patrimonio de la Iglesia y de los pobres. Sin embargo, parece renacer la calma; por uno ó por otro motivo, los gobiernos nuevos quieren volver á dar forma á esta cristiandad medio destruida. entónces; es necesario entablar negocios con Roma y se proponen concordatos. En estas graves circunstan-

1 In ipsis pontificatus nostri primordiis, etc.

cias, se concile sin trabajo que la Santa Sede se rodea de todas las luces posibles. Sin duda que las Congregaciones de que he hablado hasta aquí, bastan para dar al Santo Padre todos los consejos deseables; pero ya sea por la inmensa cantidad de negocios que las ocupan, ya por un efecto de la consumada prudencia que distingue á la Santa Sede, Roma posee para los casos extraordinarios una Congregación formada de hombres eminentes, habituados de largo tiempo al manejo de los negocios; esta es la Congregación de que se trata. Debe su origen al inmortal Pio VII, quien al ser devuelto milagrosamente á su pueblo, la estableció en 1814. Se compone de ocho cardenales, de un secretario, de cinco consultores y de los empleados comunes. Aquí nos vimos obligados á suspender nuestras investigaciones porque, nuestras expediciones y nuestros estudios eclesiásticos no debían impedirnos ir hoy mismo á *Ara-Cœli*, en donde debía tener lugar una gran *Funzione* (función) como se dice en Roma. Se trataba del bautismo solemne de toda una familia israelita, cuya interesante historia os voy á referir en pocas palabras. Esta familia, muy opulenta, habitaba en Ancona y habían pasado ya trece años desde que una joven israelita de la misma ciudad había sido colocada en una pensión católica. Sus padres habían exigido que no se la hablase jamás de religión; esta condición fué aceptada y fielmente cumplida, con lo cual la joven de Israel había crecido en la oposición anticristiana que caracteriza á su nación. Acababa de cumplir veinte años, cuando el día de Corpus su curiosidad la llevó á una ventana para ver la procesión. A vista del Santo Sacramento, levantado en las manos del sacerdote, cae desvanecida y se levanta católica. Oraciones, oposiciones, lágrimas, aun amenazas de parte

de sus padres; nada bastó á quebrantar su resolución.

El jefe de nuestra familia judía, pariente de esta joven neófita, había sido testigo del acontecimiento. Desde esta época se sentía inclinado á buscar la verdad fuera del judaísmo. Después de numerosos combates, llegó á ser católico en su corazón, y consecuente consigo mismo, puso á sus hijos al cuidado de una aya piadosa. Se les hablaba de religión cristiana, se les llevaba á nuestras ceremonias, se les daban imágenes de la Virgen y estos pobres niños deliraban por el catolicismo. Solo la madre se mostraba con una obstinación desconsoladora. Entretanto dos de sus hijos más pequeños no cesaban de rogar por ella. Después de muchos años sus oraciones y sus caricias fueron coronadas con buen éxito; la madre consintió en aprender la religión. Esta mujer, de un espíritu elevado, de un carácter firme y de un corazón recto, reconoció muy pronto la verdad, y con una fe admirable pidió ella misma el sacramento de la regeneración.

Esta dichosa familia, compuesta del padre, de la madre y de las tres niñas, iba pues á hacer su abjuración y á recibir el bautismo, la penitencia, la confirmación, la comunión; y el padre y la madre el sacramento del matrimonio. ¡Qué fiesta! Ya juzgareis que semejante ceremonia había atraído mucha gente. Según la costumbre italiana, las paredes de la iglesia estaban cubiertas con damasco rojo, y los antiguos pilares revestidos hasta los capiteles con una tela del mismo color. En medio de la nave, y delante del trono pontifical, se levantaba un altar provisional con fuentes bautismales y todo lo que es necesario para la administración de los sacramentos. El cardenal Franzoni, prefecto de la Propaganda, estaba encargado de la ceremonia.

Según el uso de la primitiva Iglesia, el

jefe de la familia, hombre de cerca de cuarenta y cinco años, llevaba el vestido blanco de los catecúmenos; su muger y sus hijas, también vestidas de blanco, estaban cubiertas con un velo que les bajaba hasta el suelo. Todas las veces que tuvieron que levantarlo para las diferentes ceremonias, los espectadores observaron la tranquila y dulce alegría que irradiaba en las frentes de aquellas dichosas ovejas de Israel; hermoso asunto para el pincel de un gran pintor. No pudiendo fijar sobre la tela este interesante espectáculo, nos contentamos con bendecir con efusión al Dios que en su bondad ha querido hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos.

Por la tarde tuvimos un nuevo motivo de acción de gracias; el buen P. Grassi, superior de la Propaganda, nos envió billetes para asistir á la *Fiesta de las lenguas*; hablaré de ella en su lugar.

3 DE ENERO.

La Penitenciaría.—La Dataría.—La Cancillería romana.—La Rota.—Las Encíclicas.—Los Breves.—Las Bulas.—Los Legados *a latere*.—Los nuncios.—Los Legados natos.—Los Delegados.—Los cardenales protectores.—Visita á la familia judía.—Conservatoria de los neófitos.

Desde temprano se nos presentó la ocasión de ver más cerca á la familia Israelita, á cuyo bautismo habíamos asistido la víspera; pero reservamos este gusto para la tarde. Entretanto, volvimos á seguir nuestros estudios y nuestras excursiones eclesiásticas que habíamos dejado sin acabar. Después de las Congregaciones romanas, debían ocuparnos los tribunales; porque ellos completan esa magnífica gerarquía de poderes, que hace del gobierno romano un modelo tanto más interesante

y digno de estudiarse, cuanto más desconocido sea.

1º La *Penitenciaría*. La belleza incommunicable de la Iglesia católica, es la unidad: unidad en la creencia, unidad en la disciplina, armonía entre todos los miembros de este gran cuerpo; hé ahí, segun hemos visto, á lo que contribuyen poderosamente las Congregaciones romanas. Referir todas las altas cuestiones de moral al juicio de la autoridad suprema y trazar reglas seguras para dirigir las almas; tal es todavía el medio de mantener la unidad en el ejercicio del ministerio más santo y más complicado. Roma consiguió este objeto saludable por medio de sus Tribunales. La absolución de ciertos casos reservados, el levantamiento de las censuras y de las irregularidades, la conmutación de los votos y de los juramentos, la dispensa de los impedimentos ocultos del matrimonio, la rehabilitación también de este contrato fundamento de la familia, del Estado y de la Iglesia, la solución de todas las dificultades *morales* que se proponen y dirigen de todo el mundo católico á la Santa Sede, forman las atribuciones de la Penitenciaría. Este tribunal es, pues, la jurisdicción soberana del poder de las llaves; es la comisión investida por el Vicario de Jesucristo del derecho de atar y desatar. Los elementos de esta corte suprema aparecen desde el origen de los siglos cristianos 1. Después de modificaciones sucesivas, la Penitenciaría recibió, en fin, bajo Benedicto XIV, una forma y reglas invariables 2. Se reúne una vez por semana, bajo la presidencia de un cardenal, que tiene el título de gran penitenciario; abajo de él están: el regente, que es ordinariamente un prelado auditor de la *Rota*; el teólogo, que es un padre de la compañía de Jesús; el datario,

1 Constanzi, t. 1, p. 46, n. 51.

2 Constit. *Pastor bonus*, etc.

el canonista, el corrector, el guarda sellos, los tres secretarios ó procuradores y los empleados. Dos cosas hay que notar tratándose á propósito de la Penitenciaría, y son éstas: sus actos son enteramente gratuitos y sus poderes de absolver en el foro interno ó de conceder dispensas, no cesan ni estando vacante la Santa Sede. De este modo los católicos del mundo entero *pueden siempre y sin pagar nada*, obtener de la Iglesia su madre, las decisiones necesarias para tranquilizar sus conciencias.

Hay en el mundo, otro reino, otra república, cuyos miembros gozan en el orden civil semejante ventaja?

El jefe de este tribunal cumple deberes de alta importancia, y es útil conocerlos para comprender ciertas costumbres de Roma cristiana. El gran penitenciario se traslada el Domingo de Ramos á la Iglesia de San Juan de Letran; el Miércoles Santo, á Santa María la Mayor; el Jueves y el Viernes Santo, á San Pedro, para oír las confesiones de los fieles en una silla alta y descubierta. En esta costumbre Roma conserva un precioso vestigio de la antigua disciplina. Se sabe que en la primitiva Iglesia, el obispo ó el sacerdote que oía las confesiones, se sentaba en una silla elevada, descubierta y, aunque la acusación fuese secreta, todo pasaba á presencia de la asamblea de los fieles 1. Edificar á sus hermanos, humillarse á sí mismo, reparar el escándalo de que alguno había podido hacerse culpable y desarmar así la justicia divina, tales eran las razones de esta costumbre venerable que subsiste todavía en Nápoles, al menos entre los hombres. Al gran penitenciario está reservado el derecho de cantar la misa el Miércoles de ceniza en la capilla Sixtina, y de dar la ceniza al Santo Padre. Es también el que asiste al soberano pontifi-

1 Tertull., *de Penit.*

ce sus últimos momentos, y por fin bajo su dirección están colocados los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma y de Loreto 1.

2º La *Dataría*. Si es digno de la bondad maternal y de la santidad de la Iglesia dar gratuitamente á sus hijos las dispensas de los impedimentos ocultos de matrimonios, así como la resolución de sus dudas y la absolución de sus faltas, conviene á su divina sabiduría prevenir la suspensión demasiado frecuente de sus leyes.

«Vuestros intereses particulares, dice ella á los cristianos, os conducen á pedir la dispensa de mis santas reglas, yo podría no tomar en cuenta vuestros deseos, y obligaros á inclinar vuestra frente ante una legislación que se ha hecho para todos. Sin embargo, yo quiero de buena gana usar de indulgencia; pero como vosotros no sois de mejor condición que vuestros hermanos, es equitativo que compenseis con una buena obra el favor que se os concede. Vuestra limosna será para provecho de todos, de suerte que si por una parte abris una brecha á mi disciplina, por otra, la reparais contribuyendo al bien general de la república cristiana.» Tal es en su más simple expresión el pensamiento de la Iglesia, cuando se trata de las dispensas en general, y de las dispensas de matrimonio en particular.

Pues bien, el tribunal de Roma, encargado de conceder estos favores, es la Dataría. Revestida en cuanto al fuero externo de un poder semejante al de la Penitenciaría en el fuero interno, la Dataría es llamada por los doctores católicos el *Órgano del papa* 2. Su origen es muy antiguo, ya se la encuentra en tiempo de Honorio III. Bajo Inocencio VIII habitaba

1 Ferraris, t. IV, art. *Major Penitent.*

2 Corrad., in *Praxi Benefic.*, lib. II, cap. II, n. 9.

jefe de la familia, hombre de cerca de cuarenta y cinco años, llevaba el vestido blanco de los catecúmenos; su muger y sus hijas, también vestidas de blanco, estaban cubiertas con un velo que les bajaba hasta el suelo. Todas las veces que tuvieron que levantarlo para las diferentes ceremonias, los espectadores observaron la tranquila y dulce alegría que irradiaba en las frentes de aquellas dichosas ovejas de Israel; hermoso asunto para el pincel de un gran pintor. No pudiendo fijar sobre la tela este interesante espectáculo, nos contentamos con bendecir con efusión al Dios que en su bondad ha querido hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos.

Por la tarde tuvimos un nuevo motivo de acción de gracias; el buen P. Grassi, superior de la Propaganda, nos envió billetes para asistir á la *Fiesta de las lenguas*; hablaré de ella en su lugar.

3 DE ENERO.

La Penitenciaría.—La Dataría.—La Cancillería romana.—La Rota.—Las Encíclicas.—Los Breves.—Las Bulas.—Los Legados *a latere*.—Los nuncios.—Los Legados natos.—Los Delegados.—Los cardenales protectores.—Visita á la familia judía.—Conservatoria de los neófitos.

Desde temprano se nos presentó la ocasión de ver más cerca á la familia Israelita, á cuyo bautismo habíamos asistido la víspera; pero reservamos este gusto para la tarde. Entretanto, volvimos á seguir nuestros estudios y nuestras excursiones eclesiásticas que habíamos dejado sin acabar. Después de las Congregaciones romanas, debían ocuparnos los tribunales; porque ellos completan esa magnífica gerarquía de poderes, que hace del gobierno romano un modelo tanto más interesante

y digno de estudiarse, cuanto más desconocido sea.

1º La *Penitenciaría*. La belleza incommunicable de la Iglesia católica, es la unidad: unidad en la creencia, unidad en la disciplina, armonía entre todos los miembros de este gran cuerpo; hé ahí, segun hemos visto, á lo que contribuyen poderosamente las Congregaciones romanas. Referir todas las altas cuestiones de moral al juicio de la autoridad suprema y trazar reglas seguras para dirigir las almas; tal es todavía el medio de mantener la unidad en el ejercicio del ministerio más santo y más complicado. Roma consiguió este objeto saludable por medio de sus Tribunales. La absolución de ciertos casos reservados, el levantamiento de las censuras y de las irregularidades, la conmutación de los votos y de los juramentos, la dispensa de los impedimentos ocultos del matrimonio, la rehabilitación también de este contrato fundamento de la familia, del Estado y de la Iglesia, la solución de todas las dificultades *morales* que se proponen y dirigen de todo el mundo católico á la Santa Sede, forman las atribuciones de la Penitenciaría. Este tribunal es, pues, la jurisdicción soberana del poder de las llaves; es la comisión investida por el Vicario de Jesucristo del derecho de atar y desatar. Los elementos de esta corte suprema aparecen desde el origen de los siglos cristianos 1. Después de modificaciones sucesivas, la Penitenciaría recibió, en fin, bajo Benedicto XIV, una forma y reglas invariables 2. Se reúne una vez por semana, bajo la presidencia de un cardenal, que tiene el título de gran penitenciario; abajo de él están: el regente, que es ordinariamente un prelado auditor de la *Rota*; el teólogo, que es un padre de la compañía de Jesús; el datario,

1 Constanzi, t. 1, p. 46, n. 51.

2 Constit. *Pastor bonus*, etc.

el canonista, el corrector, el guarda sellos, los tres secretarios ó procuradores y los empleados. Dos cosas hay que notar tratándose á propósito de la Penitenciaría, y son éstas: sus actos son enteramente gratuitos y sus poderes de absolver en el foro interno ó de conceder dispensas, no cesan ni estando vacante la Santa Sede. De este modo los católicos del mundo entero *pueden siempre y sin pagar nada*, obtener de la Iglesia su madre, las decisiones necesarias para tranquilizar sus conciencias.

Hay en el mundo, otro reino, otra república, cuyos miembros gocen en el orden civil semejante ventaja?

El jefe de este tribunal cumple deberes de alta importancia, y es útil conocerlos para comprender ciertas costumbres de Roma cristiana. El gran penitenciario se traslada el Domingo de Ramos á la Iglesia de San Juan de Letran; el Miércoles Santo, á Santa María la Mayor; el Jueves y el Viernes Santo, á San Pedro, para oír las confesiones de los fieles en una silla alta y descubierta. En esta costumbre Roma conserva un precioso vestigio de la antigua disciplina. Se sabe que en la primitiva Iglesia, el obispo ó el sacerdote que oía las confesiones, se sentaba en una silla elevada, descubierta y, aunque la acusación fuese secreta, todo pasaba á presencia de la asamblea de los fieles 1. Edificar á sus hermanos, humillarse á sí mismo, reparar el escándalo de que alguno había podido hacerse culpable y desarmar así la justicia divina, tales eran las razones de esta costumbre venerable que subsiste todavía en Nápoles, al menos entre los hombres. Al gran penitenciario está reservado el derecho de cantar la misa el Miércoles de ceniza en la capilla Sixtina, y de dar la ceniza al Santo Padre. Es también el que asiste al soberano pontifi-

1 Tertull., *de Penit.*

ce sus últimos momentos, y por fin bajo su dirección están colocados los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma y de Loreto 1.

2º La Dataría. Si es digno de la bondad maternal y de la santidad de la Iglesia dar gratuitamente á sus hijos las dispensas de los impedimentos ocultos de matrimonios, así como la resolución de sus dudas y la absolución de sus faltas, conviene á su divina sabiduría prevenir la suspensión demasiado frecuente de sus leyes.

«Vuestros intereses particulares, dice ella á los cristianos, os conducen á pedir la dispensa de mis santas reglas, yo podría no tomar en cuenta vuestros deseos, y obligaros á inclinar vuestra frente ante una legislación que se ha hecho para todos. Sin embargo, yo quiero de buena gana usar de indulgencia; pero como vosotros no sois de mejor condición que vuestros hermanos, es equitativo que compenseis con una buena obra el favor que se os concede. Vuestra limosna será para provecho de todos, de suerte que si por una parte abris una brecha á mi disciplina, por otra, la reparais contribuyendo al bien general de la república cristiana.» Tal es en su más simple expresión el pensamiento de la Iglesia, cuando se trata de las dispensas en general, y de las dispensas de matrimonio en particular.

Pues bien, el tribunal de Roma, encargado de conceder estos favores, es la Dataría. Revestida en cuanto al fuero externo de un poder semejante al de la Penitenciaría en el fuero interno, la Dataría es llamada por los doctores católicos el *Órgano del papa* 2. Su origen es muy antiguo, ya se la encuentra en tiempo de Honorio III. Bajo Inocencio VIII habitaba

1 Ferraris, t. IV, art. *Major Penitent.*

2 Corrad., in *Praxi Benefic.*, lib. II, cap. II, n. 9.

un palacio en el Vaticano; desde Paulo V, está en el Quirinal. Las colaciones de obispados, de beneficios, de canongías, las dispensas de edad, etc., forman sus atribuciones. El presidente de la Dataria tiene el título de prodatario. Este nombre indica á la vez que desempeña el cargo como vicario del papa, y que fija la fecha precisa de los favores concedidos por el soberano pontífice. Goza de una jurisdicción muy extensa, y en los negocios de su competencia falla sin apelación. Cuando las gracias que son del resorte de la Dataria han sido obtenidas y firmadas por el santo padre, pasan luego á la cancillería que expide las bulas.

La cancillería es en cierto modo el ministerio de los negocios extranjeros de la Iglesia y la secretaría general de su Santidad. Su institución se remonta al menos al siglo XII, bajo el pontificado de Lúcio III, nombrado en 1182. Hace muchos siglos sigue una marcha invariable en sus relaciones con el mundo católico; y su constitución 1, lleva el nombre, de *Reglas de la Cancillería*. Está presidida por un cardenal que se titula *Vice-Cancelario de la Santa Iglesia Romana*. La etimología de este nombre que indica una especie de inferioridad, viene, según unos, de que el papa es el cancelario de Dios; según otros, de que la dignidad de Cancelario fué poseída por prelados que, por razón de la superioridad de los cardenales, no tomaron sino solo el título de Vice-Cancelario, título conservado por los cardenales que más tarde han sido llamados á las mismas funciones 2. Como quiera que sea, las gracias expedidas por la cancillería son enviadas en forma de *bulas*, escritas en per-

1 Se atribuye al papa Juan XXII. Véase Constanz., t. I, p. 35.

2 Véase Ciampini, *De S. R. Ecclesia Vice-Cancellario*.

gamino, y llevan el famoso sello de plomo, así como la cuota que se ha de pagar.

3° La *Rota*.—Hé aquí la cámara de apelación y el tribunal ó corte de casación de Roma. Se la llama *Rota*, que quiere decir rueda, porque la sala en que se reúne el tribunal es circular, de modo que los jueces ya sentados forman una rueda. El origen de este tribunal, que se pierde en la noche de los tiempos, da á conocer la solicitud de la Iglesia romana por los intereses generales de la cristiandad. En otro tiempo, los soberanos pontífices confiaban á sus capellanes el arreglo de un gran número de negocios que les estaban sometidos. De aquí resultó hácia el siglo XV, un tribunal compuesto de doce prelados encargados de sentenciar en apelación los procesos ya discutidos ante otros tribunales. En los días de la unidad de la Europa en la fe, Roma era para una multitud de cuestiones, aun civiles, la autoridad suprema de las naciones; de ahí viene que la *Rota* se compone de jueces de diferentes países. Antiguamente todas las potencias cristianas tenían en ella representantes de su elección. Hoy, la Francia, la Austria, la España y la Toscana, son las únicas que han conservado el derecho de nombrar auditores de la *Rota*. La España nombra dos de ellos, que reunidos á los de otras potencias, á los cuatro romanos y á los tres de las legaciones de Bolonia, Ferrara y Forli, forman el número de doce jueces, de que se compone este tribunal. No hay en él presidente, pero uno de los auditores, el más antiguo, toma el nombre de decano; éste es un puesto cardenalicio. Hoy la *Rota* no es más que la primera corte de justicia de los Estados pontificios. Sin embargo, la presencia de un auditor *nacional* es una ventaja y garantía para sus compatriotas, industriales ó propietarios en los Estados romanos, que

tengan que llevar algún proceso ante aquel tribunal. Agregad, que por el rango que ocupan en la prelatura, por la estabilidad de su encargo, por las prerogativas de que gozan los auditores de la *Rota*, pueden hacer importantes servicios bajo otro punto de vista. Diremos de paso que la Francia acaba de suprimir su auditor de la *Rota*, y que esto no le hace honor.

Las congregaciones y los tribunales que constituyen la organización maravillosa de la Iglesia romana 1, atraen sin cesar al mundo católico, hácia el centro de la autoridad y de la fe. Roma á su vez obra sobre todas las partes de la cristianidad y hace sentir hasta las extremidades del mundo su saludable acción. ¿Por qué medios se opera este movimiento de reacción? Todos estos medios se reducen á uno solo: la palabra. A diferencia de las otras capitales que obran sobre las provincias por la preponderancia de la riqueza ó de la fuerza; á diferencia de Roma pagana que oprimía á las naciones con el poder de la espada; á semejanza de Dios mismo, de quien es órgano, Roma cristiana gobierna al mundo por la palabra. Si la doctrina está definida, si las costumbres están arregladas

1 Existen todavía en Roma muchas otras congregaciones y tribunales de una gran importancia; pero como sus atribuciones no tienen relación con los negocios generales de la Iglesia, me contentaré con nombrarlas: La Congregación de la *Reverenda fábrica de San Pedro*, la de los *Estudios del Estado*, la del *Ceremonial de la Santa Sede*, etc., la del *Buen Gobierno*. Decir que esta última congregación está encargada de escuchar todas las quejas del pueblo contra los agentes del gobierno y de disminuir á los contribuyentes del impuesto que no podrían pagar atendida su posición, es mostrar la solicitud con que vela el santo padre por el bienestar de su pueblo. Esta institución es un progreso que nuestros gobiernos constitucionales adoptarán el día que plegue al liberalismo ser liberal. La Congregación de la *Consulta* está instituida para arreglar los negocios de la Santa Sede y formar la cámara legislativa y el Consejo de Estado de aquella. Todos los prelados que han sido legados ó nuncios apostólicos, asisten á ella.

si la disciplina está conservada ó modificada, si los obispos están instituidos, si los límites de las diócesis han sido trazados, solo á la palabra de la Santa Sede debe atribuirse la gloria de ello. Esta palabra vivificante, Roma la fija en sus *escritos*, ó la personifica en sus *enviados*.

Los escritos emanados de la Santa Sede se llaman *Encíclicas*, *Breves* ó *Bulas*. Aquí se hacen necesarias algunas explicaciones; por una parte, el viajero concienzudo no gusta de palabras incomprensibles; por otra, siendo la Iglesia romana nuestra madre, nos estaría mal ignorar sus usos y los primeros elementos de su lengua. ¿No es necesario, hoy sobre todo, que estemos en estado, no digo de justificarlas, porque no necesitan apología, sino de explicarlas en su verdadero sentido?

Las *Encíclicas*, es decir, universales, son letras pontificales que se dirigen al mundo entero. Ellas arreglan un punto de dogma, de moral, de disciplina, ó tratan cuestiones que interesan á toda la catolicidad. El soberano pontífice habla en ellas *ex-Cathedra*, como doctor de la Iglesia universal, á fin de que todo el mundo le entienda y se conduzca según su palabra. Nada tan solemne como su fórmula; el jefe de los pastores se dirige á todos los pastores del inmenso rebaño de Jesucristo: á los *Patriarcas*, á los *Primados*, á los *Arzobispos*, á los *Obispos*; les intima sus órdenes, les comunica sus decisiones, parte con ellos su alegría y sus dolores, y les traza la línea de conducta que deben seguir.

Los *Breves*. Si la letra pontifical, tratándose cosas importantes, es corta y sucinta; ó si es larga pero relativa á una cuestión secundaria, es entonces un *Breve*. 1 El *Breve* se escribe en pergamino blanco y delgado, en caracteres latinos con puntuación regular. Está cerrado con cera roja fija con

1 Ferraris, t. 1, verb, *Breve*.

un pequeño cordón de cáñamo, y lleva el sello del *Anillo del Pescador*. Esta manera de cerrar las letras es un vestigio de la antigüedad profana; las misivas de los romanos, los paquetes confiados á los *Tabularios*, no se cerraban de otro modo. 1 El Anillo del Pescador es el sello pontifical. Ciertos monumentos parecen decir que San Pedro mismo marcaba sus letras con este signo profesional. Como quiera que sea, su uso se remonta á la más remota antigüedad. 2 Su nombre le viene de que representa á San Pedro en su barca, haciendo la pesca. Guardado cuidadosamente por un prelado doméstico de San Pedro, se entrega cuando muere el papa, y con toda solemnidad, en presencia del sacro colegio al cardenal camarlengo, que lo rompe con un martillo.

Las *Bulas*. Cuando se trata de negocios de muy alta importancia, y la majestad apostólica se despliega en expresiones más elevadas y extensas, las letras apostólicas toman el nombre de *Bulas*. En la antigüedad, esta palabra designaba el botón ó la pequeña bola de oro, especie de adorno circular que los jóvenes romanos llevaban en el pecho. 3 Transformado en sello, el adorno mismo les servía para sellar las cartas, sobre todo, las cartas de los grandes personajes, las letras patentes y los edictos de los soberanos. Así, la famosa constitución de Carlos IV, que arregla los derechos de los emperadores de Alemania y de los electores, es llamada *Bula de Oro*, porque fué sellada con un botón ó sello de oro. 4 Como el *Breve*, así también la Bu-

1 Cic., *Catil.* III, 5.—*Pro Flacca*, 167.—Plu. *Arch.*, de la *Curiosidad*, 26.

2 Petra, t. 1, *ad Constit. Apostol.*, párrafo 2. *Proem.*, n. 1, 3. CANCELLIERI, *Uso del anillo Piscatorio*, etc., p. 9.

3 Ferraris, *loc. cit.*

4 Ferraris, verb. *Bull. aur.*—Petra, *loc. cit.*—Dufresne, *Glossar.*, verb. *Bulla*; *Bulla enim proprie erat imperatoris sigillum, quod apponi consueverat in literis ardua continentibus; et quia*

la está escrita en latín; pero en un pergamino más grueso, más tosco y menos blanco, sin puntos ni comas, y en caracteres redondos, es decir, góticos ó franceses, para recordar el tiempo en que el santo padre residía en Avignon. A fin de que sea ejecutoria una Bula, debe ser previamente promulgada, y no puede serlo sin estar antes sellada. Además, está sellada con un sello de plomo, que pende de la extremidad por un lazo de seda, si la Bula es de *gracia*; de cáñamo, si es de *justicia* ó *contenciosa*. El sello de plomo de doble cara, tiene de un lado la efigie de San Pedro y de San Pablo, y del otro, la del santo padre reinante. Así como el anillo del Pescador, así también este sello de plomo es cuidadosamente conservado por un prelado que lleva el nombre de *Presidente del plomo*. A la muerte del santo padre, este sello se presenta á todos los miembros del sacro colegio y se despedaza delante de ellos por el cardenal camarlengo. 1

En esta costumbre de romper inmediatamente después de su muerte los dos sellos del pontífice difunto, es preciso ver una prueba más del celo constante que la Iglesia tiene en prevenir toda superchería y toda suposición de Breves, de Bulas ó de actos apostólicos.

Entre los Breves y las Bulas, existen todavía otras diferencias que es bueno conocer. Así, al Breve se data por años, contados desde el día de la Natividad de Nuestro Señor; y la Bula, por años, que se cuentan desde la Encarnación. El Breve lleva á la cabeza el nombre del papa: GREGORIUS PP. XVI; la Bula no tiene título y comienza en la primera línea con estas

sigillum erat aureum dicebantur hujusmodi imperiales literæ Bullæ auræ. Sicque bullæ idem est ac sigillare, et literæ bullatæ, sigillatæ significantur. Ferraris, *ubi supra*.

1 Se sabe que el cardenal Camarlengo es el jefe de la cámara apostólica, y que la cámara apostólica administra las rentas de la Santa Sede.

palabras: GREGORIUS EPISCOPUS, SERVUS SERVORUM DEI. La Bula indica al acabar el año del pontificado; el Breve se termina con esta fórmula: *Dado en Roma, en San Pedro, ó en Santa María la Mayor* [según que el santo padre habite el Vaticano ó el Quirinal], *bajo el Anillo del Pescador*, etc., y está firmado por el cardenal secretario de los Breves. A pesar de estas diferencias, los Breves y las Bulas tiene cada cual sobre su respectivo asunto la misma autoridad. 1

A estas costumbres doblemente venerables, porque son las de la Iglesia y porque llaman el recuerdo de un mundo que ya no existe, se añade otra no menos respetable, cuando se conoce su origen y su naturaleza. Las Bulas llevan consigo la indicación de una suma que se paga á la Dataría ó á la Secretaría de los Breves, por la expedición de las letras apostólicas. Esto es lo que se llama en Roma la *tassa*, el impuesto.

Se oye con frecuencia repetir de viva voz que las causas eclesiásticas hacen *correr en Roma ríos de oro extranjero*, del cual abusa la corte pontificia para mantener su lujo y su molición. Hé ahí algunas de las calumnias que algunos hombres, que se dan á sí mismos el nombre de católicos, no temen arrojar á la frente de su madre. Cuando se oyen estos conceptos injuriosos, todo lo que puede hacerse es decir con un gran sentimiento de compasión: *¡Dios mío, perdónales, porque no saben lo que hacen!* Roma gasta anualmente para las iglesias extranjeras más de la mitad de lo que recibe; y todo el dinero que proviene de las causas eclesiásticas, se emplea en buenas obras: tal es, ni más ni menos, la verdad

1 *Brevia apostolica rite confecta, tantam vim habent in illis materiis in quibus conficiuntur, quantam habent Bullæ in cateris materiis.* Ferraris, verb. *Bulla*.

exacta. 1 Así Roma, en compensación y no como precio de los favores que las concede, recibe de algunas de sus hijas abundantemente provistas de los bienes de la tierra, sumas más ó menos considerables, con las cuales favorece á sus otras hijas pobres y perseguidas, añadiendo á esas sumas lo que puede de sus propios recursos. De esta manera la abundancia de las unas suple á la indigencia de las otras; así se mantienen los lazos de caridad católica establecidos por el Salvador mismo; hé ahí su conducta, y para explicarla no hay más que una expresión en el lenguaje humano: esa es una conducta admirable y digna de Roma. 2

Acabábamos de estudiar felizmente el último medio por el cual obra la Santa Sede sobre el mundo, pero no estábamos satisfechos. Para completar nuestros conocimientos, era necesario todavía formarnos una idea exacta de los embajadores que llevan á las naciones la palabra romana.

El santo padre, como príncipe temporal, mantiene con las potencias relaciones diplomáticas. En lo que mira á los intereses

1 Véase el opúsculo oficial intitulado: *Del denaro straniero che viene in Roma, e che ne va per causa ecclesiastica*, por Monseñor Marchetti, arzobispo de Ancyra. "Del dinero extranjero que viene á Roma y que no llega á ella para causas eclesiásticas." Véase á Constanzi, *Intituazione di pieta*, etc., t. 1, p. 6, 37.

2 A los gastos que hace Roma anualmente en favor de las pobres iglesias de Irlanda, de Alemania, del Norte, del Oriente y del Occidente, es necesario juntar el interés de las sumas prestadas en diferentes tiempos por los papas, para las necesidades generales de la cristiandad. Los intereses de estos empréstitos ascienden á 400.000 escudos; agregando á ellos los gastos de la Propaganda y de sus colegios, se tienen 533.000 escudos. Así, por una parte, percibe Roma de los países extranjeros 300.000 escudos; por otra, gasta para los países extranjeros 533.000 escudos. Queda, pues, gravada por año en 233.000 escudos romanos, ó 1.265.000 francos, 253.000 pesos. "Hé ahí, concluye el autor, lo que gana en este cambio." Monseñor Marchetti, *supra*.

de los Estados romanos, las negociaciones siguen la marcha comun de las relaciones de los pueblos entre sí, y son tratadas en el lenguaje vulgar de la diplomacia. Como jefe de la Iglesia, el soberano pontífice envía representantes suyos á otras naciones católicas. En estas nuevas relaciones, toda la marcha de las cosas cambia, hasta el vocabulario; ya es un concordato en vez de un tratado; ya un legado en lugar de un nuncio; ya una bula, ó un breve en lugar de una letra. Los embajadores espirituales ó, recordando la expresión del venerable cardenal Pacca, los brazos de la Santa Sede, son los legados y los nuncios. Se distinguen los Legados *á la ere*, los Legados *enviados*, los Legados *natos* y los Delegados.

El poder de enviar sus representantes á todas las partes del mundo católico, es privilegio exclusivo de la Iglesia de Roma. Lo ha ejercido desde el principio del cristianismo. Se les ve sucesivamente presidir los concilios y sostener los intereses de la religion cerca de los reyes y de los emperadores del Oriente y del Occidente. Los cardenales enviados en mision, dejan su lugar ordinario al lado del pontífice; de aquí viene que se les llame Legados *á latere*.¹ Son ordinarios ó extraordinarios. Los primeros son los cardenales que presiden á las legiones italianas: Bolonia, Ferrara, Forli. Los segundos, investidos con poderes muy extensos, son enviados en las grandes circunstancias en que se trata de los más graves intereses de la cristiandad. Así, un legado *á latere* vino á Francia para restablecer en ella á la Iglesia trastornada por la revolucion.

Los Legados *enviados*, ó nuncios apostólicos,² son prelados enviados por el sobe-

¹ Di cuntur a latere quia cardinales ad latus summi Pontificis assistunt, et sic dum mittuntur, quasi a latere extrahi videntur. Ferraris, verb. *Legatus*

² Legatis missi, seu nuntii apostolici.

rano pontífice cerca de los príncipes cristianos para defender los intereses de la Iglesia y representar los intereses de la Santa Sede. Se distinguen nuncios de primer orden, tales como los de Alemania, de Francia, de España y de Portugal, y éstos son elevados al cardenalato al salir de su legacion. Los nuncios de segundo orden, que no gozan del mismo privilegio, son los de Polonia, de Nápoles, de Venecia, de Florencia, de Bruselas, de Colonia y de Lucerna.¹

Los Legados *natos*, son obispos á cuya sede está afecto por el soberano pontífice, el derecho de legacion, de suerte que vienen á ser legados por el solo hecho de su eleccion de obispos. De este número son los arzobispos de Reims, de Salzboing, de Praga, de Toledo y en otro tiempo el de Cantorbery. Todos los legados *á latere*, los nuncios ó los legados *natos* gozan en su provincia de la jurisdiccion ordinaria.

Los delegados son enviados de la Santa Sede, encargados solamente de dirigir un negocio particular ó ciertos negocios determinados, sin ninguna jurisdiccion extranjera.² La historia de los legados apostólicos, de los servicios que han hecho á las naciones y á la Iglesia, la grandeza de su carácter, la prudencia, el espíritu de conciliacion que han desplegado en las circunstancias más difíciles, forman una de las más bellas páginas de nuestros anales cristianos. Puede convencer de esto, la lectura de las obras del ilustre cardenal Pacca, cuyo nombre se encuentra mezclado á todos los grandes negocios de la Iglesia en Alemania, en Francia y en Portugal, durante el medio siglo que acaba de pasar.

Las relaciones de la Santa Sede con el

¹ Esta lista ha sufrido algunos cambios despues de la revolucion.

² Véase Devoti, *Jus canonicum*, t. 1, p. 198, 9. Ferraris, t. 5, p. 38, 39.

mundo católico, no solo están mantenidas por medio de los legados y de los nuncios, de las bulas y de los breves; el Padre comun ha querido dar á cada nacion un protector y un abogado elegido en su propio consejo. Esta es una garantía que jamas soberano alguno ofreció á los pueblos con quienes tiene relacion. Se llama, pues, *Cardenal protector* de tal nacion, un miembro del sacro colegio, que se hace en cierto modo frances, español, etc., segun que sea protector de la Francia, de la España, etc., en el consejo privado del papa. Como los cardenales son libres de aceptar este protectorado, y no lo escojen sino segun sus propias simpatías, lo han ejercido siempre, con tanta conciencia, que no se conoce ejemplo de algun protector que haya obrado contra los intereses del Estado puesto bajo su patrocinio. El cardenal protector no se ocupa sino poco de los negocios espirituales de los pueblos que tienen ministros residentes en Roma; pero es como el embajador y el consejo de las naciones que no tienen representantes cerca del Santo Padre. La Francia, la Austria, la España, las dos Sicilias, el Portugal, la Polonia, la Cerdeña, la Inglaterra, la Escocia, la Irlanda, Ragusa, la Illyria, la Grecia, la Armenia, Lucques, la Saboya y los Maronitas, tienen cada una un cardenal protector.

Tal es el rápido cuadro del gobierno pontifical. La alta sabiduría de la Iglesia forma el rasgo principal, y el vicario de Jesucristo se muestra en él á los ojos del observador imparcial, más bien que como un rey, como un padre cuya solicitud se extiende al mundo entero; pero no es necesario defender con palabras lo que marcha apoyado en obras.

Nuestros estudios y nuestras excursiones, no habian podido hacernos olvidar la visita á la familia judía. Lo avanzado de la hora nos obligó á andar á paso veloz y

estuvimos muy pronto en el forum de Nerva, cerca del cual se encuentra el Conservatorio de los Neófitos.¹ Conviene saber que Roma, en su caridad maternal, ha fundado una casa para recibir á los infieles que deseen abrazar el Evangelio. Los catecúmenos son mantenidos allí gratuitamente, al ménos, durante cuarenta dias. Un teólogo distinguido, que entiende y que habla sus lenguas, está encargado de instruirles. A fin de recordar los usos de la primitiva Iglesia, se les administra solemnemente el bautismo el Sábado santo ó la víspera de Pentecostés, en la iglesia de San Juan de Letran. Segun las circunstancias, así se elijen tambien otras épocas y otras iglesias para esta bella ceremonia. Despues del bautismo permanecen todavia los neófitos algun tiempo en el Conservatorio, con el fin de afirmar su fe naciente. Los niños pobres reciben tambien allí una conveniente educacion.²

Este asilo del silencio y de la paz, se nos abrió sin dificultad. Al entrar, encontramos desde luego á nuestras pequeñas cristianas de la víspera, radiantes de felicidad, y saltando con todas sus fuerzas en el primer corredor. A la vista de un sacerdote, suspendieron sus inocentes juegos y vinieron, segun es costumbre en Italia, á besarme la mano. El padre apareció á su vez, y lágrimas de ternura inundaron sus ojos cuando nos habló de su alegría y la de su familia. En fin, la madre misma nos decia con una gran sencillez: «Yo soy la que he sido mala; me he hecho esperar largo tiempo; pero al fin ya soy cristiana.» Luego, trayendo á sus rodillas á una de sus hijas más jóvenes: «Hé ahí, dice, la que me ha convertido; querida hija, tú has

¹ Véase Constanzi, t. 1, p. 113, 119.

² En la plaza de Santiago, en *Scossa cavalli*, encuentran los herejes un asilo semejante, en el cual nada les falta durante el tiempo de su instruccion.

dado la vida á tu madre." Y de sus ojos corrían lágrimas de una ternura sobrenatural; y la madre y la hija se confundían en mútuas caricias. Este espectáculo renovó todas las impresiones que habíamos sentido la víspera. Despues de una larga é interesante conversacion, nos retiramos, dejando con su dicha á aquella familia bendita, felices nosotros mismos con lo que acabábamos de ver y oír, deseamos para todos nuestros amigos un dia semejante.

4 DE ENERO.

Piscina pública.—Baños de Caracalla.—Estatuas.—Excursion aerea.—Recuerdo de Caracalla.—Valle de la ninfa Egeria.—Iglesia de los santos Nereo y Aquileo.—Origen de su nombre de *Fasciola*.—Las Siete Salas.—Las mulas de Sixto V.—Forum de Nerva.—Templo de Pallas.—Mercado de los mártires.

Antes de empezar un nuevo cuartel, nos pareció conveniente arreglar nuestras cuentas con aquellos que habíamos ya explorado. Reconocimos algunas omisiones y corrimos á repararlas. Más allá del Monte Aventino, en la antigua region de la *Piscina pública*, están los Baños de Caracalla, y á ellos hicimos nuestra primera visita. La célebre piscina que daba el nombre á esta parte de Roma, no era otra cosa que un lago artificial, á donde iba la juventud á ejercitar la natacion. Segun los autores antiguos, este lago estaba alimentado por la agua Apiana, la primera que fué llevada á Roma. Parece haber desaparecido, desde que los Baños de Caracalla la hicieron inútil. En efecto, no solamente la juventud, sino todo el pueblo de Roma, encontraba en aquel soberbio edificio con que satisfacer su gusto por el baño y los ejercicios náuticos. Representaos un palacio cuadrado de 4,200 piés de superficie y de una altura proporciona-

da, todo revestido con mármoles exquisitos y adornado con columnas y estatuas de bronce y de mármol, obras maestras de la escultura antigua. Vuestros piés pisan un pavimento de mosaico, vuestros ojos admiran en la bóveda delicadas pinturas; á derecha é izquierda mil seiscientos cuartos de baño con otros tantos asientos de pulido mármol; luego inmensas salas para los juegos públicos. 2 En este número no estaban comprendidas las piezas inseparables de los Baños romanos: el *Apodyterium*, en donde se dejaban los vestidos; el *Frigidarium*, donde se tomaba el baño frio; el *Tepidarium*, en donde se tomaba el baño tibio; el *Calidarium*, en donde se tomaba el baño caliente; el *Sudatorium*, en donde se excitaba la traspiracion por el vapor; el *Unctuarium*, en donde se daban los perfumes al salir del baño; 1 los lugares de prostitucion, las bibliotecas, etc. Haremos notar que los baños daban vista al gran Circo; así es siempre en la vieja Roma; la sangre y la voluptuosidad son en ella inseparables.

Los baños de Caracalla, ménos vastos que los de Diocleciano, se contaban, no obstante, entre las maravillas de la antigua Roma. Dos cosas constituian su gloria: la gran sala y las estatuas que la embellecian. Por el atrevimiento y la ligereza de su construccion, era esta casa la desoperacion de los arquitectos y de los mecánicos, de los cuales unos sostenian que era imposible hacer otra semejante; y otros, negaban que fuera de mano de los hombres. 3 Por las ruinas que de ella existen, puede calcularse que tenía 690 piés

1 Habebant in usum lavantium sellas mille sexcentas epolito marmore factas. Olympiodor. *in Ant. Caracall.*—M. Bluet, jóven arquitecto pensionado de la academia de Francia en Roma, acaba de hacer el plano de este magnífico edificio.

2 Véase Bracci, *de Thermis veterum.*

3 Sparitian *in Caracall.*

de longitud y 430 de latitud. Las estatuas de mármol y de bronce, eran otra maravilla de los Baños Antoninos. De aquí fueron trasportadas al museo de Nápoles esas obras maestras, de las cuales una sola bastaria para ilustrar una ciudad y tambien un reino. Basta nombrar las estatuas de Hércules, de Flora, del Gladiador, y el famoso grupo de Dircé. Se ve á Dircé sujeto á los cuernos de un toro furioso por sus dos hermanos Zetus y Amphion; más lejos á Antiope, madre de ellos, y al pastor á quien ella entrega á sus dos hijos. Todas estas figuras son de tamaño colosal y forman el grupo más digno de consideracion que nos ha legado el arte antiguo.

A pesar de los consejos en contrario del amigo que nos acompañaba, quisimos subir á la bóveda de la gran sala. Esta bóveda, ó para hablar con más exactitud, esta lengua de bóveda que cuenta apenas algunas pulgadas de espesor, se encuentra apoyada por dos contrafuertes, pero estaba agujereada en muchos lugares, de suerte que nuestra excursion aérea no dejó de ser peligrosa. Sin embargo, llegamos felizmente y pudimos pasear nuestras miradas por el valle del Gran Circo y por todo el campo romano. ¿Creeríase que la parte superior de esta bóveda plana era de mosaico? Sí lo era; y nosotros desprendimos con trabajo algunos pedazos que conservamos como recuerdos de la prodigalidad romana. Entretanto, se trataba ya para bajar, de atravesar en toda su extension el estrecho espacio sobre el cual estábamos suspendidos. Midiendo la espantosa altura que nos separaba del suelo, confieso que una especie de calofrio me corrió desde la cabeza hasta los piés. Mas despues de algunos momentos de irresolucion, salvé con paso rápido el peligroso paso; contento con haberle salvado, prometí no volver allí.

El recuerdo de Caracalla, que nos habia tocado vivamente en el recinto del campo Pretoriano, no cesó de perseguirnos al recorrer aquellas inmensas ruinas. De cada piedra, de cada mosaico, de cada tronco de columna, parece salir la voz lúgubre que aterraba enmedio de sus ruindosas alegrías al emperador fraticida. Bebe ó tu hermano: *Bibe fratrem.*

No lejos de los baños de Caracalla, se abre el valle de Egéria, tan conocido en la historia de Numa. A la gruta misteriosa sucede un monumento cristiano digno de la atencion del viajero; éste es la iglesia de los Santos Nereo y Aquileo. El cristianismo, que entró con San Pablo al palacio de los Césares, se habia mantenido allí con ventaja á pesar de las persecuciones; algunos miembros de las familias imperiales lo habian abrazado; en este número se encuentra Flávia Domitilla, sobrina del cónsul Flávio Clemente, primo de Domiciano. Fué bautizada por San Pedro y tuvo á su servicio á dos hermanos, Nereo y Aquileo, regenerados como ella por el príncipe de los apóstoles, los cuales persuadieron á la jóven princesa á que consagrarse su virginidad al Señor. Fueron reconocidos como cristianos y relegados á la isla Pontia y Terracina; sus cuerpos, guardados por los fieles, descansaron largo tiempo en la catacumba de Pretextado, en la vía Ardeatina. Más tarde fueron colocados en la antigua iglesia que lleva todavía su nombre. Esta basílica fué edificada por el papa Juan I, en un terreno perteneciente á Santa Lucina, y reedificada por San Leon III. El ilustre cardenal Baronio, que llegó á ser titular de ella, puso un cuidado particular en conservarla; y él fué el que en 1597, mandó llevar allí los cuerpos de los santos mártires, con el de Santa Flávia Domitilla, que Gregorio IX habia colocado en la Iglesia de San Adrian.

dado la vida á tu madre." Y de sus ojos corrían lágrimas de una ternura sobrenatural; y la madre y la hija se confundían en mútuas caricias. Este espectáculo renovó todas las impresiones que habíamos sentido la víspera. Despues de una larga é interesante conversacion, nos retiramos, dejando con su dicha á aquella familia bendita, felices nosotros mismos con lo que acabábamos de ver y oír, deseamos para todos nuestros amigos un día semejante.

4 DE ENERO.

Piscina pública.—Baños de Caracalla.—Estatuas.—Excursion aerea.—Recuerdo de Caracalla.—Valle de la ninfa Egeria.—Iglesia de los santos Nereo y Aquileo.—Origen de su nombre de *Fasciola*.—Las Siete Salas.—Las mulas de Sixto V.—Forum de Nerva.—Templo de Pallas.—Mercado de los mártires.

Antes de empezar un nuevo cuartel, nos pareció conveniente arreglar nuestras cuentas con aquellos que habíamos ya explorado. Reconocimos algunas omisiones y corrimos á repararlas. Más allá del Monte Aventino, en la antigua region de la *Piscina pública*, están los Baños de Caracalla, y á ellos hicimos nuestra primera visita. La célebre piscina que daba el nombre á esta parte de Roma, no era otra cosa que un lago artificial, á donde iba la juventud á ejercitar la natacion. Segun los autores antiguos, este lago estaba alimentado por la agua Apiana, la primera que fué llevada á Roma. Parece haber desaparecido, desde que los Baños de Caracalla la hicieron inútil. En efecto, no solamente la juventud, sino todo el pueblo de Roma, encontraba en aquel soberbio edificio con que satisfacer su gusto por el baño y los ejercicios náuticos. Representaos un palacio cuadrado de 4,200 piés de superficie y de una altura proporciona-

da, todo revestido con mármoles exquisitos y adornado con columnas y estatuas de bronce y de mármol, obras maestras de la escultura antigua. Vuestros piés pisan un pavimento de mosaico, vuestros ojos admiran en la bóveda delicadas pinturas; á derecha é izquierda mil seiscientos cuartos de baño con otros tantos asientos de pulido mármol; luego inmensas salas para los juegos públicos. 2 En este número no estaban comprendidas las piezas inseparables de los Baños romanos: el *Apodyterium*, en donde se dejaban los vestidos; el *Frigidarium*, donde se tomaba el baño frio; el *Tepidarium*, en donde se tomaba el baño tibio; el *Calidarium*, en donde se tomaba el baño caliente; el *Sudatorium*, en donde se excitaba la traspiracion por el vapor; el *Unctuarium*, en donde se daban los perfumes al salir del baño; 1 los lugares de prostitucion, las bibliotecas, etc. Haremos notar que los baños daban vista al gran Circo; así es siempre en la vieja Roma; la sangre y la voluptuosidad son en ella inseparables.

Los baños de Caracalla, ménos vastos que los de Diocleciano, se contaban, no obstante, entre las maravillas de la antigua Roma. Dos cosas constituian su gloria: la gran sala y las estatuas que la embellecian. Por el atrevimiento y la ligereza de su construccion, era esta casa la desoperacion de los arquitectos y de los mecánicos, de los cuales unos sostenian que era imposible hacer otra semejante; y otros, negaban que fuera de mano de los hombres. 3 Por las ruinas que de ella existen, puede calcularse que tenía 690 piés

1 Habebant in usum lavantium sellas mille sexcentas epolito marmore factas. Olympiodor. *in Ant. Caracall.*—M. Bluet, jóven arquitecto pensionado de la academia de Francia en Roma, acaba de hacer el plano de este magnífico edificio.

2 Véase Bracci, *de Thermis veterum.*

3 Sparitian *in Caracall.*

de longitud y 430 de latitud. Las estatuas de mármol y de bronce, eran otra maravilla de los Baños Antoninos. De aquí fueron trasportadas al museo de Nápoles esas obras maestras, de las cuales una sola bastaria para ilustrar una ciudad y tambien un reino. Basta nombrar las estatuas de Hércules, de Flora, del Gladiador, y el famoso grupo de Dircé. Se ve á Dircé sujeto á los cuernos de un toro furioso por sus dos hermanos Zetus y Amphion; más lejos á Antiope, madre de ellos, y al pastor á quien ella entrega á sus dos hijos. Todas estas figuras son de tamaño colosal y forman el grupo más digno de consideracion que nos ha legado el arte antiguo.

A pesar de los consejos en contrario del amigo que nos acompañaba, quisimos subir á la bóveda de la gran sala. Esta bóveda, ó para hablar con más exactitud, esta lengua de bóveda que cuenta apenas algunas pulgadas de espesor, se encuentra apoyada por dos contrafuertes, pero estaba agujereada en muchos lugares, de suerte que nuestra excursion aérea no dejó de ser peligrosa. Sin embargo, llegamos felizmente y pudimos pasear nuestras miradas por el valle del Gran Circo y por todo el campo romano. ¿Creeríase que la parte superior de esta bóveda plana era de mosaico? Sí lo era; y nosotros desprendimos con trabajo algunos pedazos que conservamos como recuerdos de la prodigalidad romana. Entretanto, se trataba ya para bajar, de atravesar en toda su extension el estrecho espacio sobre el cual estábamos suspendidos. Midiendo la espantosa altura que nos separaba del suelo, confieso que una especie de calofrio me corrió desde la cabeza hasta los piés. Mas despues de algunos momentos de irresolucion, salvé con paso rápido el peligroso paso; contento con haberle salvado, prometí no volver allí.

El recuerdo de Caracalla, que nos habia tocado vivamente en el recinto del campo Pretoriano, no cesó de perseguirnos al recorrer aquellas inmensas ruinas. De cada piedra, de cada mosaico, de cada tronco de columna, parece salir la voz lúgubre que aterraba enmedio de sus ruindosas alegrías al emperador fraticida. Bebe ó tu hermano: *Bibe fratrem.*

No lejos de los baños de Caracalla, se abre el valle de Egéria, tan conocido en la historia de Numa. A la gruta misteriosa sucede un monumento cristiano digno de la atencion del viajero; éste es la iglesia de los Santos Nereo y Aquileo. El cristianismo, que entró con San Pablo al palacio de los Césares, se habia mantenido allí con ventaja á pesar de las persecuciones; algunos miembros de las familias imperiales lo habian abrazado; en este número se encuentra Flávia Domitilla, sobrina del cónsul Flávio Clemente, primo de Domiciano. Fué bautizada por San Pedro y tuvo á su servicio á dos hermanos, Nereo y Aquileo, regenerados como ella por el príncipe de los apóstoles, los cuales persuadieron á la jóven princesa á que consagrarse su virginidad al Señor. Fueron reconocidos como cristianos y relegados á la isla Pontia y Terracina; sus cuerpos, guardados por los fieles, descansaron largo tiempo en la catacumba de Pretextado, en la vía Ardeatina. Más tarde fueron colocados en la antigua iglesia que lleva todavía su nombre. Esta basílica fué edificada por el papa Juan I, en un terreno perteneciente á Santa Lucina, y reedificada por San Leon III. El ilustre cardenal Baronio, que llegó á ser titular de ella, puso un cuidado particular en conservarla; y él fué el que en 1597, mandó llevar allí los cuerpos de los santos mártires, con el de Santa Flávia Domitilla, que Gregorio IX habia colocado en la Iglesia de San Adrian.

Antes de ser dedicada la basílica á los Santos Nereo y Aquileo, se la llamaba *Fasciola*, que quiere decir, mantilla, nombre que conserva hoy todavía. Si buscáis el origen de esta denominación singular, la tradición romana os responde: «Al pasar San Pedro por este lugar de la vía Apiana, se le cayó uno de los pequeños lienzos que los cristianos le habían puesto en las llagas que se le habían formado en los pies por los sepos, y un edículo vino á señalar el lugar en que sucedió este hecho 1.» La tradición de que hablo, dos veces respetable, por su antigüedad y por los nombres que la apoyan, podría sacar en caso de necesidad su certidumbre de la circunstancia misma de que es testigo. ¿Quién ignora que cabe perfectamente en el géneo de la piedad primitiva, el sumo cuidado en conservar los menores hechos de la vida de los apóstoles? No se permite la duda cuando se conocen la veneración profunda, la ternura filial, y yo diré el santo entusiasmo de los cristianos de Roma por San Pedro y San Pablo. Todos los monumentos atestiguan que le siguieron paso á paso, señalando con oratorios y capillas, y más tarde immortalizando con magníficas iglesias, todos los lugares depositarios de algun recuerdo apostólico.

La Iglesia de los Santos Nereo y Aquileo, ofrece una rica cosecha al artista y al arqueólogo. El ciprés está sostenido por cuatro bellas columnas de mármol africano: los dos ambones, bien conservados, presentan detalles de gran interés. En el coró, y bajo el ábside ó arco abovedado, se eleva la cátedra pontifical en que pronunció San Gregorio Magno la vigésima octava de sus homilias, de la cual está grabada una parte en el respaldo de esta cátedra. Pero el monumento más importante, es el bello mosaico del ábside; viene

1 Mazzol, l. VI, p. 251.

del año de 796 y representa la Transfiguración. En la cima del arco se vé á Nuestro Señor con Moisés y Elías; más abajo á los tres Apóstoles, poseídos de miedo, inclinados hácia la tierra y cubriéndose la cara con sus mantos. A la izquierda aparece la Virgen santa recibiendo la visita del ángel; á la derecha María, teniendo en pié al Niño Jesus, en su regazo; cerca de ahí está un ángel con las alas extendidas en actitud de admiración. Despues de más de mil años, brillan en aquella inmortal pintura, la divinidad del Hijo y la divina maternidad de la Madre. Hé ahí, pues, contra los novadores de todos los tiempos, la antigüedad de la fe y la inmutable razón de los siglos 1.

Volviendo á entrar á la ciudad por la *Vía de los Triunfos*, penetramos más allá del Coliseo á una viña que comunica á las *Siete Salas*, *Sette Sale*, ó *sette Camere*. Se da este nombre á siete magníficos receptáculos que suministraban aguas primero á los Jardines de Neron, y luego á los baños de Tito. Otros los consideran como ruinas del *Nymphæum* de Marco Aurelio 2. Como quiera que sea, las siete Salas merecen ser vistas, porque dan una alta idea de la magnificencia romana. Las cámaras y los vastos corredores que están inmediatos á ellas, formaron parte de la casa de oro de Neron. Es sabido que esta casa gigantesca fué llamada desde luego, *domus transitoria*, porque el pueblo atravesaba sus pórticos para ir del Célio al Esquilinio. Esta circunstancia nos parece explicar, por una parte, la presencia de los medallones imperiales pintados en la cima de la bóveda, que representan al emperador,

1 Véase en cuanto á la iglesia de los Santos Nereo, etc., la sábia y curiosa obra del abate D. Bartolomé Piazza: *Santuario Romano delle stazioni*, staz 23; y *Roma Christiana* ad deim 12 Maii; véase también Ciampini, *monim veter.* t. II, p. 123.

2 Amm. Marcell., lib. XV.

y sobre su cabeza una águila con las alas extendidas; y por otra la singular inscripción que voy á trascribir en latin, porque

Le latin dans les mots brave l'honnêteté;
Mais le lecteur français veut être respecté:

“El latin desprecia la decencia de las palabras,
Pero el lector francés quiere ser respetado.”

Luego en las paredes de aquellas soberbias salas, se lee:

Duodecim deos et Dianam,
Et Jovem optimum maximum
Habeat iratos,
Quisquis hic minxerit aut cacarit.
“A los doce dioses y á Diana,
Y á Júpiter óptimo maximo
Tendrá airados
Cualquiera que aquí.... ó....”

Los antiguos ponían la limpieza de sus monumentos bajo la protección de los dioses, y nosotros al cuidado de la policía. Abajo de la inscripción, se alargan dos grandes serpientes vueltas la una contra la otra y separadas por un haz de varas. La serpiente, entre los antiguos, era un signo de respeto, y el haz de varas indica el castigo del delincuente.

Quando dejábamos las siete Salas para dirigirnos al Forum de Nerva, percibimos un molinero que conducía á cinco mulas cargadas de sacos de harina. “Hé aquí, se nos dijo, las cinco mulas de Sixto V.—¿Acaso las conocéis en los dientes? respondimos nosotros en tono de chanza.—No, hablo seriamente; hé aquí el hecho: Sixto V, como la mayor parte de los grandes hombres, tenía una manía, la de contar todo por cinco. Prohibió á los molineros que entrasen á Roma con más de cinco mulas y con menos de cinco: su prohibición ha sido siempre conservada. Dejó al morir cinco millones de *scudi* al tesoro y cinco mil medidas de trigo en los graneros públicos; construyó cinco fuentes monumentales, levantó cinco obeliscos, tomó él

el nombre de quinto; decía que no reinaria más que cinco años, y su predicción se verificó, fué elegido en 1585 y murió en 1590.” Desde esta explicación, siempre que alguna vez encontramos á los molineros con sus cinco mulas, ni más ni menos, pensábamos en el gran papa y aplaudíamos la constancia con que el pueblo de Roma permanece fiel á la memoria de un pontífice que fué su ídolo.

Entre tanto, veíamos levantarse ante nosotros los restos grandiosos del *Forum de Nerva*. En la parte que permanece intacta, está la iglesia de San Basilio y el monasterio de las Jóvenes convertidas nuevamente á la fe. El emperador Alejandro Severo habia enriquecido este forum con un gran número de estatuas colosales que representaban á los Césares, y con soberbias columnas de bronce en las cuales estaban grabados los hechos brillantes de la historia romana 1. Este príncipe, conocido por su integridad, dió allí un gran ejemplo de justicia. Vetronio Turino, uno de sus cortesanos, se habia dejado corromper por presentes magníficos y habia prometido en cambio los favores del César; Alejandro le condenó á morir en el humo. Se le condujo al forum, y mientras un humo espeso sofocaba al culpable, un heraldo sonaba la trompeta diciendo: *Así es castigado con el humo á aquel que ha vendido humo* 2. A algunos pasos del Forum se ven los restos del templo de Pallas, que la tradición hace remontar hasta Nerva. 3 Presenta también excelentes esculturas con columnas acanaladas, de orden corintio. En la cima se eleva una estatua de Pallas de medio perfil: la diosa está en pié con un casco en la cabeza y un escudo en la ma-

1 Statuas colosseas, vel pedestres, midas, vel equestres divis imperatoribus cum titulis, et columnis aereis quae gestorum ordinem continent.—Lamprid *in Sever.*

2 Fumo punitur, qui vendidit fumum. *Id.*

3 Sext. Aurel. *in Nerva.*

no izquierda; la derecha, que tiene la lanza, está rota. Esta ruina pagana no ofrece por sí misma sino un débil interés; pero los sangrientos recuerdos que á ella se refieren, conmueven vivamente el alma de un cristiano. Al pié de este ídolo, y delante de la puerta del templo, fueron inmolados numerosos mártires. De aquí le viene á la pequeña iglesia vecina el nombre de *Santa Agata de los Tisserandes en la mortandad de los Mártires, ad macellum Martyrum* 1. Un profundo pozo, encerrado en el interior del templo, recibió los cuerpos y la sangre de nuestros padres. Parece también que muchos fueron arrojados en él vivos, porque se ha encontrado en los pozos, sobre el cuerpo mismo del mártir, una de aquellas piedras que se colgaban al cuello de los cristianos. Esta piedra es redonda, negra, y puede pesar como cien libras. Se la ha colocado bajo una reja en el orificio del pozo, en donde desde hace muchos siglos numerosas generaciones la rodean de respetos y la cubren con sus besos.

5 DE ENERO.

Antigua región de la *Via Lata*.—Sepulcro de Publicio Bíbulo.—Basílica de los Santos Apóstoles.—Casa de Marcial.—Templo del Sol.—Iglesia de San Marcelo.—Palacio Doria.—Iglesia de Santa María *in Via Lata*.—Prisión de San Pablo.—Palacio de Venecia.—Iglesia de San Márcos.

Nuestro hermoso sol de Italia había reaparecido: Roma volvía á la vida. Los conductores de vino paseaban por las calles sus mulas cargadas de *fiaschi* (frascos) de vidrio blanco, coronados con un tapon de papel; los comerciantes de naranjas hacían resonar en las plazas sus agudos gri-

1 Véanse las actas de los santos Gordiano, Crescencio, Cornelio, etc.

tos, el humilde pasionista presentaba su alcancía á los transeuntes, y el hermano capuchino, conduciendo de la brida el asno hereditario, llevaba al convento las provisiones del día, cuando salimos para dirigirnos al nuevo teatro de nuestras investigaciones; éstas volvieron á empezar en el mismo punto en que las habíamos dejado la víspera. La antigua *Via Lata*, que se extendía desde el Forum de Trajano y desde la raíz del Capitolio, hasta la fuente Trevi y hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, tal era la región que debía ocuparnos. Cerca de la calle *Macel d'Corvi*, se presenta un antiguo monumento de la vieja Roma; éste es el sepulcro de Cayo Publicio Bíbulo, dón del pueblo romano. La inscripción que tiene, interesa por su antigua ortografía:

C. PUBLICIO. L. F. BIVULO. AED. PL. HONORIS
VIRTUTISQVE. GAVYA. SENATVS. CONSVLTO
POPVLIVQVE. IVSSV. LOCO. MONUMENTI. QVO
IPSE. POSTERESQVE. EJVS. INTERRENTVR
PVBLICE. DATVS. EST.

El monumento mismo está bien conservado y está sostenido por cuatro columnas coronadas por un cornisamento que tiene esculturas. Volviéndose á la derecha, se encontraba en otro tiempo al pórtico de Constantino, y según los arqueólogos, el *Forum suarium* ó mercado de cochinos, rodeado de soberbias galerías. Como quiera que sea, de estos dos edificios no queda más que el recuerdo; y se conviene en decir que el lugar que ocupaban es, poco más ó menos, el lugar que ocupa la iglesia de los Santos Apóstoles, quedando comprendidos también en este lugar la plaza y los jardines que lo acompañan.

Esta iglesia es una de las ocho basílicas Constantinianas 1. A la derecha, bajo el

1 Ciampini parece ser de opinion diferente. *Monim veter.*, t. III, p. 137.

vestíbulo, se ve una águila romana, perfectamente conservada, como tantos otros monumentos; así el emblema del poder imperial, repite á todos los que entran ó que salen, el triunfo inmortal alzado sobre los Césares por los doce pescadores evangélicos. En el umbral del templo le espera al peregrino un noble recuerdo; aquí es donde San Gregorio Magno pronunció dos de sus elocuentes homilias. Adelantándose á la derecha, percibe un fresco simbólico, en el cual el Niño Jesús está de pié en el regazo de su madre. Se sabe ya que esta actitud expresa la fe de la Iglesia en la divinidad del Salvador y en la maternidad divina. La pintura de que hablamos es demasiado antigua. A la izquierda se levanta la tumba de mármol del papa Clemente XIV, obra notable de la juventud de Canova.

Los Apóstoles San Felipe y Santiago el Menor descansan bajo el altar mayor. Siempre fiel al pensamiento católico, Roma ha cuidado de formar al rededor de ellos una brillante corona de santos y de mártires. El barandal colocado delante del santuario, forma una cueva, en la cual quince mártires sacados de las catacumbas de Apronio, en la vía Latina, reciben los homenajes más devotos de los peregrinos. Bajo el altar de San Antonio se conservan los cuerpos de Santa Eugenia y de Santa Claudia su madre. Sería largo citar en pormenor á todos los numerosos testigos de nuestra fe, cuya presencia hace de la iglesia de los Santos Apóstoles uno de los más venerables santuarios de Roma. No hay una de las celestes gerarquías que no esté allí dignamente representada; basta nombrar á San Lorenzo, San Vicente, San Gregorio Magno, San Gregorio VII, San Carlos Borromeo, San Bernardino de Sena, San Francisco de Asís, San Antonio de Pádua, Santa Agata, Santa Praxe-

dis, Santa Margarita de Cortona. Convid en que estaria muy enfermo el corazon que no encontrase aquí un amigo que en otro tiempo probó los mismos dolores y hoy es capaz de aliviarlos 1 Esta iglesia es el asiento de la *Cofradía de los Santos Apóstoles*, que fué erigida bajo el pontificado de Clemente VIII. Más tarde trataremos de ella, y solo diré de paso que es una de las obras más dignas de la ciudad madre y señora, no solo de la fe, sino también de la caridad.

Cuando del palacio de la embajada de Francia, contiguo á la iglesia de los Santos Apóstoles, se dirige uno hácia el *Corso*, pasando cerca de la fuente *Trevi*, se encuentran muchos recuerdos paganos de mediano interés. Aquí era la casa del poeta Marcial; él mismo nos enseña, que estaba situada cerca de la agua *Martia*, en la *calle del Peral*, y que era necesario subir tres grandes escaleras, para llegar á sus habitaciones. 2 Más léjos, se levantaba el templo dedicado al *Sol* por Aureliano, y en el cual colocó magníficos despojos el emperador victorioso del Oriente. "Estos eran, dice un historiador, vestidos cubiertos de pedrerías, dragones pérsicos, tiaras y telas de púrpura de belleza tal, que no las vió nunca semejantes el mundo romano." 3 A esta descripción añade el mismo autor inmediatamente un detalle que parece no dar una gran opinion del respeto

1 Véase á Mazzol, t. VI, p. 141 y siguientes.

2 *Sicca domus queritur nullo se rore foveri, Cum mihi vicino Martia fonte sonet.*

Epigram., lib. IX, epigr. 19.

Non est quod puerum, Luperce, vexes,
Longum est si velit ad pírvm veniro,
Et scalis habito tribus, sed altis, etc.

Epigram., l. I, epigr. penult.

3 *Romæ Soli templum posuit majore honorificentia conservatum, quod Orientis victor hostili præda ditavit ornavitque. . . . Tunc illæ vestes, quas in templo Solis videmus, consertæ gemmis, tunc persici dracones, et tiaræ, tunc genus purpuræ, quod postea nec ulla gens detulit, nec Romanus orbis vidit.*—Vopisc. *in Aurelian.*

no izquierda; la derecha, que tiene la lanza, está rota. Esta ruina pagana no ofrece por sí misma sino un débil interés; pero los sangrientos recuerdos que á ella se refieren, conmueven vivamente el alma de un cristiano. Al pié de este ídolo, y delante de la puerta del templo, fueron inmolados numerosos mártires. De aquí le viene á la pequeña iglesia vecina el nombre de *Santa Agata de los Tisserandes en la mortandad de los Mártires, ad macellum Martyrum* 1. Un profundo pozo, encerrado en el interior del templo, recibió los cuerpos y la sangre de nuestros padres. Parece también que muchos fueron arrojados en él vivos, porque se ha encontrado en los pozos, sobre el cuerpo mismo del mártir, una de aquellas piedras que se colgaban al cuello de los cristianos. Esta piedra es redonda, negra, y puede pesar como cien libras. Se la ha colocado bajo una reja en el orificio del pozo, en donde desde hace muchos siglos numerosas generaciones la rodean de respetos y la cubren con sus besos.

5 DE ENERO.

Antigua región de la *Via Lata*.—Sepulcro de Publicio Bíbulo.—Basílica de los Santos Apóstoles.—Casa de Marcial.—Templo del Sol.—Iglesia de San Marcelo.—Palacio Doria.—Iglesia de Santa María *in Via Lata*.—Prisión de San Pablo.—Palacio de Venecia.—Iglesia de San Márcos.

Nuestro hermoso sol de Italia había reaparecido: Roma volvía á la vida. Los conductores de vino paseaban por las calles sus mulas cargadas de *fiaschi* (frascos) de vidrio blanco, coronados con un tapon de papel; los comerciantes de naranjas hacían resonar en las plazas sus agudos gri-

1 Véanse las actas de los santos Gordiano, Crescencio, Cornelio, etc.

tos, el humilde pasionista presentaba su alcancía á los transeuntes, y el hermano capuchino, conduciendo de la brida el asno hereditario, llevaba al convento las provisiones del día, cuando salimos para dirigirnos al nuevo teatro de nuestras investigaciones; éstas volvieron á empezar en el mismo punto en que las habíamos dejado la víspera. La antigua *Via Lata*, que se extendía desde el Forum de Trajano y desde la raíz del Capitolio, hasta la fuente Trevi y hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, tal era la región que debía ocuparnos. Cerca de la calle *Macel d'Corvi*, se presenta un antiguo monumento de la vieja Roma; éste es el sepulcro de Cayo Publicio Bíbulo, don del pueblo romano. La inscripción que tiene, interesa por su antigua ortografía:

C. PUBLICIO. L. F. BIVULO. AED. PL. HONORIS
VIRTUTISQVE. GAVYA. SENATVS. CONSVLTO
POPVLIVQVE. IVSSV. LOCO. MONUMENTI. QVO
IPSE. POSTERESQVE. EJVS. INTERRENTVR
PVBLICE. DATVS. EST.

El monumento mismo está bien conservado y está sostenido por cuatro columnas coronadas por un cornisamento que tiene esculturas. Volviéndose á la derecha, se encontraba en otro tiempo al pórtico de Constantino, y según los arqueólogos, el *Forum suarium* ó mercado de cochinos, rodeado de soberbias galerías. Como quiera que sea, de estos dos edificios no queda más que el recuerdo; y se conviene en decir que el lugar que ocupaban es, poco más ó ménos, el lugar que ocupa la iglesia de los Santos Apóstoles, quedando comprendidos también en este lugar la plaza y los jardines que lo acompañan.

Esta iglesia es una de las ocho basílicas Constantinianas 1. A la derecha, bajo el

1 Ciampini parece ser de opinion diferente. *Monim veter.*, t. III, p. 137.

vestíbulo, se ve una águila romana, perfectamente conservada, como tantos otros monumentos; así el emblema del poder imperial, repite á todos los que entran ó que salen, el triunfo inmortal alzado sobre los Césares por los doce pescadores evangélicos. En el umbral del templo le espera al peregrino un noble recuerdo; aquí es donde San Gregorio Magno pronunció dos de sus elocuentes homilias. Adelantándose á la derecha, percibe un fresco simbólico, en el cual el Niño Jesús está de pié en el regazo de su madre. Se sabe ya que esta actitud expresa la fe de la Iglesia en la divinidad del Salvador y en la maternidad divina. La pintura de que hablamos es demasiado antigua. A la izquierda se levanta la tumba de mármol del papa Clemente XIV, obra notable de la juventud de Canova.

Los Apóstoles San Felipe y Santiago el Menor descansan bajo el altar mayor. Siempre fiel al pensamiento católico, Roma ha cuidado de formar al rededor de ellos una brillante corona de santos y de mártires. El barandal colocado delante del santuario, forma una cueva, en la cual quince mártires sacados de las catacumbas de Apronio, en la vía Latina, reciben los homenajes más devotos de los peregrinos. Bajo el altar de San Antonio se conservan los cuerpos de Santa Eugenia y de Santa Claudia su madre. Sería largo citar en pormenor á todos los numerosos testigos de nuestra fe, cuya presencia hace de la iglesia de los Santos Apóstoles uno de los más venerables santuarios de Roma. No hay una de las celestes gerarquías que no esté allí dignamente representada; basta nombrar á San Lorenzo, San Vicente, San Gregorio Magno, San Gregorio VII, San Carlos Borromeo, San Bernardino de Sena, San Francisco de Asís, San Antonio de Pádua, Santa Agata, Santa Praxe-

dis, Santa Margarita de Cortona. Convid en que estaria muy enfermo el corazon que no encontrase aquí un amigo que en otro tiempo probó los mismos dolores y hoy es capaz de aliviarlos 1 Esta iglesia es el asiento de la *Cofradía de los Santos Apóstoles*, que fué erigida bajo el pontificado de Clemente VIII. Más tarde trataremos de ella, y solo diré de paso que es una de las obras más dignas de la ciudad madre y señora, no solo de la fe, sino también de la caridad.

Cuando del palacio de la embajada de Francia, contiguo á la iglesia de los Santos Apóstoles, se dirige uno hácia el *Corso*, pasando cerca de la fuente *Trevi*, se encuentran muchos recuerdos paganos de mediano interés. Aquí era la casa del poeta Marcial; él mismo nos enseña, que estaba situada cerca de la agua *Martia*, en la *calle del Peral*, y que era necesario subir tres grandes escaleras, para llegar á sus habitaciones. 2 Más léjos, se levantaba el templo dedicado al *Sol* por Aureliano, y en el cual colocó magníficos despojos el emperador victorioso del Oriente. "Estos eran, dice un historiador, vestidos cubiertos de pedrerías, dragones pérsicos, tiaras y telas de púrpura de belleza tal, que no las vió nunca semejantes el mundo romano." 3 A esta descripción añade el mismo autor inmediatamente un detalle que parece no dar una gran opinion del respeto

1 Véase á Mazzol, t. VI, p. 141 y siguientes.

2 *Sicca domus queritur nullo se rore foveri, Cum mihi vicino Martia fonte sonet.*

Epigram., lib. IX, epigr. 19.

Non est quod puerum, Luperce, vexes,

Longum est si velit ad *pirum* venire,

Et scalis habito tribus, sed altis, etc.

Epigram., l. I, epigr. penult.

3 *Romæ Soli templum posuit majore honorificentia conservatum, quod Orientis victor hostili præda ditavit ornavitque. . . . Tunc illæ vestes, quas in templo Solis videmus, consertæ gemmis, tunc persici dracones, et tiaræ, tunc genus purpuræ, quod postea nec ulla gens detulit, nec Romanus orbis vidit.*—Vopisc. *in Aurelian.*

de los paganos hacia los templos de sus dioses. Bajo los pórticos del templo del Sol, se vendían los vinos del fisco, es decir, los vinos que venían al dominio del emperador, ya por las contribuciones, ya por los peajes. 1

Estos recuerdos, que no habían podido detener nuestra escursión, nos permitieron llegar prontamente á *San Marcelo*. La iglesia del glorioso pontífice está situada en el *Corso*, la principal calle de Roma. Para visitarla con un profundo respeto, es preciso acordarse de una de las bellas páginas de nuestra historia primitiva. Los cristianos estaban de duelo; el papa San Marcelo acababa de ser aprehendido y entregado al tirano. Maxencio, para humillar á los fieles, condenó al soberano pontífice á guardar bestias encerradas en un cercado. Hacia nueve meses que estaba ocupado en este abyecto ministerio, cuando sus sacerdotes encontraron el medio de robárselo. Santa Lucina le ocultó en su casa, situada en la plaza misma en donde se levanta hoy la iglesia de San Marcelo. 2 Las ovejas se reunían allí alrededor del pastor para recibir la palabra de vida y el vino que fortalecía á los mártires. Esta morada había llegado á ser demasiado santa y no debía servir ya para usos profanos. Lucina hizo donación de ella al vicario de Jesucristo, quien la convirtió en iglesia. Maxencio, que llegó á saber lo que pasaba, mandó arrestar de nuevo al pontífice; luego, añadiendo la impiedad á la crueldad, mandó que se cambiase la iglesia en caballeriza y se la llenase de animales, y condenó al pontífice á cuidar de ellos. Y vióse al venerable anciano transformado en palafrenero ó en bestiarero, guardar en una iglesia los caballos, los

1 Idem.

2 Se trata aquí de Santa Lucina la jóven que no debe confundirse con Santa Lucina la que dió sepultura á San Pablo, etc.

bueyes y los cochinos, hasta que el mal olor y las privaciones que tenía de todo género, pusieron fin á su dolorosa existencia. Fué enterrado con honor en la catacumba de Santa Priscila en la vía *Salaria*; y más tarde fué llevado al lugar de su muerte 1 y colocado bajo el altar mayor de la iglesia que lleva su nombre, recibe hoy los homenajes del mundo católico en el teatro mismo de sus humillaciones. ¡Gloriosa visicitud, de la cual presenta Roma á cada paso tiernos ejemplos! Al lado del pontífice mártir descansa San Focas, humilde jardinero que selló también la fe con su sangre. Otros mártires, en gran número, enriquecen con sus reliquias sagradas la piadosa iglesia de San Marcelo; nombraré solo á Santa Felicitas, la heroína de Cartago, cuyo cuerpo se conserva en gran parte bajo el altar de San Pablo.

Otros tres objetos atraen la piedad de los fieles. El primero es una imagen milagrosa de la Santa Virgen, coronada por el capítulo del Vaticano. 2 Cuando se ha obtenido por la intercesión de la Madre alguna gracia sobrenatural, es costumbre en Roma y en Italia coronar la imagen ante la cual fué solicitada. Un círculo de plata, de oro ó de piedras preciosas, rodea la cabeza de Maria y llama la devoción, perpetuando el testimonio del reconocimiento. Si el primer aspecto de esta corona colocada en el centro de un cuadro parece extraño al viajero que ignora la razón de ello, para el cristiano se convierte en un motivo siempre nuevo de confianza filial hacia aquella que es todo á la vez, nuestra madre y nuestra hermana. El segundo objeto es el sepulcro del cardenal

1 Véase á Baron, *Annal.*, t. III, an. 309 n. V.

2 La autoridad pública es siempre la competente para demostrar el milagro y decidir de la coronación.

Gonsalvi. Este mausoleo que recuerda al amable, al piadoso, al hábil negociador, al ministro necesario de Pio VII, se encuentra en la capilla del Crucifijo, en donde quiso descansar el ilustre diplomático, cerca de su hermano querido. El tercero es el Crucifijo milagroso delante del cual es raro no encontrar á los fieles en oración. El 22 de Mayo del año 1519, se desplomó la iglesia, y en el monton de ruinas, solo el Crucifijo se halló intacto en su lugar ordinario, acompañado de la lámpara que ardía siempre delante de él, la cual se encontró encendida. Una cofradía de laicos, llamada del *Santisimo Crucifijo*, perpetúa el recuerdo consolador del hecho que acaba de referir.

Al lado de la iglesia está el palacio Doria, uno de los más grandes de Roma y encierra una bella y numerosa colección de cuadros: Alberto Durer, Leonardo de Vinci, Claudio Lorrain, Murillo, Miguel Angel, han escrito algunas páginas de aquel libro inmortal.

Al salir, no hicimos más que atravesar la calle, y nos encontramos en Santa María *in Via Lata*. Confieso que sentí una viva emoción al poner el pié en aquel nuevo teatro de nuestra piadosa curiosidad; y ¿cómo hubiera podido librarme de ella? ¡Pisaba la tierra que el mismo gran Apóstol había pisado! ¡Iba á bajar á aquellas bóvedas que resonaron con su voz! Iba á visitar un lugar que había visto á Pablo, el valiente prisionero de Jesucristo; á Lucas su inseparable compañero; á Onésimo y á Onesiforo de Lycaonia, los enviados de los Felipes, y á muchos otros también, cuyos nombres venerables brillan con tan dulce luz en los anales de la primitiva Iglesia. Arriba de la puerta de una escalera subterránea, se leen estas palabras que os hacen enternecer: *Cum venissemus Romam, permissum est Paulo manere si-*

bimet cum custodiente se milite: 1 "Cuando llegamos á Roma, fué permitido á Pablo permanecer libre con el soldado que le guardaba." 2 Abrióse la puerta y bajamos á la prisión. En este lugar, bajo estas sombrías bóvedas, ennegrecidas por el tiempo y formadas como todas las construcciones subterráneas de los romanos, con gruesos trozos de travertino, fué depositado el grande Apóstol á su llegada del Asia, en su primer viaje á Roma. Aquí fué donde permaneció atado con una cadena al brazo de un soldado, durante dos años enteros. Tres días después de su llegada, Pablo, cuyo celo no tenía espera, ni conocía peligro, convocó á su prisión á los principales judíos. "Hermanos, les dijo, por solo la esperanza de Israel, estoy cargado con estas cadenas;" y les probó que el Salvador Jesus era el Mesías esperado por sus padres y anunciado por los profetas. Ni la elocuencia sobrehumana, ni las cadenas elocuentes del prisionero, pudieron convencer á aquellos hombres de cabeza dura, y Pablo les dijo: "Pues bien, sabed que la noticia que rechazais será enviada á las naciones;" y se retiraron disputando entre sí.

Entretanto compareció el Apóstol ante Neron y se le hizo una media justicia, es decir, se le dijo su guardian, su cadena y su prisión, pero se le permitió predicar. Pablo se aprovechó ampliamente de esta libertad. Su prisión no se desocupaba; anunciaba con seguridad al Señor Jesus y las verdades del reino de Dios. El colegio de los pontífices, el senado, el pretorio, el palacio mismo oyó su predicación. 3 No se le hablaba sino que se ocupaba de las

1 Act., XXVIII, 16.

2 Se sabe que entre los romanos, había dos clases de prisiones: la prisión pública y la *libera custodia*, ó casa particular en la cual era puesto el prisionero á vista de otro.

3 Baron., an 56, n. 7.

necesidades de todas las iglesias y escribía á los fieles y á sus discípulos. Aquí vino Epafrodito, obispo de los Filipinos, á traerle en nombre de sus queridos neófitos, una suma de dinero; aquí venía Onésimo el pobre esclavo fugitivo, á suplicarle que le obtuviese el perdón; y Pablo le daba aquella carta tan tierna en que conjura por sus cadenas, á Filemon el amo de Onésimo, que le reciba como á su propio hijo. Aquí escribía á los Filipinos para darles gracias por su caridad; á los Efesios enviándoles al tabelario Tychicus á quien encargaba que les diese noticias en por menor; su segunda epístola á su querido Timoteo, en la cual pronunciaba esta palabra tan digna de su grande alma. "Yo estoy en la prision, pero la palabra de Dios no está encadenada." Despues, con una perfecta libertad de espíritu, el prisionero de Neron descendía al pormenor de todos los negocios de la Iglesia y suplicaba á su discípulo que le mandase su manto y sus papeles. 1

Aquí escribía San Lúcas á vista de San Pablo las *Actas* de los Apóstoles: San Pedro, sin duda alguna, vino á hacerle frecuentes visitas, y Dios sabe qué palabras se cambiaron entre ellos y qué proyectos concibieron en esta prision! ¡Felices paredes! hablad y decidme lo que habeis oido. Pero no; toca á la fe comprenderlo y al corazon sentirlo. Nosotros no vimos más que un modesto altar; y en un ángulo cerca del respiradero, una columna de granito rodeada de una cadena sellada en su base. La tradicion afirma que con esta cadena y en aquella misma columna ataba Marcial el carcelero á su cautivo Pablo y á sus otros prisioneros. Una mano ingeniosa grabó allí estas palabras del mismo Pablo: *Sed verbum Dei non est alligatum.* "Pero la palabra de Dios no está

1 Baron., an. 59, n. 10, 11 y siguientes.

encadenada." En la otra extremidad de la prision está un manantial, cuya límpida agua permanece siempre al mismo nivel. El Apóstol la hizo brotar milagrosamente para bautizar á Marcial y á otros catecúmenos. 1 ¿Es de admirar que un lugar tan venerable no haya cesado de ser rodeado de la piadosa solicitud de los fieles?

Tambien véamos que allí se estableció una de las más antiguas diaconías de Roma; esto nos recuerda á los primeros sucesores de San Pedro. Mientras que la autoridad de los pontífices consagraba esta ilustre prision, el celo de los cristianos se complacia en embellecerla. La iglesia superior llegó á ser un santuario cuya extraordinaria riqueza dará testimonio largo tiempo del reconocimiento de nuestros abuelos. Una legion de mártires, dominada por una imágen milagrosa de la Santa Virgen, guarda todavía hoy aquel lugar de apostólica memoria. En este nuevo cielo, en el cual están representadas todas las edades y todas las condiciones, brilla sobre todo el valeroso diácono Agapito, cuyo cuerpo descansa bajo el altar mayor. 2

Siguiendo adelante por el *Corso*, se pasa, al desembocar á la plaza de Venecia, delante del palacio Rinuccini, en otro tiempo propiedad de la madre de Napoleon. Más léjos está el magnífico palacio de Venecia, antigua propiedad de la famosa república. Se edificó en 1468 bajo Paulo II, y sirve hoy de habitacion al embajador de Austria. La antigua iglesia de *San Márcos* está tocando el palacio. Es preciso remontarse hasta el siglo IV para encontrar su origen. El papa San Márcos la edificó en 336 y la dedicó á San Márcos Evangelista. Fué renovada por Adria-

1 Constanzi. t. II, p. 49; Mazzol., t. VI, p. 315.

2 Véase la historia de Santa María *in Via Lata*, escrita por el sábio Martinelli.

no I y restaurada por Gregorio IV, en 833. El altar mayor, de gran magnificencia, conserva los cuerpos del papa San Márcos y de los ilustres principes persas Abdon y Senon, martirizados en el anfiteatro. Las pinturas de la bóveda son del Tintoreto, y el San Márcos, de Perugino.

Nuestras expediciones en zigzag nos habian conducido á nuestro punto de partida: la plaza *Macel de' Corvi* y la subida de *Marforio* nos habian visto ya; las atravesamos rápidamente para ir á descansar de nuestras fatigas y á contar nuestras riquezas.

6 DE ENERO.

La Epifanía en Roma.—Misa latina, griega, armenia, maronita.—Agapas en la Propaganda.—Fiestas de las lenguas.—Impresiones.

El viajero que tiene la dicha de estar en Roma el dia de la Epifanía, ve con sus ojos el gran milagro del cristianismo, *la diversidad de todos los pueblos en la unidad de la fe.* Se encuentra en el centro de ese foco luminoso, cuyos rayos se prolongan sin alteracion hasta las fronteras del globo, y cuya circunferencia abraza el universo. Este es sin contradiccion un hermoso y dulce espectáculo. Para gozar de él es preciso ir á la Propaganda, su capilla se convierte en el panorama del catolicismo. En ese dia los sacerdotes de los diferentes ritos del Oriente y del Occidente que se hallan en Roma, van, segun costumbre, á ofrecer el augusto sacrificio al cenáculo, de donde parten incesantemente los apóstoles de todas las naciones. Allí fuí yo tambien, dichoso y confuso con la idea de ser actor en la vasta escena que se desplegaba á las miradas de los hombres y de los ángeles. Acabé la misa y nos convertimos en espectadores á nuestra vez.

De la sacristía sale un sacerdote griego,

como antiguamente, lleva una ancha casulla redonda; todo su cuerpo, ménos la cabeza, está envuelto en ese ancho manto de seda, realzado con finos dibujos de oro y de púrpura. Todas las veces que quiere servirse de sus manos, levanta su casulla por delante y la enrolla graciosamente en el brazo; la libertad de sus movimientos no parece forzada. Su oracion es una especie de melopea ó de recitado cadencioso; sus ceremonias son muy variadas, y su misa dura por lo ménos tres cuartos de hora. Pero en el fondo se encuentra siempre la grande, la indivisible unidad católica; una misma la materia del sacrificio, una misma la víctima, unas mismas las palabras sacramentales. En el altar inmediato estaba un sacerdote melquita. La riqueza y amplitud de sus ornamentos, la dulzura de su pronunciacion, el número de las ceremonias sagradas, la gracia con que desempeñaba todo esto, formaba un conjunto lleno de armonía, que disponia el corazon á los más dulces sentimientos de piedad.

El armenio, grave, austero, aparece á su vez. Su cabeza está adornada con una especie de tiara coronada con la cruz; su casulla, con grandes ramos de oro, se parece á nuestras capas. La majestuosa sencillez de las ceremonias con que acompaña al augusto sacrificio, su bella cabeza de caracter oriental, su larga barba negra, le dan un aire de grandeza y de dignidad que infunde respeto. Al verle en el altar, me figuraba á San Basilio desempeñando de pontífice delante del emperador Valente y haciendo temblar con solo la majestad de su porte al monarca hereje.

Un obispo maronita vino á añadir un rito nuevo á todos los ritos del Oriente. Llevaba en la mano una pequeña cruz, semejante á la cruz pastoral de nuestros obispos, la tuvo hasta el momento de la consagracion, y cuando se volvia hácia el

necesidades de todas las iglesias y escribía á los fieles y á sus discípulos. Aquí vino Epafrodito, obispo de los Filipinos, á traerle en nombre de sus queridos neófitos, una suma de dinero; aquí venía Onésimo el pobre esclavo fugitivo, á suplicarle que le obtuviese el perdón; y Pablo le dada aquella carta tan tierna en que conjura por sus cadenas, á Filemon el amo de Onésimo, que le reciba como á su propio hijo. Aquí escribía á los Filipinos para darles gracias por su caridad; á los Efesios enviándoles al tabelario Tychicus á quien encargaba que les diese noticias en por menor; su segunda epístola á su querido Timoteo, en la cual pronunciaba esta palabra tan digna de su grande alma. "Yo estoy en la prision, pero la palabra de Dios no está encadenada." Despues, con una perfecta libertad de espíritu, el prisionero de Neron descendía al pormenor de todos los negocios de la Iglesia y suplicaba á su discípulo que le mandase su manto y sus papeles. 1

Aquí escribía San Lúcas á vista de San Pablo las *Actas* de los Apóstoles: San Pedro, sin duda alguna, vino á hacerle frecuentes visitas, y Dios sabe qué palabras se cambiaron entre ellos y qué proyectos concibieron en esta prision! ¡Felices paredes! hablad y decidme lo que habeis oido. Pero no; toca á la fe comprenderlo y al corazon sentirlo. Nosotros no vimos más que un modesto altar; y en un ángulo cerca del respiradero, una columna de granito rodeada de una cadena sellada en su base. La tradicion afirma que con esta cadena y en aquella misma columna ataba Marcial el carcelero á su cautivo Pablo y á sus otros prisioneros. Una mano ingeniosa grabó allí estas palabras del mismo Pablo: *Sed verbum Dei non est alligatum.* "Pero la palabra de Dios no está

1 Baron., an. 59, n. 10, 11 y siguientes.

encadenada." En la otra extremidad de la prision está un manantial, cuya límpida agua permanece siempre al mismo nivel. El Apóstol la hizo brotar milagrosamente para bautizar á Marcial y á otros catecúmenos. 1 ¿Es de admirar que un lugar tan venerable no haya cesado de ser rodeado de la piadosa solicitud de los fieles?

Tambien véamos que allí se estableció una de las más antiguas diaconías de Roma; esto nos recuerda á los primeros sucesores de San Pedro. Mientras que la autoridad de los pontífices consagraba esta ilustre prision, el celo de los cristianos se complacia en embellecerla. La iglesia superior llegó á ser un santuario cuya extraordinaria riqueza dará testimonio largo tiempo del reconocimiento de nuestros abuelos. Una legion de mártires, dominada por una imágen milagrosa de la Santa Virgen, guarda todavía hoy aquel lugar de apostólica memoria. En este nuevo cielo, en el cual están representadas todas las edades y todas las condiciones, brilla sobre todo el valeroso diácono Agapito, cuyo cuerpo descansa bajo el altar mayor. 2

Siguiendo adelante por el *Corso*, se pasa, al desembocar á la plaza de Venecia, delante del palacio Rinuccini, en otro tiempo propiedad de la madre de Napoleon. Más léjos está el magnífico palacio de Venecia, antigua propiedad de la famosa república. Se edificó en 1468 bajo Paulo II, y sirve hoy de habitacion al embajador de Austria. La antigua iglesia de *San Márcos* está tocando el palacio. Es preciso remontarse hasta el siglo IV para encontrar su origen. El papa San Márcos la edificó en 336 y la dedicó á San Márcos Evangelista. Fué renovada por Adria-

1 Constanzi. t. II, p. 49; Mazzol., t. VI, p. 315.

2 Véase la historia de Santa María *in Via Lata*, escrita por el sábio Martinelli.

no I y restaurada por Gregorio IV, en 833. El altar mayor, de gran magnificencia, conserva los cuerpos del papa San Márcos y de los ilustres principes persas Abdon y Senon, martirizados en el anfiteatro. Las pinturas de la bóveda son del Tintoreto, y el San Márcos, de Perugino.

Nuestras expediciones en zigzag nos habian conducido á nuestro punto de partida: la plaza *Macel de' Corvi* y la subida de *Marforio* nos habian visto ya; las atravesamos rápidamente para ir á descansar de nuestras fatigas y á contar nuestras riquezas.

6 DE ENERO.

La Epifanía en Roma.—Misa latina, griega, armenia, maronita.—Agapas en la Propaganda.—Fiestas de las lenguas.—Impresiones.

El viajero que tiene la dicha de estar en Roma el dia de la Epifanía, ve con sus ojos el gran milagro del cristianismo, *la diversidad de todos los pueblos en la unidad de la fe.* Se encuentra en el centro de ese foco luminoso, cuyos rayos se prolongan sin alteracion hasta las fronteras del globo, y cuya circunferencia abraza el universo. Este es sin contradiccion un hermoso y dulce espectáculo. Para gozar de él es preciso ir á la Propaganda, su capilla se convierte en el panorama del catolicismo. En ese dia los sacerdotes de los diferentes ritos del Oriente y del Occidente que se hallan en Roma, van, segun costumbre, á ofrecer el augusto sacrificio al cenáculo, de donde parten incesantemente los apóstoles de todas las naciones. Allí fuí yo tambien, dichoso y confuso con la idea de ser actor en la vasta escena que se desplegaba á las miradas de los hombres y de los ángeles. Acabé la misa y nos convertimos en espectadores á nuestra vez.

De la sacristía sale un sacerdote griego,

como antiguamente, lleva una ancha casulla redonda; todo su cuerpo, ménos la cabeza, está envuelto en ese ancho manto de seda, realzado con finos dibujos de oro y de púrpura. Todas las veces que quiere servirse de sus manos, levanta su casulla por delante y la enrolla graciosamente en el brazo; la libertad de sus movimientos no parece forzada. Su oracion es una especie de melopea ó de recitado cadencioso; sus ceremonias son muy variadas, y su misa dura por lo ménos tres cuartos de hora. Pero en el fondo se encuentra siempre la grande, la indivisible unidad católica; una misma la materia del sacrificio, una misma la víctima, unas mismas las palabras sacramentales. En el altar inmediato estaba un sacerdote melquita. La riqueza y amplitud de sus ornamentos, la dulzura de su pronunciacion, el número de las ceremonias sagradas, la gracia con que desempeñaba todo esto, formaba un conjunto lleno de armonía, que disponia el corazon á los más dulces sentimientos de piedad.

El armenio, grave, austero, aparece á su vez. Su cabeza está adornada con una especie de tiara coronada con la cruz; su casulla, con grandes ramos de oro, se parece á nuestras capas. La majestuosa sencillez de las ceremonias con que acompaña al augusto sacrificio, su bella cabeza de caracter oriental, su larga barba negra, le dan un aire de grandeza y de dignidad que infunde respeto. Al verle en el altar, me figuraba á San Basilio desempeñando de pontífice delante del emperador Valente y haciendo temblar con solo la majestad de su porte al monarca hereje.

Un obispo maronita vino á añadir un rito nuevo á todos los ritos del Oriente. Llevaba en la mano una pequeña cruz, semejante á la cruz pastoral de nuestros obispos, la tuvo hasta el momento de la consagracion, y cuando se volvia hácia el

pueblo, se sirvió de ella muchas veces para bendecirle. Conservó su mitra á más bien, su *cidaris* casi hasta la elevación. El diácono y el subdiácono llevaban largas y anchas túnicas verdes, terminadas por una franja de terciopelo violeta bordada de oro. En sus espaldas brillaba una especie de muceta de terciopelo violeta con rayos de oro. El canto de los orientales, como el de todas las naciones sometidas á una larga esclavitud, es triste y monótono. He olvidado decir, que todos los levitas estaban vestidos con largas túnicas color de rosa, rojas ó verdes, con cruces de oro en las espaldas, en los brazos y en el pecho.

Todas estas lenguas, todos estos ritos y todas estas formas, que á pesar de sus diferencias vienen á confundirse en la misma unidad, caracterizan divinamente á la Iglesia católica. En este día vi con el brillo de la compustura profética á la esposa inmortal del Hombre-Dios, á la cual había dado su esposo, como signo distintivo, un vestido bordado de oro y una túnica de diversos colores ¹.

Acabado el oficio, vino uno de los directores de colegio á invitarme muy cortesmente á desayunar á mí, y también á mis jóvenes compañeros. No fueron aceptadas nuestra excusas, y fué necesario ceder. Alrededor de una vasta mesa nos hubierais visto á sacerdotes de todas partes del mundo que acabábamos de consumir la misma víctima en el mismo altar, de romper juntos el mismo pan y de ofrecer el espectáculo de esa gran fraternidad que solo el cristianismo ha podido realizar aquí en la tierra. Occidentales y Orientales, Griegos, Armenios, Coftos, Maronitas, hermanos que nunca se habían visto y que probablemente no se verían más, todos comían el mismo pan, hablaban el mismo idioma.

¹ Astitit Regina a dextris tuis in vestito deaurato, circumdata varietate. Ps. 114.

experimentaban los mismos sentimientos. Nuestros padres de los primeros siglos colocados en medio de una sociedad devorada por el egoísmo, dejaban ver en sus fraternales agapas, ¹ la unidad de amor cuya prenda encontraban en la carne y sangre de un Dios, que había llegado á ser su alimento; así, al declinar el mundo, quiso Roma que en el día solenne de la Epifanía, todos los sacerdotes que han celebrado misa en la Propaganda, se sienten en la misma mesa. Hé ahí bien mirada á la Iglesia católica, siempre la misma en su espíritu y en su dogma; hé ahí á esa Roma siempre fiel al culto de los nobles recuerdos.

Para completar el espectáculo de la unidad viviente del catolicismo, á las agapas sucede la *Fiesta de las lenguas*. Esta solemnidad tuvo lugar el 10 de Enero. Nada hay bajo el cielo de más pintoresco é imponente. En la extremidad de una vasta sala, ricamente adornada, se levantaba un tablado en cuyo centro, se elevaba el busto de San Pedro, centro angusto de la unidad. El tablado y la sala entera están guarnecidos de sillas; allí para los alumnos de la Propaganda, aquí para los espectadores. Los cardenales tomaron asiento en el lugar reservado para ellos, y comenzó luego la fiesta.

Un joven americano, de Filadelfia, que hacia las funciones de presidente, abrió la sesión con un discurso latino pronunciado con mucha gracia. El recuerdo del día por siempre memorable en que apareció en el mundo el Sol de justicia, la unidad de la fe encontrada por los magos en el pesebre, la difusión de la bienhechora luz del catolicismo hasta en las sombrías selvas del nuevo mundo y otros nobles pensamientos, inspiraron dignamente al joven orador. Su discurso no era más que un

¹ Ya se ha dicho que son comidas de los primeros cristianos en las iglesias.—N. del T.

prólogo y como el tema que iba á ser desarrollado sucesivamente por los hijos de todos los pueblos, y lo fué treinta y nueve veces consecutivamente, en treinta y nueve lenguas distintas. Oímos á su vez el hebreo, el syriaco, el samaritano, el caldeo, el árabe, el turco, el armenio, el persa, el sabeo, el griego, el peguano, el tamoul, el kurdo, el geórgio, el irlandés, el escocés, el hyrico, el búlgaro, el polaco, el alemán, el inglés, el holandés, el indio, el español, el portugués, el francés, el albanés, el cofto, el etiópico, y el chino de todas especies. Cada parte del globo tenía allí sus representantes y sus órganos que proclamaron, cada uno en su idioma, la grande unidad católica. Este era verdaderamente un día como el de Pentecostés en Jersalen, en donde se encontraban *hombres de todas las naciones que están bajo el cielo, proclamando en sus lenguas la grandeza de Dios*. Este espectáculo sorprendente y único, solo Roma puede darlo.

Nada era tan extraño y curioso como oír todos aquellos sonidos diversos y ver todas aquellas fisonomías tan diferentes. El árabe habla con cadencia; el persa aspira sus sílabas; el peguano de rostro abronzado, canta mas bien que habla su idioma, con una gran dulzura; el turco de cabellos de ébano produce sonidos guturales; el negro etiope hace oír su idioma dulce y fuerte; á su lado se vé á un joven escocés, de mejillas rosadas, pronunciando con gracia su áspero dialecto; todos habían guardado un silencio religioso. Pero cuando aparecieron los chinos del Chan-si y del Hu-quan, se redobló la atención. Llegaron como tributo una égloga que fué acogida con vivas aclamaciones. Igual cosa sucedió cuando los tres interlocutores se pusieron á cantar un coro: entonces, ruidosos palmoteos salieron de todas partes y se renovaron muchas voces. El orador infantil que les sucedió no fué menos

aplaudido; era un joven chino de Canton. Imaginaos una dulce flauta, un bandolin, un pequeño pífano, todo lo que queráis con tal que produzca un dulce canto, y tendréis idea de la lengua china de Canton en boca de un niño. Como un ramillete de obsequio y de gratitud á la asamblea que había asistido, pronunciaron tres discursos en muy buen italiano, tres jóvenes alumnos: un indio, un turco y un albanés.

Cada asistente experimenta en aquella fiesta católica un placer proporcionado á sus conocimientos lingüísticos. El único hombre en el universo capaz de gustarlo en toda su plenitud no estaba allí; el ilustre cardenal Mezzofanti dejó apesarada á la asamblea que estaba ansiosa de contemplarle. Pedí noticias de él y se me contestó con la graciosa fórmula italiana: *è poco bene*; "está indispuerto."

Pero cualquiera que sea su grado de instrucción, no hay un espectador serio en quien la Fiesta de las Lenguas, no produzca vivas impresiones y no deje profundos recuerdos. ¡Cuán bien sirve de complemento á la Epifanía bajo el punto de vista católico! En el augusto sacrificio ofrecido en el mismo altar por sacerdotes de todas las naciones, así como en la comida fraternal que le sigue, brilla la unidad de amor establecida por el Evangelio; aquí reaparece con no menos brillo, la unidad de creencia á pesar de la diversidad de lenguas; doble solemnidad que os muestra el catolicismo reparador de la caída primitiva, dirigiendo todas las cosas á la unidad del tiempo para preparar la de la eternidad. Y esto supuesto ¿cómo ver sin estremecerse á aquellos jóvenes alumnos de la Propaganda? ¿Cómo olvidarles alguna vez? Ellos son nobles hijos de las cuatro partes del mundo y están distantes cinco y se's mil leguas de su cuna, para prepararse al apostolado y al martirio. Sí, me decía yo, entre estos jóvenes, tan buen

nos, tan distinguidos, tan interesantes, hay muchos, un gran número quizá, que dentro de pocos años habrán expirado en media de los tormentos, y cuidaba de grabar sus nombres en mi memoria, y miraba ávidamente sus facciones, pensando que algún día al leer los *Anales de la Propagación de la Fe*, podría yo agregar: "Este misionero que acaba de sellar el Evangelio con su sangre, le he visto yo y le he oído." Además, es una gran dicha, gloria y provecho, encontrar aunque sea una sola vez en el camino de la vida, á un santo, á un mártir.

7 DE ENERO.

El Quirinal.—Templo del dios Fidio.—Templo de Quirino.—Plaza del Quirinal.—Palacio.—Detalles sobre el Cónclave.—Recuerdos.—Robo de Pio VII.

El Quirinal antiguo y moderno ocupó nuestro día. Está situado en la antigua región de *Alta Semita*, presenta algunas ruinas y muchos recuerdos. Los baños de *Paula*, situados en la base de la montaña, ocupaban, al menos en parte, la calle llamada hoy por corrupción *Via Magnanapoli*. Se cree que la especie de teatro hallado bajo el monasterio de Santa Catalina de Sena formaba parte de estos baños famosos. Como quiera que sea, el jardín de Aldobrandini, colocado en las cercanías, se extiende sobre la parte plana de la antigua colina *Mutialis*, célebre por el templo del dios de la buena fe, *Dius Fidius*. Un fragmento de mármol representa los elementos de la buena fe, tales como se comprendían por los antiguos. A la derecha se ve á un hombre en la plenitud de la fuerza con el vestido de paz y esta palabra: *Honor*. A la izquierda está una figura de mujer con igual traje y coronada de laurel, con esta palabra: *Veritas*. Estos

dos personajes se dan la mano. Entre ellos aparece un gracioso niño, de mirada púdica, cuya cabeza está rodeada de estas palabras: *DIVS FIDIVS*. En otro fragmento, en lugar de las palabras precedentes, se lee: *Amor*; y más arriba: *Fidei simulacrum*. El templo de Fidius estaba descubierto á fin de que los dioses del Olimpo fuesen espectadores de los ritos que allí tenían lugar. Así, á los ojos de los romanos, las garantías de la fe jurada eran el honor, la verdad, el afecto en el corazón de los contrayentes y el cielo por testigo; era difícil, según me parece, elegirse mejor. En el templo de Fidius era donde el patriotismo romano conservaba con noble orgullo la rueca y el huso de Tanaquila, mujer de Tarquino el viejo. ¹

No lejos de allí, y cerca de San Andrés de los Jesuitas, se elevaba el templo de Quirino. Se sabe que Quirino no era otra cosa más que Rómulo. Habiendo muerto este príncipe, el pueblo sospechó que los senadores le habían asesinado; se hacia inminente una guerra civil, cuando Julio Próculo vino á afirmar con juramento que Rómulo, rodeado de una gloria sobrehumana, se le habia aparecido en la colina llamada *el Quirinal*, y que le habia encargado que anunciara á los romanos un imperio eterno. En consecuencia, Rómulo fué colocado entre los dioses bajo el nombre de *Quirino* y adorado en un templo edificado en la montaña. Este edificio recibió del dictador Papirio el primer cuadrante solar que se vió en Roma. La *Fortuna pública*, la *Salud*, y no sé cuántos otros dioses masculinos y femeninos, tenían sus santuarios en las cercanías. En el mismo lugar estaban también los baños de Constantino, magnífica construcción, cuyo más bello adorno tal vez eran los dos caballos

¹ Plin., I. VIII, c. 48.

de mármol blanco que se ven hoy delante del palacio del Quirinal.

Este palacio, comenzado por Paulo III, continuado por Gregorio XIII, por Sixto V y por Clemente VIII, fué acabado por Paulo V, de la familia Borguesa. Los soberanos Pontífices lo habitan durante el estío, porque está en un cuartel más saludable que el Vaticano. Por el mes de Octubre deja el santo padre esta nueva morada y va á pasar el mes de la *malaria* á Castel-Gandolfo, situado á cuatro leguas de Roma en las alturas de Albano. En el Quirinal, como en el Vaticano, se han dado cita las bellas artes. El corredor de honor, la sala real, la capilla de Paulina, restaurada por orden de Pio VII, dan testimonio del gusto exquisito de los pintores y de los escultores, y de la magnificencia de los pontífices. Hasta estos últimos tiempos se habian reunido los cónclaves en el Vaticano; hoy tienen lugar en el Vaticano. ¹

Esta circunstancia obliga al viajero cristiano á hacer un estudio particular de un palacio en donde el mundo católico recibe su jefe, y la gloriosa cadena de los pontífices el nuevo eslabon que debe prolongarla á través de los siglos. Pero para que este estudio llegue á ser interesante, exige algunos pormenores sobre la elección del papa.

Al tiempo que el Santo Padre expira, se presenta á la puerta de su cámara el cardenal camarlengo, vestido de violeta; toca en ella tres veces con un martillo de oro, llamando cada vez al papa en voz alta, por sus nombres de bautismo, de familia y de papa. Después de una ligera pausa, dice en presencia de los clérigos de cá-

¹ Notizie storiche delle stazioni, etc., da Francese. Cancellieri, p. 69.—Cæremoniale continens ritus electionis romani Pontificis, etc., cui præfiguntur constitutiones pontificiæ et conciliorum decreta ad eam rem pertinentia. In—4º Romæ, 1728.

mara y de los notarios apostólicos, que levantan una acta de esta ceremonia: *Ha muerto*. Se le lleva entónces al mismo cardenal el anillo del Pescador y lo rompe con el mismo martillo delante del Sacro Colegio. Los pedazos pertenecen al maestro de ceremonias. Después de haber tomado posesión del Vaticano, envía guardias que se apoderen del castillo Sant-Angelo y de las puertas de la ciudad. Cuando ha provisto á la seguridad de Roma, sale del palacio en carroza, precedido por el capitán de las guardias del papa y rodeado de los alabarderos suizos que acompañan ordinariamente á Su Santidad. Al salir el cortejo suena la gran campana del Capitolio, que anuncia la muerte del soberano pontífice; en el mismo instante las campanas de todas las iglesias llenan la ciudad con sus fúnebres sonidos. Mientras los fieles están en oración, el magistrado romano reúne á la milicia del Capitolio y la envía, bajo la dirección de los presidentes legionarios, á sacar de la prisión á los culpables detenidos por delitos de poca gravedad. Por su parte el Sacro Colegio envía correos extraordinarios á todos los cardenales ausentes de Roma, invitándoles á ir al cónclave.

Entretanto el cuerpo del santo padre permanece expuesto durante nueve días en la basílica vaticana á vista de todo el pueblo, que acude en masa á besarle los pies. El noveno día se pronuncia la oración fúnebre, y se deposita al papa difunto en un sepulcro provisional. El día siguiente se reúnen los cardenales en San Pedro, y el cardenal decano dice allí la misa de Espíritu Santo para la elección del nuevo pontífice. En el día se reúne el Sacro Colegio en la iglesia de San Silvestre, en el Quirinal, y de ahí sale, al canto del *Veni Creator*, para dirigirse en procesion al cónclave. El inmenso costado del Quirinal, que se alarga por la *Via*

nos, tan distinguidos, tan interesantes, hay muchos, un gran número quizá, que dentro de pocos años habrán expirado en media de los tormentos, y cuidaba de grabar sus nombres en mi memoria, y miraba ávidamente sus facciones, pensando que algún día al leer los *Anales de la Propagación de la Fe*, podría yo agregar: "Este misionero que acaba de sellar el Evangelio con su sangre, le he visto yo y le he oído." Además, es una gran dicha, gloria y provecho, encontrar aunque sea una sola vez en el camino de la vida, á un santo, á un mártir.

7 DE ENERO.

El Quirinal.—Templo del dios Fidio.—Templo de Quirino.—Plaza del Quirinal.—Palacio.—Detalles sobre el Cónclave.—Recuerdos.—Robo de Pio VII.

El Quirinal antiguo y moderno ocupó nuestro día. Está situado en la antigua región de *Alta Semita*, presenta algunas ruinas y muchos recuerdos. Los baños de *Paula*, situados en la base de la montaña, ocupaban, al menos en parte, la calle llamada hoy por corrupción *Via Magnanapoli*. Se cree que la especie de teatro hallado bajo el monasterio de Santa Catalina de Sena formaba parte de estos baños famosos. Como quiera que sea, el jardín de Aldobrandini, colocado en las cercanías, se extiende sobre la parte plana de la antigua colina *Mutialis*, célebre por el templo del dios de la buena fe, *Dius Fidius*. Un fragmento de mármol representa los elementos de la buena fe, tales como se comprendían por los antiguos. A la derecha se ve á un hombre en la plenitud de la fuerza con el vestido de paz y esta palabra: *Honor*. A la izquierda está una figura de mujer con igual traje y coronada de laurel, con esta palabra: *Veritas*. Estos

dos personajes se dan la mano. Entre ellos aparece un gracioso niño, de mirada púdica, cuya cabeza está rodeada de estas palabras: *DIVS FIDIVS*. En otro fragmento, en lugar de las palabras precedentes, se lee: *Amor*; y más arriba: *Fidei simulacrum*. El templo de Fidius estaba descubierto á fin de que los dioses del Olimpo fuesen espectadores de los ritos que allí tenían lugar. Así, á los ojos de los romanos, las garantías de la fe jurada eran el honor, la verdad, el afecto en el corazón de los contrayentes y el cielo por testigo; era difícil, según me parece, elegirse mejor. En el templo de Fidius era donde el patriotismo romano conservaba con noble orgullo la rueca y el huso de Tanaquila, mujer de Tarquino el viejo. ¹

No lejos de allí, y cerca de San Andrés de los Jesuitas, se elevaba el templo de Quirino. Se sabe que Quirino no era otra cosa más que Rómulo. Habiendo muerto este príncipe, el pueblo sospechó que los senadores le habían asesinado; se hacia inminente una guerra civil, cuando Julio Próculo vino á afirmar con juramento que Rómulo, rodeado de una gloria sobrehumana, se le habia aparecido en la colina llamada *el Quirinal*, y que le habia encargado que anunciara á los romanos un imperio eterno. En consecuencia, Rómulo fué colocado entre los dioses bajo el nombre de *Quirino* y adorado en un templo edificado en la montaña. Este edificio recibió del dictador Papirio el primer cuadrante solar que se vió en Roma. La *Fortuna pública*, la *Salud*, y no sé cuántos otros dioses masculinos y femeninos, tenían sus santuarios en las cercanías. En el mismo lugar estaban también los baños de Constantino, magnífica construcción, cuyo más bello adorno tal vez eran los dos caballos

¹ Plin., I. VIII, c. 48.

de mármol blanco que se ven hoy delante del palacio del Quirinal.

Este palacio, comenzado por Paulo III, continuado por Gregorio XIII, por Sixto V y por Clemente VIII, fué acabado por Paulo V, de la familia Borguesa. Los soberanos Pontífices lo habitan durante el estío, porque está en un cuartel más saludable que el Vaticano. Por el mes de Octubre deja el santo padre esta nueva morada y va á pasar el mes de la *malaria* á Castel-Gandolfo, situado á cuatro leguas de Roma en las alturas de Albano. En el Quirinal, como en el Vaticano, se han dado cita las bellas artes. El corredor de honor, la sala real, la capilla de Paulina, restaurada por orden de Pio VII, dan testimonio del gusto exquisito de los pintores y de los escultores, y de la magnificencia de los pontífices. Hasta estos últimos tiempos se habian reunido los cónclaves en el Vaticano; hoy tienen lugar en el Vaticano. ¹

Esta circunstancia obliga al viajero cristiano á hacer un estudio particular de un palacio en donde el mundo católico recibe su jefe, y la gloriosa cadena de los pontífices el nuevo eslabon que debe prolongarla á través de los siglos. Pero para que este estudio llegue á ser interesante, exige algunos pormenores sobre la elección del papa.

Al tiempo que el Santo Padre expira, se presenta á la puerta de su cámara el cardenal camarlengo, vestido de violeta; toca en ella tres veces con un martillo de oro, llamando cada vez al papa en voz alta, por sus nombres de bautismo, de familia y de papa. Después de una ligera pausa, dice en presencia de los clérigos de cá-

¹ Notizie storiche delle stazioni, etc., da Francese. Cancellieri, p. 69.—Cæremoniale continens ritus electionis romani Pontificis, etc., cui præfiguntur constitutiones pontificiæ et conciliorum decreta ad eam rem pertinentia. In—4º Romæ, 1728.

mara y de los notarios apostólicos, que levantan una acta de esta ceremonia: *Ha muerto*. Se le lleva entónces al mismo cardenal el anillo del Pescador y lo rompe con el mismo martillo delante del Sacro Colegio. Los pedazos pertenecen al maestro de ceremonias. Después de haber tomado posesión del Vaticano, envía guardias que se apoderen del castillo Sant-Angelo y de las puertas de la ciudad. Cuando ha provisto á la seguridad de Roma, sale del palacio en carroza, precedido por el capitán de las guardias del papa y rodeado de los alabarderos suizos que acompañan ordinariamente á Su Santidad. Al salir el cortejo suena la gran campana del Capitolio, que anuncia la muerte del soberano pontífice; en el mismo instante las campanas de todas las iglesias llenan la ciudad con sus fúnebres sonidos. Mientras los fieles están en oración, el magistrado romano reúne á la milicia del Capitolio y la envía, bajo la dirección de los presidentes legionarios, á sacar de la prisión á los culpables detenidos por delitos de poca gravedad. Por su parte el Sacro Colegio envía correos extraordinarios á todos los cardenales ausentes de Roma, invitándoles á ir al cónclave.

Entretanto el cuerpo del santo padre permanece expuesto durante nueve días en la basílica vaticana á vista de todo el pueblo, que acude en masa á besarle los pies. El noveno día se pronuncia la oración fúnebre, y se deposita al papa difunto en un sepulcro provisional. El día siguiente se reúnen los cardenales en San Pedro, y el cardenal decano dice allí la misa de Espíritu Santo para la elección del nuevo pontífice. En el día se reúne el Sacro Colegio en la iglesia de San Silvestre, en el Quirinal, y de ahí sale, al canto del *Veni Creator*, para dirigirse en procesion al cónclave. El inmenso costado del Quirinal, que se alarga por la *Via*

Pia, está dividido en toda su longitud en celdas, cerradas por simples tabiques. Cada celda se compone de diferentes piezas pequeñas y gabinetes, y cada cardenal tiene la suya para él y para sus conclavistas. La cámara del cardenal basta apenas para contener una cama, cinco ó seis sillas y una mesa; la pieza que sigue está destinada para un conclavista. Encima de la celda del cardenal está un cuarto para un segundo conclavista, con dos piezas de cada lado, una que sirve de capilla y otra de comedor. Todas las celdillas están cubiertas de sarga verde por fuera y por dentro, ménos las de los cardenales creados por el papa difunto, que están tapizadas de sarga violeta afuera y adentro, de sarga de lana del mismo color; cada cardenal manda poner sus armas delante de la puerta de su habitación.

Cuando ya han llegado los cardenales al cónclave, se les leen las bulas concernientes á la eleccion del papa, y todos juran observarlas. El maestro de ceremonias les hace presente que no deben encerrarse en el cónclave si no tienen la intencion de permanecer en él hasta el fin, como lo prescriben las bulas. El gobernador del cónclave y el mariscal de la Santa Iglesia, comienzan entónces á colocar sus soldados en los lugares en que lo juzgan necesario para la seguridad de la eleccion. Una vez que entran los príncipes de la Iglesia á sus celdas, se tapián las puertas del palacio y también las ventanas, con excepcion de una claraboya, que no deja penetrar en el cónclave mas que una luz tenue, favorable para el recogimiento. Se practica una comunicacion con el exterior por medio de tornos un poco semejantes á los de los conventos de religiosas. Estos tornos tienen dos cerraduras, una interior y otra exterior; lo mismo es la única puerta que no debe tapiarse y que solo ha de abrirse para dar salida á los cardenales ó

á los conclavistas que caen enfermos en el cónclave. Las llaves de la cerradura exterior de los tornos están confiadas al prelado gobernador del cónclave; las de la cerradura interior permanecen en manos del maestro de ceremonias. El príncipe Savelli guarda las llaves exteriores de la puerta principal. Este es un privilegio concedido por los papas á su familia, que es de muy antigua nobleza. Mientras dura el cónclave, este permanece en la puerta, á la cabeza de un numeroso destacamento de tropas. El cardenal camarlengo tiene las llaves interiores de esa misma puerta, así como las de un pequeño postigo que se abre solamente para las audiencias que dan los cardenales jefes de órdenes á los embajadores de las potencias católicas.

Por la tarde, el cardenal decano y el cardenal camarlengo pasan la visita para ver si todo está en orden. Solo quedan ya en el cónclave, fuera de los cardenales y sus conclavistas, los cuatro maestros de ceremonias, el secretario del Sacro Colegio, algunos religiosos para servir de confesores, dos médicos, un cirujano, un boticario con dos dependientes, dos barberos y dos ayudantes, un maestro albañil, un maestro carpintero y cosa de treinta lacayos camaristas, llamados *facchini*, para el servicio indispensable. A la hora de la comida van los oficiales de los cardenales á las cocinas á tomar los platos destinados para sus amos. Al llegar al torno, nombran á su cardenal en voz alta á fin de que el conclavista que espera en el interior haga que los camaristas lleven los platos á la celda del cardenal. Cuando ha pasado todo lo que compone la comida, un censor de vestido violeta, que lleva una masa de plata en la mano, cierra por el exterior la ventanilla de los tornos, y el prelado asistente pone sobre ella un sello que lleva sus armas. El maestro de ceremonias ha-

ce lo mismo en el interior. Los prelados que asisten á los tornos son designados por el Sacro Colegio. Este puesto de honor y de confianza, es ocupado por obispos, por auditores de rota, por clérigos de cámara y por conservadores romanos. Cuando se quiere hablar á un cardenal ó á cualquiera otra persona encerrada en el cónclave, es preciso presentarse á horas fijas; la conversacion no puede tener lugar mas que en presencia de los guardias del cónclave, en alta voz y en italiano ó en latin, á fin de que todo el mundo lo entienda. Tales son en general las precauciones tomadas para impedir toda comunicacion con el exterior y procurar la libertad del cónclave, alejándolo de toda influencia extraña.

A las medidas de prudencia humana, se añaden los medios de un orden superior. Por orden del cardenal vicario, todos los sacerdotes dicen en la misa y durante todo el tiempo que está vacante la Santa Sede, la colecta *pro eligendo summo Pontifice*. Conforme á la Constitucion de Gregorio X, se expone el Santo Sacramento en un gran número de iglesias, como para las Cuarenta Horas. Mientras las diversas cofradías van á visitarle por mañana y tarde cantando letanías y rezando oraciones apropiadas á las circunstancias, el clero secular y los religiosos mendicantes se trasladan todos los días, en procesion, de la iglesia de los Santos Apóstoles al palacio del Quirinal, para obtener una feliz eleccion. En el interior el Sacro Colegio cesa de invocar las luces de lo alto. Al dia siguiente de la entrada al cónclave, dice el cardenal decano una misa rezada de Espiritu Santo, en la cual comulgan todos sus colegas, á quienes exhorta á trabajar seriamente en la eleccion. Al punto comienza el gran negocio y todos los días, por mañana y tarde, se reúnen los cardenales en la capilla del escrutinio.

La convocacion á esta asamblea se hace del modo siguiente: á las seis de la mañana y á las dos de la tarde, uno de los maestros de ceremonias recorre todo el cónclave para avisar á los cardenales, sonando una campanilla y diciendo: *Ad capellam, Domini; Eminentísimos Señores, á la capilla*. Todas las noches á las nueve, el mismo maestro de ceremonias, anuncia con su campanilla la retirada, diciendo estas palabras: *Ad cellam, Domini; á la celda, Eminentísimos Señores*.

El escrutinio se hace con una gran solemnidad. En medio de la capilla Paulina está una larga mesa, y sobre ella dos cálices destinados á recibir los billetes. Sobre la misma mesa está la fórmula del juramento que cada cardenal pronuncia ántes de depositar su voto; hé aquí su tenor: "Pongo por testigo á Jesucristo Nuestro Señor que me ha de juzgar, de que elijo aquel que creo segun Dios, que debe ser elegido; y de que haré lo mismo en el *accessit*." Se recurre al *accessit* cuando el escrutinio no da á ningun candidato las dos terceras partes de los votos, que es el número que se necesita para ser elegido. En este caso, pueden votar los cardenales por aquel que ha reunido los más de los votos; acceden de este modo á la opinion de sus colegas, y de aquí viene el nombrado á esta forma de eleccion. Digamos de paso que esta costumbre se remonta á la antigua Roma. El senador que era de la misma opinion que otro, se levantaba de su lugar y se acercaba á él; ó si no queria dejar su asiento, decia en voz alta: *Accedo ad idem; voto como fulano*.

Para mantener la buena armonía entre las naciones y el soberano pontífice, la Iglesia quiere de buena gana conceder á

1 "Testor Christum Dominum qui me iudicaturus est, eligere quem secundum Deum iudico eligere debere, et quod idem in accessu praestabo."

las grandes potencias católicas el derecho de excluir al cardenal que no les agrada 1. La Austria, la Francia y la España gozan de este derecho de *veto*. Pero conviene observar que cada corona no puede excluir más que á uno solo. Para neutralizar en ciertos casos esta influencia que podría alejar injustamente del pontificado á los miembros más venerables del Sacro Colegio, hace uso el cónclave de toda su habilidad. ¿Se apercibe de que tal potencia trata de excluir á alguno? entonces no deja de proponer otro candidato que tampoco sea agradable á esta corona, y este último es casi siempre el excluido. Después de haber hecho el cambio la potencia interesada, el cónclave vuelve á su primer candidato, quien no puede ya ser excluido por aquella potencia, porque ésta agotó su derecho.

Hemos dicho en otra parte, que según la bula de Sixto V, se necesitan las dos terceras partes de los votos para la elección. Cuando los escrutadores han reconocido que uno de los miembros del Sacro Colegio reúne esta mayoría, uno de ellos levantando fuertemente la voz, proclama el nombre del cardenal, diciendo: *Cardinalis N.; et Cardinal N.* Apenas se pronuncia este nombre, cuando el último cardenal diácono suena la campanilla: á esta señal el maestro de ceremonias y el secretario del Sacro Colegio entran á la capilla; luego los tres cardenales jefes de órdenes se ponen delante del cardenal elegido, y el cardenal decano le dice: «¿Acceptais la elección que acaba de hacerse canónicamente en vos para el soberano pontificado?» 2 Una vez obtenido su consentimiento, se bajan todos los pequeños doseles coloca-

1 Hay algunos que pretenden que ésta es un derecho usurpado; no se sabe cuándo ni por quién.

2 ¿Acceptas ne electionem de te canonice factam in summum pontificem?

dos arriba de las sillas ocupadas por los cardenales, y solo queda el del nuevo papa. Los cardenales que están á la derecha y á la izquierda del nuevo elegido, se alejan de él y abandonan sus lugares por un sentimiento de respeto; este es un primer homenaje que rinden á la superioridad que aquel acaba de adquirir sobre ellos, y como una declaración tácita de que cesan de ser sus iguales.

Entonces el cardenal decano le ruega dé á conocer el nombre que quiere tomar. Hasta 1009, conservaban los papas su nombre de bautismo; pero el papa nombrado ese año se llamaba Pedro y no quiso llevar el nombre sagrado dado por Nuestro Señor al Santo Apóstol, por lo cual tomó el de Sérgio IV. Desde entonces los papas han tomado siempre un nombre nuevo al subir á la Santa Sede. Llenada esta formalidad, el maestro de ceremonias levanta una acta auténtica de la elección; después de lo cual, los dos primeros cardenales diáconos conducen al nuevo papa detrás del altar mayor, en donde los maestros de ceremonias le revisten con los ornamentos de su dignidad. La sotana de muaré blanca, el cinturón de borlas de oro, el roquete de lino fino, la muceta de raso rojo con ribete de armiño, la estola bordada de oro, las medias blancas, las sandalias de terciopelo rojo adornadas con la cruz de oro, componen el vestido del nuevo pontífice. Se le lleva en seguida á su sillón, colocado en la tarima del altar. Los cardenales, comenzando por el decano, se acercan á besarle el pié, luego la mano; y el Santo Padre les da el beso de paz en el rostro. El cardenal camarlengo coloca en el dedo del papa el anillo del pescador, y Su Santidad lo confiere después al maestro de ceremonias, encargado de mandar grabar en él el nombre del nuevo sucesor de San Pedro. Entonces el primer cardenal diácono, precedido del pri-

mer maestro de ceremonias y de la música papal que canta la antifona: *Ecce Sacerdos Magnus; hé aquí al Gran Pontífice*, se traslada al balcón que da á la plaza del Quirinal, para anunciar al pueblo reunido la elección del papa. A la vista del cardenal, un prolongado estremecimiento recorre la multitud inmensa y después reina un religioso silencio, y con voz fuerte pronuncia el príncipe de la Iglesia estas palabras solemnes: «Os anuncio una gran alegría, tenemos por papa al Eminentísimo y Reverendísimo N. N., que tiene por título el de S. N. cardenal de la santa Iglesia romana, N quien ha tomado el nombre de N.» 1 A estas palabras estallan los trasportes de júbilo de todas partes; suenan los tambores y los clarines; truena majestuosamente la gran culebrina del castillo de Sant-Angelo, y el ruido de toda la artillería de Roma se mezcla al sonido de las campanas de sus trescientos templos. Según una antigua costumbre, rompe el pueblo las cerraduras del cónclave y toma lo que encuentra, de suerte que los cardenales tienen cuidado de poner á cubierto lo que quieren salvar. Entre tanto, el Santo Padre, revestido de los ornamentos pontificales, es llevado al altar de la capilla Paulina, en donde recibe de nuevo los homenajes del Sacro Colegio en presencia de todo el pueblo, y después de cantar el *Te Deum*, bendice á la asamblea. Por la noche se ilumina toda la ciudad, y el Santo Padre manda distribuir á los pobres una gran cantidad de pan, vino y dinero.

Llegado el día de la coronación, se traslada el soberano pontífice á la basilica de San Pedro, en medio de la pompa más solemne. Mientras el cortejo desciende la escalera real, los chantres de la capilla

1 Annuntio vobis gaudium magnum; habemus papam, Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum N. N. tituli S. N. sancte romane Ecclesie cardinalem N. . . . qui sibi nomen imposuit N.

ejecutan el *Ecce Sacerdos Magnus*. Su Santidad es recibido bajo el pórtico por el cabildo de San Pedro, que canta la sublime antifona: *Tu es Petrus*; baja el Santo Padre de la *Sedia* delante del altar que está frente á la cátedra de San Pedro. Mientras recibe allí el homenaje de los cardenales, se canta el *Te Deum*; y el mismo pontífice bendice por la primera vez al inmenso pueblo que llena la vasta basilica.

La coronación tiene lugar ordinariamente el domingo siguiente á la elección y en San Pedro. Desde San Silvestre, á quien la dió Constantino, han llevado siempre los papas la corona, símbolo de la dignidad real y del poder conferido á San Pedro sobre toda la Iglesia de Jesucristo. Una segunda corona fué agregada á la primera, si no por Nicolás II en 1058, al ménos por Bonifacio VIII en 1294, y más tarde por Clemente V en 1305; Benedicto XII en 1334; Urbano V en 1362; ó según otros, Bonifacio IX, en 1389, tomaron la tercera. 1

Al llegar el Santo Padre á su trono, entona *Tercia*, durante la cual se reviste Su Santidad con los vestidos pontificales. Los cardenales, los prebostes y los obispos, toman sus ornamentos blancos y sus mitras, y se hace una procesion al rededor del coro. Durante la marcha, un maestro de ceremonias lleva en la mano un largo bastón plateado, en cuya extremidad están ligadas estopas de seda. Cuando llega á la capilla de Santos Proceso y Martiniano, se vuelve, hace una genuflexion ante el pontífice, un clérigo de la capilla enciende aquellas estopas y el maestro de

1 Véase para todos los detalles que preceden y que siguen: á Riganti, *De regul cancell.*; Rocca, *Thesaur. antiquit.*; Cancellieri, *Notizie dei diversi siti in cui sono stati tenuti conclavi nella città di Roma*; *Ceremoniale continens ritus electionis S. Pontif.*; Roma, in 4^o; *Chapeles papales*, por G. Mazoni, etc.

ceremonias se levanta cantando: *Pater Sancti, sic transit gloria mundi! Santo Padre, así pasa la gloria del mundo!*

A la vuelta de la procesion, comienza la misa. Acabado el *Gloria in excelsis*, se nota un gran movimiento en el coro; el primer cardenal diácono, acompañado de los auditores de rota y de los abogados consistoriales, baja á la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo; bajo el altar de la Confesion y de la capilla subterránea se levanta el grito, tres veces repetido: *Christo óyenos*. El coro dice: *Da vida á Nuestro Señor N., escogido de Dios para soberano pontífice y papa universal!* 1

Estas son las letanías de la coronacion, cuyo origen se pierde en la noche de los siglos. Yo no sé si existe alguna cosa más solemne que esta oracion, que elevándose desde la tumba apostólica, atraviesa la sublime cúpula y sube directamente al cielo.

Después de la misa, recibe el Santo Pa-

1 Exaudi Christe! *El coro: Domino Nostro N. a Deo decreto*

Summo Pontifici et universali Papae vita!
Exaudi Christe! *El coro: Domino Nostro a Deo decreto*

Summo Pontifici et universali Papae vita!
Exaudi Christe! *El coro: Domino Nostro a Deo decreto*

Summo Pontifici et universali Papae vita!

Salvator mundi!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Salvator mundi!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Salvator mundi!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancta Maria!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancta Maria!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Michael!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Gabriel!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Raphael!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Joannes Baptist!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Petre!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Paule!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Andrea!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Stephane!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Leol!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Gregori!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Benedicte!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Basili!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancte Sabal!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancta Agnes!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancta Cæcilia!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

Sancta Lucia!..... *El coro: Tu illum adjuva!*

dre las insignias de la doble dignidad de pontífice y de rey, que le elevan sobre todas las potencias visibles. El cardenal diácono le pone el *pallio*, diciendo: "Recibid el *pallium* (pálio) insignia de la plenitud del poder pontifical, para honor del Dios Todopoderoso y de la gloriosísima Virgen María su madre, y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y de la Santa Iglesia romana." 1 El Santo Padre sube en seguida al gran balcon del Vaticano, y el primer diácono, á quien está reservado el honor de coronarle, le pone en la cabeza la tiara, emblema del poder real, diciendo: "Recibid la tiara adornada con una triple corona, y sabed que sois el padre de los príncipes y de los reyes, el moderador del mundo, el vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, á quien se dé honor y gloria por los siglos de los siglos. Amen." 2

El Santo Padre bendice al pueblo, y luego el decano del Sacro Colegio, en nombre de todos los cardenales, va á hacer la felicitacion llamada *Ad multos annos*, deseándole largos años de pontificado. En este momento afortunado Roma está de fiesta; la artillería del castillo Sant-Angelo, toda la infantería y la caballería, formadas en batalla en la plaza de San Pedro, hacen una descarga general; por la noche la ciudad entera está iluminada.

El soberano pontífice, como rey, ha recibido la corona real en la basilica Vaticana; como obispo le resta tomar posesion de su obispado. En San Juan de Letran es donde tiene lugar la augusta ceremonia

1 Accipe Pallium, signum plenitudinis pontificalis, officii ad honorem omnipotentis Dei et gloriosissimæ Virginis Mariæ ejus matris, et beatorum apostolorum Petri et Pauli, et sanctæ Romanæ Ecclesiæ.

2 Accipe Tiaram tribus coronis ornatam, et scias te esse patrem principum et regum, rectorem orbis, in terra vicarium Salvatoris nostri Jesu Christi, cui est honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.

del possesso (toma de posesion). Esta iglesia ocupa el primer rango entre todas las iglesias católicas; ella es la catedral del mundo, porque es la catedral de Roma; hé ahí por qué el obispo del mundo, el obispo de Roma, se traslada á ella después de su coronacion. A fin de atraer las bendiciones del cielo sobre este paso solemne, manda el Santo Padre distribuir la víspera abundantes limonas, cria fundaciones piadosas y da á las artes preciosos impulsos. El Sacro Colegio, los prelados, los superiores de las órdenes, todas las autoridades romanas se trasladan al palacio habitado por el papa. A la hora indicada se pone en marcha el brillante cortejo y atraviesa la ciudad pasando por el Capitolio, en donde un arco de triunfo espera al pontífice rey. Las llaves de la fortaleza le son presentadas por el senador, que tiene un cetro de marfil en la mano. Se pasa el *Forum*, se pasa bajo el arco de Tito y por el Coliseo; de suerte que el sucesor de Pedro el Galileo atraviesa, como triunfador, todos aquellos lugares célebres por la crueldad de los tiranos y por la carnicería de los mártires. Desde el arco de Tito hasta el Coliseo, mandan tapizar los judíos el camino y lo limitan á derecha ó izquierda con cartelones en los cuales se leen sentencias en hebreo y en latin, aplicadas al nuevo papa. El gran rabino, á la cabeza de sus colegas, presenta á Su Santidad una Biblia hebrea. El Santo Padre la recibe y les dice: "En vano esperais al Mesías que este libro divino promete; hace diez y ocho siglos que vino; no resistais más largo tiempo á la evidencia." Y ruega al Señor que les haga caer la venda fatal que les cubre la luz.

Al llegar el soberano pontífice bajo el pórtico de San Juan de Letran, es cumplimentado por el cardenal arcipreste en nombre del cabildo. Las llaves de la basilica, una de oro y otra de plata, le son presen-

tadas en un platon rojo lleno de flores. Entonces es cuando la música canta estas palabras del profeta: "Ha levantado de la tierra al indigente, con el fin de darle lugar entre los príncipes de su pueblo." Toda la basilica está tapizada de colgaduras rojas con franjas de oro ó inscripciones relativas á la ceremonia. Después del homenaje del Sacro Colegio y de cantar el *Te Deum*, el Santo Padre, sentado en su trono, recibe del primer cardenal diácono medallas grabadas con motivo de su toma de posesion. Cada cardenal recibe dos en su mitra; una de oro, otra de plata, y besa al mismo tiempo la mano del Santo Padre. El cortejo se vuelve á poner en marcha y se dirige á la galeria del pórtico, desde la cual arroja el soberano pontífice á la multitud puñados de pequeñas monedas de plata, selladas expresamente con las armas del papa, y estas palabras: "*Ha distribuido y dado á los pobres.*" *Dispersit, dedit pauperibus.*

Tales son las principales ceremonias que preceden, acompañan y siguen á la eleccion del vicario de Jesucristo. Se siente una gran dicha al visitar, en medio de este cortejo de imponentes recuerdos, el palacio en donde tiene lugar el gran acontecimiento; pero si el Quirinal os repite la gloria del papado, os recuerda tambien sus dolores. ¿Podiamos olvidar nosotros, como viajeros franceses, lo que pasó en este palacio célebre la noche del 5 al 6 de Julio de 1809? El general Radet, enviado de Toscana para arrebatarse al venerable Pio VII, habia cercado el palacio. Algunas escalas aplicadas á los muros del jardin y al arco que une el Quirinal con la calle vecina, habian permitido á los satélites introducirse á la morada del pontífice; ninguna resistencia se opuso á su sacrilega empresa. Radet, á la cabeza de sus esbirros, se encuentra á las tres de la mañana en los umbrales de la cámara ocupada por el San-

to Padre. Algunos momentos despues el vicario de Jesucristo, acompañado de su fiel ministro el venerable cardenal Pacca, fué encerrado en un coche y conducido á marchas forzadas hasta Florencia. Tomaron la salida de la puerta del Pueblo. «Bien pronto, dice el cardenal Pacca, me preguntó el Santo Padre si habia yo sacado algun dinero. —Yo le dije: Vuestra Santidad ha visto que he sido arrestado en su habitacion y no se me permitió volver á la mia.» Entonces sacamos nuestros bolsillos, y á pesar de la aficcion y del dolor en que estábamos sumergidos al vernos arrancados de Roma, y separados de su buen pueblo, no pudimos dejar de reirnos al ver en el bolsillo del papa un *papetto* (veinte bayocos, cerca de veintidos sueldos de Francia); y en la mia tres *grossi* (quince bayocos, poco más de diez y seis sueldos). No teniamos ni provisiones, ni vestidos, ni ropa blanca que cambiarnos. «El papa, enseñando el *papetto* al general Radet, le dijo: De todo nuestro principado hé aquí lo que nos resta! 1 Fiel en conservar todos los monumentos de su historia, Roma ha dejado subsistir las señales de la violencia ejercida en el Quirinal contra el inmortal pontífice. Las ventanas rotas por manos francesas, están todavía allí para recordar el atentado sacrilego y la manera con que fué cometido. ¿Quién de nosotros puede verlas sin bajar los ojos?

El Quirinal encierra un santuario al cual no se penetra sin verse sobrecogido de un profundo respeto; este es la *Custodia*. Se da este nombre á las magnificas salas en las cuales Roma conserva las reliquias de los mártires. Todos los héroes del cristianismo están allí representados; es como el cuartel general del valor y de la gloria. Allí son llevados los cuerpos de

1 *Memorias* del card. Pacca.

los mártires que han sido extraídos de las catacumbas; 1 de allí salen para todas las iglesias del mundo cristiano las reliquias sagradas que van á dar testimonio de la fe primitiva y á encender más la piedad de los pueblos; pero de todo esto daré nuevos pormenores al hablar de las catacumbas. Antes de dejar el Quirinal, echamos una última mirada á la plaza que le sirve de avenida. Esta plaza es irregular, pero noblemente terminada por el palacio pontifical, las cocheras y el palacio de la *Consulta*. Otro adorno de la plaza de *Monte Cavallo*, es el obelisco de la tumba de Augusto. Semejante al de Santa María la Mayor, se levanta del centro de una fuente entre las dos estatuas colosales de Castor y de Pollux, que llevan sus caballos. Por su parte, la fuente eleva á una grande altura sus abundantes aguas, que vuelven á caer graciosamente en una soberbia taza de granito oriental, hallada en el *Forum* en frente de la prision *Mamertina*. El conjunto del monumento nada dejaria que desear si los semidioses no estuviesen en un estado de desnudez que causa pena. Los últimos rayos del sol que doraban la gran fachada del Quirinal, nos advirtieron de que ya era tiempo de poner fin á nuestros estudios. Salvando, pues, con rapidez la plaza de *Trevi*, volvimos á entrar por la Propaganda á nuestro albergue de la calle de los *due Macelli*.

8 DE ENERO.

Fuentes de Roma.—Acueductos de los antiguos romanos.—Poder de la Ciudad Eterna.

A buena hora bajamos hácia el *cuartel de la Columna*, nuevo objeto de nuestras investigaciones; pero encontramos en el

1 Al ménos en parte; otros son depositados en el Apolinar.

camino la fuente *Trevi*; era imposible que pasáramos sin hacer alto. Roma, célebre por tantos monumentos, se distingue sobre todo por sus fuentes. Puede decirse que bajo este nuevo aspecto, no tiene rival. La fuente de *Moisés*, la fuente *Paulina*, las de la plaza *Navona* y de la plaza de *Trevi*, exceden á todo lo que puede admirarse en este género, no solo por la riqueza de sus adornos, sino tambien por la abundancia de sus aguas.

En otras partes ¿qué teneis? chorros de agua ó manantiales, que ocultando en las entrañas de la tierra el camino que recorren, depositan humildemente sus aguas en prosáicos recipientes de madera ó de piedra. Aquí, ¡qué diferencial teneis á la vista verdaderos rios que vienen de una distancia de diez y de veinte leguas sobre arcos de triunfo, á traer su tributo al pueblo rey. Sus aguas caen en forma de cascada en vastas tazas de mármol y de granito, rodeadas de un pueblo de estatuas, ó bien se escapan hirviendo por las aberturas de rocas dispuestas con un arte que iguala á la naturaleza. En esta magnificencia se reconoce, al ménos en parte, la herencia de los antiguos señores del mundo. Roma pagana imprimía á todas sus obras un sello de grandeza que revela á cada paso á la poderosa reina de la fuerza. Nosotros la habiamos admirado en sus desagües, y fué necesario volver á empezar al aspecto de sus fuentes. En pié, con los brazos cruzados y á la orilla de la graciosa taza de mármol blanco de la plaza de *Trevi*, que llena la agua *virginal* con sus plateadas olas, repasamos en nuestra memoria este nuevo capítulo de la magnificencia romana.

Hasta el año 442, se contentaron los romanos con el agua del Tiber, con algunos pozos y algunas fuentes brotantes. En esta época el censor Apio Cláudio, por

sobrenombre el Ciego, emprendió llevar á Roma un manantial situado á tres leguas de distancia, en la vía Prenestina. Tuvo la gloria de alcanzar buen éxito y de dar su nombre al primer acueducto que poseyó la ciudad. 1 Este rio, sucesivamente oculto en las laderas de las montañas ó suspendido en los aires sobre magníficos arcos, venia á descargarse cerca de la puerta *Capena* y corria hasta el Campo de Marte. 2 La vista de esta maravilla, tan útil por otra parte á la salubridad de la ciudad, y tan favorable al lujo siempre creciente de los romanos, excitó una noble emulacion. Los censores, los ediles, los pretores mismos, quisieron dotar la ciudad con algun monumento semejante.

El *Anio vetus* fué llevado á Roma por los censores Cúrio Dentato y Lúcio Papiro Cursor, el año 481. Los soldados de Pyrró, hechos prisioneros, y las riquezas de este príncipe, construyeron este soberbio acueducto. Comenzaba mucho más allá de Tivoli y venia á juntarse con el acueducto de Claudio, cerca de la puerta *Capena*. Su longitud total era de diez y seis leguas y media, cuyas cinco sextas partes eran conductos subterráneos y el resto construcciones levantadas encima del suelo. 3

El agua *Tepula*, que tenia su origen á once millas de Roma, en la vía Latina, llegaba á un acueducto construido por los censores Cayo Servilio Cépio y Lúcio Cásio Longino, el año 628. 4

El agua *Martia*, la más fresca de las aguas romanas, fué llevada por el pretor Quinto Márcio. 5 Salia por las montañas

1 Per Appium Claudium censorem via facta et aqua inducta est, quæ ipsius nomine nuncupatur. Cassiod.; Frontin., de *Aquæduct.*, 5; Tit. Liv., IX, 29.

2 Frontin., id.; Nardini, p. 446.

3 Frontin., 5.

4 Id., id.

5 Clarissima aquarum omnium in toto orbe frigeris, salubritatisque palma præconio urbis

to Padre. Algunos momentos despues el vicario de Jesucristo, acompañado de su fiel ministro el venerable cardenal Pacca, fué encerrado en un coche y conducido á marchas forzadas hasta Florencia. Tomaron la salida de la puerta del Pueblo. «Bien pronto, dice el cardenal Pacca, me preguntó el Santo Padre si habia yo sacado algun dinero. — Yo le dije: Vuestra Santidad ha visto que he sido arrestado en su habitacion y no se me permitió volver á la mia.» Entonces sacamos nuestros bolsillos, y á pesar de la afliccion y del dolor en que estábamos sumergidos al vernos arrancados de Roma, y separados de su buen pueblo, no pudimos dejar de reirnos al ver en el bolsillo del papa un *papetto* (veinte bayocos, cerca de veintidos sueldos de Francia); y en la mia tres *grossi* (quince bayocos, poco más de diez y seis sueldos). No teniamos ni provisiones, ni vestidos, ni ropa blanca que cambiarnos. «El papa, enseñando el *papetto* al general Radet, le dijo: De todo nuestro principado hé aquí lo que nos resta! 1 Fiel en conservar todos los monumentos de su historia, Roma ha dejado subsistir las señales de la violencia ejercida en el Quirinal contra el inmortal pontífice. Las ventanas rotas por manos francesas, están todavía allí para recordar el atentado sacrilego y la manera con que fué cometido. ¿Quién de nosotros puede verlas sin bajar los ojos?

El Quirinal encierra un santuario al cual no se penetra sin verse sobrecogido de un profundo respeto; este es la *Custodia*. Se da este nombre á las magnificas salas en las cuales Roma conserva las reliquias de los mártires. Todos los héroes del cristianismo están allí representados; es como el cuartel general del valor y de la gloria. Allí son llevados los cuerpos de

1 *Memorias* del card. Pacca.

los mártires que han sido extraídos de las catacumbas; 1 de allí salen para todas las iglesias del mundo cristiano las reliquias sagradas que van á dar testimonio de la fe primitiva y á encender más la piedad de los pueblos; pero de todo esto daré nuevos pormenores al hablar de las catacumbas. Antes de dejar el Quirinal, echamos una última mirada á la plaza que le sirve de avenida. Esta plaza es irregular, pero noblemente terminada por el palacio pontifical, las cocheras y el palacio de la *Consulta*. Otro adorno de la plaza de *Monte Cavallo*, es el obelisco de la tumba de Augusto. Semejante al de Santa María la Mayor, se levanta del centro de una fuente entre las dos estatuas colosales de Castor y de Pollux, que llevan sus caballos. Por su parte, la fuente eleva á una grande altura sus abundantes aguas, que vuelven á caer graciosamente en una soberbia taza de granito oriental, hallada en el *Forum* en frente de la prision *Mamertina*. El conjunto del monumento nada dejaria que desear si los semidioses no estuviesen en un estado de desnudez que causa pena. Los últimos rayos del sol que doraban la gran fachada del Quirinal, nos advirtieron de que ya era tiempo de poner fin á nuestros estudios. Salvando, pues, con rapidez la plaza de *Trevi*, volvimos á entrar por la Propaganda á nuestro albergue de la calle de los *due Macelli*.

8 DE ENERO.

Fuentes de Roma.—Acueductos de los antiguos romanos.—Poder de la Ciudad Eterna.

A buena hora bajamos hácia el *cuartel de la Columna*, nuevo objeto de nuestras investigaciones; pero encontramos en el

1 Al ménos en parte; otros son depositados en el Apolinar.

camino la fuente *Trevi*; era imposible que pasáramos sin hacer alto. Roma, célebre por tantos monumentos, se distingue sobre todo por sus fuentes. Puede decirse que bajo este nuevo aspecto, no tiene rival. La fuente de *Moisés*, la fuente *Paulina*, las de la plaza *Navona* y de la plaza de *Trevi*, exceden á todo lo que puede admirarse en este género, no solo por la riqueza de sus adornos, sino tambien por la abundancia de sus aguas.

En otras partes ¿qué teneis? chorros de agua ó manantiales, que ocultando en las entrañas de la tierra el camino que recorren, depositan humildemente sus aguas en prosáicos recipientes de madera ó de piedra. Aquí, ¡qué diferencial teneis á la vista verdaderos rios que vienen de una distancia de diez y de veinte leguas sobre arcos de triunfo, á traer su tributo al pueblo rey. Sus aguas caen en forma de cascada en vastas tazas de mármol y de granito, rodeadas de un pueblo de estatuas, ó bien se escapan hirviendo por las aberturas de rocas dispuestas con un arte que iguala á la naturaleza. En esta magnificencia se reconoce, al ménos en parte, la herencia de los antiguos señores del mundo. Roma pagana imprimía á todas sus obras un sello de grandeza que revela á cada paso á la poderosa reina de la fuerza. Nosotros la habiamos admirado en sus desagües, y fué necesario volver á empezar al aspecto de sus fuentes. En pié, con los brazos cruzados y á la orilla de la graciosa taza de mármol blanco de la plaza de *Trevi*, que llena la agua *virginal* con sus plateadas olas, repasamos en nuestra memoria este nuevo capítulo de la magnificencia romana.

Hasta el año 442, se contentaron los romanos con el agua del Tiber, con algunos pozos y algunas fuentes brotantes. En esta época el censor Apio Cláudio, por

sobrenombre el Ciego, emprendió llevar á Roma un manantial situado á tres leguas de distancia, en la vía Prenestina. Tuvo la gloria de alcanzar buen éxito y de dar su nombre al primer acueducto que poseyó la ciudad. 1 Este rio, sucesivamente oculto en las laderas de las montañas ó suspendido en los aires sobre magníficos arcos, venia á descargarse cerca de la puerta *Capena* y corria hasta el Campo de Marte. 2 La vista de esta maravilla, tan útil por otra parte á la salubridad de la ciudad, y tan favorable al lujo siempre creciente de los romanos, excitó una noble emulacion. Los censores, los ediles, los pretores mismos, quisieron dotar la ciudad con algun monumento semejante.

El *Anio vetus* fué llevado á Roma por los censores Cúrio Dentato y Lúcio Papiro Cursor, el año 481. Los soldados de Pyrró, hechos prisioneros, y las riquezas de este príncipe, construyeron este soberbio acueducto. Comenzaba mucho más allá de Tivoli y venia á juntarse con el acueducto de Claudio, cerca de la puerta *Capena*. Su longitud total era de diez y seis leguas y media, cuyas cinco sextas partes eran conductos subterráneos y el resto construcciones levantadas encima del suelo. 3

El agua *Tepula*, que tenia su origen á once millas de Roma, en la vía Latina, llegaba á un acueducto construido por los censores Cayo Servilio Cépio y Lúcio Cásio Longino, el año 628. 4

El agua *Martia*, la más fresca de las aguas romanas, fué llevada por el pretor Quinto Márcio. 5 Salia por las montañas

1 Per Appium Claudium censorem via facta et aqua inducta est, quæ ipsius nomine nuncupatur. Cassiod.; Frontin., de *Aquæduct.*, 5; Tit. Liv., IX, 29.

2 Frontin., id.; Nardini, p. 446.

3 Frontin., 5.

4 Id., id.

5 Clarissima aquarum omnium in toto orbe frigeris, salubritatisque palma præconio urbis

de la Sabina, atravesaba el país de los Marsios y el lago Ficino, y llegaba á Roma en un acueducto, cuya longitud total era de veintitres leguas tres cuartos. 1 La parte subterránea era de veinte leguas y media; la parte de afuera de tres leguas y cuarto y la mitad de éstas de arcos gigantes.

El agua *Julia*, conducida á Roma por Agrippa, bajo el consulado de Augusto, el año 121, tenía su fuente en las montañas de Tusculum, cerca de la vía Latina, á doce millas de Roma. 2

Ella entraba á la ciudad por el lado de la Puerta Mayor y venía á regar el Quirinal.

El agua *Virgen*, la más ligera y sana de todas, fué también llevada á Roma por Agrippa, el año 535. Debió su nombre á una jóven que la encontró en la vía de Prenesto, á seis leguas de Roma. El acueducto tenía cinco leguas en canales subterráneos y el resto en construcciones exteriores y en arcos. 3 Entraba á Roma por el lado de la vía *Nomentana*, costeaba la basa del monte Pincio y se desbordaba encima de los jardines de Salustio, no lejos del lugar en que hoy se encuentra la *Trinidad de los Montes*. Aquí se divide el manantial virginal en dos ramas: una que se extiende hasta la calle llamada por esto *de Condotti* y la naumáquia de Domiciano; otra hácia la fuente de *Trevi*, á la cual alimenta. Numerosos canales daban agua en abundancia á las *hanuras* del Campo de Marte, así como á la sétima y á la novena region. Perdido este manantial tan querido de los romanos, á consecuencia de las guerras, fué restablecido, según lo deseaban, por los papas. Gregorio XIII lo dis-

Martia est inter reliquia. Decim munera urbi tributa.—Plin., lib. 31, c. 3.

1 Plin., id., id., Frontin., id.

2 Dio., lib. 48.

3 Plin., lib. 31, c. 3; Front., 3.

tribuyó por los cuarteles de la ciudad hasta donde permitía el nivel hacerlo llegar. Gracias al inteligente y generoso pontífice, corrió muy pronto en grandes olas por la plaza del Pueblo, por la plaza de la Columna, por la plaza de la Rotonda y por la plaza Navona. Para adornar aquellas soberbias fuentes se prodigaron estatuas, obeliscos, tazas de bronce y de granito, y las más bellas obras del arte.

El agua *Alseatina* fué un presente de Augusto mismo. Tenía su origen en el lago del mismo nombre, situado á ocho leguas de Roma, en la vía Claudia. 1 Casi servía no más para las naumáquias 2 y para el cuartel Transtiberino, en los casos de necesidad. Esta agua llevaba el nombre de *Augusta*, que dividía con otro manantial muy abundante, que el mismo emperador reunió por medio de un soberbio acueducto con el agua *Martia*. Este era para suplir á este último en los tiempos de secas. 3 Los sucesores de Octavio siguieron el camino de aquel príncipe, y aun le aventajaron en magnificencia y liberalidad para llevar á Roma nuevos manantiales. Bien pronto se contaron catorce acueductos, en los cuales podía viajar cómodamente un hombre á caballo. 4

El más notable de todos por el tamaño y el atrevimiento de sus proporciones, era el acueducto de Claudio, cuyas prodigiosas ruinas atraviesan el campo romano. ¿Qué digo, las ruinas? El acueducto mismo subsiste; y hoy todavía conduce á Roma una buena parte del agua que allí se consume y embellece la ciudad. Fué co-

1 Frontin., 5.

2 Combates navales en el Circo.—N. del T.

3 Frontin., 5.

4 Romæ aqueductus decem et quatuor numero. unt codo et latero per priscas homines ædificati, et latitudine et simul profunditate ut æquivalentur vir aliquis ipso cum equo per eos superne evadere liberius queat.—Procop. de *Bell. Gothic.*, lib. 4.—Victor cuenta veinte acueductos.

menzado por Calígula y acabado por Claudio, y llevaba el agua de Subiaco á cuarenta millas de Roma. Su altura es tal, que domina las siete colinas, y que en otro tiempo, descargándose en la cima del Aventino, dejaba caer sus aguas en magníficas cascadas al valle del gran Circo. 1 Plinio el Mayor nos admira cuando dice que semejante obra costó siete millones y medio; pero conviene saber que no se pagaba la obra de mano. ¡Prisioneros de guerra, esclavos desgraciados, decidnos, cuántos millares de vosotros fuisteis á acabar aquel trabajo de gigantes!

El *Anio novus*, arroyo límpido que salía de las montañas de la Sabina por el lado de Subiaco, á cuarenta millas de Roma, hacia su entrada á la ciudad por el acueducto de Claudio. 2 El arroyo de *Hercules* recorría casi la misma distancia y seguía el mismo camino. Despues de haber contemplado con estupor aquellas obras que el mundo entero no sería capaz de ejecutar, 3 nos trasportamos al Occidente de la ciudad, hácia el Vaticano y el Janículo. Allí nos esperaban nuevas pruebas de aquella fuerza romana, tan hábil para luchar contra la naturaleza, y de aquella vasta explotación del hombre por el hombre bajo el paganismo.

La soberbia fuente Paulina, bastante fuerte para hacer mover molinos, al caer del acueducto, revela la mano de Trajano. En el año 112 de nuestra era y despues

1 Vicit antecedentes aquarum ductos novissimum impendium operis inchoati a C. Casare et peracti a Claudio: quippe a quadragesimo lapide ad cam excelsitatem ut in omnes urbis montes levarentur, influxere Curtius et Cæruleus fontes.—Plin., 36, 15.—Claudiam per tantam fastigii molem sic ad Aventini caput esse perductam; ut cum ibi ex alto lapsa eeciderit, cacumem illud excelsum, quasi imam vallem irrigare videatur.—Cassiod.

2 Front., 5.

3 Ad quæ opera patranda nunc totus orbis infirmus videatur.—Lander Albertus, *Descript.*—Ital.

de gloriosas luchas contra las resistencias de la naturaleza, el vencedor de Decéballo hizo conocer las fuentes abundantes de Oriolo y de Basano 1 encima del Vaticano; la distancia que recorren es enorme. Al papa Paulo V, digno émulo de los Césares por su magnificencia, se debe la restauración del acueducto y la nueva distribución del agua Trajana, tan útil al *Borgo* y también á Roma. Por los cuidados del mismo pontífice atraviesa hoy el acueducto el Tiber y viene á alimentar un gran número de fuentes en el interior de la ciudad; la más notable es la de la plaza Farnesio. Un príncipe de la Iglesia, el cardenal Odoardo Farnesio, fué el que mandó construir esta soberbia fuente, á la cual dió por recipiente la vasta taza de granito numídico hallada en las termas de Caracalla. Paulo V, sacó otro partido de la agua Trajana, y bajo su inteligente dirección vino ella á regar los jardines del Vaticano y á elevarse en haces inmensos en la plaza de San Pedro, en las dos magníficas fuentes que todo el mundo admira. La del septentrion fué construida por órden suya, según los dibujos del caballero Maderna. Esta fué el modelo de la segunda que está en el centro y cuya gloria pertenece á Clemente X. El previsor pontífice la mandó levantar para comodidad de los peregrinos que afluyen á Roma durante el año santo de 1675. En fin, bajo Alejandro VII, el agua Trajana sirvió de motor al volante de la casa de moneda, nuevo uso que recuerda la siguiente inscripción grabada en la puerta del edificio.

ALEXANDER VII. PONT. MAX.
MONETAR. AM. OFFICINAM
IN. QUA. NOVO. ARTIFICIO
PRÆCIPITIS. AQUÆ. IMPULSO. VERSATIS. ROTIS
MAGNO. TEMPORIS. OPERÆ. QUE. COMPENDIO
NUMMI. AF. FERE. CELERITER. QUE. SIGNENTUR
PUBLICÆ. UTILITATI. CONSTRUXIT
ANNO. SAL. MDCLXXV.

3 Forum Claudii et Bassi.

Habíamos estudiado una de las maravillas más grandes de la ciudad de los Césares y de la ciudad de los pontífices. Calculando la longitud total de los acueductos, que venían á refrescar á Roma, á embellecer sus edificios y á vivificar sus plazas y sus afiteatros, se encuentra una distancia de cerca de ciento treinta leguas! Otros cálculos establecen que todas las aguas reunidas formaban un río de la fuerza del Sena 1. ¡Qué decir de la solidez de los acueductos y de las dificultades vencidas para construirlos! Durante siglos enteros han cargado aquellos lechos artificiales masas de un peso enorme; han resistido á las intemperies del aire, á las desolaciones del tiempo, á los golpes de los bárbaros, al hundimiento del terreno (suelo) y á todos los accidentes que amenazan á las construcciones de este género. Hoy todavía sus grandiosos restos no parecen desafiar las edades futuras y sobrevivir á Roma misma, sino para perpetuar la gloria de la Ciudad eterna, llevando hasta las últimas generaciones el imponente testimonio de su incomparable poder. La construcción de los acueductos no ostentaba menos el génio que el poder. Montañas perforadas, valles inmensos convertidos en montañas, las entrañas de la tierra cavadas muchas veces á treinta piés de profundidad, canales suspendidos en los aires, conduciendo en largas filas de arcos un verdadero río, y á veces dos ó tres, uno encima de otro, á una altura prodigiosa; al lado de estas gigantes obras, ¿qué son nuestros túneles y nuestros pequeños canales?

Además, esto no es sino una parte de las maravillas que presentan las aguas romanas. Cuando en pié delante de aquellas

1. Rondelet ha hecho este otro cálculo sobre *Frontino*; la masa de agua llevada por los acueductos era equivalente á un río de treinta piés de ancho y seis de profundidad y cuya velocidad fuese de treinta pulgadas por segundo.

ruinas, cerca de aquellas fuentes salvadas por la mano de los pontífices, se penetra más adelante en el sistema interior de los acueductos, la admiración se duplica.

Al llegar á las puertas de la ciudad caían aquellos ríos, unos en vastas piscinas, donde depositaban su limo; otros en cascadas de agua (*castella et dividicula*), y de allí se dividían para tomar diferentes direcciones. En los *dividicula* había anexas jarras de bronce en forma de embudos; estaban fijos en amplios tubos de plomo y recibían la cantidad de agua destinada á cada región, á cada neumáquia, etc. Los pozos establecidos de trecho en trecho, daban agua á las casas, á los jardines, á las euripas de los abrevaderos y á las vilas de los arrabales 1. Estas cascadas de agua eran en número de más de doscientas. Imagínense estas doscientas *castella* adornadas con estatuas de las diferentes divinidades protectoras de las aguas; los innumerables tubos de plomo que corrían bajo las calles y que formaban como las venas y las arterias de aquel cuerpo gigantesco; los abrevaderos y las fuentes brotantes en número de muchos miles; todos aquellos ríos que corrían suspendidos atravesando la inmensa ciudad, y no costará trabajo exclamar con Plinio, que ninguna maravilla en el universo era más digna de la admiración de los hombres. 2

Tal es, en efecto, el primer sentimiento que se experimenta al recuerdo de tanto poder y tanto génio. Hay un segundo sentimiento que es imposible impedir cuando se piensa en las provincias desoladas, en

1 Flumina per urbem et cloacas videri fluere, atque domum prope modum habere fistulas et canales quibus aquam inducat.—Strab.

2 Si quis diligentius aestimaverit aquarum abundantiam in publico, in balneis, piscinis, domibus, euripis, hortis, suburbanis villis, spatioque advenientium extractos arcus, montes perfossos, convalles æquatas, patebitur nihil magis mirandum juisse toto orbe terrarum.—Plin., lib. XXXVI, 15.—Magnitudinis Romani imperii id præcipuum esse indicium.—Front., 5.

los esclavos encadenados con cuyas manos y riquezas se edificaron aquellos suntuosos acueductos que hubieran debido conducir ríos de lágrimas ántes que las aguas necesarias para la molición de los señores del mundo. La fuente de *Trevi* nos había abierto un horizonte tan grande, que nos fué necesario renunciar á pasar de allí este día. Además, la vista de los acueductos y de las fuentes no puede hacernos olvidar á nuestros amigos de Francia: ántes de volvernos fuimos á pedir nuestras cartas; pero apenas tocábamos á las galerías de la casa de correos cuando un fatal cartel hirió nuestras impacientes miradas de un modo harto desagradable: *Y corrieri di Toscana e di Bologna non sono quinti*; lo que quiere decir: Señores franceses, no tendreis cartas hoy.

9 DE ENERO.

Columna Antonina.—La Legion Fulminante.—Bajo-relieve.—Edicto de Marco-Aurelio.—Restauración de la Columna por Sixto V.—Monte-Citorio.—La Fuente.—El Genomén.—El Campo de Marte.—Los Septa y la Vila pública.—Los jardines, los baños y el lago de Agrippa.

Antes de las nueve entrábamos en el cuartel de la *Columna*. Debe su nombre á la columna Antonina que se levanta en la plaza principal. Está situado hácia el centro de la ciudad y ocupa una parte de las antiguas regiones de la *Alta Semita* y de la *Via Lata*. La plaza *Columna* es una de las más regulares de Roma. Dos monumentos la embellecen: una soberbia fuente y la columna de Antonino. Esta columna, tan famosa en la historia, fué levantada por el senado al emperador Marco-Aurelio Antonino, por las victorias que había alcanzado sobre los Macomanos, los Quados y otros pueblos de Alemania. Es

de mármol blanco y presenta 11 piés y medio de diámetro y 148 y medio de altura. Los bajos relieves que la rodean desde la base hasta el vértice, representan las hazañas del emperador. ¡Qué dicha para nosotros ver esculpido allí por manos paganas un hecho contemporáneo, tan glorioso para el cristianismo naciente! El año 176 estaba el emperador en el corazón de la Alemania con su ejército. Engañados por los Quados, se introdujeron los romanos á un profundo valle cercado por todas partes de altas montañas. Repentinamente aparecen los bárbaros en las cimas de esas montañas; el ejército romano no puede avanzar ni retroceder y va á sufrir por segunda vez la humillación de las Horas Caudinas. Entra la desmoralización en las filas; falta á las legiones fuerza física; una espantosa sed atormenta á los romanos hace ya muchos días y en este extremo, el comandante de las cohortes pretorianas va al encuentro de Marco-Aurelio y le dice: «César, la legion melitina que forma parte del cuerpo de ejército, está compuesta de cristianos, á quienes nada es imposible. Haced que se ponga en oración, le contestó el emperador.» Animados con la victoria del centurion del Evangelio, todos aquellos viejos soldados venidos del Oriente, caen de rodillas y conjuran al verdadero Dios que glorifique su nombre. Apenas se acaba aquella oración, cuando el cielo se cubre de espesas nubes; el rayo estalla con un espantoso ruido, repetido mil veces por el eco de las montañas, y acompañado de una granizada horrible cae y vuelve á caer sobre los bárbaros, á quienes quema produciéndoles espanto y desorden, mientras una bienhechora lluvia refresca á los romanos. «De tal suerte, dice un autor pagano que se veía al mismo tiempo y en el mismo lugar bajar del cielo, el fuego y el agua que quemaba á los

Habíamos estudiado una de las maravillas más grandes de la ciudad de los Césares y de la ciudad de los pontífices. Calculando la longitud total de los acueductos, que venían á refrescar á Roma, á embellecer sus edificios y á vivificar sus plazas y sus afiteatros, se encuentra una distancia de cerca de ciento treinta leguas! Otros cálculos establecen que todas las aguas reunidas formaban un río de la fuerza del Sena 1. ¡Qué decir de la solidez de los acueductos y de las dificultades vencidas para construirlos! Durante siglos enteros han cargado aquellos lechos artificiales masas de un peso enorme; han resistido á las intemperies del aire, á las desolaciones del tiempo, á los golpes de los bárbaros, al hundimiento del terreno (suelo) y á todos los accidentes que amenazan á las construcciones de este género. Hoy todavía sus grandiosos restos no parecen desafiar las edades futuras y sobrevivir á Roma misma, sino para perpetuar la gloria de la Ciudad eterna, llevando hasta las últimas generaciones el imponente testimonio de su incomparable poder. La construcción de los acueductos no ostentaba ménos el génio que el poder. Montañas perforadas, valles inmensos convertidos en montañas, las entrañas de la tierra cavadas muchas veces á treinta piés de profundidad, canales suspendidos en los aires, conduciendo en largas filas de arcos un verdadero río, y á veces dos ó tres, uno encima de otro, á una altura prodigiosa; al lado de estas gigantes obras, ¿qué son nuestros túneles y nuestros pequeños canales?

Ademas, esto no es sino una parte de las maravillas que presentan las aguas romanas. Cuando en pié delante de aquellas

1. Rondelet ha hecho este otro cálculo sobre *Frontino*; la masa de agua llevada por los acueductos era equivalente á un río de treinta piés de ancho y seis de profundidad y cuya velocidad fuese de treinta pulgadas por segundo.

ruinas, cerca de aquellas fuentes salvadas por la mano de los pontífices, se penetra más adelante en el sistema interior de los acueductos, la admiración se duplica.

Al llegar á las puertas de la ciudad caían aquellos ríos, unos en vastas piscinas, donde depositaban su limo; otros en cascadas de agua (*castella et dividicula*), y de allí se dividían para tomar diferentes direcciones. En los *dividicula* habia anexas jarras de bronce en forma de embudos; estaban fijos en amplios tubos de plomo y recibían la cantidad de agua destinada á cada region, á cada neumáquia, etc. Los pozos establecidos de trecho en trecho, daban agua á las casas, á los jardines, á las euripas de los abrevaderos y á las vilas de los arrabales 1. Estas cascadas de agua eran en número de más de doscientas. Imagínense estas doscientas *castella* adornadas con estatuas de las diferentes divinidades protectoras de las aguas; los innumerables tubos de plomo que corrían bajo las calles y que formaban como las venas y las arterias de aquel cuerpo gigantesco; los abrevaderos y las fuentes brotantes en número de muchos miles; todos aquellos ríos que corrían suspendidos atravesando la inmensa ciudad, y no costará trabajo exclamar con Plinio, que ninguna maravilla en el universo era más digna de la admiración de los hombres. 2

Tal es, en efecto, el primer sentimiento que se experimenta al recuerdo de tanto poder y tanto génio. Hay un segundo sentimiento que es imposible impedir cuando se piensa en las provincias desoladas, en

1. Flumina per urbem et cloacas videri fluere, atque domum prope modum habere fistulas et canales quibus aquam inducat.—Strab.

2. Si quis diligentius aestimaverit aquarum abundantiam in publico, in balneis, piscinis, domibus, euripis, hortis, suburbanis villis, spatioque advenientium extractos arcus, montes perfossos, convalles æquatatas, patebitur nihil magis mirandum juisse toto orbe terrarum.—Plin., lib. XXXVI, 15.—Magnitudinis Romani imperii id præcipuum esse indicium.—Front., 5.

los esclavos encadenados con cuyas manos y riquezas se edificaron aquellos suntuosos acueductos que hubieran debido conducir ríos de lágrimas ántes que las aguas necesarias para la molición de los señores del mundo. La fuente de *Trevi* nos habia abierto un horizonte tan grande, que nos fué necesario renunciar á pasar de allí este día. Ademas, la vista de los acueductos y de las fuentes no puede hacernos olvidar á nuestros amigos de Francia: ántes de volvernos fuimos á pedir nuestras cartas; pero apenas tocábamos á las galerías de la casa de correos cuando un fatal cartel hirió nuestras impacientes miradas de un modo harto desagradable: *Y corrieri di Toscana e di Bologna non sono quinti*; lo que quiere decir: Señores franceses, no tendreis cartas hoy.

9 DE ENERO.

Columna Antonina.—La Legion Fulminante.—Bajo-relieve.—Edicto de Marco-Aurelio.—Restauración de la Columna por Sixto V.—Monte-Citorio.—La Fuente.—El Genomén.—El Campo de Marte.—Los Septa y la Vila pública.—Los jardines, los baños y el lago de Agrippa.

Antes de las nueve entrábamos en el cuartel de la *Columna*. Debe su nombre á la columna Antonina que se levanta en la plaza principal. Está situado hácia el centro de la ciudad y ocupa una parte de las antiguas regiones de la *Alta Semita* y de la *Via Lata*. La plaza Columna es una de las más regulares de Roma. Dos monumentos la embellecen: una soberbia fuente y la columna de Antonino. Esta columna, tan famosa en la historia, fué levantada por el senado al emperador Marco-Aurelio Antonino, por las victorias que habia alcanzado sobre los Macomanos, los Quados y otros pueblos de Alemania. Es

de mármol blanco y presenta 11 piés y medio de diámetro y 148 y medio de altura. Los bajos relieves que la rodean desde la base hasta el vértice, representan las hazañas del emperador. ¡Qué dicha para nosotros ver esculpido allí por manos paganas un hecho contemporáneo, tan glorioso para el cristianismo naciente! El año 176 estaba el emperador en el corazón de la Alemania con su ejército. Engañados por los Quados, se introdujeron los romanos á un profundo valle cercado por todas partes de altas montañas. Repentinamente aparecen los bárbaros en las cimas de esas montañas; el ejército romano no puede avanzar ni retroceder y va á sufrir por segunda vez la humillación de las Horas Caudinas. Entra la desmoralización en las filas; falta á las legiones fuerza física; una espantosa sed atormenta á los romanos hace ya muchos días y en este extremo, el comandante de las cohortes pretorianas va al encuentro de Marco-Aurelio y le dice: «César, la legion melitina que forma parte del cuerpo de ejército, está compuesta de cristianos, á quienes nada es imposible. Haced que se ponga en oración, le contestó el emperador.» Animados con la victoria del centurion del Evangelio, todos aquellos viejos soldados venidos del Oriente, caen de rodillas y conjuran al verdadero Dios que glorifique su nombre. Apenas se acaba aquella oración, cuando el cielo se cubre de espesas nubes; el rayo estalla con un espantoso ruido, repetido mil veces por el eco de las montañas, y acompañado de una granizada horrible cae y vuelve á caer sobre los bárbaros, á quienes quema produciéndoles espanto y desorden, mientras una bienhechora lluvia refresca á los romanos. «De tal suerte, dice un autor pagano que se veía al mismo tiempo y en el mismo lugar bajar del cielo, el fuego y el agua que quemaba á los

unos y refrescaba á los otros; porque el fuego no tocó á los romanos, y el agua quema á los bárbaros como el aceite inflamado. Inundados como estaban pedían agua á grandes gritos y se abrían anchas heridas para extinguir el incendio que los consumía. En su desesperación se arrojaron entre los romanos, porque solo entre ellos refrescaba el agua; el emperador tuvo compasión de ellos. En memoria de este hecho, el ejército proclamó emperador por la séptima vez á Marco-Aurelio y quiso el príncipe que la legión melitina se llamara en adelante *Legión Fulminante*. Mas no se detuvo aquí; habiendo participado al senado el acontecimiento milagroso, publicó un edicto mandando hacer cesar la persecución contra los cristianos.¹

Este edicto, que conservamos todavía, comienza por esta fórmula que da una idea del pomposo énfasis que los señores del mundo desplegaban en sus letras oficiales: "El emperador César, Marco-Aurelio, Antonio Augusto, pártico germánico, sarmático, soberano pontífice, veintiocho veces tribuno, siete veces emperador, tres veces cónsul, padre de la patria, pro cónsul, al senado y al pueblo romano."² Después de la muerte de Marco-Aurelio, cuando el senado le hubo decretado los honores divinos, se levantó en memoria suya la soberbia columna que nos ocupa en este momento. Sea que el senado no quisiese rendir homenaje al Dios de los cristianos que libertó al ejército, sea que no quisiera contradecir la opinión del pueblo que atribuyó el acontecimiento á Júpiter pluvioso, mandó grabar el hecho en la columna; pero en ella se figuró á Júpiter enviando la lluvia á los romanos y lan-

¹ Dio., *in Marc. Aurel.*, Xiphil., *id.*

² "Imp. cesar. M. Aurelius. Antoninus. Avgvstvs. Parthicus. Germanicus. Sarmaticus. Pontifex. Maximus. Tribvntiæ Potestatis. XXVIII. Imp. VII. Cos. III. Pater. Patriæ. Procos. S. P. Q. R. S. D."

zando el rayo contra los bárbaros. ¡Hermoso trofeo del error, ciertamente! Aquel Senado complaciente no existe ya; aquel pueblo ciego no existe ya; solo queda la columna, solo queda el bajo-relieve con el edicto de Marco-Aurelio, que rinde homenaje á la verdad.

Buscamos con ahinco aquel importante bajo-relieve. En la parte superior se ve á Júpiter *pluvioso*; el Dios está de medio perfil con una barba de Neptuno, con los brazos extendidos y dos alas desplegadas, á la derecha y á la izquierda centellea el rayo en el espacio. Los dos ejércitos están abajo: el uno en desorden, el otro avanzando con las armas empuñadas. ¡Y creéis que no es feliz el viajero cristiano al encontrar las pruebas de su fe, grabadas por sus mismos perseguidores en un monumento de tal fecha y de tal importancia! ¡Honor al genio de Sixto V, á quien no era extraño nada que fuese grande! Este papa, de inmortal memoria, mandó volver á levantar la columna Antonina. La estatua de Marco-Aurelio que la coronaba, así como las tablas de mármol en que estaban grabadas las inscripciones antiguas, han desaparecido. En la plaza brilla la estatua de bronce dorado del apóstol San Pablo, este otro vencedor de los bárbaros. Una inscripción cristiana, grabada por orden del pontífice, anuncia la restauración de la soberbia columna:

SIXTVS. V. PONT. MAX.
COLVMNAN HANC
AB OMNI IMPIETATE
EXPVRGATAM
S. PAVLO APOSTOLO
GENEÆ EJVS STATVA
INAVRATA IN SVMMO
VERTICE POSITA D. D.

A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

"Sixto V, soberano pontífice, dedicó esta columna, purificada de toda impiedad,

al apóstol San Pablo, cuya estatua de bronce dorado, mandó colocarla en el vértice el año 1589, cuarto de su pontificado."

Orgullosa y llena de gloria por su purificación, canta el monumento su reconocimiento y su nuevo destino:

TRIUMPHALIS.
ET SACRA NVNC SUM
CHRISTI VERE PIVM
DISCIPVLVM FERENS.
QVI PER GRVCIS
PRÆDICATIONEM
DE ROMANIS
BARBARISQ.
TRIVMPHAVIT.

"Yo soy ahora triunfal y sagrada, y sostengo al discípulo verdaderamente *piadoso* de Cristo que por la predicación de la cruz triunfó de los romanos y de los bárbaros."

Así proclama la inmortal columna, salvada por el cristianismo, un doble triunfo: el de Marco-Aurelio sobre los bárbaros del Norte, y el de Pablo, por la cruz, sobre los romanos y sobre los bárbaros del mundo entero. La saludamos con transporte, y dejando á la izquierda la casa de correos, monumento de Gregorio XVI, estuvimos á pocos momentos en la plaza de *Monte-Citorio*.

Este montecillo parece formado con los despojos del anfiteatro de Statilio Tauro. El opulento romano lo construyó bajo el cuarto consulado de César, é hizo su dedicación con la sangre de los gladiadores. Este edificio, que fué quemado en el gran incendio de Neron, ha quedado sepultado bajo sus propias ruinas. 1 Allí se levanta hoy la *Curia Inocenciana*. Este soberbio palacio, en donde se administra justicia y en donde se hace la lotería, debe su nombre al papa Inocencio XII, que lo compró

¹ Dio., lib. 51 y 43-63; Piranesi, *Iconografia*, etc., Nardin, p. 317.

á la familia Ludovisi. Después de haberlo aumentado y embellecido, lo destinó el soberano pontífice para los tribunales, y asignó sus rentas para el hospicio de San Miguel. La generosidad del pontífice se recuerda en la inscripción grabada en la majestuosa fuente que corre delante de la gran fachada:

INNOC. XII. P. O. M.
HAC IN ÆDE PLVRA COMPLEXO
ORNAMENTVM VRVIS
TRIBUNALIA IN VNVM COLLECTA.
GENSVM HOSPITIIS PAVPERVM
DE MAGNIFICENTIA
JUSTITIA ET MISERICORDIA
OPTIME MERITO.

La gran taza que recibe el agua de la fuente fué hallada en las ruinas del Forum de Trajano; es de granito oriental y de 16 pies de diámetro. La plaza que está delante del palacio tiene otros dos adornos dignos de la atención de los arqueólogos. El primero es el pedestal de la columna Antonina. Fué descubierto bajo Clemente IX, y sacado de entre las ruinas y colocado en donde está hoy, por Benedicto XIV. Allí se ve en bajo-relieve el apoteosis de Antonino, con los símbolos y los ritos de costumbre; todas aquellas esculturas son del mejor gusto, y se explican por la inscripción que las acompaña:

DIVO. ANTONINO. AVG. PIO.
ANTONINVS. AVGVSTVS.
ET VERVS. AVGVSTVS. FILII.

El segundo adorno es el obelisco egipcio. La opinión más acreditada entre los sabios ve en este monolito el célebre *gnomon*, ó aguja de reloj solar del Campo de Marte. Este famoso reloj ocupaba el lado del campo de Marte en donde se encuentra hoy la iglesia de San Lorenzo in *Lucina*. Este obelisco, restaurado y erigido por Benedicto XIV

en la plaza de *Monte-Citorio*, excita tres sentimientos en el alma del viajero: la compasión hacia las lesiones y fracturas numerosas que sufrió durante su larga sepultura, el reconocimiento hacia la paciencia y el génio empleados en volverlo á colocar en su basa; en fin, una compasión profunda hacia el pueblo esclavo de Roma, obligado á venir al seno de la ciudad eterna, á dar testimonio con sus más preciosos monumentos de su servidumbre y de su vergüenza. La inscripción antigua hace nacer este último sentimiento.

IMP. CÆSAT. DIVI. F. AVGVSTI. VS.
PONTIFEX MAXIMVS. IMP.
XII. COS. XI. TRIB. POT.
XIV. EGYPTO. IN POTESTATEM
POPULI
ROMANI REDACT.
SOLI. DONVM. PEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al poder del pueblo romano, ha ofrecido este homenaje al Sol.»

Habíamos puesto el pié en el *Campo de Marte*, tan frecuentemente nombrado en la historia romana. ¡Qué cosecha de recuerdos en este lugar! Este famoso Campo, consagrado al dios Marte, despues de la expulsión de los reyes, comprendía el espacio encerrado entre el Tiber y el Capitolio por un lado, y el Quirinal y el *Pincius* por el otro. Una parte de él estaba reservada á la carrera de caballos y á los ejercicios de la juventud romana, y el resto se cubrió poco á poco de monumentos célebres. Algunas ruinas y el lugar que ocuparon, hé aquí lo que queda de la mayor parte de ellos. Visitamos en todos sentidos aquella vasta llanura en donde está sentada la sexta parte de Roma mo-

derna, deteniéndonos á cada paso delante de aquellos despojos de los antiguos edificios. No léjos de Monte-Citorio brillaban los *Septa Julia*. Estos eran magníficos pórticos de mármol de 4,533 piés de longitud, sostenidos por centenares de columnas y que servían para las asambleas del pueblo en las elecciones de sus grandes magistrados. 1 Siguiendo adelante se encuentra el lugar de la *Pilla Pública*, grande y suntuoso edificio de doble piso y con pórticos, y brillante de oro y azul, enriquecido con pinturas, con maderas preciosas y con mármoles exquisitos y raros. Esta vila estaba destinada á alojar á los embajadores de las naciones enemigas 2 y llegó á ser tristemente famosa durante las guerras civiles. En ella mandó degollar Sylla á cuatro legiones fieles á Mário y que se habian rendido con promesa de que se les salvara la vida. 3 ¡Inevitable destino del viajero en Roma! por todas partes debe resignarse á poner sus plantas en sangre y ruinas.

Hacia el centro de la llanura estaba el cuartel designado bajo el nombre de *Campo de Agrippa*. El ministro y yerno de Augusto, el opulento romano, habia embellecido aquellos lugares con muchos monumentos, dignos de su magnificencia. Allí estaban sus jardines, su lago, sus baños, y por fin, el inmortal Pantheon. Todo lo que el lujo oriental, ayudado de la riqueza romana, habia podido inventar de más raro, de más alhagador á los sentidos, se encontraba reunido en los jardines y en los baños; el lago llegó á ser famoso por las locuras de Neron. Este príncipe, cuyo orgullo y cuya voluptuosidad parecen haber turbado su razon, gustaba de hacer comidas en el agua. Una suntuosa mesa

1 Plin., lib. XVI, 10.

2 Tit. Liv. *Decad.*, IV, c. 3.

3 Valer. Max., lib. IX, c. 2.

cubierta con vajilla de oro y con los más excéntricos manjares, reunia en aquel lugar al hijo de Agripina y á todos los que Roma contaba en clase de prostitucion. Al ruido de las sinfonías y á la luz de los hachones, se veían la galera que conducía á los convidados y la comida imperial llevada á remolque por otras galeras resplandecientes de oro y de marfil, pasearse lentamente hasta la media noche en aquel lago cercado de verdes árboles. 1 ¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres! ¡Qué mundo!

Por fin llegamos delante del Pantheon, hoy la *Rotonda*. No es ya solo un recuerdo el que tenemos que evocar, no es ya una ruina la que hemos de interrogar y que hemos de reconstruir; estamos delante de un monumento entero, el mejor conservado sin contradicción de la antigua Roma. Era demasiado tarde para estudiarlo á nuestro gusto, y dejamos la excursion para el dia siguiente.

10 DE ENERO.

El Pantheon; su historia.—Riquezas.—Purificación.—Milagro.—La Minerva.—Tumba de B. Augústico de Fiesola.—Cámara de Santa Catalina de Sena.—Plaza Navona.—Fuentes.—Mercado.—Juegos.—Santa Inés.

Antes de las nueve estábamos en el Pantheon. Todo el mundo sabe que este soberano templo fué edificado por el yerno de Augusto durante su tercer consulado, es decir, el año de Roma 527, veintiseis años ántes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. La inscripción grabada en el friso determina esta época:

M. AGRIPPA L. F. COS. TERTIVM. FECIT.

El Pantheon se divide en dos partes: la Rotonda, propiamente dicha, y el Pórtico. La primera fué levantada por Agrip-

1 Tacit., *Annal.*, XV; Suet., in *Ner.*, c. XXVII.

pa, para que sirviera de *Calidarium* á sus baños, y cuando más tarde quiso hacer de ella un templo, le agregó el Pórtico. Augusto debia ser, segun el pensamiento de Agrippa, el dios tutelar de la Rotonda; pero el príncipe rehusó este honor y permitió solamente que fuese colocada su estatua bajo el peristilo. Estaba éste en un nicho á la derecha de la puerta de entrada, y la de Agrippa en un nicho semejante, á la izquierda. El templo fué dedicado á *Jupiter Vengador*, *Jovi Ultori*, pero bien pronto el Olimpo entero vino á tomar lugar en el nuevo santuario, que fué llamado *Pantheon*, ya porque en él se adoraba á todos los dioses juntos, ya como pretende dios Cásio, porque tenia la forma del cielo 1. Lo que no es dudoso es que ningun otro templo igualaba en grandeza y riqueza á este soberano edificio. En vez de bajar como hoy, se subian cinco escalones para entrar á él. Bajo el peristilo se abria la puerta de dos hojas de bronce dorado que permanecia abierta para todo el mundo. Las paredes del peristilo estaban como las del templo, revestidas de los más preciosos mármoles y adornadas con bajorelieves, y el suelo enlazado con planisferios de mármol y de pórfido de más de siete piés de diámetro. El Pórtico tiene 103 piés de longitud y 61 de latitud. Está formado de 16 columnas, cada una de un solo trozo de granito oriental. Tienen 14 piés de circunferencia y 38 de altura, sin comprender las bases y los capiteles. Estos últimos, de mármol blanco, pasan por ser los más bellos que nos ha legado la antigüedad. El techo entero del peristilo se componia de vigas y de viguetas unidas por bronce. Por debajo estaban revestidas con grandes placas del mismo metal encorbadas en forma de bóveda y enriquecidas con adornos de plata en un

1 Lib. LIII.

en la plaza de *Monte-Citorio*, excita tres sentimientos en el alma del viajero: la compasión hacia las lesiones y fracturas numerosas que sufrió durante su larga sepultura, el reconocimiento hacia la paciencia y el génio empleados en volverlo á colocar en su basa; en fin, una compasión profunda hacia el pueblo esclavo de Roma, obligado á venir al seno de la ciudad eterna, á dar testimonio con sus más preciosos monumentos de su servidumbre y de su vergüenza. La inscripción antigua hace nacer este último sentimiento.

IMP. CÆSAT. DIVI. F. AVGVSTI. VS.
PONTIFEX MAXIMVS. IMP.
XII. COS. XI. TRIB. POT.
XIV. EGYPTO. IN POTESTATEM
POPULI
ROMANI REDACT.
SOLI. DONVM. PEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al poder del pueblo romano, ha ofrecido este homenaje al Sol.»

Habíamos puesto el pié en el *Campo de Marte*, tan frecuentemente nombrado en la historia romana. ¡Qué cosecha de recuerdos en este lugar! Este famoso Campo, consagrado al dios Marte, despues de la expulsión de los reyes, comprendía el espacio encerrado entre el Tiber y el Capitolio por un lado, y el Quirinal y el *Pincius* por el otro. Una parte de él estaba reservada á la carrera de caballos y á los ejercicios de la juventud romana, y el resto se cubrió poco á poco de monumentos célebres. Algunas ruinas y el lugar que ocuparon, hé aquí lo que queda de la mayor parte de ellos. Visitamos en todos sentidos aquella vasta llanura en donde está sentada la sexta parte de Roma mo-

derna, deteniéndonos á cada paso delante de aquellos despojos de los antiguos edificios. No léjos de Monte-Citorio brillaban los *Septa Julia*. Estos eran magníficos pórticos de mármol de 4,533 piés de longitud, sostenidos por centenares de columnas y que servían para las asambleas del pueblo en las elecciones de sus grandes magistrados. 1 Siguiendo adelante se encuentra el lugar de la *Pilla Pública*, grande y suntuoso edificio de doble piso y con pórticos, y brillante de oro y azul, enriquecido con pinturas, con maderas preciosas y con mármoles exquisitos y raros. Esta vila estaba destinada á alojar á los embajadores de las naciones enemigas 2 y llegó á ser tristemente famosa durante las guerras civiles. En ella mandó degollar Sylla á cuatro legiones fieles á Mário y que se habian rendido con promesa de que se les salvara la vida. 3 ¡Inevitable destino del viajero en Roma! por todas partes debe resignarse á poner sus plantas en sangre y ruinas.

Hacia el centro de la llanura estaba el cuartel designado bajo el nombre de *Campo de Agrippa*. El ministro y yerno de Augusto, el opulento romano, habia embellecido aquellos lugares con muchos monumentos, dignos de su magnificencia. Allí estaban sus jardines, su lago, sus baños, y por fin, el inmortal Pantheon. Todo lo que el lujo oriental, ayudado de la riqueza romana, habia podido inventar de más raro, de más alhagador á los sentidos, se encontraba reunido en los jardines y en los baños; el lago llegó á ser famoso por las locuras de Neron. Este príncipe, cuyo orgullo y cuya voluptuosidad parecen haber turbado su razon, gustaba de hacer comidas en el agua. Una suntuosa mesa

1 Plin., lib. XVI, 10.

2 Tit. Liv. *Decad.* IV, c. 3.

3 Valer. Max., lib. IX, c. 2.

cubierta con vajilla de oro y con los más excéntricos manjares, reunía en aquel lugar al hijo de Agripina y á todos los que Roma contaba en clase de prostitucion. Al ruido de las sinfonías y á la luz de los hachones, se veían la galera que conducía á los convidados y la comida imperial llevada á remolque por otras galeras resplandecientes de oro y de marfil, pasearse lentamente hasta la media noche en aquel lago cercado de verdes árboles. 1 ¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres! ¡Qué mundo!

Por fin llegamos delante del Pantheon, hoy la *Rotonda*. No es ya solo un recuerdo el que tenemos que evocar, no es ya una ruina la que hemos de interrogar y que hemos de reconstruir; estamos delante de un monumento entero, el mejor conservado sin contradicción de la antigua Roma. Era demasiado tarde para estudiarlo á nuestro gusto, y dejamos la excursion para el dia siguiente.

10 DE ENERO.

El Pantheon; su historia.—Riquezas.—Purificación.—Milagro.—La Minerva.—Tumba de B. Augústico de Fiesola.—Cámara de Santa Catalina de Sena.—Plaza Navona.—Fuentes.—Mercado.—Juegos.—Santa Inés.

Antes de las nueve estábamos en el Pantheon. Todo el mundo sabe que este soberano templo fué edificado por el yerno de Augusto durante su tercer consulado, es decir, el año de Roma 527, veintiseis años ántes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. La inscripción grabada en el friso determina esta época:

M. AGRIPPA L. F. COS. TERTIVM. FECIT.

El Pantheon se divide en dos partes: la Rotonda, propiamente dicha, y el Pórtico. La primera fué levantada por Agrip-

1 Tacit., *Annal.*, XV; Suet., in *Ner.*, c. XXVII.

pa, para que sirviera de *Calidarium* á sus baños, y cuando más tarde quiso hacer de ella un templo, le agregó el Pórtico. Augusto debia ser, segun el pensamiento de Agrippa, el dios tutelar de la Rotonda; pero el príncipe rehusó este honor y permitió solamente que fuese colocada su estatua bajo el peristilo. Estaba éste en un nicho á la derecha de la puerta de entrada, y la de Agrippa en un nicho semejante, á la izquierda. El templo fué dedicado á *Jupiter Vengador, Jovi Ultori*, pero bien pronto el Olimpo entero vino á tomar lugar en el nuevo santuario, que fué llamado *Pantheon*, ya porque en él se adoraba á todos los dioses juntos, ya como pretende dios Cásio, porque tenia la forma del cielo 1. Lo que no es dudoso es que ningun otro templo igualaba en grandeza y riqueza á este soberano edificio. En vez de bajar como hoy, se subian cinco escalones para entrar á él. Bajo el peristilo se abria la puerta de dos hojas de bronce dorado que permanecía abierta para todo el mundo. Las paredes del peristilo estaban como las del templo, revestidas de los más preciosos mármoles y adornadas con bajorelieves, y el suelo enlazado con planisferios de mármol y de pórfido de más de siete piés de diámetro. El Pórtico tiene 103 piés de longitud y 61 de latitud. Está formado de 16 columnas, cada una de un solo trozo de granito oriental. Tienen 14 piés de circunferencia y 38 de altura, sin comprender las bases y los capiteles. Estos últimos, de mármol blanco, pasan por ser los más bellos que nos ha legado la antigüedad. El techo entero del peristilo se componia de vigas y de viguetas unidas por bronce. Por debajo estaban revestidas con grandes placas del mismo metal encorbadas en forma de bóveda y enriquecidas con adornos de plata en un

1 Lib. LIII.

fondo de oro. Por encima estaban cubiertas con tejas de bronce dorado; esculturas de un efecto poderoso, cuyas figuras todas eran de bronce, llenaban el tímpano del frontis.

Esta rica presa se había escapado á los bárbaros; pero el emperador Constantino II, al llegar á Roma en 663, mandó quitar la preciosa cubierta y una parte del armaron tambien de bronce dorado; su intencion era adornar con él á Constantinopla. Desgraciadamente la flota encargada de aquellos despojos, fue robada por los sarracenos, y los adornos del Pantheon fueron á perecer á Alejandria 1. Más noble fué el pensamiento de Urbano VIII. A fin de utilizar en la gloria del verdadero Dios lo que quedaba de bronce en otro tiempo consagrado á los ídolos, lo mandó echar este Pontífice al molde maravilloso, de donde salieron las columnas torcidas del ciprés de San Pedro. El mismo papa construyó tambien los dos campanarios que coronan hoy el peristilo. Algunos autores creen que la gran puerta de bronce es la misma que fué colocada por Agrippa; pero esto no pasa de opinion. Como quiera que sea, se tendrá una idea del bronce empleado en el Pantheon, cuando se sepa que solo los clavos pesaban nueve mil trescientas setenta y cuatro libras, y que la totalidad de este precioso metal ascendia á cuatrocientas cincuenta mil doscientas treinta libras. Aquí se ve cómo por todas partes tenían los Romanos paño de qué cortar.

Despues de haber estudiado el Pórtico, entramos al templo mismo. Es circular y presenta un diámetro de 132 piés; la altura del edificio es igual al diámetro, y el espesor del muro es de 19 piés. La cúpula de San Pedro no tiene más que 2 piés de diámetro ménos que la del Pantheon; pe-

1 Fabríz., *Descriz di Roma*, c. 2.

ro tiene 300 piés de elevacion sobre el suelo. De ahí viene esa frase de los Romanos: *Miguel Angel edificó en los aires lo que Agrippa construyó en la tierra*. La Rotonda presentaba en el interior seis grandes nichos, practicados en el espesor del muro, tres circulares y tres que tienen la forma de un paralelógramo. Cada nicho formaba un edículo ó pequeño templo que contenia una estatua de bronce, de plata, de oro ó de marfil, que representaban un dios y una diosa. Júpiter ocupaba el nicho del centro que más grande que los demas podia compararse á un hemicielo. Numerosas estatuas adornaban todas las paredes del templo. La más rica, si no la más notable, era la de Vénus, á la cual se veia suspendida la mitad de la gran perla que figuró en la comida de Cleopatra; esta joya era estimada en más de un millon quinientos mil francos 1.

Dos columnas de mármol amarillo acanaladas con capiteles de cobre de Syracuse, de un trabajo admirable, separaban cada edículo de la parte circular del templo. Todas juntas sostenian un entablonado de mármol blanco que reinaba al rededor del edificio y que realzaba un friso de pórfido. Un ático de mármol con catorce ventanas, entre las cuales habia cariátidas de bronce, coronaba el entablonado. El mismo sostenia la bóveda en cuyo centro existia una abertura de 27 piés de diámetro, por donde se veia el cielo. Este ojo de la bóveda estaba adornado con un círculo de bronce dorado y con un armaron con gárfios, á los cuales se sujetaba un velo de púrpura para interceptar los rayos del sol. Más de ciento cincuenta setones de bronce dorado brillaban en la cúpula, y adornaban cinco hileras de cuadros dorados, siendo el más grande de ellos de doce piés de diámetro.

Lo que era la Rotonda hace diez y ocho

1 Owerbeke, *del Panteon*.

siglos, eso es hoy todavía, solo han cambiado su adorno y su destino; el mismo peristilo, la misma forma, las mismas paredes, las misma cúpula, el ojo de la bóveda ha quedado como estaba, y la mirada cristiana se eleva al cielo por el mismo camino que siguió la mirada pagana. Pero ¡qué diferencia en el pensamiento, en la oracion y en la esperanza! Ningun velo cierra la abertura, y el sol brilla y la lluvia cae libremente en la Rotonda; allí se oye algunas veces la misa con paraguas. Iglesia santa, fiel guardiana de lo pasado; vos habeis hecho bien en dejar las cosas en ese estado; si la cúpula abierta presenta una cubierta pagana, el sentido es cristiano, muy cristiano; y este sentido os pertenece. Sin embargo, el agua se escurre por una abertura con reja, practicada en el punto central del pavimento, hácia el cual se inclina suavemente todo el suelo del edificio.

Delante de la puerta de entrada, en el lugar mismo ocupado por el edículo de Júpiter, se levanta el altar mayor. Los otros siete edículos se han convertido en capillas secundarias. En la tercera, y al entrar, á la izquierda, está la bella estatua llamada la *Madonna del Sasso*, cuya base forma la tumba de Rafael. El cuerpo de este gran pintor, que fué descubierto el dia 14 de Setiembre de 1833, fué vuelto á colocar en su mismo lugar la tarde del 18 de Octubre con toda la pompa y ceremonias necesarias. Para entrar al Pantheon, seria necesario entrar como Moisés delante de la zarza ardiente: quitarse el calzado. En este mismo lugar, profanado por todas las divinidades paganas, descansan hoy las reliquias de innumerables mártires; todas las partes del Pantheon están llenas de huesos sagrados. El año del Señor 608, queriendo el papa Bonifacio IV purificar este templo, bajó á las catacumbas y sacó de su morada subte-

rránea á una legion de héroes cristianos; veintiocho carruajes magníficamente adornados, trasportaron en medio de las aclamaciones de Roma entera, á los nuevos triunfadores, al santuario del paganismo vencido. El Pantheon dedicado á la Reina de los ángeles y de los hombres, tomó el nombre de *Santa María de los Mártires*. Dos siglos despues, en 830, lo consagró Gregorio IV en honor de todos los santos. Por orden del pontífice, el dia de esta consagracion llegó á ser una fiesta de precepto, que celebra la Iglesia católica todavía cada año el dia 1.º de Noviembre.

En la Rotonda se encuentra el viajero en medio de los milagros. Desde luego el Pantheon, convertido en templo de María, le atestigua la inexplicable victoria del cristianismo sobre la idolatría; despues, las bóvedas del templo le recuerdan el triunfo de María sobre el judaismo obstinado. Así como el Dios de Israel habia consagrado el templo de Salomon por la aparicion de su gloria, así la augusta Virgen quiso tomar posesion de su nueva morada por un brillante prodigio. El entusiasmo de los cristianos al ver á su madre María sentada en el Pantheon, provocó las barlas y las blasfemias de los judíos que habitaban en Roma. Llegaron éstas á oido de un noble romano, ciego de nacimiento, pero muy instruido y versado en las verdades de la fe. Bien pronto se presenta ocasion de confundir á los obstinados hijos de Israel, la disputa se acalora, y en un movimiento exclama el ciego: Puesto que las razones más claras no pueden convenceros, ¿os rendireis á la verdad si yo recobro la vista por intercesion de María, ántes de que pase la fiesta de la Purificacion? Fué aceptada esta proposicion con una sonrisa de incredulidad que queria decir: Nuestra promesa no nos obliga á nada, porque la condicion no se

cumplirá. Entretanto se difunde por toda la ciudad la noticia del compromiso. El día de la fiesta, un inmenso concurso de cristianos y de judíos acude y llena el Pantheon; la multitud está suspensa en espera de lo que debe suceder. Llega el ciego con gran trabajo al recinto sagrado, y entona la antifona compuesta por él mismo en honor de María: *Salud, Virgen María, vos sois quien habeis vencido todas las heregias del universo* 1. Mas cuando esto canta, ya sus ojos están abiertos á la luz; mil testigos amigos y enemigos dan testimonio del milagro. El estupor y la alegría se apoderan de la asamblea; quinientos judíos se rinden á la evidencia; el papa mismo les bautiza con sus manos é inaugura de este modo el nuevo santuario de la Madre de las Misericordias. En memoria del hecho, la Iglesia ha colocado en su liturgia el canto del piadoso ciego, que repite todavía en nuestros días 2.

Nosotros lo repetimos con ella, y dejamos el Pantheon para dirigirnos á la *Minerva*. En la plaza de este nombre, situada en el centro de Roma, se encuentra el célebre convento de los dominicos, con su hermosa biblioteca y su gran iglesia edificada sobre las ruinas de un templo dedicado á Minerva. Una ilustre tumba llama hácia aquel lugar al artista y al cristiano; aquí descansa el bienaventurado Angélico de Fiesola. La doble aureola de la santidad y del génio rodea la frente inmortal del hijo de Santo Domingo. El bienaventurado Angélico, pintor verdaderamente católico, murió en 1555. Detrás del altar de la sacristía está un pequeño oratorio, desde donde se exhala no sé qué perfume de inocencia y de caridad; es éste el cuarto de Santa Catalina de Sena. ¡Felices habitantes de la ciudad eterna que teneis

1 Græde Virgo Maria, cunctas hæreses solamnteremisti in universo mundo.

2 Baron., an. 830.

tantos lugares en donde la devocion parece nacer de todo lo que os rodea!

En el centro de la plaza se levanta el obelisco egipcio, consagrado en otro tiempo á Neith, que era la Minerva de los griegos y de los romanos. Este monolito fué hallado en 1665 en los jardines del convento, cerca de un templo de Isis. Dos años más tarde, mandó erijirlo Alejandro VII en el lugar que ocupa hoy todavía; la inscripcion hace alusion al elefante que le sirve de pedestal:

Sapientis Ægypti inculptas obélisco figuræ,
Ab elephanto belluarum fortissima gestari
Quisquis hie vides, documentum intellige
Robustæ mentis esse solidam
sapientiam sustinere.

Dejando la region de la *Pigna*, entramos al *Parione*. En el centro de este nuevo cuartel está la Plaza Navona; ella sustituye al circo de Alejandro Severo, cuya forma elíptica conserva. Tres bellas fuentes le sirven de adorno; la del centro pasa por obra maestra de Bernino. El conjunto representa los cuatro grandes rios de las cuatro partes del mundo: el Danubio, el Ganges, el Nilo y la Plata. Estas estatuas colosales están sentadas en las cuatro esquinas de una roca bruta, cuya cima está coronada por un obelisco. La roca, perforada por los cuatro lados, arroja cuatro arroyos de agua y presenta la vista de una caberna. De su centro salen un leon y un caballo que se acerca á beber. El obelisco, al cual le sirve la roca de pedestal, es un monolito egipcio hallado en el circo de Rómulo.

Todos los miércoles presenta la Plaza Navona un golpe de vista de lo más variado y pintoresco. Se cubre de pequeñas tiendas portatiles, en las cuales se presentan á los aficionados toda clase de objetos de quincallería, y cosas por el estilo, sobre todo de antigüedades, que las más

veces son modernas. El establecimiento de este curioso mercado se debe á un frances, al cardenal de Rohan, embajador en Roma. La misma plaza sirve tambien para diversion del pueblo romano. Todos los sábados del mes de Agosto por la tarde, se cierran los desagües de las fuentes, y al día siguiente se convierte la plaza en un lago. Hermosos carruajes van á pasearse por allí, á cuyos caballos les llega el agua hasta los encuentros; el pueblo circula al rededor de la plaza en galeras improvisadas, mientras que muchos cuerpos de música ejecutan jocosas sintonías. Roma no es de modo alguno enemiga de los placeres inocentes; y creo que no hay ciudad alguna en el mundo en donde las diversiones de este género sean más comunes y más accesibles á la multitud. Esta observacion, que se representará más tarde, me parece muy significativa.

Cuando hayais admirado las obras maestras modernas y reparado en vuestro espíritu los recuerdos paganos del circo de Severo, se os aparece el cristianismo y os muestra aquí el teatro de uno de sus más brillantes triunfos. ¿Cuál es esa magnífica iglesia que se levanta delante de la gran fuente, en la parte lateral de la plaza? Cualquier niño os responderá: es la iglesia de Santa Inés, la muy amada de los romanos. Si; en ese mismo lugar en donde reina la jóven vírgen que inmortaliza una doble victoria, estaba bajo el paganismo, el *lupanar* del circo. Un día, el hijo del prefecto Semprónio, pide la mano de la vírgen cristiana. Inés contesta que está prometida á un esposo divino; su negativa fué entendida. Semprónio, que tomó con interés la causa de su hijo, mandó arrestar á la noble niña. Segun el estilo de los tiranos, se pusieron en juego promesas y amenazas para quebrantar su resolucion. ¡Vanos esfuerzos! Inés resiste con todo el poder de su candor y de su fe. Semprónio

la manda despojar de sus vestidos y arrojar al *lupanar*, para abandonarla á los insultos de los libertinos. “Y haceis con eso, exclamaba Tertuliano, nuestro más bello elogio, puesto que el mayor suplicio que podais inventar contra nuestras hijas y contra nuestras hermanas, es exponer á vuestros ultrajes su púdica virtud,” pero el Dios de las vírgenes cuidó de su jóven esposa; protegida milagrosamente contra los ataques de los libertinos, espiró Inés, victoriosa en medio de los tormentos. Esto pasaba bajo el imperio de Diocleciano, teniendo Inés trece años de edad.

¡Con qué religioso respeto penetra el viajero moderno á aquel lugar subterráneo, teatro de una victoria cuyo beneficio goza todavía despues de quince siglos! A la luz de una antorcha les al dar vuelta á una escalera, la inscripcion que recuerda la proteccion milagrosa con que cubrió el Señor á su fiel servidora, y muy pronto pisa el pavimento de mosaico tocado por los piés de la santa y se mira en su calabozo. La jóven heroína fué arrojada á él por una abertura practicada en la bóveda, semejante á la de la prision Mamertina. Este calabozo, muy estrecho, puede tener 12 piés de profundidad. Estaba totalmente privado de luz; hoy un tragaluz deja penetrar en él algunos rayos de una luz incierta. El *lupanar* vecino al que fué conducida Inés, se compone de dos piezas abovedadas de hermosas piedras; cada pieza tiene 12 piés de altura, otros tantos de latitud y 20 de longitud. Tal es el glorioso teatro en donde el cristianismo, personificado en una niña de trece años, triunfó de las dos potencias más temibles del paganismo: la voluptuosidad y la crueldad. A la vista de estos lugares tan elocuentes, se conmueve el corazon, crece la fe, y se recuerda con admiracion aquel hecho tan poco observado en nuestra historia primitiva. En los temibles combates que fueron

librados á nuestros padres, se vió muchas veces palidecer á los hombres y renegar de su fe, pero no se cita una sola virgen que haya temblado, ó al menos que haya muerto en la apostasia. ¡Tan cierta así es esa palabra de Dios que se complace en escoger lo que hay más débil, para confundir lo que hay más fuerte.

11 DE ENERO.

Palacio Braschi.—Anécdota.—Plaza de Pasquino.—*Chiesa nuova* (Iglesia nueva).—Recuerdos de San Felipe Neri.—El jóven Spazzara.—*Campo de Fiore* (Campo de Flora).—Teatro, pórticos, cúria de Pompeyo.—Muerte de César.—Palacio Spada.—Estatua de Pompeyo.—San Gerónimo de la Caridad.—Naumáquia de César.—Combate naval.

Desde muy temprano nos encontrábamos ya en la plaza Navona. Despues de haberla recorrido en toda su longitud, volvimos á la derecha y nos pusimos delante del palacio *Braschi*. Esta soberbia hatitacion, recuerda la gloriosa memoria del inmortal Pio VI; la grande escalera, pasa por obra maestra. Al pisar sus anchos escalones de pulido mármol, pensábamos en el pontífice que los habia subido tantas veces, le seguimos desde su palacio á las prisiones del Directorio y hasta la ciudadela de Valencia, que llegó á ser su sepulcro. ¡Pueda la justicia divina perdonar á la Francia los atentados sacrilegos cometidos contra el ungido del Señor! Con ocasion de estos recuerdos solemnes, uno de nuestros amigos refirió una curiosa anécdota relativa al mismo pontífice. En 1784, se trasladó Pio VI á Viena para conferenciar con el emperador sobre los negocios de la Iglesia. En el camino le dijo su compañero de viaje: “¿Sabéis, Santísimo Padre, que las poblaciones protestantes consideran al papa como al Antecristo, y que creen en conse-

uencia que Vuestra Santidad tiene un pié de macho cabrío?” Esta extraña revelacion divirtió desde luego al excelente pontífice. Luego, compadeciéndose del error de aquellas pobres gentes, dijo: “Les demostraremos lo contrario.” Al llegar á Worms, quiso, despues de la comida, pasearse á pié en una de las plazas de la ciudad; Pio VI pasaba por ser el hombre más bello de su siglo. La multitud embelesada, le mira; su talla elevada, su noble andar, su bello rostro en el cual se pinta la bondad del padre y la majestad del pontífice, sus maneras tan sencillas y tan distinguidas, todo en él, atrae y subyuga; ¿pero los piés?... son objeto de un ávida curiosidad. ¡Pues bien, el papa tiene los piés como todo el mundo! sí, como todo el mundo; está visto, conocido y demostrado. El papa no es, pues, el Antecristo, como dicen los libros de Lutero, como predicán los ministros, y como lo estábamos creyendo todavía ayer; se nos engaña y se nos burla. Tales fueron las reflexiones que circularon entre la multitud, y los piés del pontífice prepararon numerosas conversiones, que la vista de nuestros sacerdotes franceses debia acabar algunos años más tarde.

A dos pasos del palacio Braschi está la plaza proverbial de *Pasquino*. Pasquino era un sastre que se complacia en pintar rayas á todos los que pasaban delante de su taller. Despues de su muerte se encontró una antigua estatua muy deteriorada, cuyo nombre no pudo decir nadie. El pueblo la bautizó con el nombre de Pasquino, y todas las noches recibe los *lazzis* (chistes) y los quolibets (pullas) de los satíricos de Roma, que guarda todo el día. Al día siguiente se encuentra la respuesta de ellos, fija en la estatua de Marforio, cerca del Capitolio. Desde la aurora, acude la multitud curiosa y se apiña al rededor de las dos estatuas parlantes que á veces dicen verdades severas, pero buenas.

Siguiendo la direccion de la casa de Pasquino, se llega á pocos momentos á la iglesia de Santa María *in Navicella*, por otro nombr *Chiesa nuova*. Esta soberbia iglesia, que debe su fundacion á San Gregorio Magno, fué reedificada en 1575 por San Felipe Neri. El oro, el mármol y las ricas pinturas brillan allí por todas partes, sobre todo en la capilla de San Felipe, en donde descansa el cuerpo venerable del apóstol de Roma. Felipe Neri, fundador de la Congregacion del Oratorio, fué á la vez el gran confesor de Roma, el amigo de los jóvenes, el padre de los pobres, el protector de los obreros y el modelo de los sacerdotes. Con tantos títulos mereció el reconocimiento filial de los romanos, y entre ellos no hay otro nombre más popular. Un padre del Oratorio nos condujo desde luego, al cuarto del santo. Segun la muy loable costumbre de Italia, este venerable cuarto se conserva tal como era durante la vida del siervo de Dios, con los mismos muebles que fueron de su uso. Allí vimos su confesonario de mala madera de abeto, ya carcomido y cuyo asiento es un pequeño cojín de cuero. A manera de otros confesonarios de Italia, las rejillas se componen de una simple hoja de hierro batido perforada con pequeños agujeros redondos lo mismo que una coladera. ¡Qué de sábios consejos, qué de palabras consoladoras, qué de exhortaciones convincentes para la conversion se oyeron aquí! Rejas tantas veces venerables ¿qué, no podéis hablar? En un pequeño armario se guarda el brasero del santo confesor que está cubierto con madera tosca; más léjos está su pobre lecho y por fin el modesto *púlpito* desde donde hablaba.

Esta única pieza componia todas las habitaciones de aquel que rehusó tantas veces los palacios, las riquezas y las dignidades humanas. Allí daba sus audiencias

espirituales y recibia á sus numerosos visitantes. Siempre amable, siempre lleno del espíritu de Dios, tenia el talento de despachar contentos y mejores á los que se le acercaban. Un día, entre otros, el jóven Francisco Spazzara, glorioso vástago de una noble familia, fué á ver á Felipe, para conversar familiarmente con él. “¿Os entregáis ahora al estudio del Derecho? le dijo el santo.—Sí, padre Felipe, y con mucho ardor.—¿Qué feliz sois! habládme algo de vuestros proyectos, continuó el santo, llenándole de caricias.—Espero muy pronto recibirme de doctor.—¿Qué feliz sois!—Cuento con llegar á ser abogado consistorial y luego entrar en la prelatura.—¿Qué feliz sois!” Luego se puso el santo á numerarle todas las grandezas que el mundo podia ofrecerle, y cuya idea habia pasado por la cabeza del jóven. Al fin de cada gloria, de cada ventaja, le repetia: ¡Qué feliz sois! Francisco tomaba todo aquello por lo sério, cuando el santo, estrechándole tiernamente contra su corazón, le dijo en voz baja al oído: ¿Y despues? Estas dos palabras quedaron tan profundamente grabadas en el alma del jóven, que al volver á su casa no podia dejar de repetir las. Al fin de sus delirios de fortuna oia aquellas dos inexorables palabras: “¿Y despues? despues será necesario morir... dejarlo todo... ser juzgado... absuelto ó condenado... Vanidad de todo lo que pasa, exclamó un día;” y volviendo todos sus pensamientos hácia lo que no pasa, entró en la congregacion del Oratorio, en donde vivió y murió santamente. 1

¡Y despues! Estas dos palabras misteriosas parecen resonar todavía en los oídos del viajero en aquel cuarto en donde fueron tan eficazmente pronunciadas y le preparan á entrar á la pequeña capilla del

1 Vida de San Felipe, l. III, p 237.

librados á nuestros padres, se vió muchas veces palidecer á los hombres y renegar de su fe, pero no se cita una sola virgen que haya temblado, ó al menos que haya muerto en la apostasia. ¡Tan cierta así es esa palabra de Dios que se complace en escoger lo que hay más débil, para confundir lo que hay más fuerte.

11 DE ENERO.

Palacio Braschi.—Anécdota.—Plaza de Pasquino.—*Chiesa nuova* (Iglesia nueva).—Recuerdos de San Felipe Neri.—El jóven Spazzara.—*Campo de Fiore* (Campo de Flora).—Teatro, pórticos, cúria de Pompeyo.—Muerte de César.—Palacio Spada.—Estatua de Pompeyo.—San Gerónimo de la Caridad.—Naumáquia de César.—Combate naval.

Desde muy temprano nos encontráramos ya en la plaza Navona. Despues de haberla recorrido en toda su longitud, volvimos á la derecha y nos pusimos delante del palacio *Braschi*. Esta soberbia hatitacion, recuerda la gloriosa memoria del inmortal Pio VI; la grande escalera, pasa por obra maestra. Al pisar sus anchos escalones de pulido mármol, pensáramos en el pontífice que los habia subido tantas veces, le seguimos desde su palacio á las prisiones del Directorio y hasta la ciudadela de Valencia, que llegó á ser su sepulcro. ¡Pueda la justicia divina perdonar á la Francia los atentados sacrílegos cometidos contra el ungido del Señor! Con ocasion de estos recuerdos solemnes, uno de nuestros amigos refirió una curiosa anécdota relativa al mismo pontífice. En 1784, se trasladó Pio VI á Viena para conferenciar con el emperador sobre los negocios de la Iglesia. En el camino le dijo su compañero de viaje: “¿Sabéis, Santísimo Padre, que las poblaciones protestantes consideran al papa como al Antecristo, y que creen en conse-

uencia que Vuestra Santidad tiene un pié de macho cabrío?” Esta extraña revelacion divirtió desde luego al excelente pontífice. Luego, compadeciéndose del error de aquellas pobres gentes, dijo: “Les demostraremos lo contrario.” Al llegar á Worms, quiso, despues de la comida, pasearse á pié en una de las plazas de la ciudad; Pio VI pasaba por ser el hombre más bello de su siglo. La multitud embelesada, le mira; su talla elevada, su noble andar, su bello rostro en el cual se pinta la bondad del padre y la majestad del pontífice, sus maneras tan sencillas y tan distinguidas, todo en él, atrae y subyuga; ¿pero los piés?... son objeto de un ávida curiosidad. ¡Pues bien, el papa tiene los piés como todo el mundo! sí, como todo el mundo; está visto, conocido y demostrado. El papa no es, pues, el Antecristo, como dicen los libros de Lutero, como predicán los ministros, y como lo estábamos creyendo todavía ayer; se nos engaña y se nos burla. Tales fueron las reflexiones que circularon entre la multitud, y los piés del pontífice prepararon numerosas conversiones, que la vista de nuestros sacerdotes franceses debia acabar algunos años más tarde.

A dos pasos del palacio Braschi está la plaza proverbial de *Pasquino*. Pasquino era un sastre que se complacia en pintar rayas á todos los que pasaban delante de su taller. Despues de su muerte se encontró una antigua estatua muy deteriorada, cuyo nombre no pudo decir nadie. El pueblo la bautizó con el nombre de Pasquino, y todas las noches recibe los *lazzis* (chistes) y los quolibets (pullas) de los satíricos de Roma, que guarda todo el día. Al día siguiente se encuentra la respuesta de ellos, fija en la estatua de Marforio, cerca del Capitolio. Desde la aurora, acude la multitud curiosa y se apiña al rededor de las dos estatuas parlantes que á veces dicen verdades severas, pero buenas.

Siguiendo la direccion de la casa de Pasquino, se llega á pocos momentos á la iglesia de Santa María *in Navicella*, por otro nombr *Chiesa nuova*. Esta soberbia iglesia, que debe su fundacion á San Gregorio Magno, fué reedificada en 1575 por San Felipe Neri. El oro, el mármol y las ricas pinturas brillan allí por todas partes, sobre todo en la capilla de San Felipe, en donde descansa el cuerpo venerable del apóstol de Roma. Felipe Neri, fundador de la Congregacion del Oratorio, fué á la vez el gran confesor de Roma, el amigo de los jóvenes, el padre de los pobres, el protector de los obreros y el modelo de los sacerdotes. Con tantos títulos mereció el reconocimiento filial de los romanos, y entre ellos no hay otro nombre más popular. Un padre del Oratorio nos condujo desde luego, al cuarto del santo. Segun la muy loable costumbre de Italia, este venerable cuarto se conserva tal como era durante la vida del siervo de Dios, con los mismos muebles que fueron de su uso. Allí vimos su confesonario de mala madera de abeto, ya carcomido y cuyo asiento es un pequeño cojín de cuero. A manera de otros confesonarios de Italia, las rejillas se componen de una simple hoja de hierro batido perforada con pequeños agujeros redondos lo mismo que una coladera. ¡Qué de sábios consejos, qué de palabras consoladoras, qué de exhortaciones convincentes para la conversion se oyeron aquí! Rejas tantas veces venerables ¿qué, no podéis hablar? En un pequeño armario se guarda el braserillo del santo confesor que está cubierto con madera tosca; más léjos está su pobre lecho y por fin el modesto *púlpito* desde donde hablaba.

Esta única pieza componia todas las habitaciones de aquel que rehusó tantas veces los palacios, las riquezas y las dignidades humanas. Allí daba sus audiencias

espirituales y recibia á sus numerosos visitantes. Siempre amable, siempre lleno del espíritu de Dios, tenia el talento de despachar contentos y mejores á los que se le acercaban. Un día, entre otros, el jóven Francisco Spazzara, glorioso vástago de una noble familia, fué á ver á Felipe, para conversar familiarmente con él. “¿Os entregáis ahora al estudio del Derecho? le dijo el santo.—Sí, padre Felipe, y con mucho ardor.—¿Qué feliz sois! habládme algo de vuestros proyectos, continuó el santo, llenándole de caricias.—Espero muy pronto recibirme de doctor.—¿Qué feliz sois!—Cuento con llegar á ser abogado consistorial y luego entrar en la prelatura.—¿Qué feliz sois!” Luego se puso el santo á numerarle todas las grandezas que el mundo podia ofrecerle, y cuya idea habia pasado por la cabeza del jóven. Al fin de cada gloria, de cada ventaja, le repetia: ¡Qué feliz sois! Francisco tomaba todo aquello por lo sério, cuando el santo, estrechándole tiernamente contra su corazon, le dijo en voz baja al oído: ¿Y despues? Estas dos palabras quedaron tan profundamente grabadas en el alma del jóven, que al volver á su casa no podia dejar de repetir las. Al fin de sus delirios de fortuna oia aquellas dos inexorables palabras: “¿Y despues? despues será necesario morir... dejarlo todo... ser juzgado... absuelto ó condenado... Vanidad de todo lo que pasa, exclamó un día;” y volviendo todos sus pensamientos hácia lo que no pasa, entró en la congregacion del Oratorio, en donde vivió y murió santamente. 1

¡Y despues! Estas dos palabras misteriosas parecen resonar todavía en los oídos del viajero en aquel cuarto en donde fueron tan eficazmente pronunciadas y le preparan á entrar á la pequeña capilla del

1 Vida de San Felipe, l. III, p 237.

santo. Está contigua á la pieza que acabamos de visitar; aquí nada ha cambiado; la misma puerta, el crucifijo de madera, el mismo cuadro de la Virgen Santa teniendo al Niño Jesús, el mismo altar; en una palabra, los mismos muebles que usó el santo y que fueron tantas veces testigos de sus oraciones, de sus lágrimas y de sus éxtasis divinos. No se puede pisar, sin sentir un profundo estremecimiento, aquel suelo venerable, y ni aplicar los labios al cuadro milagroso colocado en el altar. Bajamos á la sacristía de la iglesia y vimos un crecido número de cartas autógrafas del santo, una buena parte de sus vestidos, el relicario que recibió de San Carlos Borromeo, despues de haberle curado, el crucifijo que llevaba en su pecho y un pedazo de pan que dejó en su última comida la víspera de su muerte. Si todos estos objetos, ó algunos de ellos, hubieran pertenecido á Ciceron, á César ó á cualquier pagano de fama, no habria un solo turista que no deseara verlos, y que no se sintiera muy feliz y orgulloso con haberlos visto. ¡Y por qué, pues, os ha de parecer extraño y acaso ridiculo, el entusiasmo y la santa alegría del cristiano á la vista de los restos venerables de nuestros grandes hombres? Nuestros santos valen mucho más que vuestros héroes. La visita al Oratorio acabó por una última estacion en la magnífica capilla en que descansa San Felipe. ¡Pueda el ilustre confesor de Roma obtener para todos sus hermanos en el sacerdocio el espíritu de sabiduría, de dulzura y de celo de que estaba él dotado para la direccion de las almas!

De la *Chiesa nuova* emprendimos nuestra excursion hácia el *Campo di Fiore* (Campo de Flora). Esto equivalia á entrar en pleno paganismo. El Campo de Flora, dado al pueblo romano por Acca Laurencia, famosa cortesana cuya historia refiere Macrobio, recuerda tanto las

prodigalidades del lujo y los placeres insensatos de la vieja Roma, como la muerte trágica del primero de los Césares. Bosquecillos de plátanos entrelazados en soberbios pórticos poblados de estatuas de hombres y de animales y refrescados con fuentes brotantes, y despues basílicas y teatros; tales eran los principales adornos de aquel lugar de delicias. Entre todos aquellos edificios brillaba el teatro de Pompeyo, del cual se ven todavia algunos vestigios en el palacio Orsini. El vencedor de Mitridates fué el primero que edificó en Roma un teatro permanente; hasta entonces los teatros eran destruidos despues de los juegos. A fin de hacer respetar su obra, le unió Pompeyo un templo dedicado á *Venus victoriosa; Veneri victricis*. Fué quemado varias ocasiones, al menos en parte, y sucesivamente restaurado por Tiberio, Calígula y Neron. Este último tuvo un dia la ocurrencia de mostrar á Tiridato, rey de Armenia, la riqueza y el esplendor del pueblo romano. En veinticuatro horas mandó dorar las bóvedas, las cornisas, las pilastras, en una palabra, todas las partes del teatro que no lo estaban.

¡Júzguese del embelesamiento del príncipe extranjero al entrar en aquel edificio de oro, en donde estaban sentados treinta mil espectadores y cuyo inmenso contorno brillaba á los rayos de muchos millares de antorchas! 2

Habiendo obtenido Pompeyo, por una gloriosa excepcion, los honores del triunfo cuando no era más que simple caballero romano, mandó edificar cerca de su teatro un templo á la *Fortuna ecuestre*. Vino en seguida la construccion de su celebre pórtico y de su *Curia*, tan famosa por la muerte de César. El pórtico se com-

1 Tacit. *Annal.*, lib. VI; Suet., in *Tiber.*; id., in *Calig.*; Plin. lib. XXXIII.

2 Plin., *id.*, Dio., lib. LXIII.

ponia de soberbios arcos sostenidos por cien columnas del mármol más bello. Según los eruditos, servia á la vez de paseo para los ociosos, de refugio á los espectadores cuando la lluvia les obligaba á dejar el teatro, y en fin, de camino para ir á la *Curia*. No ménos suntuoso que los demas, este edificio que ocupaba el espacio comprendido entre el palacio Orsini y la iglesia de San Andrés *della Valle*, estaba destinado á las asambleas del senado. El dia de los idos de Marzo, el año 43, ántes de la era cristiana, se reunian en él los padres conscriptos. A pesar de pronósticos funestos, César, que está en el apogeo de su poder, aparece allí á su turno. El señor del mundo se encuentra, sin saberlo, en medio de sus asesinos. Bruto y Cásio, ambos pretores, se acercan á él como para hablarle; en ese momento, rodeándole los conjurados por todas partes, le atraviesan el cuerpo á puñaladas. Los senadores, extraños al complot, están de tal modo sobrecogidos de espanto y de horror, que no tienen fuerzas ni para la fuga, ni para socorrer á César, ni para proferir una palabra. El dictador se defiende solo, con mucho valor, pero al ver á Bruto, á quien habia querido siempre como á un hijo, en el número de los conjurados exclama: "Y tú tambien, Bruto." Al decir estas palabras se cubre el rostro con su vestido, y herido por veintitres puñaladas, va á caer al pié de la estatua de Pompeyo.

Estábamos en el mismo lugar en que habia pasado el trágico acontecimiento. Para ver de este suceso un testigo todavia subsistente, basta entrar al palacio Spada, en donde se encuentra la famosa estatua de que acabo de hablar. Es de mármol blanco, de un excelente trabajo y de proporciones heróicas. Pompeyo está representado en actitud de mando, con un brazo extendido; pero la *desnudez antigua* im-

pide fijarse en él. 1 ¡Extrañas vicisitudes de las cosas humanas! Dos rivales se disputan el cetro del mundo; Pompeyo, vencido por César, cae bajo los golpes de los bárbaros, y César, asesinado por los suyos, viene á expirar á los piés de la estatua de su rival. Uno y otro habian jugado frecuentemente con la vida de sus semejantes; debia tocar su vez á la justicia de Dios.

En cuanto á César en particular, nos encontrábamos solo á algunos pasos del lugar en donde dió un dia el espectáculo de la más fria crueldad. Antes de visitarlo, entramos, para serenar nuestra alma, á la pequeña iglesia de *San Gerónimo de la Caridad*. Está edificada en el lugar de la casa de Santa Paula y recuerda á aquella ilustre hija de los Scipion y á San Gerónimo mismo, que fué á alojarse á ella durante su permanencia en Roma en 382. Por mucho tiempo llegó á ser una peregrinacion necesaria para los artistas, porque poseia la *Comunion de San Gerónimo*, la obra maestra del Dominiquino; hoy solo tiene una copia, porque el original está en el Vaticano. No obstante, puede ofrecer todavia al estudio y aun á la admiracion, el mantel de comunión de la primera capilla lateral. Este mantel, único en su género, es de mármol rojo con vetas blancas; puede decirse que es un encaje ó un bordado de agujas, según la finura con que está trabajado. En sus extremidades están arrodillados dos hermosos ángeles adoradores, de mármol blanco, que lo sostienen con delicadeza, dejándolo caer en graciosos festones. Independientemente de este curioso trabajo, los grandes recuerdos que despierta esta iglesia, bastarán siempre para atraer al viajero cristiano.

Siguiendo por el *Campo de Fiore*, cuyos

1 Algunos ponen en duda la identidad de esta estatua.

contornos da gusto estudiar, llegamos al antiguo campo *Caudeta*. En la parte baja de este terreno, que está inmediata al Campo de Marte y al Tiber, mandó César cargar su *Naumáquia*. 1 Después de la conquista de España y de las Galias, quiso el dictador dar allí un espectáculo digno de él y del pueblo romano. En la inmensa fuente alimentada por las aguas del río se vieron entrar un día cien navíos de dos, de tres y de cuatro remos. Divididos en dos flotas, ocupaban las dos extremidades del lago y tenían delante de sí un vasto campo de batalla; un lado llevaba el nombre de ejército de Tiro, el otro el de ejército de Egipto; 2 diez y nueve mil hombres montaban aquellos buques. Según Tácito, todos aquellos combatientes eran malhechores. 3 Mas ¿á dónde había ido á buscar Roma diez y nueve mil malhechores? ¡Ah! la historia nos lo enseña demasiado; los esclavos, los gladiadores, los prisioneros de guerra, tales eran los malhechores á quienes Roma por placer obligaba á degollarse.

Por temor de que los *naumáquarios*, animados por su número y sabiendo por otra parte la suerte que les esperaba, no fueran á rebelarse, estaba rodeado el lago con tropas prontas á rechazarlos con las armas en la mano. Llega en fin César; se le reconoce desde lejos por la corona de laureles que nunca deja despejada su frente, por el vestido triunfal que tiene el privilegio de llevar en todos los juegos públicos y por el conjunto de su porte en el cual reina la más elegante compostura y la más refinada molición. 4 Rodeado de un

1 Según Festus, el campo *Caudeta* se encontraba más allá del Tiber; *Caudeta ager*, in quo frutices existunt in modum caudarum equinarum.—*Caudeta appellatur ager trans Tiberim, quod in eo virgulta nascuntur ad caudarum equinarum similitudinem. V. Caud.*

2 Suet., *Cæs.*, 39.

3 *Annal.*, lib. XII, 56.

4 Suet., *Cæs.*, 45, *Dio.*, lib. XLIII.

cortejo de jóvenes oficiales y precedido de lictores que llevan consigo laureles, avanza hácia el sillón de oro que le está preparado, cuando oye á sus soldados murmurar altamente contra él á causa del descontento que les produjo la magnificencia desplegada en las fiestas precedentes y en la presente. ¿A qué vienen todos estos gastos, dicen ellos, no hubiera sido mejor que hubieran repartido ese dinero entre nosotros? El afeminado dictador arroja una mirada como un rayo sobre los temerarios que parecen desafiarle, y luego lanzándose en medio de ellos con toda la impetuosidad de la cólera, ase á uno con su propia mano y le entrega al suplicio. Este rasgo de vigor, y yo diría de despotismo musulmán, restablece el orden y César vuelve, con una lentitud afectada, á tomar lugar en el trono que le estaba reservado. 1

Las dos flotas desfilan delante de él. *César, los que van á morir te saludan*, exclaman, según costumbre, los *naumáquarios* al pasar á los pies del dictador. Aunque pronunciadas estas palabras hace diez y nueve siglos, no obstante el lugar en donde estábamos parecía repetir las todavía y nos llenaban de un horrible calofrío hasta las profundidades de nuestra alma. Entre tanto, se forman los navíos; cincuenta de un lado y cincuenta del otro. Se da la señal, arrojan los combatientes un grito unánime, comienzan las maniobras, los remos se levantan y vuelven á caer cadenciosamente; el aire resuena, los navíos vacilan sobre las aguas y el combate se compromete desde lejos. Las piedras, el plomo, las teas incendiarias con telas inflamadas, empapadas en aceite, betún y azufre; las flechas, las jabalinas, vuelan por todas partes, lanzadas por máquinas guerreras ó por los nervudos brazos

1 *Dio.*, lib. 43.

de los combatientes, y llenan el aire de largas líneas inflamadas y de humo.

A pocos momentos se acercan las naves irritadas; las dos flotas se tocan con un violento choque que hace estremecer y retroceder á las olas. Los temibles espolones de bronce de que está armada cada proa, se hunden en los flancos de los navíos y vuelven á salir para hundirse de nuevo. Muy pronto se hunden en el agua las galeras; algunos desgraciados intentan salvarse á nado, pero son rechazados en la orilla por los desapiadados guardias que allí están. La flota egipcia, llevada con ménos habilidad que la flota tiria, está acosada en las orillas de la *Naumáquia*. Bloqueada como está, trata de restablecer la igualdad del combate intentando el abordaje. La matanza llega á ser horrible; torrentes de sangre inundan los puentes; las aguas están enrojecidas, los navíos desaparecen tragados por las olas, y solo flotan en la superficie del agua los despojos mutilados de diez y nueve mil hombres. César, que durante el espectáculo no ha cesado de leer cartas, 1 se levanta repentinamente, y con un aire tan distraído como indiferente, manda perdonar á los que quedan. 2

El pueblo que había acogido la llegada del dictador con aplausos universales, se alejó murmurando, porque decía él que César, en todos los juegos públicos, afectaba ocuparse más bien de otra cosa que del espectáculo. Este rasgo, digno de Tácito, 3 pinta mejor que un libro á la vieja Roma.

Nos faltaba visitar algunos rincones del Campo de Flora y del Campo de Marte, pero era ya demasiado tarde para emprender una nueva excursión. Volvimos á ca

1 Suet., *Aug.*, 45.

2 Tacit., *Annal.*, XII, 56.

3 *Id.*, *id.*; Roma en el siglo de Augusto, t. VI, p. 95.

sa á las cinco, y nos ocupábamos de redactar las notas del día, cuando la buena *Maddalena* toca á la puerta y me dice: *Ecco un signore che vuol parlargli*: "Aquí está un señor que quiere hablaros." Entro luego á la pieza inmediata y veo á M. N.... "Me veis muy tarde, dijo, pero no he podido venir más temprano. Esta mañana pedí audiencia para vos al Santo Padre, y esta misma tarde recibí la respuesta de que será mañana á las nueve y media." ¡Yo ver mañana al Santo Padre! No pude decir más y me pasó una especie de estremecimiento de los pies á la cabeza. Convenimos en que al día siguiente á las nueve estaría yo en coche en la plaza Columna. M. N.... salió y yo me apresuré á escribir las gracias que iba yo á pedir.

12 DE ENERO.

Audiencia papal.—Impresiones.—Acogida del Santo Padre.—Reinado pontifical.—Gabinete particular del Papa.—Retrato de Su Santidad Gregorio XVI.—Ceremonia de besar los p

Un buen tiempo influye algo en nuestras fiestas, un brillante sol, una temperatura moderada, un cielo sin nubes, convidan á la alegría y completan las dulces impresiones de un corazón contento. Así, dí gracias á Dios, cuando llegué á la plaza Columna y ví al sol brillar con todo su esplendor bajo un cielo azul, sin que hubiera un solo vapor que opacara su brillo. Entre el risueño espectáculo de la naturaleza y mi alma, había armonía. A las nueve en punto rodaba el coche hácia el Vaticano. Yo estaba con el gran traje de sacerdote francés; con una mano llevaba recogido mi ancho manteo de ceremonia, y con la otra llevaba la caja que contenía mis rosarios y mis favores. Al llegar al puente de Sant-Angelo, me latía el cora-

contornos da gusto estudiar, llegamos al antiguo campo *Caudeta*. En la parte baja de este terreno, que está inmediata al Campo de Marte y al Tiber, mandó César cargar su *Naumáquia*. 1 Después de la conquista de España y de las Galias, quiso el dictador dar allí un espectáculo digno de él y del pueblo romano. En la inmensa fuente alimentada por las aguas del río se vieron entrar un día cien navíos de dos, de tres y de cuatro remos. Divididos en dos flotas, ocupaban las dos extremidades del lago y tenían delante de sí un vasto campo de batalla; un lado llevaba el nombre de ejército de Tiro, el otro el de ejército de Egipto; 2 diez y nueve mil hombres montaban aquellos buques. Según Tácito, todos aquellos combatientes eran malhechores. 3 Mas ¿á dónde había ido á buscar Roma diez y nueve mil malhechores? ¡Ah! la historia nos lo enseña demasiado; los esclavos, los gladiadores, los prisioneros de guerra, tales eran los malhechores á quienes Roma por placer obligaba á degollarse.

Por temor de que los *naumáquarios*, animados por su número y sabiendo por otra parte la suerte que les esperaba, no fueran á rebelarse, estaba rodeado el lago con tropas prontas á rechazarlos con las armas en la mano. Llega en fin César; se le reconoce desde lejos por la corona de laureles que nunca deja despejada su frente, por el vestido triunfal que tiene el privilegio de llevar en todos los juegos públicos y por el conjunto de su porte en el cual reina la más elegante compostura y la más refinada molición. 4 Rodeado de un

1 Según Festus, el campo *Caudeta* se encontraba más allá del Tiber; *Caudeta ager*, in quo frutices existunt in modum caudarum equinarum.—*Caudeta appellatur ager trans Tiberim, quod in eo virgulta nascuntur ad caudarum equinarum similitudinem. V. Caud.*

2 Suet., *Cæs.*, 39.

3 *Annal.*, lib. XII, 56.

4 Suet., *Cæs.*, 45, *Dio.*, lib. XLIII.

cortejo de jóvenes oficiales y precedido de lictores que llevan consigo laureles, avanza hácia el sillón de oro que le está preparado, cuando oye á sus soldados murmurar altamente contra él á causa del descontento que les produjo la magnificencia desplegada en las fiestas precedentes y en la presente. ¿A qué vienen todos estos gastos, dicen ellos, no hubiera sido mejor que hubieran repartido ese dinero entre nosotros? El afeminado dictador arroja una mirada como un rayo sobre los temerarios que parecen desafiarle, y luego lanzándose en medio de ellos con toda la impetuosidad de la cólera, ase á uno con su propia mano y le entrega al suplicio. Este rasgo de vigor, y yo diría de despotismo musulmán, restablece el orden y César vuelve, con una lentitud afectada, á tomar lugar en el trono que le estaba reservado. 1

Las dos flotas desfilan delante de él. *César, los que van á morir te saludan*, exclaman, según costumbre, los *naumáquarios* al pasar á los pies del dictador. Aunque pronunciadas estas palabras hace diez y nueve siglos, no obstante el lugar en donde estábamos parecía repetir las todavía y nos llenaban de un horrible calofrío hasta las profundidades de nuestra alma. Entre tanto, se forman los navíos; cincuenta de un lado y cincuenta del otro. Se da la señal, arrojan los combatientes un grito unánime, comienzan las maniobras, los remos se levantan y vuelven á caer cadenciosamente; el aire resuena, los navíos vacilan sobre las aguas y el combate se compromete desde lejos. Las piedras, el plomo, las teas incendiarias con telas inflamadas, empapadas en aceite, betún y azufre; las flechas, las jabalinas, vuelan por todas partes, lanzadas por máquinas guerreras ó por los nervudos brazos

1 *Dio.*, lib. 43.

de los combatientes, y llenan el aire de largas líneas inflamadas y de humo.

A pocos momentos se acercan las naves irritadas; las dos flotas se tocan con un violento choque que hace estremecer y retroceder á las olas. Los temibles espolones de bronce de que está armada cada proa, se hunden en los flancos de los navíos y vuelven á salir para hundirse de nuevo. Muy pronto se hunden en el agua las galeras; algunos desgraciados intentan salvarse á nado, pero son rechazados en la orilla por los desapiadados guardias que allí están. La flota egipcia, llevada con ménos habilidad que la flota tiria, está acosada en las orillas de la *Naumáquia*. Bloqueada como está, trata de restablecer la igualdad del combate intentando el abordaje. La matanza llega á ser horrible; torrentes de sangre inundan los puentes; las aguas están enrojecidas, los navíos desaparecen tragados por las olas, y solo flotan en la superficie del agua los despojos mutilados de diez y nueve mil hombres. César, que durante el espectáculo no ha cesado de leer cartas, 1 se levanta repentinamente, y con un aire tan distraído como indiferente, manda perdonar á los que quedan. 2

El pueblo que había acogido la llegada del dictador con aplausos universales, se alejó murmurando, porque decía él que César, en todos los juegos públicos, afectaba ocuparse más bien de otra cosa que del espectáculo. Este rasgo, digno de Tácito, 3 pinta mejor que un libro á la vieja Roma.

Nos faltaba visitar algunos rincones del Campo de Flora y del Campo de Marte, pero era ya demasiado tarde para emprender una nueva excursión. Volvimos á ca

1 Suet., *Aug.*, 45.

2 Tacit., *Annal.*, XII, 56.

3 *Id.*, *id.*; Roma en el siglo de Augusto, t. VI, p. 95.

sa á las cinco, y nos ocupábamos de redactar las notas del día, cuando la buena *Maddalena* toca á la puerta y me dice: *Ecco un signore che vuol parlargli*: "Aquí está un señor que quiere hablaros." Entro luego á la pieza inmediata y veo á M. N.... "Me veis muy tarde, dijo, pero no he podido venir más temprano. Esta mañana pedí audiencia para vos al Santo Padre, y esta misma tarde recibí la respuesta de que será mañana á las nueve y media." ¡Yo ver mañana al Santo Padre! No pude decir más y me pasó una especie de estremecimiento de los pies á la cabeza. Convenimos en que al día siguiente á las nueve estaría yo en coche en la plaza Columna. M. N.... salió y yo me apresuré á escribir las gracias que iba yo á pedir.

12 DE ENERO.

Audiencia papal.—Impresiones.—Acogida del Santo Padre.—Reinado pontifical.—Gabinete particular del Papa.—Retrato de Su Santidad Gregorio XVI.—Ceremonia de besar los p

Un buen tiempo influye algo en nuestras fiestas, un brillante sol, una temperatura moderada, un cielo sin nubes, convidan á la alegría y completan las dulces impresiones de un corazón contento. Así, dí gracias á Dios, cuando llegué á la plaza Columna y ví al sol brillar con todo su esplendor bajo un cielo azul, sin que hubiera un solo vapor que opacara su brillo. Entre el risueño espectáculo de la naturaleza y mi alma, había armonía. A las nueve en punto rodaba el coche hácia el Vaticano. Yo estaba con el gran traje de sacerdote francés; con una mano llevaba recogido mi ancho manteo de ceremonia, y con la otra llevaba la caja que contenía mis rosarios y mis favores. Al llegar al puente de Sant-Angelo, me latía el cora-

zon fuertemente. «A la verdad, dije á M. N. yo no sé que continente debo guardar delante del Santo Padre; estoy de tal modo conmovido, que desde ahora respondo de que he de hacer alguna torpeza.» Se me tranquilizó, pero era ya tarde; el carruaje se detenía al pié de la escalera real. Subimos despacio aquellos soberbios escalones que han subido tantos millares de príncipes de la Iglesia y de las naciones, tantos obispos, tantos misioneros peregrinos del mundo y de los siglos! Yo iba como ellos, á prosternarme á los piés del pontífice inmortal. Dentro de un momento iba á ver al representante visible de la Divinidad, iba á oír su voz, á recibir la bendición de su mano, yo, oscuro cordero de su inmenso rebaño! ¿De dónde me viene tanta dicha?... ¿Qué no pueda yo dividirla con todos mis amigos de Francia! Voy á ofrecer este homenaje de respeto y de amor filial al sucesor de Pedro el Calileo, en este mismo palacio edificado sobre el de Nerón, en los mismos lugares en donde los cristianos sirvieron de hachones vivientes para los juegos de César, en donde fué crucificado el primero de los papas, en donde Pío VI, que siguiendo las predicciones de la impiedad, debía ser el último, fué arrebatado y conducido como un malhechor. ¡Y bien! ¡Sí, Iglesia católica, yunque divino formado por Cristo, vos habéis gastado todos los martillos; los Nerones antiguos y los Nerones modernos han pasado, y el papa permanece!

Ya estábamos en la primera antecámara. Por sus pinturas al fresco y sus pilas-tras de mármol, anuncia esta inmensa pieza, que la morada del papado es también el palacio de las artes. Allí estaban algunos ordenanzas de la guardia suiza con tres *sidiarú* de traje completamente rojo. Delante de nosotros se abrieron sucesivamente una segunda, una tercera, una cuarta pieza, semejantes á la primera en el perso-

nal y en la decoracion. A medida que se avanza, la decoracion se hace más y más magnífica. Paredes adornadas de cortinas de damasco rojo, cuadros escogidos, cristos de marfil de dimensiones sorprendentes; bóvedas brillantes de pinturas y dorados; estrados cubiertos con ricos tapices; tal es el conjunto de cada salon.

En el penúltimo encontramos á los prelados domésticos del Santo Padre con traje violenta; un guarda-noble de gran uniforme, hacia la guardia en la puerta que comunica con la antecámara siguiente: bien pronto vino un camarero á tomar mi provision de rosarios, los que deposita en un platillo para presentarlos á la bendicion pontifical. Apenas ha desaparecido, cuando se oye una campanilla; el momento de mi audiencia ha llegado. Atraveso la última antecámara ocupada por el mayordomo y por algunos prelados; héme aquí en el umbral del gabinete particular del Santo Padre. Se abre una puerta y comienzo las tres genuflexiones de costumbre. No habia acabado la primera, cuando el Santo Padre se levanta de su sillón y llamándome por mi nombre me abre sus brazos.... Me prosterno de nuevo para besar la sandalia, pero el excelente Papa me levanta, y por un favor que me deja confundido, me da á abrazar su mano. Puse sobre su mesa un ejemplar de algunos de mis *pecados literarios*. «Ya los conozco,» me dijo el Papa. Luego, abrió el primer tomo del *Catecismo*, y leyó en voz alta la primera y la segunda página, diciendo: *Si, sí, questo è vero, questo à ben vero.* «Si, sí, esto es cierto, esto es muy cierto.»

Con una bondad enteramente paternal, se dignó darme las gracias de lo que habia escrito, animó mis esfuerzos para el porvenir, volvió á poner el tomo sobre su mesa; y tomándome la mano se puso á conversar conmigo, como un padre con su hijo....

tanta así era la sencillez, la familiaridad, el amable abandono de sus benévolas palabras. La conversacion se prolongó largo tiempo; con un tacto exquisito, Su Santidad tuvo cuidado de hacerla rodar sobre todo aquello que podia interesarme como sacerdote y como frances. Hacia yo mal en estar turbado; y al cometer esta falta me la reprochaba; mas á poco fui castigado por ella. A una de las preguntas del Santo Padre respondí: *Si, señor!* y se me encendió el rostro; el augusto anciano se sonrió dulcemente, y luego estrechándome la mano con más afecto, me preguntó cuánto tiempo estaria yo en Roma: «Santisimo Padre, pienso estar hasta la Pascua. Bien, y vendreis á verme otra vez, ¿no es eso?» Este nuevo testimonio de bondad puso el colmo á mi reconocimiento y me dió valor para pedir mis gracias. En la sala de espera se me habia dicho que no solicitara ciertas indulgencias, porque no las conseguiria; pero viendo tan bueno al gunto Padre me atreví á pedir las. Con una sonrisa que queria decir: No pecais de corto, hizo el Papa un movimiento de cabeza y me las concedió. En cuanto á la lista de las otras gracias para mí y para mis amigos, la tomó en sus manos, la leyó toda entera, y dijo: *Si, sí, todo esto: Si, sí, tutto questo;* y la firmó con su mano.

La audiencia se habia prolongado más del tiempo ordinario; un camarero abrió la puerta, me bendijo de nuevo el vicario de Jesucristo, y despues de haber tomado mis manos en las suyas, instándome y comprometiéndome á volver, se dirigió hácia su sillón, y salió. Tal es, en compendio, la acogida que recibí de Gregorio XVI; muchos otros pueden decir otro tanto. La relacion de tantos favores inmerecidos debia quedar sepultada en un silencio eterno; así lo exigia el amor propio; pero en nuestra época de denigracion y de independencia, es un deber imperioso para el peregrino

no de Roma, dar á conocer la dignidad real pontifical, en su doble carácter de majestad divina y de bondad paternal. La sola vista del Vaticano, aquellos salones grandiosos en donde brilla el lujo de las bellas artes, aquellos guardias que los ocupan, aquellos apuestos oficiales, todo anuncia al viajero la majestad de los reyes, y, aunque no se quiera, un sentimiento de temor se apodera de su alma. Si al llegar al fondo del palacio, se encontrara en presencia de un monarca sentado en un trono, rodeado de magnificencia; si no se recogiera de su boca mas que algunas raras palabras dictadas por la etiqueta y arreg'adas por la política, se estaria bajo la única impresion del respeto y del temor; al salir se estaria orgulloso, pero no satisfecho; el corazon no habria tenido en ello su parte. Tal es la audiencia de los reyes del siglo; tal es el sentimiento dominador que ella inspira. No os admireis de esto; son señores y no padres; ellos lo saben y vosotros lo sabeis como ellos.

Muy diferente es el rey del Vaticano. A la impresion de temor y de respeto producida por el imponente aparato de la majestad soberana, se mezcla en su presencia el delicioso sentimiento de la confianza y del amor. Todos aquellos magníficos salones concurren á una modesta pieza en la cual se encuentra, no un monarca en el sentido degenerado de la palabra, sino un padre que os acoge con complacencia, que os recibe en sus brazos, que os acaricia como á un hijo querido, que baja hácia voz, para elevaros hasta él, que se identifica con vos á fin de poner su corazon unisono con el vuestro; que os habla como si siempre os hubiera conocido y cuyos labios solo se abren para sonreír y sus manos para bendeciros. En este doble carácter de fuerza y de dulzura, de autoridad y de amor, de majestad y de sencillez, se revela el tipo del poder divino; un sentimiento descono-

cido mezcla indefinible de respeto, de confianza, de amor y de desinterés, domina á todos los demás. La impresión es deliciosa, porque el espíritu, el corazón, todas las facultades quedan satisfechas. Así, padre y rey, y rey porque es padre, hé ahí á Gregorio XVI, hé ahí al papa. Tal es el reino del Vaticano, tal fué el del Calvario.

El gabinete en que recibí mi audiencia es una pieza oblonga, bastante estrecha y sencillamente amueblada; á un lado estaba una mesa de escribir. Papeles, algunos libros, un modesto fintero y un hermoso crucifijo de marfil, con una pequeña estatua de la Virgen, formaban todo su adorno. En un estrado de cerca de seis pulgadas de altura se levantaba un simple sillón de escritorio, y no había otro asiento. El Santo Padre traía una sotana de lana belluda blanca, sin cintura, según la costumbre de Italia; medias blancas, un solideo blanco con pelerina del mismo color, tan larga como un capelo ordinario, completaban su traje. Solo las sandalias eran rojas, y estaban adornadas con una cruz de oro. Gregorio XVI es de una estatura elevada, sus cabellos son blancos como la nieve. Tiene la tez fresca, más bien pálida que colorada, la voz dulce y fuerte, los ojos grandes y negros, adornados con anchas cejas muy arqueadas. Su andar es firme y su cuerpo derecho, á pesar de sus setenta y seis años. Sus facultades morales han conservado todo su vigor; su memoria, sobre todo, es admirable. Agregad á todas estas ventajas la dignidad y la sencillez de las maneras con no sé qué de espiritual bondad, y tendréis el retrato hecho en verdad sin lisonja, del augusto y venerable anciano.

Entre las ceremonias usadas en las audiencias papales, hay una cuyo origen no es inútil explicar, atendiendo á que expresa á su modo la naturaleza de la dignidad real cristiana que acaba de ocuparnos;

quiero hablar de la genuflexión y del acto de besar los pies á Su Santidad. Los pueblos antiguos atestiguaban su respeto hácia la majestad soberana, ya doblando la rodilla, ya prosternando la frente en el polvo: De aquí vienen aquellas expresiones tan frecuentes en los autores contemporáneos: *genuflexus ante eum, provolutus ad pedes*, «arrodillado ante él, arrojado á los pies.» Todavía hoy los orientales se inclinan hasta la tierra cuando comparecen ante sus señores. Esta costumbre la ha conservado el cristianismo, y el católico rinde con amor y dignidad al Vicario de Jesucristo, el homenaje que el temor ó la adulación arrancaba á los pueblos encorvados bajo el yugo del despotismo. Pero los primeros soberanos Pontífices, no queriendo que se fuera á creer que ellos lo exigían para su persona, pusieron la cruz en su calzado, á fin de que el fiel al prosternarse ante él besara aquel signo adorable. En la iglesia de *San Martín de los Montes* vimos la cruz en una sandalia del papa San Martín I, martirizado á mediados del siglo VII. El mismo signo se encuentra en el retrato de mosaico de Honorio I, en Santa Inés extra-muros, y en el de San Cornelio, igualmente de mosaico, en la iglesia de Santa María *in Trastevere*. A este primer signo de humildad han agregado los soberanos pontífices desde San Gregorio Magno, el título de *Servo de los Siervos de Dios. Servus, servorum Dei*. Hé aquí el Evangelio, programa y divisa de la dignidad real cristiana. Estas tres palabras, grabadas en el corazón de los monarcas, serían la garantía de su trono, y la felicidad de sus pueblos. Si no sucede así, no hay que imputarlo á la Iglesia romana, la cual en sus menores costumbres, así como en sus más solemnes enseñanzas, se da á conocer como la más grande escuela de respeto y como la más grande escuela de abnegación; esta conducta, que

es un deber, encierra la solución de todos los problemas sociales.

13 DE ENERO.

Visita al P. Moutone.—Detalles sobre San Alfonso: su canonización.—Carta del Santo.—¿Es su teología una teología local, nueva; peligrosa, de contrabando?—Picante conversación del buen Padre.—Visita á San Luis de los Franceses.

Hacia largo tiempo que se me había prometido una visita que yo deseaba mucho. Como á las diez vino por mí un excelente amigo y me condujo á casa de los religiosos del *Santísimo Redentor*; el padre José Moutone, superior de la casa, era el objeto de una viva curiosidad. Este venerable anciano, recibió el hábito de religioso de manos de San Alfonso de Ligorio, con quien vivió cuatro años. Le hallamos en su pequeña celda, ocupado en ordenar algunos opúsculos inéditos del Francisco de Sales de la Italia. A las preguntas que yo le dirigí sobre la vida íntima del santo obispo, me respondió él. A pesar de sus continuos sufrimientos, nuestro padre estaba de lo más alegre y amable. Durante la recreación no dejaba de tocar el piano, ó el clavicordio, para divertir á la comunidad; él era el alma de la conversación. Contando desde el día en que fué nombrado obispo, no quiso tocar ya aquellos instrumentos.—Padre mio, le decían sus hijos, ¿por qué no tocáis ya?—*Ma che, ma che direbbe la povera gente? «¿Qué diría el pobre pueblo?»* no dejaría de decir: Mientras que nosotros estamos en la miseria y el trabajo, Monseñor se divierte. Para evitar esta especie de escándalo, no volvió á tocar su clave, hasta después de haber dado su dimisión.

El padre José, digno hijo de San Alfonso, es también un amabilísimo anciano.

Se provocó una larga conversación sobre la teología moral del santo obispo y sobre las contradicciones que había encontrado. «Ah! me dijo, esas contradicciones no datan de hoy, yo sé de ellas alguna cosa. Como postulante en el proceso de la canonización de nuestro padre, tuve que sostener rudos combates. Un día, entre otros, el promotor de la fe, á quien llamamos vulgarmente *el abogado del diablo*, creyó haberme vencido, objetándome que San Alfonso había carecido de *prudencia*, supuesto que había sostenido el probabilismo, obrando así contra la opinión de un gran número de teólogos. Y esto es tan cierto, añadía él, que se asegura que Alfonso de Ligorio se retractó de ello antes de morir.»

A estas palabras, el buen anciano, quitándose el bonete, me decía con un aire maligno: «Yo le dejé seguir sin interrumpirle y me creyeron indefenso y vencido. Cuando hubo acabado, leí mi respuesta á la objeción de imprudencia, y la sagrada Congregación la halló victoriosa, y el promotor abandonó este cargo; pero quedaba la repetida retractación del santo; aquí esperaba yo al abogado del diablo.* Saco de mi legajo una carta que, héla aquí, escrita por el santo poco tiempo antes de comparecer delante de Dios.» Abriendo entonces el cajón de su mesa, me la leyó; es de tal modo decisiva, que perdónese me que la refiera.

«El padre Patuzzi me insinúa muchas veces en su libro que debo retractarme; pero deja entender, que yo quería mejor exponer la salud de mi alma que consentir en ello. Yo le doy gracias por la buena opinión que tiene de mí. Según eso, yo he dejado el mundo, me he privado de mi libertad entrando en una congregación en la cual he hecho votos de perfecta pobreza y de perseverancia; en una palabra, me he

cido mezcla indefinible de respeto, de confianza, de amor y de desinterés, domina á todos los demás. La impresión es deliciosa, porque el espíritu, el corazón, todas las facultades quedan satisfechas. Así, padre y rey, y rey porque es padre, hé ahí á Gregorio XVI, hé ahí al papa. Tal es el reino del Vaticano, tal fué el del Calvario.

El gabinete en que recibí mi audiencia es una pieza oblonga, bastante estrecha y sencillamente amueblada; á un lado estaba una mesa de escribir. Papeles, algunos libros, un modesto fintero y un hermoso crucifijo de marfil, con una pequeña estatua de la Virgen, formaban todo su adorno. En un estrado de cerca de seis pulgadas de altura se levantaba un simple sillón de escritorio, y no había otro asiento. El Santo Padre traía una sotana de lana belluda blanca, sin cintura, según la costumbre de Italia; medias blancas, un solideo blanco con pelerina del mismo color, tan larga como un capelo ordinario, completaban su traje. Solo las sandalias eran rojas, y estaban adornadas con una cruz de oro. Gregorio XVI es de una estatura elevada, sus cabellos son blancos como la nieve. Tiene la tez fresca, más bien pálida que colorada, la voz dulce y fuerte, los ojos grandes y negros, adornados con anchas cejas muy arqueadas. Su andar es firme y su cuerpo derecho, á pesar de sus setenta y seis años. Sus facultades morales han conservado todo su vigor; su memoria, sobre todo, es admirable. Agregad á todas estas ventajas la dignidad y la sencillez de las maneras con no sé qué de espiritual bondad, y tendréis el retrato hecho en verdad sin lisonja, del augusto y venerable anciano.

Entre las ceremonias usadas en las audiencias papales, hay una cuyo origen no es inútil explicar, atendiendo á que expresa á su modo la naturaleza de la dignidad real cristiana que acaba de ocuparnos;

quiero hablar de la genuflexión y del acto de besar los pies á Su Santidad. Los pueblos antiguos atestiguaban su respeto hácia la majestad soberana, ya doblando la rodilla, ya prosternando la frente en el polvo: De aquí vienen aquellas expresiones tan frecuentes en los autores contemporáneos: *genuflexus ante eum, provolutus ad pedes*, «arrodillado ante él, arrojado á los pies.» Todavía hoy los orientales se inclinan hasta la tierra cuando comparecen ante sus señores. Esta costumbre la ha conservado el cristianismo, y el católico rinde con amor y dignidad al Vicario de Jesucristo, el homenaje que el temor ó la adulación arrancaba á los pueblos encorvados bajo el yugo del despotismo. Pero los primeros soberanos Pontífices, no queriendo que se fuera á creer que ellos lo exigían para su persona, pusieron la cruz en su calzado, á fin de que el fiel al prosternarse ante él besara aquel signo adorable. En la iglesia de *San Martín de los Montes* vimos la cruz en una sandalia del papa San Martín I, martirizado á mediados del siglo VII. El mismo signo se encuentra en el retrato de mosaico de Honorio I, en Santa Inés extra-muros, y en el de San Cornelio, igualmente de mosaico, en la iglesia de Santa María *in Trastevere*. A este primer signo de humildad han agregado los soberanos pontífices desde San Gregorio Magno, el título de *Servo de los Siervos de Dios. Servus, servorum Dei*. Hé aquí el Evangelio, programa y divisa de la dignidad real cristiana. Estas tres palabras, grabadas en el corazón de los monarcas, serían la garantía de su trono, y la felicidad de sus pueblos. Si no sucede así, no hay que imputarlo á la Iglesia romana, la cual en sus menores costumbres, así como en sus más solemnes enseñanzas, se da á conocer como la más grande escuela de respeto y como la más grande escuela de abnegación; esta conducta, que

es un deber, encierra la solución de todos los problemas sociales.

13 DE ENERO.

Visita al P. Moutone.—Detalles sobre San Alfonso: su canonización.—Carta del Santo.—¿Es su teología una teología local, nueva; peligrosa, de contrabando?—Picante conversación del buen Padre.—Visita á San Luis de los Franceses.

Hacia largo tiempo que se me había prometido una visita que yo deseaba mucho. Como á las diez vino por mí un excelente amigo y me condujo á casa de los religiosos del *Santísimo Redentor*; el padre José Moutone, superior de la casa, era el objeto de una viva curiosidad. Este venerable anciano, recibió el hábito de religioso de manos de San Alfonso de Ligorio, con quien vivió cuatro años. Le hallamos en su pequeña celda, ocupado en ordenar algunos opúsculos inéditos del Francisco de Sales de la Italia. A las preguntas que yo le dirigí sobre la vida íntima del santo obispo, me respondió él. A pesar de sus continuos sufrimientos, nuestro padre estaba de lo más alegre y amable. Durante la recreación no dejaba de tocar el piano, ó el clavicordio, para divertir á la comunidad; él era el alma de la conversación. Contando desde el día en que fué nombrado obispo, no quiso tocar ya aquellos instrumentos.—Padre mío, le decían sus hijos, ¿por qué no tocáis ya?—*Ma che, ma che direbbe la povera gente? «¿Qué diría el pobre pueblo?»* no dejaría de decir: Mientras que nosotros estamos en la miseria y el trabajo, Monseñor se divierte. Para evitar esta especie de escándalo, no volvió á tocar su clave, hasta después de haber dado su dimisión.

El padre José, digno hijo de San Alfonso, es también un amabilísimo anciano.

Se provocó una larga conversación sobre la teología moral del santo obispo y sobre las contradicciones que había encontrado. «Ah! me dijo, esas contradicciones no datan de hoy, yo sé de ellas alguna cosa. Como postulante en el proceso de la canonización de nuestro padre, tuve que sostener rudos combates. Un día, entre otros, el promotor de la fe, á quien llamamos vulgarmente *el abogado del diablo*, creyó haberme vencido, objetándome que San Alfonso había carecido de *prudencia*, supuesto que había sostenido el probabilismo, obrando así contra la opinión de un gran número de teólogos. Y esto es tan cierto, añadía él, que se asegura que Alfonso de Ligorio se retractó de ello antes de morir.»

A estas palabras, el buen anciano, quitándose el bonete, me decía con un aire maligno: «Yo le dejé seguir sin interrumpirle y me creyeron indefenso y vencido. Cuando hubo acabado, leí mi respuesta á la objeción de imprudencia, y la sagrada Congregación la halló victoriosa, y el promotor abandonó este cargo; pero quedaba la repetida retractación del santo; aquí esperaba yo al abogado del diablo.* Saco de mi legajo una carta que, héla aquí, escrita por el santo poco tiempo antes de comparecer delante de Dios.» Abriendo entonces el cajón de su mesa, me la leyó; es de tal modo decisiva, que perdóneseme que la refiera.

«El padre Patuzzi me insinúa muchas veces en su libro que debo retractarme; pero deja entender, que yo quería mejor exponer la salud de mi alma que consentir en ello. Yo le doy gracias por la buena opinión que tiene de mí. Según eso, yo he dejado el mundo, me he privado de mi libertad entrando en una congregación en la cual he hecho votos de perfecta pobreza y de perseverancia; en una palabra, me he

condenado á vivir como misionero en una estrecha celda ¿y para qué? para morir réprobo, y esto, porque no quiero rendirme á la verdad y retractar mi opinion. ¡Pero qué locura seria la mia, cuando la retractacion no me acarrea deshonor alguno, y sí gloria ante el mundo entero! En el hecho de retractarme yo diria que hasta aquí he tenido buena fe, pero que siendo hombre sujeto á error, me he apresurado á rendirme á la luz, cuando el Señor ha querido iluminarme. Estoy cierto de que todos, aun mis partidarios, me mirarian como á un hombre de conciencia y no me negarian sus elogios. En cuanto á los antiprobabilistas ¿de qué alabanzas no me colmarian viéndome pasar á sus filas? Al contrario, quedando en mi opinion, paso á los ojos del padre Patuzzi y de sus afectos, por ser un cerebro loco, un relajado, un obstinado y lo que es más, un hombre ridículo y de mala fe.

“Mi avanzada edad y mis enfermedades, me anuncian que compareceré muy pronto delante de Dios; pero me consuelo al pensar que mi sentencia eterna será pronunciada, no por el padre Patuzzi, sino por Jesucristo, que ve el fondo de los corazones. Es cierto que temo el juicio á causa de mis pecados; pero de ninguna manera á causa de la opinion que sostengo, porque ella me parece de tal modo cierta, que solo la Iglesia podria hacérmela abandonar, condenándola. En este caso yo someteria mi juicio á su infalible autoridad, pero obedeceria sin saber por qué. *Ed in tal caso io sotto porró il mio giudizio alla di lei autorità infallibile, é diró che mi bisogna ubbidire, benché siami ignoto il perché.*”

En otra parte el santo se expresa así: “Vuestra paternidad sabrá que tuve por maestros y directores en los estudios eclesiásticos, á partidarios del rigorismo; que el primer autor que me pusieron en las

manos fué Ginetti, jefe de los probabilistas, y que durante largo tiempo fué el ardiente defensor del probabilismo. Más tarde, examinando las razones de la opinion contraria, he cambiado de opinion. Durante el espacio de treinta años en que me he ocupado de esta cuestion, he leído innumerables autores, partidarios de una y otra opinion; y durante todo este tiempo, no he cesado nunca de pedir á Dios que me hiciera conocer el sistema que yo debia abrazar para evitar el error. He fijado al fin mi opinion, apoyado, no en mi discernimiento personal, sino en la enseñanza de los teólogos, y ántes que todos en la del príncipe de la teología, Santo Tomás, el oráculo de todas las escuelas y el doctor de la Iglesia.

“Me he aplicado muy á menudo á examinar bien mi conciencia. Estoy cierto de no haber escrito, ni por pasion, ni por entusiasmo. . . . Ya termino. . . . Hace muchos meses estoy atacado de una enfermedad que no me deja ningun descanso, y que es muy verosímil que me conduzca muy en breve al sepulcro. Se dice comunmente que uno es el lenguaje que se tiene durante la vida, y otro el que se tiene en artículo de muerte, porque á la hora de la muerte se sienten remordimientos que no se sienten, ó por mejor decir, que no se quieren sentir durante la vida. Pues bien, yo no tengo remordimientos ningunos por haber sostenido mi sistema tocante al probabilismo, ¿qué digo? mi mayor remordimiento seria que se adoptara el sistema contrario en la instruccion de los demas, aunque apoyado en la opinion de ciertos autores modernos. En la enseñanza he seguido el sistema de San Crisóstomo: *Circa vitam tuam esto ocerbus, circa aliam benignus.* En cuanto á tu vida sé severo; en cuanto á la agena benigno.”

“Hubiérais visto al promotor de la fe, decia el padre José, abrir tamaños ojos á

la lectura de estas cartas; quedó mudo, y la sagrada congregacion declaró que Alfonso habia practicado la prudencia en un grado *herbóico*; y observad que aquí se trata de la prudencia del escritor que debe servirle de regla en sus lecciones. La bula fué redactada y llevada para la aprobacion del Santo Padre. El cardenal relator temblaba al estar leyéndola; tan fuertes y explícitas eran las expresiones de la Congregacion sobre las obras y la santa doctrina de Alfonso. Cuando llegó al pasaje que contenia este juicio, le interrumpió el Santo Padre, exclamando: *Bravo, tutto questo è vero.* “Bravo, todo esto es verdad.” ¡Juzgad cuál seria mi consuelo al saber esta frase salida del oráculo de la verdad! Yo dije á mi vez: *Petrus, locutus est, causa finita est.* “Pedro ha hablado, la causa ha terminado.”

—No para todo el mundo, le dije.— “¡Ah! sí; ya se relicó vivamente que hay algunos malos franceses, *Francesacci*, que resisten todavía. Pero no son malvados, *non sono cattivi*, dijo poniendo el índice en su frente, *sono pazzi, sí, sí, pazzi, e per che; sí, sí, locos, hé aquí el por qué.*” Entonces se puso á desenvolver con mucha lógica y lucidez las consecuencias del galicanismo y del rigorismo. “Yo conozco á esos señores, continuó el espiritual anciano; teología local, teología nueva, teología peligrosa, teología de contrabando; he aquí lo que dicen de la moral de San Alfonso.”

Luego, quitándose de nuevo su bonete, se inclinaba hácia mí y replicaba con dulce ironía: “¡Teología local! *ma per Baccho!* muy local en efecto, puesto que está adoptada en todas las localidades del mundo, en Italia, en Alemania, en Polonia, en Bórnica, en Sérvia, en las Indias, en América y hasta en Francia. Hé ahí las firmas de siete de vuestros obispos, que de acuerdo con setenta y cinco de sus colegas, ruegan al Santo Padre que ponga á San Alfonso en

el número de los doctores de la Iglesia. ¡Teología local! Pero aunque no lo fuera para toda la catolicidad, vuestros franceses deberian mirarla como hecha para su país. Os ruego me digais, ¿á quién ha respondido Su Santidad solemnemente, que se podia, *tutta conscientia*, seguir las opiniones de San Alfonso? ¿Es acaso á un obispo italiano, aleman ó español? No; es á un cardenal frances, que segun parece, no le consultaba para la Italia, la Alemania ó la España, sino para la Francia, para su diócesis: y la prueba de ello es que la piadosa Eminencia se apresuró á enviar á sus sacerdotes la respuesta del vicario de Jesucristo, exhortándoles á seguir una moral aprobada por la madre y la señora de todas las Iglesias. ¿Y cuándo se hizo esta consulta? No hace ni cien años, ni cincuenta años, ni veinticinco años; hace solo nueve años. La moral de San Alfonso es, pues, buena para la Francia actual. ¡Teología local! pero si es buena para una parte de la catolicidad, *per che, di grazia, ¿por qué*, hacedme el favor, no habia de ser buena para los demas? ¿Desde cuándo ha dejado la moral de ser una? ¿Quién se ha atrevido á decir alguna vez que la regla de las costumbres podia variar segun los grados de longitud? Lo que es justo, honesto, lícito en Italia, en Alemania, en España, ¿puede ser injusto é ilícito en Francia? No se trata en la moral de San Alfonso de ciertas aplicaciones de pormenor que pueden variar segun los lugares y las personas, admitiendo como cierto el principio de donde dimanar; se trata del fundamento mismo de toda su teología: á saber, si una ley dudosa obliga ó no obliga. Ahora bien, la solucion de este problema no puede variar segun los países y las personas; debe ser necesariamente la

1 Respuesta de la Santa Sede á su Eminencia el cardenal de Rohan, arzobispo de Besançon, 31 de Enero de 1833.

misma en todas partes. Pues bien, la Iglesia ha encontrado irreprochable la solución dada á este problema por San Alfonso; luego en todos los países se puede, por no decir se debe, seguir la moral que contiene. *Ecco in breve per la theologia locale*; hé aquí en pocas palabras lo que mira á la teología local.

Benone, padre, benone; muy bien, padre, muy bien, le dije, es una teología nueva; esto no puede negarse. — ¡Teología nueva! replicó; ¡ah! *Francesacci qui vi predo*; ¡ah! Galicanos, aquí caísteis. En este punto, no os disgusteis, pero no son los novadores aquellos que se cree que lo son. ¿Cuál es, os pregunto, la fecha de vuestras teologías favoritas? ¿Cuántas citais como mayores en edad de la que yo defiendo? Conozco teologías vuestras que no tienen cincuenta años, que no tienen veinticinco, y hay alguna que todavía no ha nacido. Vosotros decís que teneis antiguas. Sí, datan de la segunda mitad del siglo diez y siete. Pero Santo Tomás, San Buenaventura, San Antonino, San Raimundo de Peñafort, los *seiscientos cincuenta y seis principes* y grandes señores del mundo teológico, cuyos oráculos componen la moral de San Alfonso, no son de ayer. Reinaban ántes de vuestros teólogos, y con ayuda de Dios reinarán todavía sobre los que vayan viniendo. ¡Ah! decís que vosotros los entendéis mejor que nosotros: *ma per Baccho!* ¿habeis reflexionado sobre este hecho tan notable? Por una parte veo en moral á todas las Iglesias del mundo y á Roma á su cabeza, marchando en la misma vía y adoptando, sin contestación, la moral de San Alfonso; por otra, á algunos franceses que la rechazan. Unas y otras dicen tener aquellos grandes santos por maestros y por doctores; ¿de qué lado está la verdadera interpretación? ¿Quién ha cambiado? *Ab initio non fuit sic*. Al principio no fué así. Esta división

no ha existido siempre; ántes de 1641 la Francia estaba acorde con las demas Iglesias. Leed vuestras conferencias eclesíásticas, vuestros rituales, vuestras teologías anteriores á aquella época, y ellas os presentarán la prueba de este magnífico acuerdo. ¿Por qué, cuándo y cómo ha cesado? preguntádselo al jansenismo. El clero de Francia, permaneciendo católico, no estuvo muy cuidadoso contra las severas novedades de la secta. Una nueva práctica reemplazó á la antigua, con excepcion de ciertas comunidades religiosas que conservaron hasta la revolucion francesa las antiguas tradiciones. Hé ahí, en pocas palabras, lo que mira á la teología nueva."

El buen padre, á quien yo escuchaba con el más vivo interés, se detuvo un momento y me ofreció un retrato original de San Alfonso, así como un cuarto de papel en que habia notas escritas de su mano; luego un pedazo de paño sobre el cual habia expirado el santo obispo. Recibí aquellos objetos con respetuoso reconocimiento; y despues de algunos pormenores sobre la pobreza de Alfonso, atacó de nuevo á su hábil defensor, diciendo: "Convenid, no obstante, padre mio, en que esa teología es peligrosa y se abusa de ella."

— ¡Teología peligrosa! *¡Gesú mio!* ¡Jesus mio! voy á traduciros esta modesta pretension de vuestros franceses: "El que suscribe, superior, profesor, director de seminario, cura, vicario frances, que sabe en derecho, mejor que el papa, si una teología es buena ó mala; conociendo de hecho mejor que él la moral que conviene enseñar en Francia, declaro peligrosa la teología de Ligorio aprobada por el papa, y mala para la Francia, aunque buena para la Italia, para la Alemania, para la España y para el resto del mundo. En fe de lo cual declaro, que mi conciencia no me permite ni seguir ni enseñar la susodicha moral, y que Roma habria hecho mejor en

poner á Ligorio el index, que en inscribirle en el número de los santos. "Hé ahí, hé ahí, me dijo sonriendo el excelente anciano, la modestia de vuestros doctores. Además, añadió, quien quiera que séais, superior, director, profesor de seminario, á pesar del respeto que me inspirais, á pesar de mi veneracion hácia la Sorbona, vuestro concilio permanente de las Gálias, yo os declaro á mi vez, que no conozco mas que un hombre en el mundo á quien se haya dicho: "*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; confirma á tus hermanos; apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas*. Lo que él condera, yo lo condeno; lo que él aprueba, yo lo apruebo. ¿Podeis decir de él otro tanto? Se abusa de ello, añadió aún; pero se abusa también del Evangelio, ¿y es malo por esto?"

Y me fijaba la vista escudriñando mi pensamiento; como yo le veia en tan buen camino, le dije para llevarle al término: "No es ménos cierto que es una teología de contrabando que se introduce furtivamente en los seminarios y en las diócesis, con gran disgusto de los profesores y de los obispos. — ¡Teología de contrabando! *ma che vergogna!*, mas qué vergüenza. ¿El Santo Padre es ó no es el jefe de la Iglesia universal? Su reino espiritual, su derecho de gobernar y de enseñar, ¿se extiende ó no se extiende á todos los reinos y también á la *bienaventurada* Iglesia galicana? ¿Tiene ó no tiene el derecho de aprobar, de vituperar á los predicadores y á los teólogos, de hacer enseñar, ó de condenar las doctrinas? ¿de darles ó de negarles pasaportes para todo el universo? Si decís que sí, y conviene que paseis por ello, so pena de dejar de ser católico, ¿podríais citarme quién tiene el derecho de declarar mercancía de contrabando una teología aprobada y recomendada por el vicario de Jesucristo? ¿Quién tiene el de-

recho de establecer aduanas en las fronteras de tal ó tal imperio para pesar, verificar, visar, señalar, detener, confiscar las doctrinas que él envía? Pues bien; la moral de San Alfonso viene de Roma, su pasaporte está firmado, *Benedicto, Clemente, Leon, Pio, Gregorio*; luego no es una mercancía de contrabando; luego está en regla; luego tiene libre paso, libre circulación; luego toca á las autoridades competentes prestarla socorro y asistencia en caso de necesidad."

A estas palabras, se descubre otra vez el reverendo padre, y me dice inclinando profundamente la cabeza: "¿Cuántos hay de vuestros franceses que presenten iguales certificaciones?" No pude dejar de sonreirme al ver el entusiasmo del buen anciano. Me hizo gustar la sal de su conversacion de tal modo, que no he temido en referirla toda entera. ¡Ojalá fuese ella servir para fijar los espíritus en una cuestion de la más alta importancia!

Al volver, visité á *San Luis de los Franceses*; esta es la más bella iglesia nacional que hay en Roma. Además de la magnífica fachada de travertino, se admiran allí dos soberbios frescos del Dominiquino; las pinturas de la bóveda por el caballero d'Arpin; la tumba del cardenal de Bernis, y sobre todo, un pequeño cuadro de la Virgen Santa, colocado en la sacristía. Esta obra, de gran hermosura, se atribuye al Corregio. La iglesia fué edificada en 1580, segun los dibujos de Santiago de la Porte, y dedicada á la Santísima Virgen, á San Luis rey de Francia, y á *San Dionisio Areopagita, apóstol de las Gálias*. Así, mal que pese á nuestros críticos de reaccion, Roma y nuestros abuelos han creído siempre que la Gália céltica conserva la fe del ilustre discípulo de San Pablo. A la verdad, cuando se han leído las sábias *Disertaciones del padre Mamachi*, causa admiracion que la Francia mo-

derna haya podido repudiar tan noble origen. Hasta principios del siglo XVII, no se ponía seriamente en duda, aun entre nosotros, la mision de San Dionisio. El *Mar. tirologio galicano* publicado por el sabio Du Saussaye y la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, son de ello un doble monumento; ¿no se encontrará hoy un crítico, digno de este nombre, que revise este proceso?

14 DE ENERO.

El abate Palotta.—El padre Bernardo.—El padre Ventura.—Predicacion italiana.

Monseñor de B., protonotario apostólico, celebraba en su capilla privada, con permiso del Santo Padre, la fiesta patronal de San Luis, y me suplicó que fuese yo á decir la misa allí. Fué tanto mayor mi reconocimiento por aquella amable invitacion, cuanto que debia procurarme la ventaja de ver á uno de los santos de Roma, al reverendo padre Bernardo, religioso mínimo. El y el abate Palotta están acusados altamente de hacer milagros. El hecho es que gozan en Roma de aquella veneracion religiosa que está afecta á la santidad, como la sombra al cuerpo; y todo conduce á creer que en este caso la voz del pueblo es la voz de Dios. El abate Palotta es un sacerdote secular. Napolitano de origen, amigo y compañero del venerable canónigo de Buffalo, fundador de la *Congregacion de la preciosa sangre*; y de él heredó su talento y su celo. Su vida se pasa en toda clase de obras. Voy á citar en particular el *Apostolado católico*, vasta concepcion del génio de la fe, en la cual vienen á concentrarse todos los pensamientos particulares, todas las obras aisladas que tienden á la gloria de Dios y al bien espiritual de los hombres. Para hacer conocer esta obra, representándola con

su carácter de universalidad, se predica, durante la octava de la Epifanía y en todas lenguas, en San Andrés *della Valle*, y se celebra allí misa en todos ritos. El abate Palotta es llamado continuamente cerca de los enfermos; si hay una mision difícil, parece que es de su resorte; ¡tan grande así es la confianza que inspiran sus virtudes! Trae siempre consigo una imagen de la Virgen Santa, colocada en un gran relicario, y en lugar de los *buenos días* ó del *hasta la vista* mundano, su saludo es presentaros á María á vuestra veneracion. Este hombre extraordinario es pequeño de estatura, delgado y un poco encorvado. Sus cabellos ya encaneciendo; su tez pálida; sus grandes ojos azules como el cielo de Roma; su mirada dulce y penetrante; su rostro ovalado de gran pureza; la amenidad de sus maneras, el aire de melancolía y de candor difundido en toda su persona, pero sobre todo su fe que de nada duda, os inspiran no sé qué sentimiento de confianza filial y de respeto religioso que no podeis impedir. El abate Palotta habla poco, y su continente, siempre compuesto, da idea de un verdadero *místico*, en el buen sentido de esta palabra.

Otro es el *padre Bernardo*, porque la gracia se modifica segun los caracteres y los temperamentos. El padre Bernardo, calabrés de nacimiento, soldado ántes de ser religioso, tiene modales más decididos que el abate Palotta. Su estatura es alta, su andar vivo y expedito, su fisonomía móvil, cabellos negros como azabache, una tez morena, ojos negros y pequeños que brillan como dos antorchas en sus órbitas profundas, labios delgados y pómulos salientes, que caracterizan en él el tipo meridional. Amable, alegre, sencillo, un poco descuidado, atrae hácia él, por la franqueza de sus maneras, la espiritual vivacidad de su palabra y ese inexplicable sello de santidad impreso en toda su perso-

na, que no deja él mismo de conocerlo. Cuando sale, todo el mundo le detiene en las calles para besarle la mano y encomendarse á sus oraciones. Esto le sucede todos los días; porque por mañana y tarde, y por tarde y mañana, es llamado cerca de los enfermos, de los afligidos y de los pecadores. Todas las clases se lo disputan, y él se entrega todo á todos. Pero su salud no le basta, y aunque jóven, está ya encorvado, no tanto por el peso de sus cuarenta y cinco años, sino por las austeridades y las fatigas. Para aliviarle, hace algun tiempo que le enviaron sus superiores á Calabria. Apénas supo el pueblo de Roma la salida del *santo*, cuando acudió en masa al convento de los Mínimos, y reclamó con lágrimas á su consolador y á su amigo. Esta súplica llegó hasta el soberano Pontífice, quien llamó al padre Bernardo, y mucho tiempo hizo el pueblo guardia, durante la noche, al rededor del monasterio, para impedir que se lo arrebatasen otra vez.

Tuvimos la felicidad de asistir á su misa, celebrada en la capilla de Monseñor de B. . . ; la dijo, como santo que es, con mucho recogimiento y sencillez. Solo permaneció veinte minutos en el altar, y no fué largo más que en el Ofertorio, en el *Memento*, en la Consagracion y en la Comunión. Todo lo demas lo pasó violentamente; se veia que trataba con Nuestro Señor como con un amigo. Tuvo la bondad de darnos á cada uno un recuerdo, y de hablarnos de la Francia, cuya situacion moral conoce muy bien. La reputacion de hombre de Dios, de que goza el padre Bernardo, es de tal modo real, que en los negocios difíciles el soberano Pontífice recurre con frecuencia á sus luces.

Véase cómo Roma es un gran relicario no solo de santos muertos, sino tambien de santos vivos; me parece que debe ser

así. ¿Acaso la nota de santidad no debe ser permanente y sensible en la Iglesia, como la de catolicidad? ¿No es acaso en el corazon mismo de la celeste esposa del Hombre-Dios, donde este carácter debe brillar con un brillo más constante y más vivo? Además, la permanencia del milagro hace que la santidad de la Iglesia llegue á ser, sobre todo, incontestable. Pues bien, los santos muertos, cuyas reliquias llenan las catacumbas de Roma, ó descansan bajo los altares, como el cuerpo del bienaventurado Crispino y del bienaventurado Leonardo de Puerto-Mauricio, prueban que era santa en los siglos pasados; y los santos vivos demuestran que no ha dejado de serlo.

He dicho que el abate Palotta dirigia el Apostolado católico, y con objeto de contemplar esta grande obra en accion, nos trasladamos á San Andrés *della Valle*. Durante el dia habian tenido lugar muchos sermones en diferentes lenguas; el de por la tarde fué predicado por el célebre padre Ventura, cuyo púlpito estaba rodeado de una inmensa concurrencia. Apénas bastaban á la multitud la iglesia y las capillas laterales. Apareció el padre en el *paleo*, especie de estrado levantado 6 piés sobre el auditorio; es bastante amplio para colocar en él una mesa y un sillón, y bastante largo para que el predicador pueda pasearse. Por lo demas, no está rodeado ni con rejas ni con balaustados; solo alfombras más ó menos ricas lo cubren, cayendo hasta el suelo. El predicador no tenia más traje, que su vestido de teatino. Despues del exordio, se puso el gran orador en movimiento, y yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, distribuia la palabra santa á todas las partes de la numerosa asistencia. Gracias á esta libertad, habia en su accion y en su gesto una naturalidad y una dignidad, que es imposible expresar en esa es-

derna haya podido repudiar tan noble origen. Hasta principios del siglo XVII, no se ponía seriamente en duda, aun entre nosotros, la mision de San Dionisio. El *Mar. tirologio galicano* publicado por el sabio Du Saussaye y la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, son de ello un doble monumento; ¿no se encontrará hoy un crítico, digno de este nombre, que revise este proceso?

14 DE ENERO.

El abate Palotta.—El padre Bernardo.—El padre Ventura.—Predicacion italiana.

Monseñor de B., protonotario apostólico, celebraba en su capilla privada, con permiso del Santo Padre, la fiesta patronal de San Luis, y me suplicó que fuese yo á decir la misa allí. Fué tanto mayor mi reconocimiento por aquella amable invitacion, cuanto que debia procurarme la ventaja de ver á uno de los santos de Roma, al reverendo padre Bernardo, religioso mínimo. El y el abate Palotta están acusados altamente de hacer milagros. El hecho es que gozan en Roma de aquella veneracion religiosa que está afecta á la santidad, como la sombra al cuerpo; y todo conduce á creer que en este caso la voz del pueblo es la voz de Dios. El abate Palotta es un sacerdote secular. Napolitano de origen, amigo y compañero del venerable canónigo de Buffalo, fundador de la *Congregacion de la preciosa sangre*; y de él heredó su talento y su celo. Su vida se pasa en toda clase de obras. Voy á citar en particular el *Apostolado católico*, vasta concepcion del génio de la fe, en la cual vienen á concentrarse todos los pensamientos particulares, todas las obras aisladas que tienden á la gloria de Dios y al bien espiritual de los hombres. Para hacer conocer esta obra, representándola con

su carácter de universalidad, se predica, durante la octava de la Epifanía y en todas lenguas, en San Andrés *della Valle*, y se celebra allí misa en todos ritos. El abate Palotta es llamado continuamente cerca de los enfermos; si hay una mision difícil, parece que es de su resorte; ¡tan grande así es la confianza que inspiran sus virtudes! Trae siempre consigo una imagen de la Virgen Santa, colocada en un gran relicario, y en lugar de los *buenos dias* ó del *hasta la vista* mundano, su saludo es presentaros á María á vuestra veneracion. Este hombre extraordinario es pequeño de estatura, delgado y un poco encorvado. Sus cabellos ya encaneciendo; su tez pálida; sus grandes ojos azules como el cielo de Roma; su mirada dulce y penetrante; su rostro ovalado de gran pureza; la amenidad de sus maneras, el aire de melancolía y de candor difundido en toda su persona, pero sobre todo su fe que de nada duda, os inspiran no sé qué sentimiento de confianza filial y de respeto religioso que no podeis impedir. El abate Palotta habla poco, y su continente, siempre compuesto, da idea de un verdadero *místico*, en el buen sentido de esta palabra.

Otro es el *padre Bernardo*, porque la gracia se modifica segun los caracteres y los temperamentos. El padre Bernardo, calabrés de nacimiento, soldado ántes de ser religioso, tiene modales más decididos que el abate Palotta. Su estatura es alta, su andar vivo y expedito, su fisonomía móvil, cabellos negros como azabache, una tez morena, ojos negros y pequeños que brillan como dos antorchas en sus órbitas profundas, labios delgados y pómulos salientes, que caracterizan en él el tipo meridional. Amable, alegre, sencillo, un poco descuidado, atrae hácia él, por la franqueza de sus maneras, la espiritual vivacidad de su palabra y ese inexplicable sello de santidad impreso en toda su perso-

na, que no deja él mismo de conocerlo. Cuando sale, todo el mundo le detiene en las calles para besarle la mano y encomendarse á sus oraciones. Esto le sucede todos los dias; porque por mañana y tarde, y por tarde y mañana, es llamado cerca de los enfermos, de los afligidos y de los pecadores. Todas las clases se lo disputan, y él se entrega todo á todos. Pero su salud no le basta, y aunque jóven, está ya encorvado, no tanto por el peso de sus cuarenta y cinco años, sino por las austeridades y las fatigas. Para aliviarle, hace algun tiempo que le enviaron sus superiores á Calabria. Apénas supo el pueblo de Roma la salida del *santo*, cuando acudió en masa al convento de los Mínimos, y reclamó con lágrimas á su consolador y á su amigo. Esta súplica llegó hasta el soberano Pontífice, quien llamó al padre Bernardo, y mucho tiempo hizo el pueblo guardia, durante la noche, al rededor del monasterio, para impedir que se lo arrebatasen otra vez.

Tuvimos la felicidad de asistir á su misa, celebrada en la capilla de Monseñor de B. . . ; la dijo, como santo que es, con mucho recogimiento y sencillez. Solo permaneció veinte minutos en el altar, y no fué largo más que en el Ofertorio, en el *Memento*, en la Consagracion y en la Comunión. Todo lo demas lo pasó violentamente; se veia que trataba con Nuestro Señor como con un amigo. Tuvo la bondad de darnos á cada uno un recuerdo, y de hablarnos de la Francia, cuya situacion moral conoce muy bien. La reputacion de hombre de Dios, de que goza el padre Bernardo, es de tal modo real, que en los negocios difíciles el soberano Pontífice recurre con frecuencia á sus luces.

Véase cómo Roma es un gran relicario no solo de santos muertos, sino tambien de santos vivos; me parece que debe ser

así. ¿Acaso la nota de santidad no debe ser permanente y sensible en la Iglesia, como la de catolicidad? ¿No es acaso en el corazon mismo de la celeste esposa del Hombre-Dios, donde este carácter debe brillar con un brillo más constante y más vivo? Además, la permanencia del milagro hace que la santidad de la Iglesia llegue á ser, sobre todo, incontestable. Pues bien, los santos muertos, cuyas reliquias llenan las catacumbas de Roma, ó descansan bajo los altares, como el cuerpo del bienaventurado Crispino y del bienaventurado Leonardo de Puerto-Mauricio, prueban que era santa en los siglos pasados; y los santos vivos demuestran que no ha dejado de serlo.

He dicho que el abate Palotta dirigia el Apostolado católico, y con objeto de contemplar esta grande obra en accion, nos trasladamos á San Andrés *della Valle*. Durante el dia habian tenido lugar muchos sermones en diferentes lenguas; el de por la tarde fué predicado por el célebre padre Ventura, cuyo púlpito estaba rodeado de una inmensa concurrencia. Apénas bastaban á la multitud la iglesia y las capillas laterales. Apareció el padre en el *paleo*, especie de estrado levantado 6 piés sobre el auditorio; es bastante amplio para colocar en él una mesa y un sillón, y bastante largo para que el predicador pueda pasearse. Por lo demas, no está rodeado ni con rejas ni con balaustados; solo alfombras más ó menos ricas lo cubren, cayendo hasta el suelo. El predicador no tenia más traje, que su vestido de teatino. Despues del exordio, se puso el gran orador en movimiento, y yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, distribuia la palabra santa á todas las partes de la numerosa asistencia. Gracias á esta libertad, habia en su accion y en su gesto una naturalidad y una dignidad, que es imposible expresar en esa es-

pecie de toneles en que el arte moderno aprisiona al predicador cisalpino.

No he visto recojimiento más perfecto. Es cierto que la materia misma inspiraba, sobre todo en Roma, un interés poderoso: *María reina de los Apóstoles*, tal fué el tema del orador. Y no sé qué debía admirarse más: si la noble sencillez ó la prodigiosa erudición con que fué tratada esta materia. Como hombre superior que es el padre Ventura, al hablar á un auditorio compuesto en parte de gentes del pueblo, supo, por la claridad evangélica de su alocución, ponerse al nivel de los espíritus más sencillos; y al mismo tiempo su profunda ciencia atraía el asentimiento de la razón más elevada. Nos demostró que María merecía su título glorioso, no solo porque fué la madre del Rey de los Apóstoles, sino también porque había sido el primer apóstol de su Hijo. En el pesebre le hizo conocer de los Magos; en el cenáculo ella presidía á la difusión de la Iglesia, después de haber presidido á su nacimiento en la gruta de Bethleem. Ella fué la que reveló á los Apóstoles los misterios de la santa Infancia; ella la que obtuvo el perdón para San Pedro, para los Apóstoles la fidelidad, y para San Estéban el valor del martirio; ella, la que puso fin á la controversia entre San Pedro y San Pablo. A ella edificó Pedro una iglesia en Palestina, Pablo en España, Tomás en la India, Andrés en Acábia. Al oír cada una de aquellas proposiciones, la mayor parte tan nuevas para mí, me decía yo interiormente: ¿Cómo va á probarlo el padre? Mas hé ahí, ¡cosa admirable! que á continuación de cada aserción venían en clase de prueba uno ó muchos textos de los Padres de la Iglesia. Este sermón produjo una impresión profunda y dió una alta idea, así de la elocuencia, como de la ciencia del predicador. Al acabar se detuvo el padre, todo el auditorio se puso de ro-

dillas y se rezaron en voz alta tres *Ave María*, á fin de que la gracia viniese como un bienhechor rocío á fecundar la semilla sagrada depositada en las almas; esto me pareció tierno y muy lógico. Durante este momento de descanso, los miembros de una cofradía hicieron la colecta. Cubiertos con grandes sacos de burato negro, que les ocultaba hasta el rostro, recorrian todas las naves de la iglesia. Para no molestar á la concurrencia pasando entre la gente, llevaban consigo unas largas varillas, en cuyas extremidades estaba suspendido un saco; hacían llegar éste delante de cada uno de los oyentes, el cual podía sin esfuerzo alguno depositar en él su ofrenda; por último, una bendición con el Santísimo Sacramento coronó el sermón.

Debo decir que la predicación italiana difiere notablemente de la nuestra. En Roma particularmente, las materias de moral tienen la preferencia; allí no se soportan nuestros sermones filosóficos. Una materia práctica apropiada á las necesidades del auditorio, los testimonios de la Escritura, de los Padres, de los Concilios, con algun rasgo histórico; hé ahí el fondo de la predicación. En cuanto á la forma, es sencilla, el estilo es ménos estudiado que entre nosotros, el patético mucho más frecuente, sobre todo el diálogo con el oyente ó con el crucifijo invariablemente fijo en la cátedra, cuando el predicador no le tiene en la mano. A las materias de moral, se une la hermenéutica ó explicación histórica, dogmática y moral de la Santa Escritura. Más tarde hablaré de esto.

15 DE ENERO.

Iglesia de Belisario.—Santa María *in Fornica*.—Hoguera imperial.—Descripción.—Funerales de Augusto, su mausoleo.—Pormenores sobre la camisa de amianto.

Nos quedaba por visitar la parte del Campo de Marte que está inmediata al mausoleo de Augusto. En vez de dirigirnos á la plaza de España, tomamos la dirección de la fuente de *Trevi*, y pasando por la Rotonda, llegamos al centro de Roma, al nuevo teatro de nuestras investigaciones. La razón de este rodeo era el deseo de visitar la pequeña iglesia de Santa María *in Fornica*, edificada cerca de la fuente *Trevi*; su nombre le viene de los arcos *fornices* que sostenían el antiguo acueducto del agua virginal. Los adornos que la decoran nada tienen de notable; pero su origen excita vivamente la curiosidad del viajero. Belisario, obedeciendo ciegamente á las órdenes sacrílegas de la emperatriz, había osado deponer al papa Pelagio. Pero este ilustre guerrero no vivió largo tiempo sin reconocer su falta; se humilló, se arrepintió de ella, y para perpetuar la memoria de su arrepentimiento, mandó levantar esta Iglesia que habíamos ido á visitar. En la parte exterior de la pared lateral, se ve una tabla de mármol. Hé aquí esa inscripción tan groseramente esculpida:

Hanc vir patricius Vilibarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.
Hanc ideirco pedem qui sacram ponis in ædem,
Ut miseretur cum sæpe precare Deum;
Janua adest templi Domino defensa potenti.

«El patricio Belisario, amigo de Roma, edificó esta Iglesia en reparación de su falta. Por tanto, los que entreis á este santuario, rogad frecuentemente á Dios que tenga piedad de él; hé aquí la puerta

del templo defendida por un señor poderoso.» El peregrino que entra á la iglesia monumental, ruega de buena gana por Belisario, y llora vivamente aquellas edades de fe en que la debilidad humana sabía rescatar sus faltas con una brillante expiación.

Llegamos á la calle *della Scrofa*, inmediata á la iglesia de San Agustín, y nos vimos en el lugar mismo en donde se levantaba en otro tiempo el *bustum* imperial; aquí venía á acabar la gloria de los señores del mundo. Antes de esperar los estragos de la tumba, sus cuerpos eran reducidos á cenizas. La hoguera que se levantó para quemar el cuerpo de Augusto, llegó á ser permanente y sirvió para consumir á sus sucesores. ¡Qué de graves pensamientos surgen en aquel lugar, testigo tantas veces de la vanidad de las grandezas más admirables á que puede el hombre llegar! El monumento fatal que sirvió para reducir á polvo á tantos Césares divinizados, pereció como ellos y solo quedan de él el lugar y el recuerdo, pero con la historia en la mano es posible reconstruirlo y estudiarlo.

Representaos un templo cuadrangular formado de una enorme pila de madera, cuyo interior está lleno de materias combustibles, y el exterior cubierto con tapicerías bordadas de oro, y adornado con pinturas y estatuas. Este templo se compone de cuatro pisos, disminuyendo el uno sobre el otro, de manera que el segundo es más pequeño que el primero, el tercero que el segundo y así sucesivamente. Cuando murió Augusto, se le expuso durante siete días en el vestíbulo del *palatium*. En un lecho vasto y elevado, adornado de oro, de marfil y de cojines de púrpura bordados de oro, se veía una estatua de cera parecida al emperador. ¡Ay! el señor del mundo no era ya más que un cadáver, y para quitarlo de la vista, se había reserva-

pecie de toneles en que el arte moderno aprisiona al predicador cisalpino.

No he visto recojimiento más perfecto. Es cierto que la materia misma inspiraba, sobre todo en Roma, un interés poderoso: *María reina de los Apóstoles*, tal fué el tema del orador. Y no sé qué debía admirarse más: si la noble sencillez ó la prodigiosa erudición con que fué tratada esta materia. Como hombre superior que es el padre Ventura, al hablar á un auditorio compuesto en parte de gentes del pueblo, supo, por la claridad evangélica de su alocución, ponerse al nivel de los espíritus más sencillos; y al mismo tiempo su profunda ciencia atraía el asentimiento de la razón más elevada. Nos demostró que María merecía su título glorioso, no solo porque fué la madre del Rey de los Apóstoles, sino también porque había sido el primer apóstol de su Hijo. En el pesebre le hizo conocer de los Magos; en el cenáculo ella presidía á la difusión de la Iglesia, después de haber presidido á su nacimiento en la gruta de Bethleem. Ella fué la que reveló á los Apóstoles los misterios de la santa Infancia; ella la que obtuvo el perdón para San Pedro, para los Apóstoles la fidelidad, y para San Estéban el valor del martirio; ella, la que puso fin á la controversia entre San Pedro y San Pablo. A ella edificó Pedro una iglesia en Palestina, Pablo en España, Tomás en la India, Andrés en Acábia. Al oír cada una de aquellas proposiciones, la mayor parte tan nuevas para mí, me decía yo interiormente: ¿Cómo va á probarlo el padre? Mas hé ahí, ¡cosa admirable! que á continuación de cada aserción venían en clase de prueba uno ó muchos textos de los Padres de la Iglesia. Este sermón produjo una impresión profunda y dió una alta idea, así de la elocuencia, como de la ciencia del predicador. Al acabar se detuvo el padre, todo el auditorio se puso de ro-

dillas y se rezaron en voz alta tres *Ave María*, á fin de que la gracia viniese como un bienhechor rocío á fecundar la semilla sagrada depositada en las almas; esto me pareció tierno y muy lógico. Durante este momento de descanso, los miembros de una cofradía hicieron la colecta. Cubiertos con grandes sacos de burato negro, que les ocultaba hasta el rostro, recorrian todas las naves de la iglesia. Para no molestar á la concurrencia pasando entre la gente, llevaban consigo unas largas varillas, en cuyas extremidades estaba suspendido un saco; hacían llegar éste delante de cada uno de los oyentes, el cual podía sin esfuerzo alguno depositar en él su ofrenda; por último, una bendición con el Santísimo Sacramento coronó el sermón.

Debo decir que la predicación italiana difiere notablemente de la nuestra. En Roma particularmente, las materias de moral tienen la preferencia; allí no se soportan nuestros sermones filosóficos. Una materia práctica apropiada á las necesidades del auditorio, los testimonios de la Escritura, de los Padres, de los Concilios, con algun rasgo histórico; hé ahí el fondo de la predicación. En cuanto á la forma, es sencilla, el estilo es ménos estudiado que entre nosotros, el patético mucho más frecuente, sobre todo el diálogo con el oyente ó con el crucifijo invariablemente fijo en la cátedra, cuando el predicador no le tiene en la mano. A las materias de moral, se une la hermenéutica ó explicación histórica, dogmática y moral de la Santa Escritura. Más tarde hablaré de esto.

15 DE ENERO.

Iglesia de Belisario.—Santa María *in Fornica*.—Hoguera imperial.—Descripción.—Funerales de Augusto, su mausoleo.—Pormenores sobre la camisa de amianto.

Nos quedaba por visitar la parte del Campo de Marte que está inmediata al mausoleo de Augusto. En vez de dirigirnos á la plaza de España, tomamos la dirección de la fuente de *Trevi*, y pasando por la Rotonda, llegamos al centro de Roma, al nuevo teatro de nuestras investigaciones. La razón de este rodeo era el deseo de visitar la pequeña iglesia de Santa María *in Fornica*, edificada cerca de la fuente *Trevi*; su nombre le viene de los arcos *fornices* que sostenían el antiguo acueducto del agua virginal. Los adornos que la decoran nada tienen de notable; pero su origen excita vivamente la curiosidad del viajero. Belisario, obedeciendo ciegamente á las órdenes sacrílegas de la emperatriz, había osado deponer al papa Pelagio. Pero este ilustre guerrero no vivió largo tiempo sin reconocer su falta; se humilló, se arrepintió de ella, y para perpetuar la memoria de su arrepentimiento, mandó levantar esta Iglesia que habíamos ido á visitar. En la parte exterior de la pared lateral, se ve una tabla de mármol. Hé aquí esa inscripción tan groseramente esculpida:

Hanc vir patricius Vilibarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.
Hanc ideirco pedem qui sacram ponis in ædem,
Ut miseretur cum sæpe precare Deum;
Janua adest templi Domino defensa potenti.

«El patricio Belisario, amigo de Roma, edificó esta Iglesia en reparación de su falta. Por tanto, los que entreis á este santuario, rogad frecuentemente á Dios que tenga piedad de él; hé aquí la puerta

del templo defendida por un señor poderoso.» El peregrino que entra á la iglesia monumental, ruega de buena gana por Belisario, y llora vivamente aquellas edades de fe en que la debilidad humana sabía rescatar sus faltas con una brillante expiación.

Llegamos á la calle *della Scrofa*, inmediata á la iglesia de San Agustín, y nos vimos en el lugar mismo en donde se levantaba en otro tiempo el *bustum* imperial; aquí venía á acabar la gloria de los señores del mundo. Antes de esperar los estragos de la tumba, sus cuerpos eran reducidos á cenizas. La hoguera que se levantó para quemar el cuerpo de Augusto, llegó á ser permanente y sirvió para consumir á sus sucesores. ¡Qué de graves pensamientos surgen en aquel lugar, testigo tantas veces de la vanidad de las grandezas más admirables á que puede el hombre llegar! El monumento fatal que sirvió para reducir á polvo á tantos Césares divinizados, pereció como ellos y solo quedan de él el lugar y el recuerdo, pero con la historia en la mano es posible reconstruirlo y estudiarlo.

Representaos un templo cuadrangular formado de una enorme pila de madera, cuyo interior está lleno de materias combustibles, y el exterior cubierto con tapicerías bordadas de oro, y adornado con pinturas y estatuas. Este templo se compone de cuatro pisos, disminuyendo el uno sobre el otro, de manera que el segundo es más pequeño que el primero, el tercero que el segundo y así sucesivamente. Cuando murió Augusto, se le expuso durante siete días en el vestíbulo del *palatium*. En un lecho vasto y elevado, adornado de oro, de marfil y de cojines de púrpura bordados de oro, se veía una estatua de cera parecida al emperador. ¡Ay! el señor del mundo no era ya más que un cadáver, y para quitarlo de la vista, se había reserva-

do un lugar en la parte inferior de este lecho, para encerrar allí el verdadero cuerpo. Augusto estaba representado acostado, cubierto con el vestido triunfal y aparentando la palidez de un enfermo 1. Cerca del lecho estaba un joven y bello esclavo, que con un abanico de pluma de pavo real, espantaba las moscas del rostro del príncipe, como para guardarle el sueño. Al rededor del lecho se veían sentados durante la mayor parte del día, á la izquierda, todo el Senado vestido de luto; á la derecha, las matronas distinguidas por las dignidades de sus maridos ó de sus padres. No llevaban compostura de oro, ni collares; todas estaban vestidas con simples túnicas blancas y en actitud de una profunda tristeza. Durante los siete días, se presentaron los médicos cotidianamente, como si fueran á visitar á un enfermo, y decían cada vez: Va más mal 2.

El día de las exequias se trasladaron á la casa Palatina los cónsules designados, para levantar el lecho funerario, que pusieron en sus espaldas cuarenta soldados pretorianos. Delante del lecho se notaba una estatua de la Victoria, que por una lisonja muy delicada quiso el Senado que apareciera en aquella pompa fúnebre, como si aquella diosa fuera de la familia de los Césares. Estaba acompañada de dos estatuas de Augusto, una de oro en una camilla, y que estaba destinada á recibir los honores divinos, y la otra en un carro triunfal. Venían en seguida los bustos, no solo de todos los abuelos de la familia imperial, ménos Julio César, á causa de su divinidad, sino también los de todos los Romanos que desde Rómulo se habían hecho ilustres por sus bellas acciones. Entre los bustos y las estatuas aparecían también cuadros en los cuales se veían los títulos de todas las leyes dadas por Au-

1 Herodiam., IV, Ant., p. 87.

2 Id., id.

gusto 1 y los nombres de todas las naciones vencidas por él.

Comitivas de jóvenes de ambos sexos acompañaban la pompa fúnebre, cantando poemas en honor del difunto. El Senado, los caballeros, los soldados pretorianos y una multitud de ciudadanos, cerraban la marcha. Todos iban vestidos de luto, y en vez de anillos de oro los llevaban de hierro. 2 Al llegar al Forum se detuvo el cortejo. Allí se pronunciaron dos oraciones fúnebres, una por Tiberio y otra por el joven Druso. Los senadores, como ellos mismos lo habían decretado, vinieron á su vez á tomar el lecho en sus espaldas para llevarlo á la hoguera; se le colocó en el segundo piso del templo improvisado, cuyos pontífices y sacerdotes hicieron procesionalmente la ceremonia. El cortejo les siguió, y cada uno, al pasar, arrojó perfumes, plantas odoríficas, aromas de todos géneros, armas de honor recibidas en otro tiempo por los soldados á causa de sus bellas acciones en la guerra. 3 Tiberio y la familia imperial fueron á dar el último beso á la estatua de Augusto; se colocaron en seguida en un tribunal y se procedió á distribuir antorchas á los centuriones, que encendieron con ellas la hoguera. En ese mismo momento, se dió libertad desde el pequeño templo á una águila, que elevándose rápidamente por entre los torbellinos de llamas y de humo, emprendió su vuelo hácia el cielo, como para llevar á él el alma del ilustre muerto. Livia y los principales caballeros, vestidos con simples túnicas sin cinturones y con los piés desnudos, permanecieron cinco días después cerca de la hoguera, recogieron las cenizas del emperador y las encerraron en su mausoleo. 4

1 Tacit., Annal., I, 8.

2 Suct., Aug. 100.

3 Dio., Lib. VI, p. 685.

4 Roma en el siglo de Augusto, carta LXX, p. 10.

Este soberbio monumento, construido por Augusto mismo, se componía de una gruesa torre redonda, muy alta, de tres pisos concéntricos, de los cuales el segundo era de un diámetro menor que el primero, y el tercero menor también que el segundo. El espacio dejado por cada piso, estaba lleno de tierra y plantado en su contorno por árboles, que no despojándose jamás de su verdor, formaban un agradable contraste con las paredes del edificio que estaba edificado todo con mármol blanco. Una estatua de bronce, del emperador, formaba el complemento del último piso. En la parte inferior del mausoleo estaban los *loculi* para las cenizas del príncipe, de sus parientes y de sus amigos. 1 Detrás había un bosque sagrado con paseos abiertos para el público; luego una plaza rodeada por un doble recinto cercado, uno de mármol y otro de fierro, precedida de dos obeliscos de 60 piés de altura y cada uno de un solo trozo de granito oriental: tal era el mausoleo de Augusto.

De este monumento, que llevaba hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada, no queda hoy más que una gran ruina. Cuando el viajero entra á la calle de los Pontífices, y llega cerca del palacio Corea, se encuentra delante de gruesos muros vacilantes y destruidos, obra reticular de piedra calcárea, que es el basamento del soberbio túmulo; nada de mármol, ni de inscripciones, nada de estatuas ni de obeliscos; todo ha desaparecido. El diámetro actual de las ruinas del basamento, es de 220 piés romanos antiguos. Acer-

1 Quorum omnium (sepulcrorum) praeclaris simul est Mausoleum, ager ad omnem supra sublimen albi lapidis fornicem congestus et ad verticem usque semper virentibus arboribus copertus. In fastigio statua Augusti Caesaris: sub aggere loculi ejus et cognatorum ac familiarum. A tergo lucus magnus ambulationes habens admirabiles.—Strab., V., p. 211.

cándose á ver, se distinguen todavía en el contorno los vestigios de trece cámaras sepulcrales; la 14ª servía de entrada á la gran sala redonda colocada bajo el *agger*, cuyo diámetro era de 130 piés.

Las cenizas de Augusto, como las de todos los Césares, fueron arrojadas al viento; pero al fin vinieron á descansar en este lugar. ¿Por qué medio se las había podido distinguir de entre las otras cenizas de la madera que sirvió para consumir el cadáver imperial? Esta es una cuestión que no carece de interés, pero cuya respuesta exige algunos pormenores. El resultado de que hablo se debió al uso de la camisa de amianto, en la cual se envolvían los cuerpos destinados á la hoguera. Todo el mundo sabe que el amianto es un mineral filaginoso, de color gris ó aplomado, y que con él se hace un tejido que resiste perfectamente á la acción del fuego. El amianto se halla sobre todo en Córsega, en Chipre, en la India, en los Pirineos y también en los Alpes. En cuanto á la manera de ponerlo en obra, se toma la piedra y se la arroja en agua caliente, permaneciendo allí más ó ménos tiempo, según la temperatura del baño. En seguida se la muele y se la amasa con las manos para hacer salir de ella una especie de tierra blanquiza, semejante á la cal. Esta tierra forma el pegamento de los hilos del amianto. Cuando el agua en que se hace esta operación se convierte en blanca y espesa, se cambia con otra y se sigue la operación hasta que el mineral esté enteramente desprendido de las sustancias extrañas. El amianto, reducido á hilos, se pone en una caña para que seque.

Se toman en seguida dos cardas ó peines semejantes á los que sirven para cardar la lana, y se peina suavemente el amianto. Cuando las cardas están llenas, se las aplica una contra otra y se las fija en

un una mesa; esta es la rueca. Con un pequeño gancho hecho en forma de huso, se sacan los filamentos, se reúnen muchos de ellos, se hace dar vuelta al huso y se obtiene un hilo. Durante esta operación, el obrero tiene cuidado de mojar en aceite el índice y el pulgar, porque el hilo de amianto corta y desuella la piel, y con el aceite se suaviza el filamento y se hace más fácil para hilar. Ya obtenido el hilo, se siguen, para hacer con él el tejido, los mismos procedimientos usados para el cáñamo y el lino. La larga duración del trabajo y sobre todo la rareza del lino viviente, dan una idea de la riqueza de los romanos, que empleaban los tejidos de amianto, no solamente para camisas funerarias, sino también para ropa de mesa. 1 Para limpiar esta ropa de nueva especie, basta arrojarla al fuego; de él sale purificada de toda mancha y vuelve a su primer estado de brillo. Pero los tejidos de amianto son naturalmente secos, de suerte que la simple frotación basta para romperlos; se les conserva untándoles de aceite, y cuando se quiere hacer uso de ellos se les pasa por el fuego. Así es como la misma camisa funeraria podía servir largo tiempo en una misma familia. 2

Augusto, fué, pues, envuelto para ser reducido a cenizas, en este sudario incombustible; y luego fué depositado en un *loculus* del mausoleo imperial. Marcelo su sobrino y Germánico, el ídolo del pueblo, vinieron bien pronto a reunirse. 3 Fue-

1 Inventum jam est quod ignibus non absumeretur; vivium (linum) id vocant, ardentisque in focus convivorum ex eo vidimus mappas, sordibus exustis, splendentibus igni magis quam possent aquis. Regunt inde funebres tunice, corporis favillam ab reliquo separant funere... Nuscitur, in desertis... assuescitque vivere ardendo, rarum inventu, difficile textu propter brevitatem..... Ergo huic lino principatus in todo orbe.—*Plin.*, lib. XIX, c. 1.

2 Véase Ciamp., *Monim.* Vet. t. III, p. 220.

3 Tacit., *Annal.*, III.

ron seguidos de Octavia hermana de Augusto, de Druso y de los otros miembros de la familia reinante, con excepción de las dos Julias, una hija, y otra sobrina de Augusto, que fueron excluidas por orden del mismo Augusto. El último emperador que fué a tomar allí su lugar, fué Nerva, el año 98. Pero como lo hemos observado ya, ni el prestigio de aquellos grandes hombres, ni las rejas de bronce, ni las paredes de mármol, pudieron proteger el monumento imperial que hoy no es más que una informe ruina; mientras que en los mismos lugares reinan gloriosos Pedro y Pablo en sus sepulcros que se han convertido en templos. Solo el cristianismo tiene el privilegio de dar inmortalidad hasta en la tumba.

16 DE ENERO.

Plaza del Pueblo.—Obelisco.—Santa María del Pueblo.—Naumaquia de Domiciano.—Trinidad de los Montes.

No lejos del mausoleo de Augusto está la plaza del Pueblo. Bajamos a ella a buena hora con el fin de volver a tomar el camino en el punto en que lo habíamos dejado ayer. Hermosos paseos, plantíos de verdes árboles, rodeaban la tumba de los Césares, y este eliseo romano estaba sembrado de monumentos fúnebres que pertenecían, en su mayor parte, a los libertos de la familia imperial. Además de los testimonios de la historia, tenemos en favor de este hecho un gran número de inscripciones tumulares halladas en el lugar. Solo referiré la siguiente:

D. M.

VLPIO. MARTIALI. AVGVSTI.
LIBERTO. A. MARMORIBUS.

«A los dioces Manes. A Ulpio Marcial, liberto de Augusto, conservador de los mármoles.»

Al cambiar de destino, no ha perdido la plaza del Pueblo nada de su belleza. Es vasta, circular y está rodeada de estatuas y de soberbios edificios. En el centro, se levanta el obelisco de Augusto con una magnífica fuente, cuyas aguas caen en un recipiente de granito. La circunferencia está cortada por las tres calles de *Babouino*, del *Corso* y de *Ripetta*, que prolongan el rayo visual hasta el centro de Roma, mientras que las bellas iglesias que forman el recinto de la plaza, hacen descansar en ellas la vista deslumbrada con tanta magnificencia y armonía. A la izquierda se dibujan los céspedes del *Pincius*, cortados por senderos en espiral; y a la derecha los verdes árboles que costean el Tiber. La puerta Flaminiana, con sus bajos relieves, completa el panorama. Esta plaza anuncia dignamente la ciudad de Roma a los viajeros que llegan de Francia ó de Alemania por el camino de Toscana. También, desde la antigüedad, la han elegido los emperadores, los papas, los cardenales y los príncipes soberanos, para hacer su entrada pública a la ciudad eterna. Vitelio entró a ella precedido de sus legiones victoriosas para venir en seguida a expirar miserablemente al pie del Capitolio; y Pio VII, de inmortal memoria, al volver de su destierro pasó por allí, acompañado de las bendiciones y de las lágrimas de un pueblo a quien él servía de modelo y de padre.

Nos aproximamos al obelisco para estudiarlo mejor; tiene setenta y cuatro pies de altura, sin comprender el pedestal en que descansa, ni la cruz magnífica con que está coronado. Después de la victoria de Actium y la conquista de Egipto, mandó Augusto trasladar a Roma este soberbio monolito; lo colocó en el *Circus maximus*

y lo dedicó al Sol. En 1589, lo retiró Sixto V de los escombros del Circo, lo mandó erigir en la plaza del Pueblo y lo consagró a la cruz, verdadero sol del mundo. El obelisco mismo refiere su historia y canta su nuevo destino. En el primer costado se lee:

IMP. CÆSAR. DIV. F.
AVGVSTVS.
PONTIFEX. MAXIMVS.
IMP. XII. COS. XI. TRIB. POT. XIV.
ÆGIPTO IN POTESTATEM
POPVLI ROMANI REDACTA
SOLI DONVM DEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al imperio del pueblo romano, ha ofrecido este don al Sol.»

En el segundo costado:

SIXTUS. V. PONT. MAX.
OBELISCVM. HVNC.
A. CÆS. AVG. SOLI
IN CIRCO MAXIMO RITV
DICATUM IMPIO
MISERANDA RVINA
FRACTUM OBRVTVMQVE
ERVI TRANSFERRI
FORMÆ SVÆ REDDI
CRVCIQ. INVICTISS.
DEDICARI JVSSIT.
A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

Sixto V, soberano Pontífice, mandó desenterrar, trasladar, restaurar y dedicar a la cruz victoriosa, este obelisco sacrilegamente consagrado por Augusto al sol, en el gran Circo, y después miserablemente roto y sepultado bajo sus ruinas. Año 1589, cuarto de su pontificado.»

Haciendo alusión a la iglesia inmediata de Santa María del Pueblo, añade el obelisco:

un una mesa; esta es la rueca. Con un pequeño gancho hecho en forma de huso, se sacan los filamentos, se reúnen muchos de ellos, se hace dar vuelta al huso y se obtiene un hilo. Durante esta operación, el obrero tiene cuidado de mojar en aceite el índice y el pulgar; porque el hilo de amianto corta y desuella la piel, y con el aceite se suaviza el filamento y se hace más fácil para hilar. Ya obtenido el hilo, se siguen, para hacer con él el tejido, los mismos procedimientos usados para el cáñamo y el lino. La larga duración del trabajo y sobre todo la rareza del lino viviente, dan una idea de la riqueza de los romanos, que empleaban los tejidos de amianto, no solamente para camisas funerarias, sino también para ropa de mesa. 1 Para limpiar esta ropa de nueva especie, basta arrojarla al fuego; de él sale purificada de toda mancha y vuelve a su primer estado de brillo. Pero los tejidos de amianto son naturalmente secos, de suerte que la simple frotación basta para romperlos; se les conserva untándoles de aceite, y cuando se quiere hacer uso de ellos se les pasa por el fuego. Así es como la misma camisa funeraria podía servir largo tiempo en una misma familia. 2

Augusto, fué, pues, envuelto para ser reducido a cenizas, en este sudario incombustible; y luego fué depositado en un *loculus* del mausoleo imperial. Marcelo su sobrino y Germánico, el ídolo del pueblo, vinieron bien pronto a reunirse. 3 Fue-

1 *Inventum jam est quod ignibus non absumeretur; vivium (linum) id vocant, ardentisque in focus convivorum ex eo vidimus mappas, sordibus exustis, splendentes igni magis quam possent aquis. Regunt inde funebres tunice, corporis favillam ab reliquo separant funere... Nuscitur, in desertis... assuescitque vivere ardendo, rarum inventu, difficile textu propter brevitatem..... Ergo huic lino principatus in todo orbe.*—*Plin.*, lib. XIX, c. 1.

2 Véase Ciamp., *Monim.* Vet. t. III, p. 220.

3 Tacit., *Annal.*, III.

ron seguidos de Octavia hermana de Augusto, de Druso y de los otros miembros de la familia reinante, con excepción de las dos Julias, una hija, y otra sobrina de Augusto, que fueron excluidas por orden del mismo Augusto. El último emperador que fué a tomar allí su lugar, fué Nerva, el año 98. Pero como lo hemos observado ya, ni el prestigio de aquellos grandes hombres, ni las rejas de bronce, ni las paredes de mármol, pudieron proteger el monumento imperial que hoy no es más que una informe ruina; mientras que en los mismos lugares reinan gloriosos Pedro y Pablo en sus sepulcros que se han convertido en templos. Solo el cristianismo tiene el privilegio de dar inmortalidad hasta en la tumba.

16 DE ENERO.

Plaza del Pueblo.—Obelisco.—Santa María del Pueblo.—Naumaquia de Domiciano.—Trinidad de los Montes.

No lejos del mausoleo de Augusto está la plaza del Pueblo. Bajamos a ella a buena hora con el fin de volver a tomar el camino en el punto en que lo habíamos dejado ayer. Hermosos paseos, plantíos de verdes árboles, rodeaban la tumba de los Césares, y este eliseo romano estaba sembrado de monumentos fúnebres que pertenecían, en su mayor parte, a los libertos de la familia imperial. Además de los testimonios de la historia, tenemos en favor de este hecho un gran número de inscripciones tumulares halladas en el lugar. Solo referiré la siguiente:

D. M.

VLPIO. MARTIALI. AVGVSTI.
LIBERTO. A. MARMORIBUS.

«A los dioces Manes. A Ulpio Marcial, liberto de Augusto, conservador de los mármoles.»

Al cambiar de destino, no ha perdido la plaza del Pueblo nada de su belleza. Es vasta, circular y está rodeada de estatuas y de soberbios edificios. En el centro, se levanta el obelisco de Augusto con una magnífica fuente, cuyas aguas caen en un recipiente de granito. La circunferencia está cortada por las tres calles de *Babouino*, del *Corso* y de *Ripetta*, que prolongan el rayo visual hasta el centro de Roma, mientras que las bellas iglesias que forman el recinto de la plaza, hacen descansar en ellas la vista deslumbrada con tanta magnificencia y armonía. A la izquierda se dibujan los céspedes del *Pincius*, cortados por senderos en espiral; y a la derecha los verdes árboles que costean el Tiber. La puerta Flaminiana, con sus bajos relieves, completa el panorama. Esta plaza anuncia dignamente la ciudad de Roma a los viajeros que llegan de Francia ó de Alemania por el camino de Toscana. También, desde la antigüedad, la han elegido los emperadores, los papas, los cardenales y los príncipes soberanos, para hacer su entrada pública a la ciudad eterna. Vitelio entró a ella precedido de sus legiones victoriosas para venir en seguida a expirar miserablemente al pie del Capitolio; y Pio VII, de inmortal memoria, al volver de su destierro pasó por allí, acompañado de las bendiciones y de las lágrimas de un pueblo a quien él servía de modelo y de padre.

Nos aproximamos al obelisco para estudiarlo mejor; tiene setenta y cuatro pies de altura, sin comprender el pedestal en que descansa, ni la cruz magnífica con que está coronado. Después de la victoria de Actium y la conquista de Egipto, mandó Augusto trasladar a Roma este soberbio monolito; lo colocó en el *Circus maximus*

y lo dedicó al Sol. En 1589, lo retiró Sixto V de los escombros del Circo, lo mandó erigir en la plaza del Pueblo y lo consagró a la cruz, verdadero sol del mundo. El obelisco mismo refiere su historia y canta su nuevo destino. En el primer costado se lee:

IMP. CÆSAR. DIV. F.
AVGVSTVS.
PONTIFEX. MAXIMVS.
IMP. XII. COS. XI. TRIB. POT. XIV.
ÆGIPTO IN POTESTATEM
POPVLI ROMANI REDACTA
SOLI DONVM DEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al imperio del pueblo romano, ha ofrecido este don al Sol.»

En el segundo costado:

SIXTUS. V. PONT. MAX.
OBELISCVM. HVNC.
A. CÆS. AVG. SOLI
IN CIRCO MAXIMO RITV
DICATUM IMPIO
MISERANDA RVINA
FRACTUM OBRVTVMQVE
ERVI TRANSFERRI
FORMÆ SVÆ REDDI
CRVCIQ. INVICTISS.
DEDICARI JVSSIT.
A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

Sixto V, soberano Pontífice, mandó desenterrar, trasladar, restaurar y dedicar a la cruz victoriosa, este obelisco sacrilegamente consagrado por Augusto al sol, en el gran Circo, y después miserablemente roto y sepultado bajo sus ruinas. Año 1589, cuarto de su pontificado.»

Haciendo alusión a la iglesia inmediata de Santa María del Pueblo, añade el obelisco:

ANTE SACRAM
ILLIVS ÆDEM
AVGVSTIOR
LÆTIOREQVE SVRGO
CVIVS EX VTERO
VIAGINALI
AVG. IMPERANTE
SOL JVSTITIÆ
ESORTVS EST.

“Me levanto más santo y con más gozo delante del santuario de aquella de cuya seno virginal salió bajo el imperio de Augusto el Sol de la justicia.”

Penetrados de aquella poesía dos veces sublime por la materia y por la forma, quisimos honrar en su templo á la Virgen, tan cantada por el monolito egipcio. Y María parece merecer aquellos cantos y nuestros homenajes, sobre todo en aquel lugar, porque es bello contemplar el tipo augusto de la pureza y de la misericordia reinando sobre las ruinas de la tumba de Neron. “Cuando murió, dice Suetonio, sus nodrizas Egloga y Alejandria con Acté, le sepultaron en el sepulcro de la familia Domicia, que se vé desde el Campo de Marte, sobre la colina de los Jardines: 1” En este lugar tocado por las impuras senizas del parricida coronado, creció al cabo de los tiempos un nogal de un tamaño admirable. El copudo arbol llegó á ser el refugio de una nube de cuervos que desolaban aquella parte de Roma. Se recurrió á María; ella se apareció al papa Pascual II y les dijo que aquellos cuervos eran espíritus de tinieblas; le mandó que se cortara el árbol funesto (*albero malnat*), que se arrojara al viento las cenizas infames y que se edificase en aquel lugar un templo en honor suyo. La orden fué cumplida literalmente. En 1231, el papa Gregorio IV, rodeado de todo el pueblo y del Sacro Colegio, llevó con gran pompa á

1 Véase á Mazzolari, Landucci, Albreici.

Santa María del Pueblo la imágen milagrosa de la Virgen Santa, venerada hasta entónces en San Juan de Letran. De estos dos hechos, el primero está consignado en los anales de la historia 1, el segundo está grabado en los bajos relieves de estuco dorado que están á la derecha y á la izquierda del altar. Tres siglos más tarde, en 1578, se vió al papa Gregorio VIII ir allí en procesion con todo el clero, y descalzo, á pedir por intercesion de María, la terminacion de la peste de que estaba amenazada Roma, y con esto la peste desapareció. Estos títulos y otros muchos, justifican y explican la veneracion del pueblo romano hácia la *Madonna del Popolo*. ¿Hay necesidad de añadir que la Reina del cielo está aquí, como en los otros santuarios de Roma, rodeada de una numerosa corte de santos y de mártires? Basta nombrar á San Pedro, á San Pablo, San Andrés, San Estéban, San Lorenzo, San Hipólito, San Tiburcio, San Inocencio de la legion Tebana; á Santa Rufina, Santa Segunda, Santa Inés y Santa Faustina, cuyo cuerpo descansa en el altar de la Concepcion, en la capilla Cibo.

Costeando la base del monte *Pincius*, llegamos á la plaza de España adornada con la bella fuente llamada *Barcaccia*. Allí estaba, segun los arqueólogos, la famosa Naumáquia de Domiciano 2. Los señores del mundo pagano no hacian otra cosa mas que robar al Oriente y al Occidente para edificar en Roma baños y teatros; y es preciso decirlo, para pintar á la sociedad de la cual eran personificacion, hasta su popularidad y su cetro eran á este precio. Arriba de la plaza de España se desarrolla la soberbia escalera que con-

1 Suet., in Dom., c. IV,

2 Reliquas Egloge et Alexandria nutrices cum Acte concubina gentili Domitiorum monumento condiderunt, quod prospicitur e campo Martio impositum colli Hortorium. In Ner. vers. fin.

17 DE ENERO.

Templo de Antonino.—Puente y castillo Sant'Angelo.—Anécdota sobre una cuadrilla de bandidos.—Santa María in Traspontina.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—Cúpula de San Pedro.—Palla (Bola).—Cementerio de los Peregrinos.

Monseñor de B. . . nos habia obtenido el permiso de subir á la cúpula de San Pedro y él mismo debia acompañarnos. El tiempo estaba como se desea cuando se quiere gozar del magnifico panorama de Roma y sus alrededores, considerado desde el punto culminante de la ciudad. Mas en vez de tomar la línea recta, bajamos al centro de la ciudad, á fin de visitar un monumento que habiamos visto ya veinte ocasiones sin estudiarlo. En la plaza *di Pietra* se encuentran los restos imponentes de un antiguo edificio. Once columnas muy majestuosas, de mármol blanco, acanaladas y de orden corintio, están todavía en pié y sostienen un magnifico entablonado de mármol. Las tres primeras pertenecen á un pórtico, porque el arquitecabo que las une es saliente por los dos lados; las otras ocho sostenian la bóveda de un templo ó de una basilica; en sus capiteles se apoya un arco alabeado que deja entrever la grandeza del edificio. ¿Cuál era este monumento? Unos pretenden que era el pórtico y el templo de Neptuno, edificado por Agrippa en memoria de las batallas navales ganadas por Augusto; pero la opinion más comun vé en él un templo de Antonino. Como quiera que sea, los soberanos Pontífices han puesto cuidado en conservar esta ruina, mandando levantar paredes que apoyan las columnas y la bóveda; de esto ha resultado un edificio vasto y regular, en el cual ha establecido Inocencio XII la *aduana de tie-*

duce á la Trinidad de los Montes *de Monti* y á la academia de Francia; aquí estábamos totalmente dentro de casa. La bella iglesia de la Trinidad, con los edificios que la rodean, pertenece á nuestra patria. Nuestras señoras del *Sagrado-Corazon* dan allí á las jóvenes Romanas la educacion tan distinguida y tan cristiana que todo el mundo conoce. Despues de haber saludado el obelisco de Salústio, levantado delante de la iglesia por la magnificencia de Pio VI, entramos para ver el célebre *Descendimiento de la cruz* de Daniel Volterre. Es citado por Poussino como uno de los primeros cuadros de Roma y prueba todavía apesar de sencibles degradaciones, que el Poussino lo habia clasificado perfectamente bien. Se admira sobre todo el grupo de la Virgen Santa y de las santas mujeres, la cabeza de nuestro Señor que cae verdaderamente como cae la de un cuerpo muerto, *come corpo morto cade*, y aquel hombre subido en la escalera, tan lleno de animacion y tan maravillosamente dibujado.

La colina que recorriamos, así como el convento de las Carmelitas y Capuchinos, estaban ocupados en otro tiempo por los jardines de Lúculo, que llegaron á ser más tarde la posesion de Mesalina! ¿Por qué admirarse de que para santificar el teatro de un deleite vergonzoso y de una opulencia dos veces escandalosa, haya establecido la Providencia en ese mismo lugar á los ángeles de la pureza y á los modelos vivientes de la pobreza voluntaria, quiero decir, á las vírgenes del Carmelo y á los hijos de San Francisco? Tierno contraste que el cristiano no puede ver sin admirarlo y bendecirlo.

ANTE SACRAM
ILLIVS ÆDEM
AVGVSTIOR
LÆTIORQVE SVRGO
CVIVS EX VTERO
VIAGINALI
AVG. IMPERANTE
SOL JVSTITIÆ
ESORTVS EST.

“Me levanto más santo y con más gozo delante del santuario de aquella de cuya seno virginal salió bajo el imperio de Augusto el Sol de la justicia.”

Penetrados de aquella poesía dos veces sublime por la materia y por la forma, quisimos honrar en su templo á la Virgen, tan cantada por el monolito egipcio. Y María parece merecer aquellos cantos y nuestros homenajes, sobre todo en aquel lugar, porque es bello contemplar el tipo augusto de la pureza y de la misericordia reinando sobre las ruinas de la tumba de Neron. “Cuando murió, dice Suetonio, sus nodrizas Egloga y Alejandria con Acté, le sepultaron en el sepulcro de la familia Domicia, que se vé desde el Campo de Marte, sobre la colina de los Jardines: 1” En este lugar tocado por las impuras senizas del parricida coronado, creció al cabo de los tiempos un nogal de un tamaño admirable. El copudo arbol llegó á ser el refugio de una nube de cuervos que desolaban aquella parte de Roma. Se recurrió á María; ella se apareció al papa Pascual II y les dijo que aquellos cuervos eran espíritus de tinieblas; le mandó que se cortara el árbol funesto (*albero malnat*), que se arrojaran al viento las cenizas infames y que se edificase en aquel lugar un templo en honor suyo. La orden fué cumplida literalmente. En 1231, el papa Gregorio IV, rodeado de todo el pueblo y del Sacro Colegio, llevó con gran pompa á

1 Véase á Mazzolari, Landucci, Albreici.

Santa María del Pueblo la imágen milagrosa de la Virgen Santa, venerada hasta entónces en San Juan de Letran. De estos dos hechos, el primero está consignado en los anales de la historia 1, el segundo está grabado en los bajos relieves de estuco dorado que están á la derecha y á la izquierda del altar. Tres siglos más tarde, en 1578, se vió al papa Gregorio VIII ir allí en procesion con todo el clero, y descalzo, á pedir por intercesion de María, la terminacion de la peste de que estaba amenazada Roma, y con esto la peste desapareció. Estos títulos y otros muchos, justifican y explican la veneracion del pueblo romano hácia la *Madonna del Popolo*. ¿Hay necesidad de añadir que la Reina del cielo está aquí, como en los otros santuarios de Roma, rodeada de una numerosa corte de santos y de mártires? Basta nombrar á San Pedro, á San Pablo, San Andrés, San Estéban, San Lorenzo, San Hipólito, San Tiburcio, San Inocencio de la legion Tebana; á Santa Rufina, Santa Segunda, Santa Inés y Santa Faustina, cuyo cuerpo descansa en el altar de la Concepcion, en la capilla Cibo.

Costeando la base del monte *Pincius*, llegamos á la plaza de España adornada con la bella fuente llamada *Barcaccia*. Allí estaba, segun los arqueólogos, la famosa Naumáquia de Domiciano 2. Los señores del mundo pagano no hacian otra cosa mas que robar al Oriente y al Occidente para edificar en Roma baños y teatros; y es preciso decirlo, para pintar á la sociedad de la cual eran personificacion, hasta su popularidad y su cetro eran á este precio. Arriba de la plaza de España se desarrolla la soberbia escalera que con-

1 Suet., in Dom., c. IV,

2 Reliquas Egloge et Alexandria nutrices cum Acte concubina gentili Domitiorum monumento condiderunt, quod prospicitur e campo Martio impositum colli Hortorium. In Ner. vers. fin.

17 DE ENERO.

Templo de Antonino.—Puente y castillo Sant'Angelo.—Anécdota sobre una cuadrilla de bandidos.—Santa María in Traspontina.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—Cúpula de San Pedro.—Palla (Bola).—Cementerio de los Peregrinos.

Monseñor de B. . . nos habia obtenido el permiso de subir á la cúpula de San Pedro y él mismo debia acompañarnos. El tiempo estaba como se desea cuando se quiere gozar del magnifico panorama de Roma y sus alrededores, considerado desde el punto culminante de la ciudad. Mas en vez de tomar la línea recta, bajamos al centro de la ciudad, á fin de visitar un monumento que habiamos visto ya veinte ocasiones sin estudiarlo. En la plaza *di Pietra* se encuentran los restos imponentes de un antiguo edificio. Once columnas muy majestuosas, de mármol blanco, acanaladas y de orden corintio, están todavía en pié y sostienen un magnifico entablonado de mármol. Las tres primeras pertenecen á un pórtico, porque el arquitecabo que las une es saliente por los dos lados; las otras ocho sostenian la bóveda de un templo ó de una basilica; en sus capiteles se apoya un arco alabeado que deja entrever la grandeza del edificio. ¿Cuál era este monumento? Unos pretenden que era el pórtico y el templo de Neptuno, edificado por Agrippa en memoria de las batallas navales ganadas por Augusto; pero la opinion más comun vé en él un templo de Antonino. Como quiera que sea, los soberanos Pontífices han puesto cuidado en conservar esta ruina, mandando levantar paredes que apoyan las columnas y la bóveda; de esto ha resultado un edificio vasto y regular, en el cual ha establecido Inocencio XII la *aduana de tie-*

duce á la Trinidad de los Montes *de Monti* y á la academia de Francia; aquí estábamos totalmente dentro de casa. La bella iglesia de la Trinidad, con los edificios que la rodean, pertenece á nuestra patria. Nuestras señoras del *Sagrado-Corazon* dan allí á las jóvenes Romanas la educacion tan distinguida y tan cristiana que todo el mundo conoce. Despues de haber saludado el obelisco de Salústio, levantado delante de la iglesia por la magnificencia de Pio VI, entramos para ver el célebre *Descendimiento de la cruz* de Daniel Volterre. Es citado por Poussino como uno de los primeros cuadros de Roma y prueba todavía apesar de sencibles degradaciones, que el Poussino lo habia clasificado perfectamente bien. Se admira sobre todo el grupo de la Virgen Santa y de las santas mujeres, la cabeza de nuestro Señor que cae verdaderamente como cae la de un cuerpo muerto, *come corpo morto cade*, y aquel hombre subido en la escalera, tan lleno de animacion y tan maravillosamente dibujado.

La colina que recorriamos, así como el convento de las Carmelitas y Capuchinos, estaban ocupados en otro tiempo por los jardines de Lúculo, que llegaron á ser más tarde la posesion de Mesalina! ¿Por qué admirarse de que para santificar el teatro de un deleite vergonzoso y de una opulencia dos veces escandalosa, haya establecido la Providencia en ese mismo lugar á los ángeles de la pureza y á los modelos vivientes de la pobreza voluntaria, quiero decir, á las vírgenes del Carmelo y á los hijos de San Francisco? Tierno contraste que el cristiano no puede ver sin admirarlo y bendecirlo.

rra. Allí es donde, al llegar á Roma, tendreis que hacer la primera estacion.

Llegamos á las nueve al puente de Sant-Angelo, en otro tiempo puente Elico. Sobre las pilastras están colocadas, á derecha é izquierda, ángeles de tamaño colosal, y cada uno tiene en la mano alguno de los instrumentos de la pasion. El pedestal de cada estatua tiene, á guisa de inscripcion, un verso del Evangelio, análogo al instrumento de suplicio que sirvió para consumir el deicidio. Esta composicion, algun tanto pretenciosa, es del inevitable caballero Bernino. A la cabeza del puente está el castillo de Sant-Angelo, magnifico mausoleo de Adriano. Este príncipe lo mandó construir con un lujo y una solidez capaces de eclipsar el mausoleo de Augusto y de desafiar á los siglos. ¹ El muelle forma una masa redonda, cuyo diámetro actual es de 188 piés. Todo el exterior estaba ántes revestido de losas de mármol de Paros, y la plataforma estaba adornada con estatuas de hombres, de caballos y de carros. Allí se ve hoy un pequeño oratorio dedicado á San Miguel y coronado con la estatua del Arcángel, metiendo su espada en la vaina, tal como se apareció á San Gregorio Magno, en los momentos de la terrible peste de Roma. La torre estaba protegida, como lo está hoy, por un recinto cuadrangular, y el espesor de los muros era tal, que apenas deja en el interior de la rotonda el lugar suficiente para una pequeña escalera. En este vacío estrecho estaba la urna que contenia las cenizas imperiales. Desde el templo de Honorio, el muelle de Adriano fué una ciudadela. Ha conservado este destino, llegando á ser tambien una prision de Es-

¹ Sepultus est in ripa fluminis juxta pontem Ælium; illic sepulcrum conditum; jam enim Augusti monumentum repletum erat, nec quisquam amplius in eo sepeliebatur. — Dio, in *Adrian.*

tado y una prision criminal. Cuando nosotros le visitamos, se contaban en él muchos centenares de presidiarios.

Entre los cuartos superiores se nos enseñó el que habia ocupado recientemente el príncipe Luis Napoleon, hoy emperador de los franceses; así como otros prisioneros, él tambien habia grabado su nombre en la pared: "*Luis-José-Napoleon, jefe de escuadron, Octubre de 1836.*" ¡Singular destino de esta familia! Nacidos en los escalones del trono, todos sus miembros vivian hacia largo tiempo en destierro ó en cadenas.

Entre los prisioneros del Castillo de Sant-Angelo, habia uno que en otro tiempo excitaba vivamente la curiosidad de los viajeros. Este era Bernardone, el último que vivió de aquella banda de *malandri-nes* tan famosos en Italia á principios de nuestro siglo. ¹ Su historia merece ser conocida, y voy á referirla tal como la he sabido en Roma por un frances, testigo ocular de los acontecimientos. Una cuadrilla de bandidos, verdaderos tipos de ese género que tan frecuentemente describen los viajeros, se habia establecido en las montañas que separan el reino de Nápoles de los Estados pontificios. Se componia de cerca de treinta individuos resueltos y armados hasta los dientes, y formaba, bajo la direccion de un jefe absoluto, una tropa perfectamente disciplinada. Era tanto más temible cuanto que conocia hasta los últimos senderos, todas las avenidas y todas las cavernas de aquellas selvas casi inaccesibles. En vano se habia enviado en su persecucion escuadras de carabineros y aun tropas de línea; siempre se escapaba de todos los ataques, y el terror que inspiraba á las poblaciones iba siempre en aumento.

¹ Bernardone habia sido trasladado á Civita-Vecchia.

Para tener víveres, imponia contribuciones á las haciendas y á las aldeas. "Tal dia, á tal hora, decia el jefe á los habitantes, depositareis en tal lugar, tal cantidad de pan, de vino, de dinero, etc., y si no lo haceis, el fuego consumirá vuestras casas. Ademas, si os atreveis á tocar á nuestras mujeres y á nuestros hijos, ó á tomarlos en rehenes, debeis esperar sangrientas represalias." Este era el sistema de los bandidos españoles. Los campesinos, aterrados, suministraban dócilmente á sus enemigos los medios de seguir asolando el país. No se sabia ni cómo ni cuándo acabaria aquel azote, cuando un cura de la vecindad, anciano venerable, que tenia el pesar de contar entre los bandidos á muchos de sus feligreses, resolvió hacer una tentativa. Animado por el ejemplo de San Juan, que corrió, á pesar de su edad, en busca de un jóven ladrón, el buen pastor se decide á penetrar, con riesgo de su vida, hasta la guarida de los malhechores. Se encomienda á Dios, toma su baston y su breviario, y se encamina por la noche hácia la temible montaña. Con increíbles fatigas llega á lo más profundo de la selva al borde de una escarpada barranca. "¿Quién vive?" le grita una voz terrible que salia de la orilla opuesta. —Hijos míos, exclama el sacerdote, no vengo á haceros mal. Quiero vuestro bien; dejadme acercar; yo soy el cura de N.; estoy solo y sin armas. Debeis conocerme; entre vosotros hay muchos á quienes he bautizado y á quienes he tenido en mis rodillas."

Uno de los bandidos se desprende, mientras el otro, con la carabina en la mano, está con el sacerdote á cierta distancia. Llega la noticia al cuartel general; allí, unos quieren que se deje pasar al sacerdote, otros se oponen á ello. El jefe corta la cuestion y manda decir al anciano que puede venir; pero que quedará en rehenes, hasta que esté bien cierto de que su

expedicion no cubre algun lazo, y que pagará con su cabeza el menor mal que haga á la tropa. El sacerdote acepta con gusto, y escoltado por dos bandidos llega al cuartel general. Este era una especie de esplanada baja, estrecha, rodeada de una doble muralla, de árboles copudos y de rocas cavernosas. Los bandidos estaban sentados alrededor de una ancha hoguera casi apagada. Sus ennegrecidos rostros, sus largas barbas, sus feroces miradas, sus puñales, sus terribles carabinas, el desorden de un vivac mezclado á todo aquel aparato del bandido de los Abruzzos era de tal naturaleza, que haria temblar al hombre más intrépido. A este espectáculo el buen padre se puso á llorar. "¿Qué quereis? ¿qué habeis venido á hacer aquí? le pregunta el jefe. ¡Hijos míos, les dijo el anciano, yo soy vuestro padre, y he querido veros, para deciros cuán afligido estoy! ¡qué vida es la vuestra! ¡en qué estado está vuestra alma!... Mientras que vuestros padres y vuestras madres, vuestros amigos, toda Italia, y hasta el mundo entero se apresura á aprovecharse del año santo, haciendo penitencia, vosotros multiplicais vuestros pecados!... Hijos míos, ¿en qué pensais? ¿sereis los únicos que rehusareis el perdon que se os ofrece? ¿No estais cansados aún del crimen? Creedme, carísimos hijos, ya es tiempo de conteneros; he venido á buscaros para llevaros al redil."

A las palabras paternales del buen anciano, los bandidos se miran unos á otros admirados. El jefe rompe el silencio, y dice: "Si nos perdonan, dejaremos la vida que llevamos; pero ya sabemos lo que nos sucederá; así, si todo ha de ser morir, queremos mejor morir aquí que en el patíbulo. —Yo na la puedo prometeros, responde el sacerdote; nadie me ha enviado; pero si se os permitiera volver á entrar en sociedad, ¿viviríais como buenos cristia-

nos?—¡No se nos concederá!—Iré á ver al Santo Padre, pediré gracias para vos otros y volveré; hijos míos, yo os ruego que reflexionéis; pensad en vuestra alma.» En seguida vendaron los ojos al sacerdote, y dos bandidos condujeron al anciano al pié de las montañas. Sin perder un instante se trasladó el buen anciano á Roma. Informa al Papa de lo que pasa; se reúne la Comisión de justicia y queda decidido que el sacerdote vuelva cerca de los ladrones y les prometa que sus vidas quedarán en salvo, pero en cuanto á lo demás, deberán acogerse á la clemencia del Santo Padre.

Vuelve á ponerse en marcha el anciano, llega á donde están los bandidos, y les participa la decisión del Soberano Pontífice. Les suplica que no pierdan esta ocasión, única de volver á entrar en buen camino. «Después de todo, hijos míos, les dijo, ¿no es mejor ser condenados aquí en la tierra á algunos años de prisión, que ser precipitados por toda la eternidad á las llamas del infierno?» ¡Oh admirable poder de la fe sobre las almas abandonadas! A estas palabras, los bandidos se dieron por vencidos. «Yo mismo os voy á acompañar,» les dijo el buen pastor. Pónese en marcha, y Roma vió un día á aquel venerable sacerdote pasar sus muros y atravesar sus calles, seguido de treinta bandidos, ayer terror de la Italia y hoy mansos como corderos. Se dirige luego al castillo Sant-Angelo; allí fueron juzgados aquellos bandidos y condenados, unos á prisión temporal y otros á prisión perpetua. Esto pasaba en 1825, en el año del gran Jubileo. Este acontecimiento, conocido por Roma entera, confirmó de nuevo la observancia que yo había tenido ocasión de hacer en Génova y en Florencia, á saber: que la Edad Média con su doble carácter de fe vigorosa y de pasiones terribles, rei-

na todavía en las poblaciones italianas. ¡Oh! sí; désenos la fe, y no desesperaremos de nada; con ella, hasta las piedras se convierten en hijos de Abraham 1.

A poca distancia del castillo de Sant-Angelo, se encuentra la bella iglesia de Santa María *in Traspontina*: entramos á ella para visitar dos monumentos del martirio de San Pedro y de San Pablo. A la izquierda, en las capillas laterales, están dos columnas de mármol blanco con vetas rojas, y que tienen de altura cerca de 5 piés. A ellas fueron atados los gloriosos apóstoles para sufrir la flagelación, que según las leyes romanas, precedían al suplicio de los esclavos y de los extranjeros. Se cree con fundamento que estas dos columnas estaban en el *Comitium* de que hemos hablado, en el Forum romano. En la primera se lee: *Hæc est columna ad quam ligatus fuit S. Petrus, flagellatus et verberatus, Nerone imperante.* «Esta es la columna á la cual fué atado San Pedro, azotado y golpeado, por orden de Nerón.» La segunda tiene la misma inscripción, con solo la diferencia del nombre del Apóstol: *Hæc est columna ad quam ligatus fuit S. Paulus, flagellatus et verberatus, Nerone imperante.* Esta era la cuarta vez por lo ménos, que el gran Apóstol sufría, á pesar de su calidad de ciudadano romano, el suplicio de la flagelación 2; tan cierto así es, que tratándose de los cristianos, se permitió siempre violar las leyes. Después de haber besado con amor aquellos monumentos venerables de nuestra fe, nos dirigimos hácia el Vaticano.

Es preciso subir á las galerías de la cúpula, para tener una débil idea del gigantesco monumento llamado San Pedro de Roma. Así es; las catorce estatuas de

1 Está referido un hecho semejante en la vida del cardenal Baronio, lib. III, c. 2. p. 134.

2 *Ter virgis cæsus sum II. Cor., XI, 25.* «Tres veces he sido azotado con varas.»

Nuestro Señor, de San Juan Bautista y de los doce Apóstoles que adornan la gran fachada de la iglesia, parecen, vistas desde la plaza, que son de un tamaño natural; os acercáis á ellas y os encontráis con que tienen diez y siete piés de altura! Las cumbres de la gran nave son como plataformas, y cree uno soñar al ver allí casas, una fuente, coches y no sé cuántas otras cosas de que no se puede dudar. En estas mansiones aéreas viven una parte de los *Pietrini*, es decir, obreros de todo género que se ocupan en la conservación del monumento; su número pasa de trescientos cincuenta. Por una magnífica rampa se llega á la primera galería de la cúpula, que está colocada inmediatamente arriba de las letras: *Tu es Petrus*, etc. El contorno interior de esta galería tiene 200 pasos, y las letras, que desde la nave parecen tener 6 pulgadas de altura, tienen en realidad 5 piés y medio. Estando ya en la segunda galería, se pueden admirar con toda comodidad los magníficos mosaicos cuya riqueza y cuyo brillo dan una idea de los resplandores de la Iglesia triunfante, representada en todas las paredes de la cúpula; la Iglesia militante aparece á su vez, cuando hundiendo las miradas hasta el ciprés de San Pedro, se hace memoria de que aquellas columnas, hechas con el bronce del Pantheon de Agrippa, están llenas con huesos de mártires. La base y la coronación del edificio ha encantado la vista; la impresión es completa. Desde allí se ve, no lejos de la tumba apostólica, el altar de los Santos Proceso y Martiniano, carceleros de San Pedro y de San Pablo en la prisión Mamertina; y se comprende el espíritu de una religión que reúne en un mismo templo y tributa iguales honores á verdugos y á víctimas! En efecto; á los ojos de Dios, la sangre vertida por la fé borra todas las distinciones, borrando todos los pecados.

Continuando en subir, se llega por fin al paso que comunica la linterna con el interior de la bola: *hæc opus, hæc labor*. Delante de vosotros está suspendida verticalmente una estrecha y larga escalera de fierro, colocada en el centro de un tubo, que á ser más ancho, podría tomarse por la traqui-arteria de una ballena; Jonás no necesitó quitarse sus vestidos para penetrar á su prisión viviente; ménos favorecidos son los visitantes de la *Palla*. Todo aquel que pase de un cierto diámetro, tiene que entablar divorcio con su capa, su paletot y hasta con su levita; debe tenerse por feliz si la epidermis, fuertemente oprimida, no deja ver después de la difícil ascension alguna solución de continuidad. Este espectáculo tragi-cómico se nos presentó. Uno de nuestros compañeros de peregrinación, *gentleman*, gentilhomme de ancho abdomen, se despoja de sus vestidos, detiene el restuello, se adelgaza lo más que era posible, é intenta el paso. ¡Insuficientes medidas! Detenido en la bella mitad de su carrera aérea, no puede ni avanzar ni retroceder. Cada cual se cree en el deber de desprenderle; unos le jalan de los piés, otros de los brazos, y á no ser por el honor de poder decir *he subido á la bola*, yo afirmo que él hubiera querido estar á cien leguas de lo que llamaba, con grandes carcajadas de risa universales, una horrible ratonera. Es preciso convenir en que semejante honor no es cualquiera cosa, puesto que allí se ven inscritos en placas de mármol los nombres de los personajes ilustres que han entrado á la *bola*; nosotros entramos á ella orgullosos. Calculando el espacio que ocupábamos, encontramos que la *bola* puede alojar, á todo rigor, treinta personas; además, como nosotros no éramos más que nueve, se comprenderá que estábamos muy cómodos. Me paré en la punta de los piés y apenas alcanzaba, con el índice extendido, á tocar

la parte superior de aquel cuarto de cobre doado. Cuando se ve uno sobre los aires á la altura de 424 piés; cuando se piensa en que sobre la cabeza está la cruz y en que un pedazo del árbol sagrado del Calvario domina todo aquel monumento que proclama la victoria del cristianismo y la profunda misericordia del Dios Salvador, el viajero cristiano entona involuntariamente el *Gloria in excelsis* y luego el *Credo*. Después de Bethlehem, la *Palla* de San Pedro de Roma es tal vez el lugar del mundo en donde este doble canto produce una impresión más viva y más satisfactoria.

El panorama verdaderamente magnífico de que gozábamos, nos presentaba otra compensación. Entre los puntos curiosos del vasto cuadro, nuestras miradas se fijaron con avidez en el cementerio de los Peregrinos, que está situado á la izquierda de San Pedro, no lejos del Santo Oficio. Cuando se sepa de qué tierra está formado y cuál es su destino, se comprenderá cuán legítima era nuestra curiosidad. Juidas, acosado por los remordimientos, después de su traición devolvió á los sacerdotes las treinta monedas, precio sacrilego de la sangre inocente. El Sanhedrin decidió que con ellas se comprara el campo de un alfarero para sepultar á los peregrinos: *In sepulturam peregrinorum*. Pues bien; ¡sí, Judíos deicidas, vosotros seréis profetas! La emperatriz Elena, al visitar los santos lugares, mandó trasladar á Roma la tierra del *Haceldama*; y para verificar hasta el fin de los siglos la palabra profética, la Iglesia mandó hacer con aquella tierra un cementerio reservado á los peregrinos, *in sepulturam peregrinorum*. 1

1 Fraudulenter principes sacerdotum cogitaverant et decreverant illius pecunie summam in vilissimæ et abjectissimæ rei usum expendere, in sepulturam scilicet militum aliorumque pauperum et ignobilium gentilium; ut hac ratione Christi memoriam ad necem empti, et suam ipsorum impietatem emptione sepulture sepeli-

18 DE ENERO.

El Trastevere. —Puente Fabricio. —Isla de Tiber. —Puente Costio. —Recuerdos paganos. —Monumentos cristianos. —Martirio de Santa Cecilia; su tumba. —Su cuarto de baño. —Mosaicos de la ábside y del coro. —Reliquias. —Vaso del Pórtico. —San Francisco a Ripa. —Cámara de San Francisco. —Claustro del convento.

Habíamos estudiado todos los cuarteles de Roma que están rodeados por el Tiber; nos faltaba visitar la region que se encuentra más allá del rio y que por esta razon se llama el Trastevere. Llegamos á él por el puente *De' Quattro-Capi*, ántes puente *Fabricio*. Fué edificado con madera en los primeros tiempos de la república y construido con piedra por Fabricio, *cuidador de caminos*, algun tiempo después de la conjuración de Catilina. La inscripción colocada en el arco, no deja duda á este respecto:

L. FABRICIVS C.—F. QVR. VIAR. FACIVNDVM
COERAVIT. IDEMQUE PROBAVIT
Q. LEPIDVS. M.—F. M. LOLLIVS. M.—F. COS.
S. C. PROBAVERVNT.

rent Sed aliter Dei Providentia factum; ager quippe ille emptus æternum monumentum factus est sceleris ipsorum.—Novarim. in Math., c. XXVII.

Nam cum jussu imperatricis Helenæ, de hoc agro, quantum terræ plures naves capere poterant. Romam ex-ctam, ac juxta montem Vaticanum in eum locum exoneratum sit, quem incolæ *Campum Sanctum* vocitant, licet cœlum mutarit, eandem tamen retinere vim quotidiana experientia docet, Romanos enim respuens, sola peregrinorum corpora ad sepulturam admittit: quorum etiam hic omnem carnis substantiam intra viginti quatuor horas prorsus consumit, ossibus tantum residuis.—Adrichom. *Descript. Jerosol.*; p. 173, n. 216. Vide etiam Brochardum, Nicephorum, Bredembachium, Salignacum, etc.—Sæpius Romæ vidi et visi *Campum Sanctum*, ac ita serem habere ab ipso loci parochæ ejusque assecclis et Romanis cæteris audivi—Cornel. a Lapid. in XXVII Math., p. 618, n. 8.

Se le llamaba vulgarmente *De' Quattro-Capi*, de las Cuatro-Cabezas, á causa de una estatua de Jano de Cuatro-Frentes, que se ve á la entrada de la plaza. Este puente conduce á la isla del Tiber, tan célebre en la historia de Roma pagana y de Roma cristiana. Allí se levantaban el templo de Júpiter Lycaoniano y el templo más famoso de Esculapio. Roma, asolada por la peste, mandó embajadores á Epiro conforme con los oráculos sybilinos y con órden de traer al dios de Epidauró. Fué llevada á Roma una monstruosa serpiente y colocada en la isla del Tiber, en donde tuvo su templo, sus sacerdotes y sus altares. 1 Los enfermos iban en masa á pedirle salud; y los romanos, para no tomarse el trabajo de cuidar á sus esclavos viejos y enfermos, los mandaban con el pretendido dios á fin de que los curase. Este era un medio cómodo de desembarazarse de ellos. 2 En la isla del Tiber se encuentra una de aquellas bellas armonías que Roma presenta á cada paso al atento viajero. Desde luego, en el mismo lugar en donde los señores del mundo adoraban la antigua serpiente, hoy reina en su gloriosa tumba uno de los doce pescadores galileos que echaron por tierra la idolatría; allí se levanta la bella iglesia de San Bartolomé en la isla. En seguida, alrededor de los restos sagrados del Apóstol, en los edificios arruinados que alojaron á los sacerdotes de Esculapio, se extiende el hospicio de los hermanos de San Juan de Dios, tan queridos de los enfermos y de los pobres de Roma. No lejos del templo de Júpiter estaban el edículo de Fauno; luego la estatua de Simon el Mago, colocada en el número de los dioses del imperio. 3 Bajo Tiberio, la isla del Tiber, testigo de la

agonía de los esclavos abandonados, lo llegó á ser también de las angustias de las personas de distinción á quienes condenaba á muerte el capricho y la crueldad del feroz César; allí esperaban durante un mes entero, la ejecución de sus sentencias. 1 A los paganos sucedieron nuestros padres en la fe, y una multitud de mártires purificaron con su sangre aquella tierra tantas veces mojada con ella. El antiguo puente Céstio une la isla del Tiber con el *Trastevere*. Este, que es el barrio Saint-Marceau y la calle Mouffetard de Roma, fué habitado largo tiempo por solo el pueblo y los judíos. 2 Augusto edificó en él un cuartel para los soldados de marina que pertenecían á la flota de Ravena; los que formaban parte de la flota de Mysena, tenían su alojamiento en la tercera region, cerca del monte Célio. Allí se encontraban los prados de Múcio Scévola, dado á él en recompensa por el pueblo romano; los campos de L. Quincio, y en fin, los cuatro campos de Cincinato. 3 ¿Cuál parte del Trastevere ocupaban aquellos lugares históricos? No se sabe. La opinion más comun coloca los primeros en las cercanías de Santa Cecilia y de San Francisco a Ripa. El cuartel transtiberino encierra todavía otros recuerdos de que hablaré en el órden en que se vayan presentando.

Entre los monumentos cristianos que llaman al viajero más allá del Tiber, es preciso poner desde luego la iglesia de Santa Cecilia. 4 Bajo el reinado de Alejandro Severo, vivía una jóven cristiana llamada Cecilia, más distinguida por su angélica virtud que por la nobleza de su origen y por el brillo de su belleza. Vale-

1 Sidon., lib. I. Hepist. 7.
2 Phil., de Legat ad Caim: Bar., *Annal.*, t. 1.
3 Cincinnato arant quatuor sua jugera, etc.—Plin., lib. XVIII, c. III.
4 Santa Marria Nova.

1 Epitomat. Livii, lib. XXIX, c. IV.
2 Suet. in Claud., c. XXV.
3 Euseb., Hist. eccl., lib. II, c. XII; Just. Apol. 1.

la parte superior de aquel cuarto de cobre doado. Cuando se ve uno sobre los aires á la altura de 424 piés; cuando se piensa en que sobre la cabeza está la cruz y en que un pedazo del árbol sagrado del Calvario domina todo aquel monumento que proclama la victoria del cristianismo y la profunda misericordia del Dios Salvador, el viajero cristiano entona involuntariamente el *Gloria in excelsis* y luego el *Credo*. Después de Bethlehem, la *Palla* de San Pedro de Roma es tal vez el lugar del mundo en donde este doble canto produce una impresión más viva y más satisfactoria.

El panorama verdaderamente magnífico de que gozábamos, nos presentaba otra compensación. Entre los puntos curiosos del vasto cuadro, nuestras miradas se fijaron con avidez en el cementerio de los Peregrinos, que está situado á la izquierda de San Pedro, no lejos del Santo Oficio. Cuando se sepa de qué tierra está formado y cuál es su destino, se comprenderá cuán legítima era nuestra curiosidad. Juidas, acosado por los remordimientos, después de su traición devolvió á los sacerdotes las treinta monedas, precio sacrilego de la sangre inocente. El Sanhedrin decidió que con ellas se comprara el campo de un alfarero para sepultar á los peregrinos: *In sepulturam peregrinorum*. Pues bien; ¡sí, Judíos deicidas, vosotros seréis profetas! La emperatriz Elena, al visitar los santos lugares, mandó trasladar á Roma la tierra del *Haceldama*; y para verificar hasta el fin de los siglos la palabra profética, la Iglesia mandó hacer con aquella tierra un cementerio reservado á los peregrinos, *in sepulturam peregrinorum*. 1

1 Fraudulenter principes sacerdotum cogitaverant et decreverant illius pecunie summam in vilissimæ et abjectissimæ rei usum expendere, in sepulturam scilicet militum aliorumque pauperum et ignobilium gentilium; ut hac ratione Christi memoriam ad necem empti, et suam ipsorum impietatem emptione sepulture sepeli-

18 DE ENERO.

El Trastevere. —Puente Fabricio. —Isla de Tiber. —Puente Costio. —Recuerdos paganos. —Monumentos cristianos. —Martirio de Santa Cecilia; su tumba. —Su cuarto de baño. —Mosaicos de la ábside y del coro. —Reliquias. —Vaso del Pórtico. —San Francisco a Ripa. —Cámara de San Francisco. —Claustro del convento.

Habíamos estudiado todos los cuarteles de Roma que están rodeados por el Tiber; nos faltaba visitar la region que se encuentra más allá del rio y que por esta razon se llama el Trastevere. Llegamos á él por el puente *De' Quattro-Capi*, ántes puente *Fabricio*. Fué edificado con madera en los primeros tiempos de la república y construido con piedra por Fabricio, *cuidador de caminos*, algun tiempo después de la conjuración de Catilina. La inscripción colocada en el arco, no deja duda á este respecto:

L. FABRICIVS C.—F. QVR. VIAR. FACIVNDVM
COERAVIT. IDEMQUE PROBAVIT
Q. LEPIDVS. M.—F. M. LOLLIVS. M.—F. COS.
S. C. PROBAVERVNT.

rent Sed aliter Dei Providentia factum; ager quippe ille emptus æternum monumentum factus est sceleris ipsorum.—Novarim. in Math., c. XXVII.

Nam cum jussu imperatricis Helenæ, de hoc agro, quantum terræ plures naves capere poterant. Romam ex-ctam, ac juxta montem Vaticanum in eum locum exoneratum sit, quem incolæ *Campum Sanctum* vocitant, licet cœlum mutarit, eandem tamen retinere vim quotidiana experientia docet, Romanos enim respuens, sola peregrinorum corpora ad sepulturam admittit: quorum etiam hic omnem carnis substantiam intra viginti quatuor horas prorsus consumit, ossibus tantum residuis.—Adrichom. *Descript. Jerosol.*; p. 173, n. 216. Vide etiam Brochardum, Nicephorum, Bredembachium, Salignacum, etc.—Sæpius Romæ vidi et visi *Campum Sanctum*, ac ita serem habere ab ipso loci parochæ ejusque assecclis et Romanis cæteris audivi—Cornel. a Lapid. in XXVII Math., p. 618, n. 8.

Se le llamaba vulgarmente *De' Quattro-Capi*, de las Cuatro-Cabezas, á causa de una estatua de Jano de Cuatro-Frentes, que se ve á la entrada de la plaza. Este puente conduce á la isla del Tiber, tan célebre en la historia de Roma pagana y de Roma cristiana. Allí se levantaban el templo de Júpiter Lycaoniano y el templo más famoso de Esculapio. Roma, asolada por la peste, mandó embajadores á Epiro conforme con los oráculos sybilinos y con órden de traer al dios de Epidauró. Fué llevada á Roma una monstruosa serpiente y colocada en la isla del Tiber, en donde tuvo su templo, sus sacerdotes y sus altares. 1 Los enfermos iban en masa á pedirle salud; y los romanos, para no tomarse el trabajo de cuidar á sus esclavos viejos y enfermos, los mandaban con el pretendido dios á fin de que los curase. Este era un medio cómodo de desembarazarse de ellos. 2 En la isla del Tiber se encuentra una de aquellas bellas armonías que Roma presenta á cada paso al atento viajero. Desde luego, en el mismo lugar en donde los señores del mundo adoraban la antigua serpiente, hoy reina en su gloriosa tumba uno de los doce pescadores galileos que echaron por tierra la idolatría; allí se levanta la bella iglesia de San Bartolomé en la isla. En seguida, alrededor de los restos sagrados del Apóstol, en los edificios arruinados que alojaron á los sacerdotes de Esculapio, se extiende el hospicio de los hermanos de San Juan de Dios, tan queridos de los enfermos y de los pobres de Roma. No lejos del templo de Júpiter estaban el edículo de Fauno; luego la estatua de Simon el Mago, colocada en el número de los dioses del imperio. 3 Bajo Tiberio, la isla del Tiber, testigo de la

agonía de los esclavos abandonados, lo llegó á ser también de las angustias de las personas de distinción á quienes condenaba á muerte el capricho y la crueldad del feroz César; allí esperaban durante un mes entero, la ejecución de sus sentencias. 1 A los paganos sucedieron nuestros padres en la fe, y una multitud de mártires purificaron con su sangre aquella tierra tantas veces mojada con ella. El antiguo puente Céstio une la isla del Tiber con el *Trastevere*. Este, que es el barrio Saint-Marceau y la calle Mouffetard de Roma, fué habitado largo tiempo por solo el pueblo y los judíos. 2 Augusto edificó en él un cuartel para los soldados de marina que pertenecían á la flota de Ravena; los que formaban parte de la flota de Mysena, tenían su alojamiento en la tercera region, cerca del monte Célio. Allí se encontraban los prados de Múcio Scévola, dado á él en recompensa por el pueblo romano; los campos de L. Quincio, y en fin, los cuatro campos de Cincinato. 3 ¿Cuál parte del Trastevere ocupaban aquellos lugares históricos? No se sabe. La opinion más comun coloca los primeros en las cercanías de Santa Cecilia y de San Francisco a Ripa. El cuartel transtiberino encierra todavía otros recuerdos de que hablaré en el órden en que se vayan presentando.

Entre los monumentos cristianos que llaman al viajero más allá del Tiber, es preciso poner desde luego la iglesia de Santa Cecilia. 4 Bajo el reinado de Alejandro Severo, vivía una jóven cristiana llamada Cecilia, más distinguida por su angélica virtud que por la nobleza de su origen y por el brillo de su belleza. Vale-

1 Sidon., lib. I. Hepist. 7.
2 Phil., de Legat ad Caim: Bar., *Annal.*, t. 1.
3 Cincinnato arant quatuor sua jugera, etc.—Plin., lib. XVIII, c. III.
4 Santa Marria Nova.

1 Epitomat. Livii, lib. XXIX, c. IV.
2 Suet. in Claud., c. XXV.
3 Euseb., Hist. eccl., lib. II, c. XII; Just. Apol. 1.

riano, oficial del emperador, nacido en el paganismo, pide su mano. Cecilia, inspirada por la gracia, acepta la proposición, convierte á su prometido, y ambos prometen al Señor una continencia perpetua. Tiburcio, hermano de Valeriano, cede también á las dulces exhortaciones de su cuñada, y recibe el bautismo. El ruido de esta doble victoria se extiende por todas partes, y los neófitos quedan desde luego arrebatados. El centurion Máximo, que les conduce al suplicio, se conmueve tanto con sus palabras y su valor, que también se convierte, y condenado al punto, mezcla su sangre con la sangre de sus prisioneros.

Quedaba todavía la jóven heroína, principal instrumento de aquellos triunfos. Se dió orden de mandarla buscar; los perseguidores se trasladan más allá del Tíber á la casa de Cecilia, que está condenada á muerte. Por consideración á su alto nacimiento, se empleó, para hacerla espirar, un género de suplicio conocido de los romanos cuando se trataba de las mujeres, y sobre todo de las mujeres de calidad. Fué encerrada en el *sudatorium* de sus baños. Esta pieza, que se encuentra en todos los baños, y cuyo modelo se ve todavía en Pompeya, estaba herméticamente cerrada y se calentaba por medio de un calorífico. Se fué elevando de tal modo el foco, que la santa debía ser sufocada en pocas horas; mas no sucedió así, y al cabo de tres dias, salió llena de vida de su ardiente tumba. Entonces el juez mandó cortarla la cabeza; el verdugo descargó tres golpes, que sea por refinamiento de crueldad de parte del tirano, sea por efecto de un milagro, la dejaron vivir durante tres dias. La heroína mártir se aprovechó de este tiempo para seguir su misión. Un gran número de paganos se convirtieron y recibieron en la misma casa de Cecilia la gracia del bautismo de manos del

papa San Urbano, y fué restaurada por San Gregorio Magno; y esta iglesia, ya por esto tan venerable, lo llegó á ser mucho más aún bajo el reinado de San Pascual.

Los cuerpos de los santos mártires habían sido sepultados en las catacumbas de Pretextado; pero se ignoraba el lugar de sus sepulcros. Cecilia lo dió á conocer al vicario de Jesucristo, quien despues de largas investigaciones, llegó á descubrirlo. El *loculus* de Santa Cecilia contenia el cuerpo de la ilustre mártir, envuelto en vestidos bordados de oro, teñidos en su sangre; á sus piés habia lienzos enrollados, igualmente empapados en sangre. Los cuerpos de San Valeriano, de Tiburcio, de Máximo, y de los papas San Urbano y San Luciano, fueron también encontrados por el dichoso Pontífice. En los dias de sus triunfos, Roma pagana no estalló jamas con una alegría igual á la de Roma cristiana, cuando entraron dentro de sus muros los gloriosos vencedores de la idolatría. Todos fueron depositados en la iglesia de Santa Cecilia, la cual mandó reedificar enteramente San Pascual, á fin de hacerla más digna del sagrado depósito que ella debía guardar.

Enriquecidos con aquellos conocimientos, reclamados por el espíritu, y sobre todo por el corazón del viajero cristiano, entramos á la iglesia tantas veces monumental. Abajo de los escalones del coro se abre la cripta venerable en donde descansa el cuerpo de Santa Cecilia. Está en una caja de ciprés, encerrada dentro de otra de plata, cuyo valor es de cuatro mil doncientos noventa y dos escudos de oro; este homenaje del papa Urbano II, ha sido milagrosamente conservado por intercesion de la santa mártir. La bella estatua de mármol blanco, de Estéban Maderne, representa á la santa acostada de lado, como fué encontrada cuando en el siglo

XVI el cardenal Sfondrat abrió su sepulcro. Este príncipe de la Iglesia, titular de Santa Cecilia, enriqueció la confesion de la ilustre mártir con noventa lámparas de plata que arden dia y noche; y su iglesia, con una gran cantidad de insignes reliquias, de que hablaremos muy pronto.

Despues de haber orado en la tumba de la heroína de la fe, quisimos ver el lugar de su triunfo. Está éste en frente de la sacristía, y puede tener 18 piés de longitud y 6 de latitud. En el fondo existen las mismas paredes, las mismas dimensiones, el mismo pavimento de mosaico hollado por los piés desnudos de la santa y de sus verdugos. A fin de que nada falte á la veneracion del peregrino en el inmortal *sudatorium*, hay una reja de hierro que señala el lugar ocupado por el fogon y por la caldera de donde se desprendia el vapor homicida. Si nuestros turistas estuviesen en el cuarto en donde Sócrates bebió la ciente, no agotarían sus impresiones; y se querria que el cristiano quedase mudo é insensible en aquellos lugares consagrados por la muerte muy más heroica de sus padres, de sus hermanos, de sus hermanas en la fe? Pero la pluma no puede expresarlas; al corazón toca sentir las.

Tal es en parte la gloria interior de la iglesia de Santa Cecilia; su gloria exterior brilla en las pinturas que la adornan. En el pórtico se ve, por una parte, á la santa revelando el lugar de su sepulcro al papa Pascual, y por otra, la traslacion de sus reliquias al santuario que le está consagrado. Este monumento del arte es de gran interes; pero ha sufrido y es de desearse que se le traslade á un lugar en donde cese de estar expuesto á las injurias del tiempo, sin lo cual dentro de muy poco casi nada quedará de él.

Un soberbio mosaico adorna el arco absidal y el coro de la iglesia. En el centro del arco aparece la Reina de las vírgenes

sentada en un brillante trono de pedrería. En el regazo de su divina Madre, está en pié el Niño Jesus, con el rostro vuelto hácia el espectador. A la derecha y á la izquierda del trono de María están parados dos ángeles con las alas extendidas. Mas léjos vienen por uno y otro lado cinco vírgenes coronadas, vestidas con lienzos flotantes llevando en sus manos, cubiertas por un velo, especie de panes redondos, símbolo del trabajo y de la caridad. Entre cada vírgen se levanta una palmera cuyas ramas son atributo de la victoria. ¿Podia estar mejor colocada que en un dibujo consagrado á la gloria de una vírgen mártir? En los extremos del arco se dibujan dos ciudades adornadas con lámparas suspendidas en las puertas, Bethleem y Jerusalem, de donde salieron la vida, la salvacion, la luz del género humano, y de donde en cierto sentido, deben salir todos los hombres para llegar al trono de Dios en la patria celestial.

Abajo del arco, veis en la cúspide de las pilastras á dos personajes vestidos con grandes ropajes levantando cada uno una corona, hácia el trono de la Reina de los ángeles y de los hombres. Los doce Apóstoles representan aquí en toda la duracion de su existencia, á la Iglesia católica que se reconoce humildemente deudora de sus victorias y de su inmortalidad á la Reina de los cielos; tales son las misteriosas y magníficas pinturas del arco triunfal. El coro no es ménos rico. En el punto más elevado, en medio de dos soberbias guirnaldas que forman un cuadro, brilla el monograma del papa S. Pascual P, P. Desde lo alto del cielo aparece la mano misteriosa, emblema de la Divinidad, depositando una corona de diamantes en la cabeza de Nuestro Señor que está en pié. El Salvador tiene con la mano izquierda un libro enrollado y con la derecha bendice á la manera de los Griegos, es decir, que el pulgar

y el dedo anular están reunidos, mientras los demás están extendidos. Se sabe que los Latinos bendicen extendiendo el pulgar, el índice y el dedo del centro, y cierran los demás. De una y otra manera, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente proclaman el misterio de la Santa Trinidad. Mas no es éste el único mérito de la particularidad que señalamos; ella prueba también que los mosaicos de Santa Cecilia son obra de un artista griego y que son de la época remota á que se refieren.

A la derecha del Salvador se ve á San Pablo, cuya mano derecha cuelga naturalmente, mientras con la izquierda, apoyada en su pecho, tiene un libro, símbolo de la doctrina. El gran Apóstol está seguido de una joven virgen que lleva el traje de las emperatrices, con collares de diamantes alrededor del cuello, y la aureola circular adorna su cabeza enriquecida con una corona de perlas. Esta virgen es Santa Agata, cotitular de la basílica. A su derecha viene el papa San Pascual, que lleva consigo el modelo de la iglesia, y tiene en la cabeza la aureola cuadrangular, signo distintivo de los personajes vivos. Detrás de él una palmera desenvuelve sus ramas majestuosas, entre las cuales se ve un fénix, emblema de la resurrección. A la izquierda de Nuestro Señor aparece San Pedro teniendo las llaves y acompañado de San Valeriano y de Santa Cecilia, llevando uno y otra en sus manos la corona comprada á precio de su sangre. El centro de la orilla inferior presenta el Cordero de Dios, que tiene en la cabeza el monograma de Nuestro Señor; de cada lado vienen seis corderos hácia él, y salen de dos ciudades semejantes por el modelo á aquellas de que ya hemos hablado ¹.

El conjunto armonioso de la composición, la sencillez, la energía, ó por mejor decir, la transparencia de los emblemas, la

¹ Ciamp. monim veter., t. II. c. 26.

magnificencia de las decoraciones y el brillo de los colores, hacen de aquel mosaico uno de los más bellos monumentos de nuestra antigüedad religiosa. ¡Qué diferencia entre esta manera sencilla, fácil, sublime de los artistas cristianos y la de nuestros artistas modernos! ¿De dónde viene que éstos últimos no tienen bastante gusto para ir á buscar sus modelos religiosos en nuestros siglos de fe? Como la mayor parte de las iglesias de Roma, Santa Cecilia es, no solamente un museo y una galería, sino también un relicario. Sería un trabajo muy largo enumerar los santos y los mártires, cuyos venerables restos, recogidos por el cardenal Sfondrat, enriquecen la santa basílica. Baste saber que todos los órdenes de bienaventurados tienen aquí sus representantes, como para felicitar á la ilustre virgen, por su glorioso triunfo, para afirmar también la fe del peregrino, reanimar su valor y muchas veces hacerle avergonzar de su pusilanimidad.

Al salir de la iglesia conviene examinar en el antiguo átrio, uno de aquellos grandes vasos de mármol, llamados *canthari*, que servían de fuente para la ablución de los fieles. El de Santa Cecilia está bien conservado y recuerda, por el uso á que estaba destinado, el religioso temor y la inocencia sin mancha que nuestros padres se empeñaban en llevar al templo santo.

¡Singular destino de los lugares en que estamos! Antiguos testigos del valor de Múcio Scévola, fueron precio de su abnegación ¹; y convertidos bajo el cristianismo en el teatro de una abnegación más noble, están consagrados á perpetuar su recuerdo. El heroísmo de la virginidad y del martirio, y el heroísmo acaso igualmente

¹ Aquí estaban, como es sabido, los prados de los cuales la república hizo un presente á Múcio Scévola por precio de su valor. Se cree que en el lugar mismo en donde se encuentra el *Ponte rotto*, allí tuvo lugar el acto heroico del célebre Romano.

grande de la pobreza y de la humillación voluntarias, reciben allí los homenajes que merecen. A Clélia y á Múcio Scévola suceden Santa Cecilia y San Francisco de Asís, cuyas virtudes, inspiradas por la fe, han conquistado para su gloria aquella parte del Trastévère. Una corta distancia nos separaba de la iglesia de *San Francisco á Ripa*. En el fondo de esta humilde morada, está un pequeño santuario desde donde se exhala no sé qué perfume de santidad que penetra y que embalsama el alma y los sentidos; ya he nombrado el cuarto de San Francisco de Asís. Cualquiera que sean tu país, tu creencia y tu nombre, oh peregrino, quítate aquí el calzado; tú vas á entrar en la morada de un héroe, de un santo, sublime instrumento de la Providencia en la obra de la civilización. Tus piés pisan el mismo suelo, tus ojos ven las mismas paredes, el mismo techo; tus manos tocan la misma puerta de madera, la misma piedra que le sirvió de almohada; en una palabra, estás rodeado de todos los objetos testigos de las oraciones, de los suspiros, de las austeridades, de los éxtasis del seráfico patriarca; espectáculo dos veces elocuente que te revela el secreto de llegar á ser un grande hombre, enseñándote que Dios escoje siempre, para obrar cosas maravillosas, á los pequeños y á los humildes.

En este cuarto venerable, transformado en capilla, descansan veintiocho cuerpos santos con una cantidad de reliquias preciosas, que puestas en aparadores giratorios, se ofrecieron á nuestras miradas y á nuestra piedad. Uno de los religiosos que nos acompañaba, describió una cortina colocada detrás del altar, y vimos el verdadero retrato de San Francisco de Asís; se cree que es contemporáneo del ilustre fundador. Los claustros del convento representan en frescos numerosos, á los papas, á los cardenales, á los hombres ilustres, á

los santos y á los mártires de la órden. Esta es para los buenos padres una galería de familia, cuya vista, estoy cierto de ello, ha hecho germinar más de una virtud, y ha dado valor para más de un sacrificio. El mundo saca provecho de esto, y como ingrato que es, olvida con demasiada frecuencia la religión que las inspira.

19 DE ENERO.

Santa María in Trastévère.—*Taberna meritoria.*—Rescripto de Alejandro Severo.—Milagro de la fuente de aceite.—Pruebas.—Primera iglesia de Roma dedicada á la Santa Virgen.—Vista de la fuente.—Inscripciones.—Mosaicos.—Tumbas.—Reliquias de Mártires.—Los Trastiberinos.—San Pedro *in Montorio*.

El Tíber nos volvió á ver en sus orillas. Dejando á la izquierda á Santa Cecilia y á San Francisco, que habíamos ya visto, y á San Miguel, que veremos mas tarde, llegamos prontamente á Santa María *in Trastévère*. Esta iglesia presenta una rica cosecha para el anticuario, y sobre todo para el cristiano. En el lugar mismo en que se levanta, se veía en otro tiempo la *Taberna meritoria*, especie de hospital de soldados inválidos, y de tienda ó almacén público en donde se depositaban las mercancías ¹. Sea por razón del prodigio de que quiero hablar, sea por cualquiera otra causa, este almacén quedó abandonado. Los cristianos que tenían grande interés en poseer este lugar, lo tomaron en arrendamiento y concluyeron el oratorio; pero los taberneros de la vecindad tuvieron á bien inquietarles y arrojarles de él. Este negocio fué llevado al tribunal del emperador Alejandro, quien dió el rescripto si-

¹ *Taberna meritoria*, que vulgo *diversoria* vel *fullonica* appellantur. *Cod.*, *Lex Si ususfructus*, § 16.

y el dedo anular están reunidos, mientras los demás están extendidos. Se sabe que los Latinos bendicen extendiendo el pulgar, el índice y el dedo del centro, y cierran los demás. De una y otra manera, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente proclaman el misterio de la Santa Trinidad. Mas no es éste el único mérito de la particularidad que señalamos; ella prueba también que los mosaicos de Santa Cecilia son obra de un artista griego y que son de la época remota á que se refieren.

A la derecha del Salvador se ve á San Pablo, cuya mano derecha cuelga naturalmente, mientras con la izquierda, apoyada en su pecho, tiene un libro, símbolo de la doctrina. El gran Apóstol está seguido de una joven virgen que lleva el traje de las emperatrices, con collares de diamantes alrededor del cuello, y la aureola circular adorna su cabeza enriquecida con una corona de perlas. Esta virgen es Santa Agata, cotitular de la basílica. A su derecha viene el papa San Pascual, que lleva consigo el modelo de la iglesia, y tiene en la cabeza la aureola cuadrangular, signo distintivo de los personajes vivos. Detrás de él una palmera desenvuelve sus ramas majestuosas, entre las cuales se ve un fénix, emblema de la resurrección. A la izquierda de Nuestro Señor aparece San Pedro teniendo las llaves y acompañado de San Valeriano y de Santa Cecilia, llevando uno y otra en sus manos la corona comprada á precio de su sangre. El centro de la orilla inferior presenta el Cordero de Dios, que tiene en la cabeza el monograma de Nuestro Señor; de cada lado vienen seis corderos hácia él, y salen de dos ciudades semejantes por el modelo á aquellas de que ya hemos hablado ¹.

El conjunto armonioso de la composición, la sencillez, la energía, ó por mejor decir, la transparencia de los emblemas, la

¹ Ciamp. monim veter., t. II. c. 26.

magnificencia de las decoraciones y el brillo de los colores, hacen de aquel mosaico uno de los más bellos monumentos de nuestra antigüedad religiosa. ¡Qué diferencia entre esta manera sencilla, fácil, sublime de los artistas cristianos y la de nuestros artistas modernos! ¿De dónde viene que éstos últimos no tienen bastante gusto para ir á buscar sus modelos religiosos en nuestros siglos de fe? Como la mayor parte de las iglesias de Roma, Santa Cecilia es, no solamente un museo y una galería, sino también un relicario. Sería un trabajo muy largo enumerar los santos y los mártires, cuyos venerables restos, recogidos por el cardenal Sfondrat, enriquecen la santa basílica. Baste saber que todos los órdenes de bienaventurados tienen aquí sus representantes, como para felicitar á la ilustre virgen, por su glorioso triunfo, para afirmar también la fe del peregrino, reanimar su valor y muchas veces hacerle avergonzar de su pusilanimidad.

Al salir de la iglesia conviene examinar en el antiguo átrio, uno de aquellos grandes vasos de mármol, llamados *canthari*, que servían de fuente para la ablución de los fieles. El de Santa Cecilia está bien conservado y recuerda, por el uso á que estaba destinado, el religioso temor y la inocencia sin mancha que nuestros padres se empeñaban en llevar al templo santo.

¡Singular destino de los lugares en que estamos! Antiguos testigos del valor de Múcio Scévola, fueron precio de su abnegación ¹; y convertidos bajo el cristianismo en el teatro de una abnegación más noble, están consagrados á perpetuar su recuerdo. El heroísmo de la virginidad y del martirio, y el heroísmo acaso igualmente

¹ Aquí estaban, como es sabido, los prados de los cuales la república hizo un presente á Múcio Scévola por precio de su valor. Se cree que en el lugar mismo en donde se encuentra el *Ponte rotto*, allí tuvo lugar el acto heroico del célebre Romano.

grande de la pobreza y de la humillación voluntarias, reciben allí los homenajes que merecen. A Clélia y á Múcio Scévola suceden Santa Cecilia y San Francisco de Asís, cuyas virtudes, inspiradas por la fe, han conquistado para su gloria aquella parte del Trastévère. Una corta distancia nos separaba de la iglesia de *San Francisco á Ripa*. En el fondo de esta humilde morada, está un pequeño santuario desde donde se exhala no sé qué perfume de santidad que penetra y que embalsama el alma y los sentidos; ya he nombrado el cuarto de San Francisco de Asís. Cualquiera que sean tu país, tu creencia y tu nombre, oh peregrino, quítate aquí el calzado; tú vas á entrar en la morada de un héroe, de un santo, sublime instrumento de la Providencia en la obra de la civilización. Tus piés pisan el mismo suelo, tus ojos ven las mismas paredes, el mismo techo; tus manos tocan la misma puerta de madera, la misma piedra que le sirvió de almohada; en una palabra, estás rodeado de todos los objetos testigos de las oraciones, de los suspiros, de las austeridades, de los éxtasis del seráfico patriarca; espectáculo dos veces elocuente que te revela el secreto de llegar á ser un grande hombre, enseñándote que Dios escoje siempre, para obrar cosas maravillosas, á los pequeños y á los humildes.

En este cuarto venerable, transformado en capilla, descansan veintiocho cuerpos santos con una cantidad de reliquias preciosas, que puestas en aparadores giratorios, se ofrecieron á nuestras miradas y á nuestra piedad. Uno de los religiosos que nos acompañaba, describió una cortina colocada detrás del altar, y vimos el verdadero retrato de San Francisco de Asís; se cree que es contemporáneo del ilustre fundador. Los claustros del convento representan en frescos numerosos, á los papas, á los cardenales, á los hombres ilustres, á

los santos y á los mártires de la órden. Esta es para los buenos padres una galería de familia, cuya vista, estoy cierto de ello, ha hecho germinar más de una virtud, y ha dado valor para más de un sacrificio. El mundo saca provecho de esto, y como ingrato que es, olvida con demasiada frecuencia la religión que las inspira.

19 DE ENERO.

Santa María in Trastévère.—*Taberna meritoria.*—Rescripto de Alejandro Severo.—Milagro de la fuente de aceite.—Pruebas.—Primera iglesia de Roma dedicada á la Santa Virgen.—Vista de la fuente.—Inscripciones.—Mosaicos.—Tumbas.—Reliquias de Mártires.—Los Trastiberinos.—San Pedro *in Montorio*.

El Tíber nos volvió á ver en sus orillas. Dejando á la izquierda á Santa Cecilia y á San Francisco, que habíamos ya visto, y á San Miguel, que veremos mas tarde, llegamos prontamente á Santa María *in Trastévère*. Esta iglesia presenta una rica cosecha para el anticuario, y sobre todo para el cristiano. En el lugar mismo en que se levanta, se veía en otro tiempo la *Taberna meritoria*, especie de hospital de soldados inválidos, y de tienda ó almacén público en donde se depositaban las mercancías ¹. Sea por razón del prodigio de que quiero hablar, sea por cualquiera otra causa, este almacén quedó abandonado. Los cristianos que tenían grande interés en poseer este lugar, lo tomaron en arrendamiento y concluyeron el oratorio; pero los taberneros de la vecindad tuvieron á bien inquietarles y arrojarles de él. Este negocio fué llevado al tribunal del emperador Alejandro, quien dió el rescripto si-

¹ *Taberna meritoria*, que vulgo *diversoria* vel *fullonica* appellantur. *Cod.*, *Lex Si ususfructus*, § 16.

guiente: «Vale más que Dios sea honrado, como quiera que sea, en la *Taberna meritoria*, que entregarla en manos de los taberneros 1.» Los cristianos, dueños ya de este lugar tan deseado, se apresuraron á edificar en él una iglesia, que fué consagrada en 224 por el papa San Calixto y dedicada á la Virgen Madre; ella fué la primera que vió levantar Roma en honor de la Reina del cielo 2.

¿De dónde venia á los fieles este ardiente deseo de poseer la *Taberna meritoria*, y de consagrarla con un monumento religioso? La historia profana y la historia sagrada responden acordes.

Bajo el reinado de Augusto, cuando Dios tenia al mundo como en suspenso por multiplicados prodigios; cuando el Occidente resonaba con los oráculos de la sibyla de Cúmas, popularizados por virgilio, y cuando el Oriente tenia sus miradas vueltas hácia la Judea, desde donde las antiguas tradiciones anunciaban la próxima salida del dominador del universo; en aquel momento solemne, Roma vió brotar repentinamente en el lugar ocupado por la *Taberna meritoria*, una fuente de aceite que corrió durante un día entero con tanta abundancia, que bajaba hasta el Tiber 3. Los paganos registraron este hecho entre los acontecimientos extraordinarios que señalaban el reinado de Augusto, sin comprender el sentido de las antiguas tradiciones 4. Este sentido consolador no fué

1 Rescripsit melius esse ut quomodocumque illic Deus collatur, quam popinariis dedatur.—Lamprid., *in Alex.*

2 Illic nobilem ecclesiam erexerunt sanctissimae Virginis Dei genitricis partui, olim eo prodigio praesignato, religiosissime consecrandam.—Bar. ann. 224, n. V.

3 Anno tertio Romae taberna meritoria trans Tiberim oleum e terra erupit, fluxitque toto die sine intermissione.—Euseb., *in Chron.* Así hablan Dion Cassio, Tiron Prosper, Idacio, Orósio, Eutropio, Anastasio, Raban Maur, etc., etc.

4 Plin., *Hist.*, lib. II, c. XXXI; Dio, *Hist. rom.*, lib., XLVII.

ignorado por los cristianos. En aquella fuente de aceite, milagrosamente salida del seno de la tierra, en el centro del cuartel de Roma, habitado por los hijos de Abraham en un lugar de comercio en donde los debía haber en gran número, así como también paganos, veían con razón la eterna misericordia de Dios, que nunca ha dejado á su Hijo sin testimonio, y el anuncio perfectamente simbólico del nacimiento del Cristo, sucedido poco tiempo después. «En efecto, añade Orósio, Cristo quiere decir ungido, y este aceite milagroso anunciaba al ungido por excelencia, al Hijo de Dios que iba á nacer bajo el reinado de Augusto, y á los cristianos, *uncti*, que debían perpetuarlo en el imperio. Este aceite sale de la *Taberna meritoria*, punto de reunión entre los judíos y los paganos y figura de la Iglesia, compuesta de los gentiles y de los hijos de Israel 1.»

Tal es el hecho milagroso que apoyado desde luego en el doble testimonio de la historia profana y de la historia sagrada, y después sometido veinte veces al examen de la crítica más austera, ha atravesado diez y ocho siglos sin perder nada de su autenticidad. Hoy todavía esplica y justifica el ardor de otro modo inexplicable de los primeros cristianos en poseer el lugar mismo con que aquel hecho había tenido lugar 2.

1 Quo signo, quid evidentius quam in diebus Caesaris toto orbe segnantis futura Christi natiuitas declarata est Christus enim unctus interpretatur, Itaque eum eotempore, quo Caesaris perpetua tribunitia potestas decreta est, Romae fons olei per totum diem defluxit; sub principatu Caesaris romanoque imperio per totum diem, id est, per omni Romani tempus imperii, Christum, et ex eo christianos, id est unctum et ex eo unctos, de meritoria Taberna, hoc est de hospitali largaque ecclesia affluenter atque incessabiliter processerunt, etc.—Oros., *Hist.*, lib. VI, c. XX.

2 Los principales autores que han examinado este hecho son: Pietro Moretti, *Historia huius prodigii elucid. et defend.*, Romae 1867.—Panvinius, *de septem urbis Ecclesiis*, p. 81.—Donat., *Roma vetus*, e. c. lib. III, c. XXI.—Pia-

Con su acostumbrada solícitud ha velado Roma sobre este lugar venerable. Aunque restaurada muchas veces la iglesia edificada por San Calixto, conserva siempre en su recinto y protege con sus paredes sagradas el lugar de donde salió la fuente milagrosa. El viajero no puede dejar de encontrarla, porque numerosas inscripciones, adornos de marmol y de bronce, y sobre todo la piedad de los peregrinos, se la señalan por todas partes. Nosotros la vimos; y el momento en que nos fué dado contemplarla, queda en nuestra memoria como uno de los gozes de la peregrinación.

Cuando esteis al empezar los escalones de pórfido que conducen al santuario, veis á la derecha en el pavimento una abertura circular guarnecida de una reja y cuyo orificio revestido de marmol blanco puede tener dos piés de diámetro: Encima de él se lee: *Fons olei*, fuente de aceite.

A la derecha:

Hinc oleum fluxit, cum Christus Virgine: luxit.

«De aquí brotó una fuente de aceite, cuando nació, de la Virgen, el Cristo.»

A la izquierda:

Nascitur hic oleum, Deus ut de Virgine: utroque Oleo sacrata est Roma terrarum caput.

«De aquí sale el aceite cuando Dios nace de la Virgen: Por esta doble unción Roma ha sido consagrada Reina del mundo.»

La voz milagrosa que se levanta del seno de la tierra, se eleva hasta las bóvedas de la basílica y desde allí vuelve á bajar en olas de poesía. El mosaico del santuario repite estos acentos:

zza, *Gerarchia cardinalizia*, p. 164.—De Berardesca, *In collectione miraculorum, quae in Christi natiuitate visa sunt*, Neapoli, 1553.—Trombelli, *Vita B. Virg.*, t. II, p. 317, 323. Mazzolari, *Basiliche sacre*, t. VI, p. 297.—Constanzi, *Institut.*, etc. t. II, p. 40.—Cancellieri, *Notte di Natale*, p. 12.—Baron, *Apparatus ad Ann. eccl.*, p. 7.; id. *Ann. ann.*, 221.—Benedicto XIV, *de Festo Natal. Domini*. El sabio pontífice se expresa en estos términos: «Nulla de veritate miraculi dubitatio, etc.», n. 53.

Jam puerum, jam summe Pater, post tempora natum,
Accipimus genitum, tibi quem nos esse coeuum
Credimus, hinc olei scaturire liquamina Tibrim.

«Por fin, ¡oh Padre Todopoderoso, por fin posemos á ese mismo nacido en la plenitud de los tiempos y á quien cremos eterno como vos; para anunciarle, brotó desde este lugar hasta el Tiber una fuente de aceite.»

La fachada exterior es correspondiente; es la basílica misma que personificándose repentinamente, canta su dicha y su gloria:

Dum tenet emeritus miles, sum magna Taberna;
Sed dum Virgo tenet me, major nuncupor et sum:
Tunc oleum fluo, significans magnam pietatem
Christi nascentis, nunc trado petentibus ipsam.

«Mientras me ocupa el soldado jubilado, soy el *grande hospicio*; mientras me ocupa María, me llamo más grande aún, y la sigo, y entonces produzco el aceite, emblema de la gran misericordia del Cristo que nace, y entretanto lo doy á los que me lo piden.»

Esto no es bastante; adonde quiera que se vuelvan las miradas y se fije el oído, se palpa el testimonio del milagro. Encima del magnífico entablado de la capilla, Aldobrandini, cercana al altar mayor, brilla esta inscripción:

In hac prima Matris aede,
Taberna olim meritoria
Olei fons e solo erumpens
Christi ortum protendit.

«En este primer templo de María, en otro tiempo la *Taberna meritoria*, una fuente de aceite que brotó del seno de la tierra anunció la venida del Cristo.»

Absorto por este gran recuerdo, apenas puede el viajero ocuparse de las localidades materiales de la antigua iglesia. Los preciosos mosaicos de la fachada exterior datan del siglo doce, y representan á la *Virgen Santa*, al *Niño Jesus* y á las *diez virgenes del Evangelio*. En los mosaicos del coro, también de gran belleza, figura el papa Incencio II, restaurador de la Igle-

sia en 1139. El cardenal Altemps, titular de esta basílica, la enriqueció con el cuadro de la *Asunsión*. Se considera este fresco del Dominiquino como uno de los primeros de Roma, por sus coloridos y la perspectiva. Las magníficas columnas de granito que sostienen el edificio, provienen de los baños de Ampélida ó de Prisciliana; 1 esos ópimos despojos del paganismo voluptuoso, están bien colocados en un templo dedicado á la Reina de las vírgenes. El techo resplandece de dorados, mientras el pavimento de pórfido, de verde antiguo y de otros mármoles exquisitos, se dibuja como una rica azotea. Entre las tumbas observamos cerca de la sacristía la del cardenal de Alençon, hermano de Felipe el Hermoso, monumento curioso de la arquitectura, de la escultura y de la pintura del siglo décimo cuarto. No ménos interesante para el arqueólogo es la piedra sepulcral del sábio y piadoso Bottari, prefecto de la Vaticana, y tan justamente célebre por sus trabajos en las catacumbas.

Cerca del altar se conserva la piedra con que fué precipitado el papa Calixto, al pozo en donde se consumó su glorioso martirio; puede tener cerca de cien libras, comprendiendo la cadena. El mismo santo pontífice descansa bajo el altar, con sus ilustres sucesores Julio y Cornelio, mártires como él; y los santos Calépodo y Quirino, el primero sacerdote, el segundo obispo, y ambos mártires. En las diferentes partes de la iglesia, habita una legión de santos de todas las gerarquías. Los doce Apóstoles están allí presentes en una parte de sus restos sagrados, San Estéban, San Lorenzo, San Astero, San Sixto, San Ignacio y otros muchos, representan allí el orden de los mártires; San Crisóstomo, San Gerónimo, San Enrique, San Severino, San Francisco de Paula y San Felipe Neri, el de los pontífices y el de los sa-

1 Nard Rom antic. p. 414

cerdotes; en fin, Santa Margarita, Santa Inés, Santa Rufina, Santa Prudenciana, Santa Aurelia, Santa Balbina, Santa Justina, forman un coro de vírgenes al rededor de su augusta Reina.

De Santa María, nos dirigimos hácia San Pedro *in Montorio*. Para llegar allí fué necesario seguir la *Longara*, inmensa calle que atraviesa todo el Trastiberino, y pudimos ver el tipo bien caracterizado de los habitantes de aquel cuartel. Los *Trasteverini* se creen descendientes de los antiguos romanos, y esta pretension no carece de fundamento. Fieros y atrevidos, conservan los vestigios de la energía y de la grandeza de sus antepasados. Se cuenta que un suizo de la guardia pontificia apartaba á un curioso, de esos hombres, que trataba ver muy de cerca al Santo Padre. El trastiberino haciéndose para atrás, apesotó así al alabardero: *¡Barbaro, son di sangue romano anche trofano!... ¡Barbaro, soy de sangre romana aunque troyano!* Se encuentra en su lenguaje una mezcla de imaginacion y de recuerdos de la antigüedad, que parece una herencia de familia; en ninguna parte son populares los nombres de los héroes y de los lugares célebres de la antigua Roma. Las mujeres sencillas repiten las palabras de *Via Appia* y de *Via Flaminia* para indicarnos vuestro camino; y Castigione cita el rasgo de un trastiberino, que al ir á la casa del podestá á declarar sobre el robo de un asno que era suyo, terminaba su queja y el elogio de aquel asno, diciendo: que cuando llevaba su albarda, parecia verdaderamente un Ciceron. *Che quando aveva il suo basto addosso, pareva propriamente un Tullio*. Por lo demas, los trastiberinos tienen un entusiasmo y un afecto ardiente por el Santo Padre; en los momentos de un peligro, seria necesario pasar sobre sus cuerpos ántes de llegar hasta él.

Habíamos llegado al pié del montecillo

en donde San Pedro dió testimonios á su divino Maestro. Una vía en zigzag, adornada con las estaciones del camino de la cruz, (*via crucis*) rodea el flanco escarpado de la colina, y advierte al peregrino que está tocando una tierra santificada. Segun la opinion mejor fundada, el *Montorio* formaba parte, no del Janículo, sino del Vaticano. Así es como se justifica la expresion de los antiguos autores que colocan la crucifixion de San Pedro 1 en el monte Vaticano. Neron, irritado con la muerte de Simon el Mago y con las numerosas conquistas que el pecador de Galilea hacia en el seno mismo de la córte imperial, le mandó arrestar y arrojar á la prision Mamertina 2. El Apóstol no salió de allí, sino para ser atado á la columna que habíamos visto en Santa María Transpontina, cruelmente azotado, y luego condenado al suplicio de la cruz. El instrumento fatal fué levantado no lejos del palacio imperial, sobre una elevada cresta, desde la cual podia ser visto de lejos. Neron era muy capaz de haber elegido este lugar con el solo fin de gozarse en el suplicio del Pastor supremo, desde lo alto de sus balcones, como habia querido gozar de las angustias de las simples ovejas, haciéndolas servir de antorchas en sus jardines. Como quiera que sea, el Apóstol creyó que era mucho honor para él ser crucificado como su divino Maestro, y quiso que le clavarán en la cruz con la cabeza hácia abajo 3.

Los primeros cristianos, tan fieles en enseñar con monumentos durables todos los pasos de los Apóstoles, no podían dejar de guardar cuidadosamente la memoria

1 Baron., *Annal.*, t. I, an. 66, in not. ad marty., Rom. Junio 29.

2 Maxin. Taurinens., *Serm.* V, in *Natal. S. App. S. Ambr.*, *Serm.* 68 *contr. Auxent.*; *Lactant.*, *de Mortib. persacut.*

3 Origen. apud Euseb., *Hist. eccl.*, lib. III, c. 1. S. Hierony., in *Catalog.*; Prudent., *Peristephan hym.* 12; S. Ambr., in *Psal.* 118.

del lugar consagrado por la muerte de San Pedro, y de rodearlo de veneracion. El santuario que levantaron en el *Montorio*, ha llegado á ser con los siglos la bella iglesia que muy pronto vamos á admirar. Estando en la plataforma, desde donde la vista descubre las siete colinas y á Roma entera, fuimos recibidos por los religiosos que velan en el venerable montecillo. ¡Singular destino! A los pobres hijos de San Francisco, á esos hombres mirados con los ojos profanos como la basura del mundo, es á quienes Dios á confiado, en Oriente y en Occidente, el cuidado de los lugares, por siempre célebres, en donde corrió la sangre de su Hijo y la de su vicario; gloriosa mision, digna recompensa de la humildad. Los buenos Padres nos introdujeron al convento, y de allí á la iglesia. A la derecha de la entrada, es preciso estudiar con cuidado la capilla Borgherini, pintada por Sebastian de Piombo, segun los dibujos vigorosos de Miguel Angel. Esta capilla es el resultado de la liga entre éste último y Sebastian su alumno favorito contra Rafael, que estaba colocado sobre Miguel Angel por la invencion y los coloridos. De esta lucha de gigantes, salió la *Transfiguracion*, que puso en manos del jóven Sanzio el cetro del arte. A la iglesia sucede el pequeño templo del Bramante. Este santuario íntimo, en forma de cúpula, y magníficamente adornado por las ofrendas de Felipe II, rey de España, señala el lugar mismo en donde San Pedro sufrió el martirio. En el centro del pavimento de mármol precioso, está la abertura esferoidal que sirvió de pedestal á la cruz. Prosternarse, orar, bendecir, amar, hé aquí lo que se hace espontáneamente, porque seria necesario ser ménos que un hombre para no sentirse profundamente impresionado al recuerdo del acontecimiento heróico de que fué testigo este lugar.

20 DE ENERO.

Una ejecucion.

Ayer en la tarde habia yo ido, segun mi costumbre, á la iglesia de San Andrés *delle Fratte*, situada á cuarenta pasos de nuestra habitacion, y habia rezado el oficio delante del enrejado de la primera capilla dedicada á San Miguel Arcángel, y que está á la izquierda de la entrada. Estaba muy léjos de mí (pensar) que Dios iba á escoger en la mañana siguiente aquella capilla de una modesta iglesia, para hacer brillar su gloria con un prodigio de que casi no se encuentra un ejemplo en los anales de la historia; pero no debo anticiparme. Al salir de allí, percibí un grupo numeroso al rededor del ángulo de la Propaganda; me acerqué, para ver lo que atraía á la multitud y le imponía el respetuoso silencio que yo no comprendía. A 6 piés de altura estaba colgado en la pared, un ancho rótulo de madera, en que se hallaba escrito en gruesas letras negras, lo que sigue: «Indulgencia plenaria para todos los fieles que despues de confesarse, comulguen mañana en, (aquí venian los nombres de muchas iglesias) y rueguen por los que están condenados á muerte.» Habia carteles semejantes, colocados en las enercijadas y en las esquinas de las calles principales; esto me hizo entender que al dia siguiente iba á tener lugar una ejecucion.

Miéntas que en Paris los pregoneros públicos, especulando con la curiosidad de la multitud, proclaman en las calles las ejecuciones de muerte y parecen convidar al pueblo á un espectáculo, aquí se notifican tales ejecuciones, llamando á todos los fieles á la oracion. Esta manera de anunciar el fatal acontecimiento, indica bajo qué punto considera Roma el suplicio del

culpable. En la víctima de la justicia humana, ella vé una alma ante todo que salvar, y en el espectáculo de su muerte, una reparacion hácia la sociedad, y una leccion de alta moral; para alcanzar este triple objeto, pone todo por obra. Contando desde el dia de la condenacion, el criminal se hace objeto de los cuidados más caritativos; nada se omite para disponerle al terrible paso del tiempo á la eternidad. Al decir lo que vimos, escribo la historia invariable de lo que se hace en semejantes circunstancias. Desde por la tarde, los *Cofrades de la Misericordia, Confortatori* ó de *San Juan decapitado*, se reunieron en gran número. Esta tierna institucion, fundada bajo Inocencio VIII en 1488, asiste á los condenados á muerte con una caridad verdaderamente cristiana. Los miembros de esta sociedad deben ser Florentinos, ó por lo ménos de familias originarias de Toscana, en memoria de los fundadores de la obra. Algunos de ellos se dirigieron á la prision, y se pusieron en oracion. A la media noche, uno de los porteros de cárceles, entró como de ordinario al calabozo, para ver si todo estaba en orden; luego cerrando la puerta, arrojó un billete á la triste morada; el condenado sabe por tradicion, lo que aquello significa. Se le deja solo durante algunos momentos, atendiendo á que comunmente la impresion producida por el terrible anuncio, no le permite oír ni la voz de la amistad, ni la de la fe. Una vez que se tranquilizaron los que debian morir al dia siguiente, entraron los *Confortatori* al calabozo; un prelado y un obispo, miembros de la cofradía, se encargaron de darles los primeros consuelos. Oraciones, palabras dulces, y señales de la más afectuosa ternura, hé aquí lo que tenia lugar en la prision, y lo que siguió sin interrupcion alguna, hasta el momento supremo; por afuera, ved de qué fuimos testigos.

A media noche, cuando llegaba á los condenados la funesta noticia, se expuso el Santo Sacramento en la iglesia de la cofradía de la Misericordia, y los miembros de las diferentes asociaciones de piedad, tan numerosas en Roma, rodearon el altar del Dios condenado él mismo á la muerte, por la salvacion del mundo. Al despuntar el dia, se expuso al divino Salvador á la veneracion de los fieles, en muchas iglesias, y principalmente en San *Nicolás in Arcione*. El pueblo acudia allí en masa, los tribunales de la penitencia estaban rodeados y se veian en la mesa santa á numerosos cristianos, rogando por la salvacion de sus desgraciados hermanos. El Santo Padre tambien hacia una larga adoracion delante del Santo Sacramento, expuesto en su capilla doméstica.

Como á las ocho y media, se puso en marcha el lúgubre cortejo. Despues de un piquete de dragones, enmedio de una muchedumbre inquieta á veces ruidosa, á veces silenciosa, se adelantaba una larga procesion de religiosos y cofrades de la Misericordia, cubiertos con sacos negros, una antorcha en la mano y salmodeando en tono grave las letanías de los agonizantes. Venia en seguida la fatal carreta rodeada de carabineros, y seguida del *boia* verdugo. Los dos condenados estaban sentados en el mismo banquillo, acompañados de tres sacerdotes; dos de ellos estaban á los lados de los pacientes, y el tercero poniéndoles delante de los ojos una imágen de la Santísima Virgen. ¿Sabeis cuál es el grito que se escapa de entre la multitud que obstruye las calles, y de las plazas y ventanas? Uno solo; éste es: «*Sano Convertiti!*» ¿Están convertidos? ¿se han confesado? Uno de los sacerdotes asistentes, respondia por uno de los condenados afirmativamente, con un signo de cabeza muchas veces repetido. Entónces hubierais oído á todo aquel pueblo tan impre-

sionable y tan expansivo, dirigir mil bendiciones al culpable y decirle: «Hijo mio, hermano mio, sé bendito; cobra ánimo; yo mandaré decir una misa por tí; yo prometo una novena por tí, una comunjon, una limosna; no te olvidaremos; cuidaremos de tu mujer, de tu hermana, de tu madre, de tus hijos.»

El otro condenado, culpable de parricidio, habia permanecido sordo á las solicitudes de la misericordia; y á un signo del sacerdote, que queria decir: *Non e convertito*, no está convertido, aquella misma multitud estallaba en reproches, en amenazas, en maldiciones: «*Birbone!* ¡tú vas á morir como un turco! ¡dentro de poco estarás en el tribunal de Dios! Anda, desgraciado, tú serás condenado en la eternidad.» Dificilmente podrá expresarse la impresion producida por la voz de todo un pueblo, pronunciada con anticipacion, la sentencia eterna de bendicion ó de maldicion, que iba á ser pronunciada algunos minutos despues sobre los condenados, en el tribunal del soberano Juez.

Entre tanto, el cortejo se acercaba al lugar de la ejecucion; los sacerdotes redoblaban sus instancias con el obstinado; se retardaba la marcha, se detenia el paso de intento. Por fin, se llega á algunos pasos del cadalso levantado no léjos de la iglesia de San Juan decapitado. Los dos condenados bajan al *Confortatoria*, capilla provisional situada en frente de la iglesia. Se oye, por último, la confesion del reo arrepentido, y se le da la santa comunjon; y despues de los veinte minutos concedidos para la accion de gracias, sube al cadalso. Allí, segun la costumbre de Roma, se pone de rodillas, y en esta religiosa actitud recibe la muerte.

Los *Confortatori*, á los cuales se habian reunido por caridad algunos religiosos conocidos por su santidad, habian quedado cerca del reo obstinado, y agotaban

todos los recursos del cielo para conmover aquella alma endurecida. Ya habia pasado la hora de la ejecucion; el verdugo estaba en espera de la víctima. Pero por un rasgo de esa longanimidad que la caracteriza, la ley pontifical autoriza á diferir el instante fatal hasta que el desgraciado haya entrado en sí mismo. Si en la tarde sigue insensible, entónces la justicia sigue su curso. El criminal de que hablamos, seguia rechazando con una especie de furor los caritativos consejos que se le daban; se negaba sobre todo á abrir sus labios á la oracion. Por fin, uno de los sacerdotes que acababa de bajar del cadalso, le dijo: "Hijo mio, ya que no quereis rogar por vos, rogad al ménos por vuestro compañero que está ahora en la eternidad;" y se comienza el *De profundis*. Abrió por fin sus labios, rezó la oracion y se anegó en llanto. "Ya es bastante, exclamó; yo no quiero morir como un turco; yo quiero confesarme." Lo hizo, en efecto, derramando muchas lágrimas; recibió los sacramentos y subió luego al cadalso, rodeado rodeado de las bendiciones y de las promesas de todo el pueblo. Dulce ya como un cordero, preguntó: ¿Qué debo hacer?—Ponedros de rodillas; y se puso.—Poned ahí vuestra cabeza; y la puso, y recibió el golpe fatal despues de haber pronunciado tres veces los santos nombres de Jesus y de María. Habíase recomendado al primero, que estaba muy bien dispuesto, que rogara por su desgraciado compañero; sin duda lo habia hecho, y ¿quién sabe lo que vale ante Dios la oracion mezclada con la sangre del culpable que se arrepiente y que muere para expiar sus crímenes? El criminal habia luchado durante más de tres horas; inmediatamente despues de su ejecucion, la campana de San Nicolás *in Arcione*, anunció á los fieles que ya estaban en oracion que todo se habia consumado; eran las dos de la tarde. Se dió en

seguida la bendicion, y se volvió el Santo Sacramento al tabernáculo.

Desde por la mañana, numerosos cofrades habian recorrido la multitud, pidiendo limosna para celebrar misas por las almas de los condenados, las cuales se celebraron hasta ocho dias despues. En cuanto á sus cuerpos, los *Confortatori* los habian llevado religiosamente á la iglesia de la Cofradía, en donde los entierran despues de haber salmodiado el Oficio de difuntos. En el frontispicio de la iglesia se lee por toda inscripcion: *Per la misericordia*; "A la misericordia," y ademas, el patrono del lugar es tambien un condenado; es San Juan Bautista, cuya cabeza, puesta en escultura de piedra, abajo de la inscripcion, forma el único adorno de la fachada.

Me atrevo ahora á preguntar: ¿puede Roma asegurar mejor la salvacion del culpable, mostrar el precio que una alma tiene á sus ojos y hacer del cadalso un espectáculo verdaderamente moral?... Agregad á esto tambien que se procura diferir lo más que sea posible, el dia de las ejecuciones, con el fin de que teniendo lugar poco tiempo ántes de ellas las fiestas del Carnaval y del mes de Octubre, ellas sirvan de contrapeso á esas alegrías harto frecuentes y peligrosas. Dos particularidades sobre el verdugo, darán fin á esta triste materia. Desgraciado del *boia*, cuya morada solitaria está relegada más allá del Tiber, si se atreviese á pasar el puente de Sant-Angelo, excepto en el caso en que su ministerio es necesario; el pueblo le haria pedazos. Por cada ejecucion recibe *tres céntimos*, y esto con el fin de que el deseo de ganar dinero no le ponga en el caso de desear que se cumpla su triste deber. Este último rasgo revela, sin duda alguna, un conocimiento tristemente profundo del corazon humano.

21 DE ENERO.

Misa en la prision de Santa Inés.—Bendicion de los corderos en Santa Inés *extra-muros*.—Pormenores sobre el *Pallium*.—Descripcion de la Iglesia.—Iglesia de Santa Constancia.—Oraciones de la tarde.—Visita al cardenal Pacca.

Poder celebrar todos los dias la fiesta de los mártires en el teatro mismo de sus victorias, en medio de los más tiernos monumentos de su valor; tal es el feliz privilegio de los fieles de Roma. . . . Ayer habia tenido el consuelo de ofrecer el augusto sacrificio de las catacumbas de San Sebastian, y en el lugar en que fué depositado por Santa Lucina el cuerpo del ilustre general. Al rededor del altar subterráneo, iluminado por seis antorchas, estaban piadosamente arrodillados hombres y mujeres del pueblo, algunos jóvenes, una princesa y un eclesiástico; parece que todas las clases de la sociedad se habian dado cita para retocar la imagen del cristianismo primitivo.

Hoy debia renovarse este espectáculo, se celebraba la fiesta de Santa Inés. Muy de mañana estábamos en la plaza Navona, prosternados con numerosos fieles en el pavimento de mármol de la magnífica iglesia. Miétras se cantaban en el templo superior las alabanzas de la jóven heroína, nos fué permitido bajar á la crypta en donde la virgen de trece años habia alcanzado su glorioso triunfo. ¿Que consuelo para el sacerdote hacer correr la sangre divina en el mismo lugar donde corrió la sangre de los mártires y presentar este doble sacrificio al Padre de las misericordias! ¿Qué prenda de salvacion para el mundo! ¿Qué íntimos goces para el viajero! Por poco cristiano que sea cualquiera, se siente penetrado de religion y á su pesar la oracion

le viene á los labios. Al tierno recuerdo de los milagros que fueron necesarios para vencer aquí la oscuridad de este calabozo, como en la gran luz del anfiteatro, á la sociedad pagana, cuya infamia igualaba á su crueldad; á la vista de aquellos muros antiguos, de aquellas bóvedas sombrías, de aquel pavimento de mosaico, testigos diez y siete veces seculares de la victoria alcanzada por la debilidad sobre la fuerza, por la víctima sobre el verdugo, todas las potencias del alma se conmueven profundamente y felicitais á la jóven heroína vuestra hermana, la invocais con fraternal confianza y salís de ahí tres veces más feliz de lo que esperábais, por lo que habeis visto y sentido.

Aquellos afortunados momentos pasaron pronto; el tiempo nos urgia. Se trataba de trasladarnos á la basilica de Santa Inés *extra-muros*, en donde debia tener lugar la interesante bendicion de los corderos. Salimos de Roma por la puerta Pia, seguimos durante una hora la vía Nomentana y llegamos á la iglesia; la multitud se agrupaba bajo el antiguo átrio; sin embargo, pudimos penetrar al santuario y colocarnos en el ángulo del altar, á fin de ver de cerca la ceremonia. Despues de la misa, cantada con música, salió el clero en procesion de la sacristía y volvió á entrar al santuario. Abrian la marcha clérigos que llevaban antorchas, incensarios y agua bendita, venian en seguida dos eclesiásticos con grandes mantos negros, llevando cada uno en los brazos un soberbio cojín de damasco rojo adornado con franjas de oro, en el cual estaba muellemente acostado un cordero blanco como la nieve, con la cabeza coronada de rosas y todo el cuerpo sembrado de lazos de liston rojo. Estos dos corderos, con los cojines, fueron colocados en el altar, uno del lado del Evangelio y otro del de la Epístola. Todos los canónigos regulares de *San Salvador* que

todos los recursos del cielo para conmovier aquella alma endurecida. Ya habia pasado la hora de la ejecucion; el verdugo estaba en espera de la víctima. Pero por un rasgo de esa longanimidad que la caracteriza, la ley pontifical autoriza á diferir el instante fatal hasta que el desgraciado haya entrado en sí mismo. Si en la tarde sigue insensible, entonces la justicia sigue su curso. El criminal de que hablamos, seguia rechazando con una especie de furor los caritativos consejos que se le daban; se negaba sobre todo á abrir sus labios á la oracion. Por fin, uno de los sacerdotes que acababa de bajar del cadalso, le dijo: "Hijo mio, ya que no quereis rogar por vos, rogad al ménos por vuestro compañero que está ahora en la eternidad;" y se comienza el *De profundis*. Abrió por fin sus labios, rezó la oracion y se anegó en llanto. "Ya es bastante, exclamó; yo no quiero morir como un turco; yo quiero confesarme." Lo hizo, en efecto, derramando muchas lágrimas; recibió los sacramentos y subió luego al cadalso, rodeado rodeado de las bendiciones y de las promesas de todo el pueblo. Dulce ya como un cordero, preguntó: ¿Qué debo hacer?—Poned de rodillas; y se puso.—Poned ahí vuestra cabeza; y la puso, y recibió el golpe fatal despues de haber pronunciado tres veces los santos nombres de Jesus y de María. Habíase recomendado al primero, que estaba muy bien dispuesto, que rogara por su desgraciado compañero; sin duda lo habia hecho, y ¿quién sabe lo que vale ante Dios la oracion mezclada con la sangre del culpable que se arrepiente y que muere para expiar sus crímenes? El criminal habia luchado durante más de tres horas; inmediatamente despues de su ejecucion, la campana de San Nicolás *in Arcione*, anunció á los fieles que ya estaban en oracion que todo se habia consumado; eran las dos de la tarde. Se dió en

seguida la bendicion, y se volvió el Santo Sacramento al tabernáculo.

Desde por la mañana, numerosos cofrades habian recorrido la multitud, pidiendo limosna para celebrar misas por las almas de los condenados, las cuales se celebraron hasta ocho dias despues. En cuanto á sus cuerpos, los *Confortatori* los habian llevado religiosamente á la iglesia de la Cofradía, en donde los entierran despues de haber salmodiado el Oficio de difuntos. En el frontispicio de la iglesia se lee por toda inscripcion: *Per la misericordia*; "A la misericordia," y ademas, el patrono del lugar es tambien un condenado; es San Juan Bautista, cuya cabeza, puesta en escultura de piedra, abajo de la inscripcion, forma el único adorno de la fachada.

Me atrevo ahora á preguntar: ¿puede Roma asegurar mejor la salvacion del culpable, mostrar el precio que una alma tiene á sus ojos y hacer del cadalso un espectáculo verdaderamente moral?... Agregad á esto tambien que se procura diferir lo más que sea posible, el dia de las ejecuciones, con el fin de que teniendo lugar poco tiempo ántes de ellas las fiestas del Carnaval y del mes de Octubre, ellas sirvan de contrapeso á esas alegrías harto frecuentes y peligrosas. Dos particularidades sobre el verdugo, darán fin á esta triste materia. Desgraciado del *boia*, cuya morada solitaria está relegada más allá del Tiber, si se atreviese á pasar el puente de Sant-Angelo, excepto en el caso en que su ministerio es necesario; el pueblo le haria pedazos. Por cada ejecucion recibe *tres céntimos*, y esto con el fin de que el deseo de ganar dinero no le ponga en el caso de desear que se cumpla su triste deber. Este último rasgo revela, sin duda alguna, un conocimiento tristemente profundo del corazon humano.

21 DE ENERO.

Misa en la prision de Santa Inés.—Bendicion de los corderos en Santa Inés *extra-muros*.—Pormenores sobre el *Pallium*.—Descripcion de la Iglesia.—Iglesia de Santa Constancia.—Oraciones de la tarde.—Visita al cardenal Pacca.

Poder celebrar todos los dias la fiesta de los mártires en el teatro mismo de sus victorias, en medio de los más tiernos monumentos de su valor; tal es el feliz privilegio de los fieles de Roma. . . . Ayer habia tenido el consuelo de ofrecer el augusto sacrificio de las catacumbas de San Sebastian, y en el lugar en que fué depositado por Santa Lucina el cuerpo del ilustre general. Al rededor del altar subterráneo, iluminado por seis antorchas, estaban piadosamente arrodillados hombres y mujeres del pueblo, algunos jóvenes, una princesa y un eclesiástico; parece que todas las clases de la sociedad se habian dado cita para retocar la imagen del cristianismo primitivo.

Hoy debia renovarse este espectáculo, se celebraba la fiesta de Santa Inés. Muy de mañana estábamos en la plaza Navona, prosternados con numerosos fieles en el pavimento de mármol de la magnífica iglesia. Miétras se cantaban en el templo superior las alabanzas de la joven heroína, nos fué permitido bajar á la crypta en donde la virgen de trece años habia alcanzado su glorioso triunfo. ¿Que consuelo para el sacerdote hacer correr la sangre divina en el mismo lugar donde corrió la sangre de los mártires y presentar este doble sacrificio al Padre de las misericordias! ¿Qué prenda de salvacion para el mundo! ¿Qué íntimos goces para el viajero! Por poco cristiano que sea cualquiera, se siente penetrado de religion y á su pesar la oracion

le viene á los labios. Al tierno recuerdo de los milagros que fueron necesarios para vencer aquí la oscuridad de este calabozo, como en la gran luz del anfiteatro, á la sociedad pagana, cuya infamia igualaba á su crueldad; á la vista de aquellos muros antiguos, de aquellas bóvedas sombrías, de aquel pavimento de mosaico, testigos diez y siete veces seculares de la victoria alcanzada por la debilidad sobre la fuerza, por la víctima sobre el verdugo, todas las potencias del alma se conmueven profundamente y felicitais á la joven heroína vuestra hermana, la invocais con fraternal confianza y salís de ahí tres veces más feliz de lo que esperábais, por lo que habeis visto y sentido.

Aquellos afortunados momentos pasaron pronto; el tiempo nos urgia. Se trataba de trasladarnos á la basilica de Santa Inés *extra-muros*, en donde debia tener lugar la interesante bendicion de los corderos. Salimos de Roma por la puerta Pia, seguimos durante una hora la vía Nomentana y llegamos á la iglesia; la multitud se agrupaba bajo el antiguo átrio; sin embargo, pudimos penetrar al santuario y colocarnos en el ángulo del altar, á fin de ver de cerca la ceremonia. Despues de la misa, cantada con música, salió el clero en procesion de la sacristía y volvió á entrar al santuario. Abrian la marcha clérigos que llevaban antorchas, incensarios y agua bendita, venian en seguida dos eclesiásticos con grandes mantos negros, llevando cada uno en los brazos un soberbio cojín de damasco rojo adornado con franjas de oro, en el cual estaba muellemente acostado un cordero blanco como la nieve, con la cabeza coronada de rosas y todo el cuerpo sembrado de lazos de liston rojo. Estos dos corderos, con los cojines, fueron colocados en el altar, uno del lado del Evangelio y otro del de la Epístola. Todos los canónigos regulares de *San Salvador* que

serven la iglesia, tomaron lugar en el coro. El abad, con su mitra en la cabeza y vestido con la capa pluvial, subió al altar con el diácono y el subdiácono, mientras que la música, colocada en las galerías superiores, ejecutaba una pieza análoga á las circunstancias.

A poco el celebrante pronunció una magnífica oración perfumada con esa deliciosa poesía cuyo tipo desconocido del mundo, solo se encuentra en el Pontifical romano. Ella comienza por un himno de honor de *Santa Inés*, modelo de pureza y de inocencia, de fuerza y de dulzura; luego, recordando que la costumbre de dar ornamentos particulares á los ministros sagrados, es conforme á la antigua tradición cuyo origen se remonta al Sinai, desarrolla el espléndido cuadro de los siglos cristianos. Después de la oración, arrojó el celebrante agua santa sobre los dos corderos, y los perfumó con el aroma del incienso; de este modo los bendijo. Si la belleza de la oración y el recuerdo del cordero divino ofrecido en el altar de la cruz no me hubieran ocupado enteramente, hubiera tenido lugar de admirar la tranquilidad perfecta y el silencio de aquellos corderillos cuyos pies estaban adornados con lazos rojos, y que se miraban el uno al otro como asombrados de hallarse en semejante lugar. Después de la bendición se dirigió el cortejo á la sacristía, y los dos corderos fueron entregados á un maestro de ceremonias de la basílica de San Juan de Letran. Este, acompañado de dos servidores de la iglesia, los llevó á los pies del Santo Padre, quien los bendijo. El camarlengo de los subdiáconos apostólicos lleva en seguida á aquellos corderos á un convento de religiosas designado por el soberano Pontífice, para que los cuiden. Cuando es tiempo, se esquilan los dos corderillos, y con su lana se hacen los *pallium*, pálios. En la pasqua se sirve en la mesa del papa uno de

aquellos corderos, porque es costumbre en todas las familias rumanas comer ese día un cordero, en memoria del verdadero Cordero inmolado por la salvación del mundo. Roma es la única en conservar las piadosas costumbres y los tiernos recuerdos.

Si al salir de la ceremonia de Santa Inés, encontráis á los hombres del mundo, estad seguro de que os asaltan los *por qué*. ¿Por qué esta bendición de los corderos? ¿Por qué las ceremonias que la acompañan? ¿por qué aquel *pallium*? ¿por qué éste? ¿por qué aquello? Es preciso responder algunas palabras. En la antigua ley, el *Rational* y el *Superhumeral*, 1 distinguien al soberano Pontífice de los demás sacerdotes. La Iglesia ha querido que los primeros pastores del divino rebaño tuviesen también ornamentos que les diesen á conocer, que les conciliasen el respeto de los sacerdotes y de los fieles, haciéndoles recordar á ellos mismos el origen, el carácter, el objeto de su autoridad; tal ha sido su intención, revistiéndoles de *pallium*. Como sucesores del Cordero de Dios, deben perpetuar su poder é imitar su dulzura; hé ahí por qué la insignia de su alta dignidad se hace de la lana de un cordero bendito. Su destino es una carga, y deben, como el buen Pastor, conducir las ovelas errantes ó enfermas; hé ahí por qué llevan el pálio sobre sus espaldas. Por fuerza ó por amor del Dios crucificado pueden cumplir su terrible misión; hé ahí por qué el pálio debe estar adornado con seis cruces. El origen del poder que tienen viene de Pedro, y por Pedro del Hijo de Dios mismo; hé ahí por qué, la víspera de la fiesta de los gloriosos apóstoles, se colocan todos los pálios sobre sus sepulcros; de allí se les retira al día siguiente con gran respeto, se confían á los canóni-

1 Vestiduras que usaba el Sumo Pontífice, tomadas, al menos la primera, de las que usaba el Sumo Sacerdote de los Judíos.—N. del T.

gos sacristanes y estos los depositan en el tesoro de las reliquias, entretanto son llevados á su destino. El uso del pálio en el Santo Padre se remonta á la cuna de la Iglesia; el favor de llevarlo los primados y los patriarcas, viene del siglo XIV. Con el tiempo, la Santa Sede extendió este honor á los arzobispos de diferentes partes del mundo 2.

Cuando se alejó la multitud, visitamos la iglesia de Santa Inés. Esta basílica venerable está edificada en el lugar mismo en que se encuentra el cuerpo de la joven heroína. Debe su origen á Constantino, que la mandó levantar á ruego de su hija Constancia, la cual fué curada milagrosamente por intercesión de la gloriosa mártir 3. Los mosaicos del coro son un homenaje del papa Honorio I. Paulo V repuso el tabernáculo, adornó el altar con piedras preciosas y depositó allí el cuerpo de Santa Inés con el de Santa Emerenciana, hermana de leche de la joven mártir, que fué apedreada por los paganos en el momento en que oraba en el sepulcro de su amiga. Inscripciones que se encuentran en la iglesia, recuerdan que San Gregorio Magno pronunció en aquella basílica dos homilias el día del aniversario del nacimiento, es decir, del martirio de la gloriosa titular.

Segun su noble costumbre, Constantino enriqueció el nuevo templo con adornos y

1 La entrega del pálio se hace en términos que no dejan duda ninguna sobre la explicación que precede: Ad honorem Dei omnipotentis, et beatæ Mariæ Virginis, ac beatorum apostolorum Petri et Pauli, Domini nostri N. Papæ N., et sanctæ Romanæ nec non N. Ecclesiæ tibi commissæ, tradimus tibi pallium de corpore B. Petri sumptum, plenitudinem videlicet Pontificalis officii, ut utaris eo intra ecclesiam tuam certis diebus, qui exprimentur in privilegiis ei ab Apostolica Sede concessis.

2 Ciampini *Monim veter.*, t. III. p. 50; Devoti, *Jus con.* t. I, p. 14; Constanzi, *Instituzioni*, etc., p. 17, Durandus, *Rational.*, c. XVII, n. 3; Card. Bona, *lib. I*, c. 24 etc., etc.

3 Anast. *in B. Sylvestr.*

vasos sagrados, dignos de la magnificencia imperial. Se citan entre otros, un cáliz de oro fino con peso de diez libras; otra pieza del mismo metal con peso de veinte libras; un vaso para las abluciones, de oro purísimo, enriquecido con treinta delfines, con peso de quince libras; por fin, una lámpara de oro, de doce brazos, con peso de quince libras 1. Si los bárbaros se llevaron estos ricos despojos, han dejado al menos los mármoles preciosos que atestiguan todavía la liberalidad del príncipe y de los primeros pontífices. La iglesia que conserva la forma de las antiguas basílicas romanas, tiene tres naves sostenidas por catorce columnas antiguas, y de ellas cuatro son de jaspe ó de *porta-santa*; las otras, de alabastro, menos las dos últimas cerca de la puerta, que son de mármol de Numidia. Causa admiración ver el orden jónico, el corintio y el compuesto, en los capiteles; pero esta confusión de los diferentes órdenes, prueba por una parte que estas columnas han pertenecido á diferentes edificios paganos, y que han contribuido á levantar el templo de la ilustre mártir; y por otra, que el Señor del mundo quería ser prontamente obedecido 2.

Encima de las naves laterales reina una doble galería en forma de pórtico, apoyada en columnas cuya magnificencia en nada cede á las primeras; allí se nota la misma mezcla de arquitectura. El ciprés del altar mayor, historia completa del arte, está sostenido por cuatro columnas del más bello pórfido. La escultura moderna brilla allí en la estatua de la santa en alabastro oriental; la antigüedad pagana da la forma del monumento, con sus columnas de jaspe y de pórfido; la primitiva Iglesia está representada por un candelabro de la mayor riqueza; y por fin, la Edad Média despliega su magnificencia y su genio, á la

1 Id. *id.*

2 Baron., *Ann.*, 324, n. 103.

vez sencillo y sublime, en el mosaico del coro.

La soberbia guirnalda de flores y de frutas que le rodea, se corta en la parte superior del arco, para dar lugar á una cruz radiosa. En el lugar situado directamente abajo de la cruz, se ve salir de las nubes la mano divina, teniendo una corona. Más abajo aparece Santa Inés en actitud de triunfo, es decir, con la cabeza coronada de esmeraldas, y rodeada de la aureola circular, el cuello adornado con collares de perlas, y el cuerpo cubierto con la laticlavia, *túnica*, enriquecida con pedrería, según la costumbre de los emperadores y de las emperatrices del Oriente. Este traje bizantino en un mosaico romano es una prueba más de que en aquella época, es decir, en el siglo VII, se mandaban traer los *mosaístas* de Constantinopla. Poco familiarizados con nuestros trajes occidentales, vestían sus personajes á la moda de su país. La santa tiene el Evangelio sobre su corazón; bajo sus piés se vé la espada que la cortó la cabeza, y de uno y otro lado se lanzan dos haces de llamas, símbolo de su ardiente deseo por los suplicios. Era difícil resumir de un modo más perfecto la epopeya de la jóven heroína. A su derecha está el papa Honorio I, llevando el modelo de la Iglesia; y á su izquierda el papa Símaco, restaurador de la venerable basílica. Ya hemos observado que el conjunto de los adornos de Santa Inés, es como una enciclopedia del arte. Ahora bien, esa reunión de los dos mundos, el uno vencido y el otro vencedor, que contribuyen cada cual á su modo á adornar el templo de una niña; esa larga serie de siglos que al pasar depositan un homenaje á sus piés, forman una de esas deliciosas armonías que Roma tiene el privilegio de presentar al católico, único capaz de comprenderlas.

No lejos de Santa Inés, se levanta en-

tre las ruinas una soberbia rotonda que contiene grandes riquezas arqueológicas; es la iglesia de Santa Constancia. Fué edificada, según se cree, por Constantino, para el bautismo de su augusta hija, y sirvió de baptisterio en la basílica de Santa Inés. Veinticuatro columnas de mármol africano, que forman un doble pórtico, sostienen el edificio. Tres grandes nichos, *loculamenta*, están practicados en las paredes; dos son completos y dan salida al exterior.

El tercero encierra una soberbia tumba de pórfido, trasportada del muelle de Adriano, para recibir los restos preciosos de la jóven princesa. El túmulo está adornado con mosaicos que representan una escena de vendimia muy común en la ornamentación de las catacumbas. En las bóvedas de los otros dos nichos, se encuentran objetos evidentemente más cristianos. En el uno aparece Nuestro Señor en pié, con la mano derecha bendice, y con la izquierda tiene una banderola, en la cual se lee: *Dominus pacem dat*. A la izquierda está San Felipe inclinado ante el divino Maestro, y recibiendo la extremidad inferior de la banderola; Santo Tomás se ve á la derecha, en actitud de respeto y admiración; cuatro ovejas ocupan la base del cuadro con dos pequeñas casas, *tuguniola*, rodeadas de palmeras. En estas figuras se vé á todos los fieles á quien Nuestro Señor da su paz, y á todas las múltiples moradas de la casa de Dios; y por fin, á la Judea, teatro primitivo de aquella escena evangélica ¹.

En la otra bóveda, el Hijo de Dios está sentado en el globo, como Señor absoluto de todas las cosas. El tiene el derecho de prometer la paz, y la da á uno de sus discípulos, á quien abraza; este segundo mosaico parece por esto, el complemento del primero. Se observa á la derecha y á la

¹ Joan., c. XIV.

izquierda del Señor una gran cantidad de palmeras, para recordar el país en donde el divino Redentor acabó su vida mortal. Que la palmera sea el emblema de la Judea, es un hecho establecido por las medallas de Vespasiano y de Tito, en las cuales se vé una mujer sentada llorando bajo una palmera, con estas palabras: *Judaea capta*, la Judea cautiva. Hasta en la parte decorativa han sabido conservar los artistas cristianos las grandes verdades de nuestra historia.

En cuanto á la cúpula, pintada al fresco y en mosaico, presenta en los lados hojas de viñas y racimos, toda una escena de vendimia, y en la parte superior una mujer de medio perfil. Desgraciadamente esta parte del edificio ha sufrido demasiado para que sea posible dar de ella una explicación plenamente satisfactoria ¹. Llegó á ser la rotonda la tumba de Santa Constancia, después de haber sido su cuna, y posee un altar muy curioso en donde descansa el cuerpo venerable de la hija de Constantino, con los de las Santas Atica y Artémia, nobles émulas de la augusta princesa.

Ya era tarde cuando salimos, para echar una ojeada al vasto recinto de ruinas que se dice fueron el hipódromo de Constantino. Muros destruidos y carcomidos de los cuales penden yerbas silvestres; hoyos medio cubiertos de tierra y de despojos; viñas plantadas en los lugares en donde antes corrían los carros; hé aquí lo que queda del suntuoso monumento; aquí se puede decir con verdad, que hasta las ruinas han perecido. Desde por la mañana había vivido yo en medio de los mártires; por la tarde debía ver á un confesor de esa misma fe, que tiene el privilegio de ser perseguido hasta el fin de los tiempos. El excelente abate de L... debía presentarme al decano del sacro colegio, al ve-

¹ Véase Aringhi, *Rom. subt.*, lib. VI, c. 45.

nerable cardenal Pacca. Al atravesar ciertas calles débilmente iluminadas, fuimos testigos de una de esas piadosas costumbres que solo se encuentran en Roma. La impresión que producen es tanto más dulce, cuanto más sencillas son; y más viva, cuanto más extrañas son á nuestras costumbres francesas. A pocos pasos, delante de nosotros, había una imagen de la Virgen, muy bien iluminada; á uno y otro lado de la calle, hombres, mujeres y niños, colocados en las puertas de las casas, rezaban respondiéndose, las oraciones de la tarde á las cuales dieron fin con las letanías de la Virgen cantadas en coro. Pasais, y nada se interrumpe; el rezo, el canto, continúan hasta que se halla acabado el *Ave María*, salutación angélica con la cual se designa en Roma el declinar del día.

El cardenal Pacca es un anciano de ochenta y nueve años; sus cabellos blancos como la nieve, la delicadeza de su mirada, la finura de sus facciones, la dulzura de su palabra, la amenidad de sus maneras, el aire de afabilidad y de cordialidad difundido en toda su persona, exigen respeto y afecto. Agregad á esto que ama á la Francia. "Los Franceses, me decía él, son naturalmente buenos; valen más que sus principios. Se parecen al hijo del Evangelio que dijo á su padre: Yo no quiero ir á la viña, y por eso fué; mientras que los Alemanes, imitan al otro hijo que dijo: Yo voy; y no fué." A este juicio, cuya exactitud es difícil contestar, siguió el elogio de nuestras mujeres francesas. El augusto príncipe de la Iglesia no sabía cómo exaltar la caridad y desinterés que las caracteriza. "Si la Francia debe salvarse, decía él, será por las mujeres; ellas son dignas de esta misión."

22 DE ENERO.

Conversion de M. Ratisbonne.—Relacion de M. de Bussières.

Ayer por la mañana, cuando estábamos tomando apresuradamente la *cioccolata*, para dirigirnos á Santa Inés *extra-muros*, vino la buena Mónica á anunciarnos con la alegría en su corazón la gran noticia que circulaba en Roma: *un ebreo convertido!* Un judío se ha convertido ayer; sí, ayer, en nuestra iglesia de San Andrés *delle Frate! Gesu miol che bel miracolo!* ¡Jesus mio, qué bello milagro! No tuvimos tiempo para oír más.

En la tarde se promovió conversacion de esto en casa del cardenal Pacca; y por fin, hoy dia 22 ya tengo todos los pormenores del grande acontecimiento. En el salon de la señora condesa K. . . . llegó el señor baron de Bussières, quién nos contó en círculo, lo que ha publicado despues. Voy á dejarle hablar á él mismo. "Refiero, nos dijo él, un hecho incontestable; digo lo que he visto con mis propios ojos, lo que pueden afirmar una multitud de testigos recomendables, lo que Estrasburgo no podrá creer, lo que Roma entera admira: un hombre en el pleno goce de todo su buen sentido, de toda la plenitud de sus facultades, entró á una iglesia judío obstinado, y por uno de esos golpes de la gracia que aterró á Saúl en el camino de Damasco, salió de allí diez minutos despues, católico de corazón y de voluntad. Alfonso Ratisbonne pertenece á una familia de Estrasburgo, distinguida por su posicion y por la estimacion de todos. Acababa de llegar á Nápoles, á fin de seguir hasta Oriente un viaje de salud y de placer. Estaba destinado á una brillante posicion y se prometia consagrar todos sus esfuerzos á la regeneracion de todos sus correli-

gionarios; á este objeto, referia todos sus pensamientos y todas sus esperanzas, porque se indignaba con todo lo que podia recordar la maldicion que pesa sobre los descendientes de Jacob.

"Entretanto habia llegado el momento de partir para el Oriente; Ratisbonne salió una mañana para ir, sin pérdida de tiempo, á tomar su lugar en el vapor que debia conducirle á Parma. En el camino piensa en que no ha visto á Roma, y en que á su vuelta es probable que no pueda volver á Italia. Absorto con estas reflexiones, se llegó á una oficina que es la de las diligencias; allí toma un asiento, y tres dias despues está en Roma con ánimo de permanecer pocos dias. Héle ahí visitando las ruinas, las galerías, las iglesias; amontonando como verdadero turista, las expediciones, las impresiones y los recuerdos confusos. Se da prisa á acabar con esta ciudad que ha venido á ver, no tanto por curiosidad, sino por cierta especie de atraccion que él se explica mal.

"La víspera de su partida se presentó á hacer una visita de despedida á mi hermano. Gustavo mi hermano es protestante, muy celoso por la secta de los Pietistas, y muchas veces habia tratado de atraerse al jóven israelita: sus conversaciones acababan ordinariamente con dos palabras que traducian bien la situacion moral de los dos interlocutores: *protestante obstinado!* decia el uno; *judío endurecido!* respondia el otro. Ratisbonne no encontró á mi hermano, que habia salido á caza; la Providencia permitió que se dirigiese á un criado italiano, que entendiéndole mal, le introdujo á mi salon. Hasta aquel momento no nos habiamos encontrado mas de una sola vez en casa de mi hermano, y á pesar de mi comedimiento con él, solo habia podido conseguir la fria urbanidad de un hombre bien educado. No obstante esto, le recibí lo mejor que pude; le hablé de

sus expediciones, y él me refirió lo que habia visto y sus impresiones.

"Me ha sucedido, añadió él, una cosa extraordinaria al visitar la iglesia de Ara-Cœli en el Capitolio; me sentí movido de una emocion profunda que no podia explicarme." Parece que en el momento en que Ratisbonne me hacia esta confidencia, mis miradas, brillantes de alegría, le decian: *Tú serás de los nuestros;* porque él se apresuró á afirmar, con una intencion muy marcada, que esta impresion habia sido puramente religiosa y de ningun modo cristiana. "Por otra parte, continuó él, al bajar del Capitolio, un espectáculo bien triste vino á encender todo mi odio contra el catolicismo; atravesé el Ghetto, y al ver la miseria y la degradacion de los judíos, yo me decia que, ante todo, valia más estar del lado de los oprimidos que del de los opresores." Nuestra conversacion tendia á la discusion; yo trataba, en mi entretenimiento, de hacerle participar de mis convicciones católicas, y él, sonriéndose con esfuerzo, me contestaba, con una benévola compasion á mis supersticiones, *que él habia nacido judío y que moriría judío.*

"Entonces me vino la idea más extraordinaria, una idea del cielo, porque los sabios de la tierra la habrian tratado de locura.

"Supuesto que sois un espíritu tan fuerte y tan seguro de vos mismo, promettedme llevar siempre con vos lo que voy á daros.

—"Veamos ¿de qué se trata?

—"Simplemente de esta medalla.

"Y yo le enseñé una medalla milagrosa de la Virgen. El se hizo para atrás, con una mezcla de indignacion y sorpresa.

"Pero, agregué yo, segun vuestro modo de ver las cosas, esto debe ser para vos perfectamente indiferente; y si lo haceis, con ello me dais un gran gusto.

—"¡Oh! qué importa, dijo él riendo; quiero al ménos probaros que sin razon se acusa á los judíos de obstinacion y de imponderable necedad. Por otra parte, me dais con esto un hermoso capítulo para mis notas y mis impresiones de viaje." Y seguia diciendo chanzas que me partian el corazón, porque para mí eran blasfemias.

"Entre tanto, le habia yo pasado por el cuello una cinta, en la cual, durante nuestro debate, habian suspendido mis pequeñas hijas la medalla bendita. Me quedaba por conseguir una cosa más difícil. Yo queria que rezara la invocacion de San Bernardo *Memmorare*.... De pronto nada obtuve; se negó positivamente, con un tono que queria decir: Este hombre es á la verdad harto impertinente. Pero una fuerza interior me impulsaba á mí mismo, y yo luchaba contra sus negativas reiteradas con una especie de encarnizamiento, y le tendia la oracion, suplicándole que la llevase consigo y que tuviera la bondad de copiarla, porque no tenia yo otro ejemplar.

"Entonces con un movimiento de mal humor y de ironía, y como para escaparse de mis instancias: "Sea, la escribiré; tendreis mi copia, y yo guardaré la vuestra;" y se retiró, murmurando muy bajo: "Hé ahí un original muy indiscreto. Yo quisiera saber lo que él diria si yo le atormentase así para hacerle rezar una de mis oraciones judías."

M. de Bussières nos contó en seguida todos los esfuerzos que habia hecho para detener en Roma á su jóven judío, que estaba decidido á partir al dia siguiente; que le habia comunicado á M. de La Ferronays las dificultades que presentaba esta conversion, y que M. de La Ferronays prometió rogar por él, y en la noche del 17 murió casi súbitamente, dejando á los amigos á quienes habia edificado durante sus últimos años, así como á la familia que

le lloraba, el ejemplo de sus virtudes y el consuelo de esperar que Dios no le había llamado á sí, sino porque estaba maduro para el cielo.

«En este tiempo, continuó M. de Bussières, Ratisbonne no daba un solo paso hácia la verdad; su voluntad había seguido la misma, su espíritu siempre burlon, sus pensamientos siempre adictos á las cosas de la tierra; tal era su situación moral el juéves 20 de Enero. A las doce del día entró al café de la plaza de España para leer allí los periódicos; se encontró con mi cuñado Edmundo Humann, habla con él de las noticias del día con un abandono y una ligereza que excluía la idea de toda preocupacion grave. Al salir del café, á las doce y media, encontró al señor baron Lotzbeek, su amigo de colegio; se entretuvo alegremente con él con las cosas más fútiles; habló del baile, de placeres, de la brillante fiesta dada por el príncipe T. . . . Indudablemente que si alguno le hubiese dicho en aquel momento: *Antes de dos horas sereis católico*, le hubiera creído loco.

«Era ya la una; yo iba á hacer algunos arreglos á San Andrés *delle Fratte*, para la ceremonia fúnebre del día siguiente. Encontré á Ratisbonne que bajaba la *Via Condotti*, y le comprometí á ir conmigo. Entramos á la Iglesia. Al ver los preparativos del servicio, me preguntó para qué estaban destinados:—Para un amigo que acabo de perder, para M. de La Ferronays, á quien yo amaba con extremo.» Entónces se puso á pasearse en la nave; su mirada fría é indiferente, parecia decir: esta iglesia es fea. Le dejé del lado de la Epístola, y cerca de un pequeño espacio destinado á recibir el catafalco, y pasé al interior del convento porque tenia que hablar algunas palabras á uno de los religiosos para que se preparara una tribuna destinada á la familia del difunto; mi ausencia duró apenas diez ó doce minutos.

«Al volver á entrar á la iglesia, no percibí al punto á Ratisbonne; mas luego le descubro inmediatamente, arrodillado delante de la capilla de San Miguel, situada á la izquierda de la entrada. Me acerco, le toco tres ó cuatro veces ántes de que él se aperciba de mi presencia. Por fin, se vuelve á mí con el rostro bañado en lágrimas, junta sus manos y me dice con una expresion imposible de definir: «¡Oh, cuánto ha rogado aquel señor por mí!»

«Yo mismo estaba estupefacto de admiracion; yo sentia lo que se siente en presencia de un milagro. Levanto á Ratisbonne, lo guío, lo llevo, por decirlo así, fuera de la iglesia, le pregunto lo que tiene y á dónde quiere ir. «Llévame á donde quieras, exclama él; despues de lo que he visto, obedezco.» Le digo que se explique, y él no puede, su emocion es demasiado fuerte. Saca de su seno la medalla milagrosa, que cubre de besos y lágrimas. Le conduzco á su casa, y á pesar de mis reiteradas instancias, no pude conseguir de él más que exclamaciones mezcladas con sollozos. «¡Ah, qué feliz soy! ¡qué bueno es Dios! ¡qué plenitud de gracias y de dicha! ¡desgraciados los que nada saben! ¡ellos se quejarán de no conocerlas!» Luego prorrumpe en llanto, al pensar en los herejes y en los incrédulos. En fin, me pregunta si no está él loco. . . . «¡Oh, no! exclama él, estoy en mis sentidos; ¡Dios mio, Dios mio! yo no estoy loco; todo el mundo sabe bien que no estoy loco.»

«Cuando comienza á calmarse aquella delirante emocion, Ratisbonne, con un semblante radioso, y yo diria trasfigurado, me estrecha entre sus brazos, me abraza, me pide que le lleve con un confesor, quiere saber cuándo podrá recibir el bautismo, sin el cual no podria vivir, suspira despues por la felicidad de los mártires, cuyos tormentos ha visto en las paredes de San Estéban el Redondo. Me declara

que no se explicará hasta despues de haber obtenido el permiso de un sacerdote. «Porque lo que tengo que decir, añade él, no puedo decirlo sino de rodillas.» Le llevo inmediatamente al *Jesus* con el padre de Villefort, quien le dice que se explique.

«Entónces Ratisbonne saca su medalla, la abraza, nos la enseña, y exclama: *¡Yo la he visto! ¡yo la he visto!* y su emocion le domina todavía; mas recobra su calma y pudo expresarse. Hé aquí sus propias palabras:

«Yo estaba hacia un instante en la iglesia, cuando repentinamente me sentí movido de una turbacion inexplicable. Levanté los ojos, y todo el edificio había desaparecido á mi vista; una sola capilla había concentrado, por decirlo así, toda la luz; y en medio de aquella radiacion apareció en pié sobre el altar la Virgen María, brillante, llena de majestad y de dulzura, tal como está en mi medalla; una fuerza irresistible me arrastró hácia ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase, y pareció que me decía: «Está bien.» Ella no me habló; pero yo entendí todo.»

Tal es la relacion de M. de Bussières; la acompañó con otros muchos pormenores que no refiero, porque han sido consignados en el opúsculo intitulado: *El Hijo de María*. Además, habremos de tener que hablar de M. Ratisbonne; una solemne ceremonia dará á conocer á todos al nuevo Saúl aterrado en la gran Roma y convertido de perseguidor en un vaso de eleccion destinado á enseñar el nombre del Señor, no á los gentiles, sino á los judíos, sus hermanos. ¡Oh abismo de los arcanos de Dios! Aquel jóven de corazon ardiente medita la regeneracion de sus correliigionarios, pero quiere regenerarlos á su modo; pues bien, su mision será la misma, pero la cumplirá en un sentido más eleva-

do, que él no conocia. Héle ahí católico, héle ahí miembro de una sociedad de Apóstoles; y ¿quién sabe si acaso ha sido elegido para acelerar el movimiento que, segun las profecías, debe llevar al rebaño del Salvador los restos de Israel y anunciar el fin de los tiempos? Mirad el horizonte; tal vereis pintarse en él más de un signo precursor de ese porvenir á la vez consolador y terrible. Adoremos, oremos y estemos listos.

23 DE ENERO.

Iglesia de San Andrés *delle Fratte*.—Recuerdo del cardenal Consalvi.—Reflexiones sobre las artes en Roma.—Conversacion de Canova con Napoleon.—Visita á los palacios y á las galerías particulares.—Palacio Barberini—Palacio Borghese.

Satisfecho con la relacion de la vispera, fui á buena hora á celebrar el santo Sacrificio á la iglesia de San Andrés *delle Fratte*, en el altar mismo de la capilla en donde había tenido lugar el milagro. Yo me decía: No es ni un judío alemán, ni un judío inglés, sino un judío francés el que ha sido convertido. ¿Cómo no ver en esta circunstancia los designios eternos de Dios sobre el pueblo misionero?

Despues de la misa estudiamos de nuevo aquella iglesia, en otro tiempo gloriosamente histórica, y supe una particularidad que no carece de interes. El ilustre cardenal Consalvi, el amigo y el ministro de Pio VII, se había encontrado mezclado en todos los grandes negocios que habían llenado el reinado borrascoso del inmortal Pontífice. Los diferentes soberanos de la Europa, en testimonio de la alta estimacion que le profesaban, habían ofrecido al hábil diplomático una rica coleccion de preciosas cajas de polvos. La más espléndida era la del concordato de 1801,

le lloraba, el ejemplo de sus virtudes y el consuelo de esperar que Dios no le había llamado á sí, sino porque estaba maduro para el cielo.

«En este tiempo, continuó M. de Bussières, Ratisbonne no daba un solo paso hácia la verdad; su voluntad había seguido la misma, su espíritu siempre burlon, sus pensamientos siempre adictos á las cosas de la tierra; tal era su situación moral el juéves 20 de Enero. A las doce del día entró al café de la plaza de España para leer allí los periódicos; se encontró con mi cuñado Edmundo Humann, habla con él de las noticias del día con un abandono y una ligereza que excluía la idea de toda preocupacion grave. Al salir del café, á las doce y media, encontró al señor baron Lotzbeek, su amigo de colegio; se entretuvo alegremente con él con las cosas más fútiles; habló del baile, de placeres, de la brillante fiesta dada por el príncipe T. . . . Indudablemente que si alguno le hubiese dicho en aquel momento: *Antes de dos horas sereis católico*, le hubiera creído loco.

«Era ya la una; yo iba á hacer algunos arreglos á San Andrés *delle Fratte*, para la ceremonia fúnebre del día siguiente. Encontré á Ratisbonne que bajaba la *Via Condotti*, y le comprometí á ir conmigo. Entramos á la Iglesia. Al ver los preparativos del servicio, me preguntó para qué estaban destinados:—Para un amigo que acabo de perder, para M. de La Ferronays, á quien yo amaba con extremo.» Entónces se puso á pasearse en la nave; su mirada fría é indiferente, parecia decir: esta iglesia es fea. Le dejé del lado de la Epístola, y cerca de un pequeño espacio destinado á recibir el catafalco, y pasé al interior del convento porque tenia que hablar algunas palabras á uno de los religiosos para que se preparara una tribuna destinada á la familia del difunto; mi ausencia duró apenas diez ó doce minutos.

«Al volver á entrar á la iglesia, no percibí al punto á Ratisbonne; mas luego le descubro inmediatamente, arrodillado delante de la capilla de San Miguel, situada á la izquierda de la entrada. Me acerco, le toco tres ó cuatro veces ántes de que él se aperciba de mi presencia. Por fin, se vuelve á mí con el rostro bañado en lágrimas, junta sus manos y me dice con una expresion imposible de definir: «¡Oh, cuánto ha rogado aquel señor por mí!»

«Yo mismo estaba estupefacto de admiracion; yo sentia lo que se siente en presencia de un milagro. Levanto á Ratisbonne, lo guío, lo llevo, por decirlo así, fuera de la iglesia, le pregunto lo que tiene y á dónde quiere ir. «Llévame á donde quieras, exclama él; despues de lo que he visto, obedezco.» Le digo que se explique, y él no puede, su emocion es demasiado fuerte. Saca de su seno la medalla milagrosa, que cubre de besos y lágrimas. Le conduzco á su casa, y á pesar de mis reiteradas instancias, no pude conseguir de él más que exclamaciones mezcladas con sollozos. «¡Ah, qué feliz soy! ¡qué bueno es Dios! ¡qué plenitud de gracias y de dicha! ¡desgraciados los que nada saben! ¡ellos se quejarán de no conocerlas!» Luego prorrumpe en llanto, al pensar en los herejes y en los incrédulos. En fin, me pregunta si no está él loco. . . . «¡Oh, no! exclama él, estoy en mis sentidos; ¡Dios mio, Dios mio! yo no estoy loco; todo el mundo sabe bien que no estoy loco.»

«Cuando comienza á calmarse aquella delirante emocion, Ratisbonne, con un semblante radioso, y yo diria trasfigurado, me estrecha entre sus brazos, me abraza, me pide que le lleve con un confesor, quiere saber cuándo podrá recibir el bautismo, sin el cual no podria vivir, suspira despues por la felicidad de los mártires, cuyos tormentos ha visto en las paredes de San Estéban el Redondo. Me declara

que no se explicará hasta despues de haber obtenido el permiso de un sacerdote. «Porque lo que tengo que decir, añade él, no puedo decirlo sino de rodillas.» Le llevo inmediatamente al *Jesus* con el padre de Villefort, quien le dice que se explique.

«Entónces Ratisbonne saca su medalla, la abraza, nos la enseña, y exclama: *¡Yo la he visto! ¡yo la he visto!* y su emocion le domina todavía; mas recobra su calma y pudo expresarse. Hé aquí sus propias palabras:

«Yo estaba hacia un instante en la iglesia, cuando repentinamente me sentí movido de una turbacion inexplicable. Levanté los ojos, y todo el edificio había desaparecido á mi vista; una sola capilla había concentrado, por decirlo así, toda la luz; y en medio de aquella radiacion apareció en pié sobre el altar la Virgen María, brillante, llena de majestad y de dulzura, tal como está en mi medalla; una fuerza irresistible me arrastró hácia ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase, y pareció que me decía: «Está bien.» Ella no me habló; pero yo entendí todo.»

Tal es la relacion de M. de Bussières; la acompañó con otros muchos pormenores que no refiero, porque han sido consignados en el opúsculo intitulado: *El Hijo de María*. Además, habremos de tener que hablar de M. Ratisbonne; una solemne ceremonia dará á conocer á todos al nuevo Saúl aterrado en la gran Roma y convertido de perseguidor en un vaso de eleccion destido á enseñar el nombre del Señor, no á los gentiles, sino á los judíos, sus hermanos. ¡Oh abismo de los arcanos de Dios! Aquel jóven de corazon ardiente medita la regeneracion de sus correliigionarios, pero quiere regenerarlos á su modo; pues bien, su mision será la misma, pero la cumplirá en un sentido más eleva-

do, que él no conocia. Héle ahí católico, héle ahí miembro de una sociedad de Apóstoles; y ¿quién sabe si acaso ha sido elegido para acelerar el movimiento que, segun las profecías, debe llevar al rebaño del Salvador los restos de Israel y anunciar el fin de los tiempos? Mirad el horizonte; tal vereis pintarse en él más de un signo precursor de ese porvenir á la vez consolador y terrible. Adoremos, oremos y estemos listos.

23 DE ENERO.

Iglesia de San Andrés *delle Fratte*.—Recuerdo del cardenal Consalvi.—Reflexiones sobre las artes en Roma.—Conversacion de Canova con Napoleon.—Visita á los palacios y á las galerías particulares.—Palacio Barberini—Palacio Borghese.

Satisfecho con la relacion de la vispera, fui á buena hora á celebrar el santo Sacrificio á la iglesia de San Andrés *delle Fratte*, en el altar mismo de la capilla en donde había tenido lugar el milagro. Yo me decía: No es ni un judío alemán, ni un judío inglés, sino un judío francés el que ha sido convertido. ¿Cómo no ver en esta circunstancia los designios eternos de Dios sobre el pueblo misionero?

Despues de la misa estudiamos de nuevo aquella iglesia, en otro tiempo gloriosamente histórica, y supe una particularidad que no carece de interes. El ilustre cardenal Consalvi, el amigo y el ministro de Pio VII, se había encontrado mezclado en todos los grandes negocios que habían llenado el reinado borrascoso del inmortal Pontífice. Los diferentes soberanos de la Europa, en testimonio de la alta estimacion que le profesaban, habían ofrecido al hábil diplomático una rica coleccion de preciosas cajas de polvos. La mas espléndida era la del concordato de 1801,

que costó 30,000 francos (6,000 pesos). El piadoso cardenal mandó en su testamento que se vendieran y se emplease una parte del producto en terminar las fachadas de muchas iglesias de Roma; de este número fué San Andrés *delle Fratte*. La otra mitad de la suma fué consagrada á levantar en la iglesia de San Pedro el mausoleo de Pio VII, su bienhechor. La iglesia de San Andrés, servida por Mínimos, posee una rica capilla dedicada á San Francisco de Paula. Se ven allí dos ángeles del Bernino, y más abajo la muerte de Santa Ana, escultura muy notable de Pacetti. Los principales monumentos fúnebres son los del sabio Danois Zoega y del gracioso escultor prusiano Rodolfo Schadow. Sepulcros del Norte que prueban el indecible afecto de Roma y de la Italia hácia todos los amigos de las artes y de la antigüedad.

No solamente los cardenales y los papas, sino también las comunidades religiosas y los simples particulares, parecen rivalizar en celo por hacer de la ciudad eterna la galería, el museo, el salón de la Europa y del mundo. Este amor entusiasta á todas las obras maestras, por las cuales se revela el genio del hombre, es la gloria exclusiva de Roma cristiana; y además, el culto ardiente por la fe, uno de los más bellos florones de su corona. Ya los palacios pontificales nos habian enseñado sus incomparables riquezas; nosotros quisimos, á ejemplo de todos los viajeros, visitar las que embeliecen las habitaciones particulares, y comenzamos una excursión puramente artística.

Con el instinto de que acabo de hablar, es fácil ver el pensamiento de la Providencia. Por una parte Dios ha querido que la señora de la fe fuese también la madre de las artes, con el fin de cerrar la boca de aquellos que se atreviesen á acusarla de enemiga de las luces; por otra,

es cierto que las obras maestras de pintura y de escultura parecen mejor colocadas en Roma, que en cualquiera otra ciudad. Un juez, á quien nadie intentará recusar, Canova, expresaba así esta verdad, demasiado desconocida. Napoleón le había llamado á Paris para que hiciera el retrato de la emperatriz María Luisa. «Yo he venido por satisfacer á Su Majestad, y á fin de poder volver á Roma y emprender de nuevo mis trabajos.—Pero Paris es ahora la capital, dijo el emperador; es necesario que permanezcáis aquí, y en eso hareis bien.—Vos sois dueño de mi vida, Sire; pero si el emperador quiere que ella se emplee en servirle, es necesario que me conceda volver á Roma cuando haya terminado los trabajos á que he venido. Se me ha hablado de hacer el retrato de la emperatriz, y yo la representaré con los rasgos de la Concordia.»

El emperador se sonrió con benevolencia, y replicó: «Aquí está el centro, aquí están todas las obras maestras antiguas. No falta más que el Hércules Farnesio, que está en Nápoles; yo lo he reservado para mí.—Que Vuestra Majestad, replicó Canova, deje al ménos alguna cosa á la Italia; los monumentos antiguos forman colección y cadena con una infinidad de otros que no se pueden trasladar ni de Roma, ni de Nápoles. Por otra parte, el pueblo romano tiene un derecho sagrado á los monumentos descubiertos en las entrañas de las fundaciones de Roma: éste es un producto intrínsecamente unido al suelo, de tal modo, que ni las familias nobles, ni el papa Pio VII mismo, pueden vender ni enviar al exterior esta herencia del pueblo rey, esta recompensa dada por la victoria á sus ascendientes.—Os pregunto, ¿cómo es el aire de Roma? ¿era malo ó mal sano en los tiempos anteriores?—Yo recuerdo haber leído en Tácito, á propósito de la llegada de Vitelio, que muchos

soldados cayeron enfermos por haber dormido al aire en el Vaticano; 1 pero Roma tiene otros dolores, continuó el ilustre artista; esta capital está desolada desde la ausencia del Papa.—Sembrad algodón, replicó el emperador, haremos á Roma capital de Italia y la uniremos á Nápoles, ¿qué decís de eso? ¿Estareis contento?—Las artes podrian traer la prosperidad; la religion favorece las artes. Entre los Egipcios, los Griegos y los Romanos, Sire, solo la religion ha sostenido las artes. Los trabajos de los romanos llevan el sello de la religion católica romana. Esta saludable influencia sobre las artes aun las ha salvado de las depredaciones de los bárbaros. Todas las religiones son bienhechoras de las artes, pero la que con más particularidad y más magnificencia es su protectora y su madre, es la verdadera religion, nuestra religion católica romana. Los protestantes, Sire, se contentan con una simple capilla y una cruz, y no dan ocasion para fabricar bellos objetos de artes. Los edificios que ellos poseen han sido hechos por otros. «Tiene razon, los protestantes nada tienen de lo bello.» 2

Salimos de la Propaganda y llegamos en pocos minutos á la plaza Barberini. Ella ocupa, en parte, el sitio del circo de Flora, famoso por la abominacion de las fiestas que allí se celebraban por la noche, con antorchas, en honor de la cortesana divinizada. En el centro se levanta una hermosa fuente, formada de cuatro delfines que sostienen una gran concha abierta, de donde sale un triton que arroja el agua á una grande altura. La plaza debe su nombre al palacio Barberini, situado en uno de los lados. Abajo de la gran escalera se fija la atencion en un hermosísimo

1 Ne salutis quidem cura; infamibus Vaticani locis magna pars tetendit, unde cerebræ in vulgus mortes. Hist., lib. II, 97.

2 Vida de Pio VII, por M. Artaud, t. II, c. 22.

mo león antiguo, engastado en la pared del segundo descanso. Se pasa de allí al salón, cuya bóveda ha sido pintada al fresco por Pedro de Cortona; esta obra pasa por la obra maestra de ese maestro poco estimado en nuestros dias. En la sala de los retratos teneis cinco obras del Ticiano; luego el Cristo y la Magdalena del Tintoretto, con un gracioso cuadro de la Santa Virgen y del Niño Jesus, de Andrés del Sarto. Allí encontramos también una de las numerosas y tan notables composiciones de Gerardo de las Noches, el pintor del claro oscuro. El Prendimiento de Nuestro Señor en el jardín de los Olivos, causa ilusion por la verdad maravillosa del juego de la luz; podria llamarse el diorama en pleno dia. Más léjos está Adán y Eva, del Dominiquino; Dios llevado por un grupo de ángeles, reprocha á Adán su falta; éste, temblando y confuso, señala á su mujer, la cual señala á su vez á la serpiente. Entre muchos otros cuadros admira la patética cabeza de la desgraciada Beatriz Cenci, obra maestra del Guido. La historia refiere que el pintor la hizo de memoria, despues de haber visto á la jóven heroína subir al cadalso, en el momento en que decia al verdugo estas palabras tan fuertes y tan cristianas: «Tú ligas mi cuerpo para el suplicio, y desatas mi alma para la inmortalidad. Tu legghí il corpo al supplicio, e sciogli l'anima all'immortalità.» Estas obras y otras más todavía, de un gran mérito, tales como el Dédalo y el Icaro, del Guerichino, el San Andrés Corsini, del Guido, dan al palacio Barberini un lugar distinguido entre las galerías particulares de Roma.

Volviendo á pasar cerca de la vila Médicis, en otro tiempo la prision nada formidable de Galileo, y hoy la Academia de Francia, nos dirigimos al palacio Borghese. La virtud, la caridad, la fe viva, habitan aquella morada y la llenan con

sus obras maestras de la escultura antigua y de la pintura moderna. Las largas y brillantes fachadas de los edificios, el magnífico patio que las separa, todo anuncia verdaderamente una morada de príncipe. Este patio, de forma cuadrangular, está rodeado de pórticos, sostenidos por noventa y seis columnas de granito, de orden dórico en el piso bajo, y corintias en el piso superior; tal es el aspecto general del *Cimbalò Borghèse*.

La galería del palacio, la más bien puesta de Roma, cuenta mil setecientos cuadros originales. No pudiendo citar tantas obras maestras, citaremos solamente en la primera sala, la «Santa Virgen con el Niño Jesús», de Sasso Ferrato; la «Santísima Trinidad», de Leonardo Bassano. En la segunda sala, una «Magdalena» de Agustín Carracci; la «Santísima Virgen y el Niño Jesús», del Ticiano; la «Caza de Diana», obra maestra del Dominiquino, eternamente copiada. En la tercera, á «San Antonio de Padua», predicando á los pescados, que parecen estar atentos y profundamente conmovidos; este cuadro es de Paulo Veronés; á «San Juan Bautista en el desierto», del mismo. La cuarta sala presenta á la admiración á «San Juan Bautista», copiado de Rafael por Julio Romano; el «Descendimiento de la cruz», de Rafael; la famosa «Sibyla de Cúmas», del Dominiquino; y la «Visitación», de Rubens. La quinta, la «Samaritana», de Garofalo, y la «Vuelta del Hijo pródigo», primer modelo del Guerichino. La sexta, pinturas paganas y profanas que están léjos de espiritualizar el pensamiento; la séptima, espejos adornados con pinturas de Ciro Feri; la octava, cuatro cuadros de mosaico, de los cuales uno representa al papa Paulo V, de la familia Borghèse; la novena, la deliciosa «Vuelta del Hijo pródigo», del Ticiano; el «Descendimiento de la cruz», de Perugino; un

«César Borgia», maravillosa pintura de Rafael; la décima, una «Santa Virgen», de Perugino; una «Magdalena», do Andrés del Sarto; la undécima, «la Santa Familia», de Julio Romano, etc.; por todo, once salones llenos de obras maestras. Además, en aquella galería, como en las otras, el cristiano hace sus reservas, y haciéndole bajar los ojos la desnudez de las figuras, le obliga también á lamentar la invasión del sensualismo en el arte, desde la época del renacimiento.

Entre las antigüedades, se distinguan las estatuas colosales de Julia Pia, de Sabina y de Ceres, y la soberbia urna de pórfido colocada en el centro de la segunda sala. Es de admirar que los príncipes de la familia Borghèse hayan podido formar semejante colección; además de su fortuna secular, les fué necesario ese amor ardiente por las artes, que nuestro siglo de agiotaje apenas podrá comprender, pero que caracteriza gloriosamente á los romanos.

24 DE ENERO.

Palacio Ruspoli.—Escalera.—Palacio Chigi.—Galería.—Biblioteca.—Palacio Rospigliosi.—Aurora del Güido.—Busto de Scipion el Africano.—Iglesia de San Ignacio.—Sepulcro de San Luis Gonzaga.—Iglesia del Jesús.—Tumba de San Ignacio.—Baños de Neron.—Palacio Madame.—Iglesia de San Eustáquio.

Bajamos al Corso y visitamos la bella iglesia de *San Carlos* de los Milanenses, admirando sin reserva el cuadro del altar mayor. Sobre aquella tela, la más grande que animó su inmortal pincel, pintó Lebrun á San Carlos, presentado por la Santa Virgen á Nuestro Señor. Al pasar, echad una mirada al palacio *Ruspoli*. La escalera formada de 115 escalones, cada uno de un solo pedazo de mármol blanco, rivaliza con la del palacio Braschi, y ambos

tienen el primer lugar entre las obras de este género; en el piso bajo está el café más hermoso de Roma. El palacio Chigi, dá á la *Piazza Colona*; allí estuvimos algunos momentos. Esta soberbia morada, comenzada según los dibujos de Santiago de la Porte, y continuada por Carlos Maderna, fué acabada por Félix Della Greca; está todavía ocupada por la familia Chigi, que dió á la Iglesia al papa Alejandro VII. El primer piso presenta estatuas antiguas, cuyo mérito podría alabarse, si estuviesen más decentes. Vienen en seguida numerosas pinturas, entre las cuales se distingue la *Santa Cecilia* del Güido; la «Flagelación», del Guerichino; «Nuestro Señor arrojando á los vendedores del Templo», de Bassano; el «Ángel de la guarda», de Pedro de Cortona, y un medio perfil de «San Pedro», que se cree que es del Dominiquino. En los departamentos del príncipe, vimos muchos dibujos originales de Julio Romano, del Bernino, de Andrés Sacchi, conservados bajo cristales. A un lado está la biblioteca en donde se encuentra el curioso manuscrito del profeta Daniel según los Setenta.

Dejando la plaza Columna después de haber saludado de nuevo al grande Apóstol que la domina, tomamos rápidamente el Monte-Cavallo. A la izquierda de la Consulta, en el fondo de un gran patio, presenta el palacio *Rospigliosi* sus hermosas fachadas. Recuerda á tres cardenales célebres; al cardenal Scipion Borghèse, que lo comenzó según los dibujos de Flaminio Ponzio; al cardenal Bentivoglio, que lo adquirió, y por fin al cardenal Mazarino, que habiéndolo comprado bajo Luis XIII, lo mandó acabar por Carlos Maderna. Dividido hoy entre la noble familia Rospigliosi y el príncipe Pallavicini, rivaliza con los otros por las obras maestras que encierra. En el pabellón y á la izquierda, brilla sobre la bóveda del salón la famosa *Auro-*

ra del Güido, la obra más célebre de este gran maestro.

La diosa está representada sembrando flores, seguida de Fósforo, que tiene una antorcha; luego el Sol, bajo la figura de Apolo sentado en un carro, arrastrado por cuatro corceles al frente, y rodeado de siete Ninfas que danzan al rededor del Padre de la luz. El mismo salón posee una estatua antigua de Diana y un caballo de bronce; pero el más notable carácter de antigüedad, es el busto de Scipion el Africano. Este se encuentra en una pieza vecina, con dos grandes cuadros, el uno del Dominiquino que representa á «Adán y Eva en el paraíso terrestre», y el otro de Luis Carracci, que representa á «Sansón haciendo crujir el templo de los Filisteos». Las glorias del museo, son: un soberbio vaso de verde antiguo, un candelabro, diferentes estatuas y diez y ocho frescos hallados en las termas de Constantino.

Del Monte-Cavallo, se dirigió nuestra excursión hácia el palacio *Madama*. Como no teníamos que seguir ninguna línea recta, quisimos hacer una curva á la izquierda y visitar al paso las iglesias de San Ignacio y del Jesús. En 1626, el cardenal Lodovisi, sobrino de Gregorio XV, comenzó esa grande y bella iglesia, de la cual habia hecho el Dominiquino dos diferentes dibujos; el padre Grassi, jesuita, formó de uno y otro el que se adoptó. La iglesia es una cruz latina; el pórtico de travertino, se compone de una doble hilera de columnas de orden corintio y compuesto, y hace honor al cincel de Algardi. En cuanto á las pinturas de la bóveda, del corto, y del primer altar de la derecha, son del padre Pozzi, jesuita. En lo general, se encuentra allí algo de cargado, y de mal gusto en la ornamentación. Como quiera que sea, los altares del crucero son notables por sus mármoles preciosos y por sus columnas torcidas laminadas con ver-

sus obras maestras de la escultura antigua y de la pintura moderna. Las largas y brillantes fachadas de los edificios, el magnífico patio que las separa, todo anuncia verdaderamente una morada de príncipe. Este patio, de forma cuadrangular, está rodeado de pórticos, sostenidos por noventa y seis columnas de granito, de orden dórico en el piso bajo, y corintias en el piso superior; tal es el aspecto general del *Cimbalò Borghèse*.

La galería del palacio, la más bien puesta de Roma, cuenta mil setecientos cuadros originales. No pudiendo citar tantas obras maestras, citaremos solamente en la primera sala, la «Santa Virgen con el Niño Jesús», de Sasso Ferrato; la «Santísima Trinidad», de Leonardo Bassano. En la segunda sala, una «Magdalena» de Agustín Carracci; la «Santísima Virgen y el Niño Jesús», del Ticiano; la «Caza de Diana», obra maestra del Dominiquino, eternamente copiada. En la tercera, á «San Antonio de Padua», predicando á los pescados, que parecen estar atentos y profundamente conmovidos; este cuadro es de Paulo Veronés; á «San Juan Bautista en el desierto», del mismo. La cuarta sala presenta á la admiración á «San Juan Bautista», copiado de Rafael por Julio Romano; el «Descendimiento de la cruz», de Rafael; la famosa «Sibyla de Cúmas», del Dominiquino; y la «Visitación», de Rubens. La quinta, la «Samaritana», de Garofalo, y la «Vuelta del Hijo pródigo», primer modelo del Guerichino. La sexta, pinturas paganas y profanas que están léjos de espiritualizar el pensamiento; la séptima, espejos adornados con pinturas de Ciro Feri; la octava, cuatro cuadros de mosaico, de los cuales uno representa al papa Paulo V, de la familia Borghèse; la novena, la deliciosa «Vuelta del Hijo pródigo», del Ticiano; el «Descendimiento de la cruz», de Perugino; un

«César Borgia», maravillosa pintura de Rafael; la décima, una «Santa Virgen», de Perugino; una «Magdalena», do Andrés del Sarto; la undécima, «la Santa Familia», de Julio Romano, etc.; por todo, once salones llenos de obras maestras. Además, en aquella galería, como en las otras, el cristiano hace sus reservas, y haciéndole bajar los ojos la desnudez de las figuras, le obliga también á lamentar la invasión del sensualismo en el arte, desde la época del renacimiento.

Entre las antigüedades, se distinguan las estatuas colosales de Julia Pia, de Sabina y de Ceres, y la soberbia urna de pórfido colocada en el centro de la segunda sala. Es de admirar que los príncipes de la familia Borghèse hayan podido formar semejante colección; además de su fortuna secular, les fué necesario ese amor ardiente por las artes, que nuestro siglo de agiotaje apenas podrá comprender, pero que caracteriza gloriosamente á los romanos.

24 DE ENERO.

Palacio Ruspoli.—Escalera.—Palacio Chigi.—Galería.—Biblioteca.—Palacio Rospigliosi.—Aurora del Güido.—Busto de Scipion el Africano.—Iglesia de San Ignacio.—Sepulcro de San Luis Gonzaga.—Iglesia del Jesús.—Tumba de San Ignacio.—Baños de Nerón.—Palacio Madame.—Iglesia de San Eustaquio.

Bajamos al Corso y visitamos la bella iglesia de *San Carlos* de los Milanés, admirando sin reserva el cuadro del altar mayor. Sobre aquella tela, la más grande que animó su inmortal pincel, pintó Lebrun á San Carlos, presentado por la Santa Virgen á Nuestro Señor. Al pasar, echad una mirada al palacio *Ruspoli*. La escalera formada de 115 escalones, cada uno de un solo pedazo de mármol blanco, rivaliza con la del palacio Braschi, y ambos

tienen el primer lugar entre las obras de este género; en el piso bajo está el café más hermoso de Roma. El palacio Chigi, dá á la *Piazza Colona*; allí estuvimos algunos momentos. Esta soberbia morada, comenzada según los dibujos de Santiago de la Porte, y continuada por Carlos Maderna, fué acabada por Félix Della Greca; está todavía ocupada por la familia Chigi, que dió á la Iglesia al papa Alejandro VII. El primer piso presenta estatuas antiguas, cuyo mérito podría alabarse, si estuviesen más decentes. Vienen en seguida numerosas pinturas, entre las cuales se distingue la *Santa Cecilia* del Güido; la «Flagelación», del Guerichino; «Nuestro Señor arrojando á los vendedores del Templo», de Bassano; el «Ángel de la guarda», de Pedro de Cortona, y un medio perfil de «San Pedro», que se cree que es del Dominiquino. En los departamentos del príncipe, vimos muchos dibujos originales de Julio Romano, del Bernino, de Andrés Sacchi, conservados bajo cristales. A un lado está la biblioteca en donde se encuentra el curioso manuscrito del profeta Daniel según los Setenta.

Dejando la plaza Columna después de haber saludado de nuevo al grande Apóstol que la domina, tomamos rápidamente el Monte-Cavallo. A la izquierda de la Consulta, en el fondo de un gran patio, presenta el palacio *Rospigliosi* sus hermosas fachadas. Recuerda á tres cardenales célebres; al cardenal Scipion Borghèse, que lo comenzó según los dibujos de Flaminio Ponzio; al cardenal Bentivoglio, que lo adquirió, y por fin al cardenal Mazarino, que habiéndolo comprado bajo Luis XIII, lo mandó acabar por Carlos Maderna. Dividido hoy entre la noble familia Rospigliosi y el príncipe Pallavicini, rivaliza con los otros por las obras maestras que encierra. En el pabellón y á la izquierda, brilla sobre la bóveda del salón la famosa *Auro-*

ra del Güido, la obra más célebre de este gran maestro.

La diosa está representada sembrando flores, seguida de Fósforo, que tiene una antorcha; luego el Sol, bajo la figura de Apolo sentado en un carro, arrastrado por cuatro corceles al frente, y rodeado de siete Ninfas que danzan al rededor del Padre de la luz. El mismo salón posee una estatua antigua de Diana y un caballo de bronce; pero el más notable carácter de antigüedad, es el busto de Scipion el Africano. Este se encuentra en una pieza vecina, con dos grandes cuadros, el uno del Dominiquino que representa á «Adán y Eva en el paraíso terrestre», y el otro de Luis Carracci, que representa á «Sansón haciendo crujir el templo de los Filisteos». Las glorias del museo, son: un soberbio vaso de verde antiguo, un candelabro, diferentes estatuas y diez y ocho frescos hallados en las termas de Constantino.

Del Monte-Cavallo, se dirigió nuestra excursión hácia el palacio *Madama*. Como no teníamos que seguir ninguna línea recta, quisimos hacer una curva á la izquierda y visitar al paso las iglesias de San Ignacio y del Jesús. En 1626, el cardenal Lodovisi, sobrino de Gregorio XV, comenzó esa grande y bella iglesia, de la cual habia hecho el Dominiquino dos diferentes dibujos; el padre Grassi, jesuita, formó de uno y otro el que se adoptó. La iglesia es una cruz latina; el pórtico de travertino, se compone de una doble hilera de columnas de orden corintio y compuesto, y hace honor al cincel de Algardi. En cuanto á las pinturas de la bóveda, del corto, y del primer altar de la derecha, son del padre Pozzi, jesuita. En lo general, se encuentra allí algo de cargado, y de mal gusto en la ornamentación. Como quiera que sea, los altares del crucero son notables por sus mármoles preciosos y por sus columnas torcidas laminadas con ver-

de antiguo. En la capilla de la derecha, que pertenece á la familia Lancelotti, está un bajo relieve de Legros, que representa á San Luis Gonzaga, y cuya ejecucion nada deja que desear. Bajo el altar brilla una caja de lapis-lazzuli, en la cual descansa el cuerpo virginal del joven santo. Fué una verdadera felicidad para nosotros, la de postrarnos delante de aquel glorioso sepulcro, desde el cual parece exhalarse yo no sé qué perfume de santidad que hace gozar deliciosamente al corazón del viajero. ¡Joven angélico, flor inmortal de la compañía de Jesús y su más bella apología, gloria de la Iglesia católica, única capaz de producir semejantes milagros, modelo de la juventud cristiana; oh amable Luis Gonzaga, obtened, para la juventud de mi patria el espíritu sagrado que os animó!

Cerca de la puerta lateral, se detiene uno delante de la magnífica tumba de Gregorio XV, obra también de Legros; es tierno ver descansar en la iglesia de San Ignacio al Pontífice que le canonizó. El «Colegio romano» está tocando á la iglesia, pero nosotros no quisimos entrar á él, por temor de verlo como turistas; él será objeto de una visita particular. Digamos solamente, de paso, que este inmenso edificio fué levantado en 1582 por Gregorio XIII, según los dibujos de Bartolomé Ammannato.

Entre San Ignacio y el Jesús hay tan poca distancia y tantas relaciones, que no se puede visitar el uno sin entrar en el otro. Una de las más ricas iglesias de Roma, el Jesús, ha sido como edificio, el objeto de numerosas críticas y de grandes alabanzas; «videant periti.» Viñola dió el plano; Santiago de la Porte, su discípulo, lo ejecutó, agregándole la cúpula y la fachada, adornada con dos hileras de pilastras de orden corintio y compuesto. Todo el contorno de la iglesia está decorado con pilastras de orden compuesto de estuco

dorado, de esculturas de mármol y de bellas pinturas; pero la parte más rica y más notable, es la capilla de San Ignacio, construida según los dibujos del padre Pozzi. Está á la izquierda del crucero. La vista se fija desde luego en el retablo formado de cuatro columnas coronadas de lapis-lazzuli y rayadas de bronce dorado, con bases y capiteles del mismo metal; los pedestales de las columnas, la cornisa y el entablado, son de verde antiguo. Del centro del friso se desprende un grupo de mármol blanco que representa la Santa Trinidad; además de las figuras, se admira el globo de lapis-lazzuli que tiene el Padre Eterno; es el más grueso de los que existen. El cuadro de San Ignacio, que es el del padre Pozzi, armoniza noblemente con la estatua del santo, de plata maciza y de tamaño natural. El cuerpo del ilustre fundador descansa bajo el altar, en una soberbia caja de bronce dorado, adornada con piedras preciosas y bajos relieves de bronce dorado y de mármol que representan diversas acciones del santo. De cada lado del altar están dos grupos de mármol, que algunos hallan admirables y otros demasiado fingidos. El uno representa la Fe abrazada por diferentes naciones bárbaras, el otro la «Religion» echando por tierra la herejía. Dos de nuestros compatriotas, Juan Tendon y Legros, son los autores de esas obras. Las pinturas de la bóveda de la capilla son de Baccio; se las mira como una de sus mejores composiciones.

A vista de esta capilla tan rica y tan frecuentada, consagrada á un santo, cuyo nombre es después de muchos siglos un signo de contradicción entre los pueblos, se ve uno tocado por el milagroso poder del catolicismo que, á pesar de las calumnias y de las persecuciones, sabe asegurar una gloria inmortal á sus nobles hijos. Después, al recuerdo de San Ignacio solicitando para su Compañía cruces continuas, no puede

dejarse de admirar la fe de aquel gran santo, y de creer que gusta de las tribulaciones incesantes que componen la vida de sus discípulos. Al lado del altar mayor descansa uno de los gloriosos hijos de Ignacio, el cardenal Belarmino. Se sabe que fue necesaria una orden formal del Santo Padre para hacerle aceptar la púrpura, y que el pueblo de Roma no le llamaba de otro modo más que por el Santo Cardenal. Su sepulcro, notable por sus adornos de mármol, es debido al cincel de Bernini. A la Iglesia del Jesús está inmediata la casa profeta de la Compañía, residencia del general y de los principales superiores. La afabilidad, la piedad, unidas á la elevación del espíritu y á la variedad de los conocimientos humanos, caracterizan al reverendo padre Rothaan, general actual.

Nos fué necesario recordar la naturaleza exclusivamente artística de nuestras investigaciones, para no sucumbir á la tentación de visitar la Universidad romana, cerca de la cual pasamos, antes de llegar al «palazzo Madama.» La plaza de «San Eustaquio» está rodeada de tres monumentos dignos de la atención del arqueólogo, del artista y del cristiano; quiero hablar de los baños de Neron, del palacio Madama y de la iglesia de San Eustaquio. Cerca de las magníficas Termas de Agripa, en donde haría sus voluptuosas comidas á la luz de las antorchas y al ruid de las sinfonías, construyó Neron un edificio del mismo género, con un lujo y un refinamiento de sibaritismo, que hacía decir á Marcial: «No se conoce nada más malo que Neron, ni nada mejor que sus Termas.»¹

Para seguir los progresos del siglo, Alejandro Severo excedió á Neron. No con-

¹¿Quid Nerone pejus?
¿Quid Thermis melius neronianis?
Epigr., lib. VII, epigr. 33.

tento con hacer más grandes las Termas de su predecesor, las iluminó durante la noche con una multitud de antorchas, á fin de que el pueblo no se viera obligado á interrumpir el curso de sus incalificables placeres. Desde entonces los baños tomaron el nombre del «bienhechor emperador.»¹ Columnas, mármoles preciosos, atestiguan todavía la riqueza y la grandeza de aquel establecimiento, cuyo nombre se conserva en el de la pequeña iglesia vecina de San Salvador «in Thermis». Sobre aquellas ruinas tristemente monumentales se levanta hoy el palacio «Madama» que debe su origen y su nombre á Catalina de Médicis, que llegó á ser reina de Francia. Benedicto XIV lo compró, y hoy sirve de residencia al gobernador de Roma; la arquitectura, alabada por unos, criticada por otros, no carece ni de grandeza, ni de elegancia; es de Pablo Marucelli.

A algunos pasos del palacio y de la Universidad, se encuentra la antigua iglesia de San Eustaquio. Fué restaurada la primera vez en 1196 por el papa Celestino III y lo fué de nuevo en el siglo pasado bajo la dirección del arquitecto Antonio Canevari. Por esto, es preciso decir, que aquí ni la arquitectura, ni las pinturas de un mérito más ó menos demostrado, ni la grandeza de las proporciones, pueden explicar la solicitud maternal con que Roma conserva este modesto edificio. ¿Quiere el viajero conocer el secreto de tantos finos cuidados? Una mirada al altar le explicará el misterio. Allí descansa en una urna antigua, maravilla del cincel, toda una familia de héroes: Eustaquio, general de los ejércitos de Adriano, Teopista su esposa, y sus dos hijos Teopisto y Aga-

¹ Addidit et oleum luminibus Thermarum, cum antea non ante auroram paterent, et ante solis occasum clauderentur.

Lamprid, in Alexandr.

pito 1 Sus nombres son conocidos por todos los cristianos, porque lucen con un brillo particular, en medio de tantos nombres ilustres, en el ejército de los mártires.

Eustaquio, comandante de la caballería romana en el sitio de Jesuralem, se hizo notar por su brillante valor, de Trajano, entonces jefe de la décima legión. Más tarde fué elevado al grado de general, por su antiguo compañero de armas que llegó á ser emperador, y combatía aún bajo Adriano. Como vencedor de los enemigos del imperio, lleva á Roma su ejército triunfante, y Adriano quiere que rinda solemnes acciones de gracias á los dioses del Capitolio. Eustaquio protesta que no debe reconocimiento, más que al verdadero Dios de los ejércitos, y se niega á cumplir la voluntad del príncipe. Adriano, ultrajado con esta resistencia, inventa un nuevo suplicio capaz de vengar á su majestad ofendida, y de llenar de terror á los temerarios que intenten desconocer sus órdenes. En un toro de bronce, calentado hasta la temperatura roja, manda encerrar al bravo general, á su mujer y á sus hijos. El olor de este sacrificio sube hasta el cielo, y entretanto que el Rey de los mártires corona á sus soldados, la Iglesia rodea con su veneración sus nombres dos veces inmortales. Antes de dar su vida por su Dios, Eustaquio había distribuido sus riquezas á los pobres sus hermanos 2.

En su casa se reunían los cristianos para celebrar sus fraternales agapas. En memoria de este hecho, la Iglesia que está consagrada, sirvió largo tiempo para el mismo uso. Un Ritual antiguo contiene todavía la oración que rezaba la Asamblea en favor del cristiano generoso que había dado lugar á aquellas comidas, cuyo obje-

1 Mazzol., t. VI, p. 304.

2 Baron., *Ann.*, an 103, n. 4; et an. 120, n. 4, et *Not. ad Martyrol.*, 20 sept. n. B.

to eminentemente social, era mostrar la igualdad evangélica de todos los hombres; no se deja de recordar, en esa oración el nombre y el ejemplo de San Eustaquio 1. ¿Se comprende ahora, por qué Roma cuida como á la niña de sus ojos, la pequeña iglesia en que estamos? ¿Se comprende por qué es una de las estaciones obligadas del peregrino católico en la Ciudad eterna? ¿Cuántos otros deberian tambien, para bienestar del mundo, ir allí á meditar!

25 DE ENERO.

Santa María de la Paz.—Recuerdos de Sixto V.—Sibylas de Rafael.—Palacio Vidoni.—Fastos sagrados de Verrius Flaccus, Verrio Flacco.—Palacio Mattei.—Bustos de los emperadores.—Pinturas del Dominiquino.—Palacio Corsini.—*Ecce Homo* del Guerichino.—Pinturas de Pablo Veronés, del Ticiand, etc.—Farnesina.—Iglesia de San Andrés *della Valle*.—Pinturas de la cúpula, por el Dominiquino.

Día de la conversión de San Pablo. Después de haber orado en Roma en la tumba del grande Apóstol, por la conversión de los Saúles demasiado numerosos, que persiguen todavía á Jesus de Nazareth, emprendimos de nuevo nuestra peregrinación de la víspera; decididamente nos habíamos convertido en turistas. En calidad de tales, atravesamos rápidamente el centro de la ciudad, para dirigirnos de la Propaganda á Santa María "de la Paz." En el umbral de esta iglesia nos espera un gran recuerdo. En el siglo décimo sexto, el Protestantismo había recorrido la Alemania, con la antorcha en una mano y la espada

1 Da, Domine, famulo tuo N. sperata suffragia obtinere, ut qui pauperes tuos in tua sancta Ecclesia recreavit, sanctorum simul omnium et beati martyris Eustachii et sociorum ejus mereatur consortia cujus nunc est secutus; Per Christum, etc.

en la otra, predicando la soberanía individual, y atroces guerras habían trastornado la Europa y sembrado la división entre los príncipes cristianos. Restablecer la paz, tal fué el objeto constante de los grandes papas que ocuparon entonces la silla de San Pedro.

Cuando el buen éxito hubo coronado sus esfuerzos, Pio IV mandó edificar en acción de gracias una soberbia iglesia, que dedicó á Nuestra Señora de la Paz; Rafael la inmortalizó con una obra maestra de su pincel. Sobre el arco de la primera capilla de la izquierda, desde la cornisa de la iglesia hasta abajo, brilla como una estrella en el firmamento su bellapintura al fresco, que representa las sibylas de Cúmas, de Persia, de Frigia y de Tívoli. Afortunadamente la crítica puritana, la crítica de reacción jansenista, no se habían hecho sentir aún; de otro modo, tendríamos de ménos una obra maestra. El altar mayor, ejecutado según los dibujos de Carlos Marata, no está eclipsado por aquella hermosa página de Rafael. Sus cuatro columnas de verde antiguo, sus esculturas, sus pinturas, hacen de él un precioso objeto de arte; lo mismo sucede con la cúpula, de forma octagonal y de excelente gusto. Después de haber saludado, al pasar, á Santa María "del Alma" se entra al palacio Vidoni.

Rafael mismo dió su plano. Abajo de la gran escalera os espera el emperador Marco Aurelio; noble conserje, cuya estatua antigua parece anunciar el monumento que atrae á aquel palacio al viajero arqueólogo; aquí se conservan los Fastos sagrados, redactados por Verrio Flacco. Estos preciosos fragmentos, hallados en Palestina el último siglo, contienen el calendario romano para los meses de Enero, Marzo, Abril y Diciembre. El cardenal Stapponi los había descubierto; otro príncipe de la Iglesia, el cardenal Vidoni, los mandó limpiar, y encomendó al profesor

de Arqueología, Nibbi, que supliere las partes que faltaban. Así restaurados, se publicaron los Fastos á expensas del cardenal, en caracteres rojos y negros, para distinguir lo que es antiguo de lo que es moderno. Verrio Flacco, que los redactó, era un liberto célebre por su talento para la enseñanza, y tenía una escuela muy concurrida. Augusto le eligió para preceptor de sus nietos, y le mandó llevar á la casa palatina con toda su escuela, con solo la condición de que no admitiría más discípulos 1. En cuanto al calendario, él revela elocuentemente el estado de las costumbres romanas; allí se vé que los juegos públicos ocupaban más de las dos terceras partes del año. Después de diez y ocho siglos, se ha reproducido el mismo ensamblamiento en nuestro calendario republicano, como para establecer que el hombre, sin el Evangelio, es siempre el mismo. Solo á la Iglesia Católica está reservado espiritualizar cada día del año, dedicándolo á algun santo.

Después de haber pasado delante de "Santa Lucía," en la calle de los Botteghe oscure." (Tiendas oscuras), se encuentra el palacio "Mattei." La regularidad en las proporciones, la belleza en la arquitectura, la riqueza de las galerías, le asignan un lugar muy distinguido entre las moradas de los príncipes de la Ciudad eterna. El patio y el vestíbulo están adornados con bajos relieves, con bustos y estatuas antiguas. En los descansos de la gran escalera, se ven dos sillas de mármol halladas en el Monte Célio, cerca de la iglesia de Santos Juan y Pablo; una caza en relieve del emperador Cómodo, las estatuas de Pallas, de Júpiter y de la Abundancia. En la gradería exterior que comunica con el primer piso, está el busto antiguo de Alejandro Magno; inclinándose sobre el balcón, percibís, incrustadas en las paredes

1 Suet., *de Illust. Grammat.*, 17.

pito 1 Sus nombres son conocidos por todos los cristianos, porque lucen con un brillo particular, en medio de tantos nombres ilustres, en el ejército de los mártires.

Eustaquio, comandante de la caballería romana en el sitio de Jesuralem, se hizo notar por su brillante valor, de Trajano, entonces jefe de la décima legión. Más tarde fué elevado al grado de general, por su antiguo compañero de armas que llegó á ser emperador, y combatía aún bajo Adriano. Como vencedor de los enemigos del imperio, lleva á Roma su ejército triunfante, y Adriano quiere que rinda solemnes acciones de gracias á los dioses del Capitolio. Eustaquio protesta que no debe reconocimiento, más que al verdadero Dios de los ejércitos, y se niega á cumplir la voluntad del príncipe. Adriano, ultrajado con esta resistencia, inventa un nuevo suplicio capaz de vengar á su majestad ofendida, y de llenar de terror á los temerarios que intenten desconocer sus órdenes. En un toro de bronce, calentado hasta la temperatura roja, manda encerrar al bravo general, á su mujer y á sus hijos. El olor de este sacrificio sube hasta el cielo, y entretanto que el Rey de los mártires corona á sus soldados, la Iglesia rodea con su veneración sus nombres dos veces inmortales. Antes de dar su vida por su Dios, Eustaquio había distribuido sus riquezas á los pobres sus hermanos 2.

En su casa se reunían los cristianos para celebrar sus fraternales agapas. En memoria de este hecho, la Iglesia que está consagrada, sirvió largo tiempo para el mismo uso. Un Ritual antiguo contiene todavía la oración que rezaba la Asamblea en favor del cristiano generoso que había dado lugar á aquellas comidas, cuyo obje-

1 Mazzol., t. VI, p. 304.

2 Baron., *Ann.*, an 103, n. 4; et an. 120, n. 4, et *Not. ad Martyrol.*, 20 sept. n. B.

to eminentemente social, era mostrar la igualdad evangélica de todos los hombres; no se deja de recordar, en esa oración el nombre y el ejemplo de San Eustaquio 1. ¿Se comprende ahora, por qué Roma cuida como á la niña de sus ojos, la pequeña iglesia en que estamos? ¿Se comprende por qué es una de las estaciones obligadas del peregrino católico en la Ciudad eterna? ¿Cuántos otros deberian tambien, para bienestar del mundo, ir allí á meditar!

25 DE ENERO.

Santa María de la Paz.—Recuerdos de Sixto V.—Sibylas de Rafael.—Palacio Vidoni.—Fastos sagrados de Verrius Flaccus, Verrio Flacco.—Palacio Mattei.—Bustos de los emperadores.—Pinturas del Dominiquino.—Palacio Corsini.—*Ecce Homo* del Guerichino.—Pinturas de Pablo Veronés, del Ticiand, etc.—Farnesina.—Iglesia de San Andrés della Valle.—Pinturas de la cúpula, por el Dominiquino.

Día de la conversión de San Pablo. Después de haber orado en Roma en la tumba del grande Apóstol, por la conversión de los Saúles demasiado numerosos, que persiguen todavía á Jesus de Nazareth, emprendimos de nuevo nuestra peregrinación de la víspera; decididamente nos habíamos convertido en turistas. En calidad de tales, atravesamos rápidamente el centro de la ciudad, para dirigimos de la Propaganda á Santa María "de la Paz." En el umbral de esta iglesia nos espera un gran recuerdo. En el siglo décimo sexto, el Protestantismo había recorrido la Alemania, con la antorcha en una mano y la espada

1 Da, Domine, famulo tuo N. sperata suffragia obtinere, ut qui pauperes tuos in tua sancta Ecclesia recreavit, sanctorum simul omnium et beati martyris Eustachii et sociorum ejus mereatur consortia cujus nunc est secutus; Per Christum, etc.

en la otra, predicando la soberanía individual, y atroces guerras habían trastornado la Europa y sembrado la división entre los príncipes cristianos. Restablecer la paz, tal fué el objeto constante de los grandes papas que ocuparon entonces la silla de San Pedro.

Cuando el buen éxito hubo coronado sus esfuerzos, Pio IV mandó edificar en acción de gracias una soberbia iglesia, que dedicó á Nuestra Señora de la Paz; Rafael la inmortalizó con una obra maestra de su pincel. Sobre el arco de la primera capilla de la izquierda, desde la cornisa de la iglesia hasta abajo, brilla como una estrella en el firmamento su bellapintura al fresco, que representa las sibylas de Cúmas, de Persia, de Frigia y de Tívoli. Afortunadamente la crítica puritana, la crítica de reacción jansenista, no se habían hecho sentir aún; de otro modo, tendríamos de ménos una obra maestra. El altar mayor, ejecutado según los dibujos de Carlos Marata, no está eclipsado por aquella hermosa página de Rafael. Sus cuatro columnas de verde antiguo, sus esculturas, sus pinturas, hacen de él un precioso objeto de arte; lo mismo sucede con la cúpula, de forma octagonal y de excelente gusto. Después de haber saludado, al pasar, á Santa María "del Alma" se entra al palacio Vidoni.

Rafael mismo dió su plano. Abajo de la gran escalera os espera el emperador Marco Aurelio; noble conserje, cuya estatua antigua parece anunciar el monumento que atrae á aquel palacio al viajero arqueólogo; aquí se conservan los Fastos sagrados, redactados por Verrio Flacco. Estos preciosos fragmentos, hallados en Palestina el último siglo, contienen el calendario romano para los meses de Enero, Marzo, Abril y Diciembre. El cardenal Stapponi los había descubierto; otro príncipe de la Iglesia, el cardenal Vidoni, los mandó limpiar, y encomendó al profesor

de Arqueología, Nibbi, que supliese las partes que faltaban. Así restaurados, se publicaron los Fastos á expensas del cardenal, en caracteres rojos y negros, para distinguir lo que es antiguo de lo que es moderno. Verrio Flacco, que los redactó, era un liberto célebre por su talento para la enseñanza, y tenía una escuela muy concurrida. Augusto le eligió para preceptor de sus nietos, y le mandó llevar á la casa palatina con toda su escuela, con solo la condición de que no admitiría más discípulos 1. En cuanto al calendario, él revela elocuentemente el estado de las costumbres romanas; allí se vé que los juegos públicos ocupaban más de las dos terceras partes del año. Después de diez y ocho siglos, se ha reproducido el mismo ensamblamiento en nuestro calendario republicano, como para establecer que el hombre, sin el Evangelio, es siempre el mismo. Solo á la Iglesia Católica está reservado espiritualizar cada día del año, dedicándolo á algun santo.

Después de haber pasado delante de "Santa Lucía," en la calle de los Botteghe oscure." (Tiendas oscuras), se encuentra el palacio "Mattei." La regularidad en las proporciones, la belleza en la arquitectura, la riqueza de las galerías, le asignan un lugar muy distinguido entre las moradas de los príncipes de la Ciudad eterna. El patio y el vestíbulo están adornados con bajos relieves, con bustos y estatuas antiguas. En los descansos de la gran escalera, se ven dos sillas de mármol halladas en el Monte Célio, cerca de la iglesia de Santos Juan y Pablo; una caza en relieve del emperador Cómodo, las estatuas de Pallas, de Júpiter y de la Abundancia. En la gradería exterior que comunica con el primer piso, está el busto antiguo de Alejandro Magno; inclinándose sobre el balcón, percibís, incrustadas en las paredes

1 Suet., de *Illust. Grammat.*, 17.

del patio, la caza de Meleagro y los bustos de Antonino, de Adriano, de Marco Aurelio, de Severo, de Verus y de Cómodo. En el primer salón figuran dos retratos pintados por David y Vandyck, y el San Buenaventura del Tintoretto. En otra pieza dividida en tres departamentos, se ve una primera bóveda pintada al fresco, y una segunda en claro oscuro por el Dominiquino; estas obras, del mejor gusto, son dignas del pintor de "San Gerónimo."

Atravesando el Tíber por el Puente-Sixto, llegamos al palacio "Corsini," obra capital del arquitecto Fuga. Aquí se encuentran tesoros de arte y de literatura; pero aquí, como en otras partes, se deplora el sensualismo pagano que deshonra al renacimiento y que os hace bajar los ojos. En la galería, precedida por dos antecámaras adornadas con bajos relieves antiguos, se ve uno detenido desde luego ante el sublime "Ecce Homo" del Guerichino; después la admisión es sucesivamente solicitada por la "Presentación al Templo," de Paulo Veronés, y por la "Salida del Sol," de Berghem. Vienen en seguida los retratos de "Julio II," de Rafael; de "Felipe II," del Ticiano; el "Conejo," de Alberto Durer; la "Vida del soldado" en doce cuadros, de Callot; la "Anunciación," de Miguel Angel; la "Herodías," del Guido; "dos Cardenales," del Dominiquino; "una Virgen," de Murillo; una "Caza de tigres," de Rubens; la "Crucifixión de San Pedro," del Guido, y muchas otras obras á las que nada falta, sino solo la inspiración verdaderamente cristiana y el casto reflejo de la belleza sobrenatural.

La biblioteca es rica, sobre todo en manuscritos y en ediciones del siglo XV; la colección de las estampas ocupa el primer lugar, en cuanto á numerosa y selecta. Una villa deliciosa toca al palacio y se extiende sobre la pendiente rápida del Janículo; desde su Casino, colocado en la cima, la

vista de Roma es completa. Aquí fué donde se colocó Vassari, para trazar su plano de la ciudad, y parece que Marcial designaba el mismo punto de vista, cuando cantaba: "Hinc septem dominos videre montes et totam licet aestimare Romam." Desde aquí se ven las siete colinas dominantes, y se puede abrazar con la vista á toda Roma.

En frente del palacio Corsini está la "Farnesina." Esta quinta fué edificada por el famoso Agustín Chigi, banquero de Leon X, y participa de la suntuosidad de su dueño y del gusto de éste por las artes. Las bóvedas de los salones están adornadas con pinturas muy poco edificantes, de Rafael y de sus discípulos.

Al entrar de nuevo á la ciudad, quisimos visitar como aficionados, la bella iglesia de San Andrés "della Valle," que habíamos ya frecuentado muchas veces como cristianos. Se levanta sobre las ruinas del escenario del teatro de Pompeyo y atrae la atención, ya por su majestuosa fachada de travertino, adornada con dos hileras de columnas de orden corintio y compuesto y enriquecida con estatuas de gran precio; ya por su cúpula, una de las más elevadas y anchas que hay en Roma. Las pinturas que la adornan, pasan por una de las mejores obras de Lanfranc. Los cuatro evangelistas que se ven en las pechinas de la cúpula y las pinturas de la bóveda del coro, representan diversos rasgos de la vida de San Andrés, y son obras clásicas del Dominiquino. Entre las capillas laterales, es notable sobre todo la primera de la derecha, á la entrada, que está revestida toda de mármoles raros, y adornada con estatuas, con ocho columnas de verde antiguo I y con un bajo relieve colocado sobre el altar, esculpido por Antonio Raggi.

I Mármol negro y verde, vetado de blanco, que ha venido á ser muy raro. También se llama mármol de Egipto. Continuaré llamándole verde antiguo.—N. del T.

Lo que hemos visto en San Andrés "della Valle," en Santa María "de la Paz," se vuelve á encontrar, con algunas variaciones, en casi todas las iglesias de Roma. Por todas partes han buscado las artes un abrigo protector en la sombra de los santuarios del catolicismo; el reconocimiento y el instinto mismo de la conservación les obligaban á ello. Se sabe ¡ay! lo que han llegado á ser y lo que han hecho, cuando olvidando su origen y su misión, han abandonado el asilo paternal y han buscado fortuna en otra parte. Al pintar la historia del Hijo pródigo, han escrito su propia historia.

26 DE ENERO.

Palacio Farnesio.—Fuentes.—Pórtico.—Esculturas.—Pinturas.—Triunfo de los Romanos.—Descripción del triunfo de Tito.—Itinerario de los triunfadores.—Fin del triunfo.—Reflexiones.

Roma había celebrado ayer la Conversión de San Pablo. El recuerdo del sublime prisionero de Jesucristo, recorriendo la ciudad de Neron, encadenado por el brazo al pretoriano encargado de guardarlo, nos dió la idea de reconocer y de seguir la marcha de los triunfadores que llevaban al Capitolio á pueblos esclavos atados á sus carros, y de ver lo que era el mundo en el momento en que los predicadores del Evangelio se dejaban cargar de cadenas para romper las de ese mismo mundo. Esto nos ofrecía aquel día un interés particular. Agregad que acabábamos el estudio de Roma pagana; ¿podíamos darle mejor término, que describiendo un espectáculo en el cual se resume toda entera? De paso, pagamos al palacio Farnesio nuestra última deuda artística.

Con su plaza, dispuesta para él y adornada con dos abundantes fuentes, cuyas

tazas de granito egipcio halladas en las Ternas de Caracalla, son las más amplias que se conocen; I con sus calles laterales y regulares, el palacio Farnesio es el más bello palacio de Roma. Todos los conocedores lo admiran como el verdadero tipo de la arquitectura romana, diferente por su gusto puro y vigoroso, de la rudeza florentina y de la arquitectura de aparato de los palacios de Nápoles y de Génova. Fué comenzado por Paulo III de la casa Farnesio, siendo todavía cardenal, y acabado por su sobrino el cardenal Alejaudro. Tres arquitectos de primer orden trabajaron en esta obra maestra: Antonio San-Gallo hizo el plano y levantó las fachadas exteriores; el primer piso del patio es de Vignola, y Miguel Angel vino á coronar el edificio con su majestuoso entablado. El travertino del patio proviene de piedras caídas del Coliseo, el cual no fué demolido por Paulo III, como se ha pretendido injustamente, para edificar el palacio, puesto que este Pontífice se mostró muy celoso siempre por la conservación de los antiguos monumentos. ¿No es sabido que uno de sus primeros actos fué crear al sabio Latino Juvenal Manneto, comisario general de las antigüedades de Roma, con poderes muy extensos? Desde las obras de los Romanos, nada se ha construido más perfecto que este patio; aun puede rivalizar, por la majestad de sus proporciones y la excelencia del trabajo, con los primeros monumentos del pueblo rey. El palacio pertenece hoy á la casa real de Nápoles, que ha llegado á ser la heredera de la familia Farnesio.

Del pórtico que mira á la plaza, se entra á un magnífico vestíbulo adornado con doce columnas de granito egipcio. Allí se encuentra el gran sarcófago de mármol, de Cecilia Mettella, mujer de Craso, cuyo

I Tienen diez y seis piés de diámetro y seis piés de profundidad.

del patio, la caza de Meleagro y los bustos de Antonino, de Adriano, de Marco Aurelio, de Severo, de Verus y de Cómodo. En el primer salón figuran dos retratos pintados por David y Vandyck, y el San Buenaventura del Tintoretto. En otra pieza dividida en tres departamentos, se ve una primera bóveda pintada al fresco, y una segunda en claro oscuro por el Dominiquino; estas obras, del mejor gusto, son dignas del pintor de "San Gerónimo."

Atravesando el Tiber por el Puente-Sixto, llegamos al palacio "Corsini," obra capital del arquitecto Fuga. Aquí se encuentran tesoros de arte y de literatura; pero aquí, como en otras partes, se deplora el sensualismo pagano que deshonra al renacimiento y que os hace bajar los ojos. En la galería, precedida por dos antecámaras adornadas con bajos relieves antiguos, se ve uno detenido desde luego ante el sublime "Ecce Homo" del Guerichino; después la admisión es sucesivamente solicitada por la "Presentación al Templo," de Paulo Veronés, y por la "Salida del Sol," de Berghem. Vienen en seguida los retratos de "Julio II," de Rafael; de "Felipe II," del Ticiano; el "Conejo," de Alberto Durer; la "Vida del soldado" en doce cuadros, de Callot; la "Anunciación," de Miguel Angel; la "Herodías," del Guido; "dos Cardenales," del Dominiquino; "una Virgen," de Murillo; una "Caza de tigres," de Rubens; la "Crucifixión de San Pedro," del Guido, y muchas otras obras á las que nada falta, sino solo la inspiración verdaderamente cristiana y el casto reflejo de la belleza sobrenatural.

La biblioteca es rica, sobre todo en manuscritos y en ediciones del siglo XV; la colección de las estampas ocupa el primer lugar, en cuanto á numerosa y selecta. Una villa deliciosa toca al palacio y se extiende sobre la pendiente rápida del Janículo; desde su Casino, colocado en la cima, la

vista de Roma es completa. Aquí fué donde se colocó Vassari, para trazar su plano de la ciudad, y parece que Marcial designaba el mismo punto de vista, cuando cantaba: "Hinc septem dominos videre montes et totam licet aestimare Romam." Desde aquí se ven las siete colinas dominantes, y se puede abrazar con la vista á toda Roma.

En frente del palacio Corsini está la "Farnesina." Esta quinta fué edificada por el famoso Agustín Chigi, banquero de Leon X, y participa de la suntuosidad de su dueño y del gusto de éste por las artes. Las bóvedas de los salones están adornadas con pinturas muy poco edificantes, de Rafael y de sus discípulos.

Al entrar de nuevo á la ciudad, quisimos visitar como aficionados, la bella iglesia de San Andrés "della Valle," que habíamos ya frecuentado muchas veces como cristianos. Se levanta sobre las ruinas del escenario del teatro de Pompeyo y atrae la atención, ya por su majestuosa fachada de travertino, adornada con dos hileras de columnas de orden corintio y compuesto y enriquecida con estatuas de gran precio; ya por su cúpula, una de las más elevadas y anchas que hay en Roma. Las pinturas que la adornan, pasan por una de las mejores obras de Lanfranc. Los cuatro evangelistas que se ven en las pechinas de la cúpula y las pinturas de la bóveda del coro, representan diversos rasgos de la vida de San Andrés, y son obras clásicas del Dominiquino. Entre las capillas laterales, es notable sobre todo la primera de la derecha, á la entrada, que está revestida toda de mármoles raros, y adornada con estatuas, con ocho columnas de verde antiguo I y con un bajo relieve colocado sobre el altar, esculpido por Antonio Raggi.

I Mármol negro y verde, vetado de blanco, que ha venido á ser muy raro. También se llama mármol de Egipto. Continuaré llamándole verde antiguo.—N. del T.

Lo que hemos visto en San Andrés "della Valle," en Santa María "de la Paz," se vuelve á encontrar, con algunas variaciones, en casi todas las iglesias de Roma. Por todas partes han buscado las artes un abrigo protector en la sombra de los santuarios del catolicismo; el reconocimiento y el instinto mismo de la conservación les obligaban á ello. Se sabe ¡ay! lo que han llegado á ser y lo que han hecho, cuando olvidando su origen y su misión, han abandonado el asilo paternal y han buscado fortuna en otra parte. Al pintar la historia del Hijo pródigo, han escrito su propia historia.

26 DE ENERO.

Palacio Farnesio.—Fuentes.—Pórtico.—Esculturas.—Pinturas.—Triunfo de los Romanos.—Descripción del triunfo de Tito.—Itinerario de los triunfadores.—Fin del triunfo.—Reflexiones.

Roma había celebrado ayer la Conversión de San Pablo. El recuerdo del sublime prisionero de Jesucristo, recorriendo la ciudad de Neron, encadenado por el brazo al pretoriano encargado de guardarlo, nos dió la idea de reconocer y de seguir la marcha de los triunfadores que llevaban al Capitolio á pueblos esclavos atados á sus carros, y de ver lo que era el mundo en el momento en que los predicadores del Evangelio se dejaban cargar de cadenas para romper las de ese mismo mundo. Esto nos ofrecía aquel día un interés particular. Agregad que acabábamos el estudio de Roma pagana; ¿podíamos darle mejor término, que describiendo un espectáculo en el cual se resume toda entera? De paso, pagamos al palacio Farnesio nuestra última deuda artística.

Con su plaza, dispuesta para él y adornada con dos abundantes fuentes, cuyas

tazas de granito egipcio halladas en las Ternas de Caracalla, son las más amplias que se conocen; I con sus calles laterales y regulares, el palacio Farnesio es el más bello palacio de Roma. Todos los conocedores lo admiran como el verdadero tipo de la arquitectura romana, diferente por su gusto puro y vigoroso, de la rudeza florentina y de la arquitectura de aparato de los palacios de Nápoles y de Génova. Fué comenzado por Paulo III de la casa Farnesio, siendo todavía cardenal, y acabado por su sobrino el cardenal Alejaudro. Tres arquitectos de primer orden trabajaron en esta obra maestra: Antonio San-Gallo hizo el plano y levantó las fachadas exteriores; el primer piso del patio es de Vignola, y Miguel Angel vino á coronar el edificio con su majestuoso entablado. El travertino del patio proviene de piedras caídas del Coliseo, el cual no fué demolido por Paulo III, como se ha pretendido injustamente, para edificar el palacio, puesto que este Pontífice se mostró muy celoso siempre por la conservación de los antiguos monumentos. ¿No es sabido que uno de sus primeros actos fué crear al sabio Latino Juvenal Manneto, comisario general de las antigüedades de Roma, con poderes muy extensos? Desde las obras de los Romanos, nada se ha construido más perfecto que este patio; aun puede rivalizar, por la majestad de sus proporciones y la excelencia del trabajo, con los primeros monumentos del pueblo rey. El palacio pertenece hoy á la casa real de Nápoles, que ha llegado á ser la heredera de la familia Farnesio.

Del pórtico que mira á la plaza, se entra á un magnífico vestíbulo adornado con doce columnas de granito egipcio. Allí se encuentra el gran sarcófago de mármol, de Cecilia Metella, mujer de Craso, cuyo

I Tienen diez y seis piés de diámetro y seis piés de profundidad.

mausoleo veremos en la vía Apiana. El Hércules Farnesio, el grupo de Dirce y las otras obras maestras de estatuaria antigua, de que estaba lleno aquel palacio, han sido trasportadas á Nápoles. Una vasta escalera de mármol conduce á la galería pintada por Anibal Carracci, ayudado de Agustín su hermano, y de muchos de sus discípulos. Los frescos, de que están adornadas las bóvedas, pasan á los ojos de los artistas mundanos por tener un gran mérito; representan, con el gusto del renacimiento, las divinidades y los hechos de la Mitología pagana. Esto es decir que el pintor cristiano se guardará de alabarlos, sin hacer amplias y muy justas reservas.

Del palacio Farnesio nos dirigimos hacia el puente Sant-Angelo y el cuartel del Vaticano. Más allá del muelle de Adriano, entre el Monte-Márió, el Vaticano y la ciudad, se extendía el territorio del Triunfo, "Territorium triumphale," cuyo centro está ocupado en nuestros días por la iglesia de Santa María "Traspontina" y por la isla de casas que la rodea. Esta llanura, tan famosa en la historia del orgullo de la vieja Roma y de las humillaciones del género humano, estaba destinada á los preparativos de la pompa triunfal. Siempre que algún general llevaba á las puertas de la ciudad sus legiones victoriosas, se reunía el Senado para deliberar si merecía los honores del triunfo. Para juzgarle digno de ellos, era preciso haber tomado ciudades por asalto, haber ganado batallas peligrosas, haber hecho un cierto número de prisioneros, haber aumentado el territorio de la república, no haber sufrido derrota en la campaña, haber sacado todo el partido posible de la victoria y "haber matado, por lo ménos, cinco mil enemigos." 1

El pretendiente debía anunciar sus vic-

1 Valer. Max., II, 8, 1.

torias al Senado por medio de una carta cubierta con laureles; él mismo iba á defender su causa ante los padres conscriptos, si al tiempo de su vuelta no estaba todavía decidida la cuestión. Para oírle y deliberar, se trasladaban los senadores á un templo fuera de la ciudad, porque ningún candidato podía entrar á Roma, ni pasar el recinto del Pomærium, sin perder al punto todos sus derechos al triunfo; tan celosa así se mostraba de su independencia la orgullosa ciudad. 1 Si la demanda era admitida, se comenzaban á dar las disposiciones del espectáculo más tristemente magnífico que se presentó alguna vez á la vista de los hombres.

Con el fin de asistir á él, abrimos al historiador Josefo, que teníamos á la mano. Como testigo ocular, refiere en estos términos el triunfo de Tito, arrastrando en su carro á la Judea cautiva. No quiero emprender el trabajo de expresar la impresión producida por esta lectura, cuando se está en los lugares mismos en donde se vinieron á consumir los espantosos castigos anunciados por los profetas al pueblo deicida. Todo aquel que quiera sentirla en su plenitud, debe ir á Roma y debe hacer lo que nosotros hicimos. Además, al leer la descripción del triunfo de Tito, se puede juzgar de todos los otros; había el mismo orden, la mismas ceremonias, la misma multitud, la misma embriaguez por una parte; y por otra, las mismas lágrimas, el mismo fin, la esclavitud y la muerte.

"Mucho tiempo ántes de la aurora, la ciudad entera se ponía en movimiento, las calles estaban surcadas en todos sentidos por masas de pueblo, que exclamaba: "¡Yo triunphe! ¡Yo triunphe!" Al despuntar el día, todas las legiones, sin armas, vestidas con túnicas de seda y coronadas con laureles, se acercaron en buen orden á las

1 Suet., Cæs., 18.

puertas de la ciudad; se les dió un espléndido banquete por Vespasiano y por Tito, según la costumbre de los triunfadores. Los dos príncipes mismos, después de haber presidido el Senado en el pórtico de Octavia y de haber recibido las felicitaciones de todo el mundo, se trasladaron á la puerta triunfal; allí comieron, ofrecieron un sacrificio á los dioses y se revistieron con los ornamentos del triunfo; se puso en marcha el cortejo. En él se veía reinar ese buen gusto que sabe dar valor á las cosas por su disposición sencilla, y que omite el cansancio y el fastidio, usando del orden que establece en medio de la profusión.

"A la cabeza apareció una cantidad prodigiosa de obras exquisitas de oro, de plata y de marfil, con telas y vestidos de púrpura, realzados con diversos colores, á la manera de los Babilonios.

"Venían en seguida las piedras preciosas, en número incalculable; unas, engastadas en círculos de oro, formaban brillantes coronas; otras, dispuestas con arte en ricas telas, encantaban la vista por su brillo y variedad; parecían pasar delante de los ojos, no como una representación teatral, sino como las olas de un abundante río. Todos estos objetos eran llevados por legionarios vestidos con túnicas de púrpura bordadas de oro.

"En tercer lugar aparecían las estatuas de los dioses, de oro, de plata, de bronce y de marfil; se las contaba por centenares, y todas eran de un trabajo exquisito y de maravilloso tamaño.

"Después de los dioses, se adelantaba todo un ejército de animales de diferentes clases, de los cuales unos, tales como los elefantes y los dromedarios, estaban cubiertos con magníficos adornos.

"Después de ellos marchaba tristemente la inmensa muchedumbre de los prisioneros, con un aire sombrío y la cabeza ba-

ja, ocultando á los espectadores, bajo vestidos prestados, las cadenas que sujetaban sus manos.

"Bien pronto las miradas se dirigieron con admiración sobre los simulacros de las ciudades conquistadas. Eran tales sus dimensiones, que podía temerse ver caer bajo su peso á los numerosos soldados que los sostenían en sus espaldas. Todas las facces en cuadros de oro ó marfil, y cubiertas con ricas telas, estaban adornadas con pinturas que representaban al vivo las batallas, las desolaciones de los campos, las destrucciones de murallas, el incendio de los edificios, y sobre todo el horrible saqueo de Jerusalem, con todos los aspectos atroces de aquella guerra de exterminio.

"Seguían los despojos ópimos, cuyo número y cuya riqueza no pueden estimarse. Se veían en primer rango veinticinco estatuas de bronce, representando á Abraham, á Sara y á los reyes de la familia de David; venían en seguida los objetos sagrados tomados en el templo de Jerusalem, llevados en ricas parihuelas por legionarios coronados de laureles y magníficamente vestidos. Estos objetos eran, entre otros, la Mesa de los Panes de Proposición, de oro macizo, que pesaba muchos talentos; las trompetas del Jubileo, los velos del templo y el candelero de oro de siete brazos. La ley de los Judíos, llevada en una magnífica parihuela, era la última en el orden de los despojos, y cerraba el cortejo.

"Inmediatamente después marchaba, encadenado y vestido de negro, el jefe principal de los Judíos durante el sitio de Jerusalem; éste era Simon, hijo de Gioras. Estaba destinado al suplicio, según costumbre, después de haber adornado el triunfo de los vencedores.

"Las estatuas de la Victoria, de marfil y de oro, precedían á los dos carros dorados de los triunfadores. El primero estaba ocupado por Vespasiano; el segundo por

Tito. En opinión de los romanos, fieles en dar un carácter religioso á sus fiestas, el vencedor, en el día del triunfo, representaba á Júpiter; él era el Dios de la tierra. En consecuencia, llevaba la túnica del rey del Olimpo y se teñía el cuerpo con vermellon, porque con este color se iluminaba el rostro de Júpiter Capitolino; el tiro del carro, casi siempre compuesto de cuatro caballos blancos, era un tiro sagrado, reservado al señor de los dioses, y del que nadie se podía servir sino en virtud de un decreto del Senado. 1 Tito estaba en pié en su carro, con el rostro y los brazos iluminados de vermellon, vestido con una túnica de púrpura bordada de palmas de oro; los brazos adornados con brazaletes militares y la cabeza ceñida con una corona de laurel. Con una mano tenia una palma igualmente de laurel, y con la otra un cetro de marfil coronado con una águila. En una palabra, tenia un traje parecido al de Júpiter, "muy bueno y muy grande," y que conservado en el Capitolio, servia hacia muchos siglos para adornar á todos los triunfadores á quienes Roma habia visto llevarla el tributo de sus glorias, pues ningun ciudadano poseia semejante traje en propiedad. 2 Su carro de marfil y de bronce dorado, realzado con pedrería, era redondo enteramente, abierto por la parte de atras y tirado por cuatro magníficos caballos blancos por delante, que llevaban una rama de laurel á un lado de la cabeza. Ciudadanos coronados de olivo, vestidos de togas blancas, marchaban á pié cerca de los caballos que ellos llevaban con riendas doradas. Detras del triunfador, en la escalera del carro, estaba el esclavo encargado de repetirle: "César, acuérdate que eres hombre." "César, hominem

1 Tit. Liv., X, 7; Plin., lib. V, 23; Plutarch., in Camill., 14.—Hemos completado la relacion de Josefo con diversos pormenores tomados de los autores paganos.

2 Jul. Capitol., in Gordian., 4.

te esse memento." Al lado de Tito marchaba Domiciano su hermano, magníficamente vestido y montado en un caballo de brillante belleza." 1

"El ejército seguía al carro y hacia resonar los aires con los cantos de victoria mezclados con algunos rasgos satíricos contra su general. Millares de espectadores ávidos obstruían las calles, las plazas, los pórticos, los forum, todos los lugares por donde debía pasar la comitiva, y mezclaban sus ruidosas aclamaciones con las de los soldados.

"Seguimos el itinerario del cortejo desde el "Territorium Triumphale" hasta el Capitolio. Entró á la ciudad por la puerta Triunfal, situada en los bordes del Tiber, en el lugar mismo ocupado en nuestros días por el "Hospital del Espíritu Santo." Despues de haber pasado el puente, llegó al extremo del campo de Flora, en donde se encuentra la iglesia de San Angel "in Piscina." De allí, describiendo una ligera curva, siguió el Velabro, atravesó el "Forum Boarium," tomó á lo largo el "Gran Circo," volteó á la izquierda por las "Curias veteres," entre el Célio y el Palatino, bajó la vía Sacra y llegó al Forum Romano, que recorrió en toda su longitud; luego, tomando á la izquierda el "Clivus Capitolinus," subió al Capitolio, en donde acabó la marcha.

"En el momento en que el carro dejó el Forum para subir á la temible montaña, todo el cortejo se detuvo, se guardó un gran silencio y todas las miradas se fijaron en Simon. Los lictores le hicieron salir de entre las filas y le arrastraron hácia la derecha del Forum, en donde fué azotado con varas; luego, ya todo cubierto de sangre, se le precipitó á la horrible prision Mamertina, á donde le esperaba la muerte. Cuando hubo dejado de existir, los

1 Josefo de *Bello Jud.*, lib. VII, c. 17, 18, 19, 20; Grævius, *Thesaur Ant. Rom.*, t. IX, p. 1361.

"confectores" le pasaron una cuerda por el cuello, arrastraron su cadáver á las gradas de las Gemonias, y le arrojaron al Tiber.

"Durante la ejecucion, Tito se adelantaba lentamente hácia el templo de Júpiter. Como ya era casi noche, los esclavos condujeron cuarenta elefantes cargados con candelabros, y el cortejo acabó su marcha al resplandor de mil antorchas. Al llegar á la plataforma, bajó el triunfador de su carro, y siguiendo la antigua costumbre, subió de rodillas las gradas del templo. 1 Entró al soberbio edificio, cuyas puertas estaban adornadas con armas de los vencidos, y esperó que le fuesen á anunciar que Simon y los otros cautivos habian cesado de vivir. Bien pronto apareció un licitor que pronunció la palabra fatal, acostumbrada en esas circunstancias: "Actum est." "Se acabó." A esta palabra toda la asamblea hizo resonar el templo con sus aplausos, y Tito penetró al santuario de Júpiter, en donde pronunció en alta voz la siguiente oracion: "Júpiter muy bueno y muy grande, oh Juno, reina de las inmortales, y vosotros todos, dioses y diosas, habitantes y guardianes de este templo, yo os doy gracias con la más viva alegría porque habeis querido permitir que hoy á esta hora se conservase la república romana y se aumentase su prosperidad en mis manos; dignaos, os suplico, que sigais siéndole propicios protegiéndola y velando por su conservacion." 2

"Entonces se acercó á la estatua de Júpiter, en cuyas rodillas depositó una rama de laurel; luego, quitándose su corona, la dedicó al dios con una parte de su botin. Los sacrificadores llevaron las víctimas; Tito inmoló por sí mismo un buey, los sacerdotes acabaron los sacrificios, y se terminó el día con el espléndido banquete

1 Dio., lib. XLIII, p. 254; Suet. in *Cæs.*, 37.

2 Blond. Flav., *Rom. Triumph.*, X, p. 216.

que los triunfadores dieron, segun costumbre, al Senado y á sus amigos, en el Capitolio, bajo los pórticos mismos del templo.

"Por su parte, el pueblo se retiró á sus casas para entregarse á la embriaguez de la alegría; porque en los días de triunfo, Roma entera estaba de fiesta y nadie habia que dejara de tener un festin preparado en su casa. 1 El triunfador, ó más bien las naciones vencidas y despojadas, hacian los gastos. Josefo no nos ha dicho cuáles fueron las liberalidades de Tito. Para suplir á su silencio, vamos á dar á conocer los presentes que César hizo al pueblo despues de uno de sus triunfos; por ello se juzgará de los Romanos. A cada infante de los veteráanos, 409 francos (\$ 81); á cada caballero, 4,910 francos (\$ 982). Muchos recibieron tambien tierras; otros soldados fueron gratificados en la misma proporcion. Tampoco olvidó al pueblo; cada ciudadano tuvo 86 litros de trigo, 10 libras de aceite, 61 francos de dinero (\$ 12) y tambien otros 100 (\$ 20) como interes de aquella liberalidad prometida hacia mucho tiempo. En fin, César pagó un año de arrendamiento á todos los ciudadanos cuya locacion no pasaba de 400 francos (\$ 80) en Roma, y 100 (\$ 20) en Italia. Hizo una distribucion de carne cruda, prolongó durante muchos días la comida que un triunfador ofrece ordinariamente al pueblo, y en ella trató á toda la ciudad y á sus alrededores, una sola vez en veintidos mil mesas, servidas con tal magnificencia, que se prodigó allí el vino de Falerno por ánforas y el vino de Chio por toneles. 2 A pesar de todas estas liberalidades, puso en los tesoros del impe-

1 Josefo, id., id., c. 18.

2 Suet., in *Cæs.*; Dio. XLIII, 254; Apian., *de Bello civ.*, lib. II, p. 803; Patereul., II, 36; Tit. Liv. III, 29; Varr. R. R. III, 2; Plutarch.; in *Lucull.*, 76; in *Cæs.*, 71; Plin., lib. XIV, 15.

rio más de ciento veintidos millones.» 1

En presencia de estos hechos prodigiosos, y en pie sobre los lugares mismos que fueron teatro de ellos, dejó pensar á cada uno lo que puede y lo que debe sentir el viajero. El hombre siente oprimido su corazón al seguir paso á paso los largos circuitos de esta vía dolorosa, húmeda con sangre y lágrimas, por donde pasaron sucesivamente los pueblos del Oriente y del Occidente, mutilados, despojados y encadenados al carro triunfal del orgullo y de la crueldad romanas: el cristiano busca una iglesia para ir á expresar todo su reconocimiento al Dios libertador, cuya cruz rompió el cetro de hierro que pesaba sobre el mundo: el hombre, y cristiano, al recuerdo de lo que éramos y de lo que seríamos todavía, no encuentra palabras para calificar á aquellos que en su delirio impío se atreven á ultrajar al cristianismo, al cual debemos todo lo que somos.

27 DE ENERO.

Consistorio público en el Vaticano.—Cinco cardenales más.—Tradicion del sombrero.—Anécdota.—Vuelta al Forum.—Segunda página del triunfo.—Mercado de esclavos.—Suerte de los esclavos entre los Romanos.

Otra fiesta triunfal nos llamaba al Vaticano. Ayer habíamos visto á la antigua Roma exaltando hasta el paroxismo el orgullo de sus triunfadores; hoy nos era dado ver á la Roma cristiana enseñar á sus príncipes la abnegacion y la humildad más completas. En el Capitolio, un esclavo estaba obligado á repetir al vencedor: «Acuérdate que eres hombre.» En el Vaticano, el Vicario de Jesucristo decía á los príncipes nuevamente elegidos:

1 Patercul., II, 56; Appian., de Bell. civ., 802.

«Acordaos de que debeis consagraros á los hombres vuestros hermanos, hasta la efusion de sangre.» Cinco cardenales, creados algunos dias ántes por Gregorio XVI, recibian hoy el sombrero rojo, signo misterioso de su dignidad. Hé aquí algunos pormenores sobre aquella augusta ceremonia, tan diferente, en su espíritu, de las pompas de la víspera.

El salon ducal del Vaticano estaba magníficamente adornado; en el fondo se levantaba el trono en que estaba sentado el Santo Padre, que tenia á derecha y á izquierda al sacro Colegio; á la entrada de la sala estaban los recién elegidos; asistíamos á un consistorio público. Uno de los protonotarios apostólicos leyó algunas piezas relativas á la beatificacion de un santo, cuyo nombre he olvidado. Acabada la lectura, los recipiendarios vinieron sucesivamente á prosternarse á los piés del soberano Pontífice, quien les abrazó y les puso en la cabeza el sombrero cardenalicio, pronunciando esta notable fórmula: «Recibid este sombrero rojo, signo de la dignidad del cardenato, y que os obliga á consagraros al bien de la Iglesia y de los fieles, hasta la efusion de sangre.» 1 El Santo Padre no hizo mas que poner el sombrero en la cabeza de cada cardenal, y éste lo puso en manos del maestro de ceremonias, pues por la tarde debia llevarseles ese mismo sombrero solemnemente á los príncipes de la Iglesia.

Antes de hablar de esta brillante fiesta, debo agregar que, en un consistorio secreto, el Santo Padre «cierra la boca» á los cardenales que acaba de crear; esto signi-

1 Ad laudem omnipotentis Dei, et sanctæ Sedis Apostolicæ ornamentum, accipe galerum rubrum, insigne singularis dignitatis Cardinalatus, per quod designatur quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive pro exaltatione sanctæ fidei, pace, et quiete populi christiani, augmento et statu sacro-santæ romanæ Ecclesiæ te intrepidum exhibere debeas, in nomine Patris, etc.

fica que no tienen todavía voz deliberativa en las asambleas del sacro Colegio; más tarde «les abre la boca», es decir, que despues de haber consultado á los antiguos cardenales, declara á los nuevamente electos, hábiles para votar con sus colegas 1. Noviciado y profesion, útil enseñanza para todos; hé ahí lo que debe verse en esta doble ceremonia. Además, la promocion no es completa sino por la tradicion del anillo y la designacion del título. El cardenal ausente de Roma, debe jurar al recibir el birrete, que se trasladará en el término de un año «ad limina apostolorum», so pena de perder su dignidad 2.

Los cinco cardenales elegidos eran sus Eminencias: Acton, Vanicelle, Corsi, Schwarzenberg, sobrino del generalísimo de las tropas austriacas en 1214, y Monseñor Massimo. Este último pertenece á la familia de los príncipes Massimo, una de las más ilustres de Roma y que pretende descender de «Fábulo Máximo.» Se nos contaba á este propósito la anécdota siguiente: Cuando el emperador de Austria vino á Milan, hace algunos años, á tomar la corona de hierro, el Santo Padre mandó una diputacion á cumplimentarle, y de ella formaba parte el príncipe Massimo, hoy cardenal. Se habia hablado al emperador de la pretension de aquella familia: «Tengo curiosidad, dijo el príncipe, de ver á un descendiente de los antiguos Romanos.» En la audiencia se dirigió á Monseñor Massimo, y le dijo: «Vuestra familia pretende descender de Fábulo Máximo; esta genealogía ¿es cierta?—Todo lo que puedo decir á Vuestra Majestad, respondió el embajador, es que así se cree en Roma hace dos mil años»

1. Aperimus vobis os, tam in collationibus quam in conciliis, atque et electione summi Pontificis, et in omnibus actibus, tum in consistorio quam extra, ad cardinales spectant, et quos soliti sunt exercere, in nomine, etc.

2 Constit. de Sixto V, Postquam, etc.

Mientras el sacro Colegio se dirigía á la capilla Sixtina para cantar el «Te Deum» en accion de gracias, nosotros dejamos el Vaticano. La fisonomía de la ciudad anunciaba la proximidad de una fiesta. En todos los países, al nacimiento de los príncipes, árbitros futuros de los destinos de los pueblos, se hacen grandes rigocijos. Aquí los cardenales son los príncipes de la sangre, y esta tarde nacia cinco! Al «Ave María» hubiérais visto los edificios iluminados, numerosas orquestas delante de los palacios de los nuevos príncipes, un pueblo inmenso en las calles y en las plazas, brillantes carruajes surcando entre la multitud y llevando á los embajadores, á los príncipes, á todo lo que Roma contaba de extranjeros de distincion, hácia la morada de los cardenales, á quienes iban á ofrecer felicitaciones y homenajes. Gracias á Monseñor B... nosotros fuimos de la fiesta, y visitamos sucesivamente á los cinco elegidos del sacro Colegio.

Nada tan brillante como la iluminacion de sus palacios. Los dibujos más variados y graciosos encantaban la vista y hacian creeren algunos encantamientos de la Edad Média. Una escalera verdaderamente real, cubierta con ricos tapices, iluminada por una doble línea de cirios de cuatro piés de altura y de un grueso proporcionado, conducia al «Piano novile», ó primer piso del palacio. Entre dos ileras de lacayos y de suizos de gran librea roja, listada de blanco y azul, y que tenian en la mano cirios gigantescos, se llegaba al umbral de los salones. El cardenal no lleva en ese dia más insignia de su nueva dignidad que el solideo rojo. El resto del traje se compone de una levita negra á la francesa, de un pequeño manto de seda del mismo color y de la misma longitud que la levita; de un calzón corto y medias negras. El está en la puerta de su habitacion, en pie y con el sombrero en la mano; llegais, os saluda y

rio más de ciento veintidos millones.» 1

En presencia de estos hechos prodigiosos, y en pie sobre los lugares mismos que fueron teatro de ellos, dejó pensar á cada uno lo que puede y lo que debe sentir el viajero. El hombre siente oprimido su corazón al seguir paso á paso los largos circuitos de esta vía dolorosa, húmeda con sangre y lágrimas, por donde pasaron sucesivamente los pueblos del Oriente y del Occidente, mutilados, despojados y encadenados al carro triunfal del orgullo y de la crueldad romanas: el cristiano busca una iglesia para ir á expresar todo su reconocimiento al Dios libertador, cuya cruz rompió el cetro de hierro que pesaba sobre el mundo: el hombre, y cristiano, al recuerdo de lo que éramos y de lo que seríamos todavía, no encuentra palabras para calificar á aquellos que en su delirio impío se atreven á ultrajar al cristianismo, al cual debemos todo lo que somos.

27 DE ENERO.

Consistorio público en el Vaticano.—Cinco cardenales más.—Tradicion del sombrero.—Anécdota.—Vuelta al Forum.—Segunda página del triunfo.—Mercado de esclavos.—Suerte de los esclavos entre los Romanos.

Otra fiesta triunfal nos llamaba al Vaticano. Ayer habíamos visto á la antigua Roma exaltando hasta el paroxismo el orgullo de sus triunfadores; hoy nos era dado ver á la Roma cristiana enseñar á sus príncipes la abnegacion y la humildad más completas. En el Capitolio, un esclavo estaba obligado á repetir al vencedor: «Acuérdate que eres hombre.» En el Vaticano, el Vicario de Jesucristo decía á los príncipes nuevamente elegidos:

1 Patercul., II, 56; Appian., de Bell. civ., 802.

«Acordaos de que debeis consagraros á los hombres vuestros hermanos, hasta la efusion de sangre.» Cinco cardenales, creados algunos dias ántes por Gregorio XVI, recibian hoy el sombrero rojo, signo misterioso de su dignidad. Hé aquí algunos pormenores sobre aquella augusta ceremonia, tan diferente, en su espíritu, de las pompas de la víspera.

El salon ducal del Vaticano estaba magníficamente adornado; en el fondo se levantaba el trono en que estaba sentado el Santo Padre, que tenia á derecha y á izquierda al sacro Colegio; á la entrada de la sala estaban los recién elegidos; asistíamos á un consistorio público. Uno de los protonotarios apostólicos leyó algunas piezas relativas á la beatificacion de un santo, cuyo nombre he olvidado. Acabada la lectura, los recipiendarios vinieron sucesivamente á prosternarse á los piés del soberano Pontífice, quien les abrazó y les puso en la cabeza el sombrero cardenalicio, pronunciando esta notable fórmula: «Recibid este sombrero rojo, signo de la dignidad del cardenato, y que os obliga á consagraros al bien de la Iglesia y de los fieles, hasta la efusion de sangre.» 1 El Santo Padre no hizo mas que poner el sombrero en la cabeza de cada cardenal, y éste lo puso en manos del maestro de ceremonias, pues por la tarde debia llevarseles ese mismo sombrero solemnemente á los príncipes de la Iglesia.

Antes de hablar de esta brillante fiesta, debo agregar que, en un consistorio secreto, el Santo Padre «cierra la boca» á los cardenales que acaba de crear; esto signi-

1 Ad laudem omnipotentis Dei, et sanctæ Sedis Apostolicæ ornamentum, accipe galerum rubrum, insigne singularis dignitatis Cardinalatus, per quod designatur quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive pro exaltatione sanctæ fidei, pace, et quiete populi christiani, augmento et statu sacro-santæ romanæ Ecclesiæ te intrepidum exhibere debeas, in nomine Patris, etc.

fica que no tienen todavía voz deliberativa en las asambleas del sacro Colegio; más tarde «les abre la boca», es decir, que despues de haber consultado á los antiguos cardenales, declara á los nuevamente electos, hábiles para votar con sus colegas 1. Noviciado y profesion, útil enseñanza para todos; hé ahí lo que debe verse en esta doble ceremonia. Además, la promocion no es completa sino por la tradicion del anillo y la designacion del título. El cardenal ausente de Roma, debe jurar al recibir el birrete, que se trasladará en el término de un año «ad limina apostolorum», so pena de perder su dignidad 2.

Los cinco cardenales elegidos eran sus Eminencias: Acton, Vanicelle, Corsi, Schwarzenberg, sobrino del generalísimo de las tropas austriacas en 1214, y Monseñor Massimo. Este último pertenece á la familia de los príncipes Massimo, una de las más ilustres de Roma y que pretende descender de «Fábulo Máximo.» Se nos contaba á este propósito la anécdota siguiente: Cuando el emperador de Austria vino á Milan, hace algunos años, á tomar la corona de hierro, el Santo Padre mandó una diputacion á cumplimentarle, y de ella formaba parte el príncipe Massimo, hoy cardenal. Se habia hablado al emperador de la pretension de aquella familia: «Tengo curiosidad, dijo el príncipe, de ver á un descendiente de los antiguos Romanos.» En la audiencia se dirigió á Monseñor Massimo, y le dijo: «Vuestra familia pretende descender de Fábulo Máximo; esta genealogía ¿es cierta?—Todo lo que puedo decir á Vuestra Majestad, respondió el embajador, es que así se cree en Roma hace dos mil años»

1. Aperimus vobis os, tam in collationibus quam in conciliis, atque et electione summi Pontificis, et in omnibus actibus, tum in consistorio quam extra, ad cardinales spectant, et quos soliti sunt exercere, in nomine, etc.

2 Constit. de Sixto V, Postquam, etc.

Mientras el sacro Colegio se dirigía á la capilla Sixtina para cantar el «Te Deum» en accion de gracias, nosotros dejamos el Vaticano. La fisonomía de la ciudad anunciaba la proximidad de una fiesta. En todos los países, al nacimiento de los príncipes, árbitros futuros de los destinos de los pueblos, se hacen grandes rigocijos. Aquí los cardenales son los príncipes de la sangre, y esta tarde nacia cinco! Al «Ave María» hubiérais visto los edificios iluminados, numerosas orquestas delante de los palacios de los nuevos príncipes, un pueblo inmenso en las calles y en las plazas, brillantes carruajes surcando entre la multitud y llevando á los embajadores, á los príncipes, á todo lo que Roma contaba de extranjeros de distincion, hácia la morada de los cardenales, á quienes iban á ofrecer felicitaciones y homenajes. Gracias á Monseñor B... nosotros fuimos de la fiesta, y visitamos sucesivamente á los cinco elegidos del sacro Colegio.

Nada tan brillante como la iluminacion de sus palacios. Los dibujos más variados y graciosos encantaban la vista y hacian creeren algunos encantamientos de la Edad Média. Una escalera verdaderamente real, cubierta con ricos tapices, iluminada por una doble línea de cirios de cuatro piés de altura y de un grueso proporcionado, conducia al «Piano novile», ó primer piso del palacio. Entre dos ileras de lacayos y de suizos de gran librea roja, listada de blanco y azul, y que tenian en la mano cirios gigantescos, se llegaba al umbral de los salones. El cardenal no lleva en ese dia más insignia de su nueva dignidad que el solideo rojo. El resto del traje se compone de una levita negra á la francesa, de un pequeño manto de seda del mismo color y de la misma longitud que la levita; de un calzón corto y medias negras. El está en la puerta de su habitacion, en pie y con el sombrero en la mano; llegais, os saluda y

os dirige algunas palabras; pasais más lejos, y tomais partè de la conversacion general; en cuanto á él, permanece en su puesto; así lo exige la costumbre que le prohíbe igualmente sentarse durante la reunion. Al salon del cardenal sigue la sala del trono; ésta es una pieza ricamente decorada, en donde se encuentra, de rigor, el retrato del Santo Padre. Abajo del retrato y vuelto hácia la pared, está un gran sillón exclusivamente reservado al soberano Pontífice.

Entretanto se esperaba con impaciencia el sombrero que debía ser llevado con gran pompa. Como á las siete salió del Vaticano un coche del Papa que conducia á dos prelados domésticos encargados de llevar la insignia del cardenalato. Entraron llevando el sombrero en un plato de plata, y habiéndolo depositado en una mesa detrás de la cual estaba el cardenal, uno de los prelados le dirigió una locucion propia del caso. El nuevo electo repondió y recibió, despues de salir los mensajeros de la gracia, las felicitaciones de todas las personas presentes, á quienes se obsequió con helados, que nos parecieron oportunos, á pesar de que estábamos en pleno invierno. Esta fiesta, notable por el buen gusto y la noble sencillez que en ella reinó, tiene, como la mayor parte de las solemnidades romanas, el privilegio de elevar el alma á los más altos pensamientos. Ver todo lo que el mundo tiene de más poderoso y de más rico, rendir homenaje á los príncipes de esta Iglesia, en otro tiempo oculta en las Catacumbas de esa misma Roma, y perseguida por los grandes y por los Césares de aquellos tiempos, ¡qué extraño espectáculo! Entre los triunfos del Capitolio y las elecciones del Vaticano, hay un abismo, y este abismo no ha podido llenarse, sino con el mayor de los milagros.

28 DE ENERO.

Segunda parte del triunfo.—Mercado de esclavos.—Condicion del esclavo.—Empleos.—Tratamientos.—Esclavos fugitivos.—Castigo.

Antes de ayer habíamos leído la primera página de la historia de los triunfos; habíamos visto á las naciones despojadas y encadenadas marchar al Capitolio; sus riquezas, sumergidas en los vastos tesoros de la reina del mundo ó arrojadas como pasto á su pueblo de sybaritas; habíamos asistido á la muerte ignominiosa de Simon, hijo de Gioras, que habia pagado con su cabeza, como la mayor parte de los reyes y de los generales vencidos, su valerosa oposicion á la dominacion romana. Pero ¿qué se ha hecho de todo aquel pueblo de prisioneros, destinados como él á adornar el triunfo de Tito? Inmóviles al pié del Capitolio, esperaban con estupor el decreto de los Césares. Habrá sido dulce sin duda, porque Tito es llamado las delicias del genero humano. A fin de juzgar por nosotros mismos, nos dirigimos á buena hora al «Forum» romano; y abriendo los autores de aquellos tiempos, vimos lo que sucedia al día siguiente de los triunfos; ésta es la segunda página de su historia, ó más bien, el repugnante reverso de la brillante medalla.

Y bien, ¿qué sucedia con los prisioneros notables? los que no eran inmolados ni á Júpiter Capitolino, ni á los manes de los vencedores, se les guardaba en una prision, no en Roma, sino en alguna ciudad fuerte del interior 1. En cuanto á aquellos á quienes su rango ménos distinguido, su influencia personal ó su extrema juventud no les hacian temibles, se les concedia «algunas veces» la libertad 2. Más frecuentemente

1 Tit. Liv., XLV, 42; Polyb., XVI, 5.

2 Appian, *de bell. Mithrid.*, p. 418.

se les daba por prision Roma, en donde confundidos entre la multitud de los ciudadanos, debian proveer por sí solos á sus necesidades 1. Véamos ahora cuál era la suerte de los prisioneros vulgares, es decir, de las poblaciones enteras, llevadas como un vil botin.

Con el fin de apreciar el respeto del paganismo hácia la humanidad, quisimos seguirles en las diferentes facies de su existencia, desde el día de su llegada al pié del Capitolio, hasta el momento de su muerte. Unos eran destinados al anfiteatro, y debian divertir al pueblo-rey con el espectáculo de sus dolores. Otros estaban destinados á la esclavitud y á ser vendidos en almoneda; y el producto de la venta iba á enriquecer el tesoro del imperio 2.

Hácia el centro del «Forum» no lejos de la «Grecostasis», de la cual están aún en pié algunas ruinas, se levantaba el templo de Castor y de Poyux 3; allí tenia lugar el gran mercado de esclavos. Los trahentes revendian allí en pormenor la carne humana que habian comprado por mayor á la república 4. Aquí fueron vendidos nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y nuestras hermanas, por que ni la edad ni el sexo se tenían en cuenta; la victoria se habia hecho la proveedora general de la servidumbre 5. Al día siguiente del triunfo, en toda la longitud de la fachada del templo y de los pórticos vecinos, habíanse levantado cadalsos y en ellos se veian hombres, mugeres, jóvenes de ambos sexos, niños y niñas 6. Todos en un estado casi completo de des-

1 P. *Æmil.*, 59.

2 Tacit., *Hist.* III, 34; Tit. Liv., VI, 4; Plutarch., *M. Cato* 43; Tit. Liv., e. V, 53; Valer. Max. VI, 5, 1.

3 Senec., *de Consol. sapient.*, 13.

4 Tit. Liv. II, 17; Cic. *ad Attic.*, IV, 6; id. *Halycarn* IV, 6; id. *de Bello Gall.* VII, 89.

5 Cæs. *de Bell. Gall.*, III, 13; Plutarch., *M. Cato*, 43.

6 Plin. XXXV, 18, etc., etc.

nudez, tenían un pequeño rótulo suspendido al cuello; algunos llevaban en la cabeza un gorro de lana blanca, y otros una corona de hojas. La mayor parte tenían los piés desnudos y frotados con creta ó con yeso 1.

Un hombre de un rostro innoble y de un aire brutal y grotesco, se paseaba delante de cada cadalso, y dirigiéndose á la multitud con una volubilidad y una seguridad imperturbable, exclamaba: «Nada me obliga á vender, ciudadanos; yo no soy rico, es verdad, pero á nadie debo nada. Otro no os los venderia á ese precio, y yo no los daria á otros, sino á vosotros, ilustres Romanos. Hé aquí, continuó, designando á un jóven; examinad cuán bello es; qué bien formado de los piés á la cabeza; os garantizo su frugalidad, su probidad, su docilidad; obedece á la menor señal; es como la arcilla de que se puede hacer todo lo que se quiere. Sabe algo de griego y os cantará tambien en la mesa aun cuando no haya música.» Luego, golpeándole en las mejillas, decia: «¡Oid como suena! ¡qué carne tan firme! nunca la enfermedad hará presa aquí. Ciudadanos, yo lo daré por ocho mil sestercios; esto es casi nada» 2.

Pasando en seguida á otro muchacho: «Vamos, tú, le decia, haz ver tu gentileza á los señores del mundo;» y el pobre muchacho se ponía á saltar, á dar vueltas, á brincar en el tablado y á hacer mil arri-macos para tentar á la multitud que le miraba. «¡Es listo! ¡es bonito! ¡es gracioso!» añadía el hombre. «Pero entrad á mi taberna, ciudadanos, y vereis lo mejor. Esto no es más que la muestra; todo lo que tengo de más raro, de más bello, de más delicado, de más admirable, está en mis ta-

1 Senec., Ep. 45; *Aul. Gell.*, IV, 2; id., VII, 4; Tit. Liv., XXIV, 16; *Aul. Gell.*, id.; Plin., XXXV, 17 Juv., VIII, 1; V, III.

2 Horat. *Epist.* II, 2. vers. 2; *Digest.*, XXI, tit. I, leg. 19, 2; Pers., *Sat.* V, 77.

os dirige algunas palabras; pasais más lejos, y tomais partè de la conversacion general; en cuanto á él, permanece en su puesto; así lo exige la costumbre que le prohíbe igualmente sentarse durante la reunion. Al salon del cardenal sigue la sala del trono; ésta es una pieza ricamente decorada, en donde se encuentra, de rigor, el retrato del Santo Padre. Abajo del retrato y vuelto hácia la pared, está un gran sillón exclusivamente reservado al soberano Pontífice.

Entretanto se esperaba con impaciencia el sombrero que debía ser llevado con gran pompa. Como á las siete salió del Vaticano un coche del Papa que conducia á dos prelados domésticos encargados de llevar la insignia del cardenalato. Entraron llevando el sombrero en un plato de plata, y habiéndolo depositado en una mesa detrás de la cual estaba el cardenal, uno de los prelados le dirigió una locucion propia del caso. El nuevo electo repondió y recibió, despues de salir los mensajeros de la gracia, las felicitaciones de todas las personas presentes, á quienes se obsequió con helados, que nos parecieron oportunos, á pesar de que estábamos en pleno invierno. Esta fiesta, notable por el buen gusto y la noble sencillez que en ella reinó, tiene, como la mayor parte de las solemnidades romanas, el privilegio de elevar el alma á los más altos pensamientos. Ver todo lo que el mundo tiene de más poderoso y de más rico, rendir homenaje á los príncipes de esta Iglesia, en otro tiempo oculta en las Catacumbas de esa misma Roma, y perseguida por los grandes y por los Césares de aquellos tiempos, ¡qué extraño espectáculo! Entre los triunfos del Capitolio y las elecciones del Vaticano, hay un abismo, y este abismo no ha podido llenarse, sino con el mayor de los milagros.

28 DE ENERO.

Segunda parte del triunfo.—Mercado de esclavos.—Condicion del esclavo.—Empleos.—Tratamientos.—Esclavos fugitivos.—Castigo.

Antes de ayer habíamos leído la primera página de la historia de los triunfos; habíamos visto á las naciones despojadas y encadenadas marchar al Capitolio; sus riquezas, sumergidas en los vastos tesoros de la reina del mundo ó arrojadas como pasto á su pueblo de sybaritas; habíamos asistido á la muerte ignominiosa de Simon, hijo de Gioras, que habia pagado con su cabeza, como la mayor parte de los reyes y de los generales vencidos, su valerosa oposicion á la dominacion romana. Pero ¿qué se ha hecho de todo aquel pueblo de prisioneros, destinados como él á adornar el triunfo de Tito? Inmóviles al pié del Capitolio, esperaban con estupor el decreto de los Césares. Habrá sido dulce sin duda, porque Tito es llamado las delicias del genero humano. A fin de juzgar por nosotros mismos, nos dirigimos á buena hora al «Forum» romano; y abriendo los autores de aquellos tiempos, vimos lo que sucedia al día siguiente de los triunfos; ésta es la segunda página de su historia, ó más bien, el repugnante reverso de la brillante medalla.

Y bien, ¿qué sucedia con los prisioneros notables? los que no eran inmolados ni á Júpiter Capitolino, ni á los manes de los vencedores, se les guardaba en una prision, no en Roma, sino en alguna ciudad fuerte del interior 1. En cuanto á aquellos á quienes su rango ménos distinguido, su influencia personal ó su extrema juventud no les hacian temibles, se les concedia «algunas veces» la libertad 2. Más frecuentemente

1 Tit. Liv., XLV, 42; Polyb., XVI, 5.

2 Appian, *de bell. Mithrid.*, p. 418.

se les daba por prision Roma, en donde confundidos entre la multitud de los ciudadanos, debian proveer por sí solos á sus necesidades 1. Véamos ahora cuál era la suerte de los prisioneros vulgares, es decir, de las poblaciones enteras, llevadas como un vil botin.

Con el fin de apreciar el respeto del paganismo hácia la humanidad, quisimos seguirles en las diferentes facies de su existencia, desde el día de su llegada al pié del Capitolio, hasta el momento de su muerte. Unos eran destinados al anfiteatro, y debian divertir al pueblo-rey con el espectáculo de sus dolores. Otros estaban destinados á la esclavitud y á ser vendidos en almoneda; y el producto de la venta iba á enriquecer el tesoro del imperio 2.

Hácia el centro del «Forum» no lejos de la «Grecostasis», de la cual están aún en pié algunas ruinas, se levantaba el templo de Castor y de Poyux 3; allí tenia lugar el gran mercado de esclavos. Los trahentes revendian allí en pormenor la carne humana que habian comprado por mayor á la república 4. Aquí fueron vendidos nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y nuestras hermanas, por que ni la edad ni el sexo se tenian en cuenta; la victoria se habia hecho la proveedora general de la servidumbre 5. Al día siguiente del triunfo, en toda la longitud de la fachada del templo y de los pórticos vecinos, habíanse levantado cadalsos y en ellos se veian hombres, mugeres, jóvenes de ambos sexos, niños y niñas 6. Todos en un estado casi completo de des-

1 P. *Æmil.*, 59.

2 Tacit., *Hist.* III, 34; Tit. Liv., VI, 4; Plutarch., *M. Cato* 43; Tit. Liv., e. V, 53; Valer. Max. VI, 5, 1.

3 Senec., *de Consol. sapient.*, 13.

4 Tit. Liv. II, 17; Cic. *ad Attic.*, IV, 6; id. *Halycarn* IV, 6; id. *de Bello Gall.* VII, 89.

5 Cæs. *de Bell. Gall.*, III, 13; Plutarch., *M. Cato*, 43.

6 Plin. XXXV, 18, etc., etc.

nudez, tenian un pequeño rótulo suspendido al cuello; algunos llevaban en la cabeza un gorro de lana blanca, y otros una corona de hojas. La mayor parte tenian los piés desnudos y frotados con creta ó con yeso 1.

Un hombre de un rostro innoble y de un aire brutal y grotesco, se paseaba delante de cada cadalso, y dirigiéndose á la multitud con una volubilidad y una seguridad imperturbable, exclamaba: «Nada me obliga á vender, ciudadanos; yo no soy rico, es verdad, pero á nadie debo nada. Otro no os los venderia á ese precio, y yo no los daria á otros, sino á vosotros, ilustres Romanos. Hé aquí, continuó, designando á un jóven; examinad cuán bello es; qué bien formado de los piés á la cabeza; os garantizo su frugalidad, su probidad, su docilidad; obedece á la menor señal; es como la arcilla de que se puede hacer todo lo que se quiere. Sabe algo de griego y os cantará tambien en la mesa aun cuando no haya música.» Luego, golpeándole en las mejillas, decia: «¡Oid como suena! ¡qué carne tan firme! nunca la enfermedad hará presa aquí. Ciudadanos, yo lo daré por ocho mil sestercios; esto es casi nada» 2.

Pasando en seguida á otro muchacho: «Vamos, tú, le decia, haz ver tu gentileza á los señores del mundo;» y el pobre muchacho se ponía á saltar, á dar vueltas, á brincar en el tablado y á hacer mil arri-macos para tentar á la multitud que le miraba. «¡Es listo! ¡es bonito! ¡es gracioso!» añadía el hombre. «Pero entrad á mi taberna, ciudadanos, y vereis lo mejor. Esto no es más que la muestra; todo lo que tengo de más raro, de más bello, de más delicado, de más admirable, está en mis ta-

1 Senec., Ep. 45; *Aul. Gell.*, IV, 2; id., VII, 4; Tit. Liv., XXIV, 16; *Aul. Gell.*, id.; Plin., XXXV, 17 Juv., VIII, 1; V, III.

2 Horat. *Epist.* II, 2. vers. 2; *Digest.*, XXI, tit. I, leg. 19, 2; Pers., *Sat.* V, 77.

blados interiores; dignaos entrar, ciudadanos, dignaos entrar" 1.

Este innoble principio no era para el esclavo más que el preludio de ignominias y de crueldades mayores que se le esperaban. Una vez vendido y pagado, se hacia en cuerpo y alma propiedad de su señor; ninguna ley, ningún artículo de ley, habia para proteger su vida, su virtud. Segunda especie humana, tan vil como nula, cosa, y no ser inteligente, incapaz de toda propiedad, sin patria, sin familia, sin ninguna diferencia legal entre él y las bestias, vive, muere, á voluntad del déspota que tiene los piés sobre su cuello y que hace de él, el juguete de todos sus caprichos 2. Ser despreciado, al cual le habla el señor, para no profanar su palabra, por medio de signos, ó por escrito, ó á golpes. Verdadero pillo de esos que son azotados en las cárceles, cuya vida tiene la ley en tan poco, que tratándose de una causa judicial, ya se le presente como acusado ó como testigo, no se le interroga sino en el caballete; y cuando lo pide algun abogado, su señor lo envía sin dificultad al tormento, exigiendo solo una caucion por el menoscabo que en él pueda sufrir 3. Y sobre aquel señor que tiene su vida en sus manos, y que lo puede romper como si fuera un vaso, el esclavo debe velar como por la niña de sus ojos. Desgraciado de aquel que haya muerto á su señor; la ley quiere que todos los demas que estén presentes en la casa, inocentes ó culpables, sean entregados al suplicio y á la muerte 4. Tal

1 Stat. Sylv., II, 1, V, 72; Mart., IX, 60; Senec., Ep. 47.

2 Servi per fortunam in omnia obnoxii, quasi secundum hominum genus sunt. Flor., III, 20; Digest., leg. III de *Capite minutis*; Catus, *Inst. tit.*, 1, 52; Juv., *Satyr.* VI, vers. 219.—Caput enim servile nullum jus habet, caret nomine, censu, tribu. Paul. lib. III, de *Cap. diminut.*

3 Senec., Ep. 47; Tacit. *Ann.* XIII, 23; Paul. Sentent., V, 16 § 3.

4 Cic. ad *Tamil.* IV, 12; Digest., ad *S. G. Sillanianum* leg. XIII.

es el yugo de hierro que le sujeta y que pesará sobre él hasta su último suspiro...

Entretanto, estará condenado á todos los oficios más penosos y más bajos. Para juzgar mejor de su condicion, sigámosle á la casa de su señor; más de ciento veinte empleos le esperan á él y á sus compañeros de infortunio; nombremos algunos de ellos. Pasamos ya el umbral de la puerta, y estamos en el vestibulo; á la derecha y á la izquierda ved dos nichos; en el uno está un perro, en el otro está el esclavo "Janitor." Está encadenado, y si la casa cambia de señor, será vendido con la casa, como si estuviese invenciblemente adherido á la pared en que está fija y sellada su cadena, y como si formase parte integrante de la construccion 1. A pocos pasos se presentan los barredores (mediastini, scopatores); unos están en pié sobre banquillos; otros están encogidos en el suelo; todos con la escoba, el cepillo, el pedazo de púrpura ó la esponja en la mano, dejan limpias como cristales, las columnas de mármol del pórtico y el mosaico del átrio 2. En el ángulo del atrium está el "atriensis," esclavo encargado de guardar los armarios ("armaria") en donde están encerrados los registros de la casa y las imágenes de los antepasados 3. Bajemos á las cocinas. En esas piezas importantes de las casas romanas, hay una multitud de esclavos; cuyo único cuidado es inventar y dejar listos manjares capaces de despertar el gusto ya extenuado de los Apicius. El cocinero ("coquus") prepara las viandas, y á fuerza de paciencia llega á servir un puerco entero, cocido por un lado y asado por el otro; el pastelero ("pistor dulciarius") hace sus pasteles perfumados con todos los aromas de la Arabia y de la In-

1 Suet., de *Clar. Rethor.*, 4; Appian, de *Bell. civ.* IV, 971.

2 Vitruv., lib. VII, c. 4; Horat., liv. II, *Sat.* VIII.

3 Varr. lib. VII, de *L. L.*

dia; por temor de que el sudor caiga en el pastel, se le obliga á ponerse un velo en la cabeza, mientras trabaja 1. El lactario ("lactarius") le da la crema y la leche; el placentario ("placentarius") le da los instrumentos que necesita; el pomario ("pomarius") suministra las manzanas y el "forcarius" mantiene el horno al calor conveniente; el celario ("cellarius") guarda las bebidas preparadas en el oficio; el "permarinus" preserva de las moscas y del polvo, el aceite, la salsa, la miel, y en general todo lo que debe ir muy pronto á la mesa; pero desgraciados de ellos si un solo manjar carece de sabor ó de perfume! Un gusto ejercitado debe presidir á la eleccion de los alimentos; el gustador ("obsonator") está encargado de esta peligrosa operacion.

Ya preparado el almuerzo, mirad venir á los invitadores ("invitatores, vocatores") que pronuncian los nombres de los convidados, mientras los "infertores" llevan los manjares arreglados con simetría á las mesas con los ("structores.") Los convidados se extienden muellemente en sus lechos cubiertos de plumas y rosas preparados por los lecticarios ["lecticarii lectisterniatores."] El ujier de vianda ["scissor, carpator,"] corta las viandas que los distribuidores ["distributores"] ponen en platos de oro y el pan en cestas de plata. Pero en el paso de la cocina al "triclinium," ha podido evaporarse el perfume de los manjares; el "prægustator" está allí para asegurarse de si pueden ser presentados con confianza. Entre las mesas circulan los copeiros ["pocillatores"] que dan de beber á los convidados el vino de Falerno, mezclado con aromas, en copas de oro enriquecidas con piedras preciosas. Tras ellos marchan los "vicarios" que presentan en vinajeras de oro y de plata, agua tibia y agua fria ["calidæ gelidæque ministri."] Cerca de

los lechos están en pié elegantes jóvenes esclavos, con la cabeza adornada con un gracioso turbante y las piernas y brazos desnudos. Cada uno tiene su oficio; el uno, colocado en la cabecera del lecho, tiene una rama de mirto, y espanta las moscas; los otros, encorbados á los piés de los bebedores ébrios, enjugan las innobles señales de su intemperancia ["mensarum detersores"] 1.

Diez, quince, veintidos servicios se han sucedido, y á pesar de lo avanzado de la hora, que indica cuidadosamente el "nomenclator," en despecho del sueño que le agobia, el servicio del esclavo no acaba. Aun pasará todavía mucho tiempo para que tome el descanso y el pan necesario para su vida; poco importa que muera, con tal que su señor se dé gusto. La sala brilla con mil antorchas traídas por los "infertores;" se hacen oír las sinfonías; hé aquí grupos de jóvenes esclavos que vienen á ejecutar danzas lascivas y á cantar al sonido de los instrumentos la gloria de sus buenos señores y las "nobles" pasiones de que están poseidos sus corazones, "citharædi, symphoniaci, chorantes" 2. Pero la voluptuosidad es seguida siempre de una inseparable compañía. A las danzas lúbricas y á los cantos obscenos, sucede un espectáculo trágico. Son introducidos los gladiadores, la mayor parte esclavos desgraciados, culpables de haber querido sustraerse por la fuga á la barbarie de sus amos. A vista de aquellos espectadores ébrios de vino y de desórdenes, brillan las espadas, chócense unas con otras, la sangre humana corre en olas y el clamoreo de los moribundos se mezcla á los frenéticos aplausos de los convidados 3.

1 Martial *Egip.*, lib. III, 41; Senec., de *Ira* c. 25.

2 Capitol., in *Callian*, Sidonius. lib. IX, ep. 13.

3 Tacit. *Annal.* lib. 1.

1 Apul., lib. X *Metam* Athenæus, lib. XII.

Del triclinium, pasad à los baños, á las alcobas de los señores, á los jardines, á los establos, á todas las partes de la casa, de la ciudad y del campo; no olvidéis ninguno de los empleos domésticos, por bajos y viles que sean; inventad nuevos, desconocidos, inauditos, y estad seguro de hallar entre aquellos señores ricos, altaneros, y voluptuosos hasta el exceso, un esclavo encargado de llenarlos 1. Para saber hasta dónde el orgullo pagano hacia descender al esclavo que era un hombre y tenía una alma inmortal, leed entre mil, el epitafio siguiente que vimos nosotros en un mármol antiguo:

OSA
AURELLÆ LIVIÆ AUG.
SER. A. CUR. CAPELLÆ

«Huesos de Aurelia, esclava de Livia, mujer de Augusto, encargada del cuidado de su perrita.» En el ejercicio de todos estos empleos, tan viles, tan degradantes, tan repugnantes tambien, desgraciado del pobre esclavo culpable de la más lijera negligencia ó de solo la apariencia de ella ó de una distraccion, ¿qué digo? culpable de un suspiro, de un estornudo, de un bostezo durante las sinfonías que acompañan las orgías nocturnas de sus señores 2. El orgulloso Romano, la soberbia matrona que en las circunstancias ordinarias no se digna dirigir la palabra, pero le intima sus órdenes sonándole los dedos, le habla en

1 Plinio traduce este hecho con gran energía: «No andamos ya con nuestros piés, no vemos ya con nuestros ojos, ya nuestra memoria no retiene los nombres de nuestros amigos; vivimos por el cuidado de nuestros esclavos.» *Alienes pedibus ambulamus, alienis oculis agnoscimus, aliena meminisse salutamus aliena vivimus opera.* Lib. XXIX, c. I.

2 *At infelicibus servis movere labra ne in hoc quidem ut loquantur licet, virga murmur omne compeoscitur; et nec fortuita quidem verberibus excepta sunt; tussis, sternutamenta, singultus, magno malo ulla voce interpellatum silentium luitur; nocte tota jejuni mutique perstant.* — Senec., *Epist.*, XLVII.

caso de torpeza á varazos, ó con el látigo, ó con un baston. Asan sobre su cabeza la haba mal cocida; el viejo Caton le desgarró la espalda á azotes, porque es demasiado espacioso; Augusto le crucifica por haber matado una codorniz favorita, por haber roto un vaso; Polion le arroja vivo á sus lampreas, y no tiene el derecho de quejarse. Así pasará su triste existencia; luego, cuando esté viejo ó enfermo, se le venderá á un señor más pobre, y por consiguiente más duro. Este era el consejo y la práctica del virtuoso Caton: «Sé buen ecónomo, dice él, vende á tu esclavo y á tu caballo, cuando estén viejos;» 1 ó lo que es más cómodo y ménos bárbaro, se le enviará á la isla del Tíber, abandonado á la gracia de Esculapio. Si se le quiere dejar envejecer en la casa, se le encerrará en su estrecha celda, «cella,» hasta el dia en que cuatro de sus compañeros de servidumbre, elegidos de entre los más despreciados, vengán á llevar su cadáver á algun rincón vil de los Esquilios 2.

¿Ha querido sustraerse por la fuga del yugo intolerable que pesa sobre él? Pues al punto un pregonero público da sus señas por toda la ciudad: «Hace pocos momentos que un esclavo se ha fugado de los baños, tiene cerca de diez y seis años, los cabellos rizados, es fresco y bien hecho, se llama Gyton; aquel que lo devuelva ó lo descubra, tendrá mil escudos de recompensa 3. «Si cae en poder de su señor, sufrirá desde luego una sangrienta flagelación; luego con su fierro le marcarán la frente con las dos letras (I, O) y F, iniciales griega y latina de la palabra fugitivo («fugitivarius;») ó bien le figurarán alrededor del cuello un collar de fierro con estas palabras: «Tene me quia fu-

1 Plutarch., *in Cat.*, c. V.

2 Horat., lib. I, sat. VII:

..... angustis ejecta cadavera cellis
Conservus vile portanda locabat arca.

3 Petr.

gi, et revoca me domino meo N.» «Détenme, porque me he fugado, y devuélme á mi señor N.» De esos collares de la servidumbre, monumento horrible de la barbarie pagana, llegaron muchos de ellos á nosotros, para instruccion de los siglos modernos. Nosotros vimos tres en un museo de Roma. Pero aquellos estigmas y aquellos collares de fierro, son todavía un favor; comunmente los leones del anfiteatro ó la lanza de los gladiadores, castigaron al infortunado fugitivo 1.

Tal era la suerte de la mayor parte del género humano, la vispera del dia en que apareció el cristianismo; tal el resumen de la legislacion, de las conquistas y de las pompas triunfales de la antigua Roma; tal es tambien el último rasgo con el cual damos término á su historia.

29 DE ENERO.

Roma puramente cristiana.—Carácter de la caridad romana.—Mapa del dolor.—Caridad romana con el recién nacido y el huérfano.—Hospital del Espíritu Santo.—Descripción de este hospital.

El triunfo, es decir, las pompas del Capitolio y el mercado del «Forum,» nos habian dado la primera palabra de la sociedad pagana. ¡Roma antigua! soberbia reina de la fuerza, ya te conocemos al fin en tus obras y en tu espíritu. Ya era tiempo de buscar un espectáculo más dulce, estudiando tambien en su espíritu y en sus obras á Roma cristiana, la madre de los pueblos y reina de la caridad.

Hé aquí un nuevo viaje que ningun turista ha hecho, y cuyo itinerario no señala ningun guía; por eso está lleno de encanto y de interes. De esta omision más

1 Aul Gell., lib. V, c. 14. Véase sobre los esclavos el Tratado de Pignorius, *de Servis et de eorum apud veteres ministeriis*, in-4.º Augustæ Vindelic., an. 1614.

ó ménos volteriana, ¿qué ha resultado? Roma, reina de las artes, es admirada de todos; Roma, madre de los pobres y modelo de las naciones, es calumniada; sus obras, más bellas que sus monumentos, han sido desconocidas; y el espíritu divino que les dió la existencia, apenas entrevisto por algunos, es el objeto de los sarcasmos del mayor número. Porque no participa de la vida facticia, ni de la actividad febril de los pueblos industriales, se la llama muerta. Nada se la da de ello; la Roma de Gregorio XVI es siempre, y en un sentido más noble que la Roma de Augusto, la madre de los hombres y la alimentadora de las naciones: «Alma parens virum... magna frugum.» La caridad es la vida de las ciudades y de los pueblos; pues bien, la caridad corre desbordada en las venas de Roma cristiana, ella es su instinto, y por decirlo así, su esencia propia. El hombre habituado á reflexionar, no debe admirarse de que así debe ser. La ciudad de los Pontífices, centro de la fe, debe ser el foco del amor; la lógica lo dice ántes que los hechos lo establezcan. Además, hombres, quienes quiera que seáis, si he de rogaros alguna cosa, será la de no dejaros imponer este axioma «á priori.» Consentid no más, en viajar con nosotros, y el axioma ocupará en vuestro espíritu, bajo la forma de consecuencia, el lugar que merece.

«Salimos á buena hora de la Propaganda y nos dirigimos hácia el castillo de Sant-Angelo, pasando por la plaza del Pueblo y el mausoleo de Augusto; esto quiere decir que habíamos tomado el camino de los escolares. Para sacar provecho de nuestro largo paseo recogimos las señales aisladas, que reunidas, forman el carácter prominente de la caridad romana, cuyas obras íbamos á estudiar.

«Católica,» tal es el signo distintivo de la fe, cuyas luces bajan incesantemente

Del triclinium, pasad à los baños, á las alcobas de los señores, á los jardines, á los establos, á todas las partes de la casa, de la ciudad y del campo; no olvidéis ninguno de los empleos domésticos, por bajos y viles que sean; inventad nuevos, desconocidos, inauditos, y estad seguro de hallar entre aquellos señores ricos, altaneros, y voluptuosos hasta el exceso, un esclavo encargado de llenarlos 1. Para saber hasta dónde el orgullo pagano hacia descender al esclavo que era un hombre y tenía una alma inmortal, leed entre mil, el epitafio siguiente que vimos nosotros en un mármol antiguo:

OSA
AURELLÆ LIVIÆ AUG.
SER. A. CUR. CAPELLÆ

«Huesos de Aurelia, esclava de Livia, mujer de Augusto, encargada del cuidado de su perrita.» En el ejercicio de todos estos empleos, tan viles, tan degradantes, tan repugnantes tambien, desgraciado del pobre esclavo culpable de la más lijera negligencia ó de solo la apariencia de ella ó de una distraccion, ¿qué digo? culpable de un suspiro, de un estornudo, de un bostezo durante las sinfonías que acompañan las orgías nocturnas de sus señores 2. El orgulloso Romano, la soberbia matrona que en las circunstancias ordinarias no se digna dirigir la palabra, pero le intima sus órdenes sonándole los dedos, le habla en

1 Plinio traduce este hecho con gran energía: «No andamos ya con nuestros piés, no vemos ya con nuestros ojos, ya nuestra memoria no retiene los nombres de nuestros amigos; vivimos por el cuidado de nuestros esclavos.» *Alienes pedibus ambulamus, alienis oculis agnoscimus, aliena meminisse salutamus aliena vivimus opera.* Lib. XXIX, c. I.

2 *At infelicibus servis movere labra ne in hoc quidem ut loquantur licet, virga murmur omme compeoscitur; et nec fortuita quidem verberibus excepta sunt; tussis, sternutamenta, singultus, magno malo ulla voco interpellatum silentium luitur; nocte tota jejuni mutique perstant.* — Senec., *Epist.*, XLVII.

caso de torpeza á varazos, ó con el látigo, ó con un baston. Asan sobre su cabeza la haba mal cocida; el viejo Caton le desgarró la espalda á azotes, porque es demasiado espacioso; Augusto le crucifica por haber matado una codorniz favorita, por haber roto un vaso; Polion le arroja vivo á sus lampreas, y no tiene el derecho de quejarse. Así pasará su triste existencia; luego, cuando esté viejo ó enfermo, se le venderá á un señor más pobre, y por consiguiente más duro. Este era el consejo y la práctica del virtuoso Caton: «Sé buen ecónomo, dice él, vende á tu esclavo y á tu caballo, cuando estén viejos;» 1 ó lo que es más cómodo y ménos bárbaro, se le enviará á la isla del Tíber, abandonado á la gracia de Esculapio. Si se le quiere dejar envejecer en la casa, se le encerrará en su estrecha celda, «cella,» hasta el dia en que cuatro de sus compañeros de servidumbre, elegidos de entre los más despreciados, vengán á llevar su cadáver á algun rincón vil de los Esquilios 2.

¿Ha querido sustraerse por la fuga del yugo intolerable que pesa sobre él? Pues al punto un pregonero público da sus señas por toda la ciudad: «Hace pocos momentos que un esclavo se ha fugado de los baños, tiene cerca de diez y seis años, los cabellos rizados, es fresco y bien hecho, se llama Gyton; aquel que lo devuelva ó lo descubra, tendrá mil escudos de recompensa 3. «Si cae en poder de su señor, sufrirá desde luego una sangrienta flagelación; luego con su fierro le marcarán la frente con las dos letras (I, O) y F, iniciales griega y latina de la palabra fugitivo («fugitivarius;») ó bien le figurarán alrededor del cuello un collar de fierro con estas palabras: «Tene me quia fu-

1 Plutarch., *in Cat.*, c. V.

2 Horat., lib. I, sat. VII:

..... angustis ejecta cadavera cellis
Conservus vile portanda locabat arca.

3 Petr.

gi, et revoca me domino meo N.» «Détenme, porque me he fugado, y devuélme á mi señor N.» De esos collares de la servidumbre, monumento horrible de la barbarie pagana, llegaron muchos de ellos á nosotros, para instruccion de los siglos modernos. Nosotros vimos tres en un museo de Roma. Pero aquellos estigmas y aquellos collares de fierro, son todavía un favor; comunmente los leones del anfiteatro ó la lanza de los gladiadores, castigaron al infortunado fugitivo 1.

Tal era la suerte de la mayor parte del género humano, la vispera del dia en que apareció el cristianismo; tal el resumen de la legislacion, de las conquistas y de las pompas triunfales de la antigua Roma; tal es tambien el último rasgo con el cual damos término á su historia.

29 DE ENERO.

Roma puramente cristiana.—Carácter de la caridad romana.—Mapa del dolor.—Caridad romana con el recién nacido y el huérfano.—Hospital del Espíritu Santo.—Descripción de este hospital.

El triunfo, es decir, las pompas del Capitolio y el mercado del «Forum,» nos habian dado la primera palabra de la sociedad pagana. ¡Roma antigua! soberbia reina de la fuerza, ya te conocemos al fin en tus obras y en tu espíritu. Ya era tiempo de buscar un espectáculo más dulce, estudiando tambien en su espíritu y en sus obras á Roma cristiana, la madre de los pueblos y reina de la caridad.

Hé aquí un nuevo viaje que ningun turista ha hecho, y cuyo itinerario no señala ningun guía; por eso está lleno de encanto y de interes. De esta omision más

1 Aul Gell., lib. V, c. 14. Véase sobre los esclavos el Tratado de Pignorius, *de Servis et de eorum apud veteres ministeriis*, in-4.º Augustæ Vindelic., an. 1614.

ó ménos volteriana, ¿qué ha resultado? Roma, reina de las artes, es admirada de todos; Roma, madre de los pobres y modelo de las naciones, es calumniada; sus obras, más bellas que sus monumentos, han sido desconocidas; y el espíritu divino que les dió la existencia, apenas entrevisto por algunos, es el objeto de los sarcasmos del mayor número. Porque no participa de la vida facticia, ni de la actividad febril de los pueblos industriales, se la llama muerta. Nada se la da de ello; la Roma de Gregorio XVI es siempre, y en un sentido más noble que la Roma de Augusto, la madre de los hombres y la alimentadora de las naciones: «Alma parens virum... magna frugum.» La caridad es la vida de las ciudades y de los pueblos; pues bien, la caridad corre desbordada en las venas de Roma cristiana, ella es su instinto, y por decirlo así, su esencia propia. El hombre habituado á reflexionar, no debe admirarse de que así debe ser. La ciudad de los Pontífices, centro de la fe, debe ser el foco del amor; la lógica lo dice ántes que los hechos lo establezcan. Además, hombres, quienes quiera que seáis, si he de rogaros alguna cosa, será la de no dejaros imponer este axioma «á priori.» Consentid no más, en viajar con nosotros, y el axioma ocupará en vuestro espíritu, bajo la forma de consecuencia, el lugar que merece.

«Salimos á buena hora de la Propaganda y nos dirigimos hácia el castillo de Sant-Angelo, pasando por la plaza del Pueblo y el mausoleo de Augusto; esto quiere decir que habíamos tomado el camino de los escolares. Para sacar provecho de nuestro largo paseo recogimos las señales aisladas, que reunidas, forman el carácter prominente de la caridad romana, cuyas obras íbamos á estudiar.

«Católica,» tal es el signo distintivo de la fe, cuyas luces bajan incesantemente

de las reales colinas; católica, tal es el sello dominante de la caridad romana, hija y madre de la fe.

«Católica,» porque a nadie excluye. Sus establecimientos son el fruto de sus propias economías y de los dónes ofrecidos por las naciones formadas en su escuela. ¡Sublime conspiración de la caridad! en los días de la fe las monarquías y las repúblicas de la Europa cristiana se asociaron a su madre para fundar en el centro de la catolicidad, asilos siempre abiertos al extranjero, cualesquiera que fuesen sus necesidades, su país y su nombre. Raras veces se encuentran en los hospicios de las naciones europeas, aun las más civilizadas, personas extrañas a aquellas naciones. En Roma no hay un hospital, una casa de socorros, que no alimente a ciudadanos de otros países. Recorriendo los nombres de los fundadores ó bienhechores de aquellos establecimientos piadosos, se ve que han concurrido a ellos de todos rangos; y los antiguos archivos mencionan juntamente a papas, a cardenales, a prelados, a reyes, a príncipes, a mujeres, a hombres, privados y oscuros, y sobre todo a santos.

«Católica,» porque es más abundante que en cualquiera otra parte. En su extensa solicitud, Roma ha reunido para los pobres un patrimonio que solo allí se encuentra. Aunque los trastornos políticos lo hayan disminuido considerablemente, llega hoy a más de 764,000 escudos romanos de renta (4.125,600 francos; 825,120 pesos). «En la ciudad más caritativa de Europa, en Paris, los establecimientos de beneficencia gozan de una renta de 5 millones de francos (\$ 1.000,000), y la ciudad agrega 5.500,000 francos (1.100,000 pesos) que hace un total de 10.500,000 francos (2.100,000 pesos). En Roma, las rentas que perciben de sus bienes, son: 1.900,000 francos (380,000 pesos), y del tesoro 2.200,000 francos (440,000 pesos)

por todo, 4.100,000 francos (820,000 pesos). Conviene observar que en Paris, además de las creaciones de la caridad legal, existen sociedades filantrópicas, cuyas limosnas no entran en la cuenta que acabo de hacer. Es preciso saber también que la población de Paris es cinco veces la de Roma; luego, atribuyendo a las sociedades particulares una contribución de 1.500,000 francos (300,000 pesos) por año, en Roma se da casi el doble que en Paris, aunque las ciudades septentrionales tengan más necesidades que satisfacer que las del Mediodía.» 1.

«Católica,» porque tiene en el establecimiento de sus obras la prioridad sobre los otros países. Solo citaré tres ejemplos de ello en este momento: el hospital de San Roque, el hospicio de los Convalecientes y la prisión penitenciaria de San Miguel. El hospital de San Roque es una casa de maternidad, abierta gratuitamente para todas las mujeres, quienes pueden ir a ella a sepultar, en el más misterioso silencio, el secreto de su falta, al mismo tiempo que encuentran allí todos los cuidados que su estado exige. Fué formado en 1770, mucho tiempo antes que el de Viena, que precedió a todos los demás. En Francia estábamos todavía haciendo la teoría de lo que Roma practicaba hacia más de ochenta años. 2 El hospicio de los convalecientes fué fundado en 1548 por San Felipe Neri. Es anterior más de dos siglos a todos los del mismo género, puesto que el hospicio de la Samaritana, de que se vanagloriaban los ingleses, no data sino de 1971. 3 La prisión penitenciaria de San Miguel, es el tercer ejemplo que quiero citar.

1 M. Morichini, *Instit. de Benef. de Roma*, p. 25.

2 Véase a M. de Gerardo, de la *Benef. pública*, t. IV, p. 335.

3 oTurnou, *Estudios estadísticos*, t. II, página 118.

Cuando a fines del siglo último presentaron los Estados Unidos a la Europa maravillada sus numerosas penitenciarías, nadie dudó del origen americano de esta institución venida de ultramar. El protestantismo se glorió de ello, y nadie le disputó su fácil triunfo, pero al fin llegó el día de la verdad. Nuestros publicistas, enviados a todas las partes de la Europa y de la América, para estudiar el régimen penitenciario, llegaron por fin a Roma. M. Cerfbeer, encargado en 1839 por el ministro del interior, de inspeccionar las prisiones de la Península, se expresa así en su relación: «No dudo el creer que la reforma penitenciaria ha salido de la Italia, del centro mismo de esta nación, de Roma, en donde un Papa, Clemente XI, mandó construir en 1703, según los dibujos de Carlos Fontana, una vasta casa de corrección para los jóvenes detenidos. . . .

El sistema correccional es cristiano, es católico; nació con los monasterios, un Papa lo ha bautizado en el momento en que lo hizo entrar al mundo. La América no lo ha encontrado, la América no lo ha perfeccionado; lo ha tomado de Gante, quien lo había tomado de Milan y de Roma. Sí; de Roma es de donde ha salido el movimiento que hoy se manifiesta en los dos mundos; Roma es la que ha criado la primera casa cecular, la que ha aplicado simultáneamente el aislamiento absoluto y el aislamiento mitigado; un Papa fué el que con su mano escribió los primeros reglamentos de una casa de corrección. . . . Yo, en tanto, doy una importancia mayor a restituir al pontífice romano, Clemente XI, el honor de la primera idea de la reforma penitenciaria, en cuanto a que encuentro para ello la muy poderosa razón para ganar a la causa de esta reforma, a los numerosos sectarios de la religión; pienso, además, que la reforma, debiendo ser consecuente con su origen, debe ser esencialmente cristiana 1 para ser saludable.»

«Católica,» porque es humilde. Roma observa a la letra el mandamiento del Salvador: «Cuando deis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha.» Roma no tiene periódicos que publiquen sus buenas obras; y los viajeros, tan fáciles para vituperar a la madre y señora de todas las iglesias, no han dicho nunca una palabra que haga sospechar el tesoro de caridad que encierra en su seno. Nosotros nos creemos a la cabeza del verdadero progreso; nuestras ideas, nuestros planes, nuestros menores ensayos para el mejoramiento de las clases que sufren, las publicamos al punto como descubrimientos. Roma se calla y se contenta con mostrar en casa, por decirlo así, la realización algunas veces secular de los pensamientos que entre nosotros están todavía en estado de estudio ó de proyecto, y que no han recibido más que un débil principio de ejecución.

«Católica,» porque abraza todas las miserias humanas. Además, la miseria es una indestructible red que cubre a los hijos de Adán, desde la cima hasta el sepulcro, y más allá. Para ser católica, la caridad debe, pues, ser tan extensa como la vida, tan variada como el dolor. Es necesario que todos sus remedios, preparados con inteligencia, administrados con amor, estén de tal manera dispuestos, que formen un sistema completo, sin defectos, sin lágrimas. Pues bien, a Roma y solo a Roma, entre todas las ciudades, toca la gloria de haber realizado este maravilloso sistema. Enorgullecámonos nosotros, hijos de esa madre inmortal; si el árbol se conoce por sus frutos, ¿qué prueba más dulce y más fuerte de la verdad de una doctrina que se deja ver en tales obras?

1 Es necesario decir católica. M. Cerfbeer israelita — *Instit. de benef.* trad. por M. de Baz laire.

Mientras hacíamos estas reflexiones, llegamos al puente Sant-Angelo. Era tiempo de asegurarnos por nosotros mismos de que aquel bello sistema de caridad no era una fantasía, sino una realidad viviente y palpable. Para seguirlo en todas sus ramificaciones, nos era necesario un hilo conductor. El razonamiento siguiente nos lo puso en la mano: tres especies de miserias relativas á la triple vida, componen el inseparable cortejo del hombre en el valle de lágrimas; las miserias «físicas,» esto es, la pobreza, la enfermedad y la muerte; las miserias «intelectuales,» esto es, la ignorancia y el error; las miserias «morales,» que son las pasiones y sus efectos. Con este mapa del dolor, comenzamos á seguir al hombre en la vía lamentable que recorre de la cuna al sepulcro.

El nace, y algunas veces un decreto de muerte le espera en los umbrales de la vida. La caridad romana acude; é interponiéndose entre la madre homicida y la jóven víctima, ha encontrado el secreto de salvar el honor de una y de preservar los días de la otra. Hémos aquí cerca de la puerta Triunfal: en estos lugares funestos en donde Roma pagana hacia pasar á la humanidad encadenada al carro de los triunfadores, se levanta el hospital del Espíritu Santo; este es el más antiguo, y con los de Nápoles y de Milan, el más hermoso de todos los palacios edificadas para los desgraciados. El año del Señor 1198, Inocencio III ocupaba la cátedra de San Pedro. Pasando un día por las orillas del Tiber, fueron á decirle que un pescador al tirar sus redes había sacado en lugar de pescados á tres niños muertos. El excelente papa se conmovió de tal modo, que al punto mandó establecer cerca del hospicio del Espíritu Santo un trono móvil forrado con colchones y almohadas, en donde pudieran, á toda hora del día y de la noche, ser depositados allí los niños abandonados. Se prohibió, bajo penas se-

veras, no solo investigar el nombre del que depositaba, sino hasta seguirle con la vista cuando se alejase. Estos niños, acogidos por la caridad, que tienen manos para recibir y que no deben tener ojos para mirar, eran alimentados y educados en el hospital del Espíritu Santo; tal fué el primer asilo permanente y regular abierto en Europa á las tiernas víctimas de la muerte. En Paris la primera casa de niños expósitos, fue la de San Vicente de Paul, en 1678; Lóndres no llegó á poseer una hasta el siglo último.

La obra de Inocencio III, se perpetúa á través de los siglos, y gracias á la caridad romana sigue prosperando. Al llegar á la edad de trabajar, esos niños son enviados á Viterbo, á un asilo que pertenece al Espíritu Santo; allí aprenden un oficio; á los diez y siete años, si nadie los adopta, se les da una suma de dinero que equivale á sus gastos en el hospicio, por un año. Este dinero les sirve para procurarse los útiles y cosas necesarias para el ejercicio de su profesion; y entónces, que pueden bastarse así mismos, se les despide. Las niñas son igualmente objeto de una solicitud á la que nada se escapa. En el hospicio forman un gran conservatorio de cerca de seiscientas personas. Bajo la direccion de piadosas maestras, son educadas en una virtud sólida, é instruidas en todas las obras propias de su sexo. Toda la ropa blanca del inmenso hospital está bajo su cuidado. Las unas hacen pañales para los niños expósitos, otras pliegan los roquetes ó manteles, ó bordan en cro y seda. Un triple porvenir les está abierto: la residencia perpetua en el hospicio, el matrimonio y el estado religioso. En el primer caso, su subsistencia está asegurada. En el segundo, el hospital las dota con 540 francos (\$ 180). ¡Pero ved la prevision maternal de la caridad romana! Esta dote debe

1. Constanzi, etc., p. 66.

ser hipotecada por el marido sobre una propiedad libre, con el fin de que la hija de la Providencia no pueda nunca ser engañada. En fin, si entran en religion, el hospicio provee á todas sus necesidades. No es esto todo: Leon XII, de gloriosa memoria, ha querido que las jóvenes huérfanas adoptadas tuviesen derecho á una dote pagadera por el hospital, si llegaban á casarse ó á profesar en un convento.

Mientras nosotros bendeciamos esta inteligente solicitud, el aire contento, los frescos rostros de aquel pueblo de niños, los soberbios cuerpos del edificio que habitan, todo revelaba á nuestras miradas los cuidados maternos y las magnificencias reales de la caridad. Solo habíamos visto una pequeña parte del hospital. Bien pronto se abrieron ante nosotros inmensas salas con ricos pavimentos, altas, bien ventiladas, y la mayor parte de ellas adornadas con pinturas consoladoras, que recuerdan las curaciones obradas por el Salvador. Muchas hileras de camas se ven á uno y otro lado; todas juntas cuentan mil seiscientas diez. Cada sala lleva el nombre del santo que la protege ó del pontífice que la fundó ó embelleció; la memoria de Pio VII llena aquellos lugares. El sentimiento de sus propios dolores no hizo olvidar al prisionero de Fontainebleau los sufrimientos de los pobres enfermos. Por órdenes tuyas se hicieron notables mejoras en los edificios, se reconstruyeron baños, se han cambiado en las salas los anaifes por estufas, se agregó una hermosa sala de operaciones, vasta, bien iluminada, ventilada, abundantemente provista de aguas, de mesas de mármol; tal, en una palabra, dice Monseñor Morichini, que á juicio de los extranjeros, avaros de alabanzas á todo lo que no les concierne, Europa no posee ningun establecimiento tan completo. 1

1 *Instit. de Bienf.*, etc., p. 36.

Las salas son calentadas en invierno con tubos que parten de calderas colocadas en el centro; sobre éstas hay grandes vasos de cobre estañado que contienen cocimientos pectorales que se dan á beber á los enfermos cuando lo piden. Cuatro veces al día se aseá el hospital, todos los meses se blanquean los pavimentos; la ropa de cama se renueva cuando las circunstancias lo exigen, sin límites fijos. Si un colchon se pica ó empieza á destruirse, ó si muere alguno en él, se le cambia al momento. En la primavera, cuando el número de los enfermos es más limitado, se lavan las camas, se barnizan los asientos y se blanquean las paredes. A fin de conservar la pureza del aire, se establecen corrientes y se desinfectan las salas con ácidos. Bajo el pavimento de las salas, en toda su longitud, corre un volúmen considerable de agua en un canal de piedra colocado en pendiente, que recibe todas las inmundicias y las lleva rápidamente al Tiber por dos embocaduras. Se ponen tantos cuidados en la limpieza del hospital, que aun los más difíciles quedan hechos. 1

Los lechos se componen de piés de hierro, de planchas barnizadas, de un jergon, de un colchon, de una cabecera, de una almohada, de paños, de una sobrecama ligera en el estío y dos de lana para el invierno. De dos en dos camas, hay mesas de mármol, fijas en la pared, que sirven para poner en ellas las cosas necesarias á los enfermos, y hay tambien pasillos; entre cama y cama veis pequeñas tablas, que por medio de correderas móviles, indican con señales conveni-

1 *Instit. de Bienf.*, p. 39.—Para completar mis notas y mis recuerdos, al hablar de la caridad romana, he recurrido frecuentemente á las obras de Monseñor Morichini y del abate Constanzi; la primera ha sido traducida por M. de Bazilaire, quien la enriqueció con una notable introduccion; la otra solo la hay en italiano.

das, y muy bien, el estado y el tratamiento del enfermo; en la parte alta se ponen los signos que señalan los alimentos que debe tomar; abajo los otros signos, por ejemplo, si ha de recibir el sagrado viático, si ya ha recibido la Extrema-Uncion, etc.

Se distribuye el alimento de las siete á las nueve de la mañana, y de dos y media á cinco y media de la tarde, segun las estaciones. Por una de esas atenciones delicadas, de que solo es capaz la caridad cristiana, se toca el órgano tres veces por semana durante la comida de los enfermos. El domingo presenta el hospital un espectáculo muy diferente: vereis llegar por todas las calles que desde el «Trastevere» ó del centro de la ciudad conduce al Espíritu Santo, numerosas cofradías que vienen á prodigar á los enfermos sus caritativos servicios: ésta trae dulces, la otra hace las camas, una tercera rasura á los enfermos y les da las bebidas, etc. De todos estos cuidados ¿qué resulta? Que la cifra anual de la mortalidad es de 9 ó 10 por 100; mortalidad muy débil en un hospital tan vasto, y cifra que ella sola forma el más bello elogio del establecimiento. 1

Hé ahí lo que hay en cuanto al cuerpo; pero el alma! el alma, tan frecuentemente despreciada en los hospicios de otras naciones, y cuyo precio conoce Roma, se ve rodeada aquí de cuidados admirables. Doce capellanes habitan el hospital; noche y día están al servicio de los enfermos, y por las mañanas celebran la misa en las diferentes salas, administran los Sacramentos y asisten á los moribundos. Además, con el fin de procurar á los enfermos todas las oportunidades de cumplir con su deber, cada orden religiosa residente en Roma debe, segun las prescripciones de Clemente IX, mandar una vez por mes á dos de sus miembros á oír las confesiones;

1 *Instit. de Bienf.*, 46.

su permanencia debe ser de cinco horas por lo ménos. Muchas veces al día atraviesa un sacerdote las salas, y deteniéndose en el centro de cada una, pronuncia en alta voz un buen pensamiento, una santa máxima capaz de consolar á los enfermos ó de causarles remordimientos por sus faltas. Como se recibe en el Espíritu Santo á toda clase de personas, sin distinción de religion, muchos sacerdotes, así seculares como regulares, van allí voluntariamente, ya sea para atraer á la fe católica á aquellas que desgraciadamente no la profesan, ya para confesar, instruir y consolar á los enfermos. Piadosos legos van también allí, sobre todo el domingo, á ejecutar las diferentes obras de la misericordia espiritual. 1 Recorriendo aquellas vastas salas, se cree ver en cada puerta, cerca de cada lecho del dolor, á San Camilo de Lelis, á aquel ilustre habitante del hospital del Espíritu Santo, que durante muchos años, pasó las noches y los días á la cabecera de los moribundos. Yo no diré nada de él en este momento, más tarde le encontraremos.

Si el enfermo sucumbe, se le deja, durante dos horas, en su propio lecho; luego se le traslada á la cámara mortuoria, en la cual permanece veinticuatro horas. Un cordon, atado á una de sus manos, corresponde á una campanilla colocada en la sala en donde está día y noche un vigilante. Si el enfermo solo hubiese sido atado de un letargo, se podrá de este modo advertir al punto, al menor movimiento que haga al recobrar los sentidos. Todas las tardes, despues del «Ave María», se reúne una piadosa asociacion de legos en el lugar en que se depositan los muertos; les colocan en un carro cubierto, y llevando antorchas en la mano, les conducen al cementerio de Janículo. Nada es tan tierno como aquel cortejo fúnebre de aquellos

1 *Cons:anzi*, p. 64-65.

caritativos hermanos que vienen algunas veces de los cuarteles más lejanos de la ciudad, á pesar de las lluvias ó del frio del invierno. Cuando no hay muertos que sepultar, lo que sucede con frecuencia, van también al cementerio á rezar oraciones sobre sus sepulcros. Si el enfermo sana, veremos más tarde lo que sucede con él.

Para mantener el espíritu de caridad que produce los maravillosos efectos que acabamos de ver, se pone gran cuidado en el numeroso personal empleado en el hospital. Al acercarse las principales fiestas, toda la familia («numerossissima famiglia»), reunida en la capilla, recibe allí instrucciones para disponerse á la frecuencia de sacramentos y á la solemnidad. Durante la cuaresma, todos hacen un retiro preparatorio á la comunión 1 pascual. ¡Oh! Roma, á quien se os acusa de que no haceis nada, hé ahí lo que haceis; lo que haceis desde hace siglos, sin ostentacion y sin ruido! Tal es el respeto que profesais á los miembros de Jesucristo, que sufren; tal la caridad maternal con que rodeais sus lechos de dolor. Entre todas las ciudades del mundo cristiano, ¿hay muchas de ellas, hay una sola que pueda gloriarse de exceder ó igualar á su madre?

30 DE ENERO.

Caridad romana con el recién nacido y con el huérfano.—Hospital de San Roque *in Ripetta*.—Santa María *in Aquiro*.—Los hijos del Letrado.

La belleza del cielo, las impresiones de la vispera, los comentarios de por la tarde sobre nuestra visita al Espíritu Santo, todo nos convidaba á continuar nuestro viaje, siguiendo los pasos de la caridad romana. Ayer nos habíamos quedado en los umbrales de la vida, cerca de la cuna del

1 *Constanzí*, p. 65.

niño arrancado por ella á los horrores de una muerte prematura. Solo por excepcion, y para no volver más á él, habíamos visitado el hotel del Espíritu Santo, esa vasta hospedería de todas las enfermedades humanas. Hoy volvimos á emprender nuestra peregrinacion en el punto en que la habíamos dejado. Salvar al niño y cubrir el honor de su culpable madre, tales, segun habíamos dicho, el primer beneficio de la caridad romana. Cómo se salva el niño, ya lo sabemos; nos falta ver por qué medio se protege la reputacion de la mujer.

M. de Gerando, en sus «Teorías» de beneficencia pública, escribia: «La casa de maternidad estará situada en un lugar aislado; las personas que sean allí admitidas serán libres para declarar ó no su nombre ni su domicilio; el registro de las declaraciones será llevado en todo caso en secreto; los empleados y los servidores del establecimiento están en deber de respetar este secreto; no se admitirán personas extrañas en las salas.....» 1 Estas precauciones delicadas que la filantropía inventaba entre nosotros para salvar el honor de las familias, y sobre todo para evitar el infanticidio, Roma las había tomado desde largo tiempo ántes. Nosotros las encontramos dulcificadas por la caridad en el «Hospicio de San Roque.» Siguiendo la orilla del Tíber, llamada «Ripetta,» llegamos bien pronto á este nuevo monumento de la caridad. En los años de jubileo, Roma ve siempre nacer alguna bella obra de piedad. En 1500 la cofradía de San Roque dedicó una iglesia á su santo protector y un hospital de cincuenta lechos para toda clase de enfermos pobres. En 1770, un breve de Clemente IV mandó que allí se recibieran solo mujeres encinta, como sucede hoy.

1 T. IV, p. 375.

das, y muy bien, el estado y el tratamiento del enfermo; en la parte alta se ponen los signos que señalan los alimentos que debe tomar; abajo los otros signos, por ejemplo, si ha de recibir el sagrado viático, si ya ha recibido la Extrema-Uncion, etc.

Se distribuye el alimento de las siete á las nueve de la mañana, y de dos y media á cinco y media de la tarde, segun las estaciones. Por una de esas atenciones delicadas, de que solo es capaz la caridad cristiana, se toca el órgano tres veces por semana durante la comida de los enfermos. El domingo presenta el hospital un espectáculo muy diferente: vereis llegar por todas las calles que desde el «Trastevere» ó del centro de la ciudad conduce al Espíritu Santo, numerosas cofradías que vienen á prodigar á los enfermos sus caritativos servicios: ésta trae dulces, la otra hace las camas, una tercera rasura á los enfermos y les da las bebidas, etc. De todos estos cuidados ¿qué resulta? Que la cifra anual de la mortalidad es de 9 ó 10 por 100; mortalidad muy débil en un hospital tan vasto, y cifra que ella sola forma el más bello elogio del establecimiento. 1

Hé ahí lo que hay en cuanto al cuerpo; pero el alma! el alma, tan frecuentemente despreciada en los hospicios de otras naciones, y cuyo precio conoce Roma, se ve rodeada aquí de cuidados admirables. Doce capellanes habitan el hospital; noche y día están al servicio de los enfermos, y por las mañanas celebran la misa en las diferentes salas, administran los Sacramentos y asisten á los moribundos. Además, con el fin de procurar á los enfermos todas las oportunidades de cumplir con su deber, cada orden religiosa residente en Roma debe, segun las prescripciones de Clemente IX, mandar una vez por mes á dos de sus miembros á oír las confesiones;

1 *Instit. de Bienf.*, 46.

su permanencia debe ser de cinco horas por lo ménos. Muchas veces al día atraviesa un sacerdote las salas, y deteniéndose en el centro de cada una, pronuncia en alta voz un buen pensamiento, una santa máxima capaz de consolar á los enfermos ó de causarles remordimientos por sus faltas. Como se recibe en el Espíritu Santo á toda clase de personas, sin distinción de religion, muchos sacerdotes, así seculares como regulares, van allí voluntariamente, ya sea para atraer á la fe católica á aquellas que desgraciadamente no la profesan, ya para confesar, instruir y consolar á los enfermos. Piadosos legos van también allí, sobre todo el domingo, á ejecutar las diferentes obras de la misericordia espiritual. 1 Recorriendo aquellas vastas salas, se cree ver en cada puerta, cerca de cada lecho del dolor, á San Camilo de Lelis, á aquel ilustre habitante del hospital del Espíritu Santo, que durante muchos años, pasó las noches y los días á la cabecera de los moribundos. Yo no diré nada de él en este momento, más tarde le encontraremos.

Si el enfermo sucumbe, se le deja, durante dos horas, en su propio lecho; luego se le traslada á la cámara mortuoria, en la cual permanece veinticuatro horas. Un cordón, atado á una de sus manos, corresponde á una campanilla colocada en la sala en donde está día y noche un vigilante. Si el enfermo solo hubiese sido atacado de un letargo, se podrá de este modo advertir al punto, al menor movimiento que haga al recobrar los sentidos. Todas las tardes, despues del «Ave María», se reúne una piadosa asociación de legos en el lugar en que se depositan los muertos; les colocan en un carro cubierto, y llevando antorchas en la mano, les conducen al cementerio de Janículo. Nada es tan tierno como aquel cortejo fúnebre de aquellos

1 *Cons: anzi*, p. 64—65.

caritativos hermanos que vienen algunas veces de los cuarteles más lejanos de la ciudad, á pesar de las lluvias ó del frío del invierno. Cuando no hay muertos que sepultar, lo que sucede con frecuencia, van también al cementerio á rezar oraciones sobre sus sepulcros. Si el enfermo sana, veremos más tarde lo que sucede con él.

Para mantener el espíritu de caridad que produce los maravillosos efectos que acabamos de ver, se pone gran cuidado en el numeroso personal empleado en el hospital. Al acercarse las principales fiestas, toda la familia («numerossissima famiglia»), reunida en la capilla, recibe allí instrucciones para disponerse á la frecuencia de sacramentos y á la solemnidad. Durante la cuaresma, todos hacen un retiro preparatorio á la comunión 1 pascual. ¡Oh! Roma, á quien se os acusa de que no haceis nada, hé ahí lo que haceis; lo que haceis desde hace siglos, sin ostentacion y sin ruido! Tal es el respeto que profesais á los miembros de Jesucristo, que sufren; tal la caridad maternal con que rodeais sus lechos de dolor. Entre todas las ciudades del mundo cristiano, ¿hay muchas de ellas, hay una sola que pueda gloriarse de exceder ó igualar á su madre?

30 DE ENERO.

Caridad romana con el recién nacido y con el huérfano.—Hospital de San Roque *in Ripetta*.—Santa María *in Aquiro*.—Los hijos del Letrado.

La belleza del cielo, las impresiones de la víspera, los comentarios de por la tarde sobre nuestra visita al Espíritu Santo, todo nos convidaba á continuar nuestro viaje, siguiendo los pasos de la caridad romana. Ayer nos habíamos quedado en los umbrales de la vida, cerca de la cuna del

1 *Constanzí*, p. 65.

niño arrancado por ella á los horrores de una muerte prematura. Solo por excepcion, y para no volver más á él, habíamos visitado el hotel del Espíritu Santo, esa vasta hospedería de todas las enfermedades humanas. Hoy volvimos á emprender nuestra peregrinacion en el punto en que la habíamos dejado. Salvar al niño y cubrir el honor de su culpable madre, tales, segun habíamos dicho, el primer beneficio de la caridad romana. Cómo se salva el niño, ya lo sabemos; nos falta ver por qué medio se protege la reputacion de la mujer.

M. de Gerando, en sus «Teorías» de beneficencia pública, escribia: «La casa de maternidad estará situada en un lugar aislado; las personas que sean allí admitidas serán libres para declarar ó no su nombre ni su domicilio; el registro de las declaraciones será llevado en todo caso en secreto; los empleados y los servidores del establecimiento están en deber de respetar este secreto; no se admitirán personas extrañas en las salas.....» 1 Estas precauciones delicadas que la filantropía inventaba entre nosotros para salvar el honor de las familias, y sobre todo para evitar el infanticidio, Roma las había tomado desde largo tiempo ántes. Nosotros las encontramos dulcificadas por la caridad en el «Hospicio de San Roque.» Siguiendo la orilla del Tíber, llamada «Ripetta,» llegamos bien pronto á este nuevo monumento de la caridad. En los años de jubileo, Roma ve siempre nacer alguna bella obra de piedad. En 1500 la cofradía de San Roque dedicó una iglesia á su santo protector y un hospital de cincuenta lechos para toda clase de enfermos pobres. En 1770, un breve de Clemente IV mandó que allí se recibieran solo mujeres encinta, como sucede hoy.

1 *T. IV*, p. 375.

Ningun local podrá convenir mejor á semejante destino. La puerta de salida no da al camino público, sino á un vestíbulo que tiene dos salidas, una de las cuales da á una pequeña plaza deshabitada á donde concurren muchas calles desiertas. Todas las mujeres próximas al parto no tienen más que presentarse á la priora para ser recibidas y mantenidas á expensas del hospicio durante el embarazo y ocho dias despues del parto. No se las pregunta ni su nombre ni su condicion, ni ninguna seña que pudiera descubrirlas. La caridad romana va más léjos; las autoriza para echarse un velo en el rostro y que no sean conocidas así por nadie. Si alguna de ellas muere, no se inscribe su nombre en el registro, y solo se distinguen unas de otras por números ordinales. Las mujeres cuyo estado no podia dejar de conocerse sin revelar culpabilidad, son admitidas mucho tiempo ántes del parto; y así se salva el honor de las familias y se evitan los infanticidios. Como si no bastaran tantas precauciones, el hospital está, además, exento de toda jurisdiccion criminal y eclesiástica; la entrada á él está prohibida, no solo á los hombres, sino tambien á las mujeres, sean ó no parientes, y cualesquiera que sea su rango. El médico, el cirujano, el capellan, las matronas y las criadas son las únicas que tienen entrada. Por este medio las «depositate,» las depositadas que lo habitan, están seguras de no ser atormentadas, y de no recibir ninguna visita indiscreta durante su permanencia allí.

Apénas nacen los niños, son llevados con gran cuidado al hospicio del Espíritu Santo; las madres que tienen intencion de recobrarlos les ponen una seña cualquiera para reconocerlos. Esta precaucion es necesaria, porque en caso de nacimiento ilegítimo ó de extrema pobreza, no seria posible confiar aquellos niños á sus res-

pectivas madres; y más bien que hacer preguntas á las mujeres enfermas y romper con ellas el velo del secreto, alma de este establecimiento, se ha adoptado una regla general, útil á las mujeres, que de otro modo no podrian, sin gran vergüenza, tener cerca de sí á sus hijos, mientras se dejaba á otros la facilidad de recobrarlos á su salida de San Roque.

El hospital se compone de una vasta sala y de otras más pequeñas, recientemente edificadas. Una de ellas está destinada á los partos y á las operaciones. El número de camas es veinte, y puede aumentarse en caso necesario; cada lecho tiene sus cortinas y un cancel que lo separa de los demas.

La ciudad que hubiera tomado todas estas precauciones para salvar el honor de la mujer culpable, creeria sin duda haber cumplido con la justicia. Roma juzga de otro modo; tantos fines cuidados apénas le parecen la mitad de su tarea; prevenir la vuelta al mal, curando el corazon, que es su principio, es el gran objeto de su caridad. Y hé ahí que todas aquellas Magdalenas quedan sometidas dulcemente á un reglamento de vida calculado de modo que las haga huir de sus errores. Todos los dias asisten al santo sacrificio de la Misa, reciben instrucciones religiosas de la priora y del capellan, hacen diferentes ejercicios de piedad, se purifican en el sacramento de la Penitencia, y si su estado se los permite, se fortifican bebiendo la sangre divina que hace germinar la divinidad ó extingue la fiebre ardiente de las pasiones.

¿Creeríase que hay hombres á quienes ha escandalizado semejante refugio? Los filántropos materialistas lo han vituperado vivamente, como culpable á sus ojos, «de excitar á matrimonios imprudentes, de detener el efecto de la represion moral y de secundar el acrecimiento desmesurado

de la poblacion, etc.» Nos contentaremos con responderles con un economista cristiano: «La ciudad no puede jamás sacrificar á eventualidades lejanas el consuelo de una necesidad inmediata y urgente, tal como la conservacion de una madre y de su hijo recién nacido. Un exceso de poblacion es sin duda una gran desgracia para la sociedad; pero la negativa del socorro en una circunstancia semejante seria una grave infraccion de las leyes, de la religion y de la caridad cristianas; entre estos dos extremos no es posible vacilar. La ley de humanidad está sobre la ley económica.»¹

Acabálanos de ver cómo la caridad romana salva la vida del niño recién nacido y el honor de su madre; esta era la primera estacion de la peregrinacion: la segunda fué tambien cerca de una cuna. El niño abandonado es el único desgraciado. ¡Cuántos otros huérfanos de poca edad, ó que nacen de padres pobres, quedan sin apoyo, sin pan, sin abrigo, desde su entrada en la vida! Roma los adopta á todos, y en esta adopcion la madre de los pueblos muestra una ternura y una inteligencia mil veces más interesante de conocer que todos sus monumentos antiguos ó sus obras maestras modernas. Los huérfanos están divididos en muchas categorías, segun su aptitud. Unos se aplicarán á las ciencias, otros cultivarán las artes, aquellos aprenderán oficios. Más de una vez la chispa del génio brilló bajo los harapos de la miseria. Si pues su jóven pupilo anuncia felices disposiciones para el estudio, Roma le envía al hospicio de Santa María «in Aquiro,» á donde nos dirigimos con él. Este asilo para los huérfanos fué establecido en 1540, á instancias de San Ignacio de Loyola. En 1591, el caritativo cardenal Salviati renovó sus habi-

¹ M. de Villeneuve-Bargem, *del Pauperismo*, III, p. 34.

taciones y fundó un colegio que lleva su nombre. El habia observado que entre los pobres niños destinados á las artes y á los oficios, habia algunos á quienes la naturaleza habia dotado con talentos y aptitud para los trabajos literarios; quiso, pues, que de su asilo pasasen al colegio, con tal que tuviesen doce años y hubiesen vivido tres años, por lo ménos, en su primer asilo. El papa Leon XII confió la direccion de ellos á los padres «Somasques,» y no pudo encargarla á manos más hábiles. Las condiciones exigidas para ser admitido, son: ser Romano, carecer, cuando ménos, de padre, tener la edad de más de siete años y ménos de diez. A los diez y ocho años cumplidos salen los niños del colegio; hoy hay cincuenta. Queda uno encantado de ver aquellos rostros frescos y encendidos, dibujarse en la sotana blanca, uniforme preciso de la casa, y de observar la viva alegría que reina entre todos aquellos niños condenados á no conocer más que el dolor. Encontrais al entrar, una hermosa pieza adornada con inscripciones y retratos de los bienhechores. En aquella misma sala es permitido, una vez por semana, á las madres el ir á ver á sus hijos, con el fin de conservar los lazos del amor filial y paternal.

Parecerá tal vez á algunas personas que el objeto á que aspiran aquellos huérfanos es demasiado elevado, que su educacion y su mantenimiento son exagerados, tratándose de jóvenes que se presume que son pobres; pero es necesario considerar que, en una vasta ciudad, tal como Roma, hay frecuentemente niños que pierden á su padre, quien con los trabajos honrosos de alguna profesion sostenia convenientemente á su familia. Estos pobres niños, educados en costumbres delicadas y entregados ya á los estudios, encuentran desde luego en la casa de Santa María un asilo muy en armonía con su suerte. Como las

posiciones sociales son diferentes, es digno de una inteligente caridad ofrecer al desgraciado abrigos diferentes y medios variados de existencia. 1 Mañana seguiremos el camino de Roma en el cumplimiento de esta tarea maternal.

31 DE ENERO.

Bautismo de M. Ratisbonne.—Continuación de la visita de Roma cristiana.—Caridad romana con el huérfano.—Hospicio apostólico de San Miguel.—Su origen.—Sus cuatro familias.—Su organización.

Antes de seguir nuestro itinerario, asistimos á una ceremonia, y yo diría de buena voluntad, á un acontecimiento, cuyo recuerdo no se borrará jamás de nuestra memoria. M. Ratisbonne debía recibir hoy el bautismo. Diez días solamente habían pasado desde su conversión, pero el milagroso neófito «todo lo había comprendido,» y el ilustre cardenal Mezzofanti, encargo del exámen de los catecúmenos, no podía menos que admirar la abundancia de luces que el Dios de las misericordias había difundido de un modo repentino en aquella alma privilegiada. A las ocho estábamos en el «Jesus.» Ya la iglesia estaba llena de una inmensa multitud piadosa, ávida de contemplar al jóven Israelita, á quien María había conducido con su mano llena de gracias al pié de la cruz; la sociedad francesa ocupaba el primer lugar, y una piedad simpática dominaba toda la asamblea. M. Ratisbonne, acompañado del padre de Villefort y de M. de Bussiéres su padrino, estaba en la parte baja de la iglesia, y según antigua costumbre, llevaba el vestido blanco de los catecúmenos.

Muy pronto el cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad, revestido con sus ornamentos pontificales, bajó de la capilla de

1 Morich, p. 101.

San Ignacio y se puso frente del neófito á comenzar las oraciones y las ceremonias de costumbre; nosotros le fuimos siguiendo. Acabaron los exorcismos y las unciones misteriosas que preparan al hombre en la iniciación cristiana, y de repente se pidió al Israelita una prueba inesperada. En otro tiempo había él blasfemado, como Saúl, del nombre de Jesus de Nazareth y de su doctrina; era justo que expiase esta falta con un acto público de arrepentimiento y de humildad. «Besad la tierra,» le dijo el cardenal; y al punto, sin turbarse y sin vacilación, besa la tierra probando de este modo á la multitud que lo contempla, que él es verdaderamente cristiano, puesto que su juventud ha adivinado ya que la humildad es la única puerta que conduce á la verdad y á la salvación. Elocuente lección para todos los que olvidamos con demasiada frecuencia que Jesus nuestro maestro era manso y humilde de corazón 1.

Ya no más dudas; el espíritu del Salvador está con el neófito y el cardenal lleva como en triunfo, á la capilla de San Ignacio, aquella oveja querida que acaba de arrancar á Satanás. ¿Cómo decirnos todos los diversos sentimientos que agitaban entonces á la asamblea? ¡Qué espectáculo! M. de Bussiéres, protestante convertido, llevando á un judío al seno de la Iglesia católica! ¡y qué judío! un jóven Francés de veintiocho años, en toda la plenitud de su fuerza, de su razón y de su independencia; ayer todavía impío, insultador, blasfemo, y hoy dulce como un cordero, que se deja hacer todo lo que se quiere. Su rostro, notable por una feliz mezcla de firmeza y de dulzura, su larga barba negra, su andar, su traje, todo en él hacia llevar el pensamiento á los tiempos de la primitiva Iglesia; hubiérase podido decir que era uno de aquellos cristianos de las

1 *L'Enfant de Marie*, «El hijo de María,» por M. de Bussiéres, p. 59.

catacumbas que esperaban el martirio 1. Hé ahí lo que vimos. ¡Y que nuestros jóvenes compañeros no hayan podido gozar del mismo espectáculo! Cuando el pontífice preguntó al catacúmeno: «¿Cuál es vuestro nombre?»—«María,» respondió él con un transporte de reconocimiento y de amor que nos hizo estremecer. La recepción del bautismo y de la confirmación fué seguida de una acalorada improvisación del Señor abate Dupanloup, y luego comenzó el Santo Sacrificio. En el momento solemne de la comunión, se consideró Ratisbonne de tal modo anonadado, que fué necesario sostenerle para llevarle á la mesa santa; y no pudo levantarse de nuevo, sino ayudado por M. Bussiéres, después de haber recibido el pan de los ángeles. Un torrente de lágrimas inundaba su rostro y ya sucumbía al peso de la emoción!

¡Oh! con qué entusiasmo cantó toda la asamblea el «Te Deum,» que repitieron los ángeles en el cielo en inefables transportes; porque está escrito: «Que hay más alegría en la santa Jerusalén por la conversión de un solo pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos.» Dichosos por la felicidad de la Iglesia y dichosos por la felicidad de nuestro hermano, volvimos nosotros á emprender la visita de Roma cristiana.

Si el huérfano da á conocer gusto y aptitud por las artes liberales, el gran hospicio de San Miguel le presenta todos los medios de emprender y adquirir una noble carrera. Atravesando rápidamente la ciudad y el Tíber, llegamos á buena hora á «Rippa grande,» en donde se encuentra el nuevo teatro de la caridad romana. Antes de entrar en él, es agradable conocer su origen. Se verá que las obras de Dios, tienen casi siempre débiles principios; el celo muchas veces desalentado puede en-

1 «El hijo de María» por M. de Bussiéres, p. 10.

contrar en esta observación un estímulo y un consuelo.

En el siglo décimosexto vivía en Roma un piadoso cristiano llamado Juan Leonardo Ceruso. Movidado de compasión hacia los pobres niños abandonados, cuyo número era considerable en el riguroso invierno de 1581, les recogió en una miserable casa de la calle de los Banqueros, cerca del palacio Chigi. Este hombre había enseñado en otro tiempo la gramática, y como frecuentemente pronunciaba algunas palabras latinas, le habían puesto por chanza, el «Letrado,» nombre que se dió á sus niños y que conservan todavía. Ocupaba á sus discípulos en limpiar las calles, mediante una pequeña retribución de los mercaderes. El mismo iba por la ciudad con una casaca azul hasta media pierna, un grueso rosario en el cuello, la cabeza y los piés desnudos, con un aire tan modesto que San Camilo de Lellis le llamaba el «Predicador mudo.» Después de su muerte, su pequeño establecimiento fué incorporado al hospicio de San Miguel. Este nuevo asilo debió su origen á Tomás Odelcaschi, sobrino del Papa Inocencio XI. Yendo un día por Santa Galla, en donde su pariente Marco Antonio alojaba á los pobres durante la noche, se apercibió de que allí se admitían muchas veces á jóvenes, fugitivos en su mayor parte de la casa paterna, y de los cuales nadie cuidaba. Pensó que aquellos jóvenes estaban mal colocados en dormitorios comunes y les reunió en una casa de la plaza Margana, en donde les ocupó en trabajar lana. Eran entonces cosa de treinta, y muy pronto subieron á sesenta. Monseñor Odelcaschi se dedicó de tal modo á aquellos pobres niños, que les compró en 1686, en la gran ribera del Tíber, un hermoso terreno en el cual mandó levantar un hospicio.

Gracias al celo inteligente y siempre sostenido de los soberanos Pontífices, á quie-

posiciones sociales son diferentes, es digno de una inteligente caridad ofrecer al desgraciado abrigos diferentes y medios variados de existencia. 1 Mañana seguiremos el camino de Roma en el cumplimiento de esta tarea maternal.

31 DE ENERO.

Bautismo de M. Ratisbonne.—Continuación de la visita de Roma cristiana.—Caridad romana con el huérfano.—Hospicio apostólico de San Miguel.—Su origen.—Sus cuatro familias.—Su organización.

Antes de seguir nuestro itinerario, asistimos á una ceremonia, y yo diría de buena voluntad, á un acontecimiento, cuyo recuerdo no se borrará jamás de nuestra memoria. M. Ratisbonne debía recibir hoy el bautismo. Diez días solamente habían pasado desde su conversión, pero el milagroso neófito «todo lo había comprendido,» y el ilustre cardenal Mezzofanti, encargo del exámen de los catecúmenos, no podía menos que admirar la abundancia de luces que el Dios de las misericordias había difundido de un modo repentino en aquella alma privilegiada. A las ocho estábamos en el «Jesus.» Ya la iglesia estaba llena de una inmensa multitud piadosa, ávida de contemplar al jóven Israelita, á quien María había conducido con su mano llena de gracias al pié de la cruz; la sociedad francesa ocupaba el primer lugar, y una piedad simpática dominaba toda la asamblea. M. Ratisbonne, acompañado del padre de Villefort y de M. de Bussiéres su padrino, estaba en la parte baja de la iglesia, y según antigua costumbre, llevaba el vestido blanco de los catecúmenos.

Muy pronto el cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad, revestido con sus ornamentos pontificales, bajó de la capilla de

1 Morich, p. 101.

San Ignacio y se puso frente del neófito á comenzar las oraciones y las ceremonias de costumbre; nosotros le fuimos siguiendo. Acabaron los exorcismos y las unciones misteriosas que preparan al hombre en la iniciación cristiana, y de repente se pidió al Israelita una prueba inesperada. En otro tiempo había él blasfemado, como Saúl, del nombre de Jesus de Nazareth y de su doctrina; era justo que expiase esta falta con un acto público de arrepentimiento y de humildad. «Besad la tierra,» le dijo el cardenal; y al punto, sin turbarse y sin vacilación, besa la tierra probando de este modo á la multitud que lo contempla, que él es verdaderamente cristiano, puesto que su juventud ha adivinado ya que la humildad es la única puerta que conduce á la verdad y á la salvación. Elocuente lección para todos los que olvidamos con demasiada frecuencia que Jesus nuestro maestro era manso y humilde de corazón 1.

Ya no más dudas; el espíritu del Salvador está con el neófito y el cardenal lleva como en triunfo, á la capilla de San Ignacio, aquella oveja querida que acaba de arrancar á Satanás. ¿Cómo decirnos todos los diversos sentimientos que agitaban entonces á la asamblea? ¡Qué espectáculo! M. de Bussiéres, protestante convertido, llevando á un judío al seno de la Iglesia católica! ¡y qué judío! un jóven Francés de veintiocho años, en toda la plenitud de su fuerza, de su razón y de su independencia; ayer todavía impío, insultador, blasfemo, y hoy dulce como un cordero, que se deja hacer todo lo que se quiere. Su rostro, notable por una feliz mezcla de firmeza y de dulzura, su larga barba negra, su andar, su traje, todo en él hacia llevar el pensamiento á los tiempos de la primitiva Iglesia; hubiérase podido decir que era uno de aquellos cristianos de las

1 *L'Enfant de Marie*, «El hijo de María,» por M. de Bussiéres, p. 59.

catacumbas que esperaban el martirio 1. Hé ahí lo que vimos. ¡Y que nuestros jóvenes compañeros no hayan podido gozar del mismo espectáculo! Cuando el pontífice preguntó al catacúmeno: «¿Cuál es vuestro nombre?»—María,» respondió él con un transporte de reconocimiento y de amor que nos hizo estremecer. La recepción del bautismo y de la confirmación fué seguida de una acalorada improvisación del Señor abate Dupanloup, y luego comenzó el Santo Sacrificio. En el momento solemne de la comunión, se consideró Ratisbonne de tal modo anonadado, que fué necesario sostenerle para llevarle á la mesa santa; y no pudo levantarse de nuevo, sino ayudado por M. Bussiéres, después de haber recibido el pan de los ángeles. Un torrente de lágrimas inundaba su rostro y ya sucumbía al peso de la emoción!

¡Oh! con qué entusiasmo cantó toda la asamblea el «Te Deum,» que repitieron los ángeles en el cielo en inefables transportes; porque está escrito: «Que hay más alegría en la santa Jerusalén por la conversión de un solo pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos.» Dichosos por la felicidad de la Iglesia y dichosos por la felicidad de nuestro hermano, volvimos nosotros á emprender la visita de Roma cristiana.

Si el huérfano da á conocer gusto y aptitud por las artes liberales, el gran hospicio de San Miguel le presenta todos los medios de emprender y adquirir una noble carrera. Atravesando rápidamente la ciudad y el Tíber, llegamos á buena hora á «Rippa grande,» en donde se encuentra el nuevo teatro de la caridad romana. Antes de entrar en él, es agradable conocer su origen. Se verá que las obras de Dios, tienen casi siempre débiles principios; el celo muchas veces desalentado puede en-

1 «El hijo de María» por M. de Bussiéres, p. 10.

contrar en esta observación un estímulo y un consuelo.

En el siglo décimosexto vivía en Roma un piadoso cristiano llamado Juan Leonardo Ceruso. Movido de compasión hacia los pobres niños abandonados, cuyo número era considerable en el riguroso invierno de 1581, les recogió en una miserable casa de la calle de los Banqueros, cerca del palacio Chigi. Este hombre había enseñado en otro tiempo la gramática, y como frecuentemente pronunciaba algunas palabras latinas, le habían puesto por chanza, el «Letrado,» nombre que se dió á sus niños y que conservan todavía. Ocupaba á sus discípulos en limpiar las calles, mediante una pequeña retribución de los mercaderes. El mismo iba por la ciudad con una casaca azul hasta media pierna, un grueso rosario en el cuello, la cabeza y los piés desnudos, con un aire tan modesto que San Camilo de Lellis le llamaba el «Predicador mudo.» Después de su muerte, su pequeño establecimiento fué incorporado al hospicio de San Miguel. Este nuevo asilo debió su origen á Tomás Odelcaschi, sobrino del Papa Inocencio XI. Yendo un día por Santa Galla, en donde su pariente Marco Antonio alojaba á los pobres durante la noche, se apercibió de que allí se admitían muchas veces á jóvenes, fugitivos en su mayor parte de la casa paterna, y de los cuales nadie cuidaba. Pensó que aquellos jóvenes estaban mal colocados en dormitorios comunes y les reunió en una casa de la plaza Margana, en donde les ocupó en trabajar lana. Eran entonces cosa de treinta, y muy pronto subieron á sesenta. Monseñor Odelcaschi se dedicó de tal modo á aquellos pobres niños, que les compró en 1686, en la gran ribera del Tíber, un hermoso terreno en el cual mandó levantar un hospicio.

Gracias al celo inteligente y siempre sostenido de los soberanos Pontífices, á quie-

nes fué cedida la propiedad del hospicio en 1691, llegó San Miguel al grado de grandeza y de prosperidad que se admira hoy. La longitud del edificio es de 334 metros, la latitud de 80 metros, el contorno de 830 metros, es decir, más de media milla. La altura mayor es de 25 metros; en fin, el sitio tiene 26,720 metros. Al decir de los extranjeros, ningún establecimiento en Europa puede compararse á San Miguel, en comodidad y magnificencia.

Nosotros le visitamos en todas sus partes, sirviéndonos de guías dos excelentes sacerdotes habituados á ejercer su caritativo celo en aquel gran teatro. Para no volver á él, daré su descripción completa, como lo hice con el del Espíritu Santo. El hospicio de San Miguel abraza cuatro grandes familias enteramente separadas: las de los ancianos de uno y otro sexo, la de los jóvenes y de las jóvenes. Los ancianos deben ser Romanos ó domiciliados en Roma durante cinco años; no son admitidos los que tuviesen enfermedades incurables ó contagiosas. Se dividen en dos clases: la primera se compone de aquellos que teniendo una salud suficiente, se emplean en los trabajos de la cocina, de la despensa, del refertorio; unos son porteros ó vigilantes, ó guardianes, y trabajan en los talleres de los jóvenes; otros, de edad más avanzada y de salud más débil, están dispensados de todos los trabajos. Los primeros ocupan un gran dormitorio llamado de San Sixto; los segundos una sala llamada la Enfermería baja, de la cual salen sin subir un solo escalon al refertorio y á la iglesia.

Un prior, sacerdote, dirige aquella comunidad compuesta hoy de ciento treinta individuos, de los cuales cien son mantenidos gratuitamente, y veinte mediante una pequeña retribucion. Es permitido á los ancianos salir á ciertas horas, y aquellos que no pueden hacerlo por su salud, tie-

nen un corredor interior cubierto en donde pueden pasearse.

Las ancianas son noventa, y añadiendo treinta muchachas de servicio, se tiene una comunidad de ciento veinte personas. Su ocupacion es hacer medias y coser vestidos nuevos y componer los viejos. Las jóvenes agregadas á esta comunidad cuidan, en su calidad de criadas, de la ropa blanca de los ancianos, de las mujeres y de las jóvenes; ellas sirven la sala de inválidos, la enfermería, el refertorio comun y la cocina de los enfermos. La comunidad está presidida por una priora, elegida entre las habitantes misma del hospicio y la cual se cambia cada tres años. El sacerdote prior del Conservatorio lo es también de esta comunidad 1.

Habíamos recorrido con un vivo interés el gran cuerpo del edificio que sirve de asilo á las primeras familias de San Miguel. El orden, la limpieza, el aire contenido de aquellos pobres ancianos, hacian el elogio de la disciplina establecida por Monseñor Fosti. Pero el objeto principal de nuestra visita eran los jóvenes huérfanos; teníamos prisa de visitar su morada. Un gran recuerdo, un nombre bendito se os ocurre desde que poneis los piés en el umbral de este asilo; Inocencio XII aparece aquí rodeado con la auréola inmortal de la caridad. El excelente Pontífice, cuyas liberalidades contribuyeron tan poderosamente á la magnificencia del hospicio apostólico, amaba tanto á aquellos jóvenes huérfanos, que les daba el dulce nombre de hijos y les visitó lo ménos sesenta y cuatro veces. En memoria de esta afectuosa bondad, los alumnos celebran cada año por el alma del Pontífice un servicio solemne el día del aniversario de su muerte y repiten sus alabanzas. El hospicio cuenta doscientos jóvenes, divididos en seis departamentos, que toman el nombre de sus

1 Marichini, p. 109; Constanzi, p. 104, 105.

santos protectores: San Miguel, San Francisco Javier, San Felipe, San Pedro y San Pablo, San Carlos y San Inocencio. Cada departamento tiene un prefecto, clérigo ó sacerdote, y dos subprefectos llamados «decuriones», elegidos entre los alumnos más juiciosos y racionales. Un sacerdote rector vigila la disciplina interior de la comunidad. El vestido interior para el trabajo es de paño en invierno, y en estío de un tejido de hilo de algodón llamado «regatino»; cuando salen se ponen una sotana de paño negro. Para conservar los vínculos de familia, se permite á los alumnos que vayan algunas veces á comer con sus padres.

En el asilo de los ancianos, reina la calma, la conversacion, un trabajo tranquilo y los ejercicios religiosos llenan casi todo el día. Aquí al contrario, la actividad y el movimiento llenan el tiempo, «*fervet opus*». En las soberbias salas destinadas al trabajo, veis á todos los jóvenes huérfanos aplicados al estudio de las artes mecánicas ó de las artes liberales. Se atraviesan sucesivamente talleres de impresores, de encuadernadores, de sastres, de zapateros, de sombrereros, de tejedores, tintoreros, muebleros, ebanistas, carpinteros y plateros. En cuanto á las bellas artes, vimos la fábrica de los tapices con figuras ó adornos, única en toda la Italia; el grabado en madera, la ornamentacion, la pintura, la escultura, el grabado en cobre de figuras y medallas. Excelentes maestros dirigen los trabajos y nada falta al perfeccionamiento de cada una de estas artes. No solo se da la enseñanza comun de las escuelas, sino también lecciones de química, de mecánica, de geometría aplicada; la música y las ciencias literarias forman parte de aquella liberal educacion. Como hemos visto, las bellas artes son su objeto principal, y San Miguel cuenta en la sociedad un buen número de artistas que se han distinguido

por sus talentos y por su conducta; nos será bastante citar dos de nuestros mejores grabadores, los Sres. Mercurii y Calamata, cuyas obras enviadas por ellos á la casa que los alimentó, adornan uno de los salones del hospicio en que fueron educados 1. En resumen; San Miguel es una verdadera escuela politécnica, un verdadero conservatorio de artes y oficios, abierto por el génio de los Papas un siglo ántes de que poseyeran otro igual las naciones más ilustradas de la Europa.

¿Qué decir del contento que reina en aquella casa y de la paternal disciplina que es su origen? El viajero se conmueve deliciosamente á la vista de aquellos niños que manejan con gracia el cincel ó el buril, que se levantan al acercarse alguna persona y que dejan brillar en sus fisonomías francas la tímida modestia del joven artista junta con la vivacidad italiana. Es verdad que todo contribuye á que encuentren en San Miguel la familia que ellos han perdido. De vez en cuando hay fiestas inocentes que vienen á interrumpir la monotonía de su laboriosa existencia. Cada año la escuela de música vocal divierte á la casa, durante el carnaval, dando representaciones dramáticas á las cuales son admitidas algunas personas privilegiadas de fuera.

La cuarta familia del hospicio apostólico no es ménos interesante. Doscientas cuarenta niñas, colocadas en nueve amplias piezas ó dormitorios, se dedican asiduamente á los trabajos propios de su sexo. Cada sala está bajo la vigilancia de una de las ancianas. La priora y la subpriora son elegidas cada tres años de entre las más avanzadas y más ilustradas y prudentes.

Cuando entramos, reinaba el silencio y todos los ojos estaban fijos en los trabajos. A las palabras del sacerdote que nos acom-

1 M. de Bazelaire *Pref.*, p. LXX.

pañaba, se levantaron las cabezas, y en todas aquellas tiernas frentes hubiérais visto brillar la alegría de inocentes y risueñas niñas, sin remordimientos y sin preocupaciones. Todo aquello que hace á las personas verdaderamente cristianas y buenas mujeres de su casa, entra en el plan de su educación. Además de la religion que se les enseña, procurando sobre todo que la amen y la practiquen, se les dan lecciones de lectura, de escritura, de aritmética, de música y de obras de agujas; esto les facilita la entrada á los monasterios y sirve para embellecer las ceremonias de la capilla particular del conservatorio. El cuidado de la cocina y de la ropa de la comunidad las prepara útilmente para los trabajos de una casa. Ellas fabrican tambien los adornos para los uniformes de las tropas pontificales y se les concede, para estimularlas, la mitad del beneficio. Algunas trabajan la seda, las telas, las cintas, ya para uso del hospicio, ya para los comerciantes. Son libres para permanecer siempre en el asilo que las alimentó y solo salen de él para casarse ó para la vida religiosa. La Archicofradía de la Anunciacion da por año cien escudos romanos que les sirven de dote.

En cuanto á los socorros espirituales, son regulares y abundantes. El hospicio forma parroquia; las cuatro familias oyen misa por la mañana, rezan el rosario y hacen otros ejercicios de piedad. Dos sacerdotes para los jóvenes, dos para las jóvenes, uno para los ancianos y algunos otros sacerdotes que son llevados por su celo en la salvacion de las almas, ayudan al cura y al vicario en las confesiones. Los domingos rezan el oficio los jóvenes y las jóvenes; los ancianos tienen á su cargo el santo ejercicio de la buena muerte, y durante el año, toda la casa hace un retiro espiritual segun el método de San Ignacio.

1.º DE FEBRERO.

Visita al cardenal Mai.—Origen de la fábula de la papisa Juana.—Caridad romana con el huérfano (continuacion).—Hospicio de Santa María de los Angeles.—Hospicio de Tata.—Giovanni.

La noche habia venido á sorpendernos en San Miguel, pero no dejamos aquel interesante hospicio hasta habernos prometido volver; nos quedaba por visitar la prision penitenciaria. Hoy el órden lógico de nuestros estudios nos llama á un punto opuesto de Roma, la plaza de "Termini." Antes de salir, fui presentado á uno de los miembros más ilustres del Sacro Colegio, al cardenal Angelo Mai. El cardenal Mai, sabio de primer órden, está colocado más allá de lo comun, por sus trabajos y sus manuscritos de la Vaticana. Las obras inéditas, cristianas y profanas que ha descifrado y publicado, forman ya diez volúmenes, en cuarto mayor, de más de 1,000 páginas 1. Basta abrir esta coleccion para quedar estupefacto ante la paciencia, la erudicion y la ciencia que han sido necesarias para ejecutar semejante trabajo. Si se admira el valor del cardenal, se bendice al Pontífice generoso que mandó imprimir la obra á expensas de la Cámara apostólica; esto es para los soberanos un ejemplo tanto más noble, cuanto que el Santo Padre no es rico. Despues de una muy larga conversacion, en la cual se mostró el ilustre cardenal lleno de afabilidad, me llevó á visitar él mismo su biblioteca, una de las más ricas y mejor puestas, sin duda alguna, de todas las bibliotecas particulares de la Europa.

Tomé un volumen de "la Nova collec-

1 Scriptorum veterum nova Collectio e Vaticanis codicibus edita. Typis Vaticanis, 1825—1832.

tion." "¡Ah! medijosu Eminencia, habeis tomado las "Preguntas de Fócio á Anfíloco," que es una de las obras más curiosas que he encontrado." Luego, tomando él mismo el tomo, me hizo leer diferentes pasajes, en los que el cismático Fócio habla en términos muy honrosos de los Pontífices romanos y de la supremacia de su poder: "Ya es el bienaventurado Dámaso quien confirma el segundo Concilio general, cuyos decretos sigue el universo entero; ya es Agaton, quien no estando presente en el sexto Concilio, le reunió no obstante por su espíritu, su doctrina y su celo y fué de él su mayor ornamento." Fócio habla en seguida largamente y con muchos elogios, de Juan VIII, á quien da por tres veces el epíteto de "viril." "Y no sin motivo, me dijo el cardenal, Fócio se sirve tres veces de esta expresion. Evidentemente que hace alusion, refutándola, á la acusacion de espíritu débil que desde entónces se dirigía contra este papa, porque habia permitido que se volviera á colocar en la silla de Constantinopla á Fócio, tan opuesto á la Santa Sede y herido ántes con tantos anatemas. De aquí nació sin duda alguna la fábula de la "papisa Juana," cuyo origen, objeto de tantas opiniones absurdas, me parece haber sido indicada con precision, por Baronio 1 cuando dice que aquel papa ha sido llamado "mujer," porque vista la demasiada facilidad de su espíritu, no supó mostrar ninguna constancia sacerdotal; de tal modo, que se le llamaba, no "papa," como á sus valerosos predecesores, sino "papisa," para reprocharle no haber resistido ni aun á Fócio." Despues de haberme obligado á hacerle una segunda visita, me permitió el amable cardenal ir á reunirme con mis compañeros de viaje. A pocos momentos estabamos en la plaza "de Termini."

1 An. 879, n. 5.

Santa María "in Aquiro" y San Miguel nos han dado á conocer la caridad romana, formando á los pobres huérfanos en los trabajos de la inteligencia ó en las artes liberales; íbamos ahora á verla preparando á una parte de su jóven familia para el ejercicio de los oficios y de las artes mecánicas. Salvamos el umbral gastado de las Termas de Diocleciano. En aquellas vastas construcciones, en otro tiempo consagradas á los placeres de la antigua Roma, ha colocado la Roma cristiana el amable asilo de "Santa María de los Angeles." Aquí se encuentran, como en San Miguel, cuatro familias. Los buenos hermanos de la Doctrina cristiana, cuya inteligencia y cuyo celo son en Roma lo mismo que en Francia, dirigen la comunidad de los hombres y de los jóvenes. Los huérfanos á quienes su edad no les permite emprender aún el aprendizaje de un oficio, tienen una escuela de catecismo, de lectura y de escritura; los demas reciben igualmente lecciones despues de sus trabajos. Sin perjudicar sus operaciones manuales, hay una escuela de música que forma entre los alumnos una tropa militar que se ejercita todos los dias, durante algunas horas, y que ha dado ya pruebas públicas de su habilidad. Se enseñan en el hospicio los oficios de zapatero, sastre, impresor, tintorero, carpintero, sombrerero, cerrajero y ebanista. De estos talleres salen sillas muy ligeras y muy fáciles de manejar, conocidas bajo el nombre de sillas de "Chavari." Una gran parte de los jóvenes se emplea en hacer calzados y vestidos militares; generalmente los talleres y los trabajos están encomendados á empresarios, y esto hace más ventajoso el método cuando los contratos se celebran entre personas honradas. Solo la imprenta no se pone en adjudicacion; publica ordinariamente pequeñas obras de devocion que se venden á bajo precio ó que se dan

pañaba, se levantaron las cabezas, y en todas aquellas tiernas frentes hubiérais visto brillar la alegría de inocentes y risueñas niñas, sin remordimientos y sin preocupaciones. Todo aquello que hace á las personas verdaderamente cristianas y buenas mujeres de su casa, entra en el plan de su educación. Además de la religion que se les enseña, procurando sobre todo que la amen y la practiquen, se les dan lecciones de lectura, de escritura, de aritmética, de música y de obras de agujas; esto les facilita la entrada á los monasterios y sirve para embellecer las ceremonias de la capilla particular del conservatorio. El cuidado de la cocina y de la ropa de la comunidad las prepara útilmente para los trabajos de una casa. Ellas fabrican tambien los adornos para los uniformes de las tropas pontificales y se les concede, para estimularlas, la mitad del beneficio. Algunas trabajan la seda, las telas, las cintas, ya para uso del hospicio, ya para los comerciantes. Son libres para permanecer siempre en el asilo que las alimentó y solo salen de él para casarse ó para la vida religiosa. La Archicofradía de la Anunciacion da por año cien escudos romanos que les sirven de dote.

En cuanto á los socorros espirituales, son regulares y abundantes. El hospicio forma parroquia; las cuatro familias oyen misa por la mañana, rezan el rosario y hacen otros ejercicios de piedad. Dos sacerdotes para los jóvenes, dos para las jóvenes, uno para los ancianos y algunos otros sacerdotes que son llevados por su celo en la salvacion de las almas, ayudan al cura y al vicario en las confesiones. Los domingos rezan el oficio los jóvenes y las jóvenes; los ancianos tienen á su cargo el santo ejercicio de la buena muerte, y durante el año, toda la casa hace un retiro espiritual segun el método de San Ignacio.

1.º DE FEBRERO.

Visita al cardenal Mai.—Origen de la fábula de la papisa Juana.—Caridad romana con el huérfano (continuacion).—Hospicio de Santa María de los Angeles.—Hospicio de Tata.—Giovanni.

La noche habia venido á sorpendernos en San Miguel, pero no dejamos aquel interesante hospicio hasta habernos prometido volver; nos quedaba por visitar la prision penitenciaria. Hoy el órden lógico de nuestros estudios nos llama á un punto opuesto de Roma, la plaza de "Termini." Antes de salir, fui presentado á uno de los miembros más ilustres del Sacro Colegio, al cardenal Angelo Mai. El cardenal Mai, sabio de primer órden, está colocado más allá de lo comun, por sus trabajos y sus manuscritos de la Vaticana. Las obras inéditas, cristianas y profanas que ha descifrado y publicado, forman ya diez volúmenes, en cuarto mayor, de más de 1,000 páginas 1. Basta abrir esta coleccion para quedar estupefacto ante la paciencia, la erudicion y la ciencia que han sido necesarias para ejecutar semejante trabajo. Si se admira el valor del cardenal, se bendice al Pontífice generoso que mandó imprimir la obra á expensas de la Cámara apostólica; esto es para los soberanos un ejemplo tanto más noble, cuanto que el Santo Padre no es rico. Despues de una muy larga conversacion, en la cual se mostró el ilustre cardenal lleno de afabilidad, me llevó á visitar él mismo su biblioteca, una de las más ricas y mejor puestas, sin duda alguna, de todas las bibliotecas particulares de la Europa.

Tomé un volumen de "la Nova collec-

1 Scriptorum veterum nova Collectio e Vaticanis codicibus edita. Typis Vaticanis, 1825—1832.

tion." "¡Ah! medijosu Eminencia, habeis tomado las "Preguntas de Fócio á Anfíloco," que es una de las obras más curiosas que he encontrado." Luego, tomando él mismo el tomo, me hizo leer diferentes pasajes, en los que el cismático Fócio habla en términos muy honrosos de los Pontífices romanos y de la supremacia de su poder: "Ya es el bienaventurado Dámaso quien confirma el segundo Concilio general, cuyos decretos sigue el universo entero; ya es Agaton, quien no estando presente en el sexto Concilio, le reunió no obstante por su espíritu, su doctrina y su celo y fué de él su mayor ornamento." Fócio habla en seguida largamente y con muchos elogios, de Juan VIII, á quien da por tres veces el epíteto de "viril." "Y no sin motivo, me dijo el cardenal, Fócio se sirve tres veces de esta expresion. Evidentemente que hace alusion, refutándola, á la acusacion de espíritu débil que desde entónces se dirigía contra este papa, porque habia permitido que se volviera á colocar en la silla de Constantinopla á Fócio, tan opuesto á la Santa Sede y herido ántes con tantos anatemas. De aquí nació sin duda alguna la fábula de la "papisa Juana," cuyo origen, objeto de tantas opiniones absurdas, me parece haber sido indicada con precision, por Baronio 1 cuando dice que aquel papa ha sido llamado "mujer," porque vista la demasiada facilidad de su espíritu, no supó mostrar ninguna constancia sacerdotal; de tal modo, que se le llamaba, no "papa," como á sus valerosos predecesores, sino "papisa," para reprocharle no haber resistido ni aun á Fócio." Despues de haberme obligado á hacerle una segunda visita, me permitió el amable cardenal ir á reunirme con mis compañeros de viaje. A pocos momentos estabamos en la plaza "de Termini."

1 An. 879, n. 5.

Santa María "in Aquiro" y San Miguel nos han dado á conocer la caridad romana, formando á los pobres huérfanos en los trabajos de la inteligencia ó en las artes liberales; íbamos ahora á verla preparando á una parte de su jóven familia para el ejercicio de los oficios y de las artes mecánicas. Salvamos el umbral gastado de las Termas de Diocleciano. En aquellas vastas construcciones, en otro tiempo consagradas á los placeres de la antigua Roma, ha colocado la Roma cristiana el amable asilo de "Santa María de los Angeles." Aquí se encuentran, como en San Miguel, cuatro familias. Los buenos hermanos de la Doctrina cristiana, cuya inteligencia y cuyo celo son en Roma lo mismo que en Francia, dirigen la comunidad de los hombres y de los jóvenes. Los huérfanos á quienes su edad no les permite emprender aún el aprendizaje de un oficio, tienen una escuela de catecismo, de lectura y de escritura; los demas reciben igualmente lecciones despues de sus trabajos. Sin perjudicar sus operaciones manuales, hay una escuela de música que forma entre los alumnos una tropa militar que se ejercita todos los dias, durante algunas horas, y que ha dado ya pruebas públicas de su habilidad. Se enseñan en el hospicio los oficios de zapatero, sastre, impresor, tintorero, carpintero, sombrerero, cerrajero y ebanista. De estos talleres salen sillas muy ligeras y muy fáciles de manejar, conocidas bajo el nombre de sillas de "Chavari." Una gran parte de los jóvenes se emplea en hacer calzados y vestidos militares; generalmente los talleres y los trabajos están encomendados á empresarios, y esto hace más ventajoso el método cuando los contratos se celebran entre personas honradas. Solo la imprenta no se pone en adjudicacion; publica ordinariamente pequeñas obras de devocion que se venden á bajo precio ó que se dan

gratuitamente. El salario se divide en tres partes: una tercera parte queda en la casa, otra tercera parte se da al obrero, y la otra es comun y divisible. Estas pequeñas economías forman el peculio del joven obrero y le ayudan, cuando sale, para establecerse convenientemente.

La Congregación de las Hijas del Refugio, trasladada á Roma hace diez años por la virtuosa princesa Teresa Doria Pamphili, preside la comunidad de las mujeres. Las huérfanas trabajan el algodón, el hilo y el lino; forran las sillas fabricadas por los hombres, y se ocupan en el cuidado de la ropa de la casa. Aquí, como en todos los asilos de Roma, permanecen en el hospicio, mientras no se casan, ó no se hacen religiosas, ó no se dedican á servir en casas particulares.

Cuatro capellanes tienen el cuidado espiritual de las cuatro familias; y hay sacerdotes de fuera que van, sobre todo, á las enfermerías á distribuir, por caridad, socorros religiosos. Todas las mañanas se asiste á la misa; por la tarde se reza el rosario; todo el mundo debe confesarse una vez por mes y recibir la instrucción del catecismo, base de una buena educación.¹

En los grandes establecimientos que acabamos de visitar, los niños permanecen en casa; hay otro en el cual se sigue un sistema muy diferente; este es el hospicio tan conocido en Roma bajo el nombre de "Tata-Giovanni." Nosotros quisimos conocer también aquella nueva invención de la caridad romana, y de paso nos contaron la historia del fundador. En el siglo último vivía en Roma un pobre albañil llamado Giovanni Borgi. Todos los días de fiesta se iba al hospital del Espíritu Santo á servir á los enfermos. No teniendo nada que darles, les aseaba la cama, les hacía la barba y todos los servicios que pueden esperarse de un servi-

¹ Morich, p. 128.

dor empeñoso. Además, le sucedía con mucha frecuencia, que encontraba por las calles á niños medio vestidos y descalzos, expuestos á caer en el vicio y en ociosidad; otros encontró en el hospital, á quienes la muerte había dejado huérfanos. La suerte de todos estos pobres niños enterneció vivamente el corazón del caritativo obrero. Comenzó por convidar á los que estaban enfermos á que fuesen á verle á su casa cuando estuvieran curados. Por medio de algunas limosnas, les recogió en su casa, les vistió y les envió al aprendizaje á casa de los fabricantes de la ciudad, con el fin de procurarles por el trabajo los medios de subsistencia; él mismo les enseñaba el catecismo y les disponía á recibir los Sacramentos.

Generosos bienhechores no tardaron en secundarle con sus consejos y sus dineros. Citaré, entre otros, al ilustre cardenal di Pietro, el brazo derecho de Pío VII durante las terribles pruebas de Fontainebleau. Arrendó para Geovanni y para sus pequeños protegidos, un gran departamento en la "vía Giulia," y le asignó treinta escudos cada mes; esto permitió elevar hasta cuarenta el número de los huérfanos. Borgi les llamaba sus hijos, y éstos recíprocamente le daban el título filial de "papá." De aquí le vino á la institución el nombre de "Tata-Geovanni" (papá Juan.) Pío VII, cuyo corazón era tan generoso, fué el principal protector de Borgi. No contento con comprarle la casa que tenía en arrendamiento, le trataba muy amigablemente, así como á los huérfanos, á quienes dió muchas veces, con su propia mano, dinero en la sacristía de San Pedro.

Aunque Juan fuese literato, sentía la necesidad de la instrucción, y mandó enseñar á sus hijos la lectura, la escritura, la aritmética; á esto se agrega hoy los principios de ornamentación, de dibujo lineal

y de geometría, conocimientos harto importantes para jóvenes artesanos; pero ante todo, se cuida con todo empeño de formar sus corazones por la enseñanza de la religión y por sólidas prácticas de piedad.

Muy pronto estuvimos en estado de verificar por nosotros mismos lo que se nos acababa de decir. Antes de las doce estábamos en "Santa Ana de los Carpinteros," en donde se encuentra el hospicio de "Tata-Giovanni." Hé aquí la disposición y los reglamentos: seis piezas están ocupadas por los niños, y tienen los nombres significativos de San José, de San Felipe, de San Pedro, de San Pablo, de San Estanislao, y de los Santos Camilo y Luis. Como todo es sencillo en este establecimiento, los mismos jóvenes presiden los dormitorios, y los más adelantados y de más edad, enseñan á sus camaradas los primeros elementos de la ciencia. Buenos sacerdotes y virtuosos particulares van allí muchas veces por la tarde á distribuir la limosna de la instrucción religiosa y científica. El cuidado de la disciplina interior está confiado á dos eclesiásticos. Los niños se levantan á buena hora, y desde la más tierna edad van á aprender un oficio en los talleres de la ciudad. Un piadoso lego procura la colocación de aquellos alumnos y todo el día vigila para asegurarse de sus progresos y de su conducta. Este método permite al establecimiento marchar con pocos recursos y dar á los jóvenes la facilidad de elegir el estado que les agrada, según sus fuerzas y sus disposiciones, en virtud de haber entre cien alumnos treinta oficios diferentes. A la edad de veinte años se les permite salir, porque están entonces en estado de procurarse la vida; y la conducta honrosa que observan casi todos en el mundo, prueba cuánto influyen en la moral pública, 1 instituciones semejantes.

¹ Constanzi, p. 107.

2 DE FEBRERO.

Fiesta de la Candelaria.—Cirio bendito.—Caridad romana con la huérfana.—Santa Catalina de los Cordeleros.—Los Cuatro Santos Coronados.—Las mendicantes.—El Zocchetto.—Conservatorio de la Virgen de los Dolores.—Conservatorio Borromeo, de Santa Eufemia, de la Divina Providencia.

Desde la aurora se oía por intervalos el cañon del castillo de Sant-Angelo; en todos los edificios públicos, como en numerosos palacios particulares, flotaba el pabellon pontifical; brillantes cuarrujes surcaban las calles; las tropas salían de gran uniforme, y muy pronto el bello sol de Roma iluminó con todos sus resplandores aquel cuadro móvil y animado. Hoy era la Candelaria, aniversario de la elevación de Gregorio XVI al soberano pontificado. Hubo gran recepción en el Vaticano y distribución de limosnas á todos los pobres; la religión misma vino á consagrar con sus pompas augustas aquel día tan querido para todos los católicos; nuestros corazones latían con la misma fuerza que los de los Romanos, y salimos para San Pedro. A la verdad, el día estaba á la medida del deseo, porque no se podría imaginar cuadro más delicioso que el de la corte pontifical bajo la luz del sol de Italia, cuyos rayos tan vivos y tan puros hacen brillar los ricos ornamentos de los cardenales y de los prebostados, así como los dorados y paños de los vestidos, al mismo tiempo que animan con una nueva vida las pinturas deslumbradoras del primer templo del mundo.

Nuestro placer se duplicaba con el pensamiento de recibir un cirio bendito por la mano misma del Santo Padre. Gracias á nuestros billetes, nos fué permitido tomar lugar en las tribunas reservadas, en

gratuitamente. El salario se divide en tres partes: una tercera parte queda en la casa, otra tercera parte se da al obrero, y la otra es comun y divisible. Estas pequeñas economías forman el peculio del joven obrero y le ayudan, cuando sale, para establecerse convenientemente.

La Congregación de las Hijas del Refugio, trasladada á Roma hace diez años por la virtuosa princesa Teresa Doria Pamphili, preside la comunidad de las mujeres. Las huérfanas trabajan el algodón, el hilo y el lino; forran las sillas fabricadas por los hombres, y se ocupan en el cuidado de la ropa de la casa. Aquí, como en todos los asilos de Roma, permanecen en el hospicio, mientras no se casan, ó no se hacen religiosas, ó no se dedican á servir en casas particulares.

Cuatro capellanes tienen el cuidado espiritual de las cuatro familias; y hay sacerdotes de fuera que van, sobre todo, á las enfermerías á distribuir, por caridad, socorros religiosos. Todas las mañanas se asiste á la misa; por la tarde se reza el rosario; todo el mundo debe confesarse una vez por mes y recibir la instrucción del catecismo, base de una buena educación.¹

En los grandes establecimientos que acabamos de visitar, los niños permanecen en casa; hay otro en el cual se sigue un sistema muy diferente; este es el hospicio tan conocido en Roma bajo el nombre de "Tata-Giovanni." Nosotros quisimos conocer también aquella nueva invención de la caridad romana, y de paso nos contaron la historia del fundador. En el siglo último vivía en Roma un pobre albañil llamado Giovanni Borgi. Todos los días de fiesta se iba al hospital del Espíritu Santo á servir á los enfermos. No teniendo nada que darles, les aseaba la cama, les hacía la barba y todos los servicios que pueden esperarse de un servi-

¹ Morich, p. 128.

dor empeñoso. Además, le sucedía con mucha frecuencia, que encontraba por las calles á niños medio vestidos y descalzos, expuestos á caer en el vicio y en ociosidad; otros encontró en el hospital, á quienes la muerte había dejado huérfanos. La suerte de todos estos pobres niños enterneció vivamente el corazón del caritativo obrero. Comenzó por convidar á los que estaban enfermos á que fuesen á verle á su casa cuando estuvieran curados. Por medio de algunas limosnas, les recogió en su casa, les vistió y les envió al aprendizaje á casa de los fabricantes de la ciudad, con el fin de procurarles por el trabajo los medios de subsistencia; él mismo les enseñaba el catecismo y les disponía á recibir los Sacramentos.

Generosos bienhechores no tardaron en secundarle con sus consejos y sus dineros. Citaré, entre otros, al ilustre cardenal di Pietro, el brazo derecho de Pío VII durante las terribles pruebas de Fontainebleau. Arrendó para Geovanni y para sus pequeños protegidos, un gran departamento en la "vía Giulia," y le asignó treinta escudos cada mes; esto permitió elevar hasta cuarenta el número de los huérfanos. Borgi les llamaba sus hijos, y éstos recíprocamente le daban el título filial de "papá." De aquí le vino á la institución el nombre de "Tata-Geovanni" (papá Juan.) Pío VII, cuyo corazón era tan generoso, fué el principal protector de Borgi. No contento con comprarle la casa que tenía en arrendamiento, le trataba muy amigablemente, así como á los huérfanos, á quienes dió muchas veces, con su propia mano, dinero en la sacristía de San Pedro.

Aunque Juan fuese literato, sentía la necesidad de la instrucción, y mandó enseñar á sus hijos la lectura, la escritura, la aritmética; á esto se agrega hoy los principios de ornamentación, de dibujo lineal

y de geometría, conocimientos harto importantes para jóvenes artesanos; pero ante todo, se cuida con todo empeño de formar sus corazones por la enseñanza de la religión y por sólidas prácticas de piedad.

Muy pronto estuvimos en estado de verificar por nosotros mismos lo que se nos acababa de decir. Antes de las doce estábamos en "Santa Ana de los Carpinteros," en donde se encuentra el hospicio de "Tata-Geovanni." Hé aquí la disposición y los reglamentos: seis piezas están ocupadas por los niños, y tienen los nombres significativos de San José, de San Felipe, de San Pedro, de San Pablo, de San Estanislao, y de los Santos Camilo y Luis. Como todo es sencillo en este establecimiento, los mismos jóvenes presiden los dormitorios, y los más adelantados y de más edad, enseñan á sus camaradas los primeros elementos de la ciencia. Buenos sacerdotes y virtuosos particulares van allí muchas veces por la tarde á distribuir la limosna de la instrucción religiosa y científica. El cuidado de la disciplina interior está confiado á dos eclesiásticos. Los niños se levantan á buena hora, y desde la más tierna edad van á aprender un oficio en los talleres de la ciudad. Un piadoso lego procura la colocación de aquellos alumnos y todo el día vigila para asegurarse de sus progresos y de su conducta. Este método permite al establecimiento marchar con pocos recursos y dar á los jóvenes la facilidad de elegir el estado que les agrada, según sus fuerzas y sus disposiciones, en virtud de haber entre cien alumnos treinta oficios diferentes. A la edad de veinte años se les permite salir, porque están entonces en estado de procurarse la vida; y la conducta honrosa que observan casi todos en el mundo, prueba cuánto influyen en la moral pública, 1 instituciones semejantes.

¹ Constanzi, p. 107.

2 DE FEBRERO.

Fiesta de la Candelaria.—Cirio bendito.—Caridad romana con la huérfana.—Santa Catalina de los Cordeleros.—Los Cuatro Santos Coronados.—Las mendicantes.—El Zocchetto.—Conservatorio de la Virgen de los Dolores.—Conservatorio Borromeo, de Santa Eufemia, de la Divina Providencia.

Desde la aurora se oía por intervalos el cañon del castillo de Sant-Angelo; en todos los edificios públicos, como en numerosos palacios particulares, flotaba el pabellon pontifical; brillantes cuarrujes surcaban las calles; las tropas salían de gran uniforme, y muy pronto el bello sol de Roma iluminó con todos sus resplandores aquel cuadro móvil y animado. Hoy era la Candelaria, aniversario de la elevación de Gregorio XVI al soberano pontificado. Hubo gran recepción en el Vaticano y distribución de limosnas á todos los pobres; la religión misma vino á consagrar con sus pompas augustas aquel día tan querido para todos los católicos; nuestros corazones latían con la misma fuerza que los de los Romanos, y salimos para San Pedro. A la verdad, el día estaba á la medida del deseo, porque no se podría imaginar cuadro más delicioso que el de la corte pontifical bajo la luz del sol de Italia, cuyos rayos tan vivos y tan puros hacen brillar los ricos ornamentos de los cardenales y de los prelados, así como los dorados y los paños de los vestidos, al mismo tiempo que animan con una nueva vida las pinturas deslumbradoras del primer templo del mundo.

Nuestro placer se duplicaba con el pensamiento de recibir un cirio bendito por la mano misma del Santo Padre. Gracias á nuestros billetes, nos fué permitido tomar lugar en las tribunas reservadas, en

las cuales se veían, en gran número, personas de ricos uniformes y de todas naciones. En frente de nosotros estaba D. Miguel con la reina de Cerdeña, y un poco más lejos el príncipe real de Prusia; porque en Roma los protestantes tienen ánsia por ver nuestras ceremonias. Muchos fueron con nosotros á besar la cruz que brilla en las sandalias del papa, el antecristo, según ellos, y según nosotros, el venerable vicario de Jesucristo; y fueron también á recibir el cirio de su mano y á doblar la rodilla ante su sagrada persona. ¡Cuántos actos de idolatría! Es preciso que nuestros hermanos separados hagan poco caso de las lecciones de sus ministros para permitir aquellas extrañas demostraciones en semejantes solemnidades. Por lo que mira á nosotros, recibimos con un sentimiento profundo de reconocimiento y de alegría el cirio pontifical, precioso recuerdo de Roma y del papa, que conservamos con cuidado! ¡Ojalá y en nuestro lecho de muerte pueda brillar en nuestras manos desfallecidas como el símbolo fiel de una vida iluminada por la fe y coronada por la caridad!

Cuando salimos de San Pedro, volvimos á emprender nuestra visita de Roma caritativa. Ya conocíamos los cuidados maternos con que rodea la ciudad de los Pontífices al huérfano. Abajo del huérfano hay otro ser más débil todavía, más nulo en cierto modo, y por esto mismo más digno de los maternos cuidados de la caridad; este es la huérfana. ¿Quién diría todo lo que Roma hace por ella? Ninguna ciudad en el mundo manifiesta tan previsora solicitud y generosidad tan perseverante en favor de esas niñas, cuya debilidad natural las expone á mil peligros, y cuya oscura existencia es al ménos una causa poderosa de salvación ó de ruina para las costumbres públicas. Así como el minero sigue en las entrañas de la tierra

el hilo tortuoso de la mina que explota, nosotros quisimos también, á pesar de los zigzags inevitables, seguir á la caridad romana en toda aquella parte de su imperio. Además de los grandes hospicios de San Miguel y de Santa María de los Angeles, hay en gran número otros asilos que están abiertos á la huérfana; nosotros tocamos á todas las puertas.

Hé aquí desde luego á "Santa Catalina de los Cordeleros." Dos santos con quienes se encuentra uno en Roma muy frecuentemente, cuando se trata de obras de caridad, San Felipe Neri y San Ignacio, dieron nacimiento á esta casa. Se compone de religiosas Agustinas, de huérfanas y de nobles doncellas. Estas últimas, confiadas á las religiosas para su educación, pagan una pensión alimenticia. Las huérfanas, educadas gratuitamente, son llamadas hijas de la Institución; para ser admitida á ella, le basta á la niña ser pobre y huérfana. Las hijas del establecimiento y las pensionistas tienen el mismo género de vida, y el tratamiento que se les da es mejor que el de los demás conservatorios, porque allí se reciben niñas que han nacido de familias pobres, pero distinguidas. Si se casan, su dote es de cincuenta escudos romanos; si se hacen religiosas en el monasterio, tienen el privilegio de no añadir nada á la dote que les da la misma casa; y si van allí de fuera, deben llevar una dote de cuatrocientos escudos. Todas se ocupan en los diversos trabajos de la mujer, dedicados al establecimiento ó á extranjeros. En el primer caso, no se les paga; en el segundo, toda la ganancia les pertenece. Los trabajos más cansados están á cargo de las hermanas; los demás se confían á las mismas jóvenes, con el fin de que se habitúen á los cuidados domésticos. Es de admirar aquí la bella fundación del cardenal de San Onofre, que dejó al conservatorio una renta para mantenimiento de

dos niñas nobles en peligro de perderse. Por una piadosa costumbre, las alumnas rezan todos los días los Salmos Penitenciales por sus bienhechores 1.

Salvando una parte de la ciudad, fuimos al monte Célio, en donde nos esperaba otro monumento de la caridad romana en favor de los huérfanos. En 1560, el Papa Paulo IV abrió este asilo que lleva el nombre de "Los cuatro Santos coronados," cuyo glorioso triunfo recuerda la colina. Las hijas de San Agustín se entregan allí á la misma obra que las hermanas de Santa Catarina. Las huérfanas que educan gratuitamente son ordinariamente doce. Estas niñas, bajo la dirección de las hijas de San Agustín, reciben una educación sólidamente cristiana y se ocupan en hacer ropa blanca de iglesia, en trabajos de cocina, despensa y enfermería, y de este modo se las prepara para ser buenas mujeres de su casa. Están libres para consagrarse á Dios en la misma casa, en la cual solo se admiten las propias alumnas. Cuando quieren casarse, la Archicofradía de "Santa María in Aquiro," les suministra una dote.

Estábamos cerca del Coliseo, y á pocos momentos llegamos al conservatorio de las "Mendicantes." El año del jubileo de 1650 vió nacer este nuevo refugio de la inocencia. Una dama piadosa y desinteresada se puso, bajo la protección de la duquesa de Latera, á recoger á las pobres niñas que andaban vagando errantes por la ciudad, y á mantenerlas con limosnas, más abundantes todavía en Roma durante los jubileos que en cualquiera otro tiempo. El padre Caravita, jesuita de gran reputación, vino al socorro de la obra naciente y aumentó el conservatorio hasta cien personas. Al principio aquellas pobres niñas se iban por las calles, cantando canciones espirituales, á recoger limosnas; de aquí les

1 Constanzi, p. 119.

viene el nombre de Mendicantes que tienen todavía. El nuevo conservatorio llegó á ser célebre por la fabricación de los tejidos de lana, y conservó su reputación hasta los trastornos políticos del siglo último. Hoy las huérfanas no trabajan la lana, porque según se dice, su salud se quebrantaba. No obstante, como el conservatorio tiene siempre el privilegio de suministrar paños al gobierno, los manda fabricar por su cuenta y riesgo. La comunidad cuenta hoy noventa personas ocupadas en trabajos de su sexo y sobre todo en obras de algodón.

El cardenal Prodatario es superior de la casa. Admite á las huérfanas que juzga dignas de este favor, y según la costumbre romana, se cuida de ellas hasta que se casan ó entran en religión. El producto que las niñas sacan de sus ocupaciones les pertenece, con la carga de proveerse de vestidos, ménos del de uniforme que les da el establecimiento. El uniforme se compone de un corpiño color de ceniza y de dos velos, de los cuales uno cubre la cabeza y el otro cae á la espalda 1. Los domingos y días de fiesta, cuando los diferentes conservatorios, en largas filas de niños y niñas, con uniformes graciosos y modestos, se dirigen piadosamente en peregrinación á las basílicas, Roma presenta un tiernísimo espectáculo. La caridad parece mostrar con orgullo verdaderamente maternal sus numerosos hijos á sus amigos y á sus enemigos, y á pesar de su deseo de criticar, el viajero no puede ménos que aplaudir. El conservatorio de las mendicantes, establecido en un hermoso palacio, pasa por ser el más vasto de todos los de Roma. En él encontramos soberbias salas adornadas con ricas pinturas, y un gran jardín plantado de árboles que presenta un agradable aspecto.

Para perpetuar la memoria de sus gene-

1 Constanzi, p. 126.

rales, Roma antigua habia erigido templos, obeliscos, arcos de triunfo en todas las colinas; Roma cristiana, llevada de otro espíritu, ha colocado en los mismos lugares los monumentos de sus pacíficas conquistas. El monte Esquilino nos llamaba para enseñarnos uno de sus santuarios en donde la religion y la caridad trabajan de concierto en la rehabilitacion de la naturaleza humana. Antes de pasar á la célebre colina, visitamos el conservatorio de las "Sandalias" (Zocchetto). Tal es el nombre vulgar que valió á las huérfanas de San Clemente y San Crescencio la forma primitiva de su calzado. Sesenta personas habitan este conservatorio, que se remonta á más de un siglo. El capellan del Santo Padre es el superior; y en él se reciben huérfanas de siete á once años. Al entrar la niña debe llevar todos los objetos necesarios á una mujer. La cofradía de la Anunciacion y el cabildo del Vaticano dan dotes á aquellas que se casan ó se hacen religiosas. Las alumnas se proveen á sí mismas de vestidos con los productos de su trabajo, y se reparten entre sí los trabajos de costura, lavado, recámara, cocina, etc. Durante el día, se admiten en los talleres niñas de fuera que asisten allí á la enseñanza de costura y obras de su sexo. Las habitaciones nos parecieron hermosas y atendidas con mucha limpieza.

Cuando esteis en el monte Esquilino, cerca de las Filipinas, os enseñarán una modesta casa llamada el "Conservatorio de la Virgen de los Dolores." Si preguntais su historia, se os dirá: Un día, el príncipe Baldassare Odeleschi encontró en la calle dos pequeñas niñas abandonadas que le pidieron limosna llorando. Movidó de compasion á su aspecto triste, resolvió quitarlas de los peligros á que estaban expuestas aquellas desgraciadas niñas en el camino público, y las llevó á su palacio en el cual las alimentó y mandó dar educa-

cion. Más tarde, su hijo Don Carlos, que despues ha dejado la púrpura para vestir el simple hábito de jesuita, reunió estas niñas con otras pobres niñas que la caridad habia recogido y las colocó en una casa en el monte Esquilino. El día de San Luis en 1816, instaló á la directora y á las alumnas, y pensó desde luego en hacer un establecimiento de utilidad mas general. Reflexionando por una parte, que Roma tan rica en monasterios y en conservatorios, ofrece pocos lugares en donde mediante una módica pension puedan vivir mujeres reunidas; y considerando por otra parte, que segun una regla muy prudente, los conservatorios no reciben más que niñas de ménos de doce años, quiso que su establecimiento acogiese, por la módica retribucion de cuatro ó cinco escudos por mes, á niñas de más de doce años que no fuesen ni bastante pobres para obtener un lugar de gracia en los conservatorios, ni bastante ricas para pagar una pension fuerte.

Este establecimiento llenaba, pues, una laguna, y en pocos años llegó á estar floreciente. Tiene ademas la ventaja de no conservar á personas de edad. Todas sus alumnas se casan, se hacen religiosas ó se vuelven con sus familias 1.

A dos pasos de allí, visitamos el conservatorio "Borromeo." Aquí se encuentran casi las mismas costumbres y los mismos trabajos que en los otros asilos; la dote corona aquí la educacion y asegura el porvenir de la jóven huérfana. Subiendo hasta Santa María la Mayor, saludamos á la divina Madre, bajo cuya proteccion están colocados la mayor parte de los conservatorios de las niñas, y llegamos á la calle de las Cuatro Fuentes. El refugio de las "Trinitarias" y de "Santa Eufemia" nos recordó nombres muy queridos para los

1 Morich., p. 155, 156.]

3 DE FEBRERO.

Visita al cardenal Mezzofanti.—Anécdotas.—Caridad romana con la huérfana (continuacion).—Conservatorio Pio.—Santa María del Refugio.—Dotes.—Archicofradía de la Anunciacion.—Capilla papal en la Minerva.

El día comenzó por una visita al cardenal Mezzofanti. A menudo habia yo encontrado en la Propaganda al ilustre filósofo, adonde iba á pasar las tardes. Bueno, afable, modesto, se mezclaba entre los alumnos y hablaba sucesivamente el árabe, el turco, el armenio, el chino y otras veinte lenguas con una facilidad que raya en prodigio. Cuando entré en su casa, le encontré estudiando el "bajo breton," y no dudo que muy pronto excederá á los habitantes de Vannes y de Plecadeuc. Su Eminencia me confirmó dos hechos importantes. El primero la unidad fundamental de todas las lenguas. Esta unidad se reconoce sobre todo en las partes de la oracion, que son casi las mismas en todos los idiomas. El segundo, la "trinidad" de los dialectos en la lengua primitiva; trinidad que corresponde á las tres razas de la especie humana. En cuanto al cardenal, ha demostrado que no hay más que tres razas de un tronco comun, así como no hay más que tres lenguas ó dialectos principales de una lengua primitiva; la lengua y la raza jafética; la lengua y la raza semítica; la lengua y la raza de Cham. Así la unidad de especie humana y la trinidad de razas, establecidas por todos los monumentos de la historia, se encuentran también apoyadas con la autoridad del filólogo más extraordinario que se ha conocido.

El testimonio del cardenal es tanto más imponente, cuanto que su ciencia lingüística no se limita á un conocimiento super-

católicos. Leonardo Ceruso, á quien hemos visto recoger á los niños vagabundos, el cardenal Baronio, el cardenal vicario Rusticucci, fueron los fundadores y bienhechores de este conservatorio, que cuenta cerca de cuarenta alumnos. El celo, la inocencia y la caridad, habitan este asilo, cuyos reducidos departamentos deberian contener la mitad de las personas que lo habitan.

De las Cuatro Fuentes, dirigimos nuestra expedicion hácia la Propaganda, y de allí, bajando la larga calle del Babouino, llegamos al conservatorio de la "Divina Providencia." Este nuevo asilo de la debilidad y de la inocencia, se levanta en la orilla del Tíber, llamada "Ripetta." Vastas habitaciones y recursos considerables permiten recibir cien pensionistas nacidas de familias pobres, pero honradas. Durante cerca de un siglo, este establecimiento fabricó, con muy buen éxito, guantes y otras obras de pieles. Las manufacturas de Nápoles le han procurado en estos últimos tiempos una competencia "insostenible." Hoy las alumnas se entregan á todas las obras de su sexo, y el producto de su trabajo les pertenece por completo. Aquí se admiten también, como en las "Zoccolante," niñas pobres extrañas al establecimiento, que van durante el día á aprender. La iglesia sirve de oratorio doméstico, adonde van las niñas á cumplir sus deberes religiosos. En los paseos las veis, segun antigua costumbre de la casa, divididas en porciones de á cinco, vestidas con un traje negro, un chal, un sombrero y un velo del mismo color; nunca salen los días de fiesta. Una dote de cien escudos se las da, en caso de matrimonio ó de entrada al convento.

rales, Roma antigua habia erigido templos, obeliscos, arcos de triunfo en todas las colinas; Roma cristiana, llevada de otro espíritu, ha colocado en los mismos lugares los monumentos de sus pacíficas conquistas. El monte Esquilino nos llamaba para enseñarnos uno de sus santuarios en donde la religion y la caridad trabajan de concierto en la rehabilitacion de la naturaleza humana. Antes de pasar á la célebre colina, visitamos el conservatorio de las "Sandalias" (Zocchetto). Tal es el nombre vulgar que valió á las huérfanas de San Clemente y San Crescencio la forma primitiva de su calzado. Sesenta personas habitan este conservatorio, que se remonta á más de un siglo. El capellan del Santo Padre es el superior; y en él se reciben huérfanas de siete á once años. Al entrar la niña debe llevar todos los objetos necesarios á una mujer. La cofradía de la Anunciacion y el cabildo del Vaticano dan dotes á aquellas que se casan ó se hacen religiosas. Las alumnas se proveen á sí mismas de vestidos con los productos de su trabajo, y se reparten entre sí los trabajos de costura, lavado, recámara, cocina, etc. Durante el día, se admiten en los talleres niñas de fuera que asisten allí á la enseñanza de costura y obras de su sexo. Las habitaciones nos parecieron hermosas y atendidas con mucha limpieza.

Cuando esteis en el monte Esquilino, cerca de las Filipinas, os enseñarán una modesta casa llamada el "Conservatorio de la Virgen de los Dolores." Si preguntais su historia, se os dirá: Un día, el príncipe Baldassare Odeleschi encontró en la calle dos pequeñas niñas abandonadas que le pidieron limosna llorando. Movidó de compasion á su aspecto triste, resolvió quitarlas de los peligros á que estaban expuestas aquellas desgraciadas niñas en el camino público, y las llevó á su palacio en el cual las alimentó y mandó dar educa-

cion. Más tarde, su hijo Don Carlos, que despues ha dejado la púrpura para vestir el simple hábito de jesuita, reunió estas niñas con otras pobres niñas que la caridad habia recogido y las colocó en una casa en el monte Esquilino. El día de San Luis en 1816, instaló á la directora y á las alumnas, y pensó desde luego en hacer un establecimiento de utilidad mas general. Reflexionando por una parte, que Roma tan rica en monasterios y en conservatorios, ofrece pocos lugares en donde mediante una módica pension puedan vivir mujeres reunidas; y considerando por otra parte, que segun una regla muy prudente, los conservatorios no reciben más que niñas de ménos de doce años, quiso que su establecimiento acogiese, por la módica retribucion de cuatro ó cinco escudos por mes, á niñas de más de doce años que no fuesen ni bastante pobres para obtener un lugar de gracia en los conservatorios, ni bastante ricas para pagar una pension fuerte.

Este establecimiento llenaba, pues, una laguna, y en pocos años llegó á estar floreciente. Tiene ademas la ventaja de no conservar á personas de edad. Todas sus alumnas se casan, se hacen religiosas ó se vuelven con sus familias 1.

A dos pasos de allí, visitamos el conservatorio "Borromeo." Aquí se encuentran casi las mismas costumbres y los mismos trabajos que en los otros asilos; la dote corona aquí la educacion y asegura el porvenir de la jóven huérfana. Subiendo hasta Santa María la Mayor, saludamos á la divina Madre, bajo cuya proteccion están colocados la mayor parte de los conservatorios de las niñas, y llegamos á la calle de las Cuatro Fuentes. El refugio de las "Trinitarias" y de "Santa Eufemia" nos recordó nombres muy queridos para los

1 Morich., p. 155, 156.]

3 DE FEBRERO.

Visita al cardenal Mezzofanti.—Anécdotas.—Caridad romana con la huérfana (continuacion).—Conservatorio Pio.—Santa María del Refugio.—Dotes.—Archicofradía de la Anunciacion.—Capilla papal en la Minerva.

El día comenzó por una visita al cardenal Mezzofanti. A menudo habia yo encontrado en la Propaganda al ilustre filósofo, adonde iba á pasar las tardes. Bueno, afable, modesto, se mezclaba entre los alumnos y hablaba sucesivamente el árabe, el turco, el armenio, el chino y otras veinte lenguas con una facilidad que raya en prodigio. Cuando entré en su casa, le encontré estudiando el "bajo breton," y no dudo que muy pronto excederá á los habitantes de Vannes y de Plecadeuc. Su Eminencia me confirmó dos hechos importantes. El primero la unidad fundamental de todas las lenguas. Esta unidad se reconoce sobre todo en las partes de la oracion, que son casi las mismas en todos los idiomas. El segundo, la "trinidad" de los dialectos en la lengua primitiva; trinidad que corresponde á las tres razas de la especie humana. En cuanto al cardenal, ha demostrado que no hay más que tres razas de un tronco comun, así como no hay más que tres lenguas ó dialectos principales de una lengua primitiva; la lengua y la raza jafética; la lengua y la raza semítica; la lengua y la raza de Cham. Así la unidad de especie humana y la trinidad de razas, establecidas por todos los monumentos de la historia, se encuentran también apoyadas con la autoridad del filólogo más extraordinario que se ha conocido.

El testimonio del cardenal es tanto más imponente, cuanto que su ciencia lingüística no se limita á un conocimiento super-

católicos. Leonardo Ceruso, á quien hemos visto recoger á los niños vagabundos, el cardenal Baronio, el cardenal vicario Rusticucci, fueron los fundadores y bienhechores de este conservatorio, que cuenta cerca de cuarenta alumnos. El celo, la inocencia y la caridad, habitan este asilo, cuyos reducidos departamentos deberian contener la mitad de las personas que lo habitan.

De las Cuatro Fuentes, dirigimos nuestra expedicion hácia la Propaganda, y de allí, bajando la larga calle del Babouino, llegamos al conservatorio de la "Divina Providencia." Este nuevo asilo de la debilidad y de la inocencia, se levanta en la orilla del Tíber, llamada "Ripetta." Vastas habitaciones y recursos considerables permiten recibir cien pensionistas nacidas de familias pobres, pero honradas. Durante cerca de un siglo, este establecimiento fabricó, con muy buen éxito, guantes y otras obras de pieles. Las manufacturas de Nápoles le han procurado en estos últimos tiempos una competencia "insostenible." Hoy las alumnas se entregan á todas las obras de su sexo, y el producto de su trabajo les pertenece por completo. Aquí se admiten también, como en las "Zoccolante," niñas pobres extrañas al establecimiento, que van durante el día á aprender. La iglesia sirve de oratorio doméstico, adonde van las niñas á cumplir sus deberes religiosos. En los paseos las veis, segun antigua costumbre de la casa, divididas en porciones de á cinco, vestidas con un traje negro, un chal, un sombrero y un velo del mismo color; nunca salen los días de fiesta. Una dote de cien escudos se las da, en caso de matrimonio ó de entrada al convento.

ficial. Entre los idiomas que posee, no hay uno del cual deje de conocer los términos vulgares, las dicciones, los adagios y toda esa difícil nomenclatura que constituye la parte popular de una lengua. Un día preguntaba á uno de nuestros amigos de qué provincia de Francia era.—De la Borgoña.—¡Ah! tenéis dos dialectos borgoñeses, ¿cuál de ellos habláis?—Conozco el dialecto de la baja Borgoña.—Y el cardenal se puso á hablarle el dialecto de la baja Borgoña con una facilidad que habría causado celos á todos los campesinos de Nuits ó de Beaune. Es también conocida la anécdota referida por Lord Byron. El célebre poeta, que sabia muchas lenguas, se creia un fénix, y al llegar á Bolonia, en donde residia todavía el cardenal Mezzofanti, quiso verle para probarle. Le toca conversacion sobre las lenguas extranjeras, y por fin sobre el inglés, citándole los votos que ha oido en boca de los cargadores, de los ganapanes, de los cocheros, de los arrieros, etc. Cuando acabó, le preguntó el modesto abate: ¿eso es todo?—A ménos que se inventen más, yo no sé de otros.—Estais errado, milord; y le dió á conocer mil «curiosidades» desconocidas en el rico diccionario de John Bull. Ved ahora de qué modo refiere Lord Byron el hecho: «No me acuerdo de uno solo de nuestros literatos extranjeros á quienes haya yo deseado ver, ménos Mezzofanti, que es un prodigio de lenguaje, Briarea de las partes de oracion, polígloto ambulante, que debia haber vivido en tiempo de la torre de Babel, como intérprete universal; verdadera maravilla y sin pretenciones! Le he examinado sobre todas las lenguas, de las que sabia yo algun juramento propio de postillones, de hombres salvajes, de vagos, de marineros, de pilotos, de gondoleros, de arrieros, de conductores de camellos, de cocheros, de administradores de hoteles,

y de caballos de posta y de gentes por el estilo, y ¡pardiez! me ha confundido en mi propio idioma! 1.

Al salir percibí, ó mas bien me acordé de que estábamos en pleno carnaval. La plaza del Pueblo estaba cubierta de carruajes que entraban al Corso para dejar y recibir «confetti.» Conviene saber que el carnaval arroja al pueblo romano en la ebriedad de la dicha. ¿Creerfase que para conseguir mi bayoco, un pobre me deseó «un buen» carnaval? «padrone buen carnavales?» ¿Qué decis de esto? En Francia desear una cosa semejante á un sacerdote conocido por tal, como yo lo era de mi romano, ¿no seria una burla y casi una injuria? En Roma no es así; otros son los lugares, otras son las costumbres; más tarde diré una palabra sobre esto.

Siguiendo mi itinerario, habíamos dado vuelta á Roma. Habíamos salido del hospital del Espíritu Santo y ya nos encontrábamos de nuevo delante de aquel primer asilo en donde la caridad espera al hombre que entra en la vida. Mas allá del Vaticano nos llamaba el Janículo para enseñarnos sus maravillas. Pasando cerca de San Pedro «in Montorio», llegamos por la tarde al «conservatorio Pio.» Dos Pontífices, San Pio V y Pio VI, de inmortal memoria, fueron los padres y los bienhechores de esta casa; ¿podia tener un nombre más glorioso? El establecimiento, situado en un lugar encantador, tuvo en otro tiempo una reputacion merecida por su fábrica de telas, de servilletas y de manteles; los trastornos del último siglo han destruido esta industria. Las jóvenes huérfanas no tienen más que los trabajos de aguja que se procuran las mismas alumnas; á éstos se agrega la ropa blanca y el lavado del Colegio de la Propaganda. Las podeis conocer por su traje compuesto de un vestido café, de un chal negro á

la espalda y de un velo en la cabeza. Como en los otros asilos, les está permitido ver á sus padres, pero nunca ir á comer con ellos. El cardenal camarlengo es protector nato de la institucion; de él dependen las admisiones. No se despide á nadie; pero la muerte, el matrimonio y el claustro, dejan á menudo muchos vacíos. La priora y las maestras se eligen entre las antiguas pensionistas y esto da á la casa el aire, el tono y el espíritu de una verdadera familia.

En la misma colina está el conservatorio de «Santa María del Refugio.» Se remonta á 1703 y debe su origen al piadoso oratoriano Alejandro Bussi, el padre de los pobres y amigo de los papas Clemente IX y Benedicto XIII. Este conservatorio, establecido sobre bases más amplias que los otros asilos, recibe á mujeres de trece á veintitres años, huérfanas y privadas de mantenimiento. La costumbre general de admitir alumnas más jóvenes es ciertamente muy laudable; pero es muy mas útil tambien que haya un lugar como el que visitamos en este momento, para salvar de todo peligro á mujeres de más edad. Se cuentan allí cerca de cincuenta pensionistas educadas en la piedad, en el trabajo y en el hábito de las ocupaciones domésticas. Ellas mismas compran su uniforme negro con el salario de sus trabajos de ropa blanca, bordados y ornamentos sagrados.

Ya declinaba el sol cuando bajamos del Janículo. El día habia estado bueno; habíamos hecho una rica cosecha, y un cambio continuo de observaciones ocupó el largo trayecto que teníamos que recorrer hasta la calle de los «Nacelli.» En todos los puntos de la ciudad habíamos visto á la caridad romana dispuesta á tomar y á ocultar en su seno maternal á la niña desamparada y á la inocente huérfana. Inteligente en su ternura, proporciona la edu-

cacion á la posicion futura de sus pupilas; nada de lujo en la instruccion, nada de delicadeza en las costumbres, nada de más en los vestidos; la educacion es á la letra el aprendizaje de la vida. Pero lo que nos habia sorprendido sobre todo, es el cuidado en asegurar el porvenir de la joven huérfana. Roma no deja las cosas que hace á la mitad; mientras que en otras partes la adopcion es solo temporal, aquí es perpétua. La niña á quien le conviene, puede vivir y morir en el asilo que acogió su infancia. Si su gusto la llama á otra parte, no se la deja pasar del umbral del conservatorio hasta el momento en que su suerte queda asegurada, ya por el matrimonio, ya por la profesion religiosa. Así se previenen los terribles peligros preparados á la niña pobre, en donde quiera que es desconocida esta sabia conducta; ¿qué sucede, en efecto, frecuentemente entre nosotros? A la edad de diez y ocho años, se despide del hospicio á la niña huérfana ó abandonada. Sola, sin apoyo, sin experiencia, entra como criada á la primera casa que le abre las puertas. A poco andar será perdida, llegará á ser un escándalo público y tendrá tal vez sus manos homicidas en la sangre de la inocencia, ó abandonará los hijos á la caridad pública, mientras ella misma irá á poblar las prisiones ó á morir en un hospicio. De este modo, bajo el aspecto moral y aun bajo el aspecto económico, la adopcion perpétua es incontestablemente preferible.

En fin, lo que es digno de toda la atencion de los economistas verdaderamente dignos de este nombre, es la dote tan generosamente concedida en todos los conservatorios á la novia ó á la futura religiosa. Hay en esto, á lo que me parece, un profundo conocimiento del corazón humano, una voluntad bien encaminada á asegurar el pleno buen éxito de la primera educacion y una poderosa ga-

rantía para las buenas costumbres; este es el carácter propio de la caridad romana. En ninguna parte se muestra más generosa que en la creación de las dotes para las niñas pobres que quieren casarse ó entrar en religion. Me sería casi imposible hacer una enumeración exacta de todas las dotes que se distribuyen cada año en esa Roma maternal, tan previsora y por eso tan poco conocida. Fuera de las que han constituido familias ricas, sería necesario contar los dones matrimoniales de los monasterios, de los cabildos, de las congregaciones, de las numerosas cofradías; baste decir que casi todas las obras de religion y de caridad, tienen que satisfacer piadosos legados destinados á este objeto. Todo, hasta las loterías, suministran socorros dotales.

Cada sorteo de Roma debe dar 500 dotes de 30 escudos á otras tantas jóvenes Romanas indigentes, cuyos nombres se encuentran inscritos en cinco números que salen. Los sorteos que se hacen en las otras ciudades están sometidos á la misma obligación. Además, el senador de Roma distribuye cada mes tres dotes á tres niñas de los miembros de la milicia urbana. Pio VII ha criado muchas para las hijas y nietas de los desgraciados naufragos perdidos en las costas del Adriático. En una palabra, Roma distribuye cada año mil doscientas dotes, y como el número de matrimonios es de mil cuatrocientos, casi todas las niñas pueden aprovecharse de ellas: 32,000 escudos están destinados á esta obra. 1

El beneficio se extiende no solo á las alumnas en los conservatorios, sino también á las que habitan en el seno de sus familias. Aquí se manifiesta con nuevo brillo el lado moral de la dote. La célebre Cofradía de la «Anunciación,» que

Morich., p. 20.

distribuye cada año cuatrocientas dotes, exige en la niña, para dotarla, que sea pobre, de buena reputación, Romana, nacida de legítimo matrimonio y que no habite con personas sospechosas. Las huérfanas son preferidas á todas las demás; y si son extranjeras, se las considera por este solo hecho de su abandono como si fueran Romanas. A fin de obligar á los padres á velar eficazmente por sus hijas, alejándolas de toda propensión sospechosa, la cofradía excluye á aquellas que viven en los hoteles ó que van á trabajar en las vendimias, en el corte de madera ó en las cosechas, á las hospederas, taberneras, lavaderas y vendedoras de semillas. Desde la edad de quince años, pueden, las que no están excluidas, depositar en manos de la archicofradía sus certificaciones. Los visitantes, elegidos entre los hombres más maduros y más probos de la sociedad, van á asegurarse en la casa misma, de la pobreza de las niñas y de su conducta. Después de tres años de vigilancia y de prueba, obtienen su dote. Esta especie de patronato, que se ejerce durante los tres años más peligrosos de la vida de las jóvenes que solicitan dotes, y que son tan numerosas en la ciudad, debe influir muy ventajosamente en la moral pública.

El día de la Anunciación se les entregan los diplomas dotales, y debo decir que se siente uno feliz con estar en Roma ese día. En la mañana se traslada el Santo Padre á la Iglesia de la Minerva; allí tiene capilla papal, es decir, que asiste á ella rodeado del Sacro Colegio, á la misa que se celebra por uno de los cardenales. La vasta iglesia está llena de gente; en los lugares de honor están todas las niñas vestidas de blanco. Después de la misa, el Santo Padre se deja besar los pies por algunas de aquellas felices niñas. Ellas representan á aquellas de sus compañeras, que como ellas, se destinan á una vida re-

ligiosa. El mismo día hacen todas una procesión solemne; luego se separan, unas para entrar al mundo y otras para retraerse á la sombra de un claustro; muchas lágrimas corren de los ojos de las niñas, de sus padres y de los espectadores. Además, hay separación, pero no aislamiento. Aquellas dos jóvenes generaciones, reunidas un instante en el camino de la vida, seguirán prestándose mútuo apoyo; la una orará en la montaña, mientras la otra combatirá en la llanura, hasta el día solemne en que, reunidas de nuevo ante el Dios de la eternidad, recibirán la misma corona alcanzada en combates diferentes.

4 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos.—Hospital de San Salvador.—De Santiago.—De San Galicano.

En los días precedentes habíamos seguido á la caridad romana en los umbrales de la vida. Ya nos es conocido lo que hace para salvar de la muerte al niño recién nacido, ó para proteger al huérfano contra la cruel miseria, y á la huérfana contra la miseria y la seducción. Volviendo á tomar hoy nuestro itinerario, llegamos muy pronto á una nueva estación. Apenas ha entrado el hombre en su peregrinación, cuando el dolor físico, la enfermedad, bajo todas sus formas, le espera y le toca, como el cruel buitres ase su presa para desgarrarla y hacerla espirar viva. A fin de sustraerle á sus funestos ataques, devolviéndole la salud, Roma le ha preparado diez y nueve hospitales en donde le esperan socorros de todo género. Dos están destinados especialmente á las enfermedades «medicales;» el «Espíritu Santo» para los hombres, «San Salvador» para las mujeres. Aquí se manifiesta el carác-

ter verdaderamente católico de la caridad romana.

Os sentís atacado repentinamente por fiebre tan comun en Italia á fines del estío, sois extranjero, sois pobre, pues esto no importa, presentaos al hospital del Espíritu Santo. Quien quiera que seáis, cualesquiera que sean vuestra edad, vuestra patria, vuestra condición, vuestra religion, la puerta se abrirá al punto delante de vos. No se os pedirá pasaporte, ni certificado, ni profesion de fe, ni recomendación alguna; estais enfermo y este título os basta para todo; la caridad os recibe con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Hay más; si solo os sentís enfermo, sin tener de ello certidumbre, tocad; sereis acogido con afecto. Por temor de comunicaros enfermedad que no teneis tal vez, sereis colocado en una sala particular de observación. Os visitará el médico y se os prodigarán exquisitos cuidados hasta que, cambiándose la duda en certidumbre, debais entrar definitivamente al hospicio ó podais volver con confianza á vuestros negocios.

Como ya habíamos visitado el hospital del Espíritu Santo, nos fuimos directamente á «San Salvador.» Atravesando por la vigésima vez el Capitolio, el Forum y el Coliseo, llegamos al hospital situado no lejos de aquellos lugares tan tristemente célebres por las crueldades de la antigua Roma. Está, como hemos dicho, destinado exclusivamente á las mujeres; allí son admitidas, segun la generosa costumbre de la caridad romana, sin distinción de edades, condición, patria y religion, una vez que están atacadas de enfermedades agudas ó crónicas. El establecimiento cuenta cuatro grandes salas, que pueden recibir juntamente quinientas noventa y ocho enfermas. Una limpieza exquisita forma el ornamento de aquel vasto hospital. Confieso que quedamos encantados de encontrar aquí esa cualidad eminente y tan útil

rantía para las buenas costumbres; este es el carácter propio de la caridad romana. En ninguna parte se muestra más generosa que en la creación de las dotes para las niñas pobres que quieren casarse ó entrar en religion. Me sería casi imposible hacer una enumeración exacta de todas las dotes que se distribuyen cada año en esa Roma maternal, tan previsora y por eso tan poco conocida. Fuera de las que han constituido familias ricas, sería necesario contar los dones matrimoniales de los monasterios, de los cabildos, de las congregaciones, de las numerosas cofradías; baste decir que casi todas las obras de religion y de caridad, tienen que satisfacer piadosos legados destinados á este objeto. Todo, hasta las loterías, suministran socorros dotales.

Cada sorteo de Roma debe dar 500 dotes de 30 escudos á otras tantas jóvenes Romanas indigentes, cuyos nombres se encuentran inscritos en cinco números que salen. Los sorteos que se hacen en las otras ciudades están sometidos á la misma obligación. Además, el senador de Roma distribuye cada mes tres dotes á tres niñas de los miembros de la milicia urbana. Pio VII ha criado muchas para las hijas y nietas de los desgraciados naufragos perdidos en las costas del Adriático. En una palabra, Roma distribuye cada año mil doscientas dotes, y como el número de matrimonios es de mil cuatrocientos, casi todas las niñas pueden aprovecharse de ellas: 32,000 escudos están destinados á esta obra. 1

El beneficio se extiende no solo á las alumnas en los conservatorios, sino también á las que habitan en el seno de sus familias. Aquí se manifiesta con nuevo brillo el lado moral de la dote. La célebre Cofradía de la «Anunciación,» que

Morich., p. 20.

distribuye cada año cuatrocientas dotes, exige en la niña, para dotarla, que sea pobre, de buena reputación, Romana, nacida de legítimo matrimonio y que no habite con personas sospechosas. Las huérfanas son preferidas á todas las demás; y si son extranjeras, se las considera por este solo hecho de su abandono como si fueran Romanas. A fin de obligar á los padres á velar eficazmente por sus hijas, alejándolas de toda propensión sospechosa, la cofradía excluye á aquellas que viven en los hoteles ó que van á trabajar en las vendimias, en el corte de madera ó en las cosechas, á las hospederas, taberneras, lavaderas y vendedoras de semillas. Desde la edad de quince años, pueden, las que no están excluidas, depositar en manos de la archicofradía sus certificaciones. Los visitantes, elegidos entre los hombres más maduros y más probos de la sociedad, van á asegurarse en la casa misma, de la pobreza de las niñas y de su conducta. Después de tres años de vigilancia y de prueba, obtienen su dote. Esta especie de patronato, que se ejerce durante los tres años más peligrosos de la vida de las jóvenes que solicitan dotes, y que son tan numerosas en la ciudad, debe influir muy ventajosamente en la moral pública.

El día de la Anunciación se les entregan los diplomas dotales, y debo decir que se siente uno feliz con estar en Roma ese día. En la mañana se traslada el Santo Padre á la Iglesia de la Minerva; allí tiene capilla papal, es decir, que asiste á ella rodeado del Sacro Colegio, á la misa que se celebra por uno de los cardenales. La vasta iglesia está llena de gente; en los lugares de honor están todas las niñas vestidas de blanco. Después de la misa, el Santo Padre se deja besar los pies por algunas de aquellas felices niñas. Ellas representan á aquellas de sus compañeras, que como ellas, se destinan á una vida re-

ligiosa. El mismo día hacen todas una procesión solemne; luego se separan, unas para entrar al mundo y otras para retraerse á la sombra de un claustro; muchas lágrimas corren de los ojos de las niñas, de sus padres y de los espectadores. Además, hay separación, pero no aislamiento. Aquellas dos jóvenes generaciones, reunidas un instante en el camino de la vida, seguirán prestándose mútuo apoyo; la una orará en la montaña, mientras la otra combatirá en la llanura, hasta el día solemne en que, reunidas de nuevo ante el Dios de la eternidad, recibirán la misma corona alcanzada en combates diferentes.

4 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos.—Hospital de San Salvador.—De Santiago.—De San Galicano.

En los días precedentes habíamos seguido á la caridad romana en los umbrales de la vida. Ya nos es conocido lo que hace para salvar de la muerte al niño recién nacido, ó para proteger al huérfano contra la cruel miseria, y á la huérfana contra la miseria y la seducción. Volviendo á tomar hoy nuestro itinerario, llegamos muy pronto á una nueva estación. Apenas ha entrado el hombre en su peregrinación, cuando el dolor físico, la enfermedad, bajo todas sus formas, le espera y le toca, como el cruel buitres ase su presa para desgarrarla y hacerla espirar viva. A fin de sustraerle á sus funestos ataques, devolviéndole la salud, Roma le ha preparado diez y nueve hospitales en donde le esperan socorros de todo género. Dos están destinados especialmente á las enfermedades «medicales;» el «Espíritu Santo» para los hombres, «San Salvador» para las mujeres. Aquí se manifiesta el carác-

ter verdaderamente católico de la caridad romana.

Os sentís atacado repentinamente por fiebre tan comun en Italia á fines del estío, sois extranjero, sois pobre, pues esto no importa, presentaos al hospital del Espíritu Santo. Quien quiera que seáis, cualesquiera que sean vuestra edad, vuestra patria, vuestra condición, vuestra religion, la puerta se abrirá al punto delante de vos. No se os pedirá pasaporte, ni certificado, ni profesion de fe, ni recomendación alguna; estais enfermo y este título os basta para todo; la caridad os recibe con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Hay más; si solo os sentís enfermo, sin tener de ello certidumbre, tocad; sereis acogido con afecto. Por temor de comunicaros enfermedad que no teneis tal vez, sereis colocado en una sala particular de observación. Os visitará el médico y se os prodigarán exquisitos cuidados hasta que, cambiándose la duda en certidumbre, debais entrar definitivamente al hospicio ó podais volver con confianza á vuestros negocios.

Como ya habíamos visitado el hospital del Espíritu Santo, nos fuimos directamente á «San Salvador.» Atravesando por la vigésima vez el Capitolio, el Forum y el Coliseo, llegamos al hospital situado no lejos de aquellos lugares tan tristemente célebres por las crueldades de la antigua Roma. Está, como hemos dicho, destinado exclusivamente á las mujeres; allí son admitidas, segun la generosa costumbre de la caridad romana, sin distinción de edades, condición, patria y religion, una vez que están atacadas de enfermedades agudas ó crónicas. El establecimiento cuenta cuatro grandes salas, que pueden recibir juntamente quinientas noventa y ocho enfermas. Una limpieza exquisita forma el ornamento de aquel vasto hospital. Confieso que quedamos encantados de encontrar aquí esa cualidad eminente y tan útil

de nuestros hospitales franceses. Entre los medios empleados para conseguirla, se notan los pequeños agujeros practicados debajo de los lechos, en la parte inferior de las paredes. Este medio inusitado, según creo, en otras partes, es muy útil para la salubridad y renovación del aire, así como los tubos que están dentro de las paredes y en el pavimento de las salas para alejar toda causa de humedad.

En la gran sala, como en Génova, y en general en los hospitales de Italia, hay numerosas inscripciones que recuerdan los nombres de los bienhechores. En primer rango debe contarse á la piadosa Teresa Doria Pamphili. El hospital de San Salvador le debe su más bello adorno, que son las Hermanas hospitalarias. Fueron formadas éstas según el modelo de nuestras Hijas de San Vicente de Paul, y se entregan al cuidado de los enfermos; hacen los cuatro votos simples de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad; Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI confirmó su institución. Además de los cuidados maternos de las religiosas, los enfermos de San Salvador reciben, como los del Espíritu Santo y de los demás hospitales de Roma, los servicios caritativos de las asociaciones piadosas. En días señalados, las nobles mujeres que forman parte de ellas van á pagar allí su tributo de celo y de afectuosa abnegación. Siete sacerdotes habitan el establecimiento; uno como prior, está encargado de la disciplina; otros asisten á los moribundos. El celo lleva allí muchas veces en auxilio de éstos á otros obreros evangélicos del clero secular y regular que van á procurar á los enfermos la abundancia de consuelos espirituales, yendo conducidos á ello por este poderoso estímulo. Leimos con gusto en la "Sala Nueva" una inscripción que merece conservarse. Ella recuerda que el papa Clemente XI, una vez que visitó el hos-

pital, encontró un enfermo en agonía y no lo dejó y le prodigó los cuidados y exhortaciones religiosas, hasta que le sintió espirar en sus brazos. Hay aquí, como en el Espíritu Santo, una piadosa cofradía que acompaña caritativamente con sus oraciones á los muertos, y los traslada del hospital al "campo santo."

El Espíritu Santo y San Salvador son los dos asilos preparados para las enfermedades ordinarias. Si el pobre hijo de Adán está atacado de una enfermedad que demanda operaciones dolorosas y un tratamiento especial, la caridad le enseña el camino de "Santiago," de "San Galicano" y de "Santa María del Consuelo." Nosotros tomamos el mismo camino y fuimos á visitar aquellos nuevos teatros en que la caridad disputa á la enfermedad sus numerosas víctimas. La plaza Trajana, la plaza Columna, el antiguo cuartel del Campo de Marte, fueron salvados rápidamente y llegamos no lejos del mausoleo de Augusto; aquí se encuentra el hospital de Santiago destinado á la alta cirugía. Allí se reciben enfermos de uno y otro sexo, sin distinción de religión y de país, que tengan llagas, úlceras, tumores, sífilis, etc. Para ser admitido basta ser pobre y estar atacado de una enfermedad incurable; Santiago puede contener trescientas setenta camas. Los cuidados medicinales son administrados por dos médicos y dos cirujanos en jefe, dos sustitutos, dos asistentes y quince alumnos inscritos en el hospital. Según costumbre, en otro tiempo general en Europa, todos aquellos hombres del arte llevan un traje particular. El sobretodo rojo, color ordinario de los cirujanos, lo es también para los estudiantes; el blanco para los médicos.

Para hacer aceptar al enfermo remedios algunas veces muy amargos, para consolarle, para renovar su cama y para rodearle de atenciones delicadas, encontramos

allí religiosas hospitalarias, á quienes van á reunírseles á menudo las señoras romanas más distinguidas. Una comisión independiente, compuesta de un prelado, de un eclesiástico y de un lego, dirige el hospital; un prior vigila la disciplina; esto en cuanto á lo material. Cuatro capellanes administran los socorros espirituales á los enfermos, que son visitados además por caritativos sacerdotes y por piadosos particulares. Las señoras que van á servir y á consolar á los enfermos se esfuerzan, por su parte, en traerlos á una vida cristiana y las más veces alcanzan buen resultado. Terminemos lo relativo á los cuidados espirituales por esta tierna palabra de un historiador: "Felices, dice él, los pobres que acaban sus días en Santiago; ya tienen aseguradas abundantemente oraciones para después de su muerte" 1.

A la cabeza de sus bienhechores os enseña el hospital á dos cardenales y á un papa, cuyos benditos nombres vivirán por siempre en el corazón de los pobres. En 1338, el cardenal Santiago Colonna se apercibió de que los enfermos cubiertos de úlceras y de llagas eran despedidos de los hospicios á causa de la fealdad y larga duración de sus males. Movidamente de composición mandó en su testamento que se les abriera un asilo y se levantó Santiago, llamado "in Augusta" por razón de estar inmediato al mausoleo de Augusto. El cardenal Salviati, digno émulo del ilustre fundador, que vivió en el siglo décimoséptimo, embelleció el hospital y lo dotó con rentas considerables. En fin, el excelente Pio VII le agregó la escuela de clínica quirúrgica para hombres y mujeres. Si añadís una buena botica, con laboratorio y jardín, una biblioteca para uso de los estudiantes, un vasto anfiteatro, una sala de operacio-

nes y otra de baños, tendréis una idea de este importante hospital 1.

Dando un paso más en el camino del dolor y de la caridad, ganamos el Trastevere para visitar el hospicio de San Galicano. ¡En cuántos lugares se ve tristemente abandonado el pobre enfermo, por estar atacado de una enfermedad contagiosa ó que exige un tratamiento especial! En Roma no se conoce esta dura condición; hé aquí un asilo creado expresamente para él. San Galicano tiene en sí dos recuerdos que recogimos con gusto. En la edad media, había venido un leproso francés á refugiarse más allá de la Puerta "Angélica." La curiosidad y la compasión le atraían numerosas visitas. El recogió bastantes limosnas para establecer él mismo una enfermería en donde sus infortunados compañeros pudieran encontrar cuidados y abrigo; el hospicio tomó el nombre de "Lázaro," el leproso del Evangelio. Entretanto, la lepra había casi desaparecido, mientras que la sarna y la tifa llegaban á ser más comunes; se comenzó, pues, á atenderlas allí. La distancia lejana del hospital era un inconveniente; se la hizo desaparecer trasladando á los enfermos al Espíritu Santo. Allí permanecieron hasta 1724 en que el Papa Benedicto XIII les mandó edificar en el Trastevere un hospicio especial, que es uno de los más hermosos de Europa. Benedicto XIII, como todos los Pontífices romanos, celoso de conservar nobles recuerdos, dedicó el hospital bajo la advocación de San Galicano, personaje consular del cuarto siglo, que fué el primero que había abierto en Ostia un asilo para los viajeros y los enfermos. Terminado el edificio, se mandaron á él todas las enfermedades cutáneas.

Fuimos recibidos por uno de los capellanes que tuvo la amabilidad de enseñar-

1 Constanzi, t. I. p. 75.

1 Morich., p. 35.

noslo en todos sus pormenores. San Galicano se compone de dos grandes salas colocadas en la misma línea, una para hombres, cuya longitud es de 360 palmos; otra para mujeres, cuya longitud es de 240 palmos; están separadas por una iglesia cuadrangular, que tiene en uno de sus lados una puerta á la calle; los otros tres lados se terminan con altares. Anchas ventanas bien perforadas, una en frente de otra, iluminan y refrescan las salas; en el exterior hay un balcón cuyas puertas pueden abrirse y cerrarse fácilmente sin molestar á los enfermos. La sala de hombres puede contener ciento veinte lechos; la de mujeres ochenta y ocho. De las salas, atendidas con exquisita limpieza, pasamos al hermoso anfiteatro con que Leon XII enriqueció el establecimiento. Allí los útiles para preparaciones anatómicas, seis tinas de mármol para baños, una rica botica, un laboratorio y una sala de operaciones aseguran á los médicos todos los cuidados que pueden apetecer.

En su previsora solicitud ha arreglado Benedicto XIII las condiciones de admisión. Los enfermos que tienen á la vez sarna y tiña, ó lepra con calentura, son admitidos al punto, cualesquiera que sean su nombre, su país, su religion; los que tienen enfermedades cutáneas sin calentura, van allí á que se les atiende todos los días, si viven en Roma; si van de fuera, son recibidos con orden de los superiores; más no se limita á esto la caridad romana. Se ha observado que la tiña nace principalmente de la suciedad de la cabeza y se encuentra comunmente entre los niños de la clase pobre. Aunque no tengan calentura se les admite en el hospicio hasta que sanan; éstos forman allí casa aparte. Todas las mañanas asisten á la misa con los otros enfermos; se les cura en seguida y despues se les lleva á la escuela. Tienen un refectorio general, y por dormitorio la magni-

fica sala de Benedicto XIV. Durante el día, pueden pasearse en los corredores interiores y aun salir todos juntos. Las niñas viven del mismo modo en su departamento. Un consejo de tres miembros gobierna el hospital; un prior eclesiástico dirige á los hombres; las mujeres están confiadas á las Hermanas hospitalarias que tienen su noviciado en la casa. Dos capellanes y dos confesores están encargados de los cuidados espirituales; en cuanto á los del cuerpo, tenéis un médico en jefe, un asistente interno, un cirujano que da el curso de anatomía y dos sustitutos.

5 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos que necesitan socorros pronto.—Hospicio de Santa María del Consuelo,—de los *Benfratelli*;—con los enfermos crónicos,—con los que no necesitan remedios ó cuidados domésticos, las visitas y la Limosnería apostólicas.

Cada pueblo tiene sus defectos particulares; el Romano es como los demás. La deplorable costumbre de pelear con cuchillo, parece natural en el pueblo italiano, como en las otras naciones meridionales. He visto á un francés y á un romano reñir por algunas piezas de dinero. En su impaciencia, nuestro compatriota decía: "Yo te pagaré á bastonazos." El romano, pálido de colera, le respondió friamente: "Y yo con el cuchillo." "Ed io con cottello." Los "pillos," en la calle, recurren á esta arma, á propósito de todo y á propósito de nada. Prevenir por todos los medios semejantes excesos, y si no puede impedirlos, curar al menos sus tristes consecuencias, tal es el deber de un buen gobierno; así lo entiende Roma. Más tarde diremos lo que hace para destruir el abuso que ahora notamos; el orden de nuestras expediciones quiere que hablemos hoy del remedio que le prepara.

Cuando bajáis al Velabro, se os enseña, no léjos de la roca Tarpeya, un hospital en donde brilla el orden, la limpieza y la elegancia. Si preguntáis el nombre, os responderán: "Este es el hospital de Santa María del Consuelo;" y bendecireis al genio católico, único capaz de dar á los asilos del dolor nombres tan graciosos y tan dulces. Por otra parte, la augusta Virgen no hace olvidar á la heroína que en otro tiempo consagró aquellos lugares por el ejercicio de la más admirable caridad. "Aquí es, os dirá el hombre del pueblo, donde una noble matrona, hija de Símaco, patricio y senador romano, tenía la costumbre de dar de comer á doce pobres; y se llamaba Santa Galla. Ella consagró, como sierva de los pobres, su fortuna á sus amos; su casa fué la de ellos; restaurada y engrandecida por los Pontífices, ha llegado á ser con el tiempo el hospital que veis."

Está destinada al tratamiento de las heridas, fracturas, contusiones y todos los males que exigen el pronto socorro de la cirugía. Se divide en dos salas paralelas, amplias, limpias y perfectamente ventiladas; una para hombres y otra para mujeres, y pueden contener ciento cincuenta y seis lechos. Raras veces se ocupan todos, si no es en el Carnaval y en Octubre, cuando el pueblo se abandona sin freno á sus alegrías siempre locas y las más veces sangrientas. Todos los días se presentan heridos, á quienes se cuidan gratuitamente; despues que se curan se les vuelve á sus casas, ó bien se les da un lecho, si es necesario. Diez hombres del arte, tanto cirujanos como médicos y estudiantes, permanecen en el hospital, con el fin de que no se demore la aplicacion de los remedios.

Pero segun su loable costumbre, la caridad romana se ocupa sobre todo de la salud del alma; y cuántas armas homici-

das no ha hecho caer de manos de los desgraciados que tal vez solo esperaban verse sanos de sus heridas para perpetrar su venganza! Tres sacerdotes hay allí día y noche para asistir á los enfermos; además, veis llegar piadosas cofradías que van á visitarles, á instruirles, á alegrarles con dulzura. ¿Ha herido la muerte alguna víctima? Pues hay buenos hermanos que entrarán, al caer la noche, á la capilla fúnebre y sepultarán el cuerpo y le llevarán en oracion á su última morada. 1

Una corta distancia nos separaba de la isla del Tíber; allí nos llamaba una nueva obra no ménos bella que las anteriores; esta es el hospital administrado por los hermanos de San Juan de Dios, conocidos vulgarmente bajo el nombre de "Benfratelli." Este establecimiento, fundado en 1581, se compone de dos salas amplias, bien iluminadas y ventiladas, que pueden contener ambas setenta y cuatro lechos. Allí son atendidos los hombres solos, atacados de enfermedades agudas. Allí son trasladados los sacerdotes pobres que no pueden recibir en su casa los socorros necesarios. Exceptuando al médico en jefe, que pasa la visita dos veces al día, todos los enfermos son religiosos que alternativamente velan á los enfermos y les asisten con una caridad extrema. El superior mismo busca con empeño los servicios más bajos y da ejemplo á todos. Por una perfeccion desconocida aún en nuestras órdenes francesas, por otra parte muy desinteresadas, aquellos religiosos, además de los votos solemnes de castidad, de pobreza y de obediencia, hacen el de cuidar á los enfermos. Casi todos son legos; solo algunos reciben el sacerdocio, á fin de aplicarse á la curacion de las almas. Como hermanos de los pobres enfermos, participan de sus alimentos; la misma cocina

1 Constanzi, t. I, p. 73.

noslo en todos sus pormenores. San Galicano se compone de dos grandes salas colocadas en la misma línea, una para hombres, cuya longitud es de 360 palmos; otra para mujeres, cuya longitud es de 240 palmos; están separadas por una iglesia cuadrangular, que tiene en uno de sus lados una puerta á la calle; los otros tres lados se terminan con altares. Anchas ventanas bien perforadas, una en frente de otra, iluminan y refrescan las salas; en el exterior hay un balcón cuyas puertas pueden abrirse y cerrarse fácilmente sin molestar á los enfermos. La sala de hombres puede contener ciento veinte lechos; la de mujeres ochenta y ocho. De las salas, atendidas con exquisita limpieza, pasamos al hermoso anfiteatro con que Leon XII enriqueció el establecimiento. Allí los útiles para preparaciones anatómicas, seis tinas de mármol para baños, una rica botica, un laboratorio y una sala de operaciones aseguran á los médicos todos los cuidados que pueden apetecer.

En su previsora solicitud ha arreglado Benedicto XIII las condiciones de admisión. Los enfermos que tienen á la vez sarna y tiña, ó lepra con calentura, son admitidos al punto, cualesquiera que sean su nombre, su país, su religión; los que tienen enfermedades cutáneas sin calentura, van allí á que se les atiende todos los días, si viven en Roma; si van de fuera, son recibidos con orden de los superiores; más no se limita á esto la caridad romana. Se ha observado que la tiña nace principalmente de la suciedad de la cabeza y se encuentra comunmente entre los niños de la clase pobre. Aunque no tengan calentura se les admite en el hospicio hasta que sanan; éstos forman allí casa aparte. Todas las mañanas asisten á la misa con los otros enfermos; se les cura en seguida y despues se les lleva á la escuela. Tienen un refectorio general, y por dormitorio la magni-

fica sala de Benedicto XIV. Durante el día, pueden pasearse en los corredores interiores y aun salir todos juntos. Las niñas viven del mismo modo en su departamento. Un consejo de tres miembros gobierna el hospital; un prior eclesiástico dirige á los hombres; las mujeres están confiadas á las Hermanas hospitalarias que tienen su noviciado en la casa. Dos capellanes y dos confesores están encargados de los cuidados espirituales; en cuanto á los del cuerpo, tenéis un médico en jefe, un asistente interno, un cirujano que da el curso de anatomía y dos sustitutos.

5 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos que necesitan socorros pronto.—Hospicio de Santa María del Consuelo,—de los *Benfratelli*;—con los enfermos crónicos,—con los que no necesitan remedios ó cuidados domésticos, las visitas y la Limosnería apostólicas.

Cada pueblo tiene sus defectos particulares; el Romano es como los demás. La deplorable costumbre de pelear con cuchillo, parece natural en el pueblo italiano, como en las otras naciones meridionales. He visto á un francés y á un romano reñir por algunas piezas de dinero. En su impaciencia, nuestro compatriota decía: "Yo te pagaré á bastonazos." El romano, pálido de colera, le respondió friamente: "Y yo con el cuchillo." "Ed io con cottello." Los "pillos," en la calle, recurren á esta arma, á propósito de todo y á propósito de nada. Prevenir por todos los medios semejantes excesos, y si no puede impedirlos, curar al menos sus tristes consecuencias, tal es el deber de un buen gobierno; así lo entiende Roma. Más tarde diremos lo que hace para destruir el abuso que ahora notamos; el orden de nuestras expediciones quiere que hablemos hoy del remedio que le prepara.

Cuando bajáis al Velabro, se os enseña, no léjos de la roca Tarpeya, un hospital en donde brilla el orden, la limpieza y la elegancia. Si preguntáis el nombre, os responderán: "Este es el hospital de Santa María del Consuelo;" y bendecireis al genio católico, único capaz de dar á los asilos del dolor nombres tan graciosos y tan dulces. Por otra parte, la augusta Virgen no hace olvidar á la heroína que en otro tiempo consagró aquellos lugares por el ejercicio de la más admirable caridad. "Aquí es, os dirá el hombre del pueblo, donde una noble matrona, hija de Símaco, patricio y senador romano, tenía la costumbre de dar de comer á doce pobres; y se llamaba Santa Galla. Ella consagró, como sierva de los pobres, su fortuna á sus amos; su casa fué la de ellos; restaurada y engrandecida por los Pontífices, ha llegado á ser con el tiempo el hospital que veis."

Está destinada al tratamiento de las heridas, fracturas, contusiones y todos los males que exigen el pronto socorro de la cirugía. Se divide en dos salas paralelas, amplias, limpias y perfectamente ventiladas; una para hombres y otra para mujeres, y pueden contener ciento cincuenta y seis lechos. Raras veces se ocupan todos, si no es en el Carnaval y en Octubre, cuando el pueblo se abandona sin freno á sus alegrías siempre locas y las más veces sangrientas. Todos los días se presentan heridos, á quienes se cuidan gratuitamente; despues que se curan se les vuelve á sus casas, ó bien se les da un lecho, si es necesario. Diez hombres del arte, tanto cirujanos como médicos y estudiantes, permanecen en el hospital, con el fin de que no se demore la aplicación de los remedios.

Pero segun su loable costumbre, la caridad romana se ocupa sobre todo de la salud del alma; y cuántas armas homici-

das no ha hecho caer de manos de los desgraciados que tal vez solo esperaban verse sanos de sus heridas para perpetrar su venganza! Tres sacerdotes hay allí día y noche para asistir á los enfermos; además, veis llegar piadosas cofradías que van á visitarles, á instruirles, á alegrarles con dulzura. ¿Ha herido la muerte alguna víctima? Pues hay buenos hermanos que entrarán, al caer la noche, á la capilla fúnebre y sepultarán el cuerpo y le llevarán en oración á su última morada. ¹

Una corta distancia nos separaba de la isla del Tíber; allí nos llamaba una nueva obra no ménos bella que las anteriores; esta es el hospital administrado por los hermanos de San Juan de Dios, conocidos vulgarmente bajo el nombre de "Benfratelli." Este establecimiento, fundado en 1581, se compone de dos salas amplias, bien iluminadas y ventiladas, que pueden contener ambas setenta y cuatro lechos. Allí son atendidos los hombres solos, atacados de enfermedades agudas. Allí son trasladados los sacerdotes pobres que no pueden recibir en su casa los socorros necesarios. Exceptuando al médico en jefe, que pasa la visita dos veces al día, todos los enfermos son religiosos que alternativamente velan á los enfermos y les asisten con una caridad extrema. El superior mismo busca con empeño los servicios más bajos y da ejemplo á todos. Por una perfección desconocida aún en nuestras órdenes francesas, por otra parte muy desinteresadas, aquellos religiosos, además de los votos solemnes de castidad, de pobreza y de obediencia, hacen el de cuidar á los enfermos. Casi todos son legos; solo algunos reciben el sacerdocio, á fin de aplicarse á la curación de las almas. Como hermanos de los pobres enfermos, participan de sus alimentos; la misma cocina

¹ Constanzi, t. I, p. 73.

sirve para unos y para otros. Con el fin de que los enfermos beban del agua más pura, se va por ella á la fuente Trevi, llamada virginal, y ya conocida por la mejor desde el tiempo de los Romanos. No debo olvidar que la Francia mantiene en el hospital de los Benfratelli dos lechos para franceses pobres, siendo el gasto de un franco trece céntimos por día.

Aunque el dolor, pronto como el buitre, ataque al hijo de Adán con la rapidez del relámpago, Roma no será sorprendida; Santa María del Consuelo es una prueba de esto. Aunque la enfermedad, semejante á la serpiente del desierto, enlace al hombre en sus innumerables pliegues, y no le conduzca á la muerte sino despues de largos y crueles tormentos, Roma encontrará todavía los medios de arrancarle, ó al ménos consolar á sus víctimas. Aunque la mayor parte de los hospitales reciben las enfermedades crónicas, sin embargo, la falta de un lugar especial para cuidarles, ha hecho nacer la feliz idea de establecer en Roma Hermanas de la caridad. La órden se compone de mujeres viudas, de casadas ó de solteras, de condicion honesta y de más de cuarenta años. Las parroquias en donde están establecidas obran separadamente; pero en caso de necesidad, se auxilian unas á otras por préstamos recíprocos de personas y de dinero. El cura es el primer superior y tiene el título de director; la priora es la primera entre todas las religiosas. Cuando aparece en alguna parroquia un enfermo crónico, por ejemplo, apoplético, ó de otro género, el cura advierte de ello á las Hermanas, quienes van á visitarle dos veces por semana, le dan una media libra de carne por día, pagan el médico, los remedios y el cirujano, suministran cama y ropa necesarias, y en fin, no le dejan sino hasta despues de su muerte ó cuando ya está sano. No se podría decir con qué ca-

ridad tan ardiente asisten á los enfermos aquellas buenas Hermanas, sirviéndoles día y noche, si es necesario. ¿Qué dirán los Fábios y los Scipiones, si reapareciendo en Roma, viesen á sus esposas y á sus hijas convertidas en sirvientas de aquellos pobres á quienes su orgullo apénas se dignaba mirar, y á quienes su crueldad hacia morir de hambre en la isla del Tíber? ¿Dudarian de la bondad, y por consiguiente de la divinidad de la religion, que ha producido semejante cambio en las costumbres del universo?

Los recursos de la sociedad se componen de contribuciones mensuales ó anuales. Cada parroquia tiene su caja especial; pero en caso necesario, socorre á las demas. ¡Plegue á Dios que los ángeles de la caridad lleguen á ser tan numerosos que se extiendan en las cincuenta y cuatro parroquias de Roma! 1

Hay otra enfermedad frecuentemente crónica y más frecuentemente incurable, cuyo tratamiento exige cuidados particulares; quiero hablar de la demencia. De todas las capitales, Roma es aquella en que la locura hace ménos víctimas; ya he indicado la causa. Además, en este punto, como en otro, se ha mostrado generosamente previsora, y quisimos ver su obra. Llegamos á la «Longora,» y entramos al hospital de «Santa María de la Piedad, de los pobres locos.» Hé ahí todavía uno de esos nombres que revelan elocuentemente el corazón maternal de Roma cristiana. El hospicio data de 1548, y no conozco ciudad en Europa que haya tenido uno antes de esta fecha. El de Roma fué fundado por tres españoles: Fernando Ruiz, Diego y Angel Bruno. Parece, por consiguiente, que se puede hacer honor á San Juan de Dios, español también, y cuya caridad hácia los enagenados habia traído desde luego la compasión de sus

1 Morich, p. 82.

compatriotas con esa clase de desgraciados. Como quiera que sea, el cardenal Quera, español, fué el primer protector del hospicio de Roma, y San Carlos Borromeo su magnífico bienhechor. El edificio se compone de dos patios cuadrangulares, alrededor de los cuales, en los pisos superiores, están los dormitorios, y en el piso inferior los refectorios, la cocina, los baños y la capilla.

Se admiten gratuitamente los pobres de Roma; los que pertenecen á otras partes son mantenidos allí mediante una pensión anual de cien escudos. El alimento es muy bueno y el tratamiento muy suave; la camisa y los lechos de fuerza son los únicos medios que se oponen á la violencia de los furiosos. Santa María de la Piedad cuenta cerca de 370 enagenados; así como en el resto de la Europa, allí están las mujeres en una proporción inferior á la de los hombres. Esta observación, unida á muchas otras, establece que el exceso de las pasiones, las ambiciones engañadas, sobre todo la debilidad en la fe, son las causas principales del aumento general de la locura. Sobre cien casos de demencia, ochenta son debidos al desarreglo de las pasiones. «Mientras ménos fe hay en un pueblo, hay más locos;» tal es la fórmula que resume todas las investigaciones de la ciencia; aviso á los gobiernos, á las familias, á los individuos.

Hemos visto lo que la caridad hace con los enfermos que son admitidos en los hospitales. ¡Pero cuántos desgraciados hay para quienes el alejamiento de sus familias, la ausencia de su país, por corta que sea, se convierte en un tormento insuperable! ¡cuántos otros también, que rodeados de atentos cuidados, solo tienen necesidad de medicamentos! Roma, buena y tierna como una madre, respeta los afectos del pobre; se le mandarán á su casa los remedios necesarios y tendrá el consuelo de ver

se sano ó de morir en medio de los suyos. Esta delicada atención de la caridad romana se personifica en el excelente pontífice Inocencio XII. El fué el primero que dió á la Limosnería apostólica su existencia actual. ¡Admirable institución! que extiende sus beneficios por la ciudad entera, y que está dividida en once secciones, llamadas «visitas.»

Cada visita abraza dos, tres, cuatro ó cinco parroquias. Once eclesiásticos, venerables por sus virtudes y por su caridad, presiden las visitas y se llaman «visitadores.» Cada una de ellas tiene su médico y su cirujano; además, un médico inspector va frecuentemente á revisar los actos de sus colegas y la calidad de los remedios. Tres cirujanos «litotomistas» 1 y diez farmacéuticos completan el personal y las dependencias de la obra. Cuando un enfermo reclama los cuidados de la Limosnería, manda prevenir á su cura y éste envía un billete de aviso á la botica. El médico pasa allí todas las mañanas, encuentra el billete con la dirección del enfermo y va á visitarle. Si la enfermedad tiene un carácter demasiado grave para ser atendida en el domicilio, ó si el enfermo carece de los útiles necesarios, se le lleva, á expensas de la Limosnería, á un hospicio. Ordinariamente así son cuidadas en sus casas las personas que pertenecen á familias distinguidas, pero pobres, y que se avergonzarían de confundirse con el pueblo en la sala pública de un hospital; este es un nuevo rasgo de delicadeza de la caridad romana. Lo siguiente prueba su generosidad: algunos castillos y aldeas de las cercanías de Roma tienen sus hospitales particulares; si en los lugares en que faltan los socorros necesarios, se encuentra algun enfermo, la Limosnería lo manda trasladar á los hospicios de Roma. La

1 Que se dedican especialmente á la operación de la talla.

Dataria apostólica consagra á esta buena obra cerca de siete mil escudos anuales.

6 DE FEBRERO.

Caridad romana con el convaleciente.—Con el pobre que sana.—Trabajos públicos.—Socorros particulares.—Limosnería apostólica.

Durante los tres primeros siglos, se pudo seguir la religion cristiana por las huellas de su sangre y distinguirla así de las sectas extranjeras. Hoy se la pueda reconocer todavía por el carácter incomunicable de sus obras. Hace ocho dias la seguimos en la gran Roma por el rastro de sus beneficios, y nuestra expedicion no estaba terminada. Los cuidados maternales con que la caridad rodea al hombre en la cuna y en su lecho de dolor nos eran conocidos; pero si el pobre enfermo vuelve á la salud ¿será arrojado á la calle y abandonado á sí mismo tan luego como sus fuerzas, imperfectamente restablecidas le permitan dirigirse á su morada? Así sucede en la mayor parte de las naciones civilizadas; Roma observa otra conducta. Es verdad que el enfermo está en convalecencia, pero está todavía débil, no puede ganar su pan de cada dia y un trabajo demasiado pronto puede ocasionarle funestas recaídas; el tiempo, un alimento sano y abundante y un aire puro, son las únicas cosas que pueden devolverle su vigor primitivo.

“Y hé ahí, dice M. de Fournon, cómo la caridad romana, con una mano tan liberal, cria establecimientos en donde los enfermos encuentran socoros; y completa luego su obra con una fundacion que deben envidiar todas nuestras grandes ciudades. En los bordes del Tiber se levanta un vasto y hermoso edificio, destinado á los convalecientes, es decir, á aquellos que en los hospitales han llegado á un

punto en que los remedios son útiles y en que un aire puro, un alimento sano, la falta de trabajos y de penas domésticas, son los únicos cuidados. El convaleciente recibido en la “Casa della Santísima Trinidad de Pellegrini,” de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, lejos de las imágenes fúnebres que en los hospitales asedian su lecho, abre allí su corazón á la esperanza y á la alegría, y poco despues la sociedad le vuelve á ver en un estado de salud sólida y listo para serla útil” 1.

Un santo fué el primero que tuvo el pensamiento de este establecimiento. Movido de compasion al ver salir de los hospitales á hombres apenas levantados de la enfermedad, extenuados, lánguidos, privados todavía de las fuerzas necesarias para el trabajo, púsose San Felipe Neri á recogerles en la casa que le dió generosamente la noble dama Elena Orsini en las Termas de Agripina. Allí les guardaba hasta que hubiesen recobrado sus fuerzas y estuviesen capaces de trabajar; esto pasaba en 1551. La liberalidad de los soberanos Pontífices aumentó de tal modo la casa primitiva, que ha llegado á ser el magnífico hospicio de los peregrinos y de los convalecientes. Cuando ya un enfermo debe ser despido del hospital, vereis venir una carroza que se detiene en sus umbrales, á ella sube el enfermo y aquel hijo de la caridad es llevado, como un gran personaje, á una soberbia morada. Todos los hospitales de Roma tienen un carruaje semejante destinado al mismo uso. Aquellos enfermos son recibidos con cuidado por los cofrades, y se les guarda hasta que están enteramente restablecidos. Su alimento consiste: por la mañana en un caldo y una onza y media de pan; en el almuerzo, una sopa, diez onzas de pan, seis de carne, un poco de vino y fruta; en la comida, una

1 Estudios estadísticos, t. II, p. 118.

sopa, tres onzas de carne, seis de pan, una ensalada y vino.

Un médico visita todos los dias el establecimiento; si el convaleciente siente una recaída, se le traslada de nuevo al hospital ó bien se le conserva en el hospicio, cuando no está en estado de soportar la traslacion. El número medio de los convalecientes es de cerca de setenta 1. No daré aquí la descripcion del hospital; la reservo para el dia que vengamos á hacer nuestra visita á los peregrinos.

Ved ahí ya al enfermo perfectamente curado; ya puede con confianza volver al seno de su familia. Pero para vivir necesita trabajo, y ¿quién sabe si lo encontrará? La caridad no ha querido dejarle esta cruel inquietud. Roma tan inteligente como generosa, ha comprendido, y acaso es la primera, que la limosna más útil para el pobre válido es la del trabajo. De esta máxima tan querida para los economistas modernos, ved su magnífica aplicacion en la ciudad de los pontífices. Tratándose de trabajos públicos, Roma cristiana rivaliza con las capitales de la Europa, ó más bien, las excede á todas. Los Papas han emprendido obras seculares no solamente para difundir en su ciudad la gloria y el esplendor, sino tambien para ofrecer á los pobres desocupados un medio de provecho y de consuelo. Tal fué en particular el objeto de Sixto V, de Inocencio XII, de Pio VI, de Pio VII, en sus inmortales empresas. Aunque pobre, Gregorio XVI consagra á este objeto una suma anual de 33,293 escudos 2.

Los obreros son comúnmente en número de seiscientos; se les dan por dia doce bayocos y un pan. Con el fin de impedir la mala conducta ó la pereza, se despide á aquel que falta tres veces consecutivamente. La administracion se compone de dos

1 Morich., p. 80.

2 Morich., 17 y 174.

inspectores, de ocho vigilantes y treinta y dos cabos, de algunos oficinistas y guardianes, quienes todos, ménos los inspectores, se eligen entre los obreros mismos. Durante nuestra permanencia en Roma, estaban ocupados los pobres en las excavaciones del Forum; los ancianos quitaban la yerba de la Vía Sacra ó limpiaban los fosos del Palatino; otros eran empleados en la edificacion de San Pablo extra-muros, y cerca de setenta en las fraguas de Tívoli. Es bueno observar que todos los trabajos públicos de conservacion, de limpieza y de construcciones romanas aprovechan á la Europa entera; cada año millares de sabios y de artistas van á estudiarlas, y si hay algo que admirar, es que pocos piesan en bendecir la mano, dos veces bienhechora, que llevó á cabo aquellas útiles obras.

Apesar de su buena voluntad, puede suceder que el obrero no pueda con su labor subvenir á las necesidades de su familia. La caridad romana viene entónces en su ayuda y resuelve de la manera más liberal este temible problema de las sociedades modernas: la abundancia de los unos suple, en justos limites, la indigencia de los otros. Seria largo nombrar en pormenor todas las obras caritativas que tienen por objeto los socoros que se dan en la casa del que los necesita. Diré solamente que á la persona del soberano Pontífice está afecto un prelado encargado de distribuir las limosnas del padre comun. La institucion de un limosnero secreto, “*elemosiniere secreto*,” del Papa se remonta al siglo sétimo, bajo el pontificado de Conon. El ejemplo del Santo Padre fué imitado por los reyes y los príncipes cristianos; pero Roma tiene la gloria de la iniciativa. El limosnero apostólico habita el Vaticano, en donde se encuentra su secretaria, sus archivos y sus cuentas. Acompaña siempre al Santo Padre como miembro íntimo de la familia pontificia, ya

Dataria apostólica consagra á esta buena obra cerca de siete mil escudos anuales.

6 DE FEBRERO.

Caridad romana con el convaleciente.—Con el pobre que sana.—Trabajos públicos.—Socorros particulares.—Limosnería apostólica.

Durante los tres primeros siglos, se pudo seguir la religion cristiana por las huellas de su sangre y distinguirla así de las sectas extranjeras. Hoy se la pueda reconocer todavía por el carácter incomunicable de sus obras. Hace ocho dias la seguimos en la gran Roma por el rastro de sus beneficios, y nuestra expedicion no estaba terminada. Los cuidados maternales con que la caridad rodea al hombre en la cuna y en su lecho de dolor nos eran conocidos; pero si el pobre enfermo vuelve á la salud ¿será arrojado á la calle y abandonado á sí mismo tan luego como sus fuerzas, imperfectamente restablecidas le permitan dirigirse á su morada? Así sucede en la mayor parte de las naciones civilizadas; Roma observa otra conducta. Es verdad que el enfermo está en convalecencia, pero está todavía débil, no puede ganar su pan de cada dia y un trabajo demasiado pronto puede ocasionarle funestas recaídas; el tiempo, un alimento sano y abundante y un aire puro, son las únicas cosas que pueden devolverle su vigor primitivo.

“Y hé ahí, dice M. de Fournon, cómo la caridad romana, con una mano tan liberal, cria establecimientos en donde los enfermos encuentran socoros; y completa luego su obra con una fundacion que deben envidiar todas nuestras grandes ciudades. En los bordes del Tiber se levanta un vasto y hermoso edificio, destinado á los convalecientes, es decir, á aquellos que en los hospitales han llegado á un

punto en que los remedios son útiles y en que un aire puro, un alimento sano, la falta de trabajos y de penas domésticas, son los únicos cuidados. El convaleciente recibido en la “Casa della Santísima Trinidad de Pellegrini,” de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, lejos de las imágenes fúnebres que en los hospitales asedian su lecho, abre allí su corazón á la esperanza y á la alegría, y poco despues la sociedad le vuelve á ver en un estado de salud sólida y listo para serla útil” 1.

Un santo fué el primero que tuvo el pensamiento de este establecimiento. Movido de compasion al ver salir de los hospitales á hombres apenas levantados de la enfermedad, extenuados, lánguidos, privados todavía de las fuerzas necesarias para el trabajo, púsose San Felipe Neri á recogerles en la casa que le dió generosamente la noble dama Elena Orsini en las Termas de Agripina. Allí les guardaba hasta que hubiesen recobrado sus fuerzas y estuviesen capaces de trabajar; esto pasaba en 1551. La liberalidad de los soberanos Pontífices aumentó de tal modo la casa primitiva, que ha llegado á ser el magnífico hospicio de los peregrinos y de los convalecientes. Cuando ya un enfermo debe ser despido del hospital, vereis venir una carroza que se detiene en sus umbrales, á ella sube el enfermo y aquel hijo de la caridad es llevado, como un gran personaje, á una soberbia morada. Todos los hospitales de Roma tienen un carruaje semejante destinado al mismo uso. Aquellos enfermos son recibidos con cuidado por los cofrades, y se les guarda hasta que están enteramente restablecidos. Su alimento consiste: por la mañana en un caldo y una onza y media de pan; en el almuerzo, una sopa, diez onzas de pan, seis de carne, un poco de vino y fruta; en la comida, una

1 Estudios estadísticos, t. II, p. 118.

sopa, tres onzas de carne, seis de pan, una ensalada y vino.

Un médico visita todos los dias el establecimiento; si el convaleciente siente una recaída, se le traslada de nuevo al hospital ó bien se le conserva en el hospicio, cuando no está en estado de soportar la traslacion. El número medio de los convalecientes es de cerca de setenta 1. No daré aquí la descripcion del hospital; la reservo para el dia que vengamos á hacer nuestra visita á los peregrinos.

Ved ahí ya al enfermo perfectamente curado; ya puede con confianza volver al seno de su familia. Pero para vivir necesita trabajo, y ¿quién sabe si lo encontrará? La caridad no ha querido dejarle esta cruel inquietud. Roma tan inteligente como generosa, ha comprendido, y acaso es la primera, que la limosna más útil para el pobre válido es la del trabajo. De esta máxima tan querida para los economistas modernos, ved su magnífica aplicacion en la ciudad de los pontífices. Tratándose de trabajos públicos, Roma cristiana rivaliza con las capitales de la Europa, ó más bien, las excede á todas. Los Papas han emprendido obras seculares no solamente para difundir en su ciudad la gloria y el esplendor, sino tambien para ofrecer á los pobres desocupados un medio de provecho y de consuelo. Tal fué en particular el objeto de Sixto V, de Inocencio XII, de Pio VI, de Pio VII, en sus inmortales empresas. Aunque pobre, Gregorio XVI consagra á este objeto una suma anual de 33,293 escudos 2.

Los obreros son comúnmente en número de seiscientos; se les dan por dia doce bayocos y un pan. Con el fin de impedir la mala conducta ó la pereza, se despide á aquel que falta tres veces consecutivamente. La administracion se compone de dos

1 Morich., p. 80.

2 Morich., 17 y 174.

inspectores, de ocho vigilantes y treinta y dos cabos, de algunos oficinistas y guardianes, quienes todos, ménos los inspectores, se eligen entre los obreros mismos. Durante nuestra permanencia en Roma, estaban ocupados los pobres en las excavaciones del Forum; los ancianos quitaban la yerba de la Vía Sacra ó limpiaban los fosos del Palatino; otros eran empleados en la edificacion de San Pablo extra-muros, y cerca de setenta en las fraguas de Tívoli. Es bueno observar que todos los trabajos públicos de conservacion, de limpieza y de construcciones romanas aprovechan á la Europa entera; cada año millares de sabios y de artistas van á estudiarlas, y si hay algo que admirar, es que pocos piesan en bendecir la mano, dos veces bienhechora, que llevó á cabo aquellas útiles obras.

Apesar de su buena voluntad, puede suceder que el obrero no pueda con su labor subvenir á las necesidades de su familia. La caridad romana viene entónces en su ayuda y resuelve de la manera más liberal este temible problema de las sociedades modernas: la abundancia de los unos suple, en justos limites, la indigencia de los otros. Seria largo nombrar en pormenor todas las obras caritativas que tienen por objeto los socoros que se dan en la casa del que los necesita. Diré solamente que á la persona del soberano Pontífice está afecto un prelado encargado de distribuir las limosnas del padre comun. La institucion de un limosnero secreto, “*elemosiniere secreto*,” del Papa se remonta al siglo sétimo, bajo el pontificado de Conon. El ejemplo del Santo Padre fué imitado por los reyes y los príncipes cristianos; pero Roma tiene la gloria de la iniciativa. El limosnero apostólico habita el Vaticano, en donde se encuentra su secretaria, sus archivos y sus cuentas. Acompaña siempre al Santo Padre como miembro íntimo de la familia pontificia, ya

en las estaciones solemnes de la ciudad, ya en los viajes fuera de Roma, porque es el canal necesario de sus innumerables limosnas.

El limosnero distribuye quinientos escudos por mes en dones manuales, á voluntad del papa, y las más veces, según rescripto del mismo Santo Padre. No hablo aquí de los socorros dados para la educación de los niños. En los días más próximos, acordaba también numerosas pensiones mensuales. Estas pensiones se daban de preferencia á los pobres vergonzantes, á las instituciones de caridad y á los monasterios. El 2 de Febrero, aniversario de la coronación de Gregorio XVI, vimos en el gran patio del Belvedere, en el Vaticano, á Monseñor el limosnero rodeado de una multitud de pobres; este espectáculo nos recordaba á San Lorenzo y la casa de Santa Ciriaca. Los hombres estaban de un lado; las mujeres de otro; cada pobre recibía un medio paolo, lo que se llama la limosna «del grosso»; el primer año del pontificado se da un paolo entero por cabeza. En otro tiempo, había una limosna llamada «del testone» ó de los tres paolos, que se daba los días de Pascua y de Navidad; paternal atención de los vicarios de Jesucristo, que querían hacer pasar alegremente al pueblo aquellos días de fiesta; la baja de las rentas pontificias ha hecho cesar esa costumbre. Hay otra que subsiste todavía y que tiene el mismo principio. Tres veces al año, en Pascua, en Navidad y en el día de la coronación del papa, el limosnero da un paolo á todos los detenidos en la prisión «Inocenciana», á los jóvenes de la casa de corrección, á las mujeres de la penitenciaría de San Miguel y á los presos por deudas en el Capitolio.

Citemos todavía una costumbre secular y muy tierna, que la desgracia de los tiempos ha suprimido, al menos en parte. A imitación de Nuestro Señor, que había ali-

mentado á doce Apóstoles, los Papas, desde San Gregorio Magno, hacían comer todos los días en sus palacios á doce pobres y les servían con sus propias manos, cuando no estaban impedidos de hacerlo; Leon XII ha dado muchas veces este tierno ejemplo. Hoy la mesa está suprimida, pero se da todos los días á doce pobres una suma equivalente, á fin de que puedan dividirla con sus familias 1.

7 DE FEBRERO.

Anécdota.—Otras caridades con el pobre; visitas á las casas.—Comisión de los subsidios.—Préstamo de dinero al pobre.—Cuidado con sus pequeñas economías.—Lotería.—Defensa de sus intereses temporales.—Cofradía de San Ives.

Volviendo á emprender nuestra visita de Roma caritativa, bajamos al Corso. Algunos libros, puestos en el modesto almacén de un vendedor de libros viejos, atrajeron un instante nuestra curiosidad; puse la mano en un «Macróbio.» ¡Qué buena fortuna! y me apresuré á buscar la famosa palabra atribuida al emperador Augusto, sobre la carnicería de los Inocentes. Esta palabra es de gran importancia, puesto que demuestra, por el testimonio de la historia profana, un hecho cristiano de alto valor. Luego en la página 159, libro segundo de las «Saturnales», leí: «Habiendo sabido Augusto que entre los niños de menos de dos años condenados á muerte en la Siria por orden de Herodes, rey de los Judíos, había hecho morir este príncipe á su propio hijo, exclamó: «Vale más ser cerdo de Herodes que su hijo.» 2 Vedlo claramente.

1 Constanzi, t. I, p. 21 y 27; Morich., p. 177.

2 Cum audisset Augustus inter pueros quos in Syria Herodes rex Judæorum intra bimatium jus sit interfici, filium quoque ejus occisum, ait: Melius est Herodis porcum esse quam filium.

En Roma, como en otras partes, los pobres que extienden la mano en las calles no son las más veces los que más deben quejarse. Además, dar una pieza de moneda basta raras veces para aliviar al desgraciado, porque el hombre no vive solo de pan. Pero que el rico se acerque al pobre, que entre en su miserable choza, que se identifique con su posición y le deje con el pan material buenas y dulces palabras que reanimen su valor, tal es la verdadera limosna, la que caracteriza esencialmente á la caridad católica. Roma lo ha comprendido y la «Comisión de los subsidios» se encarga de todos estos deberes con inteligencia y actividad. Fué establecida bajo los últimos Pontífices, y se compone de un cardenal presidente y de quince miembros nombrados por el Santo Padre. Sus funciones duran seis años solamente, porque se ha pensado que al cabo de este tiempo su celo podría amortiguarse. La ciudad está dividida en doce regiones, cada región se subdivide en parroquias, y un número correspondiente de congregaciones «regionarias» ó parroquiales reparte las limosnas; los miembros de estas últimas permanecen tres años en su encargo.

La comisión se reúne una vez por mes en la casa del cardenal presidente; una vez al mes también se reúnen las congregaciones parroquiales en las cuales se discuten las peticiones de los pobres de la parroquia. Dos enviados van á visitarles á sus casas, rectifican sus asertos, se persuaden de sus necesidades y proponen la naturaleza, el monto y la duración del socorro necesario; la comisión superior hace en seguida el abono pedido. Los visitadores se ocupan también con cuidado de in-

vestigar el estado moral de los pobres, averiguan su conducta, las causas de su miseria y los medios de remediarla. Los socorros concedidos se componen comunemente de vestidos, de camas, de ropa blanca y de útiles para diferentes oficios. Todos estos objetos son fabricados en el hospital de las Termas, están marcados con una señal particular y no pueden ser vendidos, so pena de diez días de prisión. La caritativa comisión reparte anualmente ciento setenta y dos mil ciento cuarenta y cinco escudos, suministrados por la Cámara apostólica. 1

Al leer estos pormenores, es muy difícil no conocer el tipo esencial de nuestra admirable «Sociedad de San Vicente de Paul.» En este punto como en otros, Roma tiene todavía la gloria de la iniciativa.

Sin estar reducido á la mendicidad el pobre obrero, tiene muchas veces necesidad de dinero, ya para comenzar alguna pequeña empresa, ya para comprar las materias que pone en obra, ó ya también para los útiles que usa. En este punto también la caridad romana se ha presentado la primera ante esta necesidad; los Estados pontificios vieron nacer los montepíos, cuya gloria pertenece toda entera al padre Bernabé de Terni. Comenzaba el siglo décimoquinto; el buen religioso, predicando en Perugia, no podía contener sus lágrimas al ver los enormes intereses arrancados á los pobres por los usureros y sobre todo por los Judíos 2. No se prestaba á menos de setenta ú ochenta por ciento. Su celo no le dejó descanso hasta después de haber comprometido á algunos ricos cari-

1 Morich., p. 181.

2 Montes Pietatis..... ut at ipsa tanquam ad montem confidenter refugere possint indigentes, et ea in promptu sint ad mutuandum sub pignoris cautione ipsis indigentibus, et occurrendum usuris quas pro sua indigentia usurariis præsertim Judæis solvere cogebantur. Ferraris, t. V.

tativos á formar una caja de préstamos para los necesitados, mediante un ligero interés destinado al pago de los empleados. El proyecto tuvo un éxito maravilloso, y esta caja se llamó "Monte de piedad." Esto ocasionó un concierto unánime de bendiciones de parte del pobre pueblo y una explosión formidable de injurias, de acusaciones, de reclamaciones y de calumnias de parte de los agiotistas. Felizmente, los pequeños y los débiles tenían entonces un apoyo en el papado. Los soberanos Pontífices impusieron silencio á los detractores, aprobaron la institucion ó hirieron con censuras á cualquiera que hablase mal de ella. En el número de estos bienhechores del pueblo, citemos entre otros, á Paulo II, á Sixto IV, á Inocencio VIII, á Julio II y á Leon X. Al leer las sábias y paternales prescripciones de estos Pontífices no se puede dudar de que no hay en la historia una página que haga más honor á la caridad romana 1.

No tardó en establecerse un monte de piedad en Roma, y los cardenales, protectores de la orden de los Hermanos Menores, lo fueron tambien de su obra. Entre estos príncipes de la Iglesia, debe nombrarse, por reconocimiento, á San Carlos Borromeo, que hizo perseverantes esfuerzos por la prosperidad de la institucion. Clemente VIII, viendo el número creciente de los depósitos, compró, para recibirlos, tres grandes palacios, cuya reunion forma hoy el local del Monte de Piedad; lo visitamos con admiracion. La capilla destinada á los ejercicios religiosos de la cofradía resplandece con mármoles raros y preciosas esculturas; todo el edificio está recientemente restaurado. Supimos que el Santo Padre Gregorio XVI acababa de dar al Santo Monte una prueba de simpatía y de dejarle un recuerdo de su generosidad hácia los pobres, mandando á sus expen-

1 Véase, entre otros, á Ferraris *Bibliotheca* te., art. *Montes Pietatis*.

sas la devolucion gratuita de muchas prendas. En los tiempos más prósperos de la obra, se conservaban diez y ocho meses gratuitamente las prendas que no excedían de 30 escudos de deuda. Desde los sacudimientos políticos, la prenda de un año se recibe y se renueva gratuitamente solo cuando el préstamo no excede de 13 escudos.

Dos cosas distinguen el monte de piedad en Roma: la primera es el establecimiento de una sala particular en donde se recibe únicamente el oro, la plata y las alhajas de un valor de más de cuatro escudos. La facilidad que se presenta á los que depositan y la reserva de que se usa á este respecto, especialmente en este "depósito" adonde vienen frecuentemente, impulsadas por la necesidad, personas muy honradas, es un nuevo ejemplo de delicadeza de la caridad romana. La segunda es el establecimiento de "montes" suplementarios ó sucursales en los diferentes cuarteles de la ciudad. Están destinados por el monte de piedad mismo á recibir provisionalmente prendas, cuyo valor sea hasta de cuatro escudos, con el fin de que los pobres puedan encontrar un socorro instantáneo á todas horas y sobre todo los dias festivos que el establecimiento principal está cerrado.

Si el monte de piedad presenta al pobre el medio de sustraerse á las desolaciones de la usura, le suministra con demasiada facilidad tal vez, fondos que puede perder en desórdenes y locuras. Para compensar los vicios de esta institucion, ó más bien para completarla, se ha establecido en Roma una caja de ahorros. De este modo, el pobre, el artesano, el honrado labrador, encuentran en la previsora ciudad el precioso recurso de procurarse dinero para sus necesidades y el medio seguro de conservar útilmente el fruto de sus economías.

Además, el pueblo es siempre un niño; á pesar de la activa solicitud con que se vela por sus intereses, la tentacion del juego puede arrastrarle á pérdidas ruinosas y dejar comprometido á él y á su familia. Ya es sabido cuán grande atractivo presta á los pobres la lotería. Esta, autorizada en Roma por Inocencio XIII, fué abolida por Benedicto XIII; su sucesor, Benedicto XIV, viendo que su pueblo, apasionado por este juego de azar, corria á todos los Estados limítrofes donde estaba establecido, sacando de Roma el capital se decidió á tolerarlo. Pero obligó al fisco á dar á los gananciosos un 80 por 100, y á hacer recaer en los pobres todo el provecho del juego, deduciendo solo los gastos. Así la lotería de Roma da 30,000 escudos por año en limosnas manuales; 15,000 en otras limosnas y 3,500 escudos de dotes á las jóvenes de que poco há he hablado. Tal es la hábil combinacion en virtud de la cual la lotería de Roma cura con una mano las heridas que puede causar con la otra. ¿Conoceis un medio más ingenioso de sacar el bien de un mal necesario?

Protegido el pobre contra sus mismas pasiones no le queda más que ponerse á cubierto de la injusticia de otro. Si el rico se ve comprometido en un proceso, ó se defiende á sí mismo, ó encuentra fácilmente abogados; pero el pequeño y el débil, nada ilustrado para defender su causa, ó demasiado pobre para encontrar una voz que quiera prestarle su apoyo, se ve expuesto sin defensa á una ruina completa; Roma entonces viene en su ayuda. Desde principios del siglo décimosexto se formó una sociedad de letrados, abogados ó prelados de los tribunales y aun de la Rota. Se reúne todos los domingos en la iglesia de San Carlos, en donde tiene su oratorio particular. Despues de haber cumplido con sus ejercicios piadosos, se retira á una sala inmediata para examinar las causas

civiles en que los pobres se encuentran interesados y comprometidos; reconocido el derecho de éstos, toma al punto su defensa gratuitamente. La archicofradía de "San Ives" no excluye á ningun pobre de su patrocinio, cualquiera que sea su país; nueva prueba de que la caridad romana ha aspirado siempre á ser católica.

La Cofradía se compone de un cardenal protector; de un prelado miembro de la magistratura de Roma, llamado prefecto, y de asociados, todos hombres sabedores de las leyes. El pobre que reclama su apoyo envía directamente su súplica al cardenal protector, quien la manda á alguno de los legistas de la sociedad. Este examina las certificaciones de indigencia y las razones presentadas como prueba de su derecho por el peticionario; luego, reunidas estas dos condiciones de justicia y de miseria, se encarga la Cofradía de la causa y uno de los cofrades presenta la defensa. Además, el pobre es elocuentemente defendido, porque la Cofradía ha visto siempre entre sus miembros á personajes célebres; hoy todavía está orgullosa de haber contado entre sus filas al ilustre Benedicto XIV, cuando no era más que el abogado Lambertini. Los soberanos Pontífices, por su parte, no han cesado de estimular ó impulsar esa asociacion eminentemente cristiana. Benedicto XIII la concedió el privilegio de poder condecorar con la prelatura romana al abogado que le pluguiese elegir.

8 DE FEBRERO.

Carnaval.—Caridad romana con el pobre sin abrigo.—Visita á Santa Galla y á San Luis.

Era cerca de medio dia cuando salimos para seguir nuestro itinerario; pero el carnaval estaba en la calle y nos fué preciso batirnos en retirada. Por otra parte, los historiadores más graves de la antigüedad

tativos á formar una caja de préstamos para los necesitados, mediante un ligero interés destinado al pago de los empleados. El proyecto tuvo un éxito maravilloso, y esta caja se llamó "Monte de piedad." Esto ocasionó un concierto unánime de bendiciones de parte del pobre pueblo y una explosión formidable de injurias, de acusaciones, de reclamaciones y de calumnias de parte de los agiotistas. Felizmente, los pequeños y los débiles tenían entonces un apoyo en el papado. Los soberanos Pontífices impusieron silencio á los detractores, aprobaron la institucion ó hirieron con censuras á cualquiera que hablase mal de ella. En el número de estos bienhechores del pueblo, citemos entre otros, á Paulo II, á Sixto IV, á Inocencio VIII, á Julio II y á Leon X. Al leer las sábias y paternales prescripciones de estos Pontífices no se puede dudar de que no hay en la historia una página que haga más honor á la caridad romana 1.

No tardó en establecerse un monte de piedad en Roma, y los cardenales, protectores de la orden de los Hermanos Menores, lo fueron tambien de su obra. Entre estos príncipes de la Iglesia, debe nombrarse, por reconocimiento, á San Carlos Borromeo, que hizo perseverantes esfuerzos por la prosperidad de la institucion. Clemente VIII, viendo el número creciente de los depósitos, compró, para recibirlos, tres grandes palacios, cuya reunion forma hoy el local del Monte de Piedad; lo visitamos con admiracion. La capilla destinada á los ejercicios religiosos de la cofradía resplandece con mármoles raros y preciosas esculturas; todo el edificio está recientemente restaurado. Supimos que el Santo Padre Gregorio XVI acababa de dar al Santo Monte una prueba de simpatía y de dejarle un recuerdo de su generosidad hácia los pobres, mandando á sus expen-

1 Véase, entre otros, á Ferraris *Bibliotheca* te., art. *Montes Pietatis*.

sas la devolucion gratuita de muchas prendas. En los tiempos más prósperos de la obra, se conservaban diez y ocho meses gratuitamente las prendas que no excedían de 30 escudos de deuda. Desde los sacudimientos políticos, la prenda de un año se recibe y se renueva gratuitamente solo cuando el préstamo no excede de 13 escudos.

Dos cosas distinguen el monte de piedad en Roma: la primera es el establecimiento de una sala particular en donde se recibe únicamente el oro, la plata y las alhajas de un valor de más de cuatro escudos. La facilidad que se presenta á los que depositan y la reserva de que se usa á este respecto, especialmente en este "depósito" adonde vienen frecuentemente, impulsadas por la necesidad, personas muy honradas, es un nuevo ejemplo de delicadeza de la caridad romana. La segunda es el establecimiento de "montes" suplementarios ó sucursales en los diferentes cuarteles de la ciudad. Están destinados por el monte de piedad mismo á recibir provisionalmente prendas, cuyo valor sea hasta de cuatro escudos, con el fin de que los pobres puedan encontrar un socorro instantáneo á todas horas y sobre todo los dias festivos que el establecimiento principal está cerrado.

Si el monte de piedad presenta al pobre el medio de sustraerse á las desolaciones de la usura, le suministra con demasiada facilidad tal vez, fondos que puede perder en desórdenes y locuras. Para compensar los vicios de esta institucion, ó más bien para completarla, se ha establecido en Roma una caja de ahorros. De este modo, el pobre, el artesano, el honrado labrador, encuentran en la previsora ciudad el precioso recurso de procurarse dinero para sus necesidades y el medio seguro de conservar útilmente el fruto de sus economías.

Además, el pueblo es siempre un niño; á pesar de la activa solicitud con que se vela por sus intereses, la tentacion del juego puede arrastrarle á pérdidas ruinosas y dejar comprometido á él y á su familia. Ya es sabido cuán grande atractivo presta á los pobres la lotería. Esta, autorizada en Roma por Inocencio XIII, fué abolida por Benedicto XIII; su sucesor, Benedicto XIV, viendo que su pueblo, apasionado por este juego de azar, corria á todos los Estados limítrofes donde estaba establecido, sacando de Roma el capital se decidió á tolerarlo. Pero obligó al fisco á dar á los gananciosos un 80 por 100, y á hacer recaer en los pobres todo el provecho del juego, deduciendo solo los gastos. Así la lotería de Roma da 30,000 escudos por año en limosnas manuales; 15,000 en otras limosnas y 3,500 escudos de dotes á las jóvenes de que poco há he hablado. Tal es la hábil combinacion en virtud de la cual la lotería de Roma cura con una mano las heridas que puede causar con la otra. ¿Conoceis un medio más ingenioso de sacar el bien de un mal necesario?

Protegido el pobre contra sus mismas pasiones no le queda más que ponerse á cubierto de la injusticia de otro. Si el rico se ve comprometido en un proceso, ó se defiende á sí mismo, ó encuentra fácilmente abogados; pero el pequeño y el débil, nada ilustrado para defender su causa, ó demasiado pobre para encontrar una voz que quiera prestarle su apoyo, se ve expuesto sin defensa á una ruina completa; Roma entonces viene en su ayuda. Desde principios del siglo décimosexto se formó una sociedad de letrados, abogados ó prelados de los tribunales y aun de la Rota. Se reúne todos los domingos en la iglesia de San Carlos, en donde tiene su oratorio particular. Despues de haber cumplido con sus ejercicios piadosos, se retira á una sala inmediata para examinar las causas

civiles en que los pobres se encuentran interesados y comprometidos; reconocido el derecho de éstos, toma al punto su defensa gratuitamente. La archicofradía de "San Ives" no excluye á ningun pobre de su patrocinio, cualquiera que sea su país; nueva prueba de que la caridad romana ha aspirado siempre á ser católica.

La Cofradía se compone de un cardenal protector; de un prelado miembro de la magistratura de Roma, llamado prefecto, y de asociados, todos hombres sabedores de las leyes. El pobre que reclama su apoyo envía directamente su súplica al cardenal protector, quien la manda á alguno de los legistas de la sociedad. Este examina las certificaciones de indigencia y las razones presentadas como prueba de su derecho por el peticionario; luego, reunidas estas dos condiciones de justicia y de miseria, se encarga la Cofradía de la causa y uno de los cofrades presenta la defensa. Además, el pobre es elocuentemente defendido, porque la Cofradía ha visto siempre entre sus miembros á personajes célebres; hoy todavía está orgullosa de haber contado entre sus filas al ilustre Benedicto XIV, cuando no era más que el abogado Lambertini. Los soberanos Pontífices, por su parte, no han cesado de estimular ó impulsar esa asociacion eminentemente cristiana. Benedicto XIII la concedió el privilegio de poder condecorar con la prelatura romana al abogado que le pluguiese elegir.

8 DE FEBRERO.

Carnaval.—Caridad romana con el pobre sin abrigo.—Visita á Santa Galla y á San Luis.

Era cerca de medio dia cuando salimos para seguir nuestro itinerario; pero el carnaval estaba en la calle y nos fué preciso batirnos en retirada. Por otra parte, los historiadores más graves de la antigüedad

han descrito las alegrías del pueblo-rey y por ello debemos darles las gracias; porque los placeres de los pueblos tienen también su enseñanza. Tal será mi excusa, si hablo del Carnaval en la Roma moderna.

Los romanos de hoy, dignos herederos de los hijos de Rómulo, son todavía locos amantes de los espectáculos; el carnaval en particular parece trastornarles la cabeza. A esta fiesta burlesca, le dan una importancia perfectamente cómica, y su entusiasmo se traduce en un proverbio muy conocido. Para señalar las grandes épocas del año, dicen: "El santo Natale, la Pasqua e il santissimo carnevale," la Santa Navidad, la Pascua y el santísimo carnaval. Al acercarse el carnaval, la lotería no puede bastar á las demandas de billetes; el Monte de Piedad se llena de objetos de primera necesidad que los pobres depositan allí en prenda del dinero que necesitan; los colegios públicos se cierran; los almacenes del "Corso" no venden ya y se trasforman en tribunas y en galerías para los espectadores; toda la ciudad se pone de fiesta.

La apertura del carnaval se anuncia por la gran campana del Capitolio, que no suena más que en esta circunstancia y en la muerte del Papa! A las doce en punto se hace oír. Entonces el senador de Roma, con gran manto de seda bordado de oro, acompañado de guardias y de pajes ricamente vestidos, baja la célebre colina, en un coche brillante de plata y dorados; recorre el Corso de uno á otro extremo. Su presencia anuncia al pueblo que puede comenzar. Apenas ha dejado la calle la carroza senatorial, cuando un cañonazo da la señal de la fiesta. En un abrir y cerrar de ojos se llena el "Corso" de dos hileras continuas de carruajes que circulan lentamente, y cuyo doble movimiento de ida y de vuelta forma una cadena móvil desde la plaza del Pueblo hasta la plaza de Venecia. Hasta los últimos pisos en todas las

enerucijadas y balcones hay tendidas ricas cortinas rojas, tras de las cuales hay espectadores que arrojan á los carruajes y á los máscaras los "confetti." Estas son unas pequeñas bolas como una nuez de harina y que se rompen al caer. Lluven también flores y pedazos pequeños de chocolate del mismo tamaño que los "confetti." Nadie se escapa, aunque sean príncipes ó princesas. Para evitarse los paseantes del granizo que les asalta, se cubren el rostro con una máscara de alambre; pero nada preserva sus vestidos, que después de algunos minutos se ponen blancos como los de los panaderos. Los transeúntes por su parte, se previenen con grandes canastas llenas de inocentes proyectiles y tiran á su sabor.

En medio de los coches circulan, saltan, danzan, cantan é improvisan millares de máscaras de todas formas y de todos colores. En las dos banquetas se oprime una multitud compacta que devora con los ojos el cómico espectáculo; que se apasiona, que se estremece y que estalla en bravos ó en carcajadas de risa pareciendo así ébria de alegría. Colocados nosotros también en el balcón aislado de un tercer piso, no pudimos dominar la hilaridad á vista de ciertas escenas de una extravagancia completa. La primera de estas singularidades ó "excentricidades," como habla cierto orador político, era un improvisador con traje de trovador. Iba colocado á manera de jockey detrás de una cabeza descubierta y cantaba sus versos animándose con un tambor vascuence. Los chistes eran tan cómicos y tan satíricos, que la multitud reunida alrededor del coche reía estrepitosamente; la risa se comunicaba á los balcones y se convertía del todo en homérica.

Apareció en seguida un doctor en medicina, vestido como Sangrado, la cabeza cubierta con un sombrero negro á la Robinson y de un metro de altura; el cuerpo

rodeado de un ancho vestido negro fijo con un cinturón y la nariz adornada con un par de anteojos, de los cuales cada vidrio tenía la extensión de un plato. A un lado del doctor marchaban sus ayudantes, sus criados. Los primeros encargados del recetario mágico, abrian paso á su amo; los segundos llevaban levantado á la altura de sus cabezas, cierto instrumento que por sus dimensiones colosales no se parecía á los de su género, sino que daba idea de la chimenea de un buque de vapor. Gritos y alborotos por otra parte inocentes, señalaban el camino del discípulo de Hipócrates. Manifestaciones de otro género acogian á un gracioso personaje que comunicaba en zigzag, de enfiéndose delante de los balcones más anchos; éste era lo que la multitud llamaba el jardinero del Papa. Este máscara, armado de una serpiente de madera que se alargaba y se encogía, según se quería, arrojaba hasta los segundos pisos ramos de violetas y de rosas de primavera. En recompensa recibía en el rostro algunas buenas puñadas de "confetti." ¡Oh crueldad!

Entre el número de estos actores al aire libre, figuraban muchos alumnos de la Academia de Francia, y representaban una escena de bandidos. Mirad verir un máscara de hercúleas proporciones y de carabina á la espalda; lleva de la brida un soberbio caballo, sobre el cual va atravesado y fuertemente atado un noble viajero, con la cabeza rodeada de un lienzo ensangrentado. Alrededor del caballo marchan ocho bandidos armados de carabinas y de puñales. Detrás vienen dos caballos de carga que llevan los ricos despojos del viajero, á quien la tropa infernal conduce á su retiro en el fondo de la selva. De vez en cuando hubiérais visto á la desgraciada víctima, haciendo esfuerzos por querer desembarazarse de las ligaduras y al punto dirigirse todas las carabinas contra

ella y todos los puñales contra su pecho. Tal era la verdad de aquella escena, que si los actores no hubieran sido compatriotas nuestros, se les hubiera tomado por veteranos en el oficio.

Por otra parte, para ver el carnaval y reirse con ganas, yo no estaba en mala compañía. A mi izquierda estaba un profesor de historia eclesiástica, sacerdote respetable bajo todos aspectos; á mi derecha un obispo! sí, un obispo, ¡y qué obispo! para hablar al estilo de M. Julio Janin, un obispo de la Oceánica, un apóstol. Mientras aquel pueblo de niños grandes, se enloquecía en la calle, nosotros hablábamos de misiones, de salvajes, de propaganda de la fe. Nuestra conversacion habia durado ya algun tiempo y seguia, cuando se hizo oír un cañonazo; éste anunciaba á los carruajes que estuviesen listos para salir del "Corso;" y todos los coches se detuvieron. Pocos minutos después, un segundo cañonazo dió la señal de salida; en un abrir y cerrar de ojos quedó despedida la calle, y solo las banquetas quedaron obstruidas de gentes de á pié. Dos piquetes de dragones recorrieron á galope el "Corso" en toda su longitud, á fin de barrer el espacio para la carrera de caballos.

En la plaza del Pueblo se tienen siete caballos salvajes ("barberi"). Estos animales, perfectamente adornados con cintas, están cubiertos con hojas de papel y espuelas de hierro, cuyo roce y cuyas picaduras les espantan y excitan de tal modo, que más bien vuelan que corren. En algunos minutos han atravesado á Roma sin que se les haya visto desviarse á la derecha ó á la izquierda; el que llega primero es el que alcanza el premio. Acabada la carrera, otro cañonazo anuncia el fin de las diversiones de aquel día. Cada cual vuelve á su casa, todas las caretas caen y solo puede conservarse el disfraz. Y veis á todo aquel pueblo, dócil como un niño,

someterse exactamente á esta sábia prescripcion; al dia siguiente vuelve á empezar la fiesta y se pasa como la víspera. Antes de la señal, no hay un máscará en las calles; despues del "Ave María" no hay una careta en los rostros. A vista de esta sumision, así como del orden y de la decencia que reinaban en la fiesta, no pudimos dejar de decir: Si esto fuera en Paris, en lugar de algunos dragones, serian necesarios regimientos enteros para contener á la multitud y prevenir el desorden; habria probablemente resistencias, querellas, sangre derramada; aquí, nada de eso hay; tan cierto así es que nosotros no sabemos divertirnos!

El último dia, á la carrera de caballos sigue el juego de los "moccoletti;" este es el ramillete del carnaval. Los "moccoletti," son pequeñas bujías que uno lleva en la mano; se cuentan por millares desde el pavimento de la calle hasta los últimos pisos; de este modo, el "Corso se vé iluminado como por encanto. Ahora bien; se ponen á quien apague el "moccole" de su vecino. Todo sirve para esto; los ramilletes de flores, ó las puñadas de "confetti," el sombrero y hasta el pañuelo. Este le sopla sin cumplimiento en las narices del portador; aquel salta por detrás de los coches y de un solo golpe apaga los "moccoletti;" de todos los que van en ellos; mientras este hace esta jugada, otro le imita; se ven tambien algunos que armados de largos apagadores se ponen delante de los balcones á apagar los "moccoletti;" y cada vez que se logra apagar alguno ó algunos, todos los festejan con carcajadas ruidosas y pronuncian, dirigiéndose á aquel, cuya antorcha ha sido apagada, esta frase de chanza: "¡Senza meccolo! ¡Senza meccolo! Además, todo aquel pueblo agitándose en diversos sentidos, aquellos gritos de alegría, aquellas risas prolongadas, aquellos millares de antorchas apagadas y

luego encendidas, vueltas á apagar y vueltas á encender, forman el espectáculo más animado y más curioso que se puede imaginar. De agradable que es esta escena vista desde un solo punto, se convierte en magnífica, cuando dirigiendo la vista hácia lo léjos, el espectador mira desarrollarse ante él aquella inmensa iluminacion, cuyos movimientos dan al "Corso" el aire de un rio de fuego agitado por las olas. A la media noche un último cañonazo anuncia el fin, y todos los "moccoletti" se apagan. Tal es el carnaval de Roma, del cual solo puedo decir que es perfectamente bello, y perfectamente loco.

Por otra parte, al lado frívolo de estas diversiones, ha sabido la religion unir un carácter de gravedad que solo se encuentra en Roma. Así los viérnes, los domingos y las fiestas que se encuentran durante el carnaval, son de guarda, es decir, que no hay ni máscaras, ni juegos, ni carreras. Si por esta razon el carnaval solo puede durar diez dias plenos, el excedente del premio de las carreras se da en limosnas á comunidades pobres. El Santo Padre tambien hace su carnaval; todas las mañanas viene á la ciudad, se muestra á su pueblo y visita á algunas casas religiosas, en las cuales deja bendiciones y beneficios. En cierto dia invita á los cardenales y algunas personas elegidas, á una lotería privada en favor de los pobres, que tiene lugar en sus habitaciones. Se ve que Roma nada ha desperdiciado por hacer lo ménos perjudicial que se pueda, diversiones cuyo uso seria demasiado peligroso abolir. Añadiré que por la mañana, al llegar á San Pedro, habiamos visto una larga procesion que subia las gradas del vestibulo. Se componia de una corporacion, cuyos miembros, vestidos con largos sacos rojos, iban precedidos de una cruz de quince piés de altura y de un grueso proporcionado. Esta cruz de carton color

de corteza de árbol, redonda, nudosa, se parece enteramente á dos árboles provisionalmente unidos para formar un instrumento de suplicio; no se la puede ver sin sentir una impresion de terror; tan á propósito está para impresionar. Esta procesion venia á asistir á la bendicion del Santo Sacramento y á las Cuarenta-Horas que tienen lugar para servir de contrapeso á los peligros del carnaval. El mismo Santo Padre vino á exponer al Santísimo Sacramento. La Iglesia, semejante á Job que ofrecia sacrificios al Señor despues de los inocentes festines en que se habian reunido sus hijos, para expiar de este modo las faltas de que hubieran podido hacerse culpables, é inquieto por la conducta de sus hijos durante esos dias de dissipacion y de placer, ofrece á Dios una víctima de expiacion y manda hacer oraciones más largas y más solemnes. Yo no sé si será; mas á mí me parece una bella armonía.

Despues de los "moccoletti," en vez de volver á tomar el camino de nuestro hotel, nos dirigimos á un doble asilo preparado por la caridad romana al pobre sin abrigo. Cuando al caer la noche recorreis ciertas calles de Paris ó de Lóndres, vereis desembocar por todas partes un pueblo de hombres, de mujeres y de niños hechos un andrajo; luego desaparecen repentinamente en bodegas malsanas ó en inmundas bohardillas. Allí les espera una cama de paja ó de estiércol; allí por algunos sueldos se acuestan confundidos unos con otros, hasta que el dia llama á las calles á aquellos rebaños de seres degradados, cuyo solo aspecto debería hacer avergonzar á las dos capitales que se proclaman las reinas de la civilizacion. ¡Qué espectáculo tan diferente presenta Roma!

Cuando llegamos más allá del Velabro, cerca del pórtico de Octavia, oimos los pasos de un gran número de hombres y de

niños que resonaban en el pavimento de la calle y de la encrucijada; eran todos pobres. ¿A dónde iban? Iban, como nosotros, al hospicio de Santa Galla. Voy á daros la historia de esta tierna creacion. A mediados del siglo décimosétimo, el caritativo sacerdote Marco Antonio Odelcaschi abrió en Santa Galla un refugio en la noche para todos los pobres sin asilo, especialmente en el invierno. Se veía aquel santo hombre yendo él mismo á buscarles por las calles y en las encrucijadas, hacerles subir á su carroza y llevarles á su hospicio. ¹ Llegó á recoger quinientos ó seiscientos, cuyos harapos convertia en vestidos y á quienes daba calzado, una cama, fuego y una sopa que les servia con sus propias manos; pero su principal objeto era instruirles en las cosas de la fe. Inocencio X, D. Livio y D. Baltazar Odelcaschi, todos miembros de la ilustre familia tan conocida en Roma por su generosa caridad, aseguraron la perpetuidad de esta obra.

Hoy los pobres encuentran en Santa Galla un abrigo para su sueño y un catre con jergon, almohadas y cobertores. En estío se les recibe allí hasta las ocho y media. Se cuentan 224 lechos en cinco dormitorios; tres son comunes; otro sirve para los enfermos de la piel; el quinto está destinado á los eclesiásticos; este último tiene once camas. El refugio está abierto para el pobre, mientras tiene necesidad de él.

Entramos en aquellos "miembros del Salvador, que sufren," ó más bien con nuestros "amos," según la evangélica expresion de San Juan el Limosnero. Habia allí muchos eclesiásticos que las recibian con gran cordialidad. Se les hizo to-

¹ Egli medesimo si andava cercando per le vie e per le piazzie di Roma, e ritrovandone li conduceva in carrozza in quest'ospicio. Const., 209.

mar lugar, y luego se empezó á distribuirles el pan de la caridad espiritual. Un día es el catecismo; otro, rosario; el sábado un rasgo de historia relativo á la Santísima Virgen, y se les confiesa cuando hay lugar. Estos diferentes ejercicios, acompañados algunas veces de cantos, se prolongan hasta muy avanzada la noche. Cada año se les hace un retiro, y el 5 de Octubre, día de la fiesta Santa Galla, se saca en suerte una lista de doce pobres á quienes se les sirve una buena comida.

Esta maternal caridad que acoge á los hombres en Santa Galla, la encontramos en San Luis, ejerciéndose con las mujeres. Este nuevo hospicio, inmediato al primero, fué fundado á principios del último siglo por el venerable padre Gallazi, de Florencia. Se compone de dos dormitorios, de una capilla, de una sala de recreacion y de un jardín. Las rentas actuales no permiten tener arriba de treinta camas, pero el local podía contener el doble. Las pobres mujeres, que al toque del "Angelus," se presentan allí por la noche, son admitidas desde luego si hay lugar. Se excluyen solamente las enfermas, las mujeres en cinta, las afectas de males cutáneas, puesto que todas ellas tienen asilos especiales. Personas caritativas las reciben y las instruyen. Después de la instruccion y de la oracion se les envia á sus lechos, compuestos de jergones y cobertores. Por la mañana, luego que se levantan, salen á sus trabajos. Una vez al mes oyen la misa y comulgan en el hospicio. Ese día se les da un medio paolo (25 céntimos de franco) en compensacion de lo que hubieran podido ganar durante ese tiempo (1). A vista de tantos cuidados, de tantos miramientos con el pobre, en otro tiempo tan profundamente despreciado de la sociedad pagana, y hoy tan mal comprendido en nuestras socieda-

1 Constanzi, p. 209; Morich, p. 134.

des materialistas, los ojos del viajero se humedecen con dulces lágrimas y su memoria le recuerda el oráculo del Profeta del cual habia hecho con gusto aplicacion á esta Iglesia romana su madre, y el modelo de los pueblos: "A vos ha sido confiado el pobre y seréis el apoyo del huérfano." Si se siente alguna pena es solo la de pensar en que más allá de los Alpes, en el hermoso reino de Francia no se encuentra nada semejante.

9 DE FEBRERO.

El día de la Ceniza.—Capilla papal.—Caridad romana con los ancianos.—Con las viudas.—Asilo Barberini para los moribundos.—Ministros de los enfermos.—De los muertos.—Archicofradía de la Muerte.—Del sufragio.—El "Ave María" de los muertos.

Nos dormimos en el carnaval y despertamos en la Cuaresma. A la media noche las campanas de la ciudad santa se pusieron en movimiento y anuncian solemnemente la apertura de la gran cuarentena. Yo no sé qué impresion produjo aquel inmenso repique á una hora tan desusada. Graves y santos pensamientos os asaltan, y hasta el hombre más irreflexivo no puede escaparse de tenerlos. Al primer sonido de las campanas, los bailes, los teatros, los "soirées," todo acabó y acaba hasta la Pascua, al menos los teatros y los bailes. El ayuno católico ha reemplazado las locas alegrías y los pensamientos mundanos. El pueblo romano que habia tomado el carnaval por lo serio, toma tambien la Cuaresma en el mismo sentido. Desde por la mañana del Miércoles de Ceniza, llena las iglesias y recibe en su frente la señal solemne de la penitencia. Todo permanece tranquilo en la ciudad, ayer todavía tan ruidosa; Roma ha recobrado su fi-

sonomía de grave y de casta matrona; podia decirse que el carnaval habia pasado hacia ya un año.

Nosotros fuimos tambien á buscar la ceniza á la capilla Sixtina y nos fué dado recibirla de mano del Soberano Pontífice. Si en todas partes la lúgubre ceremonia es imponente, en ninguna bajo el cielo lo es tanto como en San Pedro. El Sacro Colegio, los generales de las órdenes, los embajadores, los prelados romanos, los obispos extranjeros, ancianos de cabellos blancos ó bien jóvenes, lo más selecto de las naciones, adornaban, por decirlo así, el recinto reservado de la soberbia capilla; el Santo Padre estaba en su trono. De pronto baja, y os dejó contemplar cuál será el sentimiento que debe experimentar el viajero oscuro, cuando ve al cardenal gran penitenciario, avanzar adelante del vicario de Jesucristo y decirle al ponerle la ceniza en la cabeza más augusta del universo: "¡Acuérdate, hombre, de que eres polvo y qué volverás al polvo! 1. Confieso que á ejemplo semejante poco cuesta humillarse. Apenas volvió el Soberano Pontífice á su trono, cuando toda la asamblea vino con profundo recogimiento á prosternarse á sus piés y á recibir de su mano sagrada el signo de la penitencia.

Al salir de la ceremonia, uno de nuestros amigos de Roma, quiso dirigir nuestra expedicion á los hospitales que nos faltaba visitar. Durante el camino, la conversacion recayó sobre el respeto á la autoridad, respeto eminentemente social, del cual acabábamos de tener un ejemplo en la manera con que el Santo Padre recibió la ceniza. "Estas tradiciones saludables, añadió nuestro guía, se conservan todavía en nuestras familias; generalmente la autoridad paternal es muy respetada. Entre los

1 El Santo Padre en señal de su dignidad suprema no se arrodilla, sino que en pié recibe la ceniza.

padres y los hijos no reina esa familiaridad que se acerca á la igualdad; nada de tutear los hijos á los padres, ni de los padres á las madres; el hijo no abraza á su padre ni por la mañana ni por la noche; se contenta con solo besarle la mano." Así, cuando los Romanos ven la manera que acostumbran nuestros Franceses con sus hijos, dicen muy asombrados: "E un dar troppo confidenza ai figli." Es dar muchas confianzas á los hijos. ¿No tendrían razon?

Entre tanto llegábamos al objeto de nuestro viaje. Antes de tocar el pobre á su última hora, cuando sus fuerzas agotadas por la edad no le permiten bastarse á sí mismo, encuentra gracias á la caridad romana un abrigo para su vejez, como encontró una cuna para su infancia, un socorro para su miseria y remedios para sus enfermedades. Le hemos visto en San Miguel, en Santa María de los Angeles, dejando correr tranquilamente sus días, rodeado de todos los cuidados del cuerpo y del alma; parece que en esta larga cadena de beneficios, no falta ni un eslabon. Por tanto, solo el ojo maternal de Roma entreve una solucion de continuidad, en que no sé que los otros países fijen la atencion. Con demasiada frecuencia las mujeres del pueblo, esposas laboriosas de honrados obreros, se quedan viudas ántes de tiempo. Secundadas por sus maridos, proveian á sus necesidades; pero solas no pueden, y si se quedan en medio del mundo ¿cuántos peligros la esperan! ¿Y cómo sacarlas de ellos? Demasiado jóvenes todavía no se las puede colocar en los hospicios de las ancianas. ¿Qué medio para preservar su virtud y asegurar su existencia? Este grave problema, tan interesante para las costumbres públicas, lo ha resuelto Roma. En su seno existen piadosas casas que acogen gratuitamente á las pobres viudas y les proporcionan un asilo, sin darlas por otra parte alimentos ni vestidos. Vive allí en comunidad, con la liber-

mar lugar, y luego se empezó á distribuirles el pan de la caridad espiritual. Un día es el catecismo; otro, rosario; el sábado un rasgo de historia relativo á la Santísima Virgen, y se les confiesa cuando hay lugar. Estos diferentes ejercicios, acompañados algunas veces de cantos, se prolongan hasta muy avanzada la noche. Cada año se les hace un retiro, y el 5 de Octubre, día de la fiesta Santa Galla, se saca en suerte una lista de doce pobres á quienes se les sirve una buena comida.

Esta maternal caridad que acoge á los hombres en Santa Galla, la encontramos en San Luis, ejerciéndose con las mujeres. Este nuevo hospicio, inmediato al primero, fué fundado á principios del último siglo por el venerable padre Gallazi, de Florencia. Se compone de dos dormitorios, de una capilla, de una sala de recreacion y de un jardín. Las rentas actuales no permiten tener arriba de treinta camas, pero el local podía contener el doble. Las pobres mujeres, que al toque del "Angelus," se presentan allí por la noche, son admitidas desde luego si hay lugar. Se excluyen solamente las enfermas, las mujeres en cinta, las afectas de males cutáneas, puesto que todas ellas tienen asilos especiales. Personas caritativas las reciben y las instruyen. Después de la instruccion y de la oracion se les envia á sus lechos, compuestos de jergones y cobertores. Por la mañana, luego que se levantan, salen á sus trabajos. Una vez al mes oyen la misa y comulgan en el hospicio. Ese día se les da un medio paolo (25 céntimos de franco) en compensacion de lo que hubieran podido ganar durante ese tiempo (1). A vista de tantos cuidados, de tantos miramientos con el pobre, en otro tiempo tan profundamente despreciado de la sociedad pagana, y hoy tan mal comprendido en nuestras socieda-

1 Constanzi, p. 209; Morich, p. 134.

des materialistas, los ojos del viajero se humedecen con dulces lágrimas y su memoria le recuerda el oráculo del Profeta del cual habia hecho con gusto aplicacion á esta Iglesia romana su madre, y el modelo de los pueblos: "A vos ha sido confiado el pobre y seréis el apoyo del huérfano." Si se siente alguna pena es solo la de pensar en que más allá de los Alpes, en el hermoso reino de Francia no se encuentra nada semejante.

9 DE FEBRERO.

El día de la Ceniza.—Capilla papal.—Caridad romana con los ancianos.—Con las viudas.—Asilo Barberini para los moribundos.—Ministros de los enfermos.—De los muertos.—Archicofradía de la Muerte.—Del sufragio.—El "Ave María" de los muertos.

Nos dormimos en el carnaval y despertamos en la Cuaresma. A la media noche las campanas de la ciudad santa se pusieron en movimiento y anuncian solemnemente la apertura de la gran cuarentena. Yo no sé qué impresion produjo aquel inmenso repique á una hora tan desusada. Graves y santos pensamientos os asaltan, y hasta el hombre más irreflexivo no puede escaparse de tenerlos. Al primer sonido de las campanas, los bailes, los teatros, los "soirées," todo acabó y acaba hasta la Pascua, al menos los teatros y los bailes. El ayuno católico ha reemplazado las locas alegrías y los pensamientos mundanos. El pueblo romano que habia tomado el carnaval por lo serio, toma tambien la Cuaresma en el mismo sentido. Desde por la mañana del Miércoles de Ceniza, llena las iglesias y recibe en su frente la señal solemne de la penitencia. Todo permanece tranquilo en la ciudad, ayer todavía tan ruidosa; Roma ha recobrado su fi-

sonomía de grave y de casta matrona; podia decirse que el carnaval habia pasado hacia ya un año.

Nosotros fuimos tambien á buscar la ceniza á la capilla Sixtina y nos fué dado recibirla de mano del Soberano Pontífice. Si en todas partes la lúgubre ceremonia es imponente, en ninguna bajo el cielo lo es tanto como en San Pedro. El Sacro Colegio, los generales de las órdenes, los embajadores, los prelados romanos, los obispos extranjeros, ancianos de cabellos blancos ó bien jóvenes, lo más selecto de las naciones, adornaban, por decirlo así, el recinto reservado de la soberbia capilla; el Santo Padre estaba en su trono. De pronto baja, y os dejó contemplar cuál será el sentimiento que debe experimentar el viajero oscuro, cuando ve al cardenal gran penitenciario, avanzar adelante del vicario de Jesucristo y decirle al ponerle la ceniza en la cabeza más augusta del universo: "¡Acuérdate, hombre, de que eres polvo y qué volverás al polvo! 1. Confieso que á ejemplo semejante poco cuesta humillarse. Apenas volvió el Soberano Pontífice á su trono, cuando toda la asamblea vino con profundo recogimiento á prosternarse á sus piés y á recibir de su mano sagrada el signo de la penitencia.

Al salir de la ceremonia, uno de nuestros amigos de Roma, quiso dirigir nuestra expedicion á los hospitales que nos faltaba visitar. Durante el camino, la conversacion recayó sobre el respeto á la autoridad, respeto eminentemente social, del cual acabábamos de tener un ejemplo en la manera con que el Santo Padre recibió la ceniza. "Estas tradiciones saludables, añadió nuestro guía, se conservan todavía en nuestras familias; generalmente la autoridad paternal es muy respetada. Entre los

1 El Santo Padre en señal de su dignidad suprema no se arrodilla, sino que en pié recibe la ceniza.

padres y los hijos no reina esa familiaridad que se acerca á la igualdad; nada de tutear los hijos á los padres, ni de los padres á las madres; el hijo no abraza á su padre ni por la mañana ni por la noche; se contenta con solo besarle la mano." Así, cuando los Romanos ven la manera que acostumbran nuestros Franceses con sus hijos, dicen muy asombrados: "E un dar troppo confidenza ai figli." Es dar muchas confianzas á los hijos. ¿No tendrían razon?

Entre tanto llegábamos al objeto de nuestro viaje. Antes de tocar el pobre á su última hora, cuando sus fuerzas agotadas por la edad no le permiten bastarse á sí mismo, encuentra gracias á la caridad romana un abrigo para su vejez, como encontró una cuna para su infancia, un socorro para su miseria y remedios para sus enfermedades. Le hemos visto en San Miguel, en Santa María de los Angeles, dejando correr tranquilamente sus días, rodeado de todos los cuidados del cuerpo y del alma; parece que en esta larga cadena de beneficios, no falta ni un eslabon. Por tanto, solo el ojo maternal de Roma entreve una solucion de continuidad, en que no sé que los otros países fijen la atencion. Con demasiada frecuencia las mujeres del pueblo, esposas laboriosas de honrados obreros, se quedan viudas ántes de tiempo. Secundadas por sus maridos, proveian á sus necesidades; pero solas no pueden, y si se quedan en medio del mundo ¿cuántos peligros la esperan! ¿Y cómo sacarlas de ellos? Demasiado jóvenes todavía no se las puede colocar en los hospicios de las ancianas. ¿Qué medio para preservar su virtud y asegurar su existencia? Este grave problema, tan interesante para las costumbres públicas, lo ha resuelto Roma. En su seno existen piadosas casas que acogen gratuitamente á las pobres viudas y les proporcionan un asilo, sin darlas por otra parte alimentos ni vestidos. Vive allí en comunidad, con la liber-

tad de salir, de trabajar como les plazca y de ocuparse como quieran. Visitamos desde luego la casa de este género, fundada por el caritativo médico José Ghislieri en Torre del Grillo; sirve de habitación á seis pobres viudas. De allí, dirigiéndonos hácia el forum de Trajano, vimos el asilo abierto por los príncipes Ruspoli, en el cual cada viuda ocupa un cuarto separado. Viene en seguida el «Boschetto», que sirve de morada á diez pobres viudas; luego el asilo parroquial de San Lorenzo «in Lucina», cuyo excelente cura nos hizo la acogida más favorable; por fin, el refugio de los príncipes Barberini en «Santa María in Via»; éste es el mejor de Roma, pues cada viuda tiene para ella sola dos cuartos y una cocina ¹.

Al fin la gran catástrofe se anuncia; la muerte precedida de la enfermedad, la muerte tan cruel para todos, tan desoladora para el pobre, viene á buscar sus víctimas. Pero en Roma la caridad la adelanta; está sentada cerca del lecho. Su hijo morirá porque es necesario; pero morirá en brazos de su madre rodeado de sus caricias y de sus cuidados. No hablaré aquí de los cuidados materiales; gracias al cristianismo, son generalmente los mismos que en todas las naciones civilizadas. En cuanto á los cuidados espirituales, decisivos en esos momentos supremos, ¿cómo expresar la tierna solicitud con que Roma los prodiga? Para no ser largo, omito las piadosas cofradías de los agonizantes, las que frecuentan los hospitales, y las obras particulares que tienen por objeto conseguir para los enfermos la gracia de una santa muerte; me limito á señalar la institución de San Camilo de Lelis.

No podeis bajar á uno de los cuarteles de Roma, sin encontrar un religioso de continente grave y modesto. Sobre su

¹ Constanzi, p. 130; Merich., p. 157.

larga sotana negra, cubierta con una capa del mismo color, se dibujan dos grandes cruces rojas que están colocadas, la una en el corazón y la otra en la espalda. Este religioso, venerado de todos, es un hijo de San Camilo de Lelis, ó de otro modo, un «ministro de los enfermos.» A todas horas del día y de la noche él y sus cofrades están á las órdenes de los enfermos. La caridad los atrae á sus lechos; y todos los cuidados corporales y socorros espirituales que pueden inspirar el celo y la abnegación, les prodigan á los enfermos, ricos ó pobres, extranjeros ó nacionales. Nada importa que la enfermedad sea contagiosa; ellos afrontarán, como soldados intrépidos, el peligro, y no abandonarán nunca el puesto de honor que les está confiado. Por uno de esos rasgos bastante comunes en la edad media, pero muy raros hoy, los ministros de los enfermos añaden á los votos ordinarios el de no abandonar nunca á los apestados. Ya tendré ocasión de hablar más tarde de su casa y de su santo fundador.

Por fin, el pobre muere; pero no está abandonado. Mirad venir no sé á cuántos piadosos cofrades que se disputan el honor de llenar con él los últimos deberes, de lavar, de sepultar su cuerpo y de llevarlo á las espaldas al «campo santo.» Mas si muere en los campos, en medio de aquel campo romano tan temible por su soledad y por el «mal aria», aire mal sano que allí se respira, nada hay tampoco que temer; como Tobías en Nínive, así la caridad desafiará los peligros. Es preciso saber que en la época de las cosechas, numerosos obreros bajan de la Sabina y vienen á ofrecer sus brazos á los propietarios de las partes cultivadas del campo romano; y que desde que se desarrolla el calor, les agobian grandes males.

Sus pulmones, habituados al aire sutil de las montañas, están mal situados en la

atmósfera de la llanura. Sus cuerpos, cuyos poros ha abierto el sol, se enfrian bruscamente con el contacto inmediato de un fresco rocío y de la tierra que les sirve de cama. La fiebre se apodera de alguno de ellos, á quienes el «Caporale», casi en el mismo estado que ellos, les trasladada á su tienda de campaña, poniéndoles cerca de ellos una poca de agua acidulada. Por la tarde todas las víctimas del día son llevadas en carreta al hospital más inmediato, que dista muchas veces diez ó doce leguas. La noble y piadosa familia Doria Pamphile ha dado el bueno y único ejemplo de establecer en cada una de sus fincas de campo un carruaje cómodo para cumplir este caritativo deber; pero con demasiada frecuencia se llega al lugar en donde se encuentran los socorros, á tiempo en que ya son inútiles. Algunas veces, en el paroxismo de la fiebre, aquellas pobres gentes se alejan de su comunidad, y no es raro que la muerte les toque lejos de sus amigos.

Estos tristes acontecimientos son bastante frecuentes para que hombres piadosos hayan formado una cofradía que recorrer los campos para recoger allí á los enfermos y trasladarles al hospital, así como para sepultar los cuerpos de los que mueren ignorados.

Por eso en aquellos campos romanos, en donde los palacios y los jardines en ellos situados en otro tiempo, habían alejado el arado, podía morir ahora el hombre solo y su cadáver entregado á aves de rapiña, si el cristianismo no hubiera llenado algunos corazones de una sublime caridad. Pero debo apresurarme á decir que no se podría acusar enteramente á los hombres de aquellas desgracias, porque estas resultan en gran parte de la naturaleza de las cosas que necesitando una inmensa reunión de obreros en lugares muy mal sanos, mal provistos de habitaciones

y situados lejos de la ciudad, hace muy difícil prodigar cuidados á ochocientos ó novecientos labradores que están empleados por algunos hacendados. No obstante, se ha reconocido que el mal puede disminuirse y la suerte de aquellos labradores mejorarse por medio de algunas precauciones que el gobierno pontificio y la administración francesa han recomendado igualmente. ¹

Deseosos de conocer la piadosa cofradía, que yendo á buscar á lo lejos, en los campos, enfermos que curar ó muertos que sepultar, da al mundo un ejemplo tan magnífico de caridad, nos dirigimos á la «Vía Giulia», en donde está su iglesia. Allí supimos que la asociación se remonta al año de 1551. Es muy numeroso y se compone de personas de condición acomodada y de buena educación. Entre sus miembros fué el más celoso San Carlos Borromeo, sobrino del papa entonces reinante. El traje consiste en un largo saco de tela blanca. Al estar nosotros en la iglesia se acababa de saber la noticia de un accidente que había tenido lugar en el campo. Advertidos al punto, llegaron á toda prisa algunos hermanos; se cubrieron con su saco y se pusieron en camino. Así lo hacen en todos tiempos y en todas estaciones, y van á buscar el cuerpo á veinte ó á treinta millas de Roma. Tienen derecho de enterrarlo en el cementerio que juzguen conveniente. La cofradía recoge por término medio, anualmente, trece muertos en el campo, y á distancia de nueve á diez y siete millas.

En el interior de Roma los cofrades acompañan aquellos fúnebres cortejos, como lo hacen también muchas asociaciones. Revestidos con su saco, salen de dos en dos, precedidos de un estandarte largo y angosto, con las caras cubiertas con un

¹ M. de Tournon. *Estudios estadísticos sobre Roma*, tit. I, p. 285.

capuchon que tiene dos agujeros para que puedan ver; se dirigen de este modo á la casa designada, llevan al muerto á la iglesia rezando salmos y teniendo antorchas en las manos. Las cofradías de Roma acompañan así á su sepultura, no solo á sus miembros, sino también á los extraños.

Hé ahí, pues, al pobre recibido á su entrada en la vida, abrigado, socorrido en sus necesidades y en sus enfermedades, asistido á la hora de su muerte, depositado con respeto en la tierra santa de donde debe levantarse algún día; tal es hacia el último de los hijos de Adán la veneración profunda y constante de Roma cristiana. Esta conducta, comparada á la de la Roma imperial, forma un contraste de tal modo inexplicable, que sería necesario ser muy ciego para no ver en él, bajo una de sus facies más divinas, el brillante milagro que cambió las costumbres y las ideas del género humano. La admiración y el reconocimiento que él excita se hacen más vivos todavía, cuando se piensa en que la caridad romana, salvando el umbral de la tumba, va á consolar al hijo de su ternura hasta el seno de la eternidad. ¡Qué no tenga yo una pluma bastante elocuente para pintar dignamente el amor natural de Roma hacia los difuntos! ¡Oh, vosotros que amais los piadosos recuerdos de los siglos de fe y las tiernas costumbres de nuestros padres, venid á la ciudad santa; y cuando os sea dado contemplarla, por favor, tened ojos para ver, más no palacios, cuadros, estatuas, obeliscos, teatros y naumáquias. ¡Salved ver á Roma en Roma!

La Iglesia, tierna Raquel, madre y señora de todas las demás Iglesias, está sin cesar en movimiento para comunicar su solicitud en favor de sus hijos que han dejado de existir. ¡Qué consuelo para ella ver que un buen resultado corona sus esfuerzos! Quisimos ser de ello felices testi-

gos. En una de las bellas iglesias de la *Via Giulia* está establecida hace tres siglos la archicofradía del *Sufragio*, inmensa asociación rica en indulgencias, que extiende sus ramas hasta las partes más remotas del mundo católico. De allí corre incesantemente un río de oraciones, de limosnas, de buenas obras, de misas, que va á llevar el descanso y la paz á las almas detenidas en las llamas expiatorias. No habreis olvidado aquella otra cofradía, tan imponente por su número, tan admirable por el fervor de sus miembros, que todas las tardes acude al hospital del Espíritu Santo y que luego que se acerca la noche, bajando devotamente de la cresta escarpada del Janículo, se va á orar en los sepulcros. Añadid á esta, otras veinte asociaciones que podeis ver todas las tardes en los diferentes hospicios, y en los oratorios nocturnos, rezando los oficios santos por las almas del purgatorio. En fin, cuando el otoño trae la solemne fiesta de los Muertos, trasladados á la *Via Giulia*, á los cementerios del Janículo, de San Salvador, del Consuelo y de Santa María *in Trastevere*. Una multitud inmensa y recogida llena aquellas moradas, ó por mejor decir, aquellos vastos dormitorios de los muertos. A fin de excitar su piedad después de las oraciones, siguen representaciones tomadas de las Escrituras. Los personajes tienen la cabeza, las manos y los pies, de cera, cosa que se trabaja muy hábilmente en Roma; sus vestidos son propios de las circunstancias y se les ve en los momentos más importantes de la acción; el fiel encuentra allí un motivo de tierna compasión y el artista mismo un objeto de estudio. La fiesta de los muertos sigue con la misma pompa y el mismo empeño durante toda la octava. 1

Pero no basta á la Iglesia hacer oracio-

1 Constanzi, t. 1, ps. 72, 222, 251.

nes una vez al año por las almas que sufren continuamente; otra costumbre viene todos los días á repetir á los vivos el recuerdo de sus hermanos difuntos y á solicitar sus oraciones para ellos. En 1480, nació en Italia un santo que debía ser la gloria de su siglo y de la Iglesia; se llamaba *Gaetano di Tiena*, *Cayetano de Tiena*. La ternura de su corazón tuvo sobre todo por objeto á las almas del purgatorio. Cuando llegó á Roma, estableció una piadosa costumbre que encontrais todavía y es la que se llamó el *Ave Maria* de los muertos. 1 Cuando ya la noche ha bajado de las siete colinas y rodeado á la ciudad con sus sombríos vuelos, las campanas dejan oír un sonido lúgubre. Ellas advierten á los cristianos, que deben pensar por última vez antes de descansar, en sus hermanos, que no tienen por lecho más que las llamas quemadoras; y los buenos fieles se apresuran á rezar el *De profundis* ó la pequeña oración señalada para cada día de la semana en un libro perfectamente popular. 2 Estas son algunas de las piadosas prácticas establecidas en la ciudad santa en favor de las almas que sufren. Debe confesarse sin trabajo que la vista de estas tiernas costumbres, hace más bien al corazón que el aspecto de los monumentos soberbios y el de las fiestas magníficas, cuyo glorioso privilegio tiene Roma. Al menos ellas demuestran al viajero más indiferente que la señora de la fe es también la madre de la caridad, y que desde los umbrales de la vida hasta más allá de la tumba, el pobre no se excluye un instante de su inteligente caridad. Ahora bien, en el siglo en que vivimos, semejante conocimiento es muy poca cosa.

1 *Raccotta*, di Indulgenze, p. 486; Roma 1841.

2 Il Purgatorio aperto alla pieta de' viventi; El Purgatorio abierto á la piedad de los vivos.

10 DE FEBRERO.

Los Sacconi. — Limosnas particulares. — Reflexiones sobre la caridad romana.

El tiempo estaba frío, el cielo nebuloso y el suelo cubierto de lodo. Hago notar todas estas circunstancias, porque ellas recuerdan á mis ojos la obra admirable de que voy á hablar. Cuando pasábamos por la cima del Capitolio, cerca de la prisión de los deudores, oímos á algunos pasos dos hombres que caminaban silenciosamente delante de nosotros, de cada lado de la calle. Iban con los pies desnudos, el cuerpo cubierto enteramente con un largo saco de tela blanca, terminado en la parte superior con una máscara de la misma tela que estaba perforada con dos agujeros para los ojos, de modo que era imposible ver sus rostros. Uno y otro tenían una bolsa en la mano y se paraban en los umbrales de cada puerta, sin decir una sola palabra; la puerta se abría, una moneda caía dentro de la bolsa, y ellos manifestando su reconocimiento por un profundo saludo, seguían á presentarse en la puerta inmediata. «¿Quiénes son estos hombres? ¿qué hacen?» tales fueron las preguntas que dirigimos casi á una voz al excelente amigo que nos acompañaba. «Esos hombres, son, nos dijo él, los *Sacconi*; deben su nombre al gran saco que les cubre. Sabreis que existe aquí una asociación piadosa, compuesta de lo más selecto de la nobleza, del clero secular y de los cardenales; ella tiene por objeto el consuelo de los pobres y sobre todo de los presos por deudas. Cada mes sus miembros recorren las calles pidiendo limosna. El día que para ello está fijado, así en estío como en invierno, y á pesar del frío y de la lluvia, van como veis, con los pies desnudos, á pedir de puerta en puerta por

capuchon que tiene dos agujeros para que puedan ver; se dirigen de este modo á la casa designada, llevan al muerto á la iglesia rezando salmos y teniendo antorchas en las manos. Las cofradías de Roma acompañan así á su sepultura, no solo á sus miembros, sino tambien á los extraños.

Hé ahí, pues, al pobre recibido á su entrada en la vida, abrigado, socorrido en sus necesidades y en sus enfermedades, asistido á la hora de su muerte, depositado con respeto en la tierra santa de donde debe levantarse algun día; tal es hácia el último de los hijos de Adán la veneración profunda y constante de Roma cristiana. Esta conducta, comparada á la de la Roma imperial, forma un contraste de tal modo inexplicable, que sería necesario ser muy ciego para no ver en él, bajo una de sus facies más divinas, el brillante milagro que cambió las costumbres y las ideas del género humano. La admiración y el reconocimiento que él excita se hacen más vivos todavía, cuando se piensa en que la caridad romana, salvando el umbral de la tumba, va á consolar al hijo de su ternura hasta el seno de la eternidad. ¡Qué no tenga yo una pluma bastante elocuente para pintar dignamente el amor natural de Roma hácia los difuntos! ¡Oh, vosotros que amais los piadosos recuerdos de los siglos de fe y las tiernas costumbres de nuestros padres, venid á la ciudad santa; y cuando os sea dado contemplarla, por favor, tened ojos para ver, más no palacios, cuadros, estatuas, obeliscos, teatros y naumáquias. ¡Salved ver á Roma en Roma!

La Iglesia, tierna Raquel, madre y señora de todas las demás Iglesias, está sin cesar en movimiento para comunicar su solicitud en favor de sus hijos que han dejado de existir. ¡Qué consuelo para ella ver que un buen resultado corona sus esfuerzos! Quisimos ser de ello felices testi-

gos. En una de las bellas iglesias de la *Via Giulia* está establecida hace tres siglos la archicofradía del *Sufragio*, inmensa asociación rica en indulgencias, que extiende sus ramas hasta las partes más remotas del mundo católico. De allí corre incesantemente un río de oraciones, de limosnas, de buenas obras, de misas, que va á llevar el descanso y la paz á las almas detenidas en las llamas expiatorias. No habreis olvidado aquella otra cofradía, tan imponente por su número, tan admirable por el fervor de sus miembros, que todas las tardes acude al hospital del Espíritu Santo y que luego que se acerca la noche, bajando devotamente de la cresta escarpada del Janículo, se va á orar en los sepulcros. Añadid á esta, otras veinte asociaciones que podeis ver todas las tardes en los diferentes hospicios, y en los oratorios nocturnos, rezando los oficios santos por las almas del purgatorio. En fin, cuando el otoño trae la solemne fiesta de los Muertos, trasladados á la *Via Giulia*, á los cementerios del Janículo, de San Salvador, del Consuelo y de Santa María *in Trastevere*. Una multitud inmensa y recogida llena aquellas moradas, ó por mejor decir, aquellos vastos dormitorios de los muertos. A fin de excitar su piedad despues de las oraciones, siguen representaciones tomadas de las Escrituras. Los personajes tienen la cabeza, las manos y los piés, de cera, cosa que se trabaja muy hábilmente en Roma; sus vestidos son propios de las circunstancias y se les ve en los momentos más importantes de la acción; el fiel encuentra allí un motivo de tierna compasión y el artista mismo un objeto de estudio. La fiesta de los muertos sigue con la misma pompa y el mismo empeño durante toda la octava. 1

Pero no basta á la Iglesia hacer oracio-

1 Constanzi, t. 1, ps. 72, 222, 251.

nes una vez al año por las almas que sufren continuamente; otra costumbre viene todos los días á repetir á los vivos el recuerdo de sus hermanos difuntos y á solicitar sus oraciones para ellos. En 1480, nació en Italia un santo que debía ser la gloria de su siglo y de la Iglesia; se llamaba *Gaetano di Tiena*, *Cayetano de Tiena*. La ternura de su corazón tuvo sobre todo por objeto á las almas del purgatorio. Cuando llegó á Roma, estableció una piadosa costumbre que encontrais todavía y es la que se llamó el *Ave Maria* de los muertos. 1 Cuando ya la noche ha bajado de las siete colinas y rodeado á la ciudad con sus sombríos vuelos, las campanas dejan oír un sonido lúgubre. Ellas advierten á los cristianos, que deben pensar por última vez ántes de descansar, en sus hermanos, que no tienen por lecho más que las llamas quemadoras; y los buenos fieles se apresuran á rezar el *De profundis* ó la pequeña oración señalada para cada día de la semana en un libro perfectamente popular. 2 Estas son algunas de las piadosas prácticas establecidas en la ciudad santa en favor de las almas que sufren. Debe confesarse sin trabajo que la vista de estas tiernas costumbres, hace más bien al corazón que el aspecto de los monumentos soberbios y el de las fiestas magníficas, cuyo glorioso privilegio tiene Roma. Al menos ellas demuestran al viajero más indiferente que la señora de la fe es tambien la madre de la caridad, y que desde los umbrales de la vida hasta más allá de la tumba, el pobre no se excluye un instante de su inteligente caridad. Ahora bien, en el siglo en que vivimos, semejante conocimiento es muy poca cosa.

1 *Raccotta*, di Indulgenze, p. 486; Roma 1841.

2 Il Purgatorio aperto alla pieta de'viventi; El Purgatorio abierto á la piedad de los vivos.

10 DE FEBRERO.

Los Sacconi. — Limosnas particulares. — Reflexiones sobre la caridad romana.

El tiempo estaba frío, el cielo nebuloso y el suelo cubierto de lodo. Hago notar todas estas circunstancias, porque ellas recuerdan á mis ojos la obra admirable de que voy á hablar. Cuando pasábamos por la cima del Capitolio, cerca de la prisión de los deudores, oímos á algunos pasos dos hombres que caminaban silenciosamente delante de nosotros, de cada lado de la calle. Iban con los piés desnudos, el cuerpo cubierto enteramente con un largo saco de tela blanca, terminado en la parte superior con una máscara de la misma tela que estaba perforada con dos agujeros para los ojos, de modo que era imposible ver sus rostros. Uno y otro tenían una bolsa en la mano y se paraban en los umbrales de cada puerta, sin decir una sola palabra; la puerta se abría, una moneda caía dentro de la bolsa, y ellos manifestando su reconocimiento por un profundo saludo, seguían á presentarse en la puerta inmediata. «¿Quiénes son estos hombres? ¿qué hacen?» tales fueron las preguntas que dirigimos casi á una voz al excelente amigo que nos acompañaba. «Esos hombres, son, nos dijo él, los *Sacconi*; deben su nombre al gran saco que les cubre. Sabreis que existe aquí una asociación piadosa, compuesta de lo más selecto de la nobleza, del clero secular y de los cardenales; ella tiene por objeto el consuelo de los pobres y sobre todo de los presos por deudas. Cada mes sus miembros recorren las calles pidiendo limosna. El día que para ello está fijado, así en estío como en invierno, y á pesar del frío y de la lluvia, van como veis, con los piés desnudos, á pedir de puerta en puerta por

todos los cuarteles de Roma. Veis también que todo el mundo les hace buena acogida; el pueblo tiene por ellos gran veneración y los ricos que les negasen limosna se expondrían a negársela á sus parientes ó á sus amigos. Esos dos *Sacconi* que nos preceden son tal vez dos cardenales ó dos príncipes romanos."

Hé ahí si no me engaño una caridad de buena ley. No se diga, como dicen ciertos turistas, que para los romanos todo es espectáculo y monería; y que como amigos de las fiestas no conocen la caridad que exige la abnegación y el sacrificio del "yo." A la verdad que aquí no se encuentra ni puede encontrarse la ostentación. Aquí esos hombres no podrían ser conocidos por nadie, ni por sus amigos; no hablan una sola palabra y es imposible ver las facciones de sus rostros. ¿Qué aventajan esos grandes señores en cuanto á su vanidad y á su bienestar, con recorrer de ese modo, cubiertos con un mal saco de tela y los pies descalzos, aun las calles más oscuras de la ciudad, en tiempo de invierno, durante una gran parte del día y pidiendo limosna? Los detractores sistemáticos de todo aquello que es inspirado por la fe, ¿tendrían valor de hacer otro tanto? Vanidosos como todos los hijos de Adán, ¿tratan acaso de conquistarse popularidad á tal precio? Cuando los hayamos visto en ejercicio, podremos pensar si motivos puramente humanos pueden inspirar una abnegación semejante; hasta allí se nos permitió creer que solo el Evangelio es capaz de alcanzar, y de alcanzar constantemente hace ya muchos siglos, un sacrificio doblemente costoso á la naturaleza.

El espectáculo tan moral que teníamos á la vista, nos llevó á hablar de las limosnas particulares que se dan en Roma. Esta página debería completar nuestra historia de la caridad corporal en la ciudad de San Pedro. En Francia bendecimos á

Enrique IV por haber deseado que todos sus súbditos tuviesen el domingo un pollo que comer; en Roma los socorros son tan abundantes, que cada pobre puede hacer todos los días una excelente comida. Y desde luego, dos bellas instituciones ponen un cuidado especial en los desgraciados que, nacidos en la abundancia y educados en las costumbres del mundo, sienten que pesa más cruelmente sobre ellos la miseria terrible. Gracias á la *Archicofradía de los Santos Apóstoles* y de la *Divina Piedad*, vienen socorros inesperados y desconocidos á consolar la horrible indigencia de las viudas honradas y de los desgraciados padres de familia. La primera se remonta al año de 1564. Fué fundada por algunos piadosos cristianos que tenían un cuidado especial de la capilla del Santo Sacramento, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Encontrándose asociados en esta práctica de piedad, quisieron juntar á los actos de devoción obras de una caridad activa; siempre y por todas partes procede así el cristianismo. Se consagraron, pues, al consuelo de los pobres, y especialmente de los pobres vergonzantes. Todos sus miembros actuales de nobles y ricas familias, son catorce, uno para cada cuartel, y cada uno de ellos distribuye cada año trescientos francos en limosnas.

La congregación de la *Divina Piedad* debe su origen al venerable sacerdote Giovanni [Juan] Stanchi de Castel-Nuevo. En 1679 reunió este santo algunas personas elegidas en el clero y entre los particulares, para recoger limosnas destinadas á las familias vergonzantes, cuya miseria contrasta con su abundancia pasada. Gracias á la generosa protección de los soberanos Pontífices Inocencio XI, Clemente XII, Benedicto XIII, la congregación se ha mantenido siempre en un estado próspero. Nos fué muy agradable conocerla, porque ella presenta una prueba más de

la prioridad de Roma y de su inteligencia de hecho, tratándose de buenas obras. Sus miembros son de treinta á cuarenta y deben tener veinticinco años cumplidos; son sacerdotes ó bien seculares.

El método que ellos tienen, dice Monseñor Morichini, en la distribución de los socorros es, según creo, el mejor que puede seguirse; y Roma puede envanecerse de haber puesto en práctica hace ciento cincuenta años, esas máximas de la caridad pública y privada cuya teoría ha desarrollado recientemente el barón de Gerando en su *Visitador del pobre*. Cada cuartel de la ciudad tiene su *diputado*, asistido de otros dos *miembros visitadores*. No se concede ninguna limosna sin que ántes alguno de los miembros visitadores se haya persuadido con sus propios ojos de la miseria y de la necesidad. Los socorros más bien se dan en cosas, que en dinero; más bien á un corto número de personas que se encuentren verdaderamente necesitadas, que á numerosas familias para quienes sería una gota de agua.

Camas, vestidos, rescate de prendas del monte de piedad y pagos de arrendamientos, buenos panes, son las limosnas más comunes. Según los estatutos, la obra debe asistir especialmente á los enfermos, á las jóvenes que están en peligro de perderse, á las viudas, á las mujeres abandonadas por sus maridos, á los prisioneros, á los jóvenes privados de empleo y á los viajeros.

Tres veces al año, cada visitador tiene que distribuir una suma en su cuartel. Cada una de estas distribuciones puede subir á 700 escudos, lo que forma en el año 2,100 escudos, aunque la Congregación posee una renta doble al ménos, pero gravada con legados y servicios religiosos. El día de la fiesta de Santa Ana se hace una distribución de pan y se dan socorros muy considerables, en casos de urgencia, en el

curso del año, cuando se sabe la posición crítica de alguna honrada familia. En este caso se llevan las limosnas á los necesitados por los diputados designados con anticipación bajo el título de *diputados de los casos secretos*, los cuales no dan cuenta del dinero que se les confía, con el fin de nunca aparezcan en los registros de la sociedad los nombres de los desgraciados á quienes han socorrido.

Yo agregaría largas páginas á las que preceden, si quisiera hablar de todas las demas limosnas, buenas obras é instituciones de caridad que forman la gloria y la vida de Roma cristiana; pero me contentaré con algunas reflexiones propias para caracterizar ese magnífico sistema de *filantropía*, tan poco conocido en Europa y tan poco en armonía con los principios de nuestros economistas modernos.

Desde luego, todo parte en Roma de la inspiración religiosa; lo que en otros pueblos se hace por el sentimiento natural del derecho de humanidad, toma aquí la vida en motivos de fé. A la cabeza de todas las instituciones de caridad encontráis el nombre de un santo, de un sacerdote piadoso, de un ferviente cristiano que fué el que concibió la idea de ella; todas conservan el sello de su origen, ya con el nombre de cofradías ó ya organizadas eclesiásticamente. La bandera de un santo les sirve para reunirse, y su vida de modelo; hay una capilla particular que está siempre inmediata á sus reuniones, y sus reglamentos tienen un sello enteramente católico. En el ejercicio exterior de sus buenas obras se ocultan generalmente los cofrades bajo un vestido demasiado feo en sí mismo, pero favorable á la humanidad; el saco de penitente que les cubre no les deja ver más que los ojos, y los hombres de mundo, los altos dignatarios, van ocultos

bajo aquel hábito grosero, á prestar su generosa cooperacion en consolar á la miseria. Para nosotros, franceses del siglo diez y nueve, esto es como la aparicion de un tiempo que ya no existe, como un recuerdo de los siglos de fe, como una vision de la edad media. 1.

Este origen de la caridad romana explica otros tres caracteres que la distinguen. Las instituciones caritativas en Roma son las más antiguas de todas las obras de beneficencia extendidas en Occidente; ellas les han servido de modelos, y muchos años y muchos siglos ántes de que los conocimientos hubiesen emprendido trazar las *leyes de la caridad*, la fe las habia revelado ya á los papas; esta es una consecuencia de la mision civilizadora que se les está confiada.

El segundo es la superabundancia de los socorros; ya hemos visto que entre todas las ciudades de Europa, Roma es la más caritativa. En las fuentes mismas de la fe, en las tumbas de sus innumerables mártires, toma incesantemente el espíritu de sacrificio, que se desborda como el licor precioso de un vaso demasiado lleno, en mil creaciones de caridad espiritual y corporal.

El tercero es la distribucion de las limosnas, ménos regular de lo que se pudiera desear. El alma abrazada de la caridad, el alma que se da á sí misma, se ocupa poco de los frios cálculos de la prudencia humana; ella ve ántes que todo el dolor, sin inquietarse suficientemente por moderar su celo. Siempre aspira á consolar á los seres que sufren y á cumplir la grande obligacion del hombre hácia su hermano. 2.

Mas hé ahí todavía la presencia de los mendigos de Roma. Si la filantropía inspirase á la beneficencia romana, hubiera

1. De Bazel, pref, p. XXXIII.
2. De Bazel, pref, p. XX.

encerrado á los pobres á fin de quitar este objeto importuno de la vista del viajero, porque la filantropía no es madre. Otra cosa es la caridad romana; ella exhorta al pobre al trabajo, ella le suministra los medios para él, ella le compromete á recibir socorros en su casa más bien que á tomarlos de los transeuntes; pero la cuesta mucho ir mas léjos y emplear el rigor contra un ser dos veces sagrado para ella. Así es como Leon XII, al organizar la comision de los subsidios, permitió á los pobres que eran verdaderamente dignos de socorro, que eligiesen entre las limosnas en su domicilio y las accidentales de la mendicidad. Los que tomaron éste último partido fueron inscritos y se les entregó una placa de cobre que tenia grabadas estas palabras: *Questante in Roma N. . .* Solo ellos tenían el derecho de mendigar; pero al cabo de algun tiempo se toleró la instruccion de otros nuevos, no sometidos á las anteriores formalidades, y se vió uno de nuevo invadido por una multitud extraña, acaso con verdaderas necesidades. 1.

Así estaban las cosas cuando estábamos en Roma, y ciertamente cuando se han visto de cerca las dificultades y los obstáculos de todo género creados por la política general de la Europa al gobierno pontificio; cuando se conoce su carácter esencialmente paternal, se concibe muy bien esta especie de tolerancia en una medida de policia, cuya utilidad absoluta no es tal vez tan evidente como podría creerse. No; no está todavía claramente demostrado que el sistema de los depósitos de mendicidad sea mucho más moral, mucho más humano, mucho ménos costoso que la mendicidad misma. El sistema de depósito entraña bajo uno ó bajo otro nombre la opresion de los pobres; trasforma en delito lo que las mas veces, no más que una de gra-

1 De Bazelaire, pref, p. CIV.

cia, priva al pobre de la libertad, le arranca á su familia y le expone á los inconvenientes del contacto muchas veces peligroso de numerosos compañeros corrompidos y corruptores. La vista de nuestros depósitos de Francia ó de los *Workhouses* de Inglaterra hace en este punto muy tristes revelaciones.

Por otra parte, admitiendo la superioridad del sistema moderno, faltaria saber ántes de condenar á Roma, si es posible establecerlo. Sumergir á millares de pobres en prisiones húmedas y oscuras, con solo el alimento estrictamente necesario para el mantenimiento de su mezquina existencia, no es difícil abolir así la mendicidad; basta para esto tener un corazón inglés. ¡Pero aplicar en Italia semejante sistema! mas fácilmente se quitaria al hombre la vida, que privarle de su hermoso cielo y de los rayos del sol. Por otra parte, la libertad individual es tambien allí muy respetada y el egoismo demasiado desconocido, para que los grandes del siglo se crean con el permiso de comprar sus placeres á costa de los dolores de sus hermanos. 1.

En fin, no conviene creer, como lo cuentan ciertos viajeros, que Roma sea el foco de la mendicidad. «Gracias á sus numerosas casas de trabajo, está léjos, dice un economista célebre, de alimentar tantos pobres ociosos, como muchas ciudades afamadas por su opulencia y por su buena policia.»

No se cuentan allí más mendigos que en las principales ciudades de Francia. 2 Dos cosas multiplican los pobres á la vista: la primera es que Roma les deja en la calle, mientras que Paris les pone en prisiones; la segunda consiste en que están habitualmente concentrados en un so-

1 De Bazelaire, pref., p. CV.
2 M. de Villancuve, *del Pauperismo*, t. II, p. 385.

lo cuartel, el que habitan, ó el que atraviesan continuamente los extranjeros, en el Corso, en la plaza de España y en la plaza de Venecia. Por otras partes hemos encontrado pocos mendigos; y las más veces esos pobres vienen de los países vecinos, de los ducados de la Italia septentrional, de la Lombardía, del reino de Nápoles y hasta de Paris; más de un francés ha reconocido allí á aquel mendigo que se arrastra, y á quien todo el mundo ha visto en otro tiempo arrastrarse en los boulevards con su grotesco traje. Roma podría librarse de ellos, casi del mismo modo que Esopo proponia beber el mar, si se quisiera detener todos los rios que á ella concurren. 1

Tales son en sus relaciones y en su espíritu las instituciones caritativas de Roma, cuyo objeto es el alivio de la miseria física. Para apreciarlas bien es necesario distinguir en ellas dos elementos: el elemento católico y el elemento italiano, es decir, las cosas en sí mismas, y esas cosas practicadas por los hombres; igual distincion debe hacerse para las instituciones de otros países. En principio se puede decir que todo es bueno, á menudo admirable y sublime en las instituciones romanas, porque la idea es hija del génio católico; pero en aplicacion, el génio italiano se hace traicion á sí mismo, y con demasiada frecuencia desfigura con su tolerancia las obras más bellas. Así es como las instituciones francesas, alemanas, españolas, llevan el sello de los defectos del carácter nacional, que las hace muchas veces imperfectas en el fondo como en la forma. Aquí no tocan más que á la forma; de suerte que si todas las leyes y todos los reglamentos se ejecutasen, Roma seria un tipo ideal de gobierno. 2 ¿Podremos decir

1 De Bazel, pref., p. 103.
2 De Bazel, pref., p. 23.

igual cosa de Francia? Esta observacion, cuya exactitud hemos tenido ocasion de verificar veinte veces, se aplica en general á todos los otros aspectos de la ciudad de los Pontífices!

11 DE FEBRERO.

Entrada de San Juan Ante Portam Latinam.— Columbarium de Pomponio Hylas.— De la familia Volusia.—Sepulcro de los Scipiones.—Cambio de la Cruz al Coliseo.

Conociendo ya las obras de *caridad corporal* que Roma cristiana ha escalonado en todos los caminos de la vida, desde la cuna hasta la tumba, habiamos acabado la primera parte de nuestro itinerario. Antes de estudiar la caridad *intelectual y moral*, hicimos una posa largo tiempo deseada.

La capilla de San Juan Ante Portam Latinam fué el objeto de nuestra peregrinacion. Visitar el lugar consagrado por el martirio del apóstol mismo de la caridad, era, sin apartarnos de nuestro itinerario, repasar felizmente una laguna.

El viajero que viene del Coliseo por la vía de los Triunfos, se encuentra muy pronto en la vía Apiana. Esta última, tan célebre en la historia de la antigua Roma, está hoy limitada por un ancho embanquetado formado con bellos fragmentos de mármoles antiguos. Despues de haberla seguido hasta la altura de las Termas de Caracalla, volteamos á la izquierda y pusimos los piés en la vía Latina, que conduce á la puerta del mismo nombre; esta puerta ha sido cerrada por los franceses durante la ocupacion imperial. Al pisar este antiguo camino, ¿cómo no acordarse del discípulo muy amado que lo recorrió él mismo para ir al suplicio? Domiciano, sin respeto alguno á aquel venerable an-

ciano, le habia hecho conducir á Roma encadenado como un malhechor. Cuando estuvo á pocos pasos de la Puerta Latina fué azotado con varas, segun la costumbre romana, rasurado por ignominia y luego arrojado á una caldera de aceite hirviendo. Salió de ella sano y salvo, como los jóvenes hebreos salieron del horno de Babilonia; pero fué para hacer relegado á la isla de Pthamos, hasta que Nerva hubo abolido los sangrientos decretos de su bárbaro predecesor.

En el lugar mismo del martirio, uno de nuestros compatriotas, llamado Adan, auditor de Rota en el siglo décimosexto, mandó levantar una pequeña capilla en forma de rotonda, en la cual se conservan los instrumentos del martirio. En el interior se lee la inscripcion siguiente:

Martyrii palmam tulit hic athleta Joannes,
Principii verbum cernere qui meruit.
Verberat hic fuste pronconsul, forcipa tondet,
Quem fervens oleum, ledere non valuit
Conditur hic olivum, dolium, cruor atque capilli.
Quae consecravit inclita Roma tibi.

“Aquí obtuvo la palma del martirio el atleta Juan, quien mereció distinguir el verbo del principio. Aquí le azota con varas el procónsul y le afeita con tenazas. Y el aceite hirviendo no pudo dañarle. Aquí se conserva el aceite, la caldera, la sangre y los cabellos, cosas que consagró la inclita Roma.”

Esta visita nos procuró un doble gusto. Desde luego nos fué dado orar al discípulo muy amado del Salvador, en el lugar mismo en que habia dado á su tierno Maestro una prueba tan brillante de su amor. Este es un delicioso placer, porque en el sepulcro de los mártires se ora mejor y hay algo que os dice que allí se recibe la oracion más fácilmente que en otra parte. Además, veia en aquella capilla un monumento de justo reconocimiento, y de

ello estaba yo orgulloso. A nosotros los secuanos 1 nos ha venido la ley del Evangelio por San Juan; San Ireneo, su discípulo nos envió á Ferreol y á Fergueux, nuestros primeros misioneros.

Con el alma llena de estos buenos y dulces pensamientos, entramos á un jardín distante solo algunos pasos, para visitar un monumento de otro género. En la puerta de una escalera de caracol, que baja á un profundo subterráneo, se lee: *Columbarium libertorum domus Augustae*. Estábamos en el sepulcro de los libertos de Augusto. Cuando llegamos á la cámara mortuoria, *area*, que forma un cuadrilátero, miramos á la luz de nuestras antorchas, una gran cantidad de pequeños nichos, semejantes á nidos de paloma, *columbarium*, practicados en las cuatro paredes; estos pequeños nichos practicados en un pleno arco de bóveda, *arcuatae*, pueden tener un pié y medio de altura y una latitud igual. En la base hay dos agujeros practicados en el interior de la pared y cada uno contiene una jarra de tierra cocida, *olla*, que encierra cenizas y despojos de huesos calcinados, segun la costumbre de los romanos. Una simple cubierta de tierra cocida, *operculum*, cierra la jarra ó urna funeraria. El nicho mismo está cerrado por una placa de tierra ó de mármol, sobre la cual se leen los nombres y las cualidades del muerto, *tituli*. En una de estas placas, colocada delante de un nicho no abierto todavía, están las dos inscripciones siguientes: la primera pertenece á una de aquellas numerosas esclavas empleadas en servir el tocador de las matronas romanas, y de Octavia, por consiguiente; la segunda es la del tesorero de la misma princesa. Ambas podrian servir de texto á un largo comentario, porque ellas revelan costumbres íntimas de la vida romana y ciertas condiciones de la esclavitud. 2

1 Hoy los del Franco Condado.—N. del T.
2 Véase Pignorius, *de Servis*.

PESVÆ OCTAVIÆ
CÆSARIS AVGVSTI F.
ORNATRICI
VIX ANN. XVIII.
PHILETVS OCTAVIÆ
CÆSARIS AVGVSTI F.
ARGENTORATO. FECIT
CONTVBERNALI SVÆ
CARISSIMÆ ET SIBI.

En la bóveda del columbario están suspendidas dos lámparas de bronce de seis á siete brazos. Estaban provistas, segun se dice, de mechas de amianto, con el fin de estar ardiendo *siempre*. Por lo demas, la forma de estas lámparas es todavía muy comun en Roma; esta es una prueba entre mil, de la tenacidad de las costumbres populares. Sobre las paredes se ven algunas pinturas bien conservadas, que representan génius. Todo este espectáculo de muerte, en donde ningun pensamiento de inmortalidad viene á consolar vuestra alma, tiene cierto aspecto helado que *hace mal*. La visita al monumento del apóstol San Juan nos hizo esta impresion más viva; pero lo llegó á ser mucho más, cuando despues de haber atravesado una pequeña viña, llegamos al Columbarium de la familia Volusia, particularmente célebre en tiempo de Neron.

El aspecto grandioso del monumento anuncia que aquí descansan grandezas humanas reducidas á nada. Este columbarium puede tener 40 piés de altura, y forma un paralelogramo de cerca de 30 piés de longitud por 20 de latitud. La bóveda con pechinas descansa en un ancho pilar colocado en el centro. A consecuencia de los movimientos terrestres, la parte superior del columbarium no excede más que en 3 piés al nivel del suelo. Bajamos al subterráneo, en donde pudimos contar cerca de 500 nichos. Allí se presentan á los ojos y á la contemplacion del viajero mu-

igual cosa de Francia? Esta observacion, cuya exactitud hemos tenido ocasion de verificar veinte veces, se aplica en general á todos los otros aspectos de la ciudad de los Pontífices!

11 DE FEBRERO.

Entrada de San Juan Ante Portam Latinam.— Columbarium de Pomponio Hylas.— De la familia Volusia.—Sepulcro de los Scipiones.—Cambio de la Cruz al Coliseo.

Conociendo ya las obras de *caridad corporal* que Roma cristiana ha escalonado en todos los caminos de la vida, desde la cuna hasta la tumba, habiamos acabado la primera parte de nuestro itinerario. Antes de estudiar la caridad *intelectual y moral*, hicimos una posa largo tiempo deseada.

La capilla de San Juan Ante Portam Latinam fué el objeto de nuestra peregrinacion. Visitar el lugar consagrado por el martirio del apóstol mismo de la caridad, era, sin apartarnos de nuestro itinerario, repasar felizmente una laguna.

El viajero que viene del Coliseo por la vía de los Triunfos, se encuentra muy pronto en la vía Apiana. Esta última, tan célebre en la historia de la antigua Roma, está hoy limitada por un ancho embanquetado formado con bellos fragmentos de mármoles antiguos. Despues de haberla seguido hasta la altura de las Termas de Caracalla, volteamos á la izquierda y pusimos los piés en la vía Latina, que conduce á la puerta del mismo nombre; esta puerta ha sido cerrada por los franceses durante la ocupacion imperial. Al pisar este antiguo camino, ¿cómo no acordarse del discípulo muy amado que lo recorrió él mismo para ir al suplicio? Domiciano, sin respeto alguno á aquel venerable an-

ciano, le habia hecho conducir á Roma encadenado como un malhechor. Cuando estuvo á pocos pasos de la Puerta Latina fué azotado con varas, segun la costumbre romana, rasurado por ignominia y luego arrojado á una caldera de aceite hirviendo. Salió de ella sano y salvo, como los jóvenes hebreos salieron del horno de Babilonia; pero fué para hacer relegado á la isla de Pthamos, hasta que Nerva hubo abolido los sangrientos decretos de su bárbaro predecesor.

En el lugar mismo del martirio, uno de nuestros compatriotas, llamado Adan, auditor de Rota en el siglo décimosexto, mandó levantar una pequeña capilla en forma de rotonda, en la cual se conservan los instrumentos del martirio. En el interior se lee la inscripcion siguiente:

Martyrii palmam tulit hic athleta Joannes,
Principii verbum cernere qui meruit.
Verberat hic fuste pronconsul, forcipa tondet,
Quem fervens oleum, ledere non valuit
Conditur hic olium, dolium, cruor atque capilli.
Quae consecravit inclita Roma tibi.

“Aquí obtuvo la palma del martirio el atleta Juan, quien mereció distinguir el verbo del principio. Aquí le azota con varas el procónsul y le afeita con tenazas. Y el aceite hirviendo no pudo dañarle. Aquí se conserva el aceite, la caldera, la sangre y los cabellos, cosas que consagró la inclita Roma.”

Esta visita nos procuró un doble gusto. Desde luego nos fué dado orar al discípulo muy amado del Salvador, en el lugar mismo en que habia dado á su tierno Maestro una prueba tan brillante de su amor. Este es un delicioso placer, porque en el sepulcro de los mártires se ora mejor y hay algo que os dice que allí se recibe la oracion más fácilmente que en otra parte. Además, veia en aquella capilla un monumento de justo reconocimiento, y de

ello estaba yo orgulloso. A nosotros los secuanos 1 nos ha venido la ley del Evangelio por San Juan; San Ireneo, su discípulo nos envió á Ferreol y á Fergueux, nuestros primeros misioneros.

Con el alma llena de estos buenos y dulces pensamientos, entramos á un jardín distante solo algunos pasos, para visitar un monumento de otro género. En la puerta de una escalera de caracol, que baja á un profundo subterráneo, se lee: *Columbarium libertorum domus Augustae*. Estábamos en el sepulcro de los libertos de Augusto. Cuando llegamos á la cámara mortuoria, *arca*, que forma un cuadrilátero, miramos á la luz de nuestras antorchas, una gran cantidad de pequeños nichos, semejantes á nidos de paloma, *columbarium*, practicados en las cuatro paredes; estos pequeños nichos practicados en un pleno arco de bóveda, *arcuate*, pueden tener un pié y medio de altura y una latitud igual. En la base hay dos agujeros practicados en el interior de la pared y cada uno contiene una jarra de tierra cocida, *olla*, que encierra cenizas y despojos de huesos calcinados, segun la costumbre de los romanos. Una simple cubierta de tierra cocida, *operculum*, cierra la jarra ó urna funeraria. El nicho mismo está cerrado por una placa de tierra ó de mármol, sobre la cual se leen los nombres y las cualidades del muerto, *tituli*. En una de estas placas, colocada delante de un nicho no abierto todavía, están las dos inscripciones siguientes: la primera pertenece á una de aquellas numerosas esclavas empleadas en servir el tocador de las matronas romanas, y de Octavia, por consiguiente; la segunda es la del tesorero de la misma princesa. Ambas podrian servir de texto á un largo comentario, porque ellas revelan costumbres íntimas de la vida romana y ciertas condiciones de la esclavitud. 2

1 Hoy los del Franco Condado.—N. del T.
2 Véase Pignorius, *de Servis*.

PESVÆ OCTAVIÆ
CÆSARIS AVGVSTI F.
ORNATRICI
VIX ANN. XVIII.
PHILETVS OCTAVIÆ
CÆSARIS AVGVSTI F.
ARGENTORATO. FECIT
CONTVBERNALI SVÆ
CARISSIMÆ ET SIBI.

En la bóveda del columbario están suspendidas dos lámparas de bronce de seis á siete brazos. Estaban provistas, segun se dice, de mechas de amianto, con el fin de estar ardiendo *siempre*. Por lo demas, la forma de estas lámparas es todavía muy comun en Roma; esta es una prueba entre mil, de la tenacidad de las costumbres populares. Sobre las paredes se ven algunas pinturas bien conservadas, que representan génius. Todo este espectáculo de muerte, en donde ningun pensamiento de inmortalidad viene á consolar vuestra alma, tiene cierto aspecto helado que *hace mal*. La visita al monumento del apóstol San Juan nos hizo esta impresion más viva; pero lo llegó á ser mucho más, cuando despues de haber atravesado una pequeña viña, llegamos al Columbarium de la familia Volusia, particularmente célebre en tiempo de Neron.

El aspecto grandioso del monumento anuncia que aquí descansan grandezas humanas reducidas á nada. Este columbarium puede tener 40 piés de altura, y forma un paralelogramo de cerca de 30 piés de longitud por 20 de latitud. La bóveda con pechinas descansa en un ancho pilar colocado en el centro. A consecuencia de los movimientos terrestres, la parte superior del columbarium no excede más que en 3 piés al nivel del suelo. Bajamos al subterráneo, en donde pudimos contar cerca de 500 nichos. Allí se presentan á los ojos y á la contemplacion del viajero mu-

chos nombres conocidos en la historia. En la parte más sólida del pilar central está en un nicho más grande que los demás, que contiene una hermosa urna de mármol blanco con estas palabras por inscripción:

NE TANGITO
O MORTALIS
REVERERE
MANES DEOS.

“No me toques, ¡oh mortal! respeta á los dioses manes.”

Los arqueólogos pretenden que ella contiene las cenizas de un sacerdote de los ídolos. Siempre, aun los mismos paganos, colocan las cenizas de los muertos bajo el cuidado de los dioses; el respeto á los sepulcros es una ley de la humanidad y una lección útil á los vivos. No pudo ser leída grabada hace diez y ocho siglos y por una mano pagana, sin hacer más de una reflexión á propósito de nuestros contemporáneos. Olvidaba decir que el columbarium fué descubierto hasta hace pocos años, circunstancia que explica la perfecta conservación del monumento y la frescura de las pinturas que lo adornan.

Todas las viñas inmediatas son verdaderas minas de Columbarios. Ellas deben este privilegio á la cercanía de la vía Apiana, punto de reunión general de los sepulcros de la antigua Roma. Así, basta solo cavar para encontrar piedras monumentales, bajos-relieves, lámparas, utensilios, despojos de tocados y otros muchos objetos interesantes. Vimos, entre otros, un magnífico sarcófago de mármol de un trabajo exquisito y bien conservado, en el cual está representada una batalla de los Romanos contra los Galos; se reconocen nuestros abuelos en los rodetes ó collares que les rodean el cuello.

Como estábamos en disposición de visitar á los muertos, nos dirigimos hácia la

vía Apiana y á pocos momentos llegamos al sepulcro de los Scipiones. Este célebre monumento fué descubierto en 1780. Tenía dos pisos; el primero estaba cavado profundamente; ya casi nada queda del segundo, adornado con medias columnas de mármol y con nichos destinados á las estatuas de los miembros de la familia. Bajamos, armados de antorchas, al piso inferior, por un camino tortuoso, recientemente cavado. El primer sepulcro que encontramos es el de Publio Cornelio Scipion, *flamen dialis* (gran sacerdote de Júpiter); la inscripción da fe de ello. Miramos también los del vencedor de España, y de Lucio Cornelio Scipion, hijo de Scipion el Asiático. Todos los sarcófagos estaban colocados á la entrada; pero no se parecen en nada á nuestros *loculi* de las catacumbas, aunque la raza *Cornelia* haya conservado hasta Sylla la costumbre excepcional de no quemar á los muertos. ¡Tumbas en ruinas! ¡hé ahí á la ilustre familia, madre de tantos grandes hombres que durante muchos siglos llenaron la tierra con el ruido de tu nombre, hé ahí todo lo que queda de tí! Vanidad de gloria que el cristianismo no ha inmortalizado consagrándola.

Cuando volvimos á la vía de los triunfos, un nuevo contraste nos esperaba en el Coliseo. Un gran número de elegantes carruajes estaban parados alrededor de los vastos pórticos; habían llevado á un gran número de nobles peregrinos. Era viernes y sonaban las tres de la tarde; se andaba el Camino de la Cruz. ¡El Camino de la Cruz en el Coliseo! ¡Concebís algo más solemne y más tierno? Sí; allí, en el centro de aquella arena tantas veces ensangrentada, está una gran cruz, levantada sobre su pedestal de piedra; alrededor del *podium*, contra el cual chocaron haciéndose pedazos tantas desgraciadas víctimas de la barbarie romana, están las estaciones

del Camino de la Cruz. ¡La Cruz por todas partes, solo la Cruz en pie en el Coliseo! En aquella tierra empapada hasta una gran profundidad con la sangre de los mártires, había una multitud piadosa, sin distinción de clases ni de sexos, arrodillada, recogida, que caminaba suavemente derramando lágrimas y oraciones, siguiendo á una gran cruz de madera, llevada por un pobre religioso de San Francisco, que iba con los pies descalzos y el cuerpo cubierto con un hábito grosero. Las vastas graderías, que resonaron tantas veces con los rugidos de los leones, los gemidos de los moribundos, con gritos desesperados y con los aplausos de un pueblo entero sediento de sangre, hoy resuenan con aquellas dulces y fraternales palabras reperidas en comun por hombres de todas naciones: *Padre nuestro, que estás en los cielos*: la oración del amor en el lugar mismo en que el paganismo había querido ahogarle en la sangre de los mártires; ¡oh! en verdad este es un contraste, un espectáculo, á cuyo precio el viajero á Roma no será nunca demasiado caro.

12 DE FEBRERO.

Miseria intelectual.—Caridad romana con los ignorantes.—Escuelas regionarias.—Su disciplina.—Su número.—Escuelas gratuitas.—San José de Galazans.—Origen de su obra.—Sus desarrollos.—Otras escuelas particulares para los jóvenes.—Las Doctrinarias.—Los hermanos de las escuelas cristianas.

El tiempo estaba soberbio y nos convidaba á salir. Nos aprovechamos de él para reemprender nuestra visita á Roma caritativa. Sobre las miserias físicas, la enfermedad, la pobreza y la muerte, están las miserias de la inteligencia y del corazón. La ignorancia y el error, las pasiones y sus tristes resultados, tales son los males

que atormentan al hombre en la parte más noble de sí mismo; había llegado ya el momento de buscar lo que hace Roma para prevenirlos y repararlos. La ignorancia se disipa con la instrucción. Ahora, cualesquiera que sean su fortuna y su condición, el joven romano encuentra en los umbrales de la vida fuentes abundantes en las cuales puede ver la verdad; nosotros quisimos visitar algunas de ellas.

Sin salir del cuartel, vimos delante de una casa de buena apariencia un rótulo de madera pintada con grandes caracteres; esto indicaba que allí había una escuela *regionaria*. Las escuelas regionarias son llamadas así, porque en otro tiempo había una de ellas en cada cuartel ó region. La falta completa de documentos no permite determinar su origen; muchos historiadores las refieren á las antiguas escuelas establecidas por el Senado romano. Como quiera que sea, las escuelas regionarias, aunque destinadas á los niños del pueblo, no han sido nunca enteramente gratuitas; hoy todavía no lo son. El maestro recibe de cada alumno una retribución mensual, que varía de cuatro á diez paolos (2 á 5 francos). Allí se enseña la doctrina cristiana, la lectura, la escritura, los elementos de las lenguas italiana y francesa, la aritmética, los principios de la geografía y de la historia sagrada y profana. El maestro debe, además, tener un libro de urbanidad que instruya sobre las buenas maneras, y que ha de leer á los niños una vez por semana. Se admiten los alumnos desde cinco años cumplidos, con tal que no tengan alguna enfermedad asquerosa ó contagiosa. Las clases duran tres horas por la mañana y tres horas por la tarde, comienzan y acaban con una oración, y en la mañana van los niños á misa á alguna iglesia inmediata.

Hace veinticinco años que el número de escuelas regionarias se ha aumentado con-

chos nombres conocidos en la historia. En la parte más sólida del pilar central está en un nicho más grande que los demás, que contiene una hermosa urna de mármol blanco con estas palabras por inscripción:

NE TANGITO
O MORTALIS
REVERERE
MANES DEOS.

“No me toques, ¡oh mortal! respeta á los dioses manes.”

Los arqueólogos pretenden que ella contiene las cenizas de un sacerdote de los ídolos. Siempre, aun los mismos paganos, colocan las cenizas de los muertos bajo el cuidado de los dioses; el respeto á los sepulcros es una ley de la humanidad y una lección útil á los vivos. No pudo ser leída grabada hace diez y ocho siglos y por una mano pagana, sin hacer más de una reflexión á propósito de nuestros contemporáneos. Olvidaba decir que el columbarium fué descubierto hasta hace pocos años, circunstancia que explica la perfecta conservación del monumento y la frescura de las pinturas que lo adornan.

Todas las viñas inmediatas son verdaderas minas de Columbarios. Ellas deben este privilegio á la cercanía de la vía Apiana, punto de reunión general de los sepulcros de la antigua Roma. Así, basta solo cavar para encontrar piedras monumentales, bajos-relieves, lámparas, utensilios, despojos de tocados y otros muchos objetos interesantes. Vimos, entre otros, un magnífico sarcófago de mármol de un trabajo exquisito y bien conservado, en el cual está representada una batalla de los Romanos contra los Galos; se reconocen nuestros abuelos en los rodetes ó collares que les rodean el cuello.

Como estábamos en disposición de visitar á los muertos, nos dirigimos hácia la

vía Apiana y á pocos momentos llegamos al sepulcro de los Scipiones. Este célebre monumento fué descubierto en 1780. Tenía dos pisos; el primero estaba cavado profundamente; ya casi nada queda del segundo, adornado con medias columnas de mármol y con nichos destinados á las estatuas de los miembros de la familia. Bajamos, armados de antorchas, al piso inferior, por un camino tortuoso, recientemente cavado. El primer sepulcro que encontramos es el de Publio Cornelio Scipion, *flamen dialis* (gran sacerdote de Júpiter); la inscripción da fe de ello. Miramos también los del vencedor de España, y de Lucio Cornelio Scipion, hijo de Scipion el Asiático. Todos los sarcófagos estaban colocados á la entrada; pero no se parecen en nada á nuestros *loculi* de las catacumbas, aunque la raza *Cornelia* haya conservado hasta Sylla la costumbre excepcional de no quemar á los muertos. ¡Tumbas en ruinas! ¡hé ahí á la ilustre familia, madre de tantos grandes hombres que durante muchos siglos llenaron la tierra con el ruido de tu nombre, hé ahí todo lo que queda de tí! Vanidad de gloria que el cristianismo no ha inmortalizado consagrándola.

Cuando volvimos á la vía de los triunfos, un nuevo contraste nos esperaba en el Coliseo. Un gran número de elegantes carruajes estaban parados alrededor de los vastos pórticos; habían llevado á un gran número de nobles peregrinos. Era viernes y sonaban las tres de la tarde; se andaba el Camino de la Cruz. ¡El Camino de la Cruz en el Coliseo! ¡Concebís algo más solemne y más tierno? Sí; allí, en el centro de aquella arena tantas veces ensangrentada, está una gran cruz, levantada sobre su pedestal de piedra; alrededor del *podium*, contra el cual chocaron haciéndose pedazos tantas desgraciadas víctimas de la barbarie romana, están las estaciones

del Camino de la Cruz. ¡La Cruz por todas partes, solo la Cruz en pie en el Coliseo! En aquella tierra empapada hasta una gran profundidad con la sangre de los mártires, había una multitud piadosa, sin distinción de clases ni de sexos, arrodillada, recogida, que caminaba suavemente derramando lágrimas y oraciones, siguiendo á una gran cruz de madera, llevada por un pobre religioso de San Francisco, que iba con los pies descalzos y el cuerpo cubierto con un hábito grosero. Las vastas graderías, que resonaron tantas veces con los rugidos de los leones, los gemidos de los moribundos, con gritos desesperados y con los aplausos de un pueblo entero sediento de sangre, hoy resuenan con aquellas dulces y fraternales palabras reperidas en comun por hombres de todas naciones: *Padre nuestro, que estás en los cielos: la oración del amor en el lugar mismo en que el paganismo había querido ahogarle en la sangre de los mártires; ¡oh! en verdad este es un contraste, un espectáculo, á cuyo precio el viajero á Roma no será nunca demasiado caro.*

12 DE FEBRERO.

Miseria intelectual.—Caridad romana con los ignorantes.—Escuelas regionarias.—Su disciplina.—Su número.—Escuelas gratuitas.—San José de Galazans.—Origen de su obra.—Sus desarrollos.—Otras escuelas particulares para los jóvenes.—Las Doctrinarias.—Los hermanos de las escuelas cristianas.

El tiempo estaba soberbio y nos convidaba á salir. Nos aprovechamos de él para reemprender nuestra visita á Roma caritativa. Sobre las miserias físicas, la enfermedad, la pobreza y la muerte, están las miserias de la inteligencia y del corazón. La ignorancia y el error, las pasiones y sus tristes resultados, tales son los males

que atormentan al hombre en la parte más noble de sí mismo; había llegado ya el momento de buscar lo que hace Roma para prevenirlos y repararlos. La ignorancia se disipa con la instrucción. Ahora, cualesquiera que sean su fortuna y su condición, el joven romano encuentra en los umbrales de la vida fuentes abundantes en las cuales puede ver la verdad; nosotros quisimos visitar algunas de ellas.

Sin salir del cuartel, vimos delante de una casa de buena apariencia un rótulo de madera pintada con grandes caracteres; esto indicaba que allí había una escuela *regionaria*. Las escuelas regionarias son llamadas así, porque en otro tiempo había una de ellas en cada cuartel ó region. La falta completa de documentos no permite determinar su origen; muchos historiadores las refieren á las antiguas escuelas establecidas por el Senado romano. Como quiera que sea, las escuelas regionarias, aunque destinadas á los niños del pueblo, no han sido nunca enteramente gratuitas; hoy todavía no lo son. El maestro recibe de cada alumno una retribución mensual, que varía de cuatro á diez paolos (2 á 5 francos). Allí se enseña la doctrina cristiana, la lectura, la escritura, los elementos de las lenguas italiana y francesa, la aritmética, los principios de la geografía y de la historia sagrada y profana. El maestro debe, además, tener un libro de urbanidad que instruya sobre las buenas maneras, y que ha de leer á los niños una vez por semana. Se admiten los alumnos desde cinco años cumplidos, con tal que no tengan alguna enfermedad asquerosa ó contagiosa. Las clases duran tres horas por la mañana y tres horas por la tarde, comienzan y acaban con una oración, y en la mañana van los niños á misa á alguna iglesia inmediata.

Hace veinticinco años que el número de escuelas regionarias se ha aumentado con-

siderablemente; hoy se cuentan cincuenta y cinco en Roma; y si no existiera en el reglamento un artículo que exige que entre las escuelas haya una distancia de cinco varas arquitectónicas, el número de ellas sería ciertamente considerable. 1 Todas están colocadas en la ciudad bajo la dependencia del cardenal vicario, y en todas partes bajo la de los obispos. Una comisión, compuesta de eclesiásticos distinguidos, vigila directamente las escuelas y las visita frecuentemente. Ella examina los candidatos y los aprueba como maestros, dándoles una autorización que se renueva cada año; distribuye los premios á los alumnos y se reúne una vez por semana para discutir los negocios relativos á la instrucción primaria. A esta comisión está confiada la elección de los libros y todo lo que mira á las escuelas, bajo el aspecto literario y disciplinar. 2

Hasta mediados del siglo último, las funciones de maestro eran desempeñadas por extranjeros, pues los romanos miraban esto como inferior á su dignidad. ¿No se diría que todos han leído el Virgilio y que su papel es siempre el de mandar á las naciones? Hoy no se desdennan ya de consagrarse á aquellas funciones porque, en efecto, son nobles, muy caritativas y dignas de respeto; por otra parte, la solicitud pontifical asegura el porvenir de los que á ellas se dedican. Hay una contribución mensual de tres paolos, que se ponen en una caja de prevision, á la cual agrega el tesoro público otros diez escudos y forma un fondo de depósito y de subvención para los enfermos y para aquellos á quien un accidente obliga á suspender sus lecciones. Además, dos maestros suplentes, pagados por el Estado, desempeñan en el *interim* á los profesores que no dan sus clases por enfermedad.

1 Constanzi, t. 1, p. 158—160.

2 Morich., p. 217.

Existen también escuelas regionarias para las niñas en todos los cuarteles de Roma. Están servidas por maestras que se sujetan á los reglamentos de que acabamos de hablar. Estas escuelas son generalmente muy numerosas. Unas y otras han conservado su carácter municipal, es decir, que son enteramente gratuitas. En fin, la religión abre á los pobres escuelas públicas, sin exigirles ninguna retribución; en este punto Roma ha dado también el primer ejemplo de esa caridad superior; data del pontificado de Clemente VIII, hácia fines del siglo décimosexto.

En 1592 llegaba á Roma José Calazans. Nació en el reino de Aragón, y reunía á la ciencia de los doctores, la humildad de los santos y el noble entusiasmo por el bien de que daba tan felices ejemplos su compatriota Ignacio de Loyola. Su profunda ciencia hizo que le nombraran lectoral por el cardenal Marco-Antonio Calonne; pero el brillo de sus importantes funciones era para él un motivo de buscar con más ardor las obras oscuras. Entró á la Archicofradía de los Santos Apóstoles, que distribuye limosna á los indigentes. En el ejercicio de esta caridad, se apercibió de que la ignorancia era la madre fecunda del vicio y de la miseria. Su corazón se hacia pedazos al ver una multitud de niños abandonados en las calles por la descuidada complicitad de sus padres, que pasaban los días enteros de vagabundos, con el pretexto de mendigar su pan. La enseñanza del catecismo, renovada solamente todos los domingos en las parroquias, no podía fructificar toda la semana; por otra parte, Roma no tenía en aquella época otros maestros que los regionarios, muy escasamente retribuidos por el Senado. José les suplicó que acogiesen en sus escuelas á aquellos desgraciados niños; pero ellos se negaron si no se les aumentaba el salario. Este tierno amigo de

los niños tocó sucesivamente á todas las puertas; en todas partes fué despedido bajo pretextos más ó menos plausibles.

Viendo inutilizados sus esfuerzos, resolvió él mismo emprender la realización de sus deseos. En el mes de Noviembre de 1597, fundó la primera escuela pública gratuita en Santa Dorotea *in Trastevere*; eligió este cuartel porque de todos los de Roma, en éste se hacia sentir más vivamente la necesidad de la instrucción. El digno cura de la parroquia, Antonio Brendoni, puso á su disposición dos salas y se asoció él mismo á su generosa empresa. Poco después, otros dos buenos sacerdotes se unieron á los fundadores, y la escuela contó muy pronto algunos centenares de alumnos. Siendo la instrucción de los pobres una obra, sobre todo, de piedad, San José dió á su institución el nombre de *Escuelas Pías*. Se puso, pues, á enseñar á los niños el catecismo, la lectura, la escritura, la aritmética; á la enseñanza añadía el santo fundador la provision de los libros y de todos los demás objetos que por su pobreza no hubieran podido procurarse aquellos queridos niños.

Muy pronto las escuelas piadosas pasaron al palacio Vestri, cerca de la iglesia de San Andrés *delle Valle*. Allí nació una sociedad de sacerdotes maestros, y San José recibió el título de prefecto de las *Escuelas Pías*. La pobreza, María y la infancia; estas tres palabras penetraron el alma y atrajeron bendiciones y abundantes socorros á los hombres desinteresados que las adoptaban como divisa. Añadid que por un rasgo de caridad, muy digno de un santo, José admitía hasta los niños de los judíos y muchas veces se le oyó en sus predicaciones hablar enérgicamente contra las costumbres del populacho romano que perseguía con sus insultos á aquellos pequeños desgraciados á causa de su religión. Clemente VIII aprobó la nueva

congregación, que llegó á ser una orden regular con los tres votos ordinarios y además el de la consagración á la enseñanza.

El santo se dedicaba, sobre todo, á educar á los niños bajo el imperio de una sabia disciplina; los religiosos (*Scolopii*) observan todavía el mismo método. Reciben gratuitamente á los niños de todas condiciones, desde la edad de siete años, y les dan tres horas de lección por la mañana y otras tantas por la tarde. Los alumnos van á misa todos los días, rezan oraciones al empezar y al acabar sus clases; se reúnen aun en domingo en sus salas, para entregarse á diversos ejercicios religiosos, entre otros para rezar el oficio de la Santísima Virgen. Cada año, al acercarse la Pascua, se dan á todos aquellos niños los ejercicios del retiro. 1 Cuántas veces hemos visto al pasar delante de San Pantaleon, á la hora de cerrarse las clases, á los buenos religiosos, fieles al ejemplo de su padre, llevar á los niños hasta sus casas. A la salida se forman los niños en hilera y se dirigen de dos en dos hácia los diferentes cuarteles de Roma; las filas se disminuyen poco á poco, á medida que llegan á sus habitaciones respectivas. Así se evita el alboroto, el desorden y los accidentes, que no dejarían de suceder entre aquella multitud de niños abandonados á sí mismos. Las escuelas de San Pantaleon reúnen, á la enseñanza elemental, la instrucción superior y aun los elementos de la gramática latina.

Gloriése la Francia, porque puede hacerlo con derecho, de sus escuelas cristianas; pero como hija respetuosa, ceda aquí el paso á su madre. Roma tiene sobre ella, como sobre todas las demás Iglesias, la gloriosa ventaja de haber sido la primera en abrir escuelas gratuitas para los hijos del pueblo. Un sacerdote es el que, luchando con valor contra todos los obs-

1 Constanzi, t. 1, p. 145.—6

táculos, ha dejado al mundo este bello ejemplo; y la religion puede decir que la enseñanza de los pobres le pertenece por derecho de nacimiento y por derecho de conquista. Es una doble injusticia querer arrebatárselo; pero hay tambien un doble castigo y una doble desgracia; no deseo ser profeta.

Siguiendo los pasos de José de Calazans, acudieron santos sacerdotes y virtuosos legos, celosos de participar de los penosos trabajos y de las eternas recompensas del generoso amigo de la infancia. En 1727, Benedicto XIII dió á los pobres doctrinarios, hijos del venerable César de Bus, la antigua iglesia de Santa María *in Monticelli*. Veinticinco años ántes, en 1702, habia venido M. de la Salle con aquellos religiosos á trabajar en la misma viña. Los buenos hermanos abrieron su primera escuela cerca de la plaza *Barberini*; la segunda en la Trinidad de los Montes, que habitan hoy todavía. En 1793, Pio VI les dió otra cerca de San Salvador *in Lauro*; en fin, Leon XII les suministró un cuarto establecimiento cerca de la Madona de los Montes, bajo el título de *San Antonio de Pádua*.

El temor de ser demasiado largo me hace pasar en silencio otros recursos ofrecidos á los hijos del pueblo para disipar su ignorancia, primera miseria espiritual de los hijos de Adán. Seria neceserio, por otra parte, volver sobre la mayor parte de las instituciones ya visitadas, en las cuales reciben el niño y el pobre el pan del cuerpo y el pan del alma.

13 DE FEBRERO.

Visita á las escuelas de niñas.—Fundacion de la B. Angela de Merici.—Escuelas pontificales.—Escuelas de piadosas maestras.—Otros establecimientos.—Observaciones.—Resúmen.

Aunque hoy fuera domingo y víspera de nuestra salida para Nápoles, tuvimos

tiempo de visitar nuestras escuelas. Sabiamos lo que Roma hace en favor de los niños pobres; nos quedaba por ver los cuidados que con maternal solicitud prodiga á las niñas. Los numerosos conservatorios ya mencionados, parece que nos dispensarán de nuevos pormenores; todos los recursos de la caridad mas ingeniosa se encuentran allí como agotados; poco diremos por eso. Las escuelas de San José, despues de Roma, se extendieron muy pronto á toda la Italia, pero solo se ocupaban de los niños; habia que ocuparse tambien de las niñas. Ellas, muy débiles todavía y por eso mismo expuestas á más peligros, debian atraer la atencion particular de la Iglesia y convertirse en objeto de su activa solicitud; en este punto están tambien de acuerdo los hechos con la lógica.

Mucho tiempo ántes de San José de Calazans habia nacido en Desenzano, en el lago de Guardia, la bien aventurada Angela de Merici. Esta Santa vírgen, cuya memoria se venera particularmente en Roma, vino á esta ciudad á fundar en 1537 una institucion destinada á la instruccion gratuita de las niñas pobres. La enseñanza de la escritura se reservó solo para las alumnas que se proponian abrazar la vida monástica; á las demas se las enseñaba solamente el catecismo, la lectura y trabajos de mano; este era un primer paso. En el siglo siguiente, en 1655, se abrió en Roma la primera escuela gratuita para las niñas pobres, segun el plan de las escuelas piadosas de San José; fué debida á la generosidad del papa Alejandro VII. Consolada por el buen éxito que obtuvo, estableció el inteligente Pontífice escuelas semejantes en todos los cuarteles de Roma. La limosnería apostólica se encargó, como se encarga todavía, de todos los gastos. De aquí el nombre tan bien merecido de *Escuelas Pontificales* (*Scuole pontificie*) que tie-

nen todavía. Visitamos otras muchas, y á la verdad que no encuentro nada que pudieran reprocharlas nuestros inspectores universitarios. Es verdad que allí no se enseña ni la mitología, ni la astronomía, ni otras ciencias útiles del mismo género; todo se limita á la enseñanza de la religion, á la lectura, á la escritura, al cálculo y á las obras de manos. 1

Lo que habiamos visto en las escuelas pontificias, lo volvimos á encontrar en la casa de las Maestras obreras piadosas (*Maestre pie operarie*). Esta orden nacida en Montefiascone, vino á establecerse en Roma bajo el pontificado de Clemente XII; la limosnería apostólica provee á sus necesidades. La gran escuela, y por decirlo así, la escuela matriz, está en Santa Agata *di Monti*; allí reside la superiora general, que es elegida cada tres años y dirige á toda la comunidad con su consejo, compuesto de tres asistentas. Desde allí se mandan las maestras necesarias á las diferentes escuelas de la caridad y aun de las ciudades vecinas, las cuales reciben gratuitamente á todas las niñas pobres de edad de cinco años que habiten en el cuartel. Las clases duran seis horas al día y los objetos de la enseñanza son los mismos que en las otras escuelas. Observamos allí el tierno cuidado con que se forman los jóvenes corazones en la práctica de la religion. Así, además de un catecismo muy claro, se les enseñan las disposiciones necesarias para los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía; la práctica de las virtudes cristianas; la devocion á la Santísima Vírgen y al Angel de la Guarda; la modestia en todo, y sobre todo en las calles y en la Iglesia. No me admiro de la aprobacion dada por los papas á esta útil congregacion; 2 ella cuenta en Ro-

1 Constanzi, t. 1, p. 27, 29 y 156.

2 Véase la bula: *Experientia rerum omnium magistra*, de Clemente XII, 8 de Setiembre de 1760.

ma siete escuelas que reciben á mil niñas.

Al lado de estos piadosos establecimientos, florecen las escuelas *parroquiales*, establecidas en casi todas las parroquias de Roma y que tienen el mismo objeto. Vienen tambien las de las *Señoras del Sagrado Corazon*, en la Trinidad de los Montes y en Santa Rufina *in Trastevere*; de *San Pascual*; de las religiosas del *Amor Divino*, de las maestras piadosas de *Jesus*, de las cuales unas dan la enseñanza elemental á los niños pobres, mientras otras educan á las niñas en las clases superiores.

A vista de estos numerosos establecimientos, se presentaron á nuestro espíritu dos observaciones; desde luego la fecha de las primeras. ¡Al empezar el siglo decimosexto, en la época en que el protestantismo venia á arrojar á la faz de la Iglesia romana el reproche de oscurantismo, Roma abria gratuitamente al pueblo las primeras escuelas públicas de la Europa! Ella no temia, pues, la luz; ella no temia, sobre todo, como la acusaban los jefes de la Reforma, que sus hijos aprendiesen á leer, aun la Biblia, supuesto que en Italia fué donde apareció la primera traduccion de la Escritura en lengua vulgar. Despues Roma, que fué la que dió el movimiento hace tres siglos, ha seguido marchando; y yo no sé si hay alguna capital que pueda rivalizar con ella en la vía del progreso. ¡Para una poblacion de 170,000 almas cuenta Roma hoy 374 escuelas primarias, dirigidas por 484 maestros y á las cuales asisten más de 14,000 niños! Para un millon de habitantes, Paris no contaba el 1.º de Julio de 1844, más que con 24,137 alumnos en las escuelas populares. Además de las escuelas regionarias, que han llegado á ser 55, se han fundado muchas salas de asilos, se han abierto nuevas escuelas parroquiales y se han erigido con

táculos, ha dejado al mundo este bello ejemplo; y la religion puede decir que la enseñanza de los pobres le pertenece por derecho de nacimiento y por derecho de conquista. Es una doble injusticia querer arrebatárselo; pero hay tambien un doble castigo y una doble desgracia; no deseo ser profeta.

Siguiendo los pasos de José de Calazans, acudieron santos sacerdotes y virtuosos legos, celosos de participar de los penosos trabajos y de las eternas recompensas del generoso amigo de la infancia. En 1727, Benedicto XIII dió á los pobres doctrinarios, hijos del venerable César de Bus, la antigua iglesia de Santa María *in Monticelli*. Veinticinco años ántes, en 1702, habia venido M. de la Salle con aquellos religiosos á trabajar en la misma viña. Los buenos hermanos abrieron su primera escuela cerca de la plaza *Barberini*; la segunda en la Trinidad de los Montes, que habitan hoy todavía. En 1793, Pio VI les dió otra cerca de San Salvador *in Lauro*; en fin, Leon XII les suministró un cuarto establecimiento cerca de la Madona de los Montes, bajo el título de *San Antonio de Pádua*.

El temor de ser demasiado largo me hace pasar en silencio otros recursos ofrecidos á los hijos del pueblo para disipar su ignorancia, primera miseria espiritual de los hijos de Adán. Seria neceserio, por otra parte, volver sobre la mayor parte de las instituciones ya visitadas, en las cuales reciben el niño y el pobre el pan del cuerpo y el pan del alma.

13 DE FEBRERO.

Visita á las escuelas de niñas.—Fundacion de la B. Angela de Merici.—Escuelas pontificales.—Escuelas de piadosas maestras.—Otros establecimientos.—Observaciones.—Resúmen.

Aunque hoy fuera domingo y víspera de nuestra salida para Nápoles, tuvimos

tiempo de visitar nuestras escuelas. Sabiamos lo que Roma hace en favor de los niños pobres; nos quedaba por ver los cuidados que con maternal solicitud prodiga á las niñas. Los numerosos conservatorios ya mencionados, parece que nos dispensarán de nuevos pormenores; todos los recursos de la caridad mas ingeniosa se encuentran allí como agotados; poco diremos por eso. Las escuelas de San José, despues de Roma, se extendieron muy pronto á toda la Italia, pero solo se ocupaban de los niños; habia que ocuparse tambien de las niñas. Ellas, muy débiles todavía y por eso mismo expuestas á más peligros, debian atraer la atencion particular de la Iglesia y convertirse en objeto de su activa solicitud; en este punto están tambien de acuerdo los hechos con la lógica.

Mucho tiempo ántes de San José de Calazans habia nacido en Desenzano, en el lago de Guardia, la bien aventurada Angela de Merici. Esta Santa vírgen, cuya memoria se venera particularmente en Roma, vino á esta ciudad á fundar en 1537 una institucion destinada á la instruccion gratuita de las niñas pobres. La enseñanza de la escritura se reservó solo para las alumnas que se proponian abrazar la vida monástica; á las demas se las enseñaba solamente el catecismo, la lectura y trabajos de mano; este era un primer paso. En el siglo siguiente, en 1655, se abrió en Roma la primera escuela gratuita para las niñas pobres, segun el plan de las escuelas piadosas de San José; fué debida á la generosidad del papa Alejandro VII. Consolada por el buen éxito que obtuvo, estableció el inteligente Pontífice escuelas semejantes en todos los cuarteles de Roma. La limosnería apostólica se encargó, como se encarga todavía, de todos los gastos. De aquí el nombre tan bien merecido de *Escuelas Pontificales* (*Scuole pontificie*) que tie-

nen todavía. Visitamos otras muchas, y á la verdad que no encuentro nada que pudieran reprocharlas nuestros inspectores universitarios. Es verdad que allí no se enseña ni la mitología, ni la astronomía, ni otras ciencias útiles del mismo género; todo se limita á la enseñanza de la religion, á la lectura, á la escritura, al cálculo y á las obras de manos. 1

Lo que habiamos visto en las escuelas pontificias, lo volvimos á encontrar en la casa de las Maestras obreras piadosas (*Maestre pie operarie*). Esta orden nacida en Montefiascone, vino á establecerse en Roma bajo el pontificado de Clemente XII; la limosnería apostólica provee á sus necesidades. La gran escuela, y por decirlo así, la escuela matriz, está en Santa Agata *di Monti*; allí reside la superiora general, que es elegida cada tres años y dirige á toda la comunidad con su consejo, compuesto de tres asistentas. Desde allí se mandan las maestras necesarias á las diferentes escuelas de la caridad y aun de las ciudades vecinas, las cuales reciben gratuitamente á todas las niñas pobres de edad de cinco años que habiten en el cuartel. Las clases duran seis horas al día y los objetos de la enseñanza son los mismos que en las otras escuelas. Observamos allí el tierno cuidado con que se forman los jóvenes corazones en la práctica de la religion. Así, además de un catecismo muy claro, se les enseñan las disposiciones necesarias para los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía; la práctica de las virtudes cristianas; la devocion á la Santísima Vírgen y al Angel de la Guarda; la modestia en todo, y sobre todo en las calles y en la Iglesia. No me admiro de la aprobacion dada por los papas á esta útil congregacion; 2 ella cuenta en Ro-

1 Constanzi, t. 1, p. 27, 29 y 156.

2 Véase la bula: *Experientia rerum omnium magistra*, de Clemente XII, 8 de Setiembre de 1760.

ma siete escuelas que reciben á mil niñas.

Al lado de estos piadosos establecimientos, florecen las escuelas *parroquiales*, establecidas en casi todas las parroquias de Roma y que tienen el mismo objeto. Vienen tambien las de las *Señoras del Sagrado Corazon*, en la Trinidad de los Montes y en Santa Rufina *in Trastevere*; de *San Pascual*; de las religiosas del *Amor Divino*, de las maestras piadosas de *Jesus*, de las cuales unas dan la enseñanza elemental á los niños pobres, mientras otras educan á las niñas en las clases superiores.

A vista de estos numerosos establecimientos, se presentaron á nuestro espíritu dos observaciones; desde luego la fecha de las primeras. ¡Al empezar el siglo decimosexto, en la época en que el protestantismo venia á arrojar á la faz de la Iglesia romana el reproche de oscurantismo, Roma abria gratuitamente al pueblo las primeras escuelas públicas de la Europa! Ella no temia, pues, la luz; ella no temia, sobre todo, como la acusaban los jefes de la Reforma, que sus hijos aprendiesen á leer, aun la Biblia, supuesto que en Italia fué donde apareció la primera traduccion de la Escritura en lengua vulgar. Despues Roma, que fué la que dió el movimiento hace tres siglos, ha seguido marchando; y yo no sé si hay alguna capital que pueda rivalizar con ella en la vía del progreso. ¡Para una poblacion de 170,000 almas cuenta Roma hoy 374 escuelas primarias, dirigidas por 484 maestros y á las cuales asisten más de 14,000 niños! Para un millon de habitantes, Paris no contaba el 1.º de Julio de 1844, más que con 24,137 alumnos en las escuelas populares. Además de las escuelas regionarias, que han llegado á ser 55, se han fundado muchas salas de asilos, se han abierto nuevas escuelas parroquiales y se han erigido con

el mismo objeto otras cinco ó seis instituciones. En este número no están comprendidas las escuelas primarias, llamadas *Abusivas*, porque han sido formadas sin autorización y que cuentan á lo menos 20 maestros y 300 alumnos ¹. Tales son en compendio los medios que Roma emplea para disipar la ignorancia en las clases inferiores de la sociedad: así es como la madre de las iglesias responde todavía hoy á los que se atreven á acusarla de ser estacionaria, retrógrada y enemiga de las luces. El Apolinario, la Universidad, el Colegio romano, nos enseñarán más tarde lo que hace para la instrucción de las clases altas.

Pero no basta disipar la ignorancia; para mantener el alma humana en su estado normal es necesario también preservarla del error, y sobre todo del error en materia de religión, que es el más funesto de todos. El espíritu más ilustrado puede ser atacado de ese cólera-mórbus, de que parece estar impregnada la atmósfera de la Europa actual y que mata el corazón después de haber alterado la virginidad de la inteligencia. A fin de alejarlo de sus fronteras, no hay medio que Roma deje de prescribir. Sus aduanas visitan con un cuidado riguroso todas las obras que vienen de fuera; la congregación del Index vela noche y día para detener su propagación y para señalarlas al horror público hiriéndolas con anatema. En Roma no puede publicarse ninguna obra sin haber sido sometida al exámen de los maestros de la doctrina; los grabados, las piezas musicales y de teatro son especialmente vigiladas. Por temor de que los espectáculos, aun los permitidos, perjudiquen á los graves pensamientos que deben formar el fondo de la inteligencia cristiana, cesan las representaciones en las épocas y en los días consagrados al recogimiento y á la oración;

¹ Morich., p. 217.

tales como el Adviento, la Cuaresma, los viernes de cada semana y los domingos.

14 DE FEBRERO.

Salida para Nápoles.—Albano.—Recuerdos de San Buenaventura.—La Polazzola.—Ruinas de Alba-la-Longa.—Monte Cavo.—Lago de Albano.—Las Nymfeas.—El Emisario.—Castel Gandolfo.—Pretendidos sepulcros de Ascanio y de los Curácios.—Horacio y San Pablo.—Aricia.—Ganzano.—Lago Nemi.—Ciudad Lavinia.

A las siete de la mañana, con un frío penetrante, dejábamos el palacio Conti en un ancho coche de ocho lugares; todos estaban ocupados por amigos nuestros. Era una caravana francesa, es decir, jocosa y ligera que partía para Nápoles. Salimos de Roma por la antigua puerta *Calimontana*, hoy de San Juan, y muy pronto tratamos en la vía Apiana. Esta vía, reina de todas las otras, (*regina viarum*) ¹, se extendía, como ya he dicho, desde Roma hasta Brindes, y cada piedra de ella parece tener una boca para llamar algún gran recuerdo. Se ven pasar por allí, después de los señores del mundo material, los Césares y sus legiones triunfantes, á Pedro y Pablo, vencedores de los Césares y de sus ejércitos; luego á los cristianos de Roma que iban delante del Apóstol que desembarcó en Pouzzola; en fin, aquellas antiguas losas parecen todavía señaladas con manchas de sangre que repiten los combates y los triunfos que contemplaron de todo un pueblo de mártires. Todos estos grandes recuerdos imprimen yo no sé que majestad á la soledad y á las ruinas que os rodean. Aquí se muestra el campo romano tal vez más que en otras partes, solitario, accidentado, removido, cavado y cubierto de antiguos despojos. Como com-

¹ Stat. Sylv., II, V. 12; Mart., IX, 104.

plemento del cuadro, el inmenso acueducto de Claudio, surca la vasta llanura, levantando hasta las nubes sus gigantescos arcos, por los cuales pasan las aguas del Latium, traídas en tributo á la ciudad eterna.

A eso de las diez llegamos á Albano. Esta es una pequeña ciudad de 5,000 almas, edificada al extremo del desierto, no lejos de las ruinas de *Alba-la-Longa*. Después de una modesta colación en el *hotel de Ville-de-Paris*, nos dirigimos á la iglesia principal, llamada *Santa María de la Rotonda*. El pórtico está adornado con bellos adornos de mármol, en que están esculpidas hojas de acanto, tomadas de algún antiguo edificio. El interior presenta pocas riquezas artísticas; pero no obstante, el viajero cristiano debe visitar la catedral de Albano. Ella recuerda un nombre, cuyo dulce y glorioso recuerdo no podría olvidarse.

En el siglo decimotercero vivían en la Universidad de Paris, de la cual forman inmortal auréola, dos ilustres amigos, cuyas virtudes les han colocado en los altares del mundo católico, y cuyo talento ha sido puesto en primer rango entre los doctores. La maravillosa penetración de su espíritu le valió al uno el título de doctor *angélico*; el de doctor *seráfico* fué adquirido por el otro á causa de la deslumbradora unción de sus escritos. Hijos espirituales de dos padres igualmente ilustres, Domingo y Francisco, siguieron con gloria sosteniendo la Iglesia de Dios, en cuyo socorro habían sido enviados ellos, sus padres y sus hermanos. Ambos tomaron la doctrina en el mismo libro; el Crucifijo; y por una rara felicidad para el viajero cristiano, su recuerdo señala de trecho en trecho el camino que conduce de Roma á Nápoles por Terracina ¿Necesito nombrarles? San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino ¿no son conocidos por todos?

El primerc, humilde hijo de San Francisco, casado como su padre con esa gloriosa princesa que se llama la pobreza angélica, trataba en vano de ocultar bajo el tosco sayal el brillo que nacía de su talento y de su virtud. El ojo penetrante del vicario de Jesucristo descubre el escondido tesoro, y por una orden suprema hace salir la luz de la oscuridad. Buenaventura, oculto en Paris, recibe al mismo tiempo el capelo de cardenal y su nombramiento de obispo suburbicario de Albano, con orden de aceptar, y parte para Italia. Gregorio X sale á su encuentro y le da por sí mismo la unción episcopal. Es bien conocida la vida del nuevo príncipe de la Iglesia, y su muerte no menos bella que su vida. Habiéndose enfermado durante la época média del concilio general de Lyon, en donde habia contribuido más que cualquier otro á la union del Oriente y del Occidente, tuvo todavía fuerzas para asistir á la abjuración del gran concilio de Constantinopla, su noble conquista; y se puede decir de él lo que se ha dicho de Turenne, que murió sepultado en su triunfo. Las iglesias y las calles de Albano nos recordaban una palabra consoladora del gran obispo. Entre los religiosos de su orden habia uno llamado Egidio, que tenia una gran veneración al ilustre y santo doctor. Un día Egidio, con la sencillez de un niño, daba vueltas al rededor del santo, deseando dirigirle una pregunta, pero sin saber cómo formularla; ¡tan tonto así se vuelve el que pretende tener talento! Por fin, agotando todos los recursos de su ingenio, le dijo: «Hermano mio Buenaventura: Dios os ha dado grandes gracias á vosotros los sabios; pero nosotros, los ignorantes, ¿qué haremos para salvarnos?» El santo respondió: «Aun cuando nuestro Señor no hubiera dado á los hombres más que su amor, esto bastaría.»—¿Un ignorante puede amar á Dios

el mismo objeto otras cinco ó seis instituciones. En este número no están comprendidas las escuelas primarias, llamadas *Abusivas*, porque han sido formadas sin autorización y que cuentan á lo menos 20 maestros y 300 alumnos ¹. Tales son en compendio los medios que Roma emplea para disipar la ignorancia en las clases inferiores de la sociedad: así es como la madre de las iglesias responde todavía hoy á los que se atreven á acusarla de ser estacionaria, retrógrada y enemiga de las luces. El Apolinario, la Universidad, el Colegio romano, nos enseñarán más tarde lo que hace para la instrucción de las clases altas.

Pero no basta disipar la ignorancia; para mantener el alma humana en su estado normal es necesario también preservarla del error, y sobre todo del error en materia de religión, que es el más funesto de todos. El espíritu más ilustrado puede ser atacado de ese cólera-mórbus, de que parece estar impregnada la atmósfera de la Europa actual y que mata el corazón después de haber alterado la virginidad de la inteligencia. A fin de alejarlo de sus fronteras, no hay medio que Roma deje de prescribir. Sus aduanas visitan con un cuidado riguroso todas las obras que vienen de fuera; la congregación del Index vela noche y día para detener su propagación y para señalarlas al horror público hiriéndolas con anatema. En Roma no puede publicarse ninguna obra sin haber sido sometida al exámen de los maestros de la doctrina; los grabados, las piezas musicales y de teatro son especialmente vigiladas. Por temor de que los espectáculos, aun los permitidos, perjudiquen á los graves pensamientos que deben formar el fondo de la inteligencia cristiana, cesan las representaciones en las épocas y en los días consagrados al recogimiento y á la oración;

¹ Morich., p. 217.

tales como el Adviento, la Cuaresma, los viernes de cada semana y los domingos.

14 DE FEBRERO.

Salida para Nápoles.—Albano.—Recuerdos de San Buenaventura.—La Polazzola.—Ruinas de Alba-la-Longa.—Monte Cavo.—Lago de Albano.—Las Nymfeas.—El Emisario.—Castel Gandolfo.—Pretendidos sepulcros de Ascanio y de los Curácios.—Horacio y San Pablo.—Aricia.—Ganzano.—Lago Nemi.—Ciudad Lavinia.

A las siete de la mañana, con un frío penetrante, dejábamos el palacio Conti en un ancho coche de ocho lugares; todos estaban ocupados por amigos nuestros. Era una caravana francesa, es decir, jocosa y ligera que partía para Nápoles. Salimos de Roma por la antigua puerta *Calimontana*, hoy de San Juan, y muy pronto tratamos en la vía Apiana. Esta vía, reina de todas las otras, (*regina viarum*) ¹, se extendía, como ya he dicho, desde Roma hasta Brindes, y cada piedra de ella parece tener una boca para llamar algún gran recuerdo. Se ven pasar por allí, después de los señores del mundo material, los Césares y sus legiones triunfantes, á Pedro y Pablo, vencedores de los Césares y de sus ejércitos; luego á los cristianos de Roma que iban delante del Apóstol que desembarcó en Pouzzola; en fin, aquellas antiguas losas parecen todavía señaladas con manchas de sangre que repiten los combates y los triunfos que contemplaron de todo un pueblo de mártires. Todos estos grandes recuerdos imprimen yo no sé que majestad á la soledad y á las ruinas que os rodean. Aquí se muestra el campo romano tal vez más que en otras partes, solitario, accidentado, removido, cavado y cubierto de antiguos despojos. Como com-

¹ Stat. Sylv., II, V. 12; Mart., IX, 104.

plemento del cuadro, el inmenso acueducto de Claudio, surca la vasta llanura, levantando hasta las nubes sus gigantescos arcos, por los cuales pasan las aguas del Latium, traídas en tributo á la ciudad eterna.

A eso de las diez llegamos á Albano. Esta es una pequeña ciudad de 5,000 almas, edificada al extremo del desierto, no lejos de las ruinas de *Alba-la-Longa*. Después de una modesta colación en el *hotel de Ville-de-Paris*, nos dirigimos á la iglesia principal, llamada *Santa María de la Rotonda*. El pórtico está adornado con bellos adornos de mármol, en que están esculpidas hojas de acanto, tomadas de algún antiguo edificio. El interior presenta pocas riquezas artísticas; pero no obstante, el viajero cristiano debe visitar la catedral de Albano. Ella recuerda un nombre, cuyo dulce y glorioso recuerdo no podría olvidarse.

En el siglo decimotercero vivían en la Universidad de Paris, de la cual forman inmortal auréola, dos ilustres amigos, cuyas virtudes les han colocado en los altares del mundo católico, y cuyo talento ha sido puesto en primer rango entre los doctores. La maravillosa penetración de su espíritu le valió al uno el título de doctor *angélico*; el de doctor *seráfico* fué adquirido por el otro á causa de la deslumbradora unción de sus escritos. Hijos espirituales de dos padres igualmente ilustres, Domingo y Francisco, siguieron con gloria sosteniendo la Iglesia de Dios, en cuyo socorro habían sido enviados ellos, sus padres y sus hermanos. Ambos tomaron la doctrina en el mismo libro; el Crucifijo; y por una rara felicidad para el viajero cristiano, su recuerdo señala de trecho en trecho el camino que conduce de Roma á Nápoles por Terracina ¿Necesito nombrarles? San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino ¿no son conocidos por todos?

El primerc, humilde hijo de San Francisco, casado como su padre con esa gloriosa princesa que se llama la pobreza angélica, trataba en vano de ocultar bajo el tosco sayal el brillo que nacía de su talento y de su virtud. El ojo penetrante del vicario de Jesucristo descubre el escondido tesoro, y por una orden suprema hace salir la luz de la oscuridad. Buenaventura, oculto en Paris, recibe al mismo tiempo el capelo de cardenal y su nombramiento de obispo suburbicario de Albano, con orden de aceptar, y parte para Italia. Gregorio X sale á su encuentro y le da por sí mismo la unción episcopal. Es bien conocida la vida del nuevo príncipe de la Iglesia, y su muerte no menos bella que su vida. Habiéndose enfermado durante la época média del concilio general de Lyon, en donde habia contribuido más que cualquier otro á la union del Oriente y del Occidente, tuvo todavía fuerzas para asistir á la abjuración del gran concilio de Constantinopla, su noble conquista; y se puede decir de él lo que se ha dicho de Turenne, que murió sepultado en su triunfo. Las iglesias y las calles de Albano nos recordaban una palabra consoladora del gran obispo. Entre los religiosos de su orden habia uno llamado Egidio, que tenia una gran veneración al ilustre y santo doctor. Un día Egidio, con la sencillez de un niño, daba vueltas al rededor del santo, deseando dirigirle una pregunta, pero sin saber cómo formularla; ¡tan tonto así se vuelve el que pretende tener talento! Por fin, agotando todos los recursos de su ingenio, le dijo: «Hermano mio Buenaventura: Dios os ha dado grandes gracias á vosotros los sabios; pero nosotros, los ignorantes, ¿qué haremos para salvarnos?» El santo respondió: «Aun cuando nuestro Señor no hubiera dado á los hombres más que su amor, esto bastaría.»—¿Un ignorante puede amar á Dios

tanto como un sabio?—«Una vieja puede amar á Dios tanto ó más que un doctor en teología.» A estas palabras, Egidio, lleno de gozo, corre al jardín situado del lado de Roma, y poniéndose en la puerta, se pone à gritar: «Hombres simples ó ignorantes, mujeres pobres, miserables y buenas, todos vosotros podeis amar á Dios, tanto como mi hermano Buenaventura.» [1] luego cayó en un delicioso éxtasis que duró tres horas.

Estos recuerdos de la edad média nos acompañaban durante nuestro paso por el flanco rocalloso de las montañas del Lacio, á cuyo pié esta situada la moderna Albano. Llegamos muy pronto á la *Pelazzola*, humilde convento de Franciscanos, edificado sobre las ruinas mismas de Alba-la-Longa. Esta ciudad importante, tantas veces nombrada en los primeros tiempos de la república romana, fué fundada, segun se dice, por Ascanio, hijo de Eneas, y destruida por Túlio Hostio. Cerca del convento se ve todavía un antiguo sepulcro cavado en la roca, con los haces consulares y la silla curul. De allí pasamos más allá de la *Rocca di Papa*, hasta la cima del *Monte Cavo*. Aquí, en una especie de plataforma, en forma de herradura, inauguró Rómulo la religion de los pueblos aborígenes; aquí su sucesor Tarquino el Viejo edificó el famoso templo de *Júpiter Lacial*, divinidad cruel que queria sangre humana al tiempo de la apertura de los juegos establecidos en su honor. Para honrar la memoria de sus abuelos y la cuna de su religion venian los Romanos á esta montaña á celebrar las *Ferías latinas*; los mismos triunfadores estaban obligados á trasladarse allí, algunos dias despues de sus triunfos y á ofrecer un sacrificio en accion de gracias, y en fin, los cónsules allí debian tomar posesion de su dignidad. A tanto ruido y movimiento ha-

1 Acta Sanctorum, 23 de Abril.

sucedido el silencio eterno de la Soledad.

Volviendo sobre nuestros pasos, visitamos el lago de Albano ó *di Castello*. Se encuentra cerca de la aldea de *Castel-Gandolfo*, en la cima de una montaña, y ocupa el cráter apagado de un volcan. Está rodeado de encinas verdes y de olivos salvajes y profundamente engastado formando un óvalo, cuyo contorno puede tener dos leguas y media; su profundidad es de 480 piés. Bajando hasta la orilla, vimos dos *Nymfeas*, es decir, diferentes salas cavadas en la lava y que sirven á los voluptuosos romanos para tomar fresco. La que los campesinos llamaban *Grotta di Bergantino*, construccion en forma de red, cubierta de una vigorosa vegetacion, presenta un aspecto singularmente pintoresco; pero la maravilla del lago es el canal ó emisario que descarga sus aguas en el campo romano. Hé aquí su origen: Los Romanos estaban ocupados en el sitio de Veies, cuando las aguas del lago subieron de una manera espantosa y amenazaron el país con una inundacion general. Se enviaron diputados á Delfos para consultar al oráculo de Apolo, y respondió que los Romanos no serian dueños de Veies hasta despues de haber abierto un canal de escurrimiento para las aguas del lago. Inmediatamente una parte del ejército se puso en obra; la otra siguió guardando la plaza. Se oradó la montaña y se hizo un canal de una milla de longitud, 4 piés de latitud y 6 de altura. A vista de este túnel, todavía muy bien conservado á pesar de que data desde hace dos mil doscientos cuarenta años, ¿cómo no admirar el poderoso génio del pueblo-rey y la habilidad de Camilo, que engañando la impaciencia de su ejército, supo ocuparle en un trabajo de larga duracion, esperando el momento favorable para apoderarse de la ciudad enemiga.

Por fin llegamos á Castel-Gandolfo, hu-

ilde aldea á donde viene á pasar el soberano Pontífice algunos meses al fin del estío. El exterior del palacio es muy sencillo, pero el punto de vista es magnífico; desde la plataforma se abraza todo el campo romano, desierto de ruinas en cuyo centro aparece la ciudad eterna con sus doradas cúpulas, sus obeliscos y sus palacios, como un majestuoso oasis de monumentos. La iglesia de Castel-Gandolfo es una cruz griega de la arquitectura del Bernino. Sobre el altar mayor vimos un hermoso cuadro que se dice ser de Pedro de Cortona; el altar de la izquierda tiene una *Asuncion* de Carlos Marratte.

Al bajar la colina para volver á Albano, saluda el viajero la pretendida *tumba de Ascanio*. Este monumento antiguo, al cual la falta de inscripcion no permite que se le asigne ni fecha ni nombre, se compone de una torre colosal acabada en cono. Las paredes exteriores de mármol y los adornos que la decoraban han desaparecido; es tan triste como la muerte. Conviene decir otro tanto de otra ruina situada mas allá de Albano y que lleva, no se sabe por qué, el nombre de *tumba de los Curácios*.

Al sonar la hora de partir, volvimos á nuestros lugares en la berlina, y yo me apresuré á consultar dos guías que cuidó de que me acompañaran; el uno estaba á mi derecha, el otro á mi izquierda en las bolsas del coche. Todos los que hagais el mismo camino, yo os suplico que no los olvideis; el primero es *Horacio*, el segundo los *Hechos de los Apóstoles*. Sí; este camino que seguís lo siguieron Horacio y San Pablo hace mil ochocientos años; en ellos están señalados sus recuerdos. Además, no conozco nada más interesante y agradable que marchar por la misma vía Apiana con dos peregrinos tan célebres y tan diferentes. Voy á deciros con ocasion de qué hacia el viaje Horacio; en cuanto á

San Pablo, sabreis muy pronto por qué se le encuentra en un camino ilustrado por todos los conquistadores del mundo. El año de Roma 713, Mecenas, Cocceyo, y Capiton fueron enviados por el Senado hasta Brindis, á fin de reconciliar con Octavia á Antonio que sitiaba entónces aquella ciudad. Horacio, amigo de ellos, fué del viaje. Salió de Roma con el retórico Heliodoro y vino á reunirse con los diplomáticos en Terracina. Al salir de Albano atraviesa el camino un país montañoso, plantado de olivos y de verdes árboles, medianamente cultivado. A dos millas más allá se sube una cuesta en la cual está sentada, como un nido de águila en la cúspide de una roca, la moderna *Aricia*. Esta pequeña y graciosa aldea ocupa el lugar de la fortaleza de la antigua *Aricia* cuyo nombre conserva. Se dice que *Aricia* fué fundada doscientos años ántes de la guerra de Troya, por Archiloco de Sicilia. Como quiera que sea, esta ciudad fué la patria de Atia, madre del emperador Augusto. Su territorio producía excelentes cebollas, que han merecido ser cantadas por muchos poetas y malditas por Horacio que hacia profesion de detestar cordialmente todos los vástagos de esa familia leguminosa, hasta la quinta generacion y aun más allá. Las ruinas apenas perceptibles de la ciudad se ven abajo de la aldea, en el lugar llamado el Jardín del Centro, *l'Orto de Mezzo*. Al acercarnos, yo abria mi Horacio que habla así de *Aricia*:

Egressum magna me excepit Aricia Roma
Hospitio modico. (1)

Horaci

«Salí de la gran Roma acompañado
De Heliodoro, retórico afamado,
Y en la pequeña Aricia noche hicimos.»
Traduccion de D. Javier de Burgos.

Las palabras del poeta viajero se verifican todavía; *Aricia* es siempre una bi-

1 Lib. I. Satyr. V.

coca y sus casas nos parecieron de muy mediana apariencia; no puedo decir de ellas otra cosa, porque más felices que Horacio ó más de prisa, pasamos sin dejarles ver el color de nuestros boyocos; no pusimos pié en tierra sino solo para visitar la iglesia y el severo palacio Chigi. Estas dos obras del Bernino presentan un conjunto bien comprendido, pero parece que pecan en sus pormenores; la cúpula es la única que parece ser irreprochable.

Horacio y Heliodoro, que le acompañaba, pasaron la noche en Aricia. Estos señores como verdaderos mirones, viajaban en pequeñas jornadas y probablemente á expensas del Estado; no estando nosotros en iguales condiciones nos pasamos has-Velletri. Antes de llegar allí, se visita á Genzano (la antigua *Gentiana*), precioso pueblo situado cerca del lago Nemi. Este lago debe á su forma, á los rosales que le rodean y á la limpidez de sus aguas, el gracioso nombre de Espejo de Diana, *Speculum Dianae*. No léjos del camino, nos fué permitido ver la ciudad *Lavinia* (*Lavinium*), patria de Antonio el Piadoso y de aquel Milon asesino de Claudio, tan conocido por los retóricos. Sonaban las cinco cuando entramos en Velletri, patria del emperador Augusto.

15 DE FEBRERO.

Velletri.—Cisterna.—Recuerdo de San Pablo.—Las lagunas Pontinas.—Ardea, Antium, Sezze.—Línea Pia.—Forappio.—Recuerdo de San Pablo.—Fossa Nuova.—Recuerdo de Santo Tomás.—Terracina.—Templo de Júpiter Anxurus y de Minerva.—Castillo de Teodoro.—Catedral.—Hospital y palacio de la Residencia.

Ayer por la mañana nos habíamos desayunado en el *hotel de Ville de Paris*; el susodicho rótulo estaba en frances y no olvideis que estaba en Albano; por la tarde nuestro faeton nos introdujo rápida-

mente, haciendo sonar su látigo, al gran *hotel de Rusia*; esto era en Velletri, ciudad importante de los antiguos Volscos [*Velitra*], y este segundo rótulo estaba también en buen frances. ¿Notais la influencia de las grandes naciones y de la Francia en particular? Hasta en los insignificantes pormenores todo anuncia el ascendiente de la lengua y por consiguiente del pensamiento frances en las poblaciones italianas. Hay en esto, segun me parece, una gran enseñanza y una gran responsabilidad para nuestra patria. La primera persona que apercibí á la entrada de Velletri fué un pobre padre capuchino, anciano de barba blanca, con los piés descalzos y la alforja á la espalda. Este rey de la pobreza me pareció admirablemente colocado en la patria del mundo; en ninguna parte tal vez el representante sublime del poder espiritual lleva con más gracia el cetro escapado á los emperadores de la fuerza. Supimos por su boca que la Iglesia contaba hoy 18,000 de sus semejantes, vivientes milagros de las edades de la fe, divididos en cuarenta provincias y extendidos por todas las playas del antiguo y del nuevo mundo, aun en Francia!

Velletri, que forma parte del obispado de Ostia, cuenta de diez á doce mil almas. Desde el platillo en que está sentada es goza de una vista manífica. Cuando al ponerse el sol, lleva el viajero sus miradas hácia el Oriente, vé á sus piés profundas barrancas que se unen por una vasta llanura á las montañas de la Sabina, cuya cúspide cubierta de nieve se confunde con la bruma de la tarde y forma una especie de velo que con los últimos rayos del crepúsculo toma un tinte amarillento, de un efecto muy hermoso. Los principales monumentos de Velletri son la columna del papa Urbano VIII en la plaza del mercado, las fuentes públicas, de muy buena construcción, y el palacio *Lancelotti* con

su bella escalera de mármol. Las iglesias de Santa María *dell'Orto* encierra algunos bellos cuadros. Paseándonos por los alrededores vimos el lugar en que fué encontrada la *Pallas Veliterna*, una de las bellas estátuas del museo de Paris; luego informes ruinas de monumentos antiguos que sembraban el suelo y recordaban grandes nombres y producian tristes recuerdos. Tal vez en memoria de Augusto, cuya cuna fué Velletri, Tiberio, Nerva, Calígula y Othon, hicieron de esta ciudad su permanencia favorita y la enriquecieron con soberbias vilas.

Entre tanto, no todo es agradable en los viajes; en vez de dormir en el hotel de Rusia, habíamos vivaqueado; pero en todo hay compensacion, hasta en una mala noche. Desde los primeros resplandores de la aurora, bajamos á la plaza y nos fué posible gozar de una magnífica salida del sol, gracias á los súcios lechos del hotel de Rusia, sin los cuales hubiéramos perdido este soberbio espectáculo. Dejamos á Velletri, y á la izquierda del lado de la Sabina á la pequeña ciudad de Cori, la antigua Cora, célebre por sus templos de Hércules y de Castor y de Pollux; la *área* del primero está ocupada por el baptisterio de la iglesia. Como á las nueve pasamos el rio de Astura y muy pronto entramos en *Cisterna*. Un accidente, harto felizmente sucedido á nuestro coche, nos permitió detenernos una hora. Voy á explicaros por qué hablo así de un hecho que contrariaba en cierto modo á nuestro digno cochero. Teníamos con nosotros, como he dicho, los *Hechos de los Apóstoles* que nos enseñan el paso de San Pablo por la vía Apiana. Además, sabeis ó acaso no sabeis, que los cristianos de Roma, informados de la llegada tan deseada del gran Apóstol, vinieron á su encuentro, como van los hijos al encuentro de un padre ausente largo tiempo. Sin duda con el fin de

no despertar ninguna desconfianza, se dividieron en dos bandas: unos se detuvieron *ad Tres Tabernas*, en las tres Hospederías; otros fueron á pasearse hasta el *Forum de Apio* 1. Pues bien, las tres Tabernas de entónces son, segun constante tradicion, la Cisterna de hoy. 2.

Nos lanzamos fuera del coche y en un momento estuvimos en la iglesia. Cada uno de nosotros, prosternado en las losas del modesto santuario, se decia: "Tú estás acaso de rodillas en el mismo lugar en que San Pablo y los cristianos de Roma se encontraron, se abrazaron, se rogocijaron y oraron juntos!" Cuando se tiene la dicha de estar en cuerpo y alma en lugares de donde brotan semejantes recuerdos, se convendrá en que, basta para sentir inefables impresiones, dejar el corazón á la fe. Cisterna es una pequeña aldea situada en una altura á la orilla de la vía Apiana. Tomamos ésta muy pronto y á poco apareció á nuestras miradas ávidas la *Torre de tre Ponti*, simple relevo de posta, desde donde se comienzan á descubrir las famosas lagunas Pontinas; ántes de atravesarlas, es agradable conocer su historia.

Las lagunas Pontinas forman una vasta llanura de tres leguas de longitud. Ocupan el espacio comprendido entre los paí-

1. Fratres occurrerunt nobis usque ad Appii forum ad tres Tabernas. *Act. XXVIII, 13.*

2. Erat Appii forum (ut colligitur ex Plinio, lib. XVI, cap. 6) in agro Setino, in via Appia locus positus tres Tabernæ vero contra Antium. Unde et Cicero (*ad Atticum*, epist. XIX, lib. 2). Emersimus commode ex Antio in Appiam ad tres Tabernas. Distanserat ab urbe forum Appii quinquaginta et unum millia passuum. Tres Tabernæ vero posita erat ad trigesimum tertium lapidem. Sic enim Antoninus Appiæ viæ numerat milliaria, nimirum ab Urbe ad Ariciam sexdecim millia passuum, ab Aricia ad tres Tabernas decem et septem, unds vero ad Appii forum decem et octo. De foro Appii nulla sunt vestigia, vel si quæ exstant, palude pontina facta sunt inaccessa. Tres vero Tabernas illam esse ferunt, quæ hodie vulgo dicitur, corrupto vocabulo, Cisteras.—Baron., an. 59, n. 11, b.

coca y sus casas nos parecieron de muy mediana apariencia; no puedo decir de ellas otra cosa, porque más felices que Horacio ó más de prisa, pasamos sin dejarles ver el color de nuestros boyocos; no pusimos pié en tierra sino solo para visitar la iglesia y el severo palacio Chigi. Estas dos obras del Bernino presentan un conjunto bien comprendido, pero parece que pecan en sus pormenores; la cúpula es la única que parece ser irreprochable.

Horacio y Heliodoro, que le acompañaba, pasaron la noche en Aricia. Estos señores como verdaderos mirones, viajaban en pequeñas jornadas y probablemente á expensas del Estado; no estando nosotros en iguales condiciones nos pasamos has-Velletri. Antes de llegar allí, se visita á Genzano (la antigua *Gentiana*), precioso pueblo situado cerca del lago Nemi. Este lago debe á su forma, á los rosales que le rodean y á la limpidez de sus aguas, el gracioso nombre de Espejo de Diana, *Speculum Dianae*. No léjos del camino, nos fué permitido ver la ciudad *Lavinia* (*Lavinium*), patria de Antonio el Piadoso y de aquel Milon asesino de Claudio, tan conocido por los retóricos. Sonaban las cinco cuando entramos en Velletri, patria del emperador Augusto.

15 DE FEBRERO.

Velletri.—Cisterna.—Recuerdo de San Pablo.—Las lagunas Pontinas.—Ardea, Antium, Sezze.—Línea Pia.—Forappio.—Recuerdo de San Pablo.—Fossa Nuova.—Recuerdo de Santo Tomás.—Terracina.—Templo de Júpiter Anxurus y de Minerva.—Castillo de Teodoro.—Catedral.—Hospital y palacio de la Residencia.

Ayer por la mañana nos habíamos desayunado en el *hotel de Ville de Paris*; el susodicho rótulo estaba en frances y no olvideis que estaba en Albano; por la tarde nuestro faeton nos introdujo rápida-

mente, haciendo sonar su látigo, al gran *hotel de Rusia*; esto era en Velletri, ciudad importante de los antiguos Volscos [*Velitra*], y este segundo rótulo estaba también en buen frances. ¿Notais la influencia de las grandes naciones y de la Francia en particular? Hasta en los insignificantes pormenores todo anuncia el ascendiente de la lengua y por consiguiente del pensamiento frances en las poblaciones italianas. Hay en esto, segun me parece, una gran enseñanza y una gran responsabilidad para nuestra patria. La primera persona que apercibí á la entrada de Velletri fué un pobre padre capuchino, anciano de barba blanca, con los piés descalzos y la alforja á la espalda. Este rey de la pobreza me pareció admirablemente colocado en la patria del mundo; en ninguna parte tal vez el representante sublime del poder espiritual lleva con más gracia el cetro escapado á los emperadores de la fuerza. Supimos por su boca que la Iglesia contaba hoy 18,000 de sus semejantes, vivientes milagros de las edades de la fe, divididos en cuarenta provincias y extendidos por todas las playas del antiguo y del nuevo mundo, aun en Francia!

Velletri, que forma parte del obispado de Ostia, cuenta de diez á doce mil almas. Desde el platillo en que está sentada es goza de una vista manífica. Cuando al ponerse el sol, lleva el viajero sus miradas hácia el Oriente, vé á sus piés profundas barrancas que se unen por una vasta llanura á las montañas de la Sabina, cuya cúspide cubierta de nieve se confunde con la bruma de la tarde y forma una especie de velo que con los últimos rayos del crepúsculo toma un tinte amarillento, de un efecto muy hermoso. Los principales monumentos de Velletri son la columna del papa Urbano VIII en la plaza del mercado, las fuentes públicas, de muy buena construcción, y el palacio *Lancelotti* con

su bella escalera de mármol. Las iglesias de Santa María *dell'Orto* encierra algunos bellos cuadros. Paseándonos por los alrededores vimos el lugar en que fué encontrada la *Pallas Veliterna*, una de las bellas estátuas del museo de Paris; luego informes ruinas de monumentos antiguos que sembraban el suelo y recordaban grandes nombres y producian tristes recuerdos. Tal vez en memoria de Augusto, cuya cuna fué Velletri, Tiberio, Nerva, Calígula y Othon, hicieron de esta ciudad su permanencia favorita y la enriquecieron con soberbias vilas.

Entre tanto, no todo es agradable en los viajes; en vez de dormir en el hotel de Rusia, habíamos vivaqueado; pero en todo hay compensacion, hasta en una mala noche. Desde los primeros resplandores de la aurora, bajamos á la plaza y nos fué posible gozar de una magnífica salida del sol, gracias á los súcios lechos del hotel de Rusia, sin los cuales hubiéramos perdido este soberbio espectáculo. Dejamos á Velletri, y á la izquierda del lado de la Sabina á la pequeña ciudad de Cori, la antigua Cora, célebre por sus templos de Hércules y de Castor y de Pollux; la *área* del primero está ocupada por el baptisterio de la iglesia. Como á las nueve pasamos el rio de Astura y muy pronto entramos en *Cisterna*. Un accidente, harto felizmente sucedido á nuestro coche, nos permitió detenernos una hora. Voy á explicaros por qué hablo así de un hecho que contrariaba en cierto modo á nuestro digno cochero. Teníamos con nosotros, como he dicho, los *Hechos de los Apóstoles* que nos enseñan el paso de San Pablo por la vía Apiana. Además, sabeis ó acaso no sabeis, que los cristianos de Roma, informados de la llegada tan deseada del gran Apóstol, vinieron á su encuentro, como van los hijos al encuentro de un padre ausente largo tiempo. Sin duda con el fin de

no despertar ninguna desconfianza, se dividieron en dos bandas: unos se detuvieron *ad Tres Tabernas*, en las tres Hospederías; otros fueron á pasearse hasta el *Forum de Apio* 1. Pues bien, las *tres Tabernas* de entónces son, segun constante tradicion, la Cisterna de hoy. 2.

Nos lanzamos fuera del coche y en un momento estuvimos en la iglesia. Cada uno de nosotros, prosternado en las losas del modesto santuario, se decia: "Tú estás acaso de rodillas en el mismo lugar en que San Pablo y los cristianos de Roma se encontraron, se abrazaron, se rogocijaron y oraron juntos!" Cuando se tiene la dicha de estar en cuerpo y alma en lugares de donde brotan semejantes recuerdos, se convendrá en que, basta para sentir inefables impresiones, dejar el corazón á la fe. Cisterna es una pequeña aldea situada en una altura á la orilla de la vía Apiana. Tomamos ésta muy pronto y á poco apareció á nuestras miradas ávidas la *Torre de tre Ponti*, simple relevo de posta, desde donde se comienzan á descubrir las famosas lagunas Pontinas; ántes de atravesarlas, es agradable conocer su historia.

Las lagunas Pontinas forman una vasta llanura de tres leguas de longitud. Ocupan el espacio comprendido entre los paí-

1. Fratres occurrerunt nobis usque ad Appii forum ad tres Tabernas. *Act. XXVIII, 13.*

2. Erat Appii forum (ut colligitur ex Plinio, lib. XVI, cap. 6) in agro Setino, in via Appia locus positus tres Tabernæ vero contra Antium. Unde et Cicero (*ad Atticum*, epist. XIX, lib. 2). Emersimus commode ex Antio in Appiam ad tres Tabernas. Distanserat ab urbe forum Appii quinquaginta et unum millia passuum. Tres Tabernæ vero posita erat ad trigesimum tertium lapidem. Sic enim Antoninus Appiæ viæ numerat milliaria, nimirum ab Urbe ad Ariciam sexdecim millia passuum, ab Aricia ad tres Tabernas decem et septem, unds vero ad Appii forum decem et octo. De foro Appii nulla sunt vestigia, vel si quæ exstant, palude pontina facta sunt inaccessa. Tres vero Tabernas illam esse ferunt, quæ hodie vulgo dicitur, corrupto vocabulo, Cisteras.—Baron., an. 59, n. 11, b.

ses de los antiguos Rútulos y de los Volscos; es decir, entre Ardea, Anzio y Terracina por una parte; los montes Lepini y el mar Tyrrenio, por la otra.

Para restituir al cultivo las lagunas Pontinas, era necesario vencer obstáculos de todo género: un suelo casi sin inclinación y sin solidez, una masa de agua pluvial que baja sin cesar de las montañas de la Sabina y del Latium, cuatro ríos y muchos torrentes que convergen hacia estas lagunas y cuyas aguas, no encontrando un declive suficiente, permanecen sobre las tierras, las penetran y las corrompen. Estos ríos son el Pedicari, el Amazeno, el Cavata, el Cavatella, el Uffento, la Ninfa y el Tepia 1. Mucho tiempo antes de la fundación de Roma, los Volscos y los Rútulos habían llegado, con ayuda de trabajos cuyo secreto no es conocido, á secar aquellas lagunas, hasta el punto de construir en ellas veintitres ciudades, entre las cuales se contaba Pontécia, Longula, Volusca, Mugilla, etc., siendo la primera la que opuso una larga resistencia á Tarquino el Viejo 2. Las tierras Pontinas, despreciadas despues de la conquista, volvieron á caer en su estado primitivo. Hacerlas salubres de nuevo era una empresa digna de Romanos; el año de Roma 442, el censor Apio Claudio las mandó atravesar por el soberbio camino que lleva su nombre; ciento cincuenta años más tarde el cónsul Cornelio Cétego fué el primero que emprendió grandes trabajos de salubridad 3. Julio César y Augusto los adelantaron hasta donde pudieron 4; por fin

1 Y no como dice M. Bouillet, el Liris ó Garigliano, que corre á mas de diez leguas de allí. Así es como la Universidad hace la geografía aun en la Europa.

2 Plinio. *Hist. nat.*

3 Pontinae paludes a Cornelio Cethego consule, cui ea provincia evehentat, siccatae, agerque ex iis factus.—*Epitom. Livii*, 26.

4 Suet., c. 43.—...Sterilisque diu palus aptaque remis.

Trajano pudo embellecer con caminos, edificios y soberbios puentes, aquellos lugares mirados largo tiempo como inaccesibles. 1.

Los señores del mundo, deseosos de tener en las cercanías de Roma habitaciones y propiedades dignas de su opulencia, sembraron aquella llanura de vilas inmensas, de forum, de parques, de jardines. Las naciones vencidas pagaban estas contribuciones, y un pueblo de esclavos cultivaba con cuidado aquellos lugares encantadores. Entre tanto, el imperio romano cruje bajo los golpes de los bárbaros. Las ciudades son saqueadas, los palacios incendiados, las vilas abandonadas, y los fieros descendientes de Rómulo, arrojados como vil rebaño por los terribles guerreros de Alarico y de Totila, toman el camino del destierro; en esta época acabó la gloria de las lagunas Pontinas. Los ríos, que bien dirigidos fertilizaban y embellecían el vasto campo y cuyas aguas reunidas formaban un canal navegable, inundaron de nuevo la llanura y la trasformaron en una vasta laguna. Se hicieron tentativas de secarlas por el patricio Decio, bajo Teodorico, rey de los Godos; 2 pero el honor del buen éxito estaba reservado á otros. La religion que ha reparado tantos desastres, que ha salvado tantas ruinas, que ha cultivado tantos incultos campos, debía tambien devolver á la agricultura aquella fértil campiña. Los papas Bonifacio VIII, Martin V, y Sixto V, cultivaron la parte superior de las lagunas y mandaron hacer correr las aguas al mar por un canal que

Vicinas urbes alit, etc.—Horacio, *Art. Poet.*

Ya los pueblos vecinos alimenta

Laguna un dia estéril, que surcaba

Antes el remo y hoy la limpia reja; etc.

Traducción de Burgos.

1 Per Pontinas paludes viam saxo stravit, exstruxitque juxta vias edificia, pontesque magnificētissimos fecit.—Dio, lib. 68.

2 Cassiod., lib. 11. Var., epist. 31, 32.

se llama todavía *Fiume Sixto*, Rio Sixto. El inmortal Pio VI tuvo la gloria de acabar la obra de sus predecesores. El fué el que llegó á secar las lagunas Pontinas por medio de trabajos hábilmente dirigidos y pacientemente seguidos, en las cuatro quintas partes de su superficie, y á hacer crecer allí hermosas cosechas y pacer numerosos rebaños. Desvió la vía Apiana y mandó que se siguiera en línea recta en toda la longitud de las lagunas; y este soberbio camino (*Línea Pia*) es la línea más larga y sin desviación que existe. ¡Honor tambien á Gregorio XVI, que á pesar de su módica renta continúa y adelantará mucho con la ayuda de Dios la noble tarea del Pontífice mártir!

Al salir de *Torre de tre' Ponti*, se dejan á la izquierda las ruinas de Ardea, capital de los Rútulos, célebre por el sitio que sostuvo contra Tarquino el Soberbio y durante el cual sucedió la aventura de Lucrecia. Sobre la derecha teneis á *Nettuno*, Neptuno, el antiguo *Antium*, capital de los Volscos, asilo de Coriolan el desterrado, patria de Calígula y de Neron; en las ruinas de esta ciudad fué hallado hace dos siglos el Apolo del Belvedere. A la entrada de las lagunas, se dibuja en una altura la pequeña ciudad de *Sezze* (*Suessia Pontina*) con su convento de Franciscanos, destinado á socorrer á los pobres habitantes de aquellos lugares en que las enfermedades escrofulosas son muy comunes. Por fin entramos en la *Línea Pia*, camino soberbio, como acabo de decir, ó mas bien graciosa avenida de jardín, limitada por árboles y por un canal que corre desbordándose y atravesando las lagunas Pontinas en toda su extensión. A derecha y á izquierda veíamos levantarse parvadas de patos salvajes; rebaños de búfalos andaban errantes á lo lejos en aquellos vastos pantanos, á los cuales dan belleza, de trecho en trecho, largas porciones de te-

renos cultivadas y cubiertas de verdura. Del lado del mar teníamos en perspectiva el cabo de Circé, famoso en la Fábula por la metamorfosis de los compañeros de Ulises, así como la pequeña ciudad de San Félix, que se levanta á una grande altura sobre el nivel del mar; tal es el espectáculo de que se goza hasta *Forappio*.

Forappio, situado en el centro de las lagunas Pontinas, se compone solo de tres casas ¡y sin embargo este lugar nos ofrecia un vivo interés! Aquí se dan la mano las tradiciones sagrada y profana. Tomando las actas de los Apóstoles leí: «Los hermanos vinieron al encuentro hasta el *Forum de Appius*. Habiéndoles visto Pablo dió gracias á Dios y confió (1)» Aquí es, pues, cuando por la primera vez tuvo el Apóstol el consuelo tan largo tiempo deseado de ver aquellos cristianos de Roma cuya fe era ya afamada por todo el universo. Aquí es donde todos aquellos cristianos, para quienes los trabajos, el génio, el valor y las cadenas del ilustre prisionero eran un objeto de admiración, contemplaron por la primera vez sus facciones veneradas y queridas. ¡Qué efusiones de amor y de felicidad por una y otra parte! ¡Qué lágrimas! ¡Qué palabras! Y yo estaba en el mismo lugar en que tuvo lugar esta escena; pisaba el mismo suelo, veía las mismas montañas testigos de aquel espectáculo. ¡Oh Dios mío! ¡qué dulces emociones hace experimentar al cristiano la fe pura y viva! Julio César habia pasado por allí; Augusto habia pasado por allí; Trajano, Nerva, Ciceron, Horacio, Virgilio, Mecenas y Apio, habian pasado por allí; pero todos estos héroes, todos estos grandes hombres de la tierra, desaparecen á mis ojos delante de mi hé-

1 Frates occurrerunt nobis usque ad Appii Forum ac tris Tabernas. Quos cum vidisset Paulus gratias genes Deo, suscepit fiduciam.—Cap. XXVI, 131.

roe, de mi grande hombre, del vencedor de los Césares, de los poetas, de los oradores y de los filósofos, ¡delante de Pablo, el prisionero de Jesucristo! 1.

Tres casas modernas señalan el lugar ocupado en otro tiempo por el Forum de Appius. A juzgar por los demas, este Forum no era nada ménos que una plaza soberbia cuyo adorno era la estatua de Apio, fundador de la vía Apiana, y segun todas las apariencias, formaba parte de alguna magnífica vila. Los despojos de columnas, los frisos de mármol que cubren el suelo que le rodea, parecerian dar crédito á esta opinion; tuve el pesar de no encontrar sobre un trozo de granito más que una sola inscripcion borrada, exceptuando el nombre de Nerva, que se lee muy bien; saqué de allí un pedazo, que conservo en memoria de San Pablo.

Despues de haber satisfecho las necesidades de nuestro corazon, fué necesario pensar en apaciguar nuestra hambre. No habia ni provisiones ni fuego en la locanda. Felizmente á esta hora volvia un mercader de pescados, del mar Tirrenio, llevando en una mula yo no sé qué pesca menuda para los raros habitantes de las lagunas. Con mucha instancia pudimos conseguir para colacion seis pescaditos que nos habiamos de dividir entre ocho. Nos sentamos á una mesa rodeada por dos bancos de encino y cubierta en las tres cuartas partes con un mantel de una sucidad imposible de describir; el resto del servicio era correspondiente. A esta pi-

1 Cuando Baronio escribia, el gran desagüe de las lagunas Pontinas no se habia practicado; podia, pues, decir que no quedaban vestigios del Forum de Appius; los autores de la misma época han podido dividirse sobre el lugar de este célebre Forum; pero hoy no son ya posibles las dudas. El nombre reconocido ya del lugar, su posesion en las lagunas Pontinas, cerca del gran canal de que habla Horacio, su distancia marcada por el itinerario del emperador Antonino, son testimonios de un valor incontestable, y segun creo, demostrado en nuestros dias.

mera desgracia se juntaba otra mayor y mucho más antigua, en razon á que tenia el privilegio de condenar á Horacio á dieta hace dos mil años. El poeta estaba en la mesa con nosotros; le interrogamos y hé aquí le que nos dice de su posada en el Forum, de Appius.

..... Inde Forum Appi,
Differtum nautis, caupenibus atque.

Hic ego propter aquam, quod erat deterrima, ventri Indico bellum, cœnantes haud animo æquo
Exspectans comites.....

Hor. Satyr., lib. V., sat. 5.

De allí el mercado de Apio proseguimos, Que lleno de ladinos posaderos Hallamos y truanes marineros.

El agua que es fatal en la tal tierra, Me hizo à mi vientre declarar la guerra Y bien que amostazado de mil modos, De aguardar hube á que cenaran todos.

Traduccion de D. J. de Burgos.

El agua del Forappio era tan mala cuando pasamos por allí el 5 de Febrero de 1842, que nos hubiéramos visto obligados, como Horacio, á declarar la guerra á nuestro estómago, sin una caritativa advertencia de nuestro hospedero. Aunque descendiente tal vez en línea recta de aquellos malignos hospederos de que habla el poeta, tuvo la conciencia de prevenirnos que no bebiésemos de ella; un poco de vino puro, de pasable calidad, roció, por decirlo así, nuestros pequeños pescados. En cuanto á los gritones marinos que impidieron á Horacio dormir, no existen de ellos señales ningunas; este lugar tan animado al cual venian los numerosos bajeles que partian del mar Tirrenio, está hoy silencioso y de-

sierto. Además, el canal llamado Naviglio Grande, formado por la reunion de los rios y por los arroyuelos de las lagunas, ese canal en el cual se embarca Haracio para Terracina, corre todavía en el mismo lugar, y fué abierto de nuevo y restaurado por los soberanos Pontífices.

Al salir de Forappio, se vuelve á tomar la Línea Pia, siempre bella y graciosa. Las montañas, que forman un semicírculo alrededor de las lagunas Pontinas, van declinando á medida que se acercan al mar, en el cual sumergen sus piés y sus lados medio inundados. A la izquierda se deja á Fossa Nuova, célebre monasterio en donde cayó enfermo Santo Tomás de Aquino, al dirigirse al concilio de Leon. Delante del viajero se muestra Terracina, la antigua Anxur, encerrada en la circunferencia del arco y coquetamente sentada sobre blanquizas rocas. Su fisonomía es la misma todvía que en tiempo de Horacio. Abrió en efecto al poeta de Tívoli, quien no sospechó nunca que habia de servir de cicerone á un canónigo frances, y me dijo:

Millia tum pransi tria repimus atque subimos

Impositum saxi late candentibus Anxur "Y tres millas trepamos de colina

Para ir á Terracina

Alzada sobre cálidos peñones."

(Trad. de Burgos-Horacio Sat. lib. V., sat. 5.)

La víspera habia pasado la noche en el Forum de Appius y se habia quejado del ruido de los moscos y de las ranas que habian turbado su sueño. Nosotros no tuvimos ocasion de trabar conocimiento con esta amable sociedad, y como Horacio nada dice de ello, estamos autorizados para creer que no la encontró en Terracina. En cambio encontró allí á sus ilustres compañeros de viaje y la ocasion de frotar con un colirio sus ojos legañosos.

Hic oculis ego nigra meis collyria lippus Y llinere.....

"Mientras que yo curaba mi ceguera." Trad. de Burgos, Horacio. Sat. 5.

Nuestra pequeña caravana, mas dichosa que Horacio, tenia buenos los piés y los ojos; si no tuvo la ventaja de encontrar en Terracina á Mecenas, á Fonteyo y á Capiton, allí encontramos en cambio al excelente abate Rafael Moriotti, conónigo de la Colegiata, jóven eclesiástico muy distinguido, que nos hizo con perfecta gracia los honores de su ciudad natal. Con él visitamos las ruinas cruelmente desfiguradas del templo de Júpiter Anxurus, despues *area* en bello mosaico del templo de Minerva. A la diosa de la Sabiduría han sucedido en este lugar los excelentes Padres doctrinarios fundados por el B. César de Bus. De allí, subiendo la pendiente escarpada de la Blanca Montaña, llegamos á las ruinas bien conservadas del castillo de Teodorico. El rey de los Godos, señor de Terracina, mandó edificar aquella ciudadela para mantener la ciudad, que acabó por escapársele, como se habia escapado á los Volseos sus fundadores y á los Romanos sus segundos señores.

Desde la altura en que estábamos abraza la vista las lagunas Pontinas y una gran extension del mar Tirreno. En medio de las olas parece flotar, como un oasis de verdura, la isla Ponzia, cuya vista nos hizo estremecer. Allí fué donde el feroz Domiciano habia relegado á su dulce madre Santa Flavia Domitila, á quien mandó despues quemar en Terracina con muchos otros mártires. Despues de haber saludado á los héroes de la fe y al teatro de su glorioso combate, bajamos á la catedral. Está edificada sobre las ruinas del templo de Apolo. El cura, junto con el canónigo Mariotti, quiso explicarnos el origen y los diversos monumentos.

Terracina recibió del apóstol San Pedro el dón de la fe y á su primer obispo San Epafrédito, uno de los sesenta y dos

discípulos de Nuestro Señor. Es cierto que el pescador de Galilea, durante veinticinco años de permanencia en Roma, no despreció nada para propagar el Evangelio; y también es cierto que fundó iglesias y estableció obispados. Por una parte, todo conduce á creer, aun á falta de otras pruebas, que la mayor parte de las ciudades de Italia fueron visitadas y evangelizadas por San Pedro en persona, ó por sus discípulos; por otra, Terracina, apoyada en una tradicion constante, afirma que la cadena de sus pontífices comienza en San Epafrodito. Yo no veo nada que pueda oponerse á esta legitima pretension. 1

En el centro del coro se conserva una silla pontifical que la misma tradicion asegura haber sido ocupada por San Pedro. Es de mármol blanco y de una forma que recuerda perfectamente las sillas episcopales conservadas en las catacumbas. Al lado del altar mayor se levanta un dosel apoyado en columnas del antiguo altar de Apolo. Bajo este monumento descansan los cuerpos de toda una familia de mártires coronados en Terracina misma. Eleuterio, jefe de la familia; Silviano su hijo, obispo de Terracina; Santa Sylvia su hermana; tales son los nombres sagrados de aquellos gloriosos testigos de nuestra fe. Las columnas de granito que sostienen la nave, y el mosaico del pavimento, tomadas del templo de Apolo, son otros tantos monumentos de la victoria del cristianismo. En cuanto á la catedral misma, ha visto cumplirse dos hechos memorables. Aquí hizo dimision del soberano Pontificado el Papa San Víctor III en 1086, y aquí fué elegido, el Papa Urbano II en 1088. Teníamos gusto en recordar que Urbano II, el amigo de San Gregorio VII y una de las glorias de la edad média, era uno de nuestros compatriotas. Nació en

1 Véase Ugelli, *Italia Sacra*, t. 1, p. 1278

Chatillon-sur-Marne y fué religioso de Cluny ántes de ser elevado á la cátedra de San Pedro; fué autor de la primera cruzada que se rezó solemnemente en el concilio de Clermont en 1095. Una inscripcion grabada en el mármol del santuario proclama la gloria diferente de los dos pontífices:

S. VICTOR III A SUMMO PONTIFICATU
SE DEMISIT 1086.
B. URBANVS II ELECTUS 1088.

“San Víctor III hizo dimision del sumo pontificado en 1086; el B. Urbano II fué elegido en 1088.”

El gran ejemplo de abnegacion y de humildad cristianas dado por Víctor, no se ha perdido; la feliz iglesia de Terracina lo encuentra hoy en Monseñor Sillam, su primer pastor. Este obispo, digno de tiempos apostólicos, goza de una muy módica renta y solo reserva para sí lo estrictamente necesario; su casa se compone de un solo criado. Austero como un anacoreta, ayuna casi continuamente y no toma para su colacion más que una media *pagnotta* (panecillo) con un poco de aceite. Lleno de celo no solo por la salvacion de su rebaño, sino por el bien de la Iglesia entera, ha arreglado que cada año, durante la Cuaresma, todos los predicadores de su diócesis den dos instrucciones en favor de la obra francesa y católica de la Propagacion de la Fe.

Bajo el vestíbulo de la catedral, se nos hizo notar una gran jarra antigua de basalto y que tiene la forma de una urna sepulcral. Su longitud es de cerca de 4 pies y su altura proporcionada. Esta jarra pagana en su origen y consagrada, segun tradicion, al culto de Apolo, se llenó muchas veces con la sangre de los mártires. En la paz de la Iglesia recibió la agua santa con que los cristianos se lavan las manos y el rostro ántes de entrar al templo; las ins-

cripciones siguientes perpetúan este recuerdo:

VASO IN CUI DA'GENTILI
FURONO TORMENTATI E SCANNATI
MOLTI CRISTIANI
INNANZI L'IDOLO DI APOLLO. 1
POI COLLOCATO DA FIDELI
IN QUESTO ATRIO
AD VSO DI FONTE PER LAVARSI
E MANI E VOLTO PRIMA D'INTRARE
IN CHIESA. 2

“Vaso en el cual fueron atormentados y degollados muchos cristianos delante del ídolo de Apolo. Luego fué colocado por los fieles en este átrio y se le dió el uso de fuente para lavarse las manos y el rostro ántes de entrar á la iglesia.”

Al bajar de la colina echamos una última mirada á Terracina y á su antiguo puerto, del cual no quedan más que algunos modillones con anillos de fierro destinados á amarrar los navíos. El hospital y el palacio de la residencia nos llamaron el recuerdo de Pio VI. Estos dos edificios son debidos al excelente Pontífice que venia á menudo á Terracina á vigilar él mismo y á activar los inmortales trabajos que habia emprendido en las lagunas Pontinas.

16 DE FEBRERO.

Guardiole (Guardiolas).—Recuerdos de Tiburio.—Recuerdos de Esmenardo.—Fondi.—Celda de Santo Tomás.—El corsario Federico Barbaroja.—Itri.—Sepulcro de Ciceron.—Recuerdos de Gaeta.—Minturna.—El Liris.—La Compañía.

Antes de las seis habíamos bajado á Terracina. El tiempo estaba soberbio y nos permitía gozar del nuevo paisaje que se desarrollaba á nuestra vista. El cami-

1 S. Paulino, *epist. XIII ad Sever.*
2 Contal, *Hist. Terrac.*

no actual corre sobre el antiguo, trazado en la vía Piana, en el fondo de un estrecho valle, limitado á la derecha por el mar y á la izquierda por las montañas pobladas de árboles del Latium. Cerca de una legua se encuentran á la orilla del camino pequeñas casas de piedra con una puerta asegurada con una placa de fierro y dos barras cruzadas al mismo metal. Al frente se veía una garita de cantería desde la cual veíamos salir una cabeza humana adornada con un gorro de policía.

Preocupados con este espectáculo que se renovaba desde la entrada de las lagunas Pontinas y que debia seguir hasta más allá de Minturna en los confines de la Campánia, preguntamos la causa de ello á nuestro cochero. “Esas casas, nos dijo, se llaman *guardiole*; son la habitacion de los guardas escalonados en el camino, para proteger á los viajeros.” La explicacion no era para consolarse. Si se agrega que el país parece formado expresamente para servir de fortaleza á los bandidos, se convendrá en que la precaucion de los gobiernos de Roma y de Nápoles está lejos de ser útil, y que es necesario un cierto valor para internarse en aquellos desfiladeros temibles. Para verificar la respuesta del conductor, entramos á una de aquellas *guardiole*: allí encontramos en efecto á dos carabineros sentados en un lecho de campo. Encima de sus cabezas estaba un astillero provisto de sables, de pistolas y de muchas carabinas. ¿Para qué estais aquí, mis valientes?—Estamos aquí para dar caza á la *cattiva gente che talvolta percorre queste montagne* “á la mala gente que tal vez recorre estas montañas;” pero es raro que tengamos que trabajar. Desde la capitulacion de Garbaroni, ya no se oye hablar de más aprehensiones. Y decian verdad, porque hoy los robos á mano armada no son tan frecuentes en Italia, como tampoco en Francia; hace seis años que

discípulos de Nuestro Señor. Es cierto que el pescador de Galilea, durante veinticinco años de permanencia en Roma, no despreció nada para propagar el Evangelio; y también es cierto que fundó iglesias y estableció obispados. Por una parte, todo conduce á creer, aun á falta de otras pruebas, que la mayor parte de las ciudades de Italia fueron visitadas y evangelizadas por San Pedro en persona, ó por sus discípulos; por otra, Terracina, apoyada en una tradición constante, afirma que la cadena de sus pontífices comienza en San Epafrodito. Yo no veo nada que pueda oponerse á esta legítima pretension. 1

En el centro del coro se conserva una silla pontifical que la misma tradición asegura haber sido ocupada por San Pedro. Es de mármol blanco y de una forma que recuerda perfectamente las sillas episcopales conservadas en las catacumbas. Al lado del altar mayor se levanta un dosel apoyado en columnas del antiguo altar de Apolo. Bajo este monumento descansan los cuerpos de toda una familia de mártires coronados en Terracina misma. Eleuterio, jefe de la familia; Silviano su hijo, obispo de Terracina; Santa Sylvia su hermana; tales son los nombres sagrados de aquellos gloriosos testigos de nuestra fe. Las columnas de granito que sostienen la nave, y el mosaico del pavimento, tomadas del templo de Apolo, son otros tantos monumentos de la victoria del cristianismo. En cuanto á la catedral misma, ha visto cumplirse dos hechos memorables. Aquí hizo dimision del soberano Pontificado el Papa San Víctor III en 1086, y aquí fué elegido, el Papa Urbano II en 1088. Teníamos gusto en recordar que Urbano II, el amigo de San Gregorio VII y una de las glorias de la edad média, era uno de nuestros compatriotas. Nació en

1 Véase Ugelli, *Italia Sacra*, t. 1, p. 1278

Chatillon-sur-Marne y fué religioso de Cluny ántes de ser elevado á la cátedra de San Pedro; fué autor de la primera cruzada que se rezó solemnemente en el concilio de Clermont en 1095. Una inscripción grabada en el mármol del santuario proclama la gloria diferente de los dos pontífices:

S. VICTOR III A SUMMO PONTIFICATU
SE DEMISIT 1086.
B. URBANVS II ELECTUS 1088.

“San Víctor III hizo dimision del sumo pontificado en 1086; el B. Urbano II fué elegido en 1088.”

El gran ejemplo de abnegacion y de humildad cristianas dado por Víctor, no se ha perdido; la feliz iglesia de Terracina lo encuentra hoy en Monseñor Sillam, su primer pastor. Este obispo, digno de tiempos apostólicos, goza de una muy módica renta y solo reserva para sí lo estrictamente necesario; su casa se compone de un solo criado. Austero como un anacoreta, ayuna casi continuamente y no toma para su colacion más que una media *pagnotta* (panecillo) con un poco de aceite. Lleno de celo no solo por la salvacion de su rebaño, sino por el bien de la Iglesia entera, ha arreglado que cada año, durante la Cuaresma, todos los predicadores de su diócesis den dos instrucciones en favor de la obra francesa y católica de la Propagacion de la Fe.

Bajo el vestíbulo de la catedral, se nos hizo notar una gran jarra antigua de basalto y que tiene la forma de una urna sepulcral. Su longitud es de cerca de 4 pies y su altura proporcionada. Esta jarra pagana en su origen y consagrada, segun tradición, al culto de Apolo, se llenó muchas veces con la sangre de los mártires. En la paz de la Iglesia recibió la agua santa con que los cristianos se lavan las manos y el rostro ántes de entrar al templo; las ins-

cripciones siguientes perpetúan este recuerdo:

VASO IN CUI DA'GENTILI
FURONO TORMENTATI E SCANNATI
MOLTI CRISTIANI
INNANZI L'IDOLO DI APOLLO. 1
POI COLLOCATO DA FIDELI
IN QUESTO ATRIO
AD VSO DI FONTE PER LAVARSI
E MANI E VOLTO PRIMA D'INTRARE
IN CHIESA. 2

“Vaso en el cual fueron atormentados y degollados muchos cristianos delante del ídolo de Apolo. Luego fué colocado por los fieles en este átrio y se le dió el uso de fuente para lavarse las manos y el rostro ántes de entrar á la iglesia.”

Al bajar de la colina echamos una última mirada á Terracina y á su antiguo puerto, del cual no quedan más que algunos modillones con anillos de fierro destinados á amarrar los navíos. El hospital y el palacio de la residencia nos llamaron el recuerdo de Pio VI. Estos dos edificios son debidos al excelente Pontífice que venia á menudo á Terracina á vigilar él mismo y á activar los inmortales trabajos que habia emprendido en las lagunas Pontinas.

16 DE FEBRERO.

Guardiole (Guardiolas).—Recuerdos de Tiborio.—Recuerdos de Esmenardo.—Fondi.—Celda de Santo Tomás.—El corsario Federico Barbaroja.—Itri.—Sepulcro de Ciceron.—Recuerdos de Gaeta.—Minturna.—El Liris.—La Compañía.

Antes de las seis habíamos bajado á Terracina. El tiempo estaba soberbio y nos permitía gozar del nuevo paisaje que se desarrollaba á nuestra vista. El cami-

1 S. Paulino, *epist. XIII ad Sever.*
2 Contal, *Hist. Terrac.*

no actual corre sobre el antiguo, trazado en la vía Piana, en el fondo de un estrecho valle, limitado á la derecha por el mar y á la izquierda por las montañas pobladas de árboles del Latium. Cerca de una legua se encuentran á la orilla del camino pequeñas casas de piedra con una puerta asegurada con una placa de fierro y dos barras cruzadas al mismo metal. Al frente se veía una garita de cantería desde la cual veíamos salir una cabeza humana adornada con un gorro de policía.

Preocupados con este espectáculo que se renovaba desde la entrada de las lagunas Pontinas y que debia seguir hasta más allá de Minturna en los confines de la Campánia, preguntamos la causa de ello á nuestro cochero. “Esas casas, nos dijo, se llaman *guardiole*; son la habitacion de los guardas escalonados en el camino, para proteger á los viajeros.” La explicacion no era para consolarse. Si se agrega que el país parece formado expresamente para servir de fortaleza á los bandidos, se convendrá en que la precaucion de los gobiernos de Roma y de Nápoles está lejos de ser útil, y que es necesario un cierto valor para internarse en aquellos desfiladeros temibles. Para verificar la respuesta del conductor, entramos á una de aquellas *guardiole*: allí encontramos en efecto á dos carabineros sentados en un lecho de campo. Encima de sus cabezas estaba un astillero provisto de sables, de pistolas y de muchas carabinas. ¿Para qué estais aquí, mis valientes?—Estamos aquí para dar caza á la *cattiva gente che talvolta percorre queste montagne* “á la mala gente que tal vez recorre estas montañas;” pero es raro que tengamos que trabajar. Desde la capitulacion de Garbaroni, ya no se oye hablar de más aprehensiones. Y decian verdad, porque hoy los robos á mano armada no son tan frecuentes en Italia, como tampoco en Francia; hace seis años que

los estadistas solo han hecho constar cinco. Además, los bandidos italianos de que se ha hablado tanto, deben su origen, ó mas bien su desarrollo, no á una disposicion particular á los habitantes de la Península, sino á las guerras de invasion que en todos épocas desolaron este hermoso país.

Demasiado débiles para luchar cuerpo á cuerpo con sus enemigos, y especialmente con los ejércitos franceses, los Italianos como los Españoles, recurrieron á la guerra por partes. Despues de la conquista, muchas bandas armadas se negaron á disolverse y acabaron por ganar su subsistencia atacando á los viajeros. Se les encontraba sobre todo en Calàbria, en los Apeninos y en las montañas del Latium, en los confines de los Estados pontificios y los napolitanos. Escogian de preferencia este último refugio, porque no teniendo lugar la extradicion, se ponian fácilmente en seguridad al pasar de un territorio al otro; tal es la razon del establecimiento de las *guardiole* en las fronteras de los reinos. Hoy que la extradicion es un convenio, los bandidos han desaparecido casi enteramente.

Acabábamos de dejar á nuestros bravos carabineros, cuando llegamos á *Torre de Confini*. Esta es una posta de aduana, provista de un destacamento de tropas de línea. La vista de su nuevo uniforme, de una nueva bandera, la exigencia de pasaportes, en una palabra, todas las formalidades ya conocidas, nos advirtieron que entrábamos á un nuevo Estado; este era el reino de Nápoles. Por otra parte, nada anuncia todavía la tierra prometida de la Italia, el Paraíso de la Europa. El camino sigue el mismo, corriendo invariablemente en un pequeño valle, limitado en una parte por el mar y en otra por una cadena de montañas casi todas volcánicas. Un poco mas acá de Fondi se ve á la izquierda la famosa gruta en la cual Séjan salvó

la vida á Tiverio. Este príncipe, acompañado de su favorito, se dirigia á Campánia. Al llegar cerca de Fondi, se detuvo en un lugar llamado la *vila de la Caverne*, endonde lefuédado unbanquete verdaderamente romano, así como á Séjan y á otros muchas personas, en una gruta cavada por la naturaleza. A la mitad de la comida se desprenden repentinamente de la bóveda algunas piedras, obstruyen el paso y matan á muchos esclavos; el espanto se apodera de todos los convidados, que tratan de salvarse en precipitada fuga. Séjan apoyado en su cabeza, en las rodillas y en las manos, cubre al emperador de la caída de las piedras y del choque de los fugitivos. En esta postura le encontraron los guardias que acudieron á socorrer á su señor. Una confianza ilimitada de parte de Tiberio fué el precio de esta accion. 1 Hé aquí el origen de las grandes fortunas.

Las inmediaciones de Fondi parecen funestas al viajero. No léjos de la gruta de Tiberio, se encuentra la bajada en donde pereció miserablemente Esmenardo. Desterrado á Italia por orden de Napoleón, por una sátira al embajador ruso, el cantor de la *Navegacion*, salia de Nápoles para volver á Francia, cuando en el camino de Fondi fué arrastrado por fogosos caballos, cayó del coche y se rompió la cabeza contra una roca; esto pasaba el 25 de Junio de 1811. Da pena que no se encuentre, á falta de otro monumento, una simple cruz que recuerde al viejero frances el lugar en donde pereció nuestro jéven y brillante poeta.

A las diez entrábamos en la pequeña ciudad de Fondi; ciudad, si acaso se ha de dar este nombre á un conjunto de casas informes, arrojadas sin regularidad á un lado de una cresta árida, y habitadas por una poblacion miserable que no parece te-

1 Tacit, *Annal.* lib. IV, n. 9;

ner voz más que para pedir la *botiglia* (botella). Tal es el nombre que toma en el reino de Nápoles, la *buona mancia* ó el *bicchiere* del Oeste y del Norte de la Italia. Una multitud considerable de hombres, de mujeres, de niños harapientos, rodeó en un abrir y cerrar de ojos el coche, que se detuvo en la plaza para sufrir las investigaciones de la aduana. El jefe de la posta, con un aire enfatuado, envuelto en su capa verde, nos recordó, punto por punto, á aquel Aufidio Lusco, pretor de Fondi, con su manto pretexta y su laticlavio, del cual se burlaron agradablemente Horacio y sus ilustres compañeros:

Fundus Aufidio Lusco prae tore libenter
Linquimus, insani ridentis premia scribae,
Practextam, et latum clavum, prunaque batillum.
Hort. sat. 5.

De Fondi luego fuimos, riendo
De un Aufidio, pretor que fué escribano,
Que la pretexta y laticlavio ufano
Y el pebetero ardiendo
Lleva siempre doquiera que concurre.
Traduccion de Burgos.

Aprovechando nuestra parada forzosa, fuí á visitar en el convento de los Dominicos, situado del lado del mar, la celda de Santo Tomás. ¿Quién duda de esto hoy? Allí, en una bicoca sin nombre, entre las negras paredes de una pequeña celda de cerca de 12 piés de longitud por 5 de latitud, radió el astro brillante que iluminó la edad média, y que ilumina todavía con su luz viva y pura á la teología católica. Así es como las órdenes religiosas hacian madurar en el silencio y en la oscuridad de un largo retiro los poderosos talentos que debian un dia admirar al mundo y dirigirle; la costumbre de los invernaderos, usada en nuestros dias respecto de la especie humana, no era conocido de los antiguos más que para los melones y las lechumbres. En el jardin del convento se muestra todavía un naranjo plantado por mano del doctor. La pobre ciudad de Fondi conserva el recuerdo de otro acontecimiento, cuyas lamentables huellas se ven

en su fisonomía como los golpes del mar en el bajel sin mástil. En el siglo décimo-sexto, el famoso corsario Barbaroja desembarcó repentinamente durante la noche en la playa vecina y trató de arrebatarse á Julia de Gonzaga, viuda de Vespasiano Calonne, condesa de Fondi. La empresa fracasó, y el corsario, para vengarse, puso la ciudad á sangre y fuego y llevó á una parte de sus habitantes como esclavos; desde esa época Fondi no se ha levantado de sus ruinas. La única gloria que le queda son los *Montes Caeubi*, cuevas vecinas que producian ya hace dos mil años los vinos generosos, tan buscados por los señores del mundo. 1.

Como Horacio, así nosotros dejamos á Fondi con gusto, para dirigirnos por el mismo camino que el poeta á Itri, el *Urbis Mamurrarum* de los antiguos. Parece que la noble embajada no llegó á esta ciudad sino al caer la tarde, puesto que allí pasó la noche, mientras que nosotros hicimos nuestra entrada bajo los rayos de un sol abrasador. Por lo demas, Itri no es más que una pobre aldea en donde todo anuncia que el viajero buscaria en vano la casa de Murena y la cocina de Capiton.

In Mamurrarum lassi deinde urbe manemus,
Murena praesente domum, Capitone culinam.

En la patria de Mamurra
Alojados Murena,
Y diónos Capiton muy buena cena.

Ademas, nos hubiera sido agradable permanecer allí, si como Horacio, hubiéramos podido prometernos el gusto de encontrar al dia siguiente á Plócio, á Vário y á Virgilio, las almas mas candidas que jamas ha producido la tierra. *Animae quales neque candidiores terra tulit*. Al salir de Itri no se tarda en descubrir, á través de los olivos salvajes que están á la orilla del camino, una vasta extension del mar Tirrenio; este es el Golfo de Gaeta; Mola no

1 Caeuba fundanis generosa coquantur amy-clis.

está mas que á algunas millas. Antes de entrar en esta pequeña ciudad deliciosamente situada, el viajero se detiene ante un antiguo monumento que pasa por ser el sepulcro de Ciceron. ¹ Aunque en este punto todos los arqueólogos no estén de acuerdo, es por lo mismo cierto que el ilustre orador fué asesinado en aquellos lugares por los sicarios de Antonio y enterrado por sus libertos, á los cuales se les atribuye la erección del mausoleo, cuyas grandes ruinas saludamos. Como los monumentos fúnebres de la antigua Roma, se levanta en forma de torre redonda, á la altura de 30 ó 40 pies. La cúspide ha desaparecido, los mármoles y las esculturas han sido quitadas, y hoy plantas parásitas ocultan la desnudez de aquella tumba, así como ella ocultó la nada del hombre, cuyo nombre ha llenado el universo.

Eran más de las doce cuando entramos, con un tiempo magnífico, á *Mola di Gaeta*. El vasto panorama que se desarrolla repentinamente es tanto más hermoso, cuanto menos esperado y cuanto contrasta más con el estrecho horizonte del valle solitario en cuyo fondo ha caminado largo tiempo el viajero que viene de Roma. Delante de nosotros el mar, cuya superficie brillaba como un inmenso espejo herido por los rayos del sol; á la derecha Gaeta con sus agudas torres, que aparecía á lo lejos como una ciudad edificada en medio de las olas; á la izquierda los montes volcánicos que se prolongan hasta las ruinas de Minturna, Mola plantada en la orilla como una mirabel para abrazar aquella grande escena; este espectáculo encantador nos hizo comprender que llegábamos al paraíso de la Europa. Entramos al hotel por una avenida limitada por laureles, rosas y mirtos blancos en plena flor ó hici-

¹ El autor de las *Antigüedades Ciceronianas*, etc., lo coloca al pié del monte Acerbara, en frente de la torre, á la derecha de la vía Apiana.

mos colacion en una sala que ve al mar. En cuanto á su posición, es como el punto de reunión de las bellezas de la naturaleza y de los grandes recuerdos de la historia. Abajo de esta sala en donde nosotros, viajeros cristianos, tomábamos nuestra comida de penitencia, Ciceron, el austero Ciceron, nadaba en toda suerte de delicias, se bañaba en tinas con pavimento de mosaico y jugaba en jardines embalsamados por naranjos y limones; nosotros estábamos en el lugar mismo de *Formia* y *Formianum*, villa del gran orador.

Visitamos con cierto interés los desfigurados vestigios de ella; porque la vanidad romana, la locura del ser de un día que pasa su efímera existencia en edificar palacios, para no dejar mas que ruinas, llena el alma cristiana de graves y saludables pensamientos. En las termas leí la inscripción siguiente, colocada encima de una fuente de agua dulce que sale de la roca á dos pasos del mar:

NYPHÆ ARTACEÆ
BIBE, LAVA, TACE.

Segun los poetas, aquí, cerca de la fuente Artáquina, fué donde encontró Ulyses á la hija de Antífates, rey de los Lestrigones, que iba á tomar agua allí.

Mola ofrece todavía algunos restos de un teatro, de un anfiteatro, de un templo de Neptuno, de las vilas de Scauro y de Adriano. A los recuerdos de Lésio y de Scipion, grandes hombres que en estas orillas jugaban al rebote como niños, se añade el del papa Gelacio y el del ilustre cardenal Cayetano, á quien Gaeta se gloria de haber dado á luz. Fijando nuestras miradas en esta ciudad, que el tiempo nos permitió visitar, pudimos percibir el *Corvo*, en el cual se levanta la famosa *torre de Rolando*. No es otra cosa que la tumba de Lúcio Munácio Planco, discípulo de Ciceron y que fué, si no me engaño, el fun-

dador de Leon. En la catedral de Gaeta se conserva todavía el estandarte ofrecido por San Pio V á D. Juan de Austria, generalísimo de las tropas cristianas en la jornada de Lepanto.

Cuando se ha dejado á Mola, cuya pobreza contrasta penosamente con la riqueza del suelo, se costea durante muchas millas aquella hermosa porción del mar Tirrenio llamada el golfo de Gaeta. Risueños pensamientos y graciosos recuerdos acompañan al viajero hasta Trajetto; pero la vista de esta pequeña aldea presenta de pronto impresiones muy diferentes: *¡Trajetto reemplaza á Minturna!* En los pantanos inmediatos á esta ciudad se vió obligado á ocultarse Mário, el vencedor de los Cimbrios. Mas descubierto por los emisarios de Sylva, fué arrojado á las prisiones de la ciudad, de donde se escapó para salvarse en Africa. ¡Salud á la ciudad famosa, de la cual no queda más vestigio que un largo y bello acueducto! Salud á Mário, cuya gran sombra parece esperar al viajero y decirle: «Vé á decir á los ambiciosos que has visto á Mário oculto en los pantanos de Minturna.»

Por lo que hace á mí no tendré de Minturna otro recuerdo. En aquellas ruinas perdí mi... caja de polvos. Todos los que son dignos de apreciar la ventaja de tener una caja de polvos en un viaje, se asociarán á mi justo dolor. Una caja de polvos es una caja de Pandora en la cual se encuentra siempre la esperanza, porque en ella se encuentra el secreto de despertar el espíritu y de hacerle adivinar los expedientes más propios para sacaros de dificultades; la caja de polvos es un descanso tan útil como agradable; ella es un vínculo social que os pone de pronto en relación de intimidad con el hombre á quien nunca habeis visto; ¡y haber perdido yo la mia! ¡Adios caja nívernesa, precioso recuerdo de la Francia! ¡Gracias te sean da-

das por los largos servicios que me prodigaste! ¡ojalá y caigas en manos de un aficionado á ella, que sepa tratar con las atenciones debidas á una extranjera desgraciada! ¡Adios Minturna; mucho tiempo todavía, al entregarme á una dulce y saludable costumbre, me acordaré de tí! En tus lagunas solitarias lloró Mário sus infortunios y yo en tus ruinas lloraré mi caja de polvos.

Para secar mis lágrimas, que os ruego no vayáis á creer que fueron muy amargas, ni muy abundantes, fué necesario nada ménos que la vista de la bella Campaña; llegábamos á las orillas del Liris, hoy el *Garigliano*. Se le atraviesa en un hermoso puente de fierro, único con el de Pavia que posee la península Itálica.

Las aguas del rio rechazadas por el mar forman lagunas que presentan una posición militar formidable. Gonzalo de Córdoba lo habia comprendido así, cuando se refugió allí con un débil cuerpo de ejército para esperar á los Franceses. Acusado de temeridad por sus propios oficiales, les respondió heroicamente: «Quiero mejor encontrar mi tumba ganando un pié de tierra al enemigo que alargar mi vida cien años retrocediendo algunos pasos.» El acontecimiento justificó esta resolución. Nuestros ardientes compatriotas fueron derrotados completamente; esto era en 1503. Ya era casi noche cuando recorriamos aquellos lugares funestos. Esta circunstancia añadía una oportuna tristeza, como la de Brantome en su relación, que cada uno podia repetir: «¡Ah! yo he visto aquellos últimos lugares y también el Garillan, y esto era por la tarde al ponerse el sol cuando las sombras y los mares comienzan á aparecer como fantasmas, más bien que á otras horas del día, y me parecia que aquellas almas generosas de nuestros bravos Franceses muertos allí, se levantaban de la tierra y me hablaban, y ca-

si respondía á las quejas que yo producía por su combate y su muerte. 1.^o

Al atravesar el Garigliano se da un adiós al Latium, porque del otro lado del río se ponen los piés en la Campaña ó *tierra de Labor*. Este nombre le viene de la admirable fertilidad del suelo y de la inteligente cultura que saca de ella productos y la da belleza. En la llanura la viña se une constantemente al olivo y da sombra á una tierra cubierta de ricas cosechas. Los lados están cubiertos de una vegetación no ménos vigorosa, y oímos cerca de nosotros á la musa de Horacio que cantaba á los vinos del monte Massico, *veteris pocula Massici*, cuyas verdes crestas se levantaban á nuestra izquierda. Bien pronto se calló, desapareciendo con el poeta en la sombra de la noche que nos envolvió á nosotros también. El frío que llegó á ser muy vivo y el cielo brillante de estrellas, nos permitía ver las dos cadenas de montañas entre las cuales debíamos viajar largo tiempo. El miedo se apoderó de la caravana; pero ¡ay! tan dichosos como en el paso de los Apeninos, no pudimos ver ni la cara, ni aun la sombra de un bandido. Adios de poéticos episodios; á las diez de la noche llegábamos sanos y salvos á la pequeña aldea de Santa Agata, en donde pasamos la noche.

17 DE FEBRERO.

Recuerdo de Anibal.—Cápua.—Anfiteatro.—Mosáicos.—Catedral.—Recuerdos de Belarmino.—Aversa.—Establecimiento de demeritos.—Nápoles.—Los Lazzaroni.

Admirar y bendecir, hé aquí todo lo que se puede hacer, al ver una hermosa salida del sol cuando se atraviesan los campos tan graciosamente accidentados que se extienden desde Santa Agata hasta

1 Vida de Gonzalo de Córdoba.

Cápua. Allí encontrareis campos en Cultivo; mas léjos largas filas de álamos entrelazados con viñas hasta la cúspide de sus verdes pirámides y lanzándose á uno y otro lado en festones cargados de racimos de uvas; luego campos de rosas cultivadas y aun rosas salvajes, más olorosas que las rosas domésticas, porque parece, dice Plinio, que esta tierra encantadora no quiere producir más que cosas agradables 1; llanuras de mirtos, y para completar la seducción y animar aquellos bosquecillos, una gran cantidad de palomas se arrullan bajo sus sombras. El suelo de Campaña, según lo describía Varron, es todavía tan ligero que se trabaja en él con asnos 2. Esta provincia tiene por otra parte un inconveniente que Horacio había notado ántes que nosotros y cuya desagradable presencia no tardamos en sentir; cuando hace aire, se ve uno abrumado por torbellinos de polvo,

..... Trahentia pulveris atri
Quantum non Aquile Campanis excitat agris.
Lib. II Sat. 8.

.....
"En la mesa de imprevisto
Armando tal polvareda,
Como un recio torbellino."
Traducción de D. Javier de Burgos.

Poco á poco se acostumbra la vista al deslumbrador espectáculo, las impresiones pierden su vivacidad y grandes recuerdos vienen á procurar al alma placeres de otro orden; en estos lugares todo habla de Anibal. La conducta tan diversamente juzgada del gran capitán llegó á ser materia de una larga é interesante conversacion; cada uno tomaba parte en ella, quien en pro, quien en contra del general cartaginés. Hubiera debido marchar sobre Roma inmediatamente después de la batalla de Cannes, y atacar á la ciudad cuando el terror se había apoderado de todas las almas; tal era el lenguaje de

1 Lib. XVIII, 11.

2 R. de re Rust., 1. 10.

sus adversarios que condenaban altamente su permanencia en Cápua.—Sin duda respondían sus defensores, que Anibal hizo mal de dejar gozar á su ejército en las delicias de Cápua; él hubiera debido ocuparlo en trabajos, en marchas y en contramarchas, á fin de tenerlo listo. En cuanto á marchar á Roma inmediatamente después de la derrota de los cónsules, ¿podía hacerlo prudentemente? Desde su entrada en Italia había perdido Anibal mucha gente; no tenía máquinas de guerra; ignoraba además la negativa de socorros de su ciega patria; los romanos no estaban desalentados. Atacar á Roma era exponerse á un choque que comprometería su reputación y le haría perder en un día el fruto de sus victorias. Como quiera que sea, se concluye diciendo: La sabiduría humana es siempre corta en todas partes y Roma, la ciudad providencial, no debía todavía perecer; debía al contrario caminar engrandeciéndose hasta que hubiese preparado el reino del Mesías, rey inmortal de los siglos y de los imperios. Así como el fruto que se come en el mismo árbol tiene un sabor exquisito, así esta discusión tomaba en los lugares mismos un encanto y un interés particulares.

De aquí resultó que ella nos condujo sin saberlo hasta las orillas del Volturno, río cenagoso que baña los muros de Cápua. Sonaban las diez cuando entramos á la ciudad fatal al vencedor de Cannes; me engaño, la antigua Cápua está á tres millas de la nueva. Un coche de la plaza de la familia del *Carricolo* napolitano nos trasladó á ella en pocos momentos. Pero ¡ay! en lugar de una ciudad brillante encontramos una pobre aldea llamada *Santa Maria la Mayor*. Las ruinas de que esta llenó el suelo, atestiguan las invasiones de los bárbaros y de la inhumanidad romana. Olvidando los servicios que Cápua había hecho á Roma después

de la humillación de las Horcas Caudinas, ésta trató á aquella república con inaudita crueldad por haber recibido á Anibal; el pueblo reducido á la esclavitud fué vendido en almoneda, y los senadores después de ser azotados con varas, fueron decapitados. Cápua reedificada por Julio César, se vió sucesivamente ocupada, saqueada y quemada por los Vándalos, los Ostrogodos y los Sarracenos; y después el año 840, el émulo de Roma por el lujo y la riqueza, la madre de la elocuencia, como la llama Ciceron, no fué más que una sombra, un espectro sentado en su tumba.

De todas aquellas ruinas, las mejor conservadas son las del anfiteatro. Los visitamos con una curiosidad tanto más viva, cuanto que existen debajo de la arena cámaras y corredores espaciosos cuyo destino no es muy conocido. El anfiteatro de Cápua, edificado con una solidez á toda prueba, tiene en su diámetro mayor 253 piés, y en su diámetro menor 153. Su circunferencia exterior es de 396 piés, y el espesor de los muros y de las construcciones es de 132. La arena está sostenida por bóvedas destinadas, según unos, al servicio de los hombres empleados en el juego. Ver como otros, en aquellas construcciones subterráneas, Lupanares ó Termas, es sostener una opinión que no carece de fundamento. Todo el mundo sabe que estos lugares eran inseparables de los anfiteatros. Ahora los voluptuosos y sanguinarios Campanianos, que no contentos con tener á su servicio una escuela numerosa de gladiadores, fueron los primeros en hacer uso del *velarium* ¿podían olvidar ese complemento necesario á los placeres de todos los pueblos antiguos? Como quiera que sea, á vista de este colosal monumento, se pregunta: ¿cuáles serían las riquezas de Cápua y su sed sucesiva de juegos y de placeres para sacrificar allí una parte tan grande de sus facultades? Esperando á

si respondía á las quejas que yo producía por su combate y su muerte. 1.^o

Al atravesar el Garigliano se da un adiós al Latium, porque del otro lado del río se ponen los piés en la Campaña ó *tierra de Labor*. Este nombre le viene de la admirable fertilidad del suelo y de la inteligente cultura que saca de ella productos y la da belleza. En la llanura la viña se une constantemente al olivo y da sombra á una tierra cubierta de ricas cosechas. Los lados están cubiertos de una vegetación no ménos vigorosa, y oímos cerca de nosotros á la musa de Horacio que cantaba á los vinos del monte Massico, *veteris pocula Massici*, cuyas verdes crestas se levantaban á nuestra izquierda. Bien pronto se calló, desapareciendo con el poeta en la sombra de la noche que nos envolvió á nosotros también. El frío que llegó á ser muy vivo y el cielo brillante de estrellas, nos permitía ver las dos cadenas de montañas entre las cuales debíamos viajar largo tiempo. El miedo se apoderó de la caravana; pero ¡ay! tan dichosos como en el paso de los Apeninos, no pudimos ver ni la cara, ni aun la sombra de un bandido. Adios de poéticos episodios; á las diez de la noche llegábamos sanos y salvos á la pequeña aldea de Santa Agata, en donde pasamos la noche.

17 DE FEBRERO.

Recuerdo de Anibal.—Cápua.—Anfiteatro.—Mosáicos.—Catedral.—Recuerdos de Belarmino.—Aversa.—Establecimiento de demeritos.—Nápoles.—Los Lazzaroni.

Admirar y bendecir, hé aquí todo lo que se puede hacer, al ver una hermosa salida del sol cuando se atraviesan los campos tan graciosamente accidentados que se extienden desde Santa Agata hasta

1 Vida de Gonzalo de Córdoba.

Cápua. Allí encontrareis campos en Cultivo; mas léjos largas filas de álamos entrelazados con viñas hasta la cúspide de sus verdes pirámides y lanzándose á uno y otro lado en festones cargados de racimos de uvas; luego campos de rosas cultivadas y aun rosas salvajes, más olorosas que las rosas domésticas, porque parece, dice Plinio, que esta tierra encantadora no quiere producir más que cosas agradables 1; llanuras de mirtos, y para completar la seducción y animar aquellos bosquecillos, una gran cantidad de palomas se arrullan bajo sus sombras. El suelo de Campaña, según lo describía Varron, es todavía tan ligero que se trabaja en él con asnos 2. Esta provincia tiene por otra parte un inconveniente que Horacio había notado ántes que nosotros y cuya desagradable presencia no tardamos en sentir; cuando hace aire, se ve uno abrumado por torbellinos de polvo,

..... Trahentia pulveris atri
Quantum non Aquile Campanis excitat agris.
Lib. II Sat. 8.

.....
"En la mesa de imprevisto
Armando tal polvareda,
Como un recio torbellino."
Traducción de D. Javier de Burgos.

Poco á poco se acostumbra la vista al deslumbrador espectáculo, las impresiones pierden su vivacidad y grandes recuerdos vienen á procurar al alma placeres de otro orden; en estos lugares todo habla de Anibal. La conducta tan diversamente juzgada del gran capitán llegó á ser materia de una larga é interesante conversacion; cada uno tomaba parte en ella, quien en pro, quien en contra del general cartaginés. Hubiera debido marchar sobre Roma inmediatamente después de la batalla de Cannes, y atacar á la ciudad cuando el terror se había apoderado de todas las almas; tal era el lenguaje de

1 Lib. XVIII, 11.

2 R. de re Rust., 1. 10.

sus adversarios que condenaban altamente su permanencia en Cápua.—Sin duda respondían sus defensores, que Anibal hizo mal de dejar gozar á su ejército en las delicias de Cápua; él hubiera debido ocuparlo en trabajos, en marchas y en contramarchas, á fin de tenerlo listo. En cuanto á marchar á Roma inmediatamente después de la derrota de los cónsules, ¿podía hacerlo prudentemente? Desde su entrada en Italia había perdido Anibal mucha gente; no tenía máquinas de guerra; ignoraba además la negativa de socorros de su ciega patria; los romanos no estaban desalentados. Atacar á Roma era exponerse á un choque que comprometería su reputación y le haría perder en un día el fruto de sus victorias. Como quiera que sea, se concluye diciendo: La sabiduría humana es siempre corta en todas partes y Roma, la ciudad providencial, no debía todavía perecer; debía al contrario caminar engrandeciéndose hasta que hubiese preparado el reino del Mesías, rey inmortal de los siglos y de los imperios. Así como el fruto que se come en el mismo árbol tiene un sabor exquisito, así esta discusión tomaba en los lugares mismos un encanto y un interés particulares.

De aquí resultó que ella nos condujo sin saberlo hasta las orillas del Volturno, río cenagoso que baña los muros de Cápua. Sonaban las diez cuando entramos á la ciudad fatal al vencedor de Cannes; me engaño, la antigua Cápua está á tres millas de la nueva. Un coche de la plaza de la familia del *Carricolo* napolitano nos trasladó á ella en pocos momentos. Pero ¡ay! en lugar de una ciudad brillante encontramos una pobre aldea llamada *Santa Maria la Mayor*. Las ruinas de que esta llenó el suelo, atestiguan las invasiones de los bárbaros y de la inhumanidad romana. Olvidando los servicios que Cápua había hecho á Roma después

de la humillación de las Horcas Caudinas, ésta trató á aquella república con inaudita crueldad por haber recibido á Anibal; el pueblo reducido á la esclavitud fué vendido en almoneda, y los senadores después de ser azotados con varas, fueron decapitados. Cápua reedificada por Julio César, se vió sucesivamente ocupada, saqueada y quemada por los Vándalos, los Ostrogodos y los Sarracenos; y después el año 840, el émulo de Roma por el lujo y la riqueza, la madre de la elocuencia, como la llama Ciceron, no fué más que una sombra, un espectro sentado en su tumba.

De todas aquellas ruinas, las mejor conservadas son las del anfiteatro. Los visitamos con una curiosidad tanto más viva, cuanto que existen debajo de la arena cámaras y corredores espaciosos cuyo destino no es muy conocido. El anfiteatro de Cápua, edificado con una solidez á toda prueba, tiene en su diámetro mayor 253 piés, y en su diámetro menor 153. Su circunferencia exterior es de 396 piés, y el espesor de los muros y de las construcciones es de 132. La arena está sostenida por bóvedas destinadas, según unos, al servicio de los hombres empleados en el juego. Ver como otros, en aquellas construcciones subterráneas, Lupanares ó Termas, es sostener una opinión que no carece de fundamento. Todo el mundo sabe que estos lugares eran inseparables de los anfiteatros. Ahora los voluptuosos y sanguinarios Campanianos, que no contentos con tener á su servicio una escuela numerosa de gladiadores, fueron los primeros en hacer uso del *velarium* ¿podían olvidar ese complemento necesario á los placeres de todos los pueblos antiguos? Como quiera que sea, á vista de este colosal monumento, se pregunta: ¿cuáles serían las riquezas de Cápua y su sed sucesiva de juegos y de placeres para sacrificar allí una parte tan grande de sus facultades? Esperando á

que la ciencia moderna resuelva este problema, presentado à sus meditaciones en casi todas las ciudades paganas, el aspecto de aquellos edificios, tantas veces empapados en sangre é iniquidades, presenta un monumento eterno de la justicia divina. Aquí, como en otras partes, ella aparece destruyendo las ciudades culpables, y dando à los Campanianos, como à todos los pueblos, à cada cual segun sus obras. En Cápua volvimos à encontrar à Horacio y à sus nobles compañeros, à quienes habíamos dejado en Istri. Mecenas jugaba à la pelota y Horacio y Virgilio dormían:

Hinc multi Capuae elitellas tempore ponunt,
Lasum it Mecenas, dormitum ego Virgiliusque:
Nanque pila lippis inimicum et ludere crudis.

Hor. lib. I. Sat. 5.

"A Cápua es de allí corta la jornada,
Y llegamos temprano à la posada,
Mecenas à jugar à la pelota
Se escabulló corriendo,
Virgilio y yo quedámonos durmiendo."

Trad. de Burgos.

Sentimos mucho no poder almorzar con ellos à la magnífica vila de Coccego:

Hinc nos Cocceii recipit plenissima villa;
Hor. sat. 5.

A la gran quinta que Cocceyo habita

Se escabulló corriendo,

Al otro día pasamos.

Trad. de Burgos.

Así vueltos à la nueva ciudad, no tuvimos por desayuno más que dos enormes platos de *broccoli*, especie de coliflores particulares de la Italia, que se sirven con aceite; todo el mundo las encontró detestables y cada uno tuvo para extasiarse en las delicias de Cápua. En compensacion nos fué dado conversar en frances con oficiales suizos al servicio de Nápoles; estaban allí en calidad de instructores de la escuela de artillería. Por indicacion de ellos nos dirigimos à la catedral en donde hermosos recuerdos aguardan al artista y al cristiano. A la cabeza de los monumentos se coloca la Madona en Mosáico, una de las obras más bellas de la época byzantina; data del siglo nono. En el centro del

arco aparece la Santísima Virgen llevando la corona de perlas, la túnica y el manto, esmaltados con piedras preciosas, segun la costumbre de las emperatrices del Oriente. El rostro es de gran belleza y la postura muy graciosa. Los piés de la celeste reina descansan en el *Suppedaneum*, reservado à los personajes de distincion; el Niño Jesus está sentado en el regazo de su Madre, teniendo en la mano izquierda una gran cruz. Abajo de esta primera figura se lee MP (M)R, abreviado de las palabras griegas MHTHP (M)EOR *Mater Dei*, Madre de Dios. A la derecha de la Santísima Virgen están en pié San Pedro y San Estéban, el primero llevando las llaves duinas con las cuales rinde homenaje à Maria; y el segundo vestido con dalmática, teniendo el libro de los Evangelios, símbolo de sus funciones; à la derecha y en la misma actitud, está San Pablo levantando la mano hácia Maria, y Santa Agata cubierta con un manto brillante de piedras preciosas y llevando en la mano izquierda una corona de perlas, símbolo de la virginidad. En la cima del arco aparece el Espíritu Sauto en forma de paloma, con la cabeza rodeada de una diadema triangular, emblema byzantino de la Santa Trinidad. En la cuerda del grande arco se lee esta inscripcion, que fija la fecha del monumento:

CONDIDIT HANC AVLAM LANDULFVS,

ET OTO BEAVIT

MOENIA RES, MOREM VITREUM DAVIT VGO

D-COREM.

"Landulfo hizo esta aula; Oton la consagró; Ugo adornó, segun la costumbre de adornar, con vidrio las paredes y otras cosas."

La palabra *beavit*, hizo bienaventurado, por decir *consagró*, es ciertamente una de las más ricas expresiones de la lengua cristiana. 1

1 Ciampini *Mon. Veter.* t. II p. 167.

Despues de haber admirado aquella hermosa página del arte cristiano, entramos à la catedral y saludamos las glorias de aquella antigua iglesia. Al llegar à Cápua el jefe de los pescadores galileos, que recorria el mundo sembrando obispos, consagró à su compañero de viaje, à San Prisco, uno de los setenta y dos discípulos, y lo estableció pastor de aquella naciente cristiandad. 1 Todas las columnas del templo, quitadas del anfiteatro, son monumentos de la victoria del cristianismo. En la crypta se admira el *Cristo muerto*, obra del Bernino, segun unos, y segun otros, de Vaccaro su discípulo. Al internaros en la iglesia leed la bella inscripcion que recuerda el nombre y las virtudes del célebre cardenal Belarmino, arzobispo de Cápua. Hé aquí uno de los hombres que la iglesia puede mostrar con orgullo à sus amigos y à sus enemigos. Clemente VIII no fué más que el órgano de la opinion pública cuando al designar.le para la púrpura romana, hizo de él este elogio, único tal vez en la historia: "Le elegimos porque no tiene igual en ciencia en el mundo católico." 2 A pesar de tanto mérito, el humilde religioso rehusó los supremos honores que tan dignamente se le ofrecían. El temor de ofender à Dios y la amenaza de excomunion fueron las únicas cosas que pudieron triunfar de su resistencia.

Júzguese de la emocion del viajero cristiano, cuando ve en la catedral de Cápua el lugar en que el Bossuet del siglo decimosétimo, se sentaba todos los domingos en medio de los pobres y de los niños del pueblo para hacerles catequismos. ¡Debe causar admiracion que el nombre de Belarmino siga siendo bendito y que se con-

1 Ant. Caraccioli *de Sacris Eccl. Neap. Mon.* p. 70.—Salvaggio, *Antiquit. christ. Instit.*, t. 1, p. 53.

2 Hinc elegimus quia non habet parem in Ecclesia Dei quoad doctrinam.—*Vit. Card. Be. Urr.*, lib. II, c. 5.

serven con cuidado religioso, en la sacristía de la iglesia, un gran número de ornamentos que usó el *santo* cardenal? Otra de las glorias de Cápua son los mártires. Saludemos con los siglos à los héroes cuya sangre purificó la antigua ciudad, famosa entre todas por los crímenes que en ella se cometieron. A la cabeza de ellos marcha San Prisco, su primer obispo, condenado à muerte en la vía *Aquaria* por orden de Neron; viene en seguida su ilustre sucesor San Rufo, patricio de nacimiento, cristiano por el bautismo, obispo por la uncion episcopal que recibió de San Apolinar, discípulo de San Pedro y mártir por la gracia de Neron; siguen sus huellas el joven Antonio, con Aristo su compañero, Quineto, Arcóncio, Donato, Rósio, Heraclio y muchos otros que forman la gloriosa legion, cuya vanguardia fueron Santos Rufo y Carpóforo, martirizados bajo Diocleciano.

Despues de haber rendido nuestros homenajes à los fundadores y à los conservadores de la ciudad cristiana, partimos de Cápua con un calor espantoso. El camino estaba cubierto de una gran capa de polvo constantemente agitada por los numerosos carruajes que encontráramos; este polvo, de una blancura y de una finura extremas, fué para nosotros un verdadero suplicio. Además, nada es tan extravagante como los trenes de conduccion del país. Ya es una carreta de dos ruedas, provistas de algunas planchas, à guisa de bancos, y arrastrada por un buey y un búfalo; ya es un carro ordinario conducido por un caballo y un asno, algunas veces por un buey y un caballo, y otras por un buey ó por solo un Búfalo. En ninguna parte se puede ver tal variedad, por no decir tal baturrillo. Entre tanto, la bonita ciudad de Aversa vino à llamar nuestra atencion à otros objetos. Todo lo que el tiempo nos permitió ver fué el bello esta-

blecimiento de locos, mucho tiempo confiado á los cuidados inteligentes del abate Linguiti. Este, que con el de los Hermanos de San Juan de Dios fué el primero en Europa, ha tenido el mérito de librar á esos desgraciados de los lazos con que estaban sujetos, y de someterles á un tratamiento más suave y más saludable. La situación del hospicio es muy á propósito; bosquecillos, patios, jardines, plantíos, vastas salas adornadas con pinturas y esculturas; un museo, una biblioteca y un billar dan á este asilo del infortunio todo lo apetecible de una suntuosa ciudad. Sería de desearse allí alguna más limpieza y más orden, que sea dicho de paso, no parecen ser las virtudes cardinales de los italianos.

Antes de las cuatro se detenía nuestra berlina en las puertas de Nápoles. La visita muy severa de nuestros equipajes, la entrega de nuestros pasaportes y la del permiso para permanecer allí, nos detuvieron largo tiempo. Al viajero que llega por tierra, no se le presenta la tercera capital de la Europa bajo un aspecto favorable. La vista encuentra casas más ó menos elegantes, pero nada que anuncie á la soberbia Parthenope. Más feliz es el pasajero que llega por mar; para él, Nápoles se muestra en todo el brillo de su magnificencia. Entre tanto, vimos á la izquierda un vasto edificio, cuyo aspecto causa una muy dulce emoción al viajero cristiano; éste es el *Albergo reale dei poveri*, palacio real de los pobres. Nos inclinamos ante el soberbio edificio, al cual prometimos una visita detallada.

Nos esperaba, sin saberlo nosotros, una visita que no tardó en fijar nuestra atención; un batallón de *lazzaroni* escoltaba el coche. En la alegría de sus rostros era fácil adivinar el placer que les hacía gustar la esperanza de servir muy pronto á los nobles forasteros. Puesto que el lazza-

roni es la primera curiosidad napolitana que se presenta, comencemos por describirla. Sin duda es ménos poético, ménos pintoresco; en una palabra, ménos interesante que en otro tiempo; sus antiguas costumbres están notablemente modificadas. Ya no acampa en la calle; la canasta de mimbre ó la losa de las encrucijadas no forma ya su lecho; no es ya extraño á la civilización, en cuyo centro se ha lanzado; ha renunciado á su desnudez salvaje. En estío lleva un calzón de tela, como la de sus primeros abuelos; su cabeza está adornada con un gorro frigio, pero no conoce sino por excepción el uso de las medias y el calzado. En invierno se cubre con un chaleco de lana de anchas mangas y de capuchón; por fin ha llegado á ser locatorio y hasta parroquiano. A pesar de sus cambios, conserva cierto continente que forma de él un tipo aparte. Alegre, sin aspiraciones, viviendo del día, sin pensar nunca en mañana; gozando deliciosamente de su hermoso cielo, razonando sobre bellas artes, improvisando poesías, encuentra en este pasatiempo la felicidad ó una ilusión que se la asemeja.

Como maestro ejercitado en pantomima, expresa, cuando quiere, con el juego variado de su fisonomía, el movimiento de la cabeza y la movilidad de su mano, todo lo que siente, todo lo que desea; pero este lenguaje mudo no le conviene sino con sus semejantes y en ciertas circunstancias en que el misterio es un deber. En cualquiera otra parte, es el más gritón de los mortales; ¡grita en vez de cantar, grita en vez de hablar; y apenas comienza el día cuando os ensordece con sus vociferaciones incesantes. No hay medio de sustraerlos á ellas, porque está por todas partes, en el puerto, en las calles, en las plazas, delante de los monumentos, pero so-

1 Napolitani maestri in schiamazzare. Alfieri, *Son* CXLIII.

bre todo en las estaciones de los coches públicos; se multiplica en el *Toledo*. ¿Le necesitáis? allí está. ¿Os es inútil? también está allí, siempre listo para haceros aceptar sus servicios, y encuentra sin trabajo el medio de hacerse necesario. ¿Quereis ir á alguna iglesia? él conoce el camino. A un museo? os servirá de cicerone. ¿Pedís un barco? todos los barqueros son sus amigos. ¿Tomais un coche? él os abre la portezuela, baja y levanta el estribo y sube de jockey. Durante el viaje, ríe, canta, os divierte, y de tiempo en tiempo os dice al oído: *Eccellenza, una bottiglia*. Al fin del camino salta abajo del coche, os presenta un pequeño tapete para poner los pies, acepilla vuestro vestido y los zapatos, recibe vuestros *tornesi*, os saluda con un aire respetuoso y maligno; también limpia las pezuñas al caballo y le peina la crin, poniéndose luego en espera de otra ocasión de practicar sus habilidades.

El *lazzarone* es de todas edades y de todos tamaños. En nuestra excursión á la gruta del Perro, es decir, durante una hora y media, fuimos seguidos sin piedad, á pesar de nuestras reiteradas amenazas, de un pequeño *lazzaro*, cuyo tipo era el que acabamos de describir. No cesó de darnos indicaciones que no necesitábamos. A todas nuestras interpelaciones para que se retirase y nos dejase en paz, él contestaba sonriendo: *Eccellenza sí, Eccellenza sí*, y seguía lo mismo. Por fin en un movimiento de vivacidad, le dijimos: «Vete muchacho, mal *lazzarone*.—*Eccellenza no*; no, Excelencia, yo no soy un *lazzarone*; os pido una botella, mientras que los *lazzaroni* roban los pañuelos á todo el mando, *rubano li fazzoletti della gente*.» Fué necesario ceder á su importunidad; le dimos algunos *granos* para que comprase macarrones.—«Gracias, Excelencias,» nos dijo, y nos dejó, saltando de alegría y en realidad más feliz que el rey de Nápoles,

el cual no pasa por ser el monarca ménos feliz del mundo civilizado. Añadiré, en alabanza de los *lazzaroni*, que la fe es muy viva en sus corazones y que son ménos malos que su reputación; ya hablaré sobre esto.

Llegamos, pues, al hotel rodeados de un numeroso cortejo. Veinte *lazzaroni* se precipitaron á la vez sobre nuestros equipajes; todos se disputaban el honor de servirnos. En un abrir y cerrar de ojos, ruedas, asientos, interior, todas las partes del coche fueron invadidas. Nuestro vetturino (cochero), espectador atento, viejo Romano que conocía su gente, estaba en pié con el látigo en mano y decía en voz alta, en las barbas de nuestros *listos servidores*: *Signori, badate*. «Señores, cuidado y velad por vuestros efectos.» Parece que la verdad no ofende á los *lazzaroni*, ó que nuestro conductor los calumniaba, porque ellos cumplieron risueños su tarea bajo los fuegos de aquellas insultantes recomendaciones; nada se perdió.

18 DE FEBRERO.

Vista general de Nápoles.—Encuentro con un regimiento de la guardia real.—Catedral.—Tumba de Carlos de Anjou.—Columnas antiguas.—Bautisterio.—Basílica de Santa Restituta.—Historia de esta Santa.

Ved á Nápoles y morid despues. Nuestro primer pensamiento fué verificar por nosotros mismos este proverbio italiano, prometiéndonos además no morir. Se conviene en que el panorama de Nápoles es el más magnífico de la Europa; sería el más bello del mundo, si el de Constantinopla no le fuera superior, como se dice. Para gozar de él, subimos al fuerte Santelmo. Desde la altura de esta ciudadela, cuyos fundamentos están cavados en la viva roca, se domina la ciudad entera y

blecimiento de locos, mucho tiempo confiado á los cuidados inteligentes del abate Linguiti. Este, que con el de los Hermanos de San Juan de Dios fué el primero en Europa, ha tenido el mérito de librar á esos desgraciados de los lazos con que estaban sujetos, y de someterles á un tratamiento más suave y más saludable. La situación del hospicio es muy á propósito; bosquecillos, patios, jardines, plantíos, vastas salas adornadas con pinturas y esculturas; un museo, una biblioteca y un billar dan á este asilo del infortunio todo lo apetecible de una suntuosa ciudad. Sería de desearse allí alguna más limpieza y más orden, que sea dicho de paso, no parecen ser las virtudes cardinales de los italianos.

Antes de las cuatro se detenía nuestra berlina en las puertas de Nápoles. La visita muy severa de nuestros equipajes, la entrega de nuestros pasaportes y la del permiso para permanecer allí, nos detuvieron largo tiempo. Al viajero que llega por tierra, no se le presenta la tercera capital de la Europa bajo un aspecto favorable. La vista encuentra casas más ó menos elegantes, pero nada que anuncie á la soberbia Parthenope. Más feliz es el pasajero que llega por mar; para él, Nápoles se muestra en todo el brillo de su magnificencia. Entre tanto, vimos á la izquierda un vasto edificio, cuyo aspecto causa una muy dulce emoción al viajero cristiano; éste es el *Albergo reale dei poveri*, palacio real de los pobres. Nos inclinamos ante el soberbio edificio, al cual prometimos una visita detallada.

Nos esperaba, sin saberlo nosotros, una visita que no tardó en fijar nuestra atención; un batallón de *lazzaroni* escoltaba el coche. En la alegría de sus rostros era fácil adivinar el placer que les hacía gustar la esperanza de servir muy pronto á los nobles forasteros. Puesto que el lazza-

roni es la primera curiosidad napolitana que se presenta, comencemos por describirla. Sin duda es ménos poético, ménos pintoresco; en una palabra, ménos interesante que en otro tiempo; sus antiguas costumbres están notablemente modificadas. Ya no acampa en la calle; la canasta de mimbre ó la losa de las encrucijadas no forma ya su lecho; no es ya extraño á la civilización, en cuyo centro se ha lanzado; ha renunciado á su desnudez salvaje. En estío lleva un calzon de tela, como la de sus primeros abuelos; su cabeza está adornada con un gorro frigio, pero no conoce sino por excepción el uso de las medias y el calzado. En invierno se cubre con un chaleco de lana de anchas mangas y de capuchón; por fin ha llegado á ser locatorio y hasta parroquiano. A pesar de sus cambios, conserva cierto continente que forma de él un tipo aparte. Alegre, sin aspiraciones, viviendo del día, sin pensar nunca en mañana; gozando deliciosamente de su hermoso cielo, razonando sobre bellas artes, improvisando poesías, encuentra en este pasatiempo la felicidad ó una ilusión que se la asemeja.

Como maestro ejercitado en pantomima, expresa, cuando quiere, con el juego variado de su fisonomía, el movimiento de la cabeza y la movilidad de su mano, todo lo que siente, todo lo que desea; pero este lenguaje mudo no le conviene sino con sus semejantes y en ciertas circunstancias en que el misterio es un deber. En cualquiera otra parte, es el más gritón de los mortales; ¡grita en vez de cantar, grita en vez de hablar; y apenas comienza el día cuando os ensordece con sus vociferaciones incesantes. No hay medio de sustraerlos á ellas, porque está por todas partes, en el puerto, en las calles, en las plazas, delante de los monumentos, pero so-

1 Napolitani maestri in schiamazzare. Alfieri, *Son* CXLIII.

bre todo en las estaciones de los coches públicos; se multiplica en el *Toledo*. ¿Le necesitáis? allí está. ¿Os es inútil? también está allí, siempre listo para haceros aceptar sus servicios, y encuentra sin trabajo el medio de hacerse necesario. ¿Quereis ir á alguna iglesia? él conoce el camino. A un museo? os servirá de cicerone. ¿Pedís un barco? todos los barqueros son sus amigos. ¿Tomais un coche? él os abre la portezuela, baja y levanta el estribo y sube de jockey. Durante el viaje, ríe, canta, os divierte, y de tiempo en tiempo os dice al oído: *Eccellenza, una bottiglia*. Al fin del camino salta abajo del coche, os presenta un pequeño tapete para poner los pies, acepilla vuestro vestido y los zapatos, recibe vuestros *tornesi*, os saluda con un aire respetuoso y maligno; también limpia las pezuñas al caballo y le peina la crin, poniéndose luego en espera de otra ocasión de practicar sus habilidades.

El *lazzarone* es de todas edades y de todos tamaños. En nuestra excursión á la gruta del Perro, es decir, durante una hora y media, fuimos seguidos sin piedad, á pesar de nuestras reiteradas amenazas, de un pequeño *lazzaro*, cuyo tipo era el que acabamos de describir. No cesó de darnos indicaciones que no necesitábamos. A todas nuestras interpelaciones para que se retirase y nos dejase en paz, él contestaba sonriendo: *Eccellenza sí, Eccellenza sí*, y seguía lo mismo. Por fin en un movimiento de vivacidad, le dijimos: «Vete muchacho, mal *lazzarone*.—*Eccellenza no*; no, Excelencia, yo no soy un *lazzarone*; os pido una botella, mientras que los *lazzaroni* roban los pañuelos á todo el mando, *rubano li fazzoletti della gente*.» Fué necesario ceder á su importunidad; le dimos algunos *granos* para que comprase macarrones.—«Gracias, Excelencias,» nos dijo, y nos dejó, saltando de alegría y en realidad más feliz que el rey de Nápoles,

el cual no pasa por ser el monarca ménos feliz del mundo civilizado. Añadiré, en alabanza de los *lazzaroni*, que la fe es muy viva en sus corazones y que son ménos malos que su reputación; ya hablaré sobre esto.

Llegamos, pues, al hotel rodeados de un numeroso cortejo. Veinte *lazzaroni* se precipitaron á la vez sobre nuestros equipajes; todos se disputaban el honor de servirnos. En un abrir y cerrar de ojos, ruedas, asientos, interior, todas las partes del coche fueron invadidas. Nuestro vetturino (cochero), espectador atento, viejo Romano que conocía su gente, estaba en pié con el látigo en mano y decía en voz alta, en las barbas de nuestros *listos servidores*: *Signori, badate*. «Señores, cuidado y velad por vuestros efectos.» Parece que la verdad no ofende á los *lazzaroni*, ó que nuestro conductor los calumniaba, porque ellos cumplieron risueños su tarea bajo los fuegos de aquellas insultantes recomendaciones; nada se perdió.

18 DE FEBRERO.

Vista general de Nápoles.—Encuentro con un regimiento de la guardia real.—Catedral.—Tumba de Carlos de Anjou.—Columnas antiguas.—Bautisterio.—Basílica de Santa Restituta.—Historia de esta Santa.

Ved á Nápoles y morid despues. Nuestro primer pensamiento fué verificar por nosotros mismos este proverbio italiano, prometiéndonos además no morir. Se conviene en que el panorama de Nápoles es el más magnífico de la Europa; sería el más bello del mundo, si el de Constantinopla no le fuera superior, como se dice. Para gozar de él, subimos al fuerte Santelmo. Desde la altura de esta ciudadela, cuyos fundamentos están cavados en la viva roca, se domina la ciudad entera y

sus alrededores. A la izquierda se desarrolla el vasto barrio *delle Vergini*, con sus blancos palacios de techos de plataformas, y de amplios balcones cubiertos de flores y de arbustos. Más lejos está el grande hospital de los pobres, *Ospedale dei Poveri*, gobernado por nuestras hermanas grises, de origen del Franco Condado; la puerta de Capua, luego Caserta, con su castillo real y sus deliciosos jardines; más allá las vastas llanuras de la Campaña, esmaltadas de casas elegantes, cuya blancura contrasta vivamente con el verdor de la pradera y el tupido follaje de los olivos y de los naranjos; por fin, en el horizonte, los Apeninos, cuyas sesgadas cimas estaban entonces cubiertas de nieve. Delante de nosotros se desvanecía á los rayos del sol el corazón de la brillante ciudad. Sus doradas cúpulas, sus palacios, sus monumentos, su bella calle de Toledo con pavimento de anchas losas volcánicas, limitada á uno y otro lado por soberbios edificios, por elegantes almacenes y surcada por una multitud de carruajes y de gente de á pié; su *Largo del Castello*, la plaza más vasta de Nápoles, con su fuente Medina, una de las más bellas del mundo, después de las de Roma, formaban un cuadro cuyo magnificencia estaba realzada por la verde campiña que la sirve de límite y que se eleva en suave pendiente hasta el pié del Vesubio. El Vesubio mismo, con su ennegrecido cono, del cual se escapa incesantemente una larga columna de humo, imprime á este risueño espectáculo cierta severidad y arroja en el alma yo no sé qué terror involuntario que completa admirablemente las impresiones del espectador.

A la derecha, la escena es aún más magnífica. La ciudad baja en forma de anfiteatro y llega al soberbio muelle de *Chiaja*, habitado por la primera sociedad de Nápoles. Al Oeste se dibuja la montaña escarpada, que atraviesa la famosa gruta

de Pausilipo, y que sumergiéndose en el mar, cierra la ciudad con una inexpugnable barrera. Unida al fianco interior de la montaña brilla la bella y devota iglesia *della Madonna di Pie di Grotta*, de la Virgen del Pié de la Gruta; luego viene la Villa Reale, que ostenta sus gracias incomparables á la orilla del mar. Su posición, sus fuentes, sus jarras de mármol y de bronce, sus avenidas de acacias, sus bosquecillos de mirtos y de naranjos, su templo circular de mármol blanco y su admirable vista, forman tal vez el más delicioso de los paseos públicos. Al extremo se levanta, en una punta de la roca, la masa imponente del *Castillo del Huevo*, que forma una isla y comunica con la tierra por un muelle de 200 metros de longitud. Este castillo, vila de Lúculo, prision de Augústulo, el último emperador Romano, monumento de orgullo y de humillación, domina al golfo de Nápoles y lo divide en dos partes. Más lejos está la *Torre del Camine*, temible fortaleza que domina el hemicyclo meridional y recuerda la inurrección de Mazaniello, cuya vuelta está destinada á precaver. Más allá de estos edificios veis brillar alrededor del golfo, en el azul del cielo, á *Portici* con su casa real, desde la cual se sube al Vesubio, y á lo lejos á *Castellamare*, apoyada en las montañas, seguido de *Sorrento* y de la demasiado célebre Capri. Siguiendo las miradas por la derecha, vienen por fin á descansar en el cabo Misena, desde donde Plinio el Viejo, comandante de la flota romana, se embarcó para su fatal exploración del Vesubio.

Este grandioso espectáculo no es más que la miniatura del panorama napolitano. A medida que uno se eleva, el horizonte se aumenta, y cuando se llega al convento de las Camaldulenses se goza de una de las vistas más hermosas que es dado contemplar á la vista humana. Los

dos golfos de Nápoles y de Pouzzola, en toda su extensión, los costados deliciosos de Baja, el platillo accidentado de Cúmas, los cráteres apagados de Solfatara y del Astrunci, el lago de Agnano, el mar inmenso, por una parte; y por otra las vastas llanuras de la Campaña, cortadas por graciosos montículos y cubiertas por la vegetación más vigorosa y más variada, completan, desarrollándolo, el punto de vista del fuerte Santelmo. Agregad á todo esto un cielo de una magnificencia tal vez única en el mundo; y luego, si sois artista, tomad vuestro pincel y muy pronto lo romperéis de desesperación.

Tal es en sus principales rasgos, el panorama de Nápoles, contemplado desde el fuerte Santelmo y desde las Camaldulenses. ¡Oh Dios mio! ¡cuál será la patria del hombre vuestro hijo, si su destierro es tan bello.

Extasiados ante aquel espectáculo del cual una pluma ejercitada solo podría hacer una imperfecta descripción, bajamos para visitar en pormenor los principales puntos del vasto cuadro; la catedral tuvo las primicias. Al dejar el *Largo dei Studi*, un hecho antiguo, pero nuevo para nosotros, vino á conmover profundamente nuestro corazón; el primer regimiento de la guardia atravesaba la plaza de la Trinidad y se dirigía hácia la Iglesia del *Gesú Nuovo* [Nuevo Jesus]. ¿A dónde van silenciosos y recogidos todos esos viejos soldados de medio uniforme, con su coronel y su estado mayor á la cabeza? Van ¡oh oídos franceses del siglo diez y nueve! ¡oh oído bien, van á los ejercicios del retiro preparatorio, para la comunión pascual. Les seguimos y pudimos ver á todos aquellos *viejos veteranos*, ponerse de rodillas delante del Dios de los ejércitos, deponer allí sus sables y sus cascos, luego formarse en grupos alrededor de los confesonarios y esperar en oración el momento del ser-

mon y de la confesión. El retiro dura diez días; y muchas veces nos fué dado gozar de un espectáculo tan honroso para aquellos que lo dan y tan consolador para el cristiano que lo contempla. ¡Oh Francia, en otros tiempos tan cristiana y siempre tan valerosa! ¡cuándo recobrarás la inteligencia? ¡cuando volverás á leer con imparcialidad tu brillante historia? En ese día, ¡oh nación guerrera entre todas las demas! comprenderás la necesidad para tí de la alianza indispensable del espíritu cristiano y del espíritu militar; desde que la has roto, has tenido soldados; cuando la hayas renovado tendrás héroes!

En la catedral nos esperaba el excelente canónigo *De' Bianchi*. Este señor, amigo íntimo del ilustre canónigo de Jorio y su inteligente discípulo, tuvo á bien servirnos de guía. La iglesia de San Javier, irregular en su forma, en su arquitectura mitad gótica y mitad griega, presenta un vasto campo de estudios al artista y al cristiano. Hé aquí desde luego dos antiguas columnas de pórfido que adornan su entrada. Encima de la gran puerta interior están los soberbios sepulcros de Carlos Martel y de Clemencia su mujer, levantados en su honor por el conde Olivares, virey de Nápoles. El bautisterio, formado de una jarra antigua de basalto egipcio, descansa en un pedestal de pórfido, adornado con los atributos de Baco. Ciento diez columnas de granito egipcio, restos del antiguo templo de Apolo y de Neptuno, sostienen las bóvedas del edificio y son un nuevo trofeo de la victoria evangélica. Hácia el medio de la catedral se abre la basílica de *Santa Restituta*, que compone la parte izquierda del crucero; la capilla de San Javier forma la derecha. Santa Restituta es la antigua catedral; se la estima como fundación de Constantino. Una inscripción en mosaico, grabada en el altar, honra á Santa Elena cuando á su

vuelta de Palestina pasó por Nápoles para dirigirse á Roma 1.

Como quiera que sea, se conviene en que las veintidos columnas de la basílica provienen de un templo de Diana; lo mismo sucede con las garras ó consolas que sostienen el altar mayor, bajo el cual descansa el cuerpo de Santa Restituta. Estos objetos, de estilo griego, son de un trabajo exquisito.

Se cree que el oratorio particular de San Aspreno y de Santa Cándida forma la capilla del Santísimo Sacramento, colocada á la derecha del altar; muy pronto hablaré de estos dos ilustres personajes. A la izquierda del mismo altar se encuentra la capilla de San Juan in Fonte; está adornada con mosaicos y con pinturas de gran interés para el que quiere estudiar la historia del arte. Uno de los mosaicos representa á la Santísima Virgen vestida á la griega. Es la *Madona del Principio*, llamada así porque fué la primera que se honró en Nápoles. El traje bizantino que indica la filiación del arte, se encuentra á menudo en las iglesias de Roma. A la derecha de la madona está el antiguo retra-

1 Hé aquí esta inscripción:

Lux inmensa Deus postquam descendit ad ima
Annis trecentis completis atque peractis,
Nobilis hoc templum sancta construxit Elena.
Hic bene quanta datur venia vix quis que lo-
(quetur
Silvestro grato papa donante beato,
Annis datur clorus jam instaurator Partheno-
(pensis
Mille trecentis undenis, bisque retensis.

Otra inscripción conservada en el colegio de los Jesuitas, prueba el paso de Santa Elena por Nápoles:

PIISME AC CLEMENISSIME
DOMINE NOSTRE AVGVSTÆ
ELENE MATRI
DOMINE NOSTRI VICTORIS
SEMPER AVGVLLI CONSTANTINI, ET AVLE
DOMINORVM NOSTROVVM
CÆSARVM BEATORVM
VXORI DIVI CONSTANTINI
ORDO NEAPOLITANVS
ET POPVLVS

to de San Javier, considerado como el verdadero retrato del santo durante algunos siglos. Un sarcófago pagano que ha llegado á ser la tumba del cardenal Piscicelli, y muchos mausoleos entre los cuales distinguimos el del sabio y piadoso canónigo Mazzochi, forman las principales riquezas artísticas de Santa Restituta.

¿Pero quién era esta santa? ¿de dónde viene la magnificencia de su santuario y la veneración profunda de que está rodeada? Cuando un país ha visto prodigios de infamia como los que surcaron las orillas de la antigua Parthenope, es preciso ó que perezca, ó que se purifique; y para purificarlo es necesaria la sangre. Por esto para fortificar los muelles corazones de sus habitantes, para levantar sus almas degradadas por increíbles desórdenes son necesarios prodigios de valor y de castidad. Esta ley de la cual depende el equilibrio del mundo moral, la razón la adivina antes de que la historia sueñe la aplicación. Pouzzoles, Nola, Cápua, fueron regadas con sangre cristiana; y si Nápoles, sin duda ménos culpable, no tuvo mártires, vió prodigios regeneradores. A mediados del siglo décimotercero, bajo el imperio de Valeriano, siendo Prócuro gobernador del Africa, habia en Cartago una joven virgen llamada Restituta. Acusada de ser cristiana, fué llevada ante el juez, quien la entregó á los más espantosos tormentos. ¡Vanos esfuerzos! la heroína permanece firme en su fe. Repentinamente el rostro del tirano brilla con una alegría feroz; ha encontrada un suplicio digno de su odio y digno también de su víctima. Manda á sus lictores que se apoderen de la virgen y la arrojen con las manos y los pies atados, á una barca llena de estopa y pez, á las cuales manda prender fuego, á fin de que ella muera quemada en plena mar. La orden se ejecuta, pero las llamas co-

mienzan por consumir á los verdugos, mientras que los vientos alejan la ardiente navecilla. Todo el pueblo en masa, y en la orilla, la contempla en espera de la suerte de la víctima, que muy pronto levanta los ojos al cielo y espira suavemente á vista de los espectadores. Entre tanto las olas, mensajeras fieles del Dios que las encadena, las calma ó las agita, trasladaron la barquilla del martirio á las orillas de Ischia. Los cristianos de Nápoles, avisados por sus hermanos de Africa, fueron á buscar, con profundo respeto, el cuerpo de la joven virgen; y para glorificar mejor á la casta heroína que el cielo les habia enviado como patrona y como modelo, la edificaron un santuario con los despojos de los templos impuros, en los cuales le habian degradado sus voluptuosos antepasados. 1

19 DE FEBRERO.

Segunda visita á la catedral.—Capilla del seminario.—De Minutolo.—Crypta.—Sepulcro del rey Andrés.—Capilla de San Javier.—Tesoro.—Sacristía.—Bastón de San Pedro.—Iglesia de los Cartujos.—Palabra de un Papa.

Quando esteis en Nápoles acostaos á buena hora y estareis bien; este oráculo es más seguro que el de Calchas.

A las cuatro de la mañana no es posible ya dormir. El rebuznar de los asnos y de las mulas de los jardineros, las campanillas de las vacas y de las cabras, que son llevadas en tropas por las calles y que se paran delante de las casas para dar leche caliente á los marchantes; los gritos de los pastores y de los vendedores de naranjas, hacen imposible el sueño. Ade-

1 Véase á Barónio, Martirolog. Rom., 17 de Mayo, notas B y C; Anales, t. V, Ann. LII, u. 7.—No he hecho más que transcribir las palabras del gran historiador.

mas, el cielo de Nápoles es tan admirablemente hermoso, que se perdona de buena voluntad á los alborotadores que os procuran el gusto de verlo levantándose á la aurora. Despues de haber gozado de este encantador espectáculo volvimos á la visita interrumpida de la catedral. El coro, que forma un paralelogramo, presenta por una parte la capilla del Seminario; por otra la de *Minutolo*. Los canónigos de Nápoles componen entre sí una asociación de misioneros llamada *di Propaganda*, y van por orden del cardenal arzobispo á dar retiros á las parroquias de la diócesis; es sabido que Alfonso de Ligorio fué uno de sus miembros más distinguidos; la capilla del Seminario les sirve de punto de reunión. Arriba de la puerta brilla la bella Asunción del Peruginó. La capilla Minutolo es curiosa bajo el aspecto del arte. Vimos, entre otros, varios cuadros sobre asuntos de la *Pasion*, de Marco Stefani, el padre de la pintura napolitana, muerto en 1390. En la crypta ó *soccorpo*, colocada encima del altar mayor de la catedral, descansa el cuerpo de San Javier. Esta capilla, revestida de mármol blanco, está sostenida por columnas que se dice que provienen de un templo de Apolo. Entre los adornos se admira la estatua de mármol del cardenal Oliviero Carafa, que se cree que es de Miguel Angel; los arabescos y las otras pinturas decorativas son de rara belleza.

Antes de dirigirnos á la capilla de San Juanuario, vimos cerca de la puerta de la sacristía el pequeño sepulcro del rey Andrés de Hungría, condenado á muerte con consentimiento de Juana de Nápoles, su esposa, y leímos este humillante epitafio:

ANDREÆ NEAP. JOANNÆ UXORIS DOLO ET
LAQUEO NEBATO.

En frente de la Basílica de Santa Restituta está la capilla de *San Juanuario*. Si

vuelta de Palestina pasó por Nápoles para dirigirse á Roma 1.

Como quiera que sea, se conviene en que las veintidos columnas de la basílica provienen de un templo de Diana; lo mismo sucede con las garras ó consolas que sostienen el altar mayor, bajo el cual descansa el cuerpo de Santa Restituta. Estos objetos, de estilo griego, son de un trabajo exquisito.

Se cree que el oratorio particular de San Aspreno y de Santa Cándida forma la capilla del Santísimo Sacramento, colocada á la derecha del altar; muy pronto hablaré de estos dos ilustres personajes. A la izquierda del mismo altar se encuentra la capilla de San Juan in Fonte; está adornada con mosaicos y con pinturas de gran interés para el que quiere estudiar la historia del arte. Uno de los mosaicos representa á la Santísima Virgen vestida á la griega. Es la *Madona del Principio*, llamada así porque fué la primera que se honró en Nápoles. El traje bizantino que indica la filiación del arte, se encuentra á menudo en las iglesias de Roma. A la derecha de la madona está el antiguo retra-

1 Hé aquí esta inscripción:

Lux inmensa Deus postquam descendit ad ima
Annis trecentis completis atque peractis,
Nobilis hoc templum sancta construxit Elena.
Hic bene quanta datur venia vix quis que lo-
(quetur
Silvestro grato papa donante beato,
Annis datur clorus jam instaurator Partheno-
(pensis
Mille trecentis undenis, bisque retensis.

Otra inscripción conservada en el colegio de los Jesuitas, prueba el paso de Santa Elena por Nápoles:

PIISSIMÆ AC CLEMENTISSIMÆ
DOMINÆ NOSTRÆ AVGVSTÆ
ELENÆ MATRI
DOMINE NOSTRI VICTORIS
SEMPER AVGVLLI CONSTANTINI, ET AVLÆ
DOMINORVM NOSTROVVM
CÆSARVM BEATORVM
VXORI DIVI CONSTANTINI
ORDO NEAPOLITANVS
ET POPVLVS

to de San Javier, considerado como el verdadero retrato del santo durante algunos siglos. Un sarcófago pagano que ha llegado á ser la tumba del cardenal Piscicelli, y muchos mausoleos entre los cuales distinguimos el del sabio y piadoso canónigo Mazzochi, forman las principales riquezas artísticas de Santa Restituta.

¿Pero quién era esta santa? ¿de dónde viene la magnificencia de su santuario y la veneración profunda de que está rodeada? Cuando un país ha visto prodigios de infamia como los que surcaron las orillas de la antigua Parthenope, es preciso ó que perezca, ó que se purifique; y para purificarlo es necesaria la sangre. Por esto para fortificar los muelles corazones de sus habitantes, para levantar sus almas degradadas por increíbles desórdenes son necesarios prodigios de valor y de castidad. Esta ley de la cual depende el equilibrio del mundo moral, la razón la adivina antes de que la historia sueñe la aplicación. Pouzzoles, Nola, Cápua, fueron regadas con sangre cristiana; y si Nápoles, sin duda ménos culpable, no tuvo mártires, vió prodigios regeneradores. A mediados del siglo décimotercero, bajo el imperio de Valeriano, siendo Prócuro gobernador del Africa, habia en Cartago una joven virgen llamada Restituta. Acusada de ser cristiana, fué llevada ante el juez, quien la entregó á los más espantosos tormentos. ¡Vanos esfuerzos! la heroína permanece firme en su fe. Repentinamente el rostro del tirano brilla con una alegría feroz; ha encontrada un suplicio digno de su odio y digno también de su víctima. Manda á sus lictores que se apoderen de la virgen y la arrojen con las manos y los pies atados, á una barca llena de estopa y pez, á las cuales manda prender fuego, á fin de que ella muera quemada en plena mar. La orden se ejecuta, pero las llamas co-

mienzan por consumir á los verdugos, mientras que los vientos alejan la ardiente navecilla. Todo el pueblo en masa, y en la orilla, la contempla en espera de la suerte de la víctima, que muy pronto levanta los ojos al cielo y espira suavemente á vista de los espectadores. Entre tanto las olas, mensajeras fieles del Dios que las encadena, las calma ó las agita, trasladaron la barquilla del martirio á las orillas de Ischia. Los cristianos de Nápoles, avisados por sus hermanos de Africa, fueron á buscar, con profundo respeto, el cuerpo de la joven virgen; y para glorificar mejor á la casta heroína que el cielo les habia enviado como patrona y como modelo, la edificaron un santuario con los despojos de los templos impuros, en los cuales le habian degradado sus voluptuosos antepasados. 1

19 DE FEBRERO.

Segunda visita á la catedral.—Capilla del seminario.—De Minutolo.—Crypta.—Sepulcro del rey Andrés.—Capilla de San Javier.—Tesoro.—Sacristía.—Bastón de San Pedro.—Iglesia de los Cartujos.—Palabra de un Papa.

Quando esteis en Nápoles acostaos á buena hora y estareis bien; este oráculo es más seguro que el de Calchas.

A las cuatro de la mañana no es posible ya dormir. El rebuznar de los asnos y de las mulas de los jardineros, las campanillas de las vacas y de las cabras, que son llevadas en tropas por las calles y que se paran delante de las casas para dar leche caliente á los marchantes; los gritos de los pastores y de los vendedores de naranjas, hacen imposible el sueño. Ade-

1 Véase á Barónio, Martirolog. Rom., 17 de Mayo, notas B y C; Anales, t. V, Ann. LII, u. 7.—No he hecho más que transcribir las palabras del gran historiador.

mas, el cielo de Nápoles es tan admirablemente hermoso, que se perdona de buena voluntad á los alborotadores que os procuran el gusto de verlo levantándose á la aurora. Despues de haber gozado de este encantador espectáculo volvimos á la visita interrumpida de la catedral. El coro, que forma un paralelogramo, presenta por una parte la capilla del Seminario; por otra la de *Minutolo*. Los canónigos de Nápoles componen entre sí una asociación de misioneros llamada *di Propaganda*, y van por orden del cardenal arzobispo á dar retiros á las parroquias de la diócesis; es sabido que Alfonso de Ligorio fué uno de sus miembros más distinguidos; la capilla del Seminario les sirve de punto de reunión. Arriba de la puerta brilla la bella Asunción del Peruginó. La capilla Minutolo es curiosa bajo el aspecto del arte. Vimos, entre otros, varios cuadros sobre asuntos de la *Pasion*, de Marco Stefani, el padre de la pintura napolitana, muerto en 1390. En la crypta ó *soccorpo*, colocada encima del altar mayor de la catedral, descansa el cuerpo de San Javier. Esta capilla, revestida de mármol blanco, está sostenida por columnas que se dice que provienen de un templo de Apolo. Entre los adornos se admira la estatua de mármol del cardenal Oliviero Carafa, que se cree que es de Miguel Angel; los arabescos y las otras pinturas decorativas son de rara belleza.

Antes de dirigirnos á la capilla de San Juanuario, vimos cerca de la puerta de la sacristía el pequeño sepulcro del rey Andrés de Hungría, condenado á muerte con consentimiento de Juana de Nápoles, su esposa, y leímos este humillante epitafio:

ANDREÆ NEAP. JOANNÆ UXORIS DOLO ET
LAQUEO NEBATO.

En frente de la Basílica de Santa Restituta está la capilla de *San Juanuario*. Si

la magnificencia de las pinturas, la belleza de los mármoles, el brillo de los dorados, la riqueza de las ofrendas consagradas por una larga serie de generaciones al adorno de un santuario, prueban la poderosa bondad del santo que recibe tan brillantes homenajes, y la piedad fiel del pueblo que las hace, á la verdad que la capilla de San Januario da la más alta idea del poder del ilustre mártir y del religioso reconocimiento de los napolitanos.

La rica capilla del Tesoro de San Genaro es un magnífico *ex-voto*, consagrado por la ciudad de Nápoles á su protector despues de la peste de 1526; pero que se comenzó hasta 1607 y se acabó en 1678. 1 Cuarenta y dos columnas de brocatela 2 sostienen el brillante santuario; el pavimento es de exquisito mármol; los frescos de la bóveda en los ángulos y en las finiternillas son obras maestras del Dominiquino: *San Januario, saliendo de la hornaza*, es del Españaletto; *la Poseida liberada por el santo obispo*, es una de las mejores obras de Stanzoni, llamado el Güido de Nápoles. Detrás del altar, digno de la magnificencia que le rodea, se conservan la cabeza y la sangre de San Januario. Cada año, en el mes de Mayo y en el mes de Diciembre, se exponen solemnemente aquellas preciosas reliquias á la veneración de los fieles, y la concurrencia es inmensa. La sangre se liquida, se agita y hierve en la redoma que la contiene al tiempo de aproximarla á la cabeza del santo mártir. Hé ahí el hecho que se repite periódicamente desde hace no sé cuántos siglos, y en presencia de no sé cuántos millares de personas de todas condiciones y de todos países 3.

1 Indicaciones de lo más notable de Nápoles, etc., por el canónigo Jorio, p. 119.

2 Especie de mármol, jaspeado de amarillo, morado ó rojizo.—N. del T.

3 Hablando Barónio de la espantosa erupcion del Vesubio en el año 471, detenida milagrosa-

Si no creéis en esto, id á verlo. La liquidacion milagrosa es de tal modo cierta que el clero de Nápoles se empeña en colocar á los extranjeros de manera que la vean con sus ojos y se aseguren bien de que no hay ilusion ni superchería. 1 Despues de haber venerado la sangre y tambien al mártir que tuvieron la bondad de enseñarnos, pasamos á la sacristía del *Tesoro*. El bazar de la fe, ademas de diez y nueve estátuas de bronce, contiene cuarenta y una de plata, ya en bustos, ya en figuras enteras. ¿Qué decir de las jarras de oro, de las cruces guarnecidas de diamantes? basta citar un collar todo de perlas; un frontis de un altar de plata cincelada y una mitra enriquecida con 3,694 piedras preciosas, como esmeraldas, diamantes y rubíes, etc. Tales son los testimonios de la piedad secular, de los particulares y de los reyes de Nápoles hácia San Januario.

Siempre dirigidos por nuestro excelente guía, visitamos las insignes reliquias conservadas en la sacristía de la catedral; la que interesa más vivamente es el baston de San Pedro. La tradicion constante de la iglesia de Nápoles, confirmada por los monumentos de la historia, enseña que el pescador galileo, al dirigirse á Roma, desembarcó en las costas del Adriático, atra-

mento por intercesion de San Januario, añade: Insigne ac perenne miraculum sanguinis ejusdem sancti Janarii, qui cum ampulla vitrea concretus contineatur, liquescere tamen et fluere, perinde ac si recens esset effusus, saepe conspicitur, non ejusmodi est, ut unius vel alterius hominis testimonio comprobetur; sed ita manifestum, ut ipse martyris sanguis assidua miraculorum operatione, vocibus quibusdam velut Abel sanguis elamans, per universum orbem christianum intonet.

(*Not. ad Martyrol*, 19 de Setiembre).

1 Il sangue si espone dalle nove della mattina, alla qual ora debbono condurvisi coloro che amano accertarsi ella sua miracolosa liquefazione; et in tal circostanza s'ida la preferenza agli esteri, ad oggetto delimitare le incoerenze degli errori divulgati dalla incredulità.—Id., p. 28.

vesó la Campánia y llegó por Nola á Nápoles el año 45 de Jesucristo. 1 Fué recibido en esta última ciudad por una dama llamada Cándida, á quien convirtió y bautizó el apóstol. Algunos dias despues Aspreno, marido de Cándida, cayó peligrosamente enfermo. Se rogó á San Pedro que le fuera á ver; pero en lugar de ir, hizo que le llevaran su baston á Aspreno, y que le dijeran que se levantara y viniera á ver al apóstol. Aspreno tomó el baston, se levantó sano y llegó á ser el primer obispo de Nápoles. Cuando se reflexiona, decíamos en Roma, con ocasion de un recuerdo análogo, que al nacimiento de la Iglesia se necesitaban milagros asombrosos; cuando se oye á Nuestro Señor anunciar á sus apóstoles que harian prodigios más grandes que los suyos; cuando se lee en el texto sagrado, que una palabra de San Pedro bastaba para volver los muertos á la vida; que la sombra solo de su cuerpo ó el contacto de sus vestidos devolvía al punto la salud á los enfermos, ¿debe haber admiracion de que un objeto, tantas veces tocado por las manos del apóstol, haya gozado de la misma virtud? Es te baston, que aun en nuestros dias ha sido instrumento de muchos milagros, puede tener tres piés y medio de longitud. Es recto, redondo, de una madera que parece de olivo, y está adornado en la parte superior con un puño, ó por mejor decir, con un capitel de hueso. Se le conserva en una vaina de plata con agujeros de trecho en trecho, cubiertos con cristal, que permiten verlo. ¿Con qué respetuoso temor y con qué indefinible felicidad toma el peregrino católico en sus manos y cubre de besos aquel venerable testigo de

1 Véase el sabio Mazzochi; Ugnelli, *Historia de Italia sagrada*; Carraccioli *de Sacris Eccl. Mem.*, ps. 70, 106, 108 y siguientes, y los innumerables escritores de *Rerum Neapolitanarum*, citados en parte por Stravius, *Biblioth. selec.*, t. II, p. 1,045.

las fatigas y del milagroso poder del gran peregrino del Evangelio!

Volvimos á entrar á la catedral cuando el cabildo llegaba á los oficios. Este cuerpo venerable se compone de treinta canónigos mitrados, de veintidos semaneros y de diez y ocho *cuarentistas*. Cuando todos están ya formados delante de sus sillas, el golpe de vista es verdaderamente imponente. ¿Por qué es preciso que solo en el extranjero encontremos semejante espectáculo? Desde que la Francia ha suprimido violentamente esos grandes cuerpos que eran el ornamento de la religion, ¿se ha hecho con esto más respetable, más moral y más rica? Para terminar nuestra jornada, nos quedaba por ver la iglesia de *San Martín de los Cartujos*. Si la Italia es el templo de las artes, puede decirse que la iglesia de San Martín de Nápoles es su santuario. Está situada bajo las murallas del fuerte Santelmo, es decir, en una posicion admirable, y es propiedad secular de los hijos de San Bruno. Los buenos cenobitas han consagrado todas sus rentas á embellecerla. Los mármoles más raros, cortados con gusto perfecto, forman el pavimento; Lanfranc, Stanzoni, el Españaletto, han enriquecido las bóvedas y las capillas con obras maestras de sus pinceles. *La Comunión de los apóstoles*, por éste último, presenta un San Pedro en escorzo, de un efecto extraordinario. En los pilares de una capilla se ven dos *piedras de toque*, cortadas en forma de alcachofa, de un trabajo exquisito y de un precio inestimable. Más léjos está un altar de piedras finas, cuyo valor numérico pasa de doscientos mil francos; aquí está un tabernáculo de concha trasparente; más allá altares enriquecidos con lapislázuli, amatistas, ágata, etc.

El *Tesoro* no es ménos resplandeciente que la iglesia. Se admira en ella el *Descendimiento de la Cruz*, la obra maestra

del Españolito y uno de los cuadros más patéticos del renacimiento. De la iglesia pasamos al convento, cuyos soberbios claustros; que miran al golfo de Nápoles, están sostenidos por columnas de mármol blanco del más exquisito grano. Las artes, las ciencias y los pobres, tales han sido en todos los países y en todas las épocas las tres partes que han contribuido al presupuesto de las órdenes religiosas. ¿Cuándo se acordarán de esto? "En medio de todas estas riquezas, nos dice el venerable superior, apenas tenemos pan que comer. Las revoluciones nos han privado de nuestros bienes y hemos vuelto á la pobreza de nuestros primeros padres. ¡Bendito sea Dios!" El buen religioso nos decía esto sin quejarse, y con esa dulce resignación que caracteriza el egoísmo de la virtud. ¿Qué digo? nos elogió á Francia, por la cual sentía una simpatía. Esta caridad, verdaderamente evangélica, para una nación por la cual él y sus hermanos habían tenido tanto que sufrir, me recuerda la frase de un gran Papa: "¡Qué felices son esos franceses! hacen tonteras todo el día y Dios las borra durante la noche."

20 DE FEBRERO.

Iglesia de San Pedro *ad Aram*.—De la Piedad de Sangre.—De San Pablo Mayor.—De San Cayetano de Tiena.—De San Andrés Avelino.—Cámara de este último.—Santo Domingo Mayor.—Cuadros.—Sepuleros reales.—Recuerdos de Santo Tomás.—*L'Incoronata*.—Frescos de Giotto.—Iglesia del Monte Oliveto.—Recuerdos del Tasso.—De Santa María del *Círmine*.—Recuerdos del desgraciado Conradino.—El *Gesu Nuovo*.—Cámara de San Gerónimo.—Excursion al lago de Agnano.—Gruta del Perro.—Villa de Polion.—Tumba de Virgilio.—Santa María del *Parto*.—Sepulcro de Sannazar.—Santa María à *Piè di Grotta* (al pié de la Gruta.)

Era domingo y estaba en el orden que siguiésemos en nuestro estudio de los monumentos cristianos. Como á las seis de

la mañana, atravesaba yo de prisa los viejos cuarteles de Nápoles. Las calles súcías, tortuosas, estrechas, me recordaban nuestro barrio Saint-Marceau. Llevaba por guía y por capellan á un joven napolitano nacido de padre frances, y me animaba á decir la misa al extremo de la ciudad en una iglesia olvidada de los viajeros y que se llama San Pedro *ad Aram*. Este venerable edificio, cuya forma irregular é insólita anuncia su alta antigüedad, señala á las generaciones el lugar preciso que habitó San Pedro durante su permanencia en Nápoles. A la izquierda, cerca de la puerta de entrada, hay una pequeña capilla que ocupa el lugar mismo, en donde segun tradicion, ofreció el apóstol los Santos misterios. En el altar muchas veces restaurado, se conserva religiosamente la misma mesa que servia para el augusto sacrificio. Tuve la felicidad de subir á este altar y de hacer bajar á él la adorable Víctima, en aquella misma mesa en que diez y ocho siglos ántes habia venido á inmolarse en manos de San Pedro. Acabada la misa, uno de los sacerdotes á quien me dirigí, me hizo examinar con él las diferentes partes de la piadosa capilla. Transcribiré las antiguas inscripciones que me parecen dignas de ello: "*Siste, fidelis et priusquam templum ingrediaris, Petrum sacrificantem venerare. Hic enim primo, mox Romæ filios per evangelium genuit, paneque illo suavissimo cibavit. De-tente oh cristiano, y ántes de entrar al templo, honra á Pedro que ofrece la augusta Víctima. Aquí desde luego, y despues en Roma, engendró hijos para el Evangelio y les alimentó con el pan delicioso.*"

La otra, de estilo antiguo, está concebida así:

QUOD. PRIMA. IN LATIO. CHRISTO. PIA. COLLA.
SVBEGI. PARTHENOPE.
HÆC. PETRI. PRÆSTITIT. ARA FIDEM.

"La prueba de que yo. Parthénope, incliné por primera vez la cabeza bajo el yugo de Cristo, es este altar de San Pedro."

Estas inscripciones no son sin duda contemporáneas de los apóstoles; pero no se les puede negar una grande antigüedad, y esto basta para mostrar la perpetuidad de la tradicion.

De la capilla pasamos al oratorio subterráneo de Santa Cándida. Las viejas construcciones subterráneas, sus losas ennegrecidas, su forma antigua, llevan el pensamiento á los de la primitiva iglesia, al recuerdo de las santas oraciones, de las piadosas lágrimas, de los sufrimientos y de las virtudes de que aquellos lugares fueron dichosos testigos, y produce en el alma una impresion de piedad que no puede expresarse con palabras.

Antes de las nueve ya estaba yo reunido á mi pequeña caravana. Al dirigirnos á San Pablo Mayor, echamos una mirada á las estatuas en otro tiempo tan afamadas y hoy tan desacreditadas, de la iglesia *della Pietà de Saugri*. Estas tres estatuas de mármol blanco están cubiertas con velos de mármol que dan testimonio de haberse vencido una gran dificultad. El *Pudor* no tiene nada de aire púdico; Nuestro Señor, envuelto en un sudario trasparente, parece tener más mérito; en fin el *Vicio desengañado*, bajo la figura de un hombre que trata de desembarazarse de una gran red que le cubre, presenta incontestables bellezas de pormenor; la malla de la red de mármol, por ejemplo, es muy natural.

San Pablo Mayor pertenece á los Teatinos. Delante de la puerta principal están dos columnas que forman parte del templo de Castor y de Pollux, edificado en el mismo lugar por Juliano de Tarso, liberto de Tiberio. *La Conversion de San Pablo y la caída de Simón el Mago*, que

adornan la sacristía, pasan por obras maestras del fecundo Solimeno. Pero las verdaderas riquezas de San Pablo Mayor son los cuerpos sagrados de San Cayetano de Tiena y de San Andrés Avelino. Estos dos santos fueron la gloria de su orden, los modelos de los sacerdotes y los bienhechores de su patria. San Cayetano murió el 7 de Agosto de 1547 y San Andrés el 10 de Noviembre de 1608; el mismo convento que habia sido testigo de sus virtudes y de su muerte guarda sus restos preciosos. Despues de haberlos venerado penetramos al claustro. En él se ven los vestigios del teatro en el cual ensayaba Neron sus talentos dramáticos, ántes de presentarse en la escena de la gran Roma. De este monumento de la locura imperial solo quedan ruinas desfiguradas. La religion, que parece haber confiado la conservación de esas ruinas á sus hijos para instruccion de los siglos, les ha legado otro monumento por el cual velan los buenos religiosos con una piedad enteramente filial; quiero hablar de la celda de San Andrés Avelino. Vimos la feliz celda tal como el día de la muerte del santo; nada se ha cambiado. Los pobres muebles que usó, sus libros, su escritorio, su pequeña silla de madera, algunos escritos de su mano, en una palabra, todo lo que compone la fortuna ordinaria de los grandes siervos de Dios, está allí que parece hablar, orar y que conmueve y llena el alma de no sé qué perfume de piedad, cuya dulce impresion se hace sentir largo tiempo.

Doblemente felices con lo que habíamos visto y con lo que íbamos á ver, pasamos á Santo Domingo Mayor. Cuando se entra á aquella iglesia, se siente uno en plena edad média. A pesar de los cambios que ha sufrido despues de seis siglos, lleva siempre el sello grandioso del arte gótico y el génio poderoso y severo de Santo Domingo; parece reflejarse aquí co-

del Españolito y uno de los cuadros más patéticos del renacimiento. De la iglesia pasamos al convento, cuyos soberbios claustros; que miran al golfo de Nápoles, están sostenidos por columnas de mármol blanco del más exquisito grano. Las artes, las ciencias y los pobres, tales han sido en todos los países y en todas las épocas las tres partes que han contribuido al presupuesto de las órdenes religiosas. ¿Cuándo se acordarán de esto? "En medio de todas estas riquezas, nos dice el venerable superior, apenas tenemos pan que comer. Las revoluciones nos han privado de nuestros bienes y hemos vuelto á la pobreza de nuestros primeros padres. ¡Bendito sea Dios!" El buen religioso nos decía esto sin quejarse, y con esa dulce resignación que caracteriza el egoísmo de la virtud. ¿Qué digo? nos elogió á Francia, por la cual sentía una simpatía. Esta caridad, verdaderamente evangélica, para una nación por la cual él y sus hermanos habían tenido tanto que sufrir, me recuerda la frase de un gran Papa: "¡Qué felices son esos franceses! hacen tonteras todo el día y Dios las borra durante la noche."

20 DE FEBRERO.

Iglesia de San Pedro *ad Aram*.—De la Piedad de Sangre.—De San Pablo Mayor.—De San Cayetano de Tiena.—De San Andrés Avelino.—Cámara de este último.—Santo Domingo Mayor.—Cuadros.—Sepuleros reales.—Recuerdos de Santo Tomás.—*L'Incororata*.—Frescos de Giotto.—Iglesia del Monte Oliveto.—Recuerdos del Tasso.—De Santa María del *Círmine*.—Recuerdos del desgraciado Conradino.—El *Gesu Nuovo*.—Cámara de San Gerónimo.—Excursion al lago de Agnano.—Gruta del Perro.—Villa de Polion.—Tumba de Virgilio.—Santa María del *Parto*.—Sepulcro de Sannazar.—Santa María à *Piè di Grotta* (al pié de la Gruta.)

Era domingo y estaba en el orden que siguiésemos en nuestro estudio de los monumentos cristianos. Como á las seis de

la mañana, atravesaba yo de prisa los viejos cuarteles de Nápoles. Las calles súcías, tortuosas, estrechas, me recordaban nuestro barrio Saint-Marceau. Llevaba por guía y por capellan á un joven napolitano nacido de padre frances, y me animaba á decir la misa al extremo de la ciudad en una iglesia olvidada de los viajeros y que se llama San Pedro *ad Aram*. Este venerable edificio, cuya forma irregular é insólita anuncia su alta antigüedad, señala á las generaciones el lugar preciso que habitó San Pedro durante su permanencia en Nápoles. A la izquierda, cerca de la puerta de entrada, hay una pequeña capilla que ocupa el lugar mismo, en donde segun tradicion, ofreció el apóstol los Santos misterios. En el altar muchas veces restaurado, se conserva religiosamente la misma mesa que servia para el augusto sacrificio. Tuve la felicidad de subir á este altar y de hacer bajar á él la adorable Víctima, en aquella misma mesa en que diez y ocho siglos ántes habia venido á inmolarse en manos de San Pedro. Acabada la misa, uno de los sacerdotes á quien me dirigí, me hizo examinar con él las diferentes partes de la piadosa capilla. Transcribiré las antiguas inscripciones que me parecen dignas de ello: "*Siste, fidelis et priusquam templum ingrediaris, Petrum sacrificantem venerare. Hic enim primo, mox Romæ filios per evangelium genuit, paneque illo suavissimo cibavit. De-tente oh cristiano, y ántes de entrar al templo, honra á Pedro que ofrece la augusta Víctima. Aquí desde luego, y despues en Roma, engendró hijos para el Evangelio y les alimentó con el pan delicioso.*"

La otra, de estilo antiguo, está concebida así:

QUOD. PRIMA. IN LATIO. CHRISTO. PIA. COLLA.
SVBEGI. PARTHENOPE.
HÆC. PETRI. PRÆSTITIT. ARA FIDEM.

"La prueba de que yo. Parthénope, incliné por primera vez la cabeza bajo el yugo de Cristo, es este altar de San Pedro."

Estas inscripciones no son sin duda contemporáneas de los apóstoles; pero no se les puede negar una grande antigüedad, y esto basta para mostrar la perpetuidad de la tradicion.

De la capilla pasamos al oratorio subterráneo de Santa Cándida. Las viejas construcciones subterráneas, sus losas ennegrecidas, su forma antigua, llevan el pensamiento á los de la primitiva iglesia, al recuerdo de las santas oraciones, de las piadosas lágrimas, de los sufrimientos y de las virtudes de que aquellos lugares fueron dichosos testigos, y produce en el alma una impresion de piedad que no puede expresarse con palabras.

Antes de las nueve ya estaba yo reunido á mi pequeña caravana. Al dirigirnos á San Pablo Mayor, echamos una mirada á las estatuas en otro tiempo tan afamadas y hoy tan desacreditadas, de la iglesia *della Pietà de Saugri*. Estas tres estatuas de mármol blanco están cubiertas con velos de mármol que dan testimonio de haberse vencido una gran dificultad. El *Pudor* no tiene nada de aire púdico; Nuestro Señor, envuelto en un sudario trasparente, parece tener más mérito; en fin el *Vicio desengañado*, bajo la figura de un hombre que trata de desembarazarse de una gran red que le cubre, presenta incontestables bellezas de pormenor; la malla de la red de mármol, por ejemplo, es muy natural.

San Pablo Mayor pertenece á los Teatinos. Delante de la puerta principal están dos columnas que forman parte del templo de Castor y de Pollux, edificado en el mismo lugar por Juliano de Tarso, liberto de Tiberio. *La Conversion de San Pablo y la caída de Simón el Mago*, que

adornan la sacristía, pasan por obras maestras del fecundo Solimeno. Pero las verdaderas riquezas de San Pablo Mayor son los cuerpos sagrados de San Cayetano de Tiena y de San Andrés Avelino. Estos dos santos fueron la gloria de su orden, los modelos de los sacerdotes y los bienhechores de su patria. San Cayetano murió el 7 de Agosto de 1547 y San Andrés el 10 de Noviembre de 1608; el mismo convento que habia sido testigo de sus virtudes y de su muerte guarda sus restos preciosos. Despues de haberlos venerado penetramos al claustro. En él se ven los vestigios del teatro en el cual ensayaba Neron sus talentos dramáticos, ántes de presentarse en la escena de la gran Roma. De este monumento de la locura imperial solo quedan ruinas desfiguradas. La religion, que parece haber confiado la conservación de esas ruinas á sus hijos para instruccion de los siglos, les ha legado otro monumento por el cual velan los buenos religiosos con una piedad enteramente filial; quiero hablar de la celda de San Andrés Avelino. Vimos la feliz celda tal como el día de la muerte del santo; nada se ha cambiado. Los pobres muebles que usó, sus libros, su escritorio, su pequeña silla de madera, algunos escritos de su mano, en una palabra, todo lo que compone la fortuna ordinaria de los grandes siervos de Dios, está allí que parece hablar, orar y que conmueve y llena el alma de no sé qué perfume de piedad, cuya dulce impresion se hace sentir largo tiempo.

Doblemente felices con lo que habíamos visto y con lo que íbamos á ver, pasamos á Santo Domingo Mayor. Cuando se entra á aquella iglesia, se siente uno en plena edad média. A pesar de los cambios que ha sufrido despues de seis siglos, lleva siempre el sello grandioso del arte gótico y el génio poderoso y severo de Santo Domingo; parece reflejarse aquí co-

mo en todos los demás edificios de su órden. Entre los objetos de arte, se encontraba la *Crucifixion* y la *Resurreccion*, preciosos frescos de Angelo Franco, el Giotto napolitano; el *Cenotáfio* del cardenal Spinelli; el sepulcro de *Juana de Aquino*, muerta en 1300, y el de la princesa de Faveloto, Doña Vicenta de Aquino, la última de este nombre, muerta en 1599; el *Retrato* contemporáneo de Santo Domingo, tenido por verdadero y el monumento de Galeas Pandone, una de las maravillas del arte, debida á Juana de Nola.

Antes de entrar á la capilla del gran Crucifijo, que reserváramos para lo último, visitamos la sacristía, que es por sí sola uno de los monumentos más notables de Nápoles. Los frescos del techo, sus armarios de raíz, sus estucos dorados, su pavimento de preciosos mármoles, desaparecen ante los doce sepulcros de la casa de Aragón. Esta necrópolis real encierra toda una dinastía, eternamente sentida por los Napolitanos, á quienes dió felicidad y gloria. Las tumbas colocadas al aire, en un estrado circular, están cubiertas de terciopelo carmesí y coronadas con una pequeña figura de la muerte pintada en claro oscuro, con esta inscripción: *Sceptra ligonibus æquat*.

Por fin íbamos á ver la maravilla de Santo Domingo Mayor. Abrióse la gran capilla del *Crucifijo*, y uno de los religiosos, acercándose al altar mayor, descubrió el Crucifijo milagroso, objeto de una veneración seis veces secular. Por órden del papa Urbano IV había compuesto Santo Tomás el magnífico oficio del Santo Sacramento, en el cual se reúne la teología más exacta á la piedad más tierna y á la poesía más elevada. Muchas veces el *angélico* autor había ido á buscar sus inspciones á los pies de este Crucifijo; cuando acabó su trabajo vino á dar gracias al Dios de quien desciende todo dón perfecto. El

divino Maestro, animando de un modo repentino su imágen, hizo oír á Santo Tomás estas palabras: *¿Bene scripsisti de me Thoma; quam mercedem recipies?* "Escribiste bien de mí, Tomás, ¿qué recompensa pides? — "Ninguna otra más que vos, Señor;" *non aliam nisi te, Domine*, respondió el santo que se sentía levantar en el aire. El Crucifijo, ennegrecido ya por el tiempo, puede tener un metro y medio altura, y de la boca de Jesucristo se ven salir las palabras que preceden, y que fueron pintadas inmediatamente despues del milagro.

Tomás, cuyos escritos recibían la aprobación del Cielo y los aplausos de la tierra entera, habitaba como el último de sus hermanos una umilde celda. Esta cámara, en donde compuso el oficio del Santo Sacramento, en donde vivió durante quince meses que enseñó la teología en Nápoles, ha sido trasformada en capilla, sin perder su primitiva forma. Es pequeña, débilmente iluminada y dividida por un tabique del cual está suspendida la campana que llamaba á los escolares del Doctor angélico. Abajo está la clase misma en que daba sus lecciones y en ella se ven los despojos de su cátedra. Esta sala es oblonga y recibe luz por tres claraboyas. El poderoso profesor recibía por sus servicios seis ducados ó veinticinco francos de nuestra moneda! (5 pesos).¹

Entre las otras iglesias de Nápoles, el artista cristiano verá con interés la *Incoronata*, *Santa Lucía* y otras de que hablaré más tarde. La primera es rica en pinturas del Giotto: el *Matrimonio de la reina Juana* y los *Siete Sacramentos*, son dignos del pintor católico y dan á conocer lo que el arte pudo llegar á ser sin la influencia pagana del renacimiento. La segunda inte-

¹ La órden de Carlos de Anjou, que fija esta suma, se conserva todavía en los archivos de Nápoles; es de 1272.

resa por su antigüedad. Santa Clara, coronada con un bello campanario gótico, es la más elegante de las iglesias de Nápoles; sirve de sepultura á la familia reinante y conserva una bella *virgen* de Giotto. En el antiguo convento de la famosa congregación de *Monte Oliveto*, se acuerda unode Tasso, que pobre y sufriendo, encontró allí un asilo. El poeta pagó la benévola hospitalidad de que era objeto con su poema que no acabó: *Origine della congregazione di Monte-Oliveto*. La iglesia, muy bien conservada, es un verdadero museo de escultura. El cincel de Juan de Nola se excedió á sí mismo en los cuatro Evangelistas que adornan la capilla de *Ligoiri*.

Santa María del *Cármine*, una de las iglesias más populares de Nápoles, es ingrata para el artista, pero rica para el cristiano y para el sabio. Al primero le presenta el milagroso crucifijo que durante el sitio de Nápoles en 1439, bajó la cabeza á fin de esquivar una bala de cañón. Cada año, al día siguiente de Navidad, se le presenta á la veneración pública, y toda la ciudad, y los magistrados á su cabeza, vienen á honrar aquel signo de salvación y de protección. ¡Honor al pueblo de Nápoles! los corazones reconocidos son raras veces malos corazones. Para el sabio esta iglesia recuerda una de las catástrofes más trágicas de la historia. Era el 29 de Octubre de 1268, y Carlos de Anjou reinaba en Nápoles. Por órden suya se había levantado un cadalso en la plaza del Mercado, que está delante de la iglesia. Muy pronto se vió que subían á él dos jóvenes príncipes, Conradino de Suabia y Federico su primo; el primero solo contaba diez y siete años. Había éste llegado á Italia á reclamar sus derechos al trono de Nápoles y fué descubierta y traicionado por el Sr. de Astura, quien le entregó á Carlos de Anjou. La emperatriz Margarita, apenas sabe la desgracia de su

hijo, único heredero de la ilustre casa de Suabia, cuando acude desde el corazón de la Alemania á rescatar su vida. Llega demasiado tarde; los jóvenes príncipes habían perecido por la mano del verdugo, y el desgraciado Conradino solo había dejado oír este grito: ¡Oh madre mia! qué dolor os causará la noticia que se os va á dar de mí. I La emperatriz consagró á esta noticia el precio inútil del rescate á la iglesia y al monasterio del *Cármine*, en donde su estatua la representa con una bolsa en la mano. Detras del altar mayor pudimos leer á la luz de una lámpara, una inscripción que señala el lugar en donde fueron depositados los cuerpos de los dos jóvenes príncipes. ¡Extraña vicisitud! En aquella misma plaza del Mercado, teatro del *rejuicio*, estalló dos siglos más tarde la *revolucion* popular dirigida por Mazaniello.

Un espectáculo más consolador nos esperaba en el *Jesus Nuevo*. En la casa de los jesuitas, contigua á esta iglesia, está la cámara inmortalizada por las virtudes del padre Gerónimo. Este santo religioso, que acaba de colocar Roma en los altares del mundo católico, habitó durante cuarenta años aquella pequeña y oscura celda. Su cuerpo descansa bajo un magnífico altar en el cual pudimos venerarle. Recordamos que el hombre de Dios, teniendo un día en sus rodillas á San Alfonso de Ligoiri, todavía niño, decía á la madre de este pequeño ángel: "Yo estaré en el cielo antes que él, pero seremos canonizados el mismo día." El acontecimiento ha probado que el santo fué profeta.

Nos quedaba bastante tiempo para ha-

¹ La historia añade que este príncipe desgraciado arrojó su guante desde lo alto del cadalso, en señal de la investidura que daba á aquel de sus parientes que quisiera vengarle. Un caballero que tuvo el atrevimiento de tomarlo, lo llevó á Jacobo I, rey de Aragón, quien lavó en torrentes de sangre napolitana el asesinato del joven príncipe.

cer una excursión al lago de Agnano. Diez minutos después de haber atravesado la gruta de Pausilipo, se deja á la izquierda el camino de Pouzzoles, y en una hora de marchas forzadas se llega al lago solitario. Lo que atrae á los viajeros, no es ni el lago mismo, ni su cintura de montañas gibosas, parque reservado á la caza real; es simplemente su caverna sulfurosa, llamada la gruta del Perro. Del suelo que pisa el viajero y de las montañas volcánicas que limitan su estrecho horizonte, se desprenden diferentes gases cuya alta temperatura anuncia la proximidad de fuego subterráneo. De la célebre gruta se exhala tal cantidad de ácido carbónico que sería imposible vivir allí largo tiempo. «Excelencias, nos dijo el campesino que explota la curiosidad de los viajeros; hacedme el favor de agacharos, de llevar vuestra mano hasta el suelo y de subirla prontamente hasta la altura de vuestro rostro». Concedimos esta gracia al buen hombre. Después de dos ó tres movimientos de mano que nos hicieron subir hasta las narices un ardiente vapor, nos fué necesario salir violentamente, nos sentíamos asfixiados.

Fué ménos dichoso el pobre experimentador que nos siguió; el campesino llevó al desgraciado perro á demostrar la abundancia y la fuerza mortífera del gas carbónico. Lo tomó, lo introdujo por fuerza á la gruta y lo tuvo en ella acostado, y un minuto después hubiérais visto al pobre animal presa de espantosas convulsiones y respirando apenas. Entonces su amo lo arroja fuera de la gruta; al recibir sus pulmones el aire puro, se salvó. Pero ¡ay! los viajeros siguen, las experiencias se renuevan y la vida del pobre perro pasa en desvanecimientos perpétuos. Mientras compadecíamos la suerte del interesante animal, el campesino encendía una antorcha que introdujo á la gruta. Mientras estuvo á la altura de la capa atmosférica

saturada de carbon siguió ardiendo; apenas se sumergió en ésta cuando se apagó instantáneamente, como una antorcha que se arroja en un río; la misma experiencia se renovó seis veces. Cerca de la gruta del perro existen cavernas sulfurosas, cuya temperatura se eleva hasta 45 grados, y están de tal modo impregnadas de azufre, que un pedazo de madera que se frota contra sus paredes, se enciende como un cerillo químico. Las personas atacadas de reumatismo van á tomar allí baños de vapor, que se dice son muy eficaces.

Algunos días ántes de las erupciones del Vesubio, todas las grutas sulfurosas se agitan, producen humo, arden, y el lago hierve; éste es un signo precursor del temible fenómeno. Dios grande y magnífico en el cielo de Nápoles y terrible en los focos incandescentes ocultos bajo el suelo, se muestra aquí lleno de solicitud hacia esta ciudad indolente y ligera, que baila, que canta y que duerme bajo aquella corteza de tierra que la separa de insondables estanques de fuego.

De vuelta á Pausilipo, salvamos el flanco escarpado de la montaña con el fin de visitar las ruinas famosas de que está cubierta. Sobre aquel gracioso promontorio se encuentran las cisternas y los receptáculos de la inmensa vila de Védio Polion. Allí se guardaban las antiguas lampreas alimentadas con la carne de los esclavos condenados á muerte por su mal servicio. «Un día, dice Séneca, almorzaba Augusto en casa de Polion; un esclavo de éste último rompe un vaso de cristal; Védio manda al punto que se apoderen del torpe, y como si hubiera cometido el más enorme de los crímenes, le condena á ser arrojado vivo á unas grandes lampreas que alimentaba en una piscina, más bien para satisfacer su crueldad que su gula. El esclavo se escapa y va á caer á los pies de César, pidiendo, no que se le perdonara la vida,

porque él conocía muy bien á su señor, sino que se le condenara á perecer de otro modo y á no ser comido por aquellos cruciales pescados. El emperador se humilla hasta implorar la compasión de Polion, que permanece inexorable. Entonces cediendo á un noble movimiento de indignación, Augusto concede gracia plena y entera al culpable; manda romper todos los vasos de cristal, ordena que se destruya la infame piscina en la cual Védio, que es de raza de libertos, daba el espectáculo de un Romano despedazado y devorado en un instante por aquellas especies de serpientes acuáticas. 1.

Ved ahí todo lo que el señor del mundo creyó poder hacer en favor de la humanidad ultrajada. No obstante, estéril como tal como es, honra al primero de los Césares. Porque es necesario que algunas páginas más léjos, la historia agregue: «Un día Augusto mandó crucificar á uno de sus esclavos por haber mandado asar y haberse comido una codorniz que en los combates de estos pequeños animales venía á todos los demas y hasta entonces se había mostrado invencible. 2.

Inmediatamente arriba de la entrada de Pausilipo, del lado de Nápoles, está el pequeño *Columbario*, considerado como el sepulcro de Virgilio. Una gruta levanta algunos metros sobre el suelo, desnuda sin escalones y cubierta de rosas, hé ahí lo que es hoy la tumba del príncipe de los poetas. Apenas puede leerse en una de las paredes el epitafio que el mismo Virgilio se había compuesto, manifestando su voluntad de ser enterrado en Nápoles:

Mantua me genuit; Calabri rapuerunt; tenet nunc Parthenope: cecini pascua, rura, diocas.

El laurel plantado por Petrarca y renovado por Camille Delavigne se ha secado; arranqué de allí, como un recuerdo,

1 Senec de Ira, III, 40 Dio, LIV, p. 614; Plin., IX, 27; Senec de Clementia, I, 18.

2 Plutarco, Apoptegma, Rom., 10.

una hoja de moral salvaje. Debo añadir que un inglés mandó que se le inhumara cerca de la tumba virgiliana; diríase que al privilegio del *Spleen*, el nómada hijo de Albion quiere agregar el monopolio de todas las *excentricidades*. Cuando bajamos de la montaña visitamos á Nuestra Señora del *Parto*, fundada por Sannazar este otro poeta, mitad cristiano, mitad pagano en sus obras, se muestra tal hasta en su monumento fúnebre demasiado aplaudido. Terminamos nuestra larga jornada ofreciendo nuestros adioses á la guardiana de los viajeros, en la piadosa iglesia de Santa María á *Piè di Grotta*. Allí encontramos una gran afluencia de fieles de todas edades y condiciones que piadosamente arrodillados ante la imagen milagrosa de la Augusta Virgen cantaban en coro sus glorias divinas y sus bondades maternales.

21 DE FEBRERO.

Gruta de Pausilipo.—Pouzzoles.—Recuerdo de San Pablo.—Catedral.—Recuerdo de San Juan.—Pedestal del templo de Tiberio.—Templo de Sérapis.—Vía Campaniana.—El lago Lucrino.—Anécdota.—El lago Averno, y la gruta de la Sibyla.—Baja.—Cúmas.—Bailli.—El cabo Myscena.—Piscina admirable.—Los Campos Elíseos.—El Macaroni.—Recuerdos é impresiones.

Nápoles, casi como Roma, es la tierra clásica de la antigüedad pagana. Hacia los últimos tiempos de la República, la seductora Parthénope y sus encantadoras orillas habían llegado á ser el punto de reunión general, el Baden de la alta sociedad romana; no había una familia célebre que no tuviera su vila en las deliciosas orillas del golfo de Baja. Hé ahí por qué Virgilio, como hombre de génio, como poeta que quiso llegar á ser popular, colocó en aquellos lugares el teatro de los más brillantes episodios de su poema nacional. Para hacer un conocimiento íntimo con aquel mundo de Augusto, de Ti-

cer una excursión al lago de Agnano. Diez minutos después de haber atravesado la gruta de Pausilipo, se deja á la izquierda el camino de Pouzzoles, y en una hora de marchas forzadas se llega al lago solitario. Lo que atrae á los viajeros, no es ni el lago mismo, ni su cintura de montañas gibosas, parque reservado á la caza real; es simplemente su caverna sulfurosa, llamada la gruta del Perro. Del suelo que pisa el viajero y de las montañas volcánicas que limitan su estrecho horizonte, se desprenden diferentes gases cuya alta temperatura anuncia la proximidad de fuego subterráneo. De la célebre gruta se exhala tal cantidad de ácido carbónico que sería imposible vivir allí largo tiempo. «Excelencias, nos dijo el campesino que explota la curiosidad de los viajeros; hacedme el favor de agacharos, de llevar vuestra mano hasta el suelo y de subirla prontamente hasta la altura de vuestro rostro». Concedimos esta gracia al buen hombre. Después de dos ó tres movimientos de mano que nos hicieron subir hasta las narices un ardiente vapor, nos fué necesario salir violentamente, nos sentíamos asfixiados.

Fué ménos dichoso el pobre experimentador que nos siguió; el campesino llevó al desgraciado perro á demostrar la abundancia y la fuerza mortífera del gas carbónico. Lo tomó, lo introdujo por fuerza á la gruta y lo tuvo en ella acostado, y un minuto después hubiérais visto al pobre animal presa de espantosas convulsiones y respirando apenas. Entonces su amo lo arroja fuera de la gruta; al recibir sus pulmones el aire puro, se salvó. Pero ¡ay! los viajeros siguen, las experiencias se renuevan y la vida del pobre perro pasa en desvanecimientos perpétuos. Mientras compadecíamos la suerte del interesante animal, el campesino encendía una antorcha que introdujo á la gruta. Mientras estuvo á la altura de la capa atmosférica

saturada de carbon siguió ardiendo; apenas se sumergió en ésta cuando se apagó instantáneamente, como una antorcha que se arroja en un río; la misma experiencia se renovó seis veces. Cerca de la gruta del perro existen cavernas sulfurosas, cuya temperatura se eleva hasta 45 grados, y están de tal modo impregnadas de azufre, que un pedazo de madera que se frota contra sus paredes, se enciende como un cerillo químico. Las personas atacadas de reumatismo van á tomar allí baños de vapor, que se dice son muy eficaces.

Algunos días ántes de las erupciones del Vesubio, todas las grutas sulfurosas se agitan, producen humo, arden, y el lago hierve; éste es un signo precursor del temible fenómeno. Dios grande y magnífico en el cielo de Nápoles y terrible en los focos incandescentes ocultos bajo el suelo, se muestra aquí lleno de solicitud hacia esta ciudad indolente y ligera, que baila, que canta y que duerme bajo aquella corteza de tierra que la separa de insosdables estanques de fuego.

De vuelta á Pausilipo, salvamos el flanco escarpado de la montaña con el fin de visitar las ruinas famosas de que está cubierta. Sobre aquel gracioso promontorio se encuentran las cisternas y los receptáculos de la inmensa vila de Védio Polion. Allí se guardaban las antiguas lampreas alimentadas con la carne de los esclavos condenados á muerte por su mal servicio. «Un día, dice Séneca, almorzaba Augusto en casa de Polion; un esclavo de éste último rompe un vaso de cristal; Védio manda al punto que se apoderen del torpe, y como si hubiera cometido el más enorme de los crímenes, le condena á ser arrojado vivo á unas grandes lampreas que alimentaba en una piscina, más bien para satisfacer su crueldad que su gula. El esclavo se escapa y va á caer á los pies de César, pidiendo, no que se le perdonara la vida,

porque él conocía muy bien á su señor, sino que se le condenara á perecer de otro modo y á no ser comido por aquellos cruciales pescados. El emperador se humilla hasta implorar la compasión de Polion, que permanece inexorable. Entonces cediendo á un noble movimiento de indignación, Augusto concede gracia plena y entera al culpable; manda romper todos los vasos de cristal, ordena que se destruya la infame piscina en la cual Védio, que es de raza de libertos, daba el espectáculo de un Romano despedazado y devorado en un instante por aquellas especies de serpientes acuáticas. 1.

Ved ahí todo lo que el señor del mundo creyó poder hacer en favor de la humanidad ultrajada. No obstante, estéril como tal como es, honra al primero de los Césares. Porque es necesario que algunas páginas más léjos, la historia agregue: «Un día Augusto mandó crucificar á uno de sus esclavos por haber mandado asar y haberse comido una codorniz que en los combates de estos pequeños animales venía á todos los demas y hasta entonces se había mostrado invencible. 2.

Inmediatamente arriba de la entrada de Pausilipo, del lado de Nápoles, está el pequeño *Columbario*, considerado como el sepulcro de Virgilio. Una gruta levanta algunos metros sobre el suelo, desnuda sin escalones y cubierta de rosas, hé ahí lo que es hoy la tumba del príncipe de los poetas. Apenas puede leerse en una de las paredes el epitafio que el mismo Virgilio se había compuesto, manifestando su voluntad de ser enterrado en Nápoles:

Mantua me genuit; Calabri rapuerunt; tenet nunc Parthenope: cecini pascua, rura, diocas.

El laurel plantado por Petrarca y renovado por Camille Delavigne se ha secado; arranqué de allí, como un recuerdo,

1 Senec de Ira, III, 40 Dio, LIV, p. 614; Plin., IX, 27; Senec de Clementia, I, 18.

2 Plutarco, Apoptegma, Rom., 10.

una hoja de moral salvaje. Debo añadir que un inglés mandó que se le inhumara cerca de la tumba virgiliana; diríase que al privilegio del *Spleen*, el nómada hijo de Albion quiere agregar el monopolio de todas las *excentricidades*. Cuando bajamos de la montaña visitamos á Nuestra Señora del *Parto*, fundada por Sannazar este otro poeta, mitad cristiano, mitad pagano en sus obras, se muestra tal hasta en su monumento fúnebre demasiado aplaudido. Terminamos nuestra larga jornada ofreciendo nuestros adioses á la guardiana de los viajeros, en la piadosa iglesia de Santa María á *Piè di Grotta*. Allí encontramos una gran afluencia de fieles de todas edades y condiciones que piadosamente arrodillados ante la imagen milagrosa de la Augusta Virgen cantaban en coro sus glorias divinas y sus bondades maternales.

21 DE FEBRERO.

Gruta de Pausilipo.—Pouzzoles.—Recuerdo de San Pablo.—Catedral.—Recuerdo de San Juan.—Pedestal del templo de Tiberio.—Templo de Sérapis.—Vía Campaniana.—El lago Lucrino.—Anécdota.—El lago Averno, y la gruta de la Sibyla.—Baja.—Cúmas.—Baoli.—El cabo Myscena.—Piscina admirable.—Los Campos Elíseos.—El Macaroni.—Recuerdos é impresiones.

Nápoles, casi como Roma, es la tierra clásica de la antigüedad pagana. Hacia los últimos tiempos de la República, la seductora Parthénope y sus encantadoras orillas habían llegado á ser el punto de reunión general, el Baden de la alta sociedad romana; no había una familia célebre que no tuviera su vila en las deliciosas orillas del golfo de Baja. Hé ahí por qué Virgilio, como hombre de génio, como poeta que quiso llegar á ser popular, colocó en aquellos lugares el teatro de los más brillantes episodios de su poema nacional. Para hacer un conocimiento íntimo con aquel mundo de Augusto, de Ti-

berio, de Calígula y de Adriano, es preciso visitar sucesivamente á Pouzzoles, á Pompeya y al museo Borbon. En Pouzzoles se encuentran elocuentes ruinas y una cosecha de recuerdos; Pompeya muestra al viajero no solo ruinas, sino una ciudad bien conservada con sus templos, sus basílicas, sus forum, sus calles, sus casas, una ciudad antigua á la cual no falta otra cosa para ser ciudad moderna más que el movimiento, habitantes y un ajuar común. El museo Borbon completa á Pouzzoles y á Pompeya. En este vasto depósito encontrais los muebles, los utensilios, las jarras, las inscripciones, las pinturas, las estatuas, ¿que diré? todos los objetos capaces de iniciar á un hombre en los secretos más íntimos de la vida doméstica, civil y religiosa de un mundo sepultado hace dos mil años.

El órden lógico de estos estudios igualmente interesantes para el anticuario y para el cristiano nos llamaba á Pouzzoles. Un tiempo magnífico, un cielo sin nubes, una atmósfera de una transparencia desconocida en todas partes, formaban todo lo que es apetecible para gozar del rico espectáculo que íbamos á contemplar. Pasando rápidamente la *villa Beale*, en donde se pasea en calesas descubiertas toda la alta sociedad napolitana, llegamos á la gruta de Pausilipo. Esta galería subterránea atraviesa la montaña, cuya masa imponente intercepta toda comunicacion, á no ser por mar, entre Nápoles y el campo: se llama Pausilipo, es decir reposo. ¿Quién abrió este paso libre? se ignora. Ya Séneca lo describió y todo conduce á creer que es muy anterior á este filósofo 1. Como quiera que sea, este camino subterráneo cavado en la roca tiene 960 piés de longitud, 30 de latitud y 50 de altura. Está

1 Nihil illo carcere longius, nihil illis faucibus obscurus. *Elist* 57.—Strabonio atribuye la perforacion de Pausilipo al arquitecto Coccego, contemporáneo de Augusto. Lib. V 259.

iluminado de trecho en trecho por reverberos y por dos anchos respiraderos practicados en las extremidades; dos horas despues de haberlo pasado, se llega á Pouzzoles.

Esta pequeña ciudad, en otro tiempo célebre por su comercio, ha caído mucho de su esplendor, pero lo que no ha cambiado en su deliciosa posicion. Con el pié en el muelle y el rostro vuelto hácia el golfo de azules aguas, contempla el espectador al Sur á Capri, tristemente célebre por las infamias de Tiberio; al Poniente al cabo Miscenas que domina en toda su altura el soberbio receptáculo de las aguas; á Bauli y á su *Piscina admirable*, á la cual se ligan los costados semicirculares en donde la voluptuosa Baja extendia sus vilas y sus templos; al Oeste, el platillo de Cúmas, famoso por la residencia de la Sibyla; el lago Lucrino, en donde los Romanos encerraban á los mariscos, á que eran tan aficionados, el Monte Nuevo, montecillo volcánico, formado en 1538, despues de un temblor de tierra que hundió la pequeña ciudad de Tripergola; el monte Talerno, conocido por sus vinos melosos que fueron cantados tan menudo por la musa de Horacio, la vila arruinada de Ciron, en la cual fué sepultado Adriano, muerto en Baja; al Norte las verdes montañas de Solfatara, el antiguo forum de Vulcano, coronadas con las ruinas del vasto anfiteatro en donde corrió la sangre de los gladiadores en honor de Augusto, y con la soberbia vía Campaniana limitada por sepulcros que se extienden á más de dos millas.

Gozar de este deslumbrador espectáculo, alimentar nuestra alma con los recuerdos clásicos en que abunda, era sin duda uno de los motivos de nuestra excursion, pero no era el único; un interes mayor nos llamaba á aquellos lugares, como debe llamar á todo viajero cristiano. Transportán-

dome con el pensamiento diez y ocho siglos ántes, yo animaba todas aquellas encantadas orillas; las repoblaba con sus palacios, sus Termas, sus templos, sus vilas brillantes de púrpura, con pinturas, bronces, mármoles y oro. En aquellos balcones de jaspe y pórfido, sobre aquellas deliciosas azoteas adornadas con mirtos blancos y con laureles rosas, veía pasearse á los señores y á las señoras del mundo: Máris, Pompeyo, Lúculo, Ciceron, Hortensio, César, Augusto, Neron, Adriano ¿qué sé yo? Todos aquellos gigantes del poder, de la fortuna y de la gloria, tenian allí una morada de deleite. Yo veía, pues, toda aquella brillante sociedad contemplando el tercer dia de Mayo del año 59, despues de Jesucristo, aquel mar de Baja trasparente como un cristal de roca y unido como un hielo de Venecia; gozando de aquel suelo y de aquel cielo únicos, cuando repentinamente aparece doblando el cabo Mysena, un navío que lleva en su popa la grande imágen de Castor y de Pollux y que empujado por un buen viento del mediodía, navega rápidamente hácia Pouzzoles. Sus velas de papagayo se desplegan; es un navío de Alejandría y se le conoce en aquel signo de honor. Y todas las vilas se animan y todo el pueblo está en el puerto para verlo llegar 2.

1. Horat ep. I. V. 83 ep 51—Plutarch., in *Mario*, 60.

2 Quod Paulus Alexandria navi dicatur ad-
vectus, hic oportune in medium adducenda sunt
quae scribit Séneca, *epist* 77 ad *Lucilium*, de
navibus Alexandrinis cum Puteolos appellunt,
quam prae caeteris illae nobilitatae essent, et á
concurrente ad portum populo spectarentur avi-
dius; haec enim ait. Gratus illarum Campaniae
aspectus est, et omnis in pilis Puteolorum turba
consistit: et ix ipso genere velorum Alexandri-
nas (quamovis in magna turba navium) intelli-
git. Solis enim licet supparum intendere, quod
in alto omnes habent naves; nulla enim res ae-
que adjuvat cursum quam, summa pars veli,
illinc maxime naves urgetur. Itaque quoties
ventus increbuit, majorque est quam expedit,
antenna submittitur: minus habet virium fletus
ex humili. Cum intravere Capreas et promon-

Romanos y romanas, miradlo bien. A su bordo está un hombre que es conocido por muchos de vosotros; es Julio Centurion de la corte Augusta. Bajo su guarda se encuentra un prisionero famoso que trae de Cesarea y que no' conoceis. Si interrogais á Julio, os dirá que es un judío que viene para ser juzgado en la gran Roma, porque ha recusado á Pórcio Festo, gobernador de Syria y ha llevado su causa al tribunal mismo de César. Hé ahí lo que os responderá Julio que conoce á su ilustre prisionero tanto como vosotros. Pero yo que le conozco os diré lo que todos vuestros descendientes saben hoy: "Este prisionero, más poderoso que vuestros gobernadores y vuestros procónsules y más que vosotros mismos, oh soberbios señores del mundo, lleva bajo los pliegues de su pobre capa, no la paz ó la guerra á una nacion bárbara, sino la guerra al imperio, guerra al universo, guerra á muerte que hará temblar á la gran Roma en sus temibles colinas, hasta que sepulte bajo sangrientas ruinas á las ciudades y á los hombres, á los dioses y á Júpiter en la cima del Capitolio y á César en su palacio de oro; y esa guerra de la cual será héroe él, y vosotros testigos y víctimas, cambiará la faz de la tierra y colocará el nombre del prisionero encima de vuestros nombres, y sus cadenas encima de vuestros cetros, y sus huesos en medio de Roma misma y en templos más brillantes que vuestro Pantheon. ¿Queréis ahora conocer el nombre del cautivo de Julio? se llama Pablo."

Pero los antiguos romanos nada sabian de todo esto; y vieron pasar, sin sospechar lo que llevaba, el inmortal navío que atravesó en medio de una multitud de embarcaciones brillantes de oro y de púrpura, el

torium, ex quo, alta procelloso speculatur vertice
Pallas, caeterae velo jubentur esse contentae
supparunt Alexandrinarum insigne est.—Véase
Bar. an. 59 t. 1, p. 424 n. B.

golfo de Baja y vino á anclar en Pouzzoles. En cuanto al viajero cristiano que conoce todas estas cosas, os dejo pensar ¡con qué ojos, con qué corazón contempla aquel golfo, aquel muelle, teatro de un desembarque tan memorable en los anales del mundo! ¡con qué felicidad recorre las calles sinuosas de aquella pequeña ciudad de Pouzzoles en donde los hermanos detuvieron siete días al gran cautivo y á sus compañeros! 1. Las lágrimas le vienen á los ojos cuando tomando el evangelio lee toda aquella historia en las *Actas de los Apóstoles*. "Se decidió que Pablo sería enviado con los demás prisioneros al centurión Julio, de la cohorte Augusta.... Nos embarcamos en un navío de Alejandría que tenía por enseña *Custor y Pollux*. Costeando, llegamos á Rhegium; y un día después impulsados por un viento del medio día, venimos á Pouzzoles en donde hallamos á los hermanos que nos detuvieron consigo durante siete días." 2.

En memoria del desembarque de San Pablo, la ciudad de Pouzzoles hace cada año una procesion solemne en el muelle. 3. ¡Honor eterno á las ciudades que saben perpetuar con semejantes testimonios el recuerdo de los grandes acontecimientos de su historia! 4.

1 La cristianidad de Pouzzoles habia sido fundada por San Pedro quince años antes.

2 *Actas de los Apóstoles*, C. XXVII y..... XXVIII.

3 La procesion tiene lugar el día 30 de Mayo. Al fijar este día, la tradicion está de acuerdo con la historia sagrada que fija la salida de Malta en la primavera. Véase á Cornel á Lápide, in, *Act. Apost.*, C. XXVII, v. 9.

4 Puesto que la materia me conduce á ello y me encuentro en lugares en donde todo habla del grande apóstol, no puedo resistir al gusto de dar á conocer la conducta de los habitantes de Reggio, quienes habian tenido la dicha la víspera misma de ver á San Pablo. El navío Alejandro acababa de anclar en sus playas. A vista de la enseña de *Custor* y de *Pollux*, acudió toda la ciudad para rendir homenaje á sus divinidades queridas. Pablo que no pierde ninguna ocasion de anunciar el Evangelio, se pone á hablar,

Después de haber gozado ampliamente con aquellos hermosos recuerdos y con la admirable vista del golfo, visitamos á Pouzzoles. La catedral edificada en una altura, está dedicada á San Próculo, compañero de San Javier.

pero los idólatras afectan no comprenderle; van ya á retirarse y llega el momento de levar anclas. Pablo suplica al pueblo que se detenga y le escuche durante los instantes que tarde en consumirse una pequeña candelita. Se acepta esto; Pablo enciende una candelita y la coloca sobre la columna de granito que sirve para amarar los navíos. Muy pronto se consumió la candelita, pero he aquí que la columna se enciende y siguió sirviendo de antorcha. Asebrados con aquel milagro, como los habitantes de Malta lo habian sido con la impotencia de la víbora y con la curacion de Públio, los Regianos proclaman á Pablo un hombre divino y le piden abrazar su doctrina. Pablo bautiza algunos de ellos con su mano y les deja por obispo á Estéban de Nicea, uno de sus compañeros; Reggio quedó convertido. En agradecimiento á su felicidad, edificó una iglesia á la orilla del mar en el lugar mismo del milagro, que atestiguan todavía el trozo de la antigua columna colocada en el altar. Después de diez y ocho siglos aquellos dichosos cristianos continúan dando testimonio de su viva gratitud y de su piedad filial hacia el Apóstol; el himno siguiente conocido por todo el pueblo, se canta todavía para celebrar el glorioso acontecimiento

HYMNUS.

In columnar Rheginam Sancti Pauli Apostoli.

Ave, columna nobilis,
Electro et auro ditior
Illaque Mosis eque
Columna fortunatior.

Quod ore Paulus praedicat,
Te fulgurante comprobat;
Te conflagrante Rhegium
Christi fidem Complectitur.

Te palma tangens longuida
Sensit medelam coelicam:
Haustusque pluvius illico
Aegris salutem contudit.

Ergo columna Rhegia,
Hebros ut Israelica
In terrae optima transtulit,
Tu nos in astra ducito.

Summo Patrisit gloria,
Natoque Patris unico,
Et Paraclito numini
Cunctis in aevum saeculis, Amen.

V. Paulus apóstolus devenit Rhegium, alleluia
R. Et senimavit verbum Dei, alleluia.

La palabra divina sembrada en Pouzzoles por los príncipes de los Apóstoles no habia tardado en producir abundantes frutos; estos frutos, muy pronto maduros para el cielo, fueron recogidos por manos de los perseguidores. El año de Roma 301, bajo el imperio de Diocleciano, siendo Constantino cónsul por la quinta vez y Maximiano Hércules por la sexta, Timoteo, gobernador de la Campaña, residente en Nola, mandó llevar ante su tribunal á Javier, obispo de Benevento, á quien ordenó que sacrificase á los dioses del imperio. Enero rehusó y el gobernador lo mandó arrojar en un horno ardiendo, del cual salió el mártir sano y salvo. Timoteo le mandó azotar cruelmente; luego cargado de cadenas le obligó á marchar delante de su coche hasta Pouzzoles. Después de haber sido encerrado en una estrecha prision, fué sacado el santo con otros cristianos que estaban en ella hacia largo tiempo y todos juntos comparecieron ante Timoteo; estos eran Enero, Próculo y Sócia; el primero diácono de la iglesia de Pouzzoles, el segundo de Mesina, y por fin Eutiches y otros simples fieles. Condenados á las fieras, fueron conducidos al anfiteatro de Solfatara, en donde después de haber sido expuestos á los leones, que los respetaron, les mandó cortar la cabeza Timoteo 1. La muerte de los mártires fué un triunfo; desde luego Próculo y Enero descansaron honrosamente en Pouzzoles hasta que el cuerpo del último fué trasladado á Nápoles con las aclamaciones

ORATIO.

Deus qui ad Pauli apostoli praedicationem, lapidasa columna divinitus ignescente, fidei lumine Rheginos populos illustrasti; da quaesumus, ut quem Evangelii praedonem habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in caelis, Perdominum, etc. (a)

1 Bar., An. 301, n. II y siguientes.

(a) Marafioti in *Chronica Calabriae*, lib. I, c. 20; Giovan. Angel Spagnuolo de *Rebus Rheginis*, lib. IV, C. J.

nes del pueblo entero; en seguida el paganismó vencido se vió obligado á ceder sus templos á los vencedores. La catedral de Pouzzoles no, es otra cosa más que el templo consagrado á Júpiter y luego á Augusto por el caballero romano Calpurnio; las columnas y los capiteles son los mismos. En este glorioso santuario veneramos el cuerpo de San Próculo y la piedra milagrosa en que fué degollado San Enero.

En el centro de la plaza que precede á la iglesia está un pedestal de mármol blanco, adornado con catorce figuras que representan los cuadros del Asia Menor destruidas por un temblor de tierra y reedificadas por Tiberio. La historia, de acuerdo con la tradicion, atribuye la destruccion de estas catorce ciudades al temblor de tierra que tuvo lugar á la muerte de Nuestro Señor. Así el monumento de Pouzzoles es un testimonio palpable de la verdad de la relacion evangélica 1. El distinguido guía que nos acompañaba nos habló con una profunda veneracion de Monseñor N.... obispo actual de Pouzzoles.

Este pontífice, digno de los tiempos apostólicos, divide su modesta renta en tres partes iguales; la primera para la catedral, la segunda para los pobres y la tercera para él.

En la parte baja de la ciudad están los magníficos despojos del templo de Sérapis, edificado por Adriano. El techo, del cual quedan algunas partes, era de mármol blanco. Desde el temblor de 1518, que hizo refluir las aguas del lago Lucrino, el pavimento y los pedestales están inundados. El templo tiene 44 metros de longitud y 38 de latitud, comprendiendo los pórticos y las 42 cámaras de los sacerdotes. Este monumento de un culto extran

1 Phlegon, liberto de Adriano, citado por Orígenes, Eusebio, *Chronica an. Christi*, 33, Plin., lib. II, c. 84, Sueton, in. *Tiber.*, c. 48.

jero que fué el último que subsistió antes del cristianismo, ofrece la prueba mil veces repetida de la alianza impura contrahida por Roma pagana con todas las divinidades que sus triunfadores llevaban encañadas á su carro. Como siempre, un anfiteatro acompañaba al santuario de los impuros misterios. Aunque muy destruido el anfiteatro de Pouzzoles, no ha perdido enteramente su antigua forma; podía contener cuarenta mil espectadores, que despues de haberse embriagado muchas veces con la sangre de los gladiadores, bebieron con delicia la de los mártires. Más allá del anfiteatro, cerca de *San-Vito*, se ven las ruinas gigantescas de los numerosos mausoleos que limitaban la vía Campaniana. Estos sepulcros, despojados de inscripciones, conservan todavía bajos relieves y frescos con que el artista puede enriquecer su álbum. La mayor parte se refieren á objetos mitológicos. ¹

El muelle presenta los restos imponentes del muelle restaurado por Adriano y Antonino el Piadoso. Pero lo que espanta la imaginación son los vestigios del puente de Calígula. Se compone de trece arcos, apoyados en enormes pilastras de las cuales la última se sumerge 60 palmos en el mar. ¿Para qué estas construcciones gigantescas? Suetonio va á decirnoslo. "Calígula, dice él, queriendo celebrar victorias imaginarias contra los Partos y los Dácios, dió el espectáculo extravagante de un triunfo á la manera del insensato Xerxes. Con este objeto mandó construir un puente, que partiendo de la parte del golfo en donde está sentada Pouzzoles, debía ir hasta Baja, situada en la orilla opuesta. Pero fué imposible edificar en el mar en un espacio de 2,818 toesas. Para quitar este obstáculo, el emperador mandó reunir de todos los puertos de Italia un gran número de navíos, que colocados en una

¹ *Antichita di Pouzzoli*, in-fol.

doble línea formaron una especie de puente. Sobre esta larga hilera de navíos se levantó una calzada de tierra y de mampostería, segun el modelo de la vía Apia, con pretilles á uno y otro lado y hospederías de trecho en trecho, á las cuales se habia cuidado de llevar hasta agua dulce que salía por fuentes brotantes. El triunfo duró dos días y la cesación completa de transportes marítimos ocasionó una hambre general que se hizo sentir en Roma más vivamente que en otras partes. ¹

Mientras estábamos considerando aquellos monumentos de la locura imperial, llegaba una fuerte barca montada por seis remeros y por un cicerone. Tomamos lugar en ella rezando, á ejemplo de los viajeros cristianos, el *Ave maris Stella*, en honor de María, y un *Pater* en honor de San Pablo, que nos habia precedido en el golfo. Mientras los remos, hiriendo con iguales golpes las olas azuladas, llevaban dulcemente nuestra embarcación hácia Monte-Nuevo, nos vino á la cabeza leer en Suetonio la descripción del triunfo de Calígula. ¿Qué cosa más útil que estudiar las costumbres públicas de una sociedad, cuyos poéticos monumentos y cuya brillante morada se va á visitar?

"Cuando todo estuvo listo, continúa el grave historiador, Cayo se revistió con la coraza de Alejandro, que habia quitado de la tumba de este conquistador, se puso encima una casaca militar, toda de seda, realzada con oro y brillante pedrería; luego, con la espada á un lado, el escudo en la mano y la corona cívica en la cabeza, sacrificó desde luego á Neptuno, cuyo poder iba á desafiar, y á la Envidia, cuyas malignas influencias tenia á causa de la magnitud de la empresa en que se iba á señalar. En seguida entra á caballo sobre el puente, y seguido de numerosas tropas de infantería y de caballería, armadas como

¹ In Calig.

para un día de batalla, corre á toda prisa hasta Pouzzoles en actitud de combatiente; allí pasa la noche para descansar de sus grandes fatigas. Al día siguiente, con el vestido de triunfador, sube en un carro tirado por caballos famosos, por sus numerosas victorias en las carreras del Circo. Vuelve á pasar así el puente, haciendo llevar delante de él pretendidos despojos, y presidido por Dário, hijo de Artabane, rey de los Partos, que habia sido dado en rehenes por su padre á los Romanos. Despues del triunfador venia en carros toda su corte vestida magníficamente, seguida por soldados á pié, como en los verdaderos triunfos. Desde lo alto de un estrado, colocado en medio del puente, arengó el emperador á sus tropas y las felicitó por tan hermoso hecho de armas y les distribuyó dinero.

"La fiesta fué terminada por una comida general. Cayo en el puente y los oficiales y soldados en barcas, se pusieron á la mesa y bebieron el resto del día y toda la noche, que fué tan clara como el día más hermoso, porque el puente y todas las costas del mar, en forma de media luna, estuvieron de tal modo iluminados, que no se apercibieron de la ausencia del sol; Calígula se habia empeñado en cambiar la noche en día, así como habia hecho de un brazo de mar un camino practicable para las gentes de á pié.

"Despues de la comida, Cayo, excitado por el vino, se procuró una diversion digna de él. Se puso á arrojar á sus cortesanos al mar y hacer correr un gran número de barcas llenas de soldados y de pueblo. Muchos se ahogaron; la mayor parte, sin embargo, se salvaron, porque el mar estaba muy en calma. Cayo halló en esto un nuevo motivo de orgullo; supuso que Neptuno habia tenido miedo de él y que no se habia atrevido á turbar sus placeres. ¹"

¹ Sue in Calig., c. XXXII; Dio, lib. XLIII.

Acababa la lectura, cuando el cicerone nos advirtió que viéramos el *Monte-Nuevo*. Despues de habernos contado la formación de esta montaña y el hundimiento de Tripergole, añadía: "Todo esto sucedió en aquella ciudad, porque en ella se cometían muchos pecados." La terrible destrucción duró tres días y llenó una parte del lago Lucrino, cuyas aguas arrojó á Pouzzoles. Horacio no podia dejar de hacer mención de este lago famoso en la historia de la sensualidad romana, por los mariscos de que era receptáculo:

Non me Lucrina juverint conchylia ¹.

Agripa separó el lago Lucrino de la plena mar por un largo dique de cerca de 150 metros y bastante ancho para un carro de gran camino. Este dique está casi enteramente arruinado; pero el canal que unia el lago al golfo subsiste todavía. El aspecto de aquellos lugares nos recordó la interesante historia que se lee en Aulo Gelio: "Un día una multitud inmensa se agrupaba en las orillas del lago Lucrino, ocupada en mirar un gran pescado muerto, que estaba encallado en la orilla. Este pescado era un delfín que, habiendo entrado en el lago, concibió la más viva amistad hácia el hijo de un hombre del pueblo. Este niño iba á menudo de Baja á Pouzzoles, para dirigirse á las escuelas públicas. Al detenerse de ordinario al medio día en las orillas del lago, se habia acostumbrado el delfín á ir allí al llamado de Simon, que le arrojaba algunos pedazos de pan. El animal acudia aunque estuviera en el fondo de las aguas, y despues de haber recibido su porción acostumbrada, presentaba su espinazo, ocultando sus puntas como en una vaina. El escolar subía encima y le llevaba á Pouzzoles, atravesando el mar, y le volvía del mismo modo. Este juego duraba hacia ya muchos años, cuan-

¹ Epod., Od. II.

do el niño murió de enfermedad. El delfín siguió yendo á la cita, pero no encontrando ya lo que buscaba, tenía un aire pesadoso. El cuerpo de él era lo que admiraba aquella muchedumbre; y no cabe duda en que el pobre animal murió de pena por la pérdida de su joven amigo. Todo el mundo iba á admirar aquella víctima de una amistad tan rara y tan singular, y se decidió que se le inhumara al lado del niño á quien amó con tanta constancia ¹.

Siguiendo un pequeño camino hueco, abierto entre dos viñas, se llega en pocos minutos á las orillas del lago Averno, que comunicaba en otro tiempo con el lago Luerino; aquí comienzan los recuerdos de nuestra Mitología clásica. Además, es preciso convenir en que, ó aquellos lugares han cambiado mucho á que la musa de Virgilio las había embellecido singularmente. El horrible Averno está todavía rodeado de una faja de montañas, pero no están ya cubiertas de aquellas espesas florestas cuyos copudos árboles extendían sobre sus aguas muertas una noche eterna; aquellas montañas, hoy desnudas y áridas, añaden la imagen de la desolación á la soledad de aquellos lugares. El infernal Styx es un manantial de agua potable situado cerca de allí á la orilla del mar. Las aguas termales que se encuentran cerca de Cúmas, eran el Periplegeton, otro río de los Infiernos. El avaro Aqueronte, bajo el nombre poco poético de Fusaro, sirve para curar el cañamo y suministra excelentes ostras. Los Campos Eliseos, situados cerca de Pauli, son un buen terreno para viñas. Sin embargo, aquellos lugares han sido tan exactamente descritos, que con el Virgilio en mano puede el viajero reconocerlos todavía.

Así es como volvimos á encontrar en las orillas del Averno las ruinas del templo de Apolo. A algunos pasos de allí, se-

¹ Aul. Gell. VII, 8; Plin., IX 8, Solin., 17.

bre la izquierda, está la entrada de la gruta de la Sibyla de Cúmas. El guardian del antro infernal quiso abrirnosla, mediante algunas monedas, y á la luz de gruesas antorchas resinosas nos fué permitido formar juicio de esta galería subterránea. Se observa desde luego una bóveda muy semejante á la de Pausilipo. Este camino tenebroso pasa bajo el monte Misena y conduce hasta Cúmas; pero su mayor parte está hoy obstruida ^[1].

La entrada es una caverna natural que sirve de vestíbulo á la gruta de la Sibyla de Cúmas, que parece haber tenido muchas de ellas para dar sus oráculos: por allí se supone que la sacerdotisa de Apolo llevó á Eneas á los infiernos. Tal como describe Virgilio esta caverna, así se la puede hoy reconocer todavía; negra, horrible, con la abertura ancha y en forma de boqueron, de avenidas pedregosas, cavada en el flanco de la montaña á dos pasos del lago Averno:

*Spelunca alta fuit, vastoquo immanis hiatus
Serupea, tuta lacu nigro nemorunqne tenebris.*

Así, no se podía ir á recibir los oráculos de la Sibyla sino atravesando largas galerías subterráneas. Esta condicion dis-

¹ La dificultad está en hacer saber cuál era su uso. Según el geógrafo Strabonio, Agripa, yerno de Augusto, mandó practicar aquella larga galería, sin duda con el fin de unir el lago Averno con la ciudad de Cúmas (a). Puede haber abierto así un camino más cómodo, más corto y siempre fresco para los numerosos visitantes que pasaban incesantemente de un lugar á otro, durante la estación de los baños. Por otro lado, Virgilio que sin dejar de ser poeta es también geógrafo, habla de la caverna por la cual la Sibyla llevó á Eneas á los infiernos y la coloca en el lugar mismo en que comienza el camino de Agripa. La tradición constante del país sostenida por los arqueólogos más sabios, está de acuerdo con Virgilio. A lo que me parece se pueden conciliar muy fácilmente estas dos opiniones: basta admitir que la galería subterránea hasta la gruta de la Sibyla es una caverna natural, muy anterior por consiguiente al yerno de Augusto, que no hizo más que prolongarla. La inscripción de los lugares basta para dar un fundamento sólido á esta opinión.

a Strab. V, p. 257.

ponia al terror religioso y convenia bien á los misterios tenebrosos del padre de la ventura. Después de haber andado cosa de doscientos pasos bajo una bóveda espaciosa, se detuvo el guía á la entrada de una abertura baja y muy estrecha, diciendo: "Excelencias, hé aquí el camino que conduce á los infiernos, ó más bien á los baños de la Sibyla, al lugar mismo en que pronunciaba sus oráculos." Habíamos cinco viajeros, y volviendo el rostro percibimos como Lazzaroni de alta estatura, de tez acobrada, barba negra, que se presentaba para servirnos de cabalgadura; porque el camino que conduce á los baños de la Sibyla está inundado como dos piés de agua. A vista de aquellos varoniles rostros, á los cuales la luz de las antorchas daba un tinte pálido, cambiamos nuestros amigos y yo una mirada que queria decir: ¿Es conveniente aceptar? ¿Si acaso no iban á despojar ó degollarlos, ¿quién lo sabia? A pesar de nuestro secreto terror, nos decidimos valerosamente héynos á llá á todos saltando sobre las espaldas inclinadas de nuestras parlantes cabalgaduras.

Yo tenía fuertemente el cuello y á lo que creo también la barba de la mía; en cambio, ella me oprimía con fuerza las piernas y no cesaba de repetir: "Excelencia, no dejes resbalar vuestras rodillas, porque os degollareis en las paredes; bajad la cabeza ó vais á chocar contra la bóveda." De este modo, que puede parecer pintoresco y hasta poético, pero que seguramente no es cómodo, avanzábamos lentamente en las sinuosidades de la bóveda infernal. Muy pronto mi caballo se hundió en el agua hasta las rodillas; los piés de mi excelencia mojéronse también, y mis ojos se cerraron cansados como estaban por el humo de la antorcha resinosa que me quemaba el rostro á 6 pulgadas de distancia. El viaje comenzaba á parecer más largo, cuando mi Atlas, volteando bruscamente

á la derecha, dió un gran salto y me depositó en un banco de piedra. "Excelencia, me dije con un aire satisfecho: hénos aquí en los baños de la Sibyla." Esperando el resto de la caravana, me froté los ojos y conocí que estaba en una caverna tan negra, tan profunda, que todos los antros de los bandidos de los Apeninos ó de la Calabria, no se atreverían á acercarse por allí. Mis compañeros de aventuras llegaban en hilera, riendo, gritando, respirando recio y ligeramente aterrorizados; la gruta presentaba entonces un espectáculo digno de un hábil pincel. Las viejas paredes ennegrecidas por el humo, los rostros morenos de los lazzaroni, los nuestros alterados, el agua sucia que cubria el suelo, toda esta escena, débilmente iluminada por la luz vacilante de las antorchas, presentaba el asunto de un cuadro casi infernal.

La caverna ó como se dice, la sala de baños, tiene dos aberturas: una por donde se entra, y la otra actualmente cerrada, que comunicaba con uno de los numerosos subterráneos de que estaba rodeada la gruta Sibylina:

Quo lati ducum aditus centum, ostia centum.

Su dimension es de cerca de 25 piés de longitud por 12 de latitud. Con el fondo, que está á la extremidad, forma como un doble santuario. "Hé ahí, nos decia el guía, los restos de las tres tinas de piedra en que la profetisa tenia cuidado de purificarse antes de pronunciar sus oráculos; aquí en el centro está el pedestal desde el cual hablaba." ¡Cosa notable! las mismas explicaciones que acabábamos de oír de boca da nuestro ciccone, los guías las daban hace ya mil setecientos años. Yo no sé si me engaño, pero me parece que en la gruta de la Sibyla de Cúmas, visitada y descrita por San Justino mártir, es difícil no reconocer aquella en que estábamos.

1 El grande apologista al venir de Asia á Roma, quiso entrar en esta gruta célebre y habla de ella en estos términos: «Estando en Cúmas, vimos un lugar en el cual se encuentra un santuario cavado en la misma roca; es una cosa verdaderamente maravillosa y digna de admiración. Allí era donde la Sibyla daba sus oráculos, nos decían los que los habían recibido de sus padres y que los guardan como un patrimonio. En el santuario nos enseñaron tres tinas cortadas en la misma roca, que se llenaban de agua, y en las que se bañaba ella. Cuando se vestía, se retiraba á la parte íntima del santuario practicado, como todo el resto, en la misma roca, y allí sentándose en medio de una gran silla elevada, pronunciaba sus oráculos.» 2.

¿Pero por qué el grave filósofo, el ilustre campeón de la fe había querido ver con sus ojos aquella caverna tenebrosa? ¿por qué la describimos nosotros mismos con tantos pormenores y permanecer en ella tanto tiempo? Es que la gruta de la Sibyla de Cúmas que no enseña nada al arqueólogo, ofrece un poderoso interés al viajero cristiano. Ella le recuerda á aquellas vírgenes profetisas que la Divina

1 Algunos colocan la gruta de la Sibyla en una excavacion más inmediata á Cúmas; yo no tengo la pretension de decidir el debate: *videam doctiores*.

2 Hanc (Sibylam) Babylone ortam dicunt, Derosi Cha daicae historiae scriptoris filiam; et cum in Campaniae oras delata nescio quo pacto fuisset, ibi oracula edidisse in urbe quae Caemu; dicitur, Baiis, ubi sunt Thermae Campanae, sex lapidibus distans. Videmus, cum in hac urbe essemus, locum quemdam, ubi sacellum maximum ex uno saxo excisum conspeximus, rem sane praeclarissimam et omni admiratione dignam: ibi sua illam oracula edidisse narrabant, qui haec á majoribus, ut patriae suae propua, acceperant. In medio autem sacello monstrabant nobis tria receptacula ex eodem excisa saxo, quibus aqua repletis lavare eam dicebant, et eum vestem resum psisset in intimam sacelli aedem secedere, ex eodem saxo excisam, ac in medio aedis sedentem excelso solio, sic vaticinare. — S. Just. marty. *ad Graecos Cohortatis*, C. XXXVIII.

Providencia, segun el pensar de los Padres de la Iglesia, habia suscitado en medio de la gentilidad para mantener la saludable creencia del Redentor futuro. En pié sobre la silla de la profetisa, me puse á repetir este oráculo famoso puesto en verso por Virgilio: «Hé aquí un nuevo orden de cosas que comienza; hé aquí á la Virgen que vuelve; hé aquí la antigua edad de oro; un niño bajado de los cielos pone fin á nuestros crímenes y trae á la tierra la justicia y la paz 1.» Y bendijimos al Dios de bondad que nunca se ha dejado sin testimonio, y que en este mismo lugar se hace salir de la boca de la vírgen pagana, como otras veces de la boca de Balaam, una magnífica profecía; y nosotros repetimos con San Justino: «Oh Griegos, si preferís la verdad á vuestras fábulas, creed, pues, en la más antigua de vuestras Sibylas, cuyo libro extendido por todo el universo os anuncia manifiestamente la nulidad de vuestros dioses y la venida de nuestro Salvador Jesucristo 2.»

Cuando salimos de la gruta, pagamos alegremente á nuestras cabalgaduras. Al recibir su salario, me dijo el que me habia llevado: «Padre, no olvidéis á vuestro caballo en vuestras oraciones.—Yo le respondí sonriendo: pero mi caballo me ha llevado al camino de los infiernos.—Pues bien, rogad, por mí, Padre y el caballo y el caballero irán al paraíso.» Fué necesario separarnos; nuestros caballos se quedaron allí para ofrecer sus servicios á los

1 Eglog. IV.—Estos versos de Virgilio, así como el oráculo de la Sibyla, fueron leídos solemnemente en el concilio de Nicea.—Euseb. *Vit. Constant.*

2 Vestram igitur salutem, ó Graeci, si falsi de diis, qui mille sunt, commento potiore ducitis, credite, ut jamdixi, Sybillae antiquissimae et vetustissimae, cujus libri per tetum orbem servantur, quaeque ex patenti quodam affatu deos qui dicuntur, nullos esse per oracula nos docet, ac de futuro Salvatoris nostri Jesu Christi adventu, ac de rebus omnibus quas gesturus erat clare et aperte praenuntiat *Id.*, C. XXXVIII.

aficionados, y nosotros, tomando el sendero del lago Lucrino, volvimos á ganar nuestra embarcacion. La orilla de Baja, á que íbamos á abordar, fué en otro tiempo celebrada por Horacio como lo más delicioso del universo;

Nullus in orbe sibus Baiis praelucet amaenis.

¿Qué diría el poeta si viese esta costa desierta, inculta, insalubre y cubierta de ruinas? A la derecha se distinguen los vestigios de los *Baños de Neron*; estas hirvientes grutas son todavía estufas de un efecto extraordinario. Segun su costumbre, el guía se sumergió en ellas y salió á poco ardiendo y escurriéndole el sudor. Hé aquí unas, á continuacion de otras, las ruinas de vilas suntuosas, cuyos nombres han perecido: las ruinas de un templo de *Venus Genitrix*, bien colocado en aquellos lugares; las ruinas de un templo de *Mercurio*, digno compañero de la diosa; las de un templo de *Diana Lucifera*; ruinas elocuentes, habitadas por algunos pobres pescadores, cuyos hijos harapientos van á vender pedazos de mármol en platos de tierra roja: ¡últimos restos de los templos, de los palacios y de las termas de los señores del mundo! Diríase á vista de esta desolacion que Isaías profetizaba contra Baja: cuando decia á la soberbia Tiro: «Un dia vendrá en que los ricos navíos de las naciones no abordarán á tu puerto. . . . Tú misma no serás más que una miserable aldea habitada por algunos pobres pescadores que lavarán sus redes en tu desierta playa.» 1 Cumás edificada como Baja en la colina, no presenta á los viajeros más que informes y numerosos despojos de antigüedades griegas y romanas. Pero le recuerda el primer establecimiento fundado por los griegos en las costas de Italia, á la famosa Sibyla, á Tarquino el soberbio, que fué á morir allí

1 Isaías, c. XXII, y siguientes.

después de su expulsion, y á Petronio que se hizo abrir allí las venas. A una legua de Cúmas á *Torre di Patria*; la antigua Linterna muestra la tumba sin corona de Scipion el Africano.

Cuando volvimos á la ribera, doblamos el promontorio sobre el cual se levanta el castillo de Baja. Fué construido por el virey de Nápoles, Pedro de Toledo, y está favorablemente colocado para la defensa del golfo, cuya monotomía interrumpe. Má léjos la pequeña aldea de Bauli, la antigua *Baccola*, se dibuja en medio del vasto panorama de ruinas que cubre toda la costa. La suntuosa vila de Mário no está representada más que por algunos arcos rotos; la pesquería de Hortensio, conocida por sus lampreas, no presenta más que dos construcciones subterráneas que se avanzan hácia el mar. Está seguida de un monumento circular, medio arruinado, que el guía nos señaló como sepulcro de Agripina, madre de Neron. Entramos á aquel monumento, cuyo origen y cuyo destino me parecen dudosos; por otra parte, el humo de las antorchas ha formado en las paredes una capa tal de hollin que es casi imposible leer las inscripciones. Sea lo que fuere de la tumba, el puerto de Bauli se parece mucho á aquel que describe Tácito en su relacion de la muerte de Agripina.

Como íbamos á dejar la barca para subir al cabo Misena, nos pidieron nuestros remeros, por sus *buenos brazos*, un plato de *maccaroni*. «Excelencias, nos dijeron, no os pasará darnos vuestras monedas; ver comer los *maccaroni* á la napolitana es una cosa curiosa, digna de nobles extranjeros.» Es un hecho que los viajeros en Nápoles no dejan de ir por la tarde á la puerta de *Massa*, para gozar de una representacion de esta escena nacional; gozar de ella en el mar nos pareció todavía más interesante y consentimos. Entre tanto, subimos el

flanco escarpado del cabo Misena y llegamos á la *Piscina mirabile*. Este monumento, el único bien conservado de toda la costa, es digno del nombre que lleva y de los Romanos que lo construyeron. Es un receptáculo que suministraba agua dulce á la flota estacionada en el cabo Misena. Forma un paralelogramo y descansa en cuarenta y ocho pilastras dispuestas en cuatro filas de arcos cuádruplos de una altura extraordinaria; su longitud es de 216 piés. La bóveda está perforada por trece aberturas por las cuales se presume que se tomaba el agua. Dos escaleras conducen hasta abajo, y el viajero puede ver de cerca la belleza del edificio y la solidez que le da la fuerte capa de estalactita depositada en todas sus partes. Han sido necesarias sumas enormes para construir esta piscina, y más enormes todavía para conducir allí el agua de muchas millas de distancia á pesar de inmensos obstáculos.

Pero se concibe que los Romanos no retrocedieron ante dificultades y gastos; la piscina era necesaria á su flota, y su flota era necesaria á la seguridad del imperio. Tres grandes estaciones marítimas, ligadas por puntos intermediarios, formaban un vasto sistema de defensa. La primera, establecida en Frejus, *Forem Julii*, protegía la Italia por el lado de las Galias; Augusto la formó primitivamente con navíos tomados en la batalla de Actium. 1 La segunda estaba en Ravena; dominando las costas del Adriático, oponía una barrera á las incursiones de los bárbaros del Norte. La tercera, fijada en Misena, uniéndose con la de Frejus, debía mantener la seguridad de los mares desde el estrecho de Mesina hasta las columnas de Hércules. Estas tres flotas fueron establecidas por Augusto á quien se debe la conclusión del puerto de Misena, comenzado

1 Suet., Aug., 49.

por César. Este puerto magnífico, terraplenado en parte, lleva el nombre de *Mare-Morto* que le conviene hoy.

Si la vista de la Piscina da una alta idea de la magnificencia romana, las ruinas que están allí cerca de los *Cento camerelle*, dan una alménos igual de su barbarie. Los Cento Camerelle son un edificio llamado así á causa de que contiene un gran número de piezas oscuras y de largos corredores igualmente privados de luz. Un viajero francés, que lo había visitado cuatro años ántes que nosotros, lo ha descrito bien; le dejaré hablar: «Después de haber examinado bien este edificio, es difícil asignarle otro destino que el de una prisión, y entónces se apodera de uno la tristeza al ver con qué barbarie y con qué olvido de todos los sentimientos de humanidad debían ser tratados allí los prisioneros, principalmente en cuatro largos calabozos de dos metros de longitud, que se cortan en ángulos rectos y que son espantosos. La inspección de los lugares hace creer que los detenidos estaban allí sentados en el suelo, puestos uno junto á otro y probablemente encadenados, como los esclavos africanos en el entrepuente de un navío negrero. En el punto de unión de estos calabozos, una claraboya permitía ver todo lo que en ellos pasaba, en el supuesto de que fuesen iluminados con lámparas; este era un ensayo del sistema panóptico adoptado en muchas prisiones modernas. Delante de esta construcción hay dos hileras de arcos que parecen haber estado destinados al alojamiento de soldados de guardia y á los carceleros. Este horrible monumento confirma una observación hecha muchas veces por diversos escritores; es esta: que los antiguos en sus perfeccionamientos sociales no atendían más que á las necesidades de las poblaciones consideradas en masa, y estimaban en muy poco los intereses y los sufrimientos de los

individuos. El cristianismo es el único que habiendo proclamado que todos los hombres son hermanos, da la importancia que conviene á cada miembro de la familia.» 1

Los famosos *Campos Eliseos* se extiende desde el *Mare-Morto* hasta el lago *Fusaro*, el antiguo *Aqueronte*, colocado del otro lado de la llanura. Estos lugares tan bellos bajo la pluma de Virgilio, aquellos jardines deliciosos regados por bellas fuentes, plantados con arbustos siempre verdes y adornados con soberbias tumbas, no son más que una viña mal cultivada. No quisimos dejar á Misena, sin visitar las ruinas de la casa de Lúculo, célebre por la muerte de Tiberio. El 13 de Marzo del año 55 de Nuestro Señor, después de haber asistido Tiberio á los juegos dados por los soldados de su guardia, se sintió atacado de un violento dolor de costado y entra á la antigua vila de Lúculo. Le llevan allí las actas del senado, se irrita y se pone á meditar nuevas crueldades. Maron, prefecto del pretorio, manda que se arrojen al viejo emperador cojines y colchones bajo los cuales hace que se sufoque. 2 Así murió Tiberio, en su septuagésimo octavo año, enfrente de aquella ista de Capri á la que hizo tristemente inmortal por diez años de crueldades y de desórdenes igualmente increíbles.

Durante nuestra excursión, los marinos habían hecho cocer sus maccaroni y los habían llevado á la barca. Apenas subimos, cuando izaron la vela y dejándonos ir dulcemente con la brisa de la tarde, se pusieron á consumir, como se habían convenido, en presencia nuestra, el manjar favorito del napolitano. Para tener una idea de esta escena gastronómica conviene representarse á aquellos barqueros de esquí

1 M. Falchiron: *alrededores de Nápoles*, 1838, p. 290.

2 Tacit., VI, 50, Suet., Tib., 72-73, Dion. lib. LV, III.

na, quienes con admiración de la multitud engullen con una destreza maravillosa varas de cintas ó espadas desnudas. Con la misma facilidad nuestros marinos hicieron correr por las profundidades de sus gargantas las interminables *varmi* de pasta aceitosa, que subía desde la jarra en que estaban enrollados y pasaban por sus manos levantadas encima de la cabeza á guisa de polea. La operación, imposible para cualquiera otro, fué ejecutada en un abrir y cerrar de ojos: «Excelencias, nos dijeron ellos entónces con un aire satisfecho: ¿no es verdad que no sentís ménos vuestras monedas? Benditos seáis, nobles señores; y se pusieron á cantar.

Mientras repetían sus alegres estribillos echamos una última mirada á las costas de Baja, como para fijar en nuestro espíritu, con la imagen de aquellos lugares célebres, los numerosos recuerdos que traen consigo. La costa parecía arrojar estas tres palabras: ¡Lujo desenfrenado! ¡voluptuosidad! ¡crueldad!

La antigua Baja, sentada en el centro de los bosquecillos de mirtos y de laureles, llegó á ser muy pronto insuficiente para todos aquellos que querían tener allí casas ó simplemente arrendar habitaciones. Se levantó, pues, una segunda ciudad tan considerable como la primera, compuesta toda de vilas de una magnificencia real. Contiguas unas á otras, dominaban el lago Lucrino y muchas se avanzaban hasta sus ondas. No había una que no hubiese costado sumas inmensas; la de Mário, que pasó á Cornelia, madre de los Gracos, fué vendida á Lúculo en 460,870 francos 1 (52,162 pesos.)

Desde los primeros días de la primavera llegaba la multitud. Una comarca que encerraba tantas aguas saludables, no estaba poblada sin duda más que de gotosos; parálíticos, heridos y personas tristes y pá-

1 Plutarch, *in Mario*, c. 60.

tidas; en una palabra, de enfermos de todo género. Tal vez así fué al principio, pero á fines de la república y bajo el imperio, allí se encontraban más gentes sanas que enfermas, y estas bellas campiñas eran una morada de placer más bien que de dolor. 1.

Calígula iba allí á dar al mundo espectáculo de sus ruinosas extravagancias. Neron se trasladaba á aquel lugar acompañado de mil carruajes y de dos mil mulas cargadas de dinero; Popea le seguía rodeada de quinientas asnas cuya leche componía el baño de la cortesana, con objeto de hacer su cutis más blanca y más suave. 2. Todos los grandes del imperio marchaban siguiendo las huellas de su señor, y variaban sus placeres según sus caprichos. Unos hacían cavar piscinas semejantes á dos palacios; su gusto estaba en alimentar en ellas, haciendo grandes gastos, los pescados más raros. Hortensia hubiera consentido más bien en sacar de su caballeriza mulas de tiro para dárselas que en hacer lo mismo con un solo viejo barbo de su piscina. La salud de sus pescados le era más querida que la de sus esclavos; cuando los primeros estaban enfermos, se inquietaba mucho más de que no tuviesen agua demasiado fría que hacerla beber á los últimos. 3. Craso; que pasaba por un hombre grave; Craso, hombre censorial, se puso listo por una lamprea muerta en su casa y la lloró como hubiera llorado á su hija. 4. Esta degradación era ya general en los tiempos de Ciceron. «Nuestros grandes, escribe el célebre orador, se muestran tan contentos como si se trasladaran al cielo, cuando están en sus piscinas de viejos barbos que van á comer en la mano, y no se ocupan de los negocios del Estado.

1 Strab., V., p. 255 Dion. XLVIII p. 442.

2 Plin., I, XI, 41.

3 Varron., R. R. III, 17.

4 Macreb., Saturn., II, 11.

.1 «Antonia, nuera de Tiberio, ponía aretes á sus lampreas que amaba con pasión.» 2.

Pero en general la sociedad que se reunía en Baja se entregaba á una vida más voluptuosa. La reputación de aquel lugar estaba tan bien establecida, que bastaba respirar su aire para perder todo sentimiento de pudor y de virtud. 3. Es «preciso huir de Baja, decía Séneca, esa es la cloaca de todos los vicios, *diversorium vitiorum*; la prostitución hace de ella su teatro; en ninguna parte se muestra más emprendedora, ni se presenta con más libertad, como si esta vida licenciosa fuera en aquellos lugares una deuda indispensable. 4. Se encerraban todos durante el calor del día, pues por la tarde todo el mundo salía. Entonces el Laverno y el Lucrino se llenaban de bañadores y bañadoras que unían al placer del baño el de la natación, y surcaban á nado la superficie trasparente y dócil de aquellas hermosas aguas. 5. En medio de aquella multitud de hombres y de mujeres que podían haberse tomado por los tritones y las nereidas de aquellos lagos, se deslizaban millares de pequeñas barcas de todas formas y de todos colores. Los paseos se prolongaban hasta muy tarde; se comía en el agua, se perfumaba el lago con rosas deshojadas que casi ocultaban á la vista sus ondas. Orquestas colocadas en las orillas del lago ó escalonadas en el flanco circular de las montañas, acompañaban con sus conciertos aquellos paseos y aquellas comidas; y durante toda la noche solo se oían sinfonías y canciones líbricas, repetidas por los ecos de los alrededores. 6.

Me engaño, á los cantos de la voluptuosidad mezclaba la crueldad su lúgubre voz.

1 *Ad Attic.*, II, 1.

2 Plin. IX, 53.

3 Ciceron *pro Caelio*, 20; Mart. I, 63.

4 *Epist.*, 51.

5 Propert., I, 11, V., 11.

6 Senec. *Epist.* 15, etc., etc.

En aquellas orillas encantadas corría la sangre humana en honor de Augusto, Macron sofocaba á Tiberio, Calígula arrojaba á sus cortesanos á las olas, y Neron mandaba el asesinato de su madre.

¡Lujos! ¡deleites! ¡crueldades! tales fueron las últimas palabras con las cuales resumieron Pouzzoles y Baja á la brillante sociedad que habitó sus riberas al descender ésta á las sombras de la noche.

22 DE FEBRERO.

Pompeya. —Historia y ruina de la ciudad. —Aspecto general. —Impresiones. —Exámen de los edificios religiosos, civiles y privados. —Reflexiones.

«En Pompeya, la antigüedad no es aquella antigüedad vaga, remota, incierta, esa antigüedad de las ruinas mutiladas de Pouzzoles, de Baja y de otros países; menos todavía aquella antigüedad de los libros, de los comentadores, de los arqueólogos; es la antigüedad real, viviente, en persona, si puede llamarse así; se la puede seguir, ver y tocar.» Antes de llegar á esta ciudad, única en el mundo, nos pareció conveniente conocer su historia. Pompeya, situada al pié del Vesubio, sobre el río Sarno, era una de las ciudades más importantes de la Campaña. Su posición hacia que formara el centro comercial de Herculano, de Stabia y de Nuceria, contaba cerca de veinticinco mil habitantes. Fundada por los Etruscos ó los Griegos, fué convertida en colonia romana por Syla, y llegó á ser, como todos los alrededores de Nápoles, una morada de delicias para la alta sociedad del imperio. Ciceron, que tenía vilas en todas partes, tenía una en Pompeya, cuyas comodidades y cuyo gusto iguala á él á la villa de *Tusculum*: *Tusculum et Pompeianum valde me delectant*. El año 63 de la era cristiana, un temblor de tierra causó grandes perjuicios en Pom-

peya; pero sus huellas habían ya desaparecido casi completamente, cuando la terrible erupción del Vesubio del año 79 hundió aquella desgraciada ciudad, así como á Herculano y á Stabia; Herculano era, según se dice, una ciudad de cuarenta mil almas; la población de Stabia no es muy conocida. Para asistir en cierto modo á la espantosa catástrofe, cuyos efectos íbamos á reconocer después de mil setecientos años, nos vino el pensamiento de leer la descripción en Dion Casio y en Plinio el Joven, testigo ocular.

Hé aquí sus palabras: «El 1.º de Noviembre del primer año del reinado de Tito, una hora después del medio día, se percibió por el lado del Vesubio una gran nube de una forma singular y que semejante á un pino, se levantaba desde luego á una altura considerable y formaba como un tronco, desde el cual se escapaban muchas ramas. Esta nube era ya blanca, ya ceniza, ya sembrada de manchas. Entretanto, todo se hacía espantoso en la naturaleza; la tierra temblaba; la cima de las montañas ondulaba; había ruidos subterráneos semejantes al ruido del rayo, que se mezclaban á largos mugidos que hacían resonar las costas del mar; el suelo se calentaba, el golfo de Nápoles hervía y el cielo tenía color de fuego; parecía que todos los elementos desencadenados se hacían una guerra en que los hombres iban á ser víctimas. Repentinamente el fuego subterráneo, causa de aquella terrible conmoción, venció los obstáculos y el Vesubio lanzó á los aires piedras de un tamaño prodigioso que rodaban desde lo alto de la montaña. Salieron del cráter columnas de llamas y bien pronto fueron seguidas de un humo tan espeso que oscureció el sol y cambió el día en una noche espantosa.

Entonces el espanto llegó á su colmo; cada cual creía llegada su última hora. Creíase ver en aquellas horribles tinieblas

tidas; en una palabra, de enfermos de todo género. Tal vez así fué al principio, pero á fines de la república y bajo el imperio, allí se encontraban más gentes sanas que enfermas, y estas bellas campiñas eran una morada de placer más bien que de dolor. 1.

Calígula iba allí á dar al mundo espectáculo de sus ruinosas extravagancias. Neron se trasladaba á aquel lugar acompañado de mil carruajes y de dos mil mulas cargadas de dinero; Popea le seguía rodeada de quinientas asnas cuya leche componía el baño de la cortesana, con objeto de hacer su cutis más blanca y más suave. 2. Todos los grandes del imperio marchaban siguiendo las huellas de su señor, y variaban sus placeres según sus caprichos. Unos hacían cavar piscinas semejantes á dos palacios; su gusto estaba en alimentar en ellas, haciendo grandes gastos, los pescados más raros. Hortensia hubiera consentido más bien en sacar de su caballeriza mulas de tiro para dárselas que en hacer lo mismo con un solo viejo barbo de su piscina. La salud de sus pescados le era más querida que la de sus esclavos; cuando los primeros estaban enfermos, se inquietaba mucho más de que no tuviesen agua demasiado fría que hacerla beber á los últimos. 3. Craso; que pasaba por un hombre grave; Craso, hombre censorial, se puso listo por una lamprea muerta en su casa y la lloró como hubiera llorado á su hija. 4. Esta degradación era ya general en los tiempos de Ciceron. «Nuestros grandes, escribe el célebre orador, se muestran tan contentos como si se trasladaran al cielo, cuando están en sus piscinas de viejos barbos que van á comer en la mano, y no se ocupan de los negocios del Estado.

1 Strab., V., p. 255 Dion. XLVIII p. 442.

2 Plin., I, XI, 41.

3 Varron., R. R. III, 17.

4 Macreb., Saturn., II, 11.

.1 «Antonia, nuera de Tiberio, ponía aretes á sus lampreas que amaba con pasión.» 2.

Pero en general la sociedad que se reunía en Baja se entregaba á una vida más voluptuosa. La reputación de aquel lugar estaba tan bien establecida, que bastaba respirar su aire para perder todo sentimiento de pudor y de virtud. 3. Es «preciso huir de Baja, decía Séneca, esa es la cloaca de todos los vicios, *diversorium vitiorum*; la prostitución hace de ella su teatro; en ninguna parte se muestra más emprendedora, ni se presenta con más libertad, como si esta vida licenciosa fuera en aquellos lugares una deuda indispensable. 4. Se encerraban todos durante el calor del día, pues por la tarde todo el mundo salía. Entonces el Laverno y el Lucrino se llenaban de bañadores y bañadoras que unían al placer del baño el de la natación, y surcaban á nado la superficie trasparente y dócil de aquellas hermosas aguas. 5. En medio de aquella multitud de hombres y de mujeres que podían haberse tomado por los tritones y las nereidas de aquellos lagos, se deslizaban millares de pequeñas barcas de todas formas y de todos colores. Los paseos se prolongaban hasta muy tarde; se comía en el agua, se perfumaba el lago con rosas deshojadas que casi ocultaban á la vista sus ondas. Orquestas colocadas en las orillas del lago ó escalonadas en el flanco circular de las montañas, acompañaban con sus conciertos aquellos paseos y aquellas comidas; y durante toda la noche solo se oían sinfonías y canciones líbricas, repetidas por los ecos de los alrededores. 6.

Me engaño, á los cantos de la voluptuosidad mezclaba la crueldad de su lúgubre voz.

1 *Ad Attic.*, II, 1.

2 Plin. IX, 53.

3 Ciceron *pro Caelio*, 20; Mart. I, 63.

4 *Epist.*, 51.

5 Propert., I, 11, V., 11.

6 Senec. *Epist.* 15, etc., etc.

En aquellas orillas encantadas corría la sangre humana en honor de Augusto, Macron sofocaba á Tiberio, Calígula arrojaba á sus cortesanos á las olas, y Neron mandaba el asesinato de su madre.

¡Lujos! ¡deleites! ¡crueldades! tales fueron las últimas palabras con las cuales resumieron Pouzzoles y Baja á la brillante sociedad que habitó sus riberas al descender ésta á las sombras de la noche.

22 DE FEBRERO.

Pompeya. —Historia y ruina de la ciudad. —Aspecto general. —Impresiones. —Exámen de los edificios religiosos, civiles y privados. —Reflexiones.

«En Pompeya, la antigüedad no es aquella antigüedad vaga, remota, incierta, esa antigüedad de las ruinas mutiladas de Pouzzoles, de Baja y de otros países; menos todavía aquella antigüedad de los libros, de los comentadores, de los arqueólogos; es la antigüedad real, viviente, en persona, si puede llamarse así; se la puede seguir, ver y tocar.» Antes de llegar á esta ciudad, única en el mundo, nos pareció conveniente conocer su historia. Pompeya, situada al pié del Vesubio, sobre el río Sarno, era una de las ciudades más importantes de la Campaña. Su posición hacia que formara el centro comercial de Herculano, de Stabia y de Nuceria, contaba cerca de veinticinco mil habitantes. Fundada por los Etruscos ó los Griegos, fué convertida en colonia romana por Syla, y llegó á ser, como todos los alrededores de Nápoles, una morada de delicias para la alta sociedad del imperio. Ciceron, que tenía vilas en todas partes, tenía una en Pompeya, cuyas comodidades y cuyo gusto iguala á él á la villa de *Tusculum*: *Tusculum et Pompeianum valde me delectant*. El año 63 de la era cristiana, un temblor de tierra causó grandes perjuicios en Pom-

peya; pero sus huellas habían ya desaparecido casi completamente, cuando la terrible erupción del Vesubio del año 79 hundió aquella desgraciada ciudad, así como á Herculano y á Stabia; Herculano era, según se dice, una ciudad de cuarenta mil almas; la población de Stabia no es muy conocida. Para asistir en cierto modo á la espantosa catástrofe, cuyos efectos íbamos á reconocer después de mil setecientos años, nos vino el pensamiento de leer la descripción en Dion Casio y en Plinio el Joven, testigo ocular.

Hé aquí sus palabras: «El 1.º de Noviembre del primer año del reinado de Tito, una hora después del medio día, se percibió por el lado del Vesubio una gran nube de una forma singular y que semejante á un pino, se levantaba desde luego á una altura considerable y formaba como un tronco, desde el cual se escapaban muchas ramas. Esta nube era ya blanca, ya ceniza, ya sembrada de manchas. Entretanto, todo se hacia espantoso en la naturaleza; la tierra temblaba; la cima de las montañas ondulaba; había ruidos subterráneos semejantes al ruido del rayo, que se mezclaban á largos mugidos que hacían resonar las costas del mar; el suelo se calentaba, el golfo de Nápoles hervía y el cielo tenía color de fuego; parecía que todos los elementos desencadenados se hacían una guerra en que los hombres iban á ser víctimas. Repentinamente el fuego subterráneo, causa de aquella terrible conmoción, venció los obstáculos y el Vesubio lanzó á los aires piedras de un tamaño prodigioso que rodaban desde lo alto de la montaña. Salieron del cráter columnas de llamas y bien pronto fueron seguidas de un humo tan espeso que oscureció el sol y cambió el día en una noche espantosa.

Entonces el espanto llegó á su colmo; cada cual creía llegada su última hora. Creíase ver en aquellas horribles tinieblas

gigantes y fantasmas armados unos contra otros; parecía que el mundo iba á volver á entrar al caos arrastrando consigo á los mismos dioses. Unos abandonaban sus casas agitadas y prontas á caerse sobre ellos, para buscar su salvacion en las calles y en los campos; otros huían de los campos á las ciudades y á las casas; los que estaban en el mar se esforzaban por ganar tierra y los que estaban en tierra corrían hácia el mar."

Entretanto, llegan inmensas nubes de cenizas que llenaron el aire, la tierra y el mar. Estas llegaron hasta Roma en cantidad bastante para oscurecer allí también el día. La sorpresa fué igual al terror, porque la causa de este extraño fenómeno no era todavía conocida más que en Campaña. "Aquí, añade Plinio, caían en una lluvia tan abundante y tan rápida, que estando yo en Misena, distante cinco leguas del Vesubio y viéndome obligado á sentarme con mi madre á un lado del camino, temiendo que la multitud que huía en tu multo nos matase en la oscuridad, era necesario levantarnos incesantemente para sacudir la ceniza, que sin esta precaucion nos hubiera cubierto y hasta sufocado." 1

Mientras estas nubes de cenizas ardientes sepultaban bajo una capa de 12 piés de espesor á Pompeya y á Stabia, torrentes de lava vomitados por el cráter y mezclados con cenizas, arena y agua hirviendo, corrían por las calles de Herculano, penetraban á las bodegas, se elevaban en las habitaciones y luego enfriándose formaban una masa compacta que no permitió ya distinguir ni forum, ni edificios, ni ciudad. Lo que añadía horror á esta escena era la espantosa oscuridad que reinaba en todas partes. "La noche, continúa el mismo testigo, era, no lo que es la noche más oscura en pleno campo, cuando no se ven ni luna ni estrellas, sino lo que es en un

1 Lib. VI, Epist. XVI y XX ad Tacit.

cuarto bien cerrado después que se han apagado todas las luces. 1" De vez en cuando aquellas tinieblas espantosas que duraron tres días, estaban iluminadas por intervalos, no por el brillo del día sino por el resplandor de las llamas que se lanzaban del cráter. Después venía de nuevo la noche, y la lluvia de cenizas más espesa y más abundante. En fin, el día se presentó; cada cual hizo de sus ojos y llevó sus miradas á los objetos que le rodeaban. Todo estaba cambiado y trastornado, el mar había perdido sus límites, y la tierra cubierta de montones de ceniza, como á veces lo está por la nieve en los días de invierno, presentaba el más desolador espectáculo. 2"

Resulta de esta relación, que la catástrofe sucedió con bastante lentitud para permitir á los habitantes que huyeran; de ahí viene el poco número de esqueletos hallados hasta hoy en las excavaciones.

Como quiera que sea, el recuerdo de las desgraciadas ciudades quedó en la memoria de los habitantes del país, aunque la llanura uniforme que las haya cubierto haya hecho olvidar su verdadera situación. Con razón, por ejemplo, los *gulas* y los *cicerone* suponen á Pompeya vuelta á encontrar hasta el último siglo. "Y desde luego el anfiteatro, situado fuera de la ciudad, en medio de los campos cultivados, levanta, aunque está sin gradas, su segundo rango de arcos á 6 ó 7 metros encima del terreno, é inclinándose y arrastrando con la vista la superficie de la tierra, se ve que ha debido desaparecer cerca de un metro del primer rango. Además, la parte superior y el entablado no han sido destruidos sino sucesivamente y por el trascurso del tiempo. Así, desde la catástrofe de Pompeya, este anfiteatro, que existía tan cerca de Nápoles, en un país tan po-

1 Id., id.

2 Plin., *id., id., in Dio. Tito.*

blado, no ha podido escaparse á las miradas; este era un signo siempre subsistente y un testimonio de que la antigua ciudad debía estar sepultada en las inmediaciones. Además, una antigua inscripción parece indicar que el emperador Alejandro Severo mandó cavar las cenizas de Pompeya y que estas investigaciones le procuraron estatuas, columnas y preciosos mármoles. A principio del siglo décimosexto, esta ciudad, que yace en ruinas todavía en pié, era tan bien conocida como hoy.

Hé aquí lo que dice de ella Sannazar: "Esta ciudad, que se presenta á nuestra vista, llamada Pompeya y célebre en otro tiempo, fué sepultada por un temblor de tierra, habiéndole faltado el piso, según creo; género de muerte extraño y horrible para una nación desaparecer en un instante del número de los vivos. . . . Hablando así, ya estábamos muy cerca de la ciudad que era objeto de nuestras reflexiones, porque se podían ya distinguir las tierras, las casas, los teatros y los templos casi intactos. En 1572 el conde de Sarno al mandar cavar un canal subterráneo para conducir agua á la Torre, atravesó y cavó en diagonal la playa de la ciudad; descubrió en ella todavía casas, calles, templos y otros monumentos." Un siglo después, Macrini en su obra de *Vesubio* dice que conjeturaba que el sitio llamado *Civita* debía ser Pompeya; y añade que no es solo el nombre de *Civita* el que lo conduce á creerlo, sino también que ha reconocido él mismo construcciones enteras, ruinas de grandes paredes y pórticos en parte fuera de la tierra. Es, pues, evidente que esta ciudad no fué nunca olvidada después de su catástrofe y que la tradición y algunos monumentos todavía aparentes conservaban su recuerdo; pero el momento en que debían ocuparse de ella seriamente, no había llegado todavía. Por fin en 1748 algunos campesinos, al abrir

una fosa, descubrieron todavía habitaciones, estatuas y objetos que servían para el uso de la vida. Desde entonces Pompeya atrajo la atención de todos los sabios de la Europa y volvió á entrar en su gloria. 1

Herculano la había precedido algunos años solamente. En 1713 el príncipe d'Elbeuf, Manuel de Lorena, al mandar edificar una casa de recreo en Portici, descubrió sin esperarlo una gran cantidad de mármoles, á 60 piés bajo del suelo. El rey de Nápoles, que llegó á ser propietario de la casa del príncipe d'Elbeuf, continuó las excavaciones y en 1736 se reconoció la existencia de una ciudad entera: esta era Herculano. En cuanto á Stabia se han limitado todos á encontrar no más el lugar que ocupaba.

El escombrar á Pompeya fué empresa que tomó con actividad el rey Murat; ochocientos obreros trabajaban en ella sin descanso. Hoy apenas se cuentan cuarenta; al paso que van las excavaciones es preciso esperarse cerca de quinientos años para tener el gusto de gozar del aspecto de la ciudad entera, porque las murallas descubiertas de 1812 á 1813, muestran que apenas se ha descubierto la cuarta parte de Pompeya.

A buena hora llegamos en coche á una de las puertas de la ciudad silenciosa. Un veterano, con la carabina á la espalda, y un cicerone con sombrero en mano, se adelantaron á recibirnos. Según nuestra costumbre, quisimos tener una idea general de la ciudad antes de examinarla en pormenor, y dimos una vuelta á las murallas. Pompeya, situada al Sur-Este del Vesubio, en una llanura ligeramente accidentada, describe un óvalo abierto hácia el centro y que se extiende de Noreste á Suresste; su circunferencia es de cerca de 9 kiló-

1 M. Fulchiron, *Inmediaciones de Nápoles*, p. 336.

metros. La parte todavía sepultada de la ciudad está cubierta de viñas y de árboles frutales, plantados en una tierra movediza ó más bien en una ceniza gris de prodigiosa actividad. En este lugar y en los costados más inmediatos al Vesubio se recoge el *lacryma Christi*.

Las murallas de Pompeya tienen todos los caracteres de la más remota antigüedad. Forman un recinto continuo sin ningún ángulo saliente; esta posición en el sistema militar de los antiguos, favorecía la defensa de la ciudad. Los baluartes se componen en general de un piso y de dos paredes: á ellos se sube por escalones bastante anchos para permitir á muchos soldados que pasen de frente. Una parte de la muralla ha sido minada, ya por el temblor de tierra del año 63, ya por Sylva cuando se apoderó de la ciudad el año 666 de Roma. Las murallas están flanqueadas por once torres de tres pisos con una puerta secreta para favorecer las salidas. Pompeya tiene cinco puertas: la de Herculano está precedida y seguida de otras tres, dispuestas de modo que pueden prolongar la defensa, en caso de que el enemigo hubiera forzado la primera entrada. En la parte exterior de la muralla adyacente á esta puerta se *colocaban los carteles*, es decir, que allí se escribía con un pincel en caracteres rojos ó negros lo que se quería hacer saber al público. Al tiempo del descubrimiento se leían todavía allí los restos de un cartel por el cual se anunciaban *dos combates de gladiadores de Rufo y una caza en el anfiteatro con velarium*.

Los edificios de Pompeya, así públicos como particulares, son de una construcción noble, elegante, sin tener la pureza de la agricultura griega. Las casas en general tienen dos pisos, pero las habitaciones son pequeñas. Se encuentra casi en todas partes la misma forma y la misma distribución; no hay diferencia notable más que en

el tamaño y en los pormenores de lujo, proporcionados á la fortuna de los propietarios; casi todas las fachadas están pintadas de rojo. Hasta ahora se han descubiertos veintidos calles; las que rodean el Forum y los teatros son amplias y regulares, las otras son generalmente estrechas y tortuosas. Todas tienen pavimento de anchas losas del Vesubio y están limitadas con banquetas á uno y otro lado. De trecho en trecho se ven pretilos que sirven para consolidar las banquetas ó montar á caballo. La mayor parte de las calles, hechas en forma de calzada, son bastante anchas para que dos carros puedan pasar juntos; conviene observar que los carros antiguos no tienen más que cuatro piés de vía. Bajo las banquetas se notan vacíos por los cuales corrían las aguas pluviales á los desagües, y de allí al mar, cuyas olas bañaban los muros de la ciudad.

En casi todas las esquinas se encuentran fuentes de buena arquitectura que recibían sus aguas de largos acueductos establecidos entre la ciudad y las montañas. Están generalmente adornadas con bajos relieves que representan cabezas de dioses, de animales á quienes sin duda estaban dedicadas, ó cuyos nombres llevaban. Como en nuestras ciudades actuales, pretilos de granito rodeaban las fuentes y las protegían contra las ruedas de los coches. En las encrucijadas se ven todavía pinturas ó altares consagrados á los dioses tutelares de las calles, llamados *Lares compitales*. En las diferentes partes del pequeño santuario hay frescos que representan los sacrificios ofrecidos á aquellas divinidades; se ve casi en todas partes una ó dos serpientes que engullen los manjares consagrados. El pueblo bajo sobre todo tenía una devoción particular hácia aquellas especies de divinidades, á las cuales se le ve presentar en un platillo, frutas, flores, legumbres, etc.

Después de este golpe de vista general, bajamos al interior de la ciudad. ¿Cómo expresar la impresión que se experimenta al recorrer calles solitarias en donde los carros que las atravesaron hace dos mil años, han dejado la huella profunda de sus ruedas; aquellos templos con sus columnas, y sus altares, pero vacíos de sacerdotes y de dioses; aquellos teatros con sus palcos, sus gradas, su escenario, y sus pórticos, pero sin actores ni espectadores; aquellas fuentes bien conservadas y que ya no corren; aquellas basílicas y aquellos forum, ruidosos puntos de reunión de los ociosos y de los hombres de negocios, en los cuales no se encuentra más que algunas lagartijas que huyen al aspecto de los vivos? Hé aquí las Termas con sus salas del baño frío, del baño caliente, del baño tibio, así como los nichos en donde se colocaban los peines y los pomos de perfumes; pero ¿dónde están los bañadores voluptuosos que hacían uso de ellos? Hé aquí las tiendas con los pesos y las balanzas; pero ¿en dónde están los comerciantes y los compradores? Hé aquí la hospedería de Albino; pero nada de viajeros en las habitaciones, nada de mula atada á los anillos de hierro delante de la puerta del establo.

En fin, hé aquí las casas de los particulares; pasad sin temor delante de la habitación del perro, ese fiel animal ya no existe; entrad á la cocina, mirad las chimeneas y los utensilios, pero nada de fuego, ni manjares, ni cocineros; penetrad al exedro ó sala de recibo, recordad el jardín y las recámaras; nadie las ocupa, y además es tal la conservación de todas estas cosas, tal la frescura de las pinturas decorativas, tal el brillo de los mosaicos y de los pavimentos de mármol precioso, que se cree entrar á una casa edificada la víspera. Se vé uno tentado de sentarse á esperar que lleguen los señores de la casa; y

hace diez y siete siglos que estos señores se hayan ausentes. . . . no volverán ya. . . por todas partes soledad profunda, silencio solemne que apenas interrumpen el coloquio fugitivo del cicerone y del extranjero que viene de lejos para visitar aquella necrópolis, ó de paso del veterano, ruina ambulante que vela sobre aquellas murallas, ó la piocha del trabajador que desentierra lentamente algunos rincones de la ciudad sepultada viva y mucho mejor conservada bajo su cubierta de cenizas que la momia egipcia en su triple cubierta de bandas perfumadas.

Los edificios que visitamos en particular son los siguientes: El *Pantheon* ó templo de *Augusto*. Este soberbio edificio en forma de rotonda, servía de tesoro público y de sala de banquete: está sostenido por doce columnas y rodeado por once cámaras destinadas á los sacerdotes ó á los principales habitantes cuando había festines públicos. Los frescos que decoran el interior son de una pureza de dibujo y de una frescura sorprendente; pero la mayor parte representan asuntos lúbricos ó escenas de mesa; mas allá del recinto está el *Triclinium* de los sacerdotes.

El templo de *Venus*, uno de los más notables de la ciudad, está situado á la izquierda del Forum. Sus dependencias están adornadas con pinturas, y las inscripciones que cubren algunas de sus partes recuerdan los ricos presentes ofrecidos á la diosa, así como la restauración del colegio de sacerdotes consagrados al culto de la impura divinidad.

El templo de *Jupiter* se levanta no lejos del de *Venus*, en la extremidad del Forum. Forma un vasto y largo cuadro, al cual se llega por muchos escalones; la fachada vuelta hácia el Forum produce un hermosísimo golpe de vista.

El templo de *Mercurio* rivaliza con el de *Venus*, pero es más pequeño. El tem-

plo de la *Fortuna*, á algunos pasos del Forum, fué encontrado incrustado con preciosos mármoles y cargado de adornos. Se sube á él por ocho gradas; en el santuario estaban dos estatuas; la una de mujer y la otra que se dice de Ciceron, porque las inscripciones parecen recordar al célebre orador.

El templo *Hércules* ó de *Neptuno*, situado en el Forum triangular, presenta un vasto paralelogramo. A la entrada, están dos altares para la inmolation y el sacrificio de las víctimas; estos altares, cuadrados, pesados, macizos y levantados cerca de un metro, presentan todavía los conductos por los cuales corría la sangre de las víctimas.

El templo de *Iris*, que tiene también dos altares á la entrada, es mucho más pequeño que el precedente; forma una especie de vasto nicho al cual se llega por numerosos escalones; en el fondo está un altar hueco, en el cual estaba la estatua de la divinidad y que servía de velo á los sacerdotes que daban oráculos por boca del ídolo. La inscripción siguiente, grabada en la puerta, recuerda el temblor de tierra del año 63 y la restauracion del edificio á expensas de N. Popedio Celsino, á quien admiran los decuriones reconocidos, en su cuerpo.

N. POPIDIUS. N. E. CELCIVS
 EDEM. ISIDIS. TERRÆ. MOTV. CONLAPSAM
 A. FVNDAMENTO. P. S.
 RESTITVIT HVNC. DECVRIONES.
 OB. LIBERALITATEM
 CVM ESSET. ANNORVM. SEXS. ORDINE.
 SVO. GRATIS. ADLEGERVNT

De los templos pasamos á los edificios públicos; el primero en que entramos es a *Caserna*. ¡Cuál fué nuestra admiracion al leer en las columnas y en las paredes, nombres, palabras, dibujos más ó menos extravagantes, grabados con la punta de

un sable ó de una lanza por los soldados en la ociosidad del cuerpo de guardia! La cosina es bastante notable, porque se encuentran allí fogones bien conservados. "Tienen, dice M. Mazois, la forma de lo que se llama en términos culinarios braserero, es decir, en una especie de atrio levantado y se extienden á lo largo de una gran pieza de manera que permita ocupar en la cocina á un gran número de personas."

Cerca de la Caserna se levanta el *Odeon* y el gran *Teatro*, uno y otro muy bien conservados. En el primero, abajo del *Proscenium* (Proscenio), se lee en el pavimento la inscripción siguiente, en letras de bronce:

M. OCVLATITVS M. F. VERTVS. II.
 VIR PRO. LVDIS.

Mientras ella recuerda el nombre del magistrado encargado de los espectáculos, otra inscripción, grabada en mármol, dice que el teatro fué construido por los decemviros Quínscio y Pórcio, con consentimiento de los decuriones:

C. QVINCTIVS. C. F. VALG.
 M. POCIVS. M. F.
 DVO. VIR. DEC. DECR.
 THEATRVM TECTVM.
 PAC. LOCAR. EIDEMQVE. PROB.

Algunos billetes de entrada manifiestan que el precio de los lugares no pasaba de algunos sueldos de nuestra moneda. Hé aquí el tenor de uno de esos billetes para el *Odeon* ó teatro cómico:

CAV. II.
 CVN III.
 GRAD. VIII.
 CASINAI. PLAVT.

Lo que quiere decir: "segunda galería, tercer lugar, octava grada para la representación de *Casina*, comedia de Plauto."

El gran teatro es un hermoso edificio

al cual solo faltan las estatuas de bronce con que estaba adornado: el estuco que reviste las paredes parece hecho ayer. Una inscripción grabada en el lado que mira al templo de Neptuno, enseña que este teatro es debido á la liberalidad de los dos Márcos Holconio, Rufo y Celer, que lo mandaron levantar para embellecimiento de la colonia.

M. M. HOLCONI. RVFVS. ET. CELER
 GRYPTAM. TRIBVNAL. THEATR. S. P.
 AD. DECVS. COLONIE.

Se nos hizo observar que los primeros lugares estaban ocupados por los decuriones, los augustales ó sacerdotes de Augusto y los ciudadanos que tenían el privilegio de *Bisellium*; se sabe que el *Bisellium* era una especie de banco cubierto de cojines adornado de franjas y en el cual se sentaba alguno solo él, en el Forum y en los espectáculos públicos, aunque hubiese lugar para dos. Los segundos lugares eran para los militares y los diversos cuerpos; los terceros y últimos para el pueblo y las mujeres. Esta explicacion encendió en cólera á uno de nuestros compañeros, verdadero caballero frances, y lo que es más parisiense en manera y origen; se desató vivamente contra la impolítica de los pekinos del antiguo mundo. En vano quisimos calmarle recordándole que las mujeres entre los paganos eran esclavas y tratadas como tales; no por eso se enojaba ménos, aunque para disipar su cólera caballeresca, no encontramos otro expediente más que dividir con él una batalla de *lachrima Christi*. "Hé aquí, nos decía el hombre que nos la llevó, vino *antuo y moderno*." Hacia alusion al origen de este vino excelente producido por las viñas de que está todavía cubierta la mayor parte de la desgraciada Ponpeya.

Algunos momentos despues estábamos en las *Termas*. Están bien conservadas;

allí se distinguen todas las partes conocidas en esos establecimientos en donde todo respira la molicie y el sibaritismo. Por un exceso de precaucion, las de Ponpeya están edificadas en una parte de la ciudad que está al abrigo del viento del Norte y es sorprendente entrar allí nuestro moderno sistema de caloríferos. Se ve que el vapor, hábilmente aprovechado, penetraba entre el estuco y la pared, y se extendia en un espacio vacío que rema alrededor del *calidarium* y del *tepidarium*. En lo demas las dimensiones estrechas de este establecimiento hacen presumir que no es el único del mismo género en esta ciudad voluptuosa; las excavaciones, puede asegurarse, vendrán á cambiar un dia esta conjetura en certidumbre. Cerca del Forum está la *Basilica*; ésta era á la vez la bolsa, el punto de reunion de los negociantes y el tribunal de los jueces. Este gran edificio en forma de cuadrilátero, tiene tres naves; la del centro está al aire libre; las otras dos están cubiertas y forman cada una dos pórticos superpuestos; desde el pórtico superior se podia ver lo que pasaba en la gran nave y en el tribunal. En el fondo del monumento se levanta, seis piés sobre el suelo, el tribunal en donde se sentaban los magistrados. Perpendicularmente abajo de su banquillo está un calabozo en donde encontramos todavía muchos anillos de hierro clavados en la pared y á los cuales estaban fijas las cadenas de los prisioneros. Estos eran interrogados, segun se dice, por aberturas provistas de barras de hierro y practicadas en el pavimento de la bóveda. Esta forma odiosa de juicio no debía emplearse más que para los extranjeros y los esclavos, porque los ciudadanos romanos tenían derecho á la publicidad. Las prisiones públicas están cerca del templo de Júpiter; puertas muy estrechas, provistas de barras de hierro, y calabozos donde no penetraba

la luz del día, atestiguan la dulzura del sistema penitenciario usado en el paganismo.

Bajamos al anfiteatro por una ancha vía cuyas losas gastadas prueban todavía cuán frecuentado era este lugar de carnicería y de desorden; podía contener á veinte mil espectadores. La *Cavea*, ó el conjunto de las gradas se divide en tres partes; la primera, *Prima Cavea*, encima del podium, estaba reservada á los decemvros, decuriones, magistrados, sacerdotes y sacerdotisas. La segunda *Media Cavea*, compuesta de doce gradas, estaba ocupada por las personas de distinción, los militares, etc. La tercera *Summa Cavea* era para el pueblo y las mujeres. Cuéntanse cien aberturas por las cuales podía la multitud entrar y salir. Así, suponiendo que dos personas saliesen á la vez por las ochenta puertas y una sola por las otras veinte, dando á cada una para pasar el umbral un segundo, resulta que los veinte mil espectadores podían estar fuera en dos minutos y medio. Hé ahí en lo que el paganismo empleaba su genio y sus riquezas.

El monumento de la sacerdotisa *Eumachia* y el *Lavatorio* fijaron un instante nuestra atención, que reclamó bien pronto la *Escuela pública*. Cerca de la parte oriental del *Forum* está una hermosa pieza en cuyas paredes se lee: *Varna discentibus; Varna para los escolares*. Esta es la insignia de maestro, cuya cátedra de piedra colocada en un ángulo, se parece, si se quiere, á la de nuestros regentes de colegio. Uno de nuestros compañeros se sentó en ella gravemente y parodiando al profesor *Varna*, nos dió una lección de retórica. La materia fué la primera frase de la famosa *Catilinaria*: *Quosque tandem abutere Catilina patientia nostra?* El ilustre profesor nos hizo sentir toda la belleza del *quosque*, del *tandem* y del *patientia*; luego interrogó, desarrolló, gesticulando,

pegando sobre la cátedra y llamando al orden á sus escolares, verdaderos vivarachos que reían á carcajadas y á quienes el moderno *Varna* acabó por dar numerosos *pensums*, de que está cargada todavía la conciencia de alguno.

De la escuela pasamos al *Horno público*. Este edificio, que sale á la gran calle, tiene todas las dependencias necesarias de un horno y de un molino. En él se encuentra todavía una caballeriza para las bestias de carga que llevaban el grano y para las que movían la piedra de molino.

En una vasta pieza hay cuatro molinos de piedra, en los cuales se observan dos partes muy distintas: una inmóvil y otra móvil. La primera consiste en una basa en la cual está fijo un cono sólido; la segunda se compone de una piedra superpuesta á la primera, y que estrechada en su parte media se ensancha hácia abajo y hácia arriba, y forma un doble cono. La parte superior sirve para recibir el grano, y la inferior cubre el cono sólido al cual se adapta. Al voltear la piedra superior alrededor de la piedra inferior, el grano que caía entre las dos se rompía y se molía. La harina se extendía alrededor de la parte inferior del cono sólido, y de allí era recibida en un borde circular en forma de garganta profunda, fijo en la base. A la piedra superior están adaptadas asas ó anillos de hierro por los cuales pasaba el atravesaño que hacían girar las bestias de carga ó los esclavos.

Cerca de los molinos está un grande horno, enteramente semejante á los nuestros. En una de las paredes del *Pristinum*, en donde se trabajaba la pasta, está pintado un sacrificio á la diosa *Fornax*. Encima se desarrollan las dos serpientes que tienen un papel tan frecuente entre las divinidades de Pompeya. Más lejos están dos pájaros con las alas extendidas y el pico abierto, precipitándose sobre dos grue-

sas moscas, cuyo contacto podría ensuciar la pasta; grandes ánforas halladas en aquel horno de ciudad, contenían pan y harina.

Del horno fuimos al *Albergue*. Delante está un pórtico cuyo fondo está ocupado por muchas tiendas, cubiertas de pinturas groseras que representan los comestibles ordinarios. En el centro del pórtico se encuentra una fuente con un abrevadero y á la extremidad un cierto número de estufillas para cocer los alimentos. De las tiendas se sube por una escalera de madera al primer piso, detrás del cual se levanta un terrado de muchos escalones, desde donde se gozaba de la vista del mar, de los Apeninos y del Vesubio. En la caballeriza se ha descubierto el esqueleto de un asno con su freno de bronce, los despojos de una carreta, los rayos y las bandas de las ruedas. El pórtico exterior contenía cinco esqueletos humanos rodeados de una gran cantidad de monedas de plata y de bronce, de tres anillos de oro, de pendientes de oro para las orejas, en forma de balanzas.

Las tiendas son muy numerosas en Pompeya y revelan una ciudad de comercio y de movimiento. La mayor parte de ellas se asemejan en la forma del edificio y la distribución de las partes; en todas partes son una ó dos piezas, sin ninguna dependencia, con un banco, ya simple y unido, ya atravesado por agujeros redondos, en los cuales se ven jarras de diferentes tamaños destinadas á recibir el aceite, el vino, etc. Estos bancos de piedra tienen á menudo estufillas que servían para calentar las bebidas al grado que querían los aficionados. Parece constante que los antiguos en general y los Pompeyanos en particular, bebían raras veces algo frío. 1 Estas últimas tiendas, mucho más numerosas que las demás, se llamaban *Thermo-*

1 Véase Bottari, *Pittura esculture sacre*, tomo II, p. 170.

polia. Y es cosa digna de notar que las tiendas actuales de las inmediaciones de Nápoles están exactamente calcadas sobre las de Pompeya; este es un nuevo hecho que da á conocer cuán tenaces son las costumbres populares. El *Taller de los mármoles* nos suministra otra prueba de ello. En este local, descubierto en 1798, se encontró un gran número de figuras y de pequeñas estatuas más ó menos adelantadas, un reloj solar, un trozo de mármol medio cincelado, y el cincel á un lado, escuadras, compases, pimienta griega que había hervida en una caserola, etc. En fin, otra cosa confirma la observación enunciada más arriba; un huevo de mármol blanco, de tamaño ordinario, que se colocaba en el nido en que se quería echar á la gallina, porque resistía sus piquetazos y le quitaba la tentación de picotear los suyos y romperlos. Buenas mujeres de Pompeya, consolaos, la excelente receta de que hacíais uso hace mil ochocientos años, se practica todavía hoy en las campiñas inmediatas.

Por fin las casas particulares recibieron nuestra última visita. Me contenté con citar la de las *Bailarinas*, llamada así por los frescos que la decoran; la del *Cave canem* ó del *Poeta dramático*, cuya entrada de mosaico representa un perro de presa en una actitud amenazadora, que tiene cerca de sí estas palabras: *Cave canem* (cuidado con el perro), lo que ha valido á la casa el nombre que tiene; la del *Fuero* con su magnífico mosaico que representa una batalla de Alejandro contra los Persas; la de *Pansa*, morada consular, notable por su buena distribución, y la hábil mezcla de lo útil con lo agradable; en fin, la más bella de todas las de *Diomedes*. Esta debe su nombre á Marco Arrio Diomedes, cuyo sepulcro fué encontrado en las cercanías; pero en realidad el propietario es desconocido. Sea lo que fuere

del propietario, la casa, situada á la entrada de la ciudad, tiene tres pisos, con un jardín cuadrado, y acaba por una puerta que daba al mar. La bodega, en forma de campana, se extiende alrededor del jardín y tiene una puerta que se abría hacia el mar. Allí, cerca de aquella puerta fatal, fué encontrada con una bolsa llena de oro en la mano, *la mujer de Diómedes*, con otras diez y seis personas sorprendidas por la erupción. En la bodega vimos todavía largas hileras de ánforas medio llenas de aceite y de vino en el estado sólido.

Se han descrito tantas veces las diferentes casas de Pompeya, que para evitar las repeticiones me contentaré con hablar de ellas en general, á fin de que se pueda, aun de lejos, formar una justa idea de ellas. Todas las casas de Pompeya se parecen. Las principales divisiones consagradas por el uso, se repiten en cada una, y no hay más diferencia que en las decoraciones y en las piezas accesorias, más ó menos útiles, que el lujo añade á lo necesario. Cada casa está dividida en dos partes distintas: la primera encierra todas las piezas de uso público, y la segunda está destinada al alojamiento de los señores y á las dependencias del servicio doméstico.

La parte pública se compone de las piezas siguientes:

1.º El *Protyrum*. De los umbrales de la casa, en que se lee á menudo *Have* (salud), entráis á un pequeño pórtico ó corredor; éste es el *protyrum* y está comúnmente adornado con pinturas ó con un pavimento de mosaico.

2.º El *Vestíbulo ó atrium*. El corredor os conduce al atrium, espacio libre en forma de cuadrado largo, en cuyo centro está un receptáculo de mármol destinado á recibir las aguas pluviales: alrededor del atrio hay diferentes piezas para alojar á los extranjeros ó para recibir á las visitas que esperan el momento de la recepción.

3.º En el fondo del atrio está el *Tablinum*, gran sala en donde el señor de la casa daba audiencia á los que iban á tratar con él negocios públicos ó comerciales.

4.º A la izquierda del *Tablinum* está el *Lararium*, pequeño santuario de los dioses del hogar. Allí se ven ordinariamente pinturas que representan los sacrificios ofrecidos á los dioses lares; raras veces se ve altar, pero sí hay una consola en la cual se colocaban las ofrendas ó una lámpara encendida.

5.º A la derecha del *tablinum* hay una, y muchas veces dos piezas llamadas *alae*, alas, especie de gabinetes particulares ó de trabajo.

6.º Por fin á la derecha y á la izquierda se ven dos pasillos, llamados gargantas ó *fauces*, por los cuales se entra á la parte privada de la habitación. Cerca de allí se encuentra la habitación del portero encargado de guardar los departamentos interiores. Tal es la parte pública de las habitaciones.

En la parte privada se encuentra:

1.º El *Peristilo*: este es una galería sostenida por columnas y que forma un amplio cuadrado alrededor de un jardín ó de un *Xistus*, es decir, de un patio sembrado de flores y de arbustos. En el centro del jardín se encuentra comúnmente una gran fuente en la cual jugaban pequeños pescados, y cuya agua se elevaba en graciosos y variados juegos.

2.º El *Exedro*; á los lados del *Peristilo* se abre el exedro ó salon, en el cual el amo recibía las visitas de sus amigos.

3.º El *Triclinium* ó comedor, cuyas paredes están cubiertas de pinturas que representan asuntos muy diversos; escenas de vendimia, escenas mitológicas, caricaturas, etc.

4.º El *Atrium*, gran sala en que se reunían las mujeres á trabajar.

5.º Las recámaras, adornadas con pinturas ó estatuas y mosaicos.

6.º Los gabinetes de tocador.

7.º El *Sacrarium*, especie de capilla doméstica con nichos para las estatuas de las divinidades protectoras de la familia.

8.º Los baños, la cocina, el granero, la bodega para el aceite y el vino, así como las otras dependencias necesarias de una casa, estaban aisladas de las habitaciones y colocadas en la parte exterior del peristilo.

En general todas las piezas de la habitación privada son muy pequeñas. Al primer golpe de vista causa admiración que bajo un clima ardiente hayan podido permanecer los antiguos en semejantes departamentos, pero es preciso saber que pasaban la mayor parte de su tiempo obajo vastos pórticos, en los teatros, en el forum y en los otros edificios públicos; la vida en familia era casi ninguna. Es porque en efecto la mujer es el alma del hogar doméstico. Además, en Pompeya, como en todo el resto del mundo pagano, la mujer era un poder desconocido que solo el Cristianismo ha revelado; era una esclava, cuyas cadenas ha roto el Evangelio.

Esta distribución simétrica y este plan uniforme de las casas dan lugar á muchas observaciones que resumiré desde luego. Entre tanto voy á concluir por donde acababan todas las cosas humanas, las ciudades y los hombres, por los sepulcros. En Pompeya, como en otras ciudades paganas, están colocados á las orillas de las grandes vías. La idea de relegar los muertos á campos aislados, lejanos de la vista de los vivos, no se había ocurrido á ningún pueblo, era necesaria la filosofía del último siglo que no dudaba de nada, porque no tenía de qué dudar para inventar esa anomalía no menos contraria á las costumbres generales de las naciones, que á los senti-

mientos de la naturaleza y á los principios de la religión.

Al salir de la puerta de Herculano, se ve desde luego el garitón del centinela. El soldado que estaba de guardia en el momento de la catástrofe permaneció fiel en su puesto, pero su fidelidad le costó la vida; le han encontrado muerto, con la lanza en una mano. Cerca del garitón está el banco circular en donde los viejos veteranos de aquel tiempo conversaban sobre los transeuntes, contaban sus hazañas, jugaban á los dados, y *fumaban su puro*, añadía uno de nuestros compañeros. A quince pasos se ve el hemicyclo ó el lugar de la sepultura que los decuriones dieron á Mammia, sacerdotisa pública, como lo dice la inscripción grabada en el grande arco:

MAMMIAE. P. F. SACERDOTI PVBLICAE.

LOCVS SEPVLTVR.

DATVS DECVVRIONVM DECRETO.

Alrededor del sitio sepulcral de Mammia está una banqueta semicircular cerca de la cual hay una piedra sepulcral que presenta la siguiente inscripción:

M. PORC. M. F.

EX. DEC. DECRETO.

IN FRONTEM. P. XXV.

IN AGRO. P. XXV.

Lo cual quiere decir Marco Porcio ha recibido de los decuriones un lugar para sepultura de 25 pies de latitud y 25 de longitud. Estas inscripciones prueban desde luego que uno de los más bellos testimonios de reconocimiento y de estimación hacia un ciudadano era el de darle un lugar para su sepultura á nombre de la ciudad; ellas prueban también, de parte de los paganos, el temor de que sus cenizas fuesen confundidas con las de los extranjeros; millares de inscripciones establecen la universalidad de este sentimiento, cuya razón daré al hablar de las catacumbas. Entre

muchas otras inscripciones, me contento con citar la del soberbio mausoleo de Nevoleja y Tyché y de Cayo Munácio Fausto.

N.EVOLEIA. I. LIB. TICHE SIBI ET
C. MVNATIO. FAVSTO. AVG. EX PAGANO.
CVI. DECVRIONIS. CONSENSV. POPVLI.
EISELLIAM. OB METITA. EIVS DECREVERVNT
HOC MONVMENTVN. N.EVOLEIA. TYCHE
LIBERTIS. SVIS
LIBERTABVSQ. ET. C. MVNATI. FAVSTI VIVA
FECIT. I

Después de haber recorrido la vía de los Sepulcros, y antes de volver á subir al coche, echamos una última mirada á Pompeya. Adios, ciudad providencial; tú, á diferencia de tantas otras ciudades, á los golpes de los bárbaros que no dejaron vestigios, fuiste reservada para instrucción de las razas futuras; la espantosa catástrofe que te redujo á una tumba, te conserva en ella viva, sepultada bajo una capa de cenizas. Tú, monumento á la vez antiguo y nuevo, das á conocer el paganismo no solo en los libros, en los recuerdos y en las ruinas, sino en una realidad palpable, y tal como era voluptuoso, cruel, egoísta. Apenas se ha descubierto la cuarta parte de tu recinto, y ya hemos contado nueve templos, dos teatros, un anfiteatro, termas, dos forum, una basílica, un cuartel; ¡pero ni un solo hospital! Por todas partes, en tus templos, en tus plazas, en tus calles, en tus casas, ídolos monstruosos y pinturas obscenas, vivientes testigos de la infamia de tu culto y de la abominación de tus costumbres; aún más; en el lujo y en la distribu-

¹ Es decir Nevoleja Tiché, primera liberta, ha hecho este monumento á ella misma y á Cayo Munácio Fausto, del barrio de Augusto (a) á quien los decuriones, con consentimiento del pueblo, han concedido por razón de sus méritos el honor de Bisellium. Nevoleja Tiché lo ha hecho en su vida para sus libertos y para Cayo Munácio Fausto.

(a) Este era el nombre de un barrio de Pompeya.

ción de tus habitaciones, el sensualismo abyecto, el egoísmo y la falta de vida en familia. Adios Pompeya, página de la tremenda historia del mundo pagano, tú enseñas aquí sobre la degradación de la humanidad, más que todos los libros de los sabios. Gracias á tí, el milagro que regeneró el universo resplandeció á mis ojos con un brillo más vivo que el hermoso y esplendente sol que brilla sobre tu entreabierta tumba. . . .!

En medio de aquella Babilonia, es de creerse que Dios contaba algunos elegidos; un signo sagrado encontrado en la casa de Pansa, parece probar que en Pompeya había cristianos. Sabemos por otra parte que San Pedro había pasado á Nápoles en 44; que San Pablo halló hermanos suyos en Pouzzoles en 59. ¿Es creíble que veinte años después del paso de San Pablo y treinta y cinco después del de San Pedro, una ciudad tan importante como Pompeya y apenas distante algunas leguas, no poseyese ningún discípulo del Evangelio?

23 DE FEBRERO.

Los Studj ó Museo Borbon.—Vida religiosa.—
Vida pública.—
Vida privada de los antiguos.

En 1756 el célebre abate Barthelemy escribía de Roma: "Subo con frecuencia al Capitolio. La primera vez que entré allí sentí el golpe de la electricidad y no podría describir la impresión que me causaron tantas riquezas reunidas. No es ya un gabinete, es la morada de los dioses de la antigua Roma, es el liceo de los filósofos, es un senado compuesto de los reyes del Oriente ¿qué diré? Un pueblo de estatuas habita el Capitolio, éste es el gran libro de los anticuarios." Si el Capitolio es el gran libro de los anticuarios, el mu-

seo de Nápoles puede llamarse el segundo tomo de este gran libro; y no temo agregar que este segundo tomo es mucho más interesante que el primero. Allí tenéis la representación, aquí la realidad. A las estatuas de los dioses, de los reyes y de los grandes hombres que hacen del Capitolio un olimpo, un senado, un liceo, el museo de Nápoles añade todos los objetos que servían para la vida religiosa, pública y privada de los antiguos y hasta los alimentos de que usaban. La impresión que sentimos al visitarlo fué tanto más viva cuanto que la vista de los Studj completaba la visita de Pompeya y los recuerdos de Baja.

Ahora, el museo de Nápoles, verdadero bazar de Herculano y de Pompeya, es de tal modo rico, que atendida la multitud innumerable de objetos de todo género que presenta á la curiosidad del viajero, es casi imposible visitarlo con fruto, si no se le visita con orden.

Ayer habíamos estudiado á Pompeya bajo el aspecto religioso, civil y doméstico; era natural seguir el mismo plan en el examen del museo. Así, referimos todos los objetos á tres grandes categorías; la vida religiosa, la vida pública y la vida privada de los antiguos.

I. *Vida religiosa.*—Los templos de Pompeya están en verdad muy bien conservados, pero están vacíos de sus dioses, de sus sacerdotes y de su menaje. Entrad al museo Borbon: hé aquí el olimpo con sus habitantes; volvedlos á colocar con la imaginación en los nichos que habeis visto la víspera y el templo estará animado y el espectáculo será completo. Júpiter Mer-

¹ Cuando lo recorrimos contenía el museo Borbon 1,684 objetos de antigüedades egipcias; 110 grandes bronceos; 1,830 estatuas, bustos y bajos relieves en mármol; 6,093 objetos de tierra cocida; 1,300 lámparas; 2,197 objetos de vidrio; 14,000 objetos pequeños de bronce; 2,600 jarras griegas y etruscas; 2,000 pinturas; 1,700 papiros, etc., etc.

rio, Ganimedes, Baco, Flora, Juno, Palas, Vénus, Ibes, Sérapis, Apolo, los dioses públicos y domésticos, todas las divinidades están allí de bronce, de mármol, en todas dimensiones, con sus diversos atributos y con aquella belleza *de forma* que sabía dar á sus obras el cincel creador de los griegos. Después de los dioses vienen los instrumentos de sus cultos. Hé aquí altares de todas formas; mirad el que está á vuestra derecha, él os muestra todavía algunos restos de una víctima. A un lado están dos *lectisternium*, lechos sagrados ó ambas consolas en las cuales se colocaban los vasos sagrados y las imágenes de los dioses; un soberbio calentador con su tripié para uso de los perfumes y de las libaciones; los cuchillos de los victimarios, las jarras para recibir la sangre; el pequeño altar de los arúspices con los instrumentos para cavar y examinar las entrañas de las víctimas; las palas para recoger las cenizas; los candelabros de tres de cuatro, de cinco brazos; las páteras para las libaciones; los pífanos, las trompetas, todos los instrumentos de música sagrada.

A fin de animar todos estos objetos, pasemos á la galería de los frescos. Ved á los sacerdotes y á los asistentes haciendo una gran ceremonia en el interior de un templo. Todo parece en movimiento, y por poco familiar que uno sea con los usos antiguos, puede seguir en todos sus pormenores el orden del sacrificio y de la fiesta; se cree oír la armonía de las trompetas y de los coros, el sonido desigual del pífano, y se ven las posturas misteriosas del sacerdote, que baila á la cabeza de la orquesta que le sigue. Por fin, el humo, la llama, los ebis ¹ y el bello orden de la multitud recogida os trasladarán al medio del templo y creereis que formais parte del cortejo.

¹ Pájaro sagrado de los Egipcios.

muchas otras inscripciones, me contento con citar la del soberbio mausoleo de Nevoleja y Tyché y de Cayo Munácio Fausto.

N.EVOLEIA. I. LIB. TICHE SIBI ET
C. MVNATIO. FAVSTO. AVG. EX PAGANO.
CVI. DECVRIONIS. CONSENSV. POPVLI.
EISELLIAM. OB METITA. EIVS DECREVERVNT
HOC MONVMENTVN. N.EVOLEIA. TYCHE
LIBERTIS. SVIS
LIBERTABVSQ. ET. C. MVNATI. FAVSTI VIVA
FECIT. I

Después de haber recorrido la vía de los Sepuleros, y antes de volver á subir al coche, echamos una última mirada á Pompeya. Adios, ciudad providencial; tú, á diferencia de tantas otras ciudades, á los golpes de los bárbaros que no dejaron vestigios, fuiste reservada para instrucción de las razas futuras; la espantosa catástrofe que te redujo á una tumba, te conserva en ella viva, sepultada bajo una capa de cenizas. Tú, monumento á la vez antiguo y nuevo, das á conocer el paganismo no solo en los libros, en los recuerdos y en las ruinas, sino en una realidad palpable, y tal como era voluptuoso, cruel, egoísta. Apenas se ha descubierto la cuarta parte de tu recinto, y ya hemos contado nueve templos, dos teatros, un anfiteatro, termas, dos forum, una basílica, un cuartel; ¡pero ni un solo hospital! Por todas partes, en tus templos, en tus plazas, en tus calles, en tus casas, ídolos monstruosos y pinturas obscenas, vivientes testigos de la infamia de tu culto y de la abominación de tus costumbres; aún más; en el lujo y en la distribu-

¹ Es decir Nevoleja Tiché, primera liberta, ha hecho este monumento á ella misma y á Cayo Munácio Fausto, del barrio de Augusto (a) a quien los decuriones, con consentimiento del pueblo, han concedido por razón de sus méritos el honor de Bisellium. Nevoleja Tiché lo ha hecho en su vida para sus libertos y para Cayo Munácio Fausto.

(a) Este era el nombre de un barrio de Pompeya.

ción de tus habitaciones, el sensualismo abyecto, el egoísmo y la falta de vida en familia. Adios Pompeya, página de la tremenda historia del mundo pagano, tú enseñas aquí sobre la degradación de la humanidad, más que todos los libros de los sabios. Gracias á tí, el milagro que regeneró el universo resplandeció á mis ojos con un brillo más vivo que el hermoso y esplendente sol que brilla sobre tu entreabierta tumba. . . .!

En medio de aquella Babilonia, es de creerse que Dios contaba algunos elegidos; un signo sagrado encontrado en la casa de Pansa, parece probar que en Pompeya había cristianos. Sabemos por otra parte que San Pedro había pasado á Nápoles en 44; que San Pablo halló hermanos suyos en Pouzzoles en 59. ¿Es creíble que veinte años después del paso de San Pablo y treinta y cinco después del de San Pedro, una ciudad tan importante como Pompeya y apenas distante algunas leguas, no poseyese ningún discípulo del Evangelio?

23 DE FEBRERO.

Los Studj ó Museo Borbon.—Vida religiosa.—
Vida pública.—
Vida privada de los antiguos.

En 1756 el célebre abate Barthelemy escribía de Roma: "Subo con frecuencia al Capitolio. La primera vez que entré allí sentí el golpe de la electricidad y no podría describir la impresión que me causaron tantas riquezas reunidas. No es ya un gabinete, es la morada de los dioses de la antigua Roma, es el liceo de los filósofos, es un senado compuesto de los reyes del Oriente ¿qué diré? Un pueblo de estatuas habita el Capitolio, éste es el gran libro de los anticuarios." Si el Capitolio es el gran libro de los anticuarios, el mu-

seo de Nápoles puede llamarse el segundo tomo de este gran libro; y no temo agregar que este segundo tomo es mucho más interesante que el primero. Allí tenéis la representación, aquí la realidad. A las estatuas de los dioses, de los reyes y de los grandes hombres que hacen del Capitolio un olimpo, un senado, un liceo, el museo de Nápoles añade todos los objetos que servían para la vida religiosa, pública y privada de los antiguos y hasta los alimentos de que usaban. La impresión que sentimos al visitarlo fué tanto más viva cuanto que la vista de los Studj completaba la visita de Pompeya y los recuerdos de Baja.

Ahora, el museo de Nápoles, verdadero bazar de Herculano y de Pompeya, es de tal modo rico, que atendida la multitud innumerable de objetos de todo género que presenta á la curiosidad del viajero, es casi imposible visitarlo con fruto, si no se le visita con orden.

Ayer habíamos estudiado á Pompeya bajo el aspecto religioso, civil y doméstico; era natural seguir el mismo plan en el examen del museo. Así, referimos todos los objetos á tres grandes categorías; la vida religiosa, la vida pública y la vida privada de los antiguos.

I. *Vida religiosa.*—Los templos de Pompeya están en verdad muy bien conservados, pero están vacíos de sus dioses, de sus sacerdotes y de su menaje. Entrad al museo Borbon: hé aquí el olimpo con sus habitantes; volvedlos á colocar con la imaginación en los nichos que habeis visto la víspera y el templo estará animado y el espectáculo será completo. Júpiter Mer-

¹ Cuando lo recorrimos contenía el museo Borbon 1,684 objetos de antigüedades egipcias; 110 grandes bronceos; 1,830 estatuas, bustos y bajos relieves en mármol; 6,093 objetos de tierra cocida; 1,300 lámparas; 2,197 objetos de vidrio; 14,000 objetos pequeños de bronce; 2,600 jarras griegas y etruscas; 2,000 pinturas; 1,700 papiros, etc., etc.

rio, Ganimedes, Baco, Flora, Juno, Palas, Vénus, Ibes, Sérapis, Apolo, los dioses públicos y domésticos, todas las divinidades están allí de bronce, de mármol, en todas dimensiones, con sus diversos atributos y con aquella belleza *de forma* que sabía dar á sus obras el cincel creador de los griegos. Después de los dioses vienen los instrumentos de sus cultos. Hé aquí altares de todas formas; mirad el que está á vuestra derecha, él os muestra todavía algunos restos de una víctima. A un lado están dos *lectisternium*, lechos sagrados ó ambas consolas en las cuales se colocaban los vasos sagrados y las imágenes de los dioses; un soberbio calentador con su tripié para uso de los perfumes y de las libaciones; los eucillos de los victimarios, las jarras para recibir la sangre; el pequeño altar de los arúspices con los instrumentos para cavar y examinar las entrañas de las víctimas; las palas para recoger las cenizas; los candelabros de tres de cuatro, de cinco brazos; las páteras para las libaciones; los pífanos, las trompetas, todos los instrumentos de música sagrada.

A fin de animar todos estos objetos, pasemos á la galería de los frescos. Ved á los sacerdotes y á los asistentes haciendo una gran ceremonia en el interior de un templo. Todo parece en movimiento, y por poco familiar que uno sea con los usos antiguos, puede seguir en todos sus pormenores el orden del sacrificio y de la fiesta; se cree oír la armonía de las trompetas y de los coros, el sonido desigual del pífano, y se ven las posturas misteriosas del sacerdote, que baila á la cabeza de la orquesta que le sigue. Por fin, el humo, la llama, los ebis ¹ y el bello orden de la multitud recogida os trasladarán al medio del templo y creereis que formais parte del cortejo.

¹ Pájaro sagrado de los Egipcios.

Acabábamos de asistir á una ceremonia solemne en un templo público; era preciso ver el culto doméstico ejerciéndose en el secreto de cada familia. Los *Lavarium* y los *Sacarium*, visitados la víspera, estaban presentes á nuestra imaginación; hoy nada más fácil que contemplarlos tales como estaban hace diez y ocho siglos á ciertas horas de la mañana y de la tarde, al tiempo en que toda la familia se reunía en ellos. Los pequeños altares de los dioses lares incrustados de plata, los dioses mismos de bronce, de mármol, trabajados con delicadeza; las estufillas elegantes, las jarras, las copas, hasta la ceniza y los restos de las ofrendas, existen todavía sobre los altares en el mismo estado en que fueron sepultados por la erupción del Vesubio; todas estas cosas que veis con vuestros ojos y que tocáis con vuestras manos, os hacen estar presentes á las ceremonias del culto doméstico.

Si se agrega á esto los emblemas religiosos, los amuletos colocados sobre la puerta de las casas para preservárlas de las influencias de los géneos malévolos, las cipas ¹ de los patios, de los forum, de las fuentes, en una palabra, aquella multitud de objetos religiosos dispuestos á cada paso en las casas y en las calles, se encuentra uno en pleno paganismo; y se ve al pobre idólatra, ya con la copa de las libaciones en la mano, ya con la pátera cargada de flores, de frutas, de pasteles, incesantemente prosternado delante de los dioses sucesivamente crueles, repugnantes, ridículos y casi siempre infames.

II. *Vita pública*.—En los forum y en las basílicas no faltaban ayer más que paseantes, jueces y negociantes; en los teatros, actores y espectadores; en el anfiteatro, gladiadores; en las termas, bañadores;

¹ Columna ó piedra cuadrangular con inscripciones.

en los lavatorios, lavanderas; en las tiendas, marchantes; hoy vamos á ver estos diferentes personajes con su traje ordinario ó de circunstancias; todos habitan el museo Borbon. Lo que llamó desde luego nuestras miradas fué aquel pueblo de estatuas, vivas imágenes de los hombres y de las mujeres que habían recorrido como nosotros las calles de Pompeya, que habían llenado aquella ciudad con el ruido de sus nombres, ó que por su nacimiento, su dignidad ó su importancia histórica, habían sido admitidas en ellas al derecho de ciudadanía.

Unos están á caballo, otros á pié, todos con el traje del tiempo, llenando algun deber público ó entregándose á las ocupaciones ordinarias de la vida. Márcos-Nónios-Balbo, el jóven, y Márcos-Nónios-Balbo, el anciano, residían en las representaciones teatrales de Herculano. Periandro, Licurgo, Ciceron, Públicola, Demóstenes, Eurípedes, Sófocles, Herodoto, escriben, hablan, mandan. Hé aquí en el forum algunos Pompeyanos que restauran sus fuerzas bebiendo líquidos entónces usuales; otros están ocupados en leer los carteles y en mirar dos hermosas estatuas ecuestres. Hé aquí uno que compra nuevas sandalias, jarras nuevas, y por economía, utensilios viejos; aquel come tortas, éste carne. Hé ahí un mercader de *vestidos con galones* que lleva todo su almacén á sus espaldas; delante de él está el comprador. A dos pasos, algunos muchachos y muchachas van alegremente á la escuela, y un jóven artista copia una estatua ecuestre que se apoya en su pedestal. Voltead á la derecha y sois felizmente testigo de una buena acción. Algunas damas dan limosna á un pobre ciego conducido por un perro. ¿Quién sabe? ellas pueden ser tal vez cristianas. Otras mujeres acuden ante la multitud á comprar y vender, mientras que las vecinas, según la antigua cos-

tumbre, charlan con las comadres del cuartel.

Entremos ahora al teatro. Las sillas curules, los *bisellium*, ¹ las contraseñas, que aquellos hombres tenían para sentarse hace diez y ocho siglos, en aquellas mismas graderías que habíamos ocupado la víspera, están allí expuestos á vuestras miradas entre los pequeños bronceos. Los rostros de las máquinas empleadas para tender el velo del teatro de Pompeya se encuentran todavía en su lugar. En cuanto al velo mismo, que no podía resistir á la acción del tiempo, está conservado en el fresco representando el *Sirapium* ó velo entero de modo que admira á los más grandes conocedores en antigüedades y bellas artes.

¿Deseáis conocer las diferentes profesiones y manejar las armas ofensivas y defensivas, los útiles, los instrumentos, los escritorios, los pesos y las balanzas de aquellos hombres muertos hace tantos siglos, tan diferentes de nosotros en costumbres, lenguaje, religion, y creemos tal vez, en los usos ordinarios de la vida? basta abrir los ojos y extender las manos. ¿Cuál era el uniforme de las numerosas tropas de gladiadores que vendían su vida para divertir al pueblo? ¿cuál era la armadura de aquellos soldados romanos que hicieron la conquista del mundo? mirad, tocad sus lanzas, sus espadas, sus puñales, sus escudos, sus cascos, sus espuelas; las bridas de los caballos están allí, así como las cadenas con que se sujetaban los piés á los legionarios indisciplinados. En aquella que veis suspendida bajo haces de armas, estaban sujetos cinco soldados cuyos esqueletos fueron hallados en la prisión militar.

Señores miembros de nuestras academias y de nuestros institutos, ¡oh sabios

¹ Ya se ha dicho que es un asiento para una sola persona, en el cual podían caber tres.

del siglo diez y nueve! ¿teneis curiosidad de conocer á vuestros predecesores y de verles trabajar en su gabinete? Entrad; hé aquí uno que compone; tiene en una mano su estilo y en la otra la tablilla untada de cera; su frente está arrugada; es que trabaja en algun noble pensamiento. Su vecino recorre un papyrus; hay mujeres sábias que están en la misma actitud; plumas, tintero, tinta, papel de diferentes clases, y sobre ese papel frases y raspaduras; todo está allí á vuestra vista y podeis, con permiso del cicerone, tomar todo en vuestras manos. ¿Pedís algo más? ¡Ay! tengo que enseñaros en ese mismo papel la polilla impertinente que atentó á las obras del géneo; pero en castigo de su crimen está carbonizada como el mismo papel. ¿Acaso os envaneceríais de ver una biblioteca del siglo de Augusto? Hé aquí las armazones, incrustaciones de madera, de plata, de bronce, que podeis recomendar á los ebanistas de Paris.

Adios la ciencia, salud al comercio. ¿Quereis comprar lámparas, y sobre todo lámparas de dos brazos? Hé aquí la muestra del mercader: es una cabeza de buey que tiene una lámpara de dos picos, y de una proporcion desmesurada, como el guante, el sombrero, la bota roja que sirven de muestra á nuestros guanteros, á nuestros sombreros, á nuestros zapateros del siglo diez y nueve. Se encuentran en el almacén lámparas, candelabros de tierra y de bronce de todas formas, de todos tamaños, barnizados y no barnizados. ¿Necesitais lámparas de pié, lámparas sin pié, lámparas adornadas con bajos relieves? hay donde escoger; hé aquí una que conserva todavía su mecha. Dos cosas os admirarán: la perfección del trabajo y la semejanza que las lámparas de aquel tiempo tienen con las nuestras. ¿Quereis linternas? es difícil encontrar otras más elegantes y más sólidas que las de Pompeya. Unas tie-

nen por mango un bonito tigre; otras tienen paredes de talco, especie de piedra trasparente, ó de cuerno, con el fin de apagar un poco la luz y resistir el choque.

¿Buscáis aceite ó vino añejo? entrad à un *Thermopolum*. Las ánforas, las jarras están llenas; y si temeis que el comerciante os engañe, verificad sus pesos, sus medidas, sus balanzas; todo está allí. El sestario y el triángulo para demostrar el nivel de los líquidos, se parecen perfectamente à los que hoy usan los napolitanos. Hé aquí el pié romano; es de hueso así como otras medidas. La mayor parte de los pesos son de piedra ó de plomo; estos últimos tienen escritos de un lado: *Eme*, compra; y del otro *Habebis*, tendrás. Esto recuerda el rótulo de nuestros peluqueros franceses: *Mañana se rasura aquí por nada*; ó la de algunos particulares napolitanos: *Hoy no se fia, mañana sí*.

Pero estais enfermo, y en vez de bebida y alimento necesitais remedios; la botica está abierta. Una pequeña y bonita caja de drogas os presenta pastas preparadas en forma de cilindro para hacer píldoras, y píldoras ya hechas. Necesitais que os hagan alguna operacion, que os arranquen una muela ú os corten un brazo, hé aquí al cirujano. Su estuche muy voluminoso, se extiende à vuestra vista, y los ungüentos con que será necesario componer el primer aparato están encerrados en elegantes cajas de bolsa juntamente con pequeños instrumentos de cirujía. Si vuestro caballo necesita una sangría allí está el artista veterinario con sus *lanctas*; puede presentaros hilas bien conservadas. La coleccion de los instrumentos de cirujía ballados en Pompeya, causa todavía la admiracion de los hombres del arte; variedad, riqueza, elegancia, nada deja que desear.

Hace largo tiempo que viajamos y nues-

tra ropa necesira lavarse; pero queremos que sea lavada à la antigua, como se lavaba la de Augusto, de Tito, de Nónio ó de Munácio Fausto. Ya hemos visto el lavadero público, su gran caldera, sus diferentes piezas para recibir, conservar, batir y secar la ropa. Si esto no basta, un bonito fresco contemporáneo de la operacion, nos la da à conocer en todos sus pormenores. El nos enseña que hombres, mujeres y niños trabajaban igualmente en la obra esencial de la economía doméstica. Unos sacan la ropa de la caldera y la ponen en prensa para exprimir el agua que contiene; al lado de éstos está la lámpara con la vinajera de aceite para poder trabajar durante la noche; otros llevan las telas à las lavanderas que las pasan à unas jarras grandes de metal. Hé aquí algunos jóvenes que aprensan los paños en conchas; algunos de sus camaradas los extienden y otros llevan el banco de legía semejante al que conocemos. Mientras riñen con las mujeres ocupadas en el mismo trabajo, la ama lavandera da un pedazo de género à una buena muchacha que lo recibe escuchando con atencion las recomendaciones de su superiora.

Dejemos un momento la ciudad cuyos habitantes y cuyas artes conocemos, un paseo al campo nos será tanto más agradable cuanto que podemos hacerlo sin salir del museo. Los hermosos frutos de la Campaña no han cambiado desde la destruccion de Pompeya; se puede juzgar de ellos por los que están pintados y conservados. La manera de regar es la misma. Ved à ese jardinero que conduce su asno cargado de ánforas y cubierto con el simple arnés que podeis conocer todos los dias por la mañana en la plaza del Mercado. El dia en que se mata un cerdo es una fiesta de familia en el campo, y lo mismo era en tiempo de Augusto. Los Pompeyanos de otro tiempo trabajaban como los

Campanianos de hoy. Hé aquí sus instrumentos aratorios, sus pichas, sus azadones, sus bancos, sus picos, sus garfios, sus horcas, sus rastrillos, y hasta rascadera para limpiar el arado.

Los pastores son inseparables de los labradores. Este fresco de diez y ocho siglos os enseña, en sus costumbres y en sus hábitos, à los pastores de aquel bello país de Nápoles. Siguen su rebaño que se extiende hasta la verde llanura; dos pastorcillos ordeñan una cabra y uno de ellos recibe la leche en una jarra; otros la aprensan y hacen de ella la *ricota*,¹ todavía tan buscada por los Napolitanos y los Romanos, la depositan en un canasto y hé aquí en el museo los restos de estos canastos conservados cuidadosamente entre los objetos preciosos. Durante la operacion, otro pastor toca la zampona; y si este instrumento, hecho de una simple caña, no ha podido resistir al tiempo, hé aquí la cornamusa de bronce y hueso, la otra que era de pieles se ha consumido, pero podeis tocar la bonita cadenilla de bronce que sostenia el instrumento campestre al cuello del pastor. ¿Os seria agradable oír la campanilla ó el cascabel suspendido del cuello de las cabras, de las ovejas, de los bueyes ó de las vacas del siglo de Tito? tirad del cordoncito que está en el armario, poned el oído y oireis un sonido ronco ó argentino, enteramente semejante à aquel que en las mañanas os despierta cuando los pastores conducen sus vacas y sus cabras por las calles de Nápoles.

Este espectáculo nos obliga à hacer una reparacion de honor al cantor de los Eglégas. Habiamos creído que los pastores de Virgilio eran seres imaginarios, cuyo tipo habia creado el poeta con trajes, costumbres, hábitos y lenguaje; no hay nada de esto ó casi nada. Virgilio, geógrafo cuan-

¹ Leche recocida.

do describe la gruta de la Sibyla y el lago Averno, es historiador cuando canta la vida pastoril.

III. *Vida privada*.—¿Qué eran en el interior del hogar doméstico esos hombres que hemos visto en los templos, en las ciudades y en los campos? ¿Cuáles eran sus costumbres, sus muebles, sus utensilios, los objetos de lujo ó de necesidad de que se servian? Es fácil satisfacer nuestra curiosidad. Y desde luego podemos tomar parte en los juegos de los niños. Hé aquí algunos grupos que se divierten; segun costumbre, el uno rie, el otro llora, aquel está mohino, éste juega tranquilamente mientras su vecino acaricia un gatito. Algunos pequeñuelos y niños juegan à la tabla, y los huesecillos no están pintados, sino que los hay en realidad; os es permitido tomarlos y jugar con ellos como hicieron hace diez y ocho siglos los que se servian de ellos. Lo mismo sucede con las alegres *peonzas* y los verdaderos *trompos* que tanto hicieron correr à los pequeños Pompeyanos y que han conservado el privilegio de hacer correr à muchos otros. ¿Habreis visto trotar en las avenidas del Luxemburgo el coche tirado por cabras que causa tanto gusto à muchos centenares de niños parisienses? pues bien, los niños de Pompeya lo conocian tambien. Las cabras han muerto, pero el coche existe; miradlo, es de bronce, de cuatro ruedas y de cuidadoso trabajo.

Pero si hay tiempo de recreo lo hay tambien de trabajo para los niños; veámosles en obra. ¿Necesitábais sandalias? pedídselas à ese joven zapatero que trabaja inclinado sobre su obra. ¿Necesitais una caja? el aprendiz de carpintero os hace una, y así en otros oficios. No es esto todo: los niños de todos los países tienen una inclinacion muy conocida à imitar todo cuanto ven hacer, muchas veces tienen un atractivo particular en representar

las ceremonias de la religion. ¡Cosa notable! los niños de Pompeya tenían el mismo gusto: tan cierto así es que el hombre es naturalmente religioso. Hé aquí tres de ellos que están ocupados en ofrecer una libación alrededor de un monumento; otros celebran un sacrificio: y podeis tocar con vuestras manos los pequeños cuchillos y las peñas páteras, las jarritas y demas objetos destinados á la inmolation de la su-puesta víctima.

De los niños pasemos á las personas grandes; no hablo de las caricaturas ya conocidas de los antiguos, que cubren los frescos de las diferentes piezas; examinemos solamente muebles y utensilios del ajuar. En la bodega están las numerosas hileras de ánforas, de color gris, largas, de cuello estrecho, simples ó con dos asas; la mayor parte de tierra cocida, están barnizadas; aquellas contienen aceite, éstas vino y otros licores. En esta jarra perforada con pequeños agujeros y llamada *Glycerium*, se conserva vivo el liron; cuando se quiere, se le frie y se come. Esta otra jarra llena, contiene trigo, haba, cebada; podeis tomar de ella y si quereis sembrar. Hé aquí los morteros con sus manos, las escudillas con sus cubiertas, las salseras, los vasos de madera con esta comprometedora inscripcion: *Bibe, amice, de meo*; «Bebe amigo de lo que contengo.» Entre estos vasos los hay pulidos y de diversos colores; otros con una asa, y muchos tienen dos. Las pequeñas tazas azules que veis no han servido todavía; iban á servir en los momentos de la erupcion; porque fueron halladas cuidadosamente puestas unas dentro de otras, rodeadas cada una con una ligera capa de paja, segun el método todavía empleado por nuestros comerciantes de vasos y de loza.

En nuestro siglo de las luces, se han dado no sé cuántos diplomas de invencion por los hornos económicos; es curioso ver

la antigüedad de este moderno descubrimiento. Hé aquí un horno exactamente semejante á los que conocemos, en el cual se mandaban cocer, hervir, asar muchas cosas á la vez; sino que es de bronce y los nuestros son de fierro colado, ¡progreso! A derecha é izquierda brillan las marmitas y las cacerolas, la mayor parte plateadas en el interior; los moldes para la pastelería, las coladeras, las cubetas, y hasta las tenazas para tomar la lumbré. ¿Quereis saber á quién pertenecia la hermosa jarra colocada en aquella consola? la inscripcion os dice que fué propiedad de la Sra. Camelia Schelidoni: *Camelæ Schelidoni*. Siento no poder enseñaros más objetos de esta dama pompeyana, cuyo buen gusto es incontestable. La gran vasija que está á un lado de la jarra merece una atencion particular. La llave colocada á un lado, muy encima del fondo, da la ventaja de tener, ya agua hirviendo, ya un cocimiento de flores ó de plantas depositadas en la parte de la vasija inferior á la llave. Mirad todavía aquel calentador; es cuadrangular, el contorno representa las murallas de una ciudad con sus torres y sus troneras; todo este recinto está hueco y contiene agua, que una vez en ebullicion sale cuando se quiere por una llave colocada á un lado. Las torres tienen una cubierta que se abre cuando se necesita vapor de la agua hirviendo, para moderar el aire demasiado enrarecido por el fuego.

De la cocina es natural entrar al *Triclinium* ó comedor. La mesa está puesta y cubierta con setenta y dos piezas de plata labrada; los platos, las soperas, las charolas, las cucharas y los cubiertos son muy semejantes á los que usamos, solo los tenedores tienen la punta recta, y los vasos de grandes dimensiones están provistos de dos asas, lo cual pareceria probar que los antiguos bebían grandes cantidades y bebían á dos manos. ¿Pero los alimentos?

Hé aquí harina, levadura envuelta en la servilleta cuya marca es todavía visible, pan con el nombre del panadero: *Eris. q. Cran. Re. Ser*; rosquillas y galletas, trigo, cebada, maíz, arroz, salvado, trufas, cañamones, habas, lentejas, algarrobas, almen-dras, castañas, nueces, hongos, dátiles, higos, aceite en una vasija que se liquida todavía con el calor, carne en una caserola de plata, en fin, huevos frescos. . . . de dos mil años. Todos estos objetos de un uso diario, están allí tales como fueron hallados, la mayor parte en las mismas vasijas de tierra, de bronce ó de plata en donde los habian depositado hace tantos siglos los desgraciados habitantes de Herculano y de Pompeya.

En cuanto á los objetos de lujo, el número es inmenso; igualmente, si no exce-den por la riqueza de la materia y la belleza del trabajo, á lo que hemos visto más perfecto. La vanidad es antigua en el mundo femenino y las damas de Pompeya parecen haberse sacrificado á ella ampliamente. Brazaletes de oro en forma de serpientes, para la parte alta del brazo y para las muñecas, collares igualmente de oro con piedras preciosas, camafeos de un valor inestimable, adornos de todo género, tales son los brillantes testimonios de esa enfermedad tantas veces secular. En este rico almacén de novedades, encontramos elegantes visitadoras que se extasiaban, que hacían exclamaciones de admiracion y que devoradas por el deseo de tener brazaletes ó collares á la Pompeyana, preguntaban: ¿cuánto costará esto? ¿cuán bello es! ¿qué trabajo tan exquisito!

Dejando en sus gozes á aquellas dignas hijas de sus abuelos, quisimos recorrer, antes de dejar el museo, el círculo entero de la vida humana, nos quedaba por ver la muerte y las ceremonias que la acompañaban. Hé aquí el fúnebre cortejo, con las plañideras obligadas y las imágenes de

los antepasados, van seguidas del *Silicernium* y de la urna que contiene las cenizas del difunto. Los bajos relieves del mausoleo repiten las acciones del muerto; más lejos está el *Triclinium* funerario, en el cual una multitud de Pompeyanos, recostados en lechos, participan de la comida consagrada á la memoria de aquellos á quienes han perdido. Para que este espectáculo sea una simple representacion mirad aquellos muertos de diez y ocho siglos. . . . Momias medio descubiertas, pero acostadas en su tumba, y aquellos esqueletos, negros como el carbon, conservan todavía una parte de sus cabellos.

Nuestro viaje, comenzado en las ruinas de Baja, continuado en los edificios de Pompeya, completado en las galerías del museo Borbon, en medio de la antigüedad pagana, habia concluido. ¿Qué impresion nos queda de él? A vista de aquellas casas, de aquellos muebles, de aquellas costumbres semejantes á las nuestras, aunque dos siglos mayores, se dice cada cual: Nada hay de nuevo bajo el sol; lo que es, es lo que fué y lo que será. Encerrado en un círculo cuyos límites no le es dado pasar, el hombre avanza y retrocede sucesivamente. En cuanto á artes y construcciones de lujo, los antiguos son todavía nuestros rivales y frecuentemente nuestros maestros. Lo que sabia ayer lo olvida hoy; mañana lo vuelve á encontrar, creyendo haberlo inventado y canta su progreso. Para igualarles nos faltan dos cosas: la riqueza y la esclavitud. Pero bajo el velo brillante de una civilizacion material, elevada hasta los últimos límites, la vista percibe una sociedad devorada por el egoismo, gastada en desórdenes y repugnante por sus crímenes, cuyo solo recuerdo hace palidecer. Las pruebas palpables de esta increíble degradacion están allí y parecen haber sido conservadas, no solo para justificar á los autores paganos y á los Padres de la Igle-

sia que trazaron el cuadro de las costumbres romanas, sino tambien para enseñar al viajero espantado, que no han dicho, ni han podido decirlo todo. En presencia de estos irrecusables testigos, el cristiano bendice con toda la efusion de su corazon al Dios cuya infinita misericordia ha renovado la faz de la tierra, y añade adorando su temible justicia: Si las artes, la religion, los espectáculos, las costumbres generales son la expresion de una época, de un pueblo y de una ciudad, Herculano y Pompeya merecian el horrible castigo que las anonadó.

24 DE FEBRERO.

El Vesubio.—Resina.—La Crinita.—Recuerdo de Spartaco y de Plinio.—Llegada á la cima del Vesubio.—Descenso al cráter.—Fertilidad de los terrenos volcánicos.—Herculano.—Portici.—El Corricolo.

Para completar la útil leccion que dan Herculano y Pompeya, nos quedaba por visitar el Vesubio, temible agente de la justicia de Dios, que destruyó á causa de sus iniquidades, y que conserva para instruccion de las razas futuras, á las ciudades culpables. Salimos á buena hora por el camino de fierro de Castellamare, y en veinte minutos estuvimos en Resina, pequeña aldea desde la cual se sube al Vesubio; se dirige uno para tener guías á los hermanos *salvatori*. Esta familia, cuyo solo nombre inspira confianza, goza de padres á hijos el privilegio de acompañar á los viajeros á la visita de la terrible montaña; ella lo divide con otras siete familias á quienes se hace aprender gratuitamente la lengua francesa. Ajustadas las condiciones, tomamos un frugal almuerzo durante el cual se prepararon los asnos y las mulas que debian servirnos de cabalgadura; cada uno de nosotros compró el baston

de rigor y la caravana partió. A su cabeza marchaba el guía, en el centro y á la retaguardia venia un grupo de quince á veinte lazzaroni de diferentes estaturas. Unos conducian nuestras cabalgaduras por la brida, otros las tenian por el cabestro y venian á cuidarlas al pié del Vesubio: aquellos llevaban canastas de naranjas y algunas botellas de *lacryma Christi*. Muchos adoradores del *farniente* nos seguian sin otra funcion conocida que divertir á nuestras excelencias con sus pantomimas y sus graciosas ocurrencias, pero en realidad trataban de probarnos á cada momento por indicaciones artísticas, históricas, mineralógicas, la grande utilidad de su presencia y la obligacion sagrada de reconocer sus importantes servicios con algunas monedas.

A una media legua de Resina, se deja la bella vegetacion, los plantios de viñas, de olivos, las blancas vilas, con sus cercados de naranjos. La pendiente se hace más rápida; y un camino pedregoso, difícil, serpenteando entre enormes capas de lava, conduce á una soledad espantosa. Allí comienza una naturaleza triste y muerta á la cual la vista de pequeños pedazos de terreno escarpado, á la destruccion, añade más tristeza todavía. Bien pronto se llega á las capas de lava negras, calcinadas, vitrificadas que cubre la base del Vesubio, cuyo cono negruzco, semejante á la chimenea de una inmensa máquina de vapor, se lanza á los aires á una altura de 1,300 piés sobre el nivel del mar. Sin embargo, en medio de aquel desierto se encuentra un oasis; este es la *Ermita*, llamada tambien *hotel de los Tres Olmos*. La Ermita es una casita en la cual reside un sacerdote con muchos carabineros. El padre Tomás á quien estábamos recomendados por uno de nuestros amigos, estaba por desgracia ausente, y los honores del lugar nos fueron hechos por un criado inteligente aunque

un poco charlatan. Desde la azotea el golpe de vista es encantador, es el panorama napolitano tomado desde el punto de vista opuesto á los Camaldulenses.

Ademas, dos recuerdos trágicos vienen á llenar con su sombra el cuadro. Hacia el año de Roma 680, un esclavo nacido en la Trácia, estaba encerrado en Cápua con tres ó cuatro mil desgraciados destinados como él á los sangrientos juegos del Anfiteatro. Una noche forza su prision, gana el campo y se ve bien pronto á la cabeza de una pequeña tropa de esclavos fugitivos; de montaña en montaña llega á la vertiente del Vesubio. Lleno de audacia y de valor, dotado de una fuerza de alma que los malos tratamientos de la servidumbre han duplicado, Espartaco dirige á sus compañeros las enérgicas palabras que la historia ha recogido y que parecen todavía repetir los ecos del volcan: "Desechos del mundo, sin nombre, sin patria, sin familia, condenados á recrear á nuestros señores con espectáculos bárbaros ó á alimentar su molicie á precio de nuestros sudores; tratados por ellos como viles animales, el látigo sangriento, el fierro candente, la cruz, son el precio de nuestros servicios; hé aquí lo que somos. Depende de nosotros cambiar nuestra suerte; tenemos la fuerza el número y el derecho, sepamos combatir y el destino será nuestro." A estas palabras extiende las manos hácia el cielo y hácia el mar: sus compañeros las levantan sobre sus escudos, y ocho dias despues cuarenta mil esclavos, formados en batalla, baten á los pretores y á los cónsules y hacen temblar á la gran Roma; pero la hora de la libertad no habia sonado todavía para el mundo. Cinco años despues Espartaco, derrotado por Craso, venia á morir casi en el mismo lugar en que habia levantado el estandarte de la emancipacion.

Quando desde la altura de la misma azo-

tea se llevan las miradas del lado de Stabia, se cree percibir á través de una lluvia de cenizas el fatal sudario en el cual se hizo tender Plinio el anciano, sufocado por el humo del volcan, despues de haber pedido dos vasos de agua fresca. Se cree sentir todavía el olor del azufre que anunciaba la columna de aire abrasada, luego se cree ver la llama que seguia, y muy pronto se distingue el cuerpo inanimado del gran naturalista, muerto en aquellos lugares por amor á la ciencia, como Espartaco por amor á la libertad.

Aunque poco consolador, este último recuerdo no nos impidió seguir nuestra peligrosa ascension. Es cierto que el cielo estaba en calma y el Vesubio perfectamente inofensivo. Si nada teniamos que temer del volcan, parece que si debiamos temer á los *sgrazzatori* (bandidos). Al dejar la Ermita, nuestra pequeña tropa fué escoltada por dos carabineros de seguridad. Su Majestad Napolitana los mantiene en aquel puesto aislado para acompañar á los viajeros á quienes, sin esto, se les podria robar y hasta asesinar al pié del Vesubio sin que un oido humano oyese sus gritos de angustia. Por un estrecho sendero se baja á una profunda barranca que protege la Ermita contra las erupciones del volcan; luego se eleva uno sobre enormes capas de lava y se llega en poco tiempo á la base de la montaña. A la izquierda se levanta un cono llamado *Cono de Gotrey*, del nombre de un francés que se precipitó en él voluntariamente y cuyo cadáver vomitó el Vesubio dos dias despues. Allí es preciso echar pié á tierra; las bestias de carga no pueden ir más lejos; toca ahora á los viajeros subir armados de un baston el flanco escarpado de la montaña. Quando llegamos á cierta altura, nos sentamos para respirar y gozar de un espectáculo que no carecia de intereses.

sia que trazaron el cuadro de las costumbres romanas, sino tambien para enseñar al viajero espantado, que no han dicho, ni han podido decirlo todo. En presencia de estos irrecusables testigos, el cristiano bendice con toda la efusion de su corazon al Dios cuya infinita misericordia ha renovado la faz de la tierra, y añade adorando su temible justicia: Si las artes, la religion, los espectáculos, las costumbres generales son la expresion de una época, de un pueblo y de una ciudad, Herculano y Pompeya merecian el horrible castigo que las anonadó.

24 DE FEBRERO.

El Vesubio.—Resina.—La Crinita.—Recuerdo de Spartaco y de Plinio.—Llegada á la cima del Vesubio.—Descenso al cráter.—Fertilidad de los terrenos volcánicos.—Herculano.—Portici.—El Corricolo.

Para completar la útil leccion que dan Herculano y Pompeya, nos quedaba por visitar el Vesubio, temible agente de la justicia de Dios, que destruyó á causa de sus iniquidades, y que conserva para instruccion de las razas futuras, á las ciudades culpables. Salimos á buena hora por el camino de fierro de Castellamare, y en veinte minutos estuvimos en Resina, pequeña aldea desde la cual se sube al Vesubio; se dirige uno para tener guías á los hermanos *salvatori*. Esta familia, cuyo solo nombre inspira confianza, goza de padres á hijos el privilegio de acompañar á los viajeros á la visita de la terrible montaña; ella lo divide con otras siete familias á quienes se hace aprender gratuitamente la lengua francesa. Ajustadas las condiciones, tomamos un frugal almuerzo durante el cual se prepararon los asnos y las mulas que debian servirnos de cabalgadura; cada uno de nosotros compró el baston

de rigor y la caravana partió. A su cabeza marchaba el guía, en el centro y á la retaguardia venia un grupo de quince á veinte lazzaroni de diferentes estaturas. Unos conducian nuestras cabalgaduras por la brida, otros las tenian por el cabestro y venian á cuidarlas al pié del Vesubio: aquellos llevaban canastas de naranjas y algunas botellas de *lacryma Christi*. Muchos adoradores del *farniente* nos seguian sin otra funcion conocida que divertir á nuestras excelencias con sus pantomimas y sus graciosas ocurrencias, pero en realidad trataban de probarnos á cada momento por indicaciones artísticas, históricas, mineralógicas, la grande utilidad de su presencia y la obligacion sagrada de reconocer sus importantes servicios con algunas monedas.

A una media legua de Resina, se deja la bella vegetacion, los plantios de viñas, de olivos, las blancas vilas, con sus cercados de naranjos. La pendiente se hace más rápida; y un camino pedregoso, difícil, serpenteando entre enormes capas de lava, conduce á una soledad espantosa. Allí comienza una naturaleza triste y muerta á la cual la vista de pequeños pedazos de terreno escarpado, á la destruccion, añade más tristeza todavía. Bien pronto se llega á las capas de lava negras, calcinadas, vitrificadas que cubre la base del Vesubio, cuyo cono negruzco, semejante á la chimenea de una inmensa máquina de vapor, se lanza á los aires á una altura de 1,300 piés sobre el nivel del mar. Sin embargo, en medio de aquel desierto se encuentra un oasis; este es la *Ermita*, llamada tambien *hotel de los Tres Olmos*. La Ermita es una casita en la cual reside un sacerdote con muchos carabineros. El padre Tomás á quien estábamos recomendados por uno de nuestros amigos, estaba por desgracia ausente, y los honores del lugar nos fueron hechos por un criado inteligente aunque

un poco charlatan. Desde la azotea el golpe de vista es encantador, es el panorama napolitano tomado desde el punto de vista opuesto á los Camaldulenses.

Ademas, dos recuerdos trágicos vienen á llenar con su sombra el cuadro. Hacia el año de Roma 680, un esclavo nacido en la Trácia, estaba encerrado en Cápua con tres ó cuatro mil desgraciados destinados como él á los sangrientos juegos del Anfiteatro. Una noche forza su prision, gana el campo y se ve bien pronto á la cabeza de una pequeña tropa de esclavos fugitivos; de montaña en montaña llega á la vertiente del Vesubio. Lleno de audacia y de valor, dotado de una fuerza de alma que los malos tratamientos de la servidumbre han duplicado, Espartaco dirige á sus compañeros las enérgicas palabras que la historia ha recogido y que parecen todavía repetir los ecos del volcan: "Desechos del mundo, sin nombre, sin patria, sin familia, condenados á recrear á nuestros señores con espectáculos bárbaros ó á alimentar su molicie á precio de nuestros sudores; tratados por ellos como viles animales, el látigo sangriento, el fierro candente, la cruz, son el precio de nuestros servicios; hé aquí lo que somos. Depende de nosotros cambiar nuestra suerte; tenemos la fuerza el número y el derecho, sepamos combatir y el destino será nuestro." A estas palabras extiende las manos hácia el cielo y hácia el mar: sus compañeros las levantan sobre sus escudos, y ocho dias despues cuarenta mil esclavos, formados en batalla, baten á los pretores y á los cónsules y hacen temblar á la gran Roma; pero la hora de la libertad no habia sonado todavía para el mundo. Cinco años despues Espartaco, derrotado por Craso, venia á morir casi en el mismo lugar en que habia levantado el estandarte de la emancipacion.

Quando desde la altura de la misma azo-

tea se llevan las miradas del lado de Stabia, se cree percibir á través de una lluvia de cenizas el fatal sudario en el cual se hizo tender Plinio el anciano, sufocado por el humo del volcan, despues de haber pedido dos vasos de agua fresca. Se cree sentir todavía el olor del azufre que anunciaba la columna de aire abrasada, luego se cree ver la llama que seguia, y muy pronto se distingue el cuerpo inanimado del gran naturalista, muerto en aquellos lugares por amor á la ciencia, como Espartaco por amor á la libertad.

Aunque poco consolador, este último recuerdo no nos impidió seguir nuestra peligrosa ascension. Es cierto que el cielo estaba en calma y el Vesubio perfectamente inofensivo. Si nada teniamos que temer del volcan, parece que si debiamos temer á los *sgrazzatori* (bandidos). Al dejar la Ermita, nuestra pequeña tropa fué escoltada por dos carabineros de seguridad. Su Majestad Napolitana los mantiene en aquel puesto aislado para acompañar á los viajeros á quienes, sin esto, se les podria robar y hasta asesinar al pié del Vesubio sin que un oido humano oyese sus gritos de angustia. Por un estrecho sendero se baja á una profunda barranca que protege la Ermita contra las erupciones del volcan; luego se eleva uno sobre enormes capas de lava y se llega en poco tiempo á la base de la montaña. A la izquierda se levanta un cono llamado *Cono de Gotrey*, del nombre de un francés que se precipitó en él voluntariamente y cuyo cadáver vomitó el Vesubio dos dias despues. Allí es preciso echar pié á tierra; las bestias de carga no pueden ir más lejos; toca ahora á los viajeros subir armados de un baston el flanco escarpado de la montaña. Quando llegamos á cierta altura, nos sentamos para respirar y gozar de un espectáculo que no carecia de intereses.

Aunque lo he deseado muchas veces, nunca he visto el gran desierto de Shara, ni la caravana asiática ó africana vivaqueando en medio de ardientes arenas, ni al Arabe vagabundo rodeando aquellas vastas soledades para robar al viajero extraviado. A falta de la realidad, yo tenía á la vista una representación de ella, bastante palpable. Al pié de la montaña estacionaban, atados á unos postes con cabestros, cuarenta cabalgaduras, asnos, caballos ó mulas. Treinta lazzorini, viva imagen de los negros, domésticos obligados de la caravana oriental, guardaban nuestras bestias de carga y algunos bagajes. A nuestro alrededor una soledad no ménos completa que la del desierto; á falta de una llanura de arena, teníamos á nuestros piés una llanura de cenizas y de lavas. Los Beduinos tampoco faltaban, porque es costumbre que entre los oficios criados de que vais acompañado se encuentre siempre algun ladrón. En fin, si la caravana del desierto está protegida por soldados de larga carabina que les atraviesan la espalda, nosotros teníamos la misma ventaja.

Mientras yo deliraba en mi vision africana, los que se habian quedado atrás se reunieron con el cuerpo de ejército y se siguió escalando la difícil montaña; el Vesubio presentaba entónces un fenómeno notable. Así como esos viejos de que hablan á menudo los moralistas, que á pesar de sus canas llevan en su pecho un corazón que hierven las pasiones, así el viejo volcan ocultaba sus entrañas de fuego bajo una superficie cubierta de una nieve helada; ántes de las doce estábamos en el término de nuestra ascension. La cima del Vesubio forma una llanura circular de un cuarto de legua de diámetro.

De la espesa capa de cenizas calientes sobre la cual andais, se escapan de trecho en trecho ardientes respiraderos en los

cuales es imposible tener puesta la mano. Acá y acullá algunas lavas blanquizas semejantes á huesos extendidos en una hoguera funeraria, numerosos accidentes de terreno con partes calientes, color de teja, de donde sale incesantemente un aire inflamado; por todas partes la imagen de la destruccion y de la muerte; tal es el espectáculo que toca las miradas del viajero. Dimos la vuelta á la llanura sin detenernos, porque los piés nos ardan, el olor del azufre nos afectaba la garganta y el humo del cráter nos hacia llorar los ojos. Al llegar al punto del Vesubio que mira á Pompeya nos detuvimos delante de un respiradero semejante á la boca de una hornaza llena de vidrio en fusion; nos ocurrió la idea de sumergir allí nuestros bastones y siempre los retirábamos quemándose. Cartas y papeles, esquelas, todo lo que poníamos ardía al punto en nuestras manos. Ved en esto la temeridad humana. La corteza ardiente que resonaba bajo nuestros pasos nos separaba apénas algunos piés de un abismo de fuego. ¿Qué era necesario para entreabrir aquella frágil corteza y sepultarnos en ella? un ligero sacudimiento de la tierra, un poco de aire comprimido; ¡y nosotros ni pensábamos en ello!

En el centro de la llanura se abre el cráter; este es un abismo cortado en forma de embudo que puede tener 200 piés de profundidad y otros tantos de anchura. Las paredes abiertas, cubiertas de cenizas, de azufre y de cinábrio, presentan un aspecto que causa la vista y aterroriza el alma. La visita al Vesubio no sería completa si no se bajara al fondo del cráter. Consultamos al guía sobre esto y opuso algunas dificultades á nuestros deseos; sin embargo, nos aseguró que estando el tiempo en calma nada teníamos que temer, y siguiendo sus pasos, empezamos la aventurada excursion. Apoyados en nuestros lar-

gos bastones, bajamos en zigzag por el flanco meridional del abismo ardiente y despues de diez minutos de una marcha penosa, estuvimos á algunos pasos de la chimenea. En el centro del abismo está una ancha abertura de la cual se levanta noche y dia una vasta columna de humo blanquiceo saturado de cloro y de azufre. En el seno de la tierra se oye como el ruido intermitente de un gran soplete de fragua ó el juego perfectamente isócrono de una bomba de doble émbolo. A cada golpe de émbolo se lanza el humo en borbotones de 15 á 20 piés de elevacion. Las materias ígneas vomitadas por el cráter se enfrían al contacto de la atmósfera y vuelven á caer á sus orillas; luego al acumularse forman alrededor del orificio un cono elevado algunos metros, al cual se le llama chimenea.

Hacia tiempo que contemplábamos con una curiosidad mezclada de terror aquel respiradero del infierno cuando un golpe de viento llevó sobre nosotros la columna de humo. Uno de nuestros compañeros se cree sufocado; cae, sus miembros se entiesan, sus ojos se inyectan de sangre, la respiracion no puede ser más penosa. Todos se apresuran á levantarle, á alejarle y á llevarle al flanco del cráter; bien pronto recobra el sentido, pero el temor de un nuevo accidente nos obliga á dejar prontamente aquel lugar. Además, habíamos visto todo lo que se puede ver. Penetrado de un doble sentimiento de gratitud y espanto, volvimos al plano y dejándonos resbalar por un abismo de lava cubierta de un pié de ceniza, llegamos abajo del Vesubio sin accidente en nuestras personas, pero con un irreparable perjuicio en nuestros calzados. Quemados y desgarrados como estaban no hubieran podido conducirnos decentemente á Nápoles, si hubiéramos tenido que hacer el camino á pié. Felizmente nuestras fieles cabalgaduras

nos esperaban en la basa de la montaña; con ellas volvimos á pasar á la Ermita en donde quedaron nuestros carabineros, y dos horas despues ya estábamos de vuelta en Resina.

A pesar del justo espanto que inspira el Vesubio, á pesar de las desolaciones que ha hecho tantos siglos, no puede uno dejar, al visitarlo, de rendir homenaje á sus beneficios. La ceniza con que inunda los costados y llanuras vecinas es de tal modo fértil que la poblacion se eleva á cinco mil almas por legua cuadrada en el radio que riega. Además de la vista que es deliciosa, allí tiene buen éxito toda especie de cultivo y crecen árboles de todo género. Los trigos dan ocho y diez por uno, y segun la costumbre de los Romanos, la tierra labrada sin retardo para recibir semillas de otra especie. Los árboles guardan la viña y dan frutos; se recogen las hojas en otoño para alimentar á las bestias durante el invierno; entre las hileras de olmos crecen melones, que se venden ántes de sembrar el trigo. Despues de la cosecha del trigo, se vuelve la azada al rastrojo, para sembrar allí habas ó trébol. Durante seis meses van los niños todas las mañanas á cortar con una hoz una carga para alimentar á las vacas. En la primavera se planta el maíz sobre el rastrojo de las habas ó de las legumbres; se abonan entónces las tierras y este es un dia de fiesta en los campos. Apénas se acaba aquella cosecha cuando se vuelve á mover la tierra para sembrar trigo, y despues del trigo legumbres de diferentes especies. Así, las tierras producen en abundancia vino y frutos, granos y legumbres para el hombre; hojas y yerbas para los animales. A pesar de esto el colono es pobre en general, sobre todo cuando hay una mala cosecha.

La miseria es por todas partes en el campo compañera de la fecundidad del

suelo, porque atrae y aumenta de tal modo la población, que el suelo subdividido hasta el infinito cesa muy pronto de poder mantener él solo los brazos que ha multiplicado demasiado. «Para juzgar de ello basta saber que estas tierras volcánicas alimentan una familia de cinco personas con la tercera parte del producto de cinco fanegas; no se puede encontrar sino en las Indias ejemplo semejante de tal riqueza y de tan gran población.»¹ Tantas producciones no agotan la fecundidad del suelo. Las cenizas del Vesubio añaden á las legumbres, á las sandías, á las mejores naranjas de Europa con las de Portugal, el *lacryma Christi*, excelente vino cuyo nombre un poco triste ha inspirado estos bonitos versos al poeta italiano Chiabrera:

Chia fu de' contadini il sí indiacreto,
Chia s'bigotter, la gente
Diede nome dolente
Al vin, che sovra gli altri il cuor fa lieto?
Lacrima dunque apellerassi un riso,
Porto di nobilissima vendemmia?

No se puede dejar á Resina sin visitar á Herculano, sepultado bajo la lava á 60 piés de profundidad. Al resplandor de lan antorchas recorrimos las partes ya despejadas; el primer monumento que se encuentra es el teatro, que pasa por el mejor conservado que tenemos. Pero Dion Cassio parece haberse engañado cuando avanza que los habitantes fueron sorprendidos por la erupcion, en medio de una pieza de comedia; el pequeño número de esqueletos hallados en el teatro parece atestiguar lo contrario. Como quiera que sea, las proporciones del edificio, el alineamiento de las calles, el número de los papiros dan á conocer que Herculano era una grande y hermosa ciudad, así como los frescos y los otros objetos de lujo y de religion, establecen desgraciadamente que mereció la suerte de Pompeya, de cuyas

¹ Lullin de Chateaufieux. *Cartas sobre la Italia*, p. 250.

iniquidades participaba. Cerca de Herculano brilla la residencia real de Portici, cuyo patio de honor está atravesado por el gran camino de Salerno y de las dos Calábrias; no molestar ni impedir el tránsito público y sacrificar el reposo privado á la felicidad de las comunicaciones, es un sentimiento fraternal que honrará siempre al rey Carlos III. La elegancia de los pórticos, la belleza de las pinturas merecen la atención del viajero. Despues de haber dado un golpe de vista á aquellas riquezas, verdaderos tesoros que en todas partes no dejarán serlo, entramos á Nápoles, no sin admirar los numerosos *corricolo* que surcaban el camino de anchas losas.

El *corricolo* es el coche napolitano por excelencia. Habitantes de la ciudad y del campo, lazzaroni y no lazzaroni, militares y artesanos, hombres y mujeres, todos parecen subir á él con igual dicha. Por su forma se parece á nuestros guallines de las inmediaciones de Paris; pero lo que á nada se parece es el modo con que se colocan en él los viajeros en número de diez, de doce y hasta de catorce. Están en todas partes, adentro, afuera, detrás, encima, debajo, en pié, sentados, acostados, acurrucados, riendo, cantando, hablando y sobre todo gesticulando con ese talento mímico tan vivo y tan variado que permite á los Napolitanos mantener la conversacion sin pronunciar una sola palabra y sin ser comprendidos por los extranjeros. Cuando el *corricolo*, adornado con aquella sociedad de pintorescos trajes, pasa rápidamente delante de vos, no se sabe si se ven sombras chinescas ó un coche con máscaras.

25 DE FEBRERO.

El Hospicio de los pobres.—Carlos III.—Benedicto XIV.—El padre Rocco.—Caridad napolitana con los niños abandonados.—Ponti.—Rossi.—San Januario de los pobres.—Catacumbas.—Colegio chino.—Gesu Vecchio (Antiguo Jesus).—Cuerpos de San Crisanto y de Santa Daría.—La vestal mártir.—Piedad napolitana.—Costumbres públicas.—Anécdota.

Habiamos acabado con el mundo pagano, antiguo habitante de Parthenope y de sus encantadas orillas; sus monumentos de todo género nos eran conocidos y los habiamos sorprendido en los impuros secretos de su vida religiosa, pública y privada. El terrible volcan de que Dios se habia servido para ejercer su justa venganza habia recibido nuestra visita; nos quedaba por estudiar al pueblo nuevo, hijo y sucesor del pueblo que ya no existe. Nápoles convertida en cristiana, manifiesta su fe por sus monumentos, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres. No hablemos de sus trescientas iglesias, pasemos á sus establecimientos de caridad.

El *Albergo reale de Poveri* (Hospicio real de los Pobres) fué el primer objeto de nuestra curiosidad. Para dirigirnos á él seguimos la gran calle de *Toledo*; los *Studj* se encontraban á dos pasos: entramos á ella para ver la biblioteca. Esta posee un gran número de ediciones *princeps* y cerca de tres mil manuscritos muy antiguos. El más precioso de todos es el célebre autógrafo de Santo Tomás de Aquino que contiene la exposicion del tratado de San Dionisio Areopagita, *De Cælesti Hierarchia*. En otro tiempo se le conservaba religiosamente en el convento de Santo Domingo; allí se le traslada todavía cada año para exponerlo á la veneracion de los fieles el dia de la fiesta del santo doctor.

No léjos del *Studj*, incomparable museo

de antigüedades paganas, Nápoles enseña con su justo orgullo el hospicio de los pobres, uno de los tres hospicios más grandes de la Europa. Un rey, un papa, un santo trabajaron de concierto en la fundacion de este magnífico hotel de la miseria; el rey Carlos III; el Papa Benedicto XIV, y el siervo de Dios, el padre Rocco, tan célebre en Nápoles por su elocuencia como por su caridad. Aliviar las enfermedades corporales y espirituales de los pobres, tal era el pensamiento que animaba á los tres fundadores. La inscripcion grabada en letras de oro en la fachada principal del edificio,

REGIUM TOTIUS REGNI PAUPERUM HOSPITIUM,
resume el pensamiento creador que la carta del jóven rey desarrolla todo entero.

“El cielo, dice el excelente monarca, que nos anima para asegurar la felicidad de este reino, no nos permite ya mirar con ojos indiferentes todos los desórdenes producidos por la gran cantidad de pobres que obstruyen esta populosa ciudad. Aunque entre todos estos indigentes haya ancianos, cojos, ciegos, incapaces de trabajar, lo que nos mueve á una profunda piedad es que hay algunos en gran número que viven en la ociosidad; estos hombres son robustos y tenaces en profesar el estado de mendigos, para llevar á propósito una vida ociosa y libertina. Hay tambien huérfanos que se habitúan á mendigar sin ninguna educacion cristiana, sin aprender ningún oficio, y llegan á ser no solo seres inútiles, sino verdaderos malvados, perjudiciales á la sociedad. En consecuencia, por una justa conmiseracion hácia los primeros, y por el deber que tenemos de reformar á los otros, hemos resuelto fundar en esta capital un hospicio general de pobres de todos sexos y edades, é introducir en él las artes más útiles y necesarias, á fin de que tal obra sea agradable á los ojos de

suelo, porque atrae y aumenta de tal modo la población, que el suelo subdividido hasta el infinito cesa muy pronto de poder mantener él solo los brazos que ha multiplicado demasiado. «Para juzgar de ello basta saber que estas tierras volcánicas alimentan una familia de cinco personas con la tercera parte del producto de cinco fanegas; no se puede encontrar sino en las Indias ejemplo semejante de tal riqueza y de tan gran población.»¹ Tantas producciones no agotan la fecundidad del suelo. Las cenizas del Vesubio añaden á las legumbres, á las sandías, á las mejores naranjas de Europa con las de Portugal, el *lacryma Christi*, excelente vino cuyo nombre un poco triste ha inspirado estos bonitos versos al poeta italiano Chiabrera:

Chia fu de' contadini il sí indiacreto,
Chia s'bigotter, la gente
Diede nome dolente
Al vin, che sovra gli altri il cuor fa lieto?
Lacrime dunque apellerassi un riso,
Porto di nobilissima vendemmia?

No se puede dejar á Resina sin visitar á Herculano, sepultado bajo la lava á 60 piés de profundidad. Al resplandor de lan antorchas recorrimos las partes ya despejadas; el primer monumento que se encuentra es el teatro, que pasa por el mejor conservado que tenemos. Pero Dion Cassio parece haberse engañado cuando avanza que los habitantes fueron sorprendidos por la erupcion, en medio de una pieza de comedia; el pequeño número de esqueletos hallados en el teatro parece atestiguar lo contrario. Como quiera que sea, las proporciones del edificio, el alineamiento de las calles, el número de los papiros dan á conocer que Herculano era una grande y hermosa ciudad, así como los frescos y los otros objetos de lujo y de religion, establecen desgraciadamente que mereció la suerte de Pompeya, de cuyas

¹ Lullin de Chateaufieux. *Cartas sobre la Italia*, p. 250.

iniquidades participaba. Cerca de Herculano brilla la residencia real de Portici, cuyo patio de honor está atravesado por el gran camino de Salerno y de las dos Calábrias; no molestar ni impedir el tránsito público y sacrificar el reposo privado á la felicidad de las comunicaciones, es un sentimiento fraternal que honrará siempre al rey Carlos III. La elegancia de los pórticos, la belleza de las pinturas merecen la atención del viajero. Después de haber dado un golpe de vista á aquellas riquezas, verdaderos tesoros que en todas partes no dejarán serlo, entramos á Nápoles, no sin admirar los numerosos *corricolo* que surcaban el camino de anchas losas.

El *corricolo* es el coche napolitano por excelencia. Habitantes de la ciudad y del campo, lazzaroni y no lazzaroni, militares y artesanos, hombres y mujeres, todos parecen subir á él con igual dicha. Por su forma se parece á nuestros guallines de las inmediaciones de Paris; pero lo que á nada se parece es el modo con que se colocan en él los viajeros en número de diez, de doce y hasta de catorce. Están en todas partes, adentro, afuera, detrás, encima, debajo, en pié, sentados, acostados, acurrucados, riendo, cantando, hablando y sobre todo gesticulando con ese talento mímico tan vivo y tan variado que permite á los Napolitanos mantener la conversacion sin pronunciar una sola palabra y sin ser comprendidos por los extranjeros. Cuando el *corricolo*, adornado con aquella sociedad de pintorescos trajes, pasa rápidamente delante de vos, no se sabe si se ven sombras chinescas ó un coche con máscaras.

25 DE FEBRERO.

El Hospicio de los pobres.—Carlos III.—Benedicto XIV.—El padre Rocco.—Caridad napolitana con los niños abandonados.—Ponti.—Rossi.—San Januario de los pobres.—Catacumbas.—Colegio chino.—Gesú Vecchio (Antiguo Jesus).—Cuerpos de San Crisanto y de Santa Daría.—La vestal mártir.—Piedad napolitana.—Costumbres públicas.—Anécdota.

Habíamos acabado con el mundo pagano, antiguo habitante de Parthenope y de sus encantadas orillas; sus monumentos de todo género nos eran conocidos y los habíamos sorprendido en los impuros secretos de su vida religiosa, pública y privada. El terrible volcan de que Dios se habia servido para ejercer su justa venganza habia recibido nuestra visita; nos quedaba por estudiar al pueblo nuevo, hijo y sucesor del pueblo que ya no existe. Nápoles convertida en cristiana, manifiesta su fe por sus monumentos, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres. No hablemos de sus trescientas iglesias, pasemos á sus establecimientos de caridad.

El *Albergo reale de Poveri* (Hospicio real de los Pobres) fué el primer objeto de nuestra curiosidad. Para dirigirnos á él seguimos la gran calle de *Toledo*; los *Studj* se encontraban á dos pasos: entramos á ella para ver la biblioteca. Esta posee un gran número de ediciones *princeps* y cerca de tres mil manuscritos muy antiguos. El más precioso de todos es el célebre autógrafo de Santo Tomás de Aquino que contiene la exposicion del tratado de San Dionisio Areopagita, *De Cælesti Hierarchia*. En otro tiempo se le conservaba religiosamente en el convento de Santo Domingo; allí se le traslada todavía cada año para exponerlo á la veneracion de los fieles el dia de la fiesta del santo doctor.

No léjos del *Studj*, incomparable museo

de antigüedades paganas, Nápoles enseña con su justo orgullo el hospicio de los pobres, uno de los tres hospicios más grandes de la Europa. Un rey, un papa, un santo trabajaron de concierto en la fundacion de este magnífico hotel de la miseria; el rey Carlos III; el Papa Benedicto XIV, y el siervo de Dios, el padre Rocco, tan célebre en Nápoles por su elocuencia como por su caridad. Aliviar las enfermedades corporales y espirituales de los pobres, tal era el pensamiento que animaba á los tres fundadores. La inscripcion grabada en letras de oro en la fachada principal del edificio,

REGIUM TOTIUS REGNI PAUPERUM HOSPITIUM,
resume el pensamiento creador que la carta del jóven rey desarrolla todo entero.

“El cielo, dice el excelente monarca, que nos anima para asegurar la felicidad de este reino, no nos permite ya mirar con ojos indiferentes todos los desórdenes producidos por la gran cantidad de pobres que obstruyen esta populosa ciudad. Aunque entre todos estos indigentes haya ancianos, cojos, ciegos, incapaces de trabajar, lo que nos mueve á una profunda piedad es que hay algunos en gran número que viven en la ociosidad; estos hombres son robustos y tenaces en profesar el estado de mendigos, para llevar á propósito una vida ociosa y libertina. Hay tambien huérfanos que se habitúan á mendigar sin ninguna educacion cristiana, sin aprender ningún oficio, y llegan á ser no solo seres inútiles, sino verdaderos malvados, perjudiciales á la sociedad. En consecuencia, por una justa conmiseracion hácia los primeros, y por el deber que tenemos de reformar á los otros, hemos resuelto fundar en esta capital un hospicio general de pobres de todos sexos y edades, é introducir en él las artes más útiles y necesarias, á fin de que tal obra sea agradable á los ojos de

Dios y se convierta en un beneficio para la ciudad y para el reino. 1.

Pero para levantar el colosal edificio, emprendido por el arquitecto Fernando Fuga, eran necesarias sumas inmensas, y el reino estaba pobre. El joven rey no perdió su valor; comenzó por ofrecer generosamente los recursos de que podía disponer; luego creó nuevos recursos sin agravar los impuestos. Ciertas corporaciones del reino estaban sometidas á una contribucion anual de que, hasta él, solo se habían aprovechado los víreyes. Cuando los diputados de la ciudad de Nápoles, los jefes de las corporaciones y los superiores de los conventos, vinieron á depositar sus ofrendas á los piés del trono, el rey les dijo: "Mis buenos súbditos, sabéis que estoy construyendo un gran asilo para los pobres del reino; necesito para esto de vuestra ayuda y siento un verdadero gusto en cambiar el destino de todos estos presentes, dedicándolos desde luego en acabar y dotar el hospicio de los pobres."

Informado Benedicto XIV de las generosas intenciones del joven príncipe, consintió de buena voluntad en suprimir once conventos de Agustinos reformados,

1 Lo zelo che si pudre dall'animo nostro per la maggiore felicità di questo reame, non ci permette di più riguardare con occhio indifferente tutti i disordini che derivano da' poveri, i quali inondano questa popolatissima cetta. (Sebbene vari fra costoro sien vecchi, stoxpi, ciechi, innabili alla fatica, dalla miseria de' quali altamente e commosa la pietá nostra, pure gli altri, e fanno la maggior parte, son nomini vagabondi e rebusti, fermi tutti nel professare la mendicitá per menar di proposito una vita oziosa e libertina: son fanciulli orfani e derelitti, i quali avezzandosi al mestiere del limosinare, senza cristiana educazioni; e senza apprendere arte alcuna, riescono col tempo non solo inutili, ma faciuorosi e perniciosissimi allo stato. Quindi per giusta commiserazione de' primi e per dovuta providenza ed emenda degli altri, abbiamo deliberato di fondare in questa capitale un generale albergo de' poveri d'ogni sesso ed età, e quiri introdurre el arte piú utili e necessario, affinche tale opera sia grata agli acchi di Dio, e di beneficio alla città ed al regno.

cuyas rentas consagró á la construccion y al mantenimiento del real palacio de la caridad. En el mismo tiempo el rey Carlos encontró un hombre que le prestó grande apoyo para el cumplimiento de su obra; éste era el famoso Padre Rocco, dominico misionero del pueblo. El Padre Rocco, un San Bernardo en la elocuencia y un San Vicente de Paul en la caridad, era todopoderoso en el pueblo napolitano. Verdadero tribuno cristiano, sabia por su inspirado acento, subyugar el corazon y el pensamiento de sus numerosos auditores, y cada uno, sin confesarlo, le concedía un poder providencial; de él se sirvió para secundar los designios caritativos del monarca. Cuando se le preguntaba cómo seria bueno hacer para encontrar dinero necesario para acabar un edificio que consumia tesoros, respondia sonriendo: "Seguid haciendo; el dinero no os faltará, yo os lo daré." *Fate, fate, il danaro non mancherà ed io velo porteró.*

Su confianza no fué vana, y en 1764 se abrió el magnífico asilo para todo género de miserias. En él encontramos cerca de tres mil niños de ambos sexos, cuyas categorías y cuyos trabajos recuerdan el hospicio apostólico de San Miguel. Allí se ven diferentes edificios para los tejidos de algodón, para las sederias, para el bordado y la pasamanería; hay una escuela de música, de dibujo, de cálculo, una fundicion de caracteres, una imprenta, un taller de litografía y una escuela para sordomudos. Una fábrica de coral emplea á más de trescientas jóvenes; otras se ocupan en los trabajos de agujas, tejidos, hilos, etc. De este modo hay trabajo y trabajo. *Libre* para adultos de todas edades, escuelas para artes y oficios, instruccion para todas capacidades. Visitamos con viva satisfaccion aquel pueblo entero de desgraciados, de los cuales no se dignaba ocuparse el paganismo, y cuyos dolores agrava la filantropía

ya y á quienes solo la caridad católica rodea de cuidados asiduos y los cubre con sus alas maternales.

Durante el curso de nuestra visita nos fueron dados interesantes pormenores sobre la caridad napolitana; nos es agradable darlos á conocer. En cada comuna del reino de Nápoles, la admistracion municipal recoge, sin informarse de su origen, á todos los niños que se presentan y les pone nodrizas en casas particulares; la cabecera de cada provincia posee un hospicio especial para los niños expósitos. Un pequeño balcon cubierto, *Ringhiera*, hace el oficio de torre, y el niño depositado es recogido inmediatamente al sonido de una campanilla que advierte desde luego á la vigilante. Se recibe en estos hospicios á todos los niños, sin dificultad alguna. Es muy raro que los hijos legítimos sean expuestos; pero por otra parte hay pocos hijos naturales que dejen de ser llevados á los asilos. La *Anunziata*, fundado en 1515 recibe los niños hallados en Nápoles y sus alrededores. Los muchachos á la edad de siete años son enviados al *Albergo de' Poveri*, en donde se educan con los huérfanos. Las niñas son igualmente recibidas en el recinto que les está reservado, y segun la excelente costumbre de la Italia, allí habitan hasta su muerte á ménos que se casen; en este caso reciben una dote conveniente. Además, es raro que no encuentren establecimiento, porque es costumbre en el pueblo ir por devocion á buscar una esposa entre ellas.

Al dirigiarnos á *San Januario de los Pobres*, visitamos los *Ponti-Rossi*, magníficos despojos del acueducto edificado por Augusto para conducir de treinta y cinco millas á Nápoles las aguas del rio Sebeto, destinadas á la flota de Misena. El hospicio de San Januario cuenta cuatrocientos pobres, hombres y mujeres, cuidados, dirigidos, atendidos, consolados por nuestras her-

manas grises, de origen del Franco Condado. Tengo gusto en repetirlo; nuestras religiosas están destinadas á hacer bendecir el nombre de la Francia hasta en las extremidades del mundo, y á conciliarnos la estimacion y el afecto necesario á nuestra mision providencial.

Cerca de San Januario está la abertura de las catacumbas, cuyas vastas galerías recorrimos. La altura de las bóvedas, la amplitud y la regularidad de las calles, el número y la solidez de las columnas, todo anuncia un trabajo ejecutado despacio y con todos los recursos del arte. Este solo hecho atestigua un origen pagano; la tradicion invariable en este punto, lo está tambien en el uso que nuestros padres hicieron de aquellas catacumbas. Aunque Nápoles no haya sido teatro de ninguna persecucion, sin embargo los cristianos de esta ciudad, al ver la sangre de sus hermanos que corria no lejos de sus murallas, debieron muchas veces ocultar sus misterios á los ojos de los paganos; estos subterráneos debieron ser su asilo. Allí se encuentran todavia fuentes bautismales, una capilla, una cátedra pontificia, testigos auténticos del paso de los primeros fieles.

El espíritu del Cristianismo que respira en las catacumbas, se manifiesta con brillo en la fundacion del *Colegio Chino*, único en Europa. Hacia fines del siglo décimo-séptimo, el padre Mateo Ripa, misionero napolitano, se embarcó para la China. Como pintor hábil, supo merecer las gracias del emperador y ardiendo en celo por la salvacion de aquel vasto país, quiso perpetuar el bien que habia empezado. De vuelta á su patria en 1726, fundó un colegio destinado á la instruccion de jóvenes chinos. El establecimiento fué dotado por piadosos cristianos y por la Propaganda de Roma. Allí son enviados los alumnos de la China por los misioneros, y entran

de trece à catorce años; vuelven á su país cuando su educacion ha concluido, y predicán el Evangelio á sus compatriotas. Vimos los retratos de un gran número de ellos, con inscripciones que indican sus nombres, el año de su nacimiento, de su llegada á Nápoles, de su salida para China y de su muerte, cuando es conocida; en fin, el género de martirio que muchos han sufrido. El colegio chino aunque poco numeroso, ha hecho importantes servicios á la religion, á las ciencias y á las artes.

Lo dejamos saludando á los futuros mártires que ocultaba en la sombra de sus claustros, y fuimos á rendir nuestros homenajes á dos mártires de los primeros tiempos á quienes la ciudad napolitana rodea de una veneracion profunda y de una confianza enteramente filial; quiero hablar de San Crisanto y Daria cuyos cuerpos descansan bajo el altar mayor de la iglesia popular del *Gesú Vecchio*. D. Plácido, guardian de aquel santuario venerable, recuerda por su desinterés y sus grandes virtudes los más bellos ejemplos de los tiempos primitivos. Se levanta á los dos de la mañana y celebra los santos misterios á las tres, á los cuales asisten una multitud de personas. A la misa se sigue la meditacion y una instruccion familiar. El buen sacerdote no baja de la cátedra sino para entrar al confesonario donde permanece una parte del día; audiencias de caridad unidas á la oracion ocupan el resto de su tiempo. Gracias á su benevolencia nos fué abierta la caja de los mártires y pudimos venerar á todo nuestro gusto aquellas piadosas reliquias cuya vista recuerda vivamente uno de los más hermosos triunfos del Evangelio.

Crisanto, hijo de un senador romano, había nacido en Egipto. Joven todavía acompañó á su padre á la gran Roma en donde fué bien pronto apreciada su alta inteligencia. Convencido de la vanidad de

los ídolos trataba por todos los medios de conocer la verdad á fin de librar su alma de las dudas que le desolaban. Le guiaron á un anciano sábio; Crisanto se dirige á éste y el anciano, que era cristiano, no tiene reparo en desvendar los ojos del joven neófito. Conocida la verdad, al instante fué abrazada con ardor por Crisanto que se hizo sacerdote. Su padre se asombra, se irrita, y jura hacer alejar á su hijo de lo que él llama sus supersticiones y sus errores. Caricias, ruegos, amenazas, todo se pone en obra, pero todo es inútil. Cediendo entónces á las instigaciones de sus parientes, el padre de Crisanto encierra á su hijo en su palacio y tiende á su virtud el lazo más peligroso. No habiendo podido quebrantarlo las personas llevadas para reducirle, se elige una Vestal igualmente famosa por sus atractivos, por sus conocimientos y por el encanto de su elocuencia. Daria, sacerdotisa de un ídolo, cuyo culto era mirado como la salvaguardia del imperio, despliega todos sus artificios para corromper al joven cristiano y llevarle como una conquista al altar de los dioses; pero ella misma se convirtió en conquista de la gracia. Crisanto y Daria viéndose unidos por los lazos de la fé, de la esperanza y de la caridad, se unen entónces por los vínculos sagrados del matrimonio virginal. Esta resolucion pone á Crisanto en libertad y le da, así como á su casta esposa, el medio de seguir predicando á Jesucristo. Numerosas conversiones en las altas regiones de la sociedad son el fruto de su apostolado; una de las más notables fué la del tribuno Claudio con su mujer, sus dos hijos, sus criados y setenta soldados.

Se llevan quejas al prefecto Celerino, quien manda arrestar á los jóvenes esposos. Crisanto es encerrado en la prision Mamertina y Daria expuesta en un lugar de prostitucion. El Señor vela sobre ellos

como veló por tantos otros, y salen intactos y puros. Para acabar con ellos, el emperador irritado los condena á ser enterrados vivos. Es verosímil que aquel espantoso suplicio fuese elegido con el fin de hacer sufrir á Daria el género de muerte reservado á las Vestales infieles. 1 Esta conjetura se hace tanto más probable, cuanto se hizo espirar á los santos mártires cerca de la puerta *Salaria*, lugar designado para el suplicio de las Vestales. 2 Un estremecimiento de terror os recorre todos los miembros, y lágrimas de compasion corren de nuestros ojos, cuando en presencia de aquellos cuerpos venerables, os acordais de los espantosos tormentos que les merecieron la gloriosa inmortalidad.

La Vestal, juzgada y condenada por el colegio de los pontífices era azotada con varas, luego cubierta con adornos mortuorios. En este estado se la hacia subir á una litera reservada para estas horribles ceremonias, y rodeada exteriormente con cojines atados con correas, á fin de dar á este ataud de vivos todo el silencio de una tumba. Los gritos de desesperacion espiraban en sus paredes, y los jueces y los verdugos no tenían que temer ni podían sentirse conmovidos á su pesar, ni ver excitarse entre los asistentes emociones que hubieran podido arrancar sus víctimas. El espantoso convoy atravesaba el *Forum*, el *Comitium* y se dirigia lentamente por la vía *Salaria* hácia el *Campo Malvado*, lugar del suplicio. La consternacion reinaba en la ciudad; las tiendas, las tabernas, las basílicas estaban cerradas, y el silencio de la multitud no era interrumpido sino por los sollozos de los parientes y amigos de la condenada. 3

1 Una cum Chrysanto in focam altam demissam, oceluso aditu, instar Vestalium delinquentium, extra portum Salarium, eo modo ambo mori coguntur.—Bar. an. 284, N. VII, A.

2 D. Halycar., II, 17; Plutarch., in Numa 18.

3 Plutarch., in Numa. 18.

En medio del Campo-Malvado se hallaba cavada una cueva subterránea á la cual se bajaba con ayuda de una escala. Un pequeño lecho estaba dispuesto bajo la bóveda y cerca de esta capa de la muerte lucía una lámpara sepulcral, no lejos de la cual estaba depositado un poco de aceite, un poco de pan y agua, una poca de leche, provisiones de un día para una desgraciada condenada eternamente á aquella prision tumularia. 1 Entre tanto los lictores desataban las cerraduras de la litera puesta frente á la cueva; el *Flamendiabis* llevaba á la víctima á la escala, luego se retiraba al punto dejando á la desgraciada en manos del verdugo. Este le ofrecia la mano para ayudarla á bajar; y apenas llegaba ella al fondo de su tumba, cuando el verdugo se apresuraba á quitar la escala y algunos esclavos, tan impasibles como la muerte, llenaban la entrada de la cueva hasta el nivel del suelo, igualando el terreno, porque no era conveniente que la Vestal culpable dejase huellas de su presencia ni entre los vivos, ni entre los muertos. 2

Pero los cristianos, testigos intrépidos del martirio de su hermano y de su hermana, no olvidaron su glorioso sepulcro.

Allí se reunian el día del aniversario de su muerte; 3 y cuando fué dada la paz á la Iglesia, el papa San Dámaso sacó á la luz del sol á Crisanto y á Daria; y es una grande alegría para el fiel de los últimos tiempos asociar sus humildes homenajes á los que el mundo católico ofrece solemnemente despues de diez y seis siglos á héroes de las edades primitivas. 4

1 Id., id.

2 Id., id.—I *Quest. rom.* 96.

3 Al hablar de las catacumbas diré lo que pasó en una de aquellas sinaxas.

4 Nuestros santos mártires fueron muertos bajo Numério el año 284 y sus actas fueron escritas por los dos hermanos *Arménio y Verino*. Véase *Trattenimento stórico su le gloriose gesta*

Puesto que hablo de los monumentos y de los objetos de la piedad napolitana, hé aquí algunos pormenores que completarán lo que ya he dicho en esta importante materia. La piedad toma el carácter de las naciones como de los individuos; más fría, más reservada, en Francia, es mucho más viva, más expansiva y más sencilla en Italia. Yo veía en el *Gesu Vecchio* una mujer del pueblo sucesivamente arrodillada y sentada hablando en voz alta á la Virgen Santísima, cuya milagrosa imagen corona el altar mayor. Fijos los ojos constantemente en María, la llamaba *Mamá, mamá*; le contaba con una sencillez de niño sus penas domésticas, sus deseos, sus esperanzas, sus temores; luego lloraba y le enviaba besos; después la saludaba con amor y acababa por volver á empezar añadiendo: Os he dicho todo; obrad ahora, yo me voy y cuento con vos; ¿me oís bien? *addio, mamma, mamma, addio*. Por fin salió enviándole un último beso. Lo que hacia esta pobre mujer lo hacían otras veinte al mismo tiempo; nadie se ocupaba de ellas, tan natural así es al pueblo de Nápoles este modo de orar.

En la clase elevada la piedad y sobre todo la confianza filial en María conserva el mismo carácter de fe viva y de sencillez tiernísima. Uno de los magistrados más distinguidos de Nápoles ha compuesto para su familia una obra muy estimada en la cual habla así á la Santísima Virgen: "Tal vez creéis, madre mía, que me habéis dado mucho; no lo niego, pero me debéis aún más de lo que me habéis dado. Permitidme arreglar hoy mis cuentas con vos. Todas las legislaciones del mundo, de acuerdo con la naturaleza misma, dan á los hijos un derecho sagrado sobre todos los bienes de su madre, especialmente cuando esos bienes no han sido concedidos á

de santi conjugi Crisanto e Daria v. e mm.—
Nápoles, 1831

la madre sino en consideración á sus hijos. Sentado este principio ¡ved cuán rica sois! Vuestras riquezas no son tesoros, sino minas inagotables. Sois la reina del cielo y de la tierra, la dispensadora de la gracia, el poder que se hace obedecer por Dios mismo. Ahora, pensad bien, os ruego, en que todos los bienes no os han sido dados á vos sola, sino para vuestros hijos, entrando aún yo, que soy el último de todos. ¿Seriais lo que sois sin mí y sin los pecadores como yo? ¿No es por vuestro rescate por lo que se hizo hombre el Hijo de Dios y por lo que os eligió para su Madre? Ved, pues, que todo lo que tenéis me pertenece. Además, lo que me habéis dado no es nada en comparación á lo que poseéis; me debéis, pues, todavía y me debéis mucho; ¿qué tenéis que responded. . . . ?"

Y en otra parte: "Escuchadme, Madre mía; es necesario que me concedáis lo que os pido. Si me lo negáis, ¿qué se diría de vos? ¿ó que no habéis podido oírme ó que no lo habéis querido; nadie creerá que no habéis podido, porqueseis harto conocida; y el que no hayais querido, confieso que mejor querría oír decir que no habéis podido. ¿Cómo no querer, Madre mía, la Madre de la gracia, de la misericordia y de la clemencia oír á uno de sus hijos? ¿qué sería de vuestra reputación? Pensadlo; y salid de ello como podais. 1

La fe, madre de esa piedad filial, se manifiesta de muchos modos. Me contentaré con citar el ejemplo siguiente, que me es particularmente conocido: Un canónigo frances y uno de sus colegas de Nápoles se pasean por el campo, entran á un jardín para comer allí higos frescos. Después de comerlos piden á la ama de la casa agua para lavarse las manos y un lienzo para enjuagarlas. Antes de que se haya llevado el lienzo, el canónigo frances toma la pri-

1 *María Stella del mare. Delsig. de Concillii Giudice alla G. C. di Napoli. In.—8.*

mera toalla que encuentra: "No, no, Padre le dijo la excelente mujer, no es digna esa toalla de enjugar los dedos que tocan todos los días á Nuestro Señor Jesucristo." Y corre al punto á su armario y saca de él el pañuelo de batista más blanco y fino que encuentra y lo presenta al sacerdote.

Además, la fe de los napolitanos es proverbial en Italia. Uno de nuestros amigos se despedía del santo Padre Gregorio XVI: "Supuesto que vais á Nápoles, le dijo su Santidad, traedme una poca de la buena fe napolitana: *Apportatemi un poco di fede napolitana*." Conviene decir que los sacerdotes celosos, con que se honra Nápoles, se toman un trabajo infinito por mantener aquella piadosa disposición. Por la tarde abren los oratorios para el pueblo. Hay en ellos instrucciones, confesiones, oraciones hasta las once y doce de la noche; nada se escapa á su caridad. ¿Se creería en Francia que yo he visto á los presidirios atravesar las calles de Nápoles ó ir como los seminaristas á los ejercicios del retiro que se les da cada año para prepararles á la Pascua? El gobierno mismo, que en ciertos casos toma un aire de despotismo religioso, secunda aquí el celo del clero. Una ley pone en el deber á cada comuna de hacer el gasto necesario, para tener un predicador durante la cuaresma. Estos honorarios, cuyo máximun fija la ley, no pueden pasar de 60, 40, ó 30 ducados, según la importancia de la localidad. Esta ley fué dada no tanto por el objeto de remediar la indiferencia de los habitantes, cuanto por el de poner un límite á su generosidad.

Las autoridades municipales no se ocupan, pues, solamente del embellecimiento y del buen estado de su comuna, sino que consagran además una parte de sus rentas públicas al bien moral de sus administrados; hé aquí ciertamente una institución popular y verdaderamente católica. A pesar de todo esto hay mal en Nápoles; pero

hay remordimientos; los dos elementos en lucha. Con una fe muy robusta, nuestros hombres de la edad média se dejaban llevar de tiempo en tiempo á graves desórdenes; luego, recobrando su imperio la religión, entraban en sí mismos, se daban golpes de pecho, reparaban sus iniquidades y morían penitentes y santos. Tal es, con pocas diferencias, el estado actual de las poblaciones napolitanas. Los puñales que se encuentran suspendidos delante de los altares de la Santísima Virgen son una prueba de este hecho y un homenaje al poder de la religión. En todos los países, el cojo deja sus muletas en el altar de su protector cuando ha sido curado; éste es un monumento de la bondad del uno y del reconocimiento del otro. En Nápoles, el asesino, el vengativo, ese enfermo moral á quien María ha curado y desarmado, viene á depositar el arma homicida ante la imagen de su libertadora. En este espectáculo se llora sin duda sobre la perversidad humana, pero también se admira y se bendice el poder de la religión sin el cual uno de aquellos puñales hubiera sido tal vez para uno de nosotros.

La fe agita todavía de una manera muy consoladora las costumbres públicas. Cuatro grandessíntomas anuncian la decadencia de las naciones, y prueban el exceso de la inmoralidad del espíritu y del corazón; ya he citado el infanticidio, la locura por razón de las pasiones, la impenitencia final y el suicidio. Ahora el infanticidio es muy raro en Nápoles. La exposición misma es de uno por siete, mientras que en París es más de una tercera parte, y en Londres se eleva hasta cerca de la mitad de los nacimientos. A pesar del ardor del clima Nápoles cuenta siete veces menos locos que París, y diez ó doce veces menos que Londres. Sobre cuatrocientos mil habitantes, Nápoles no ve anualmente más que de veinticinco á treinta suicidios, mientras

que Paris da por término medio, uno y medio por día. Parece desde luego que nosotros estamos poco autorizados para reprochar á los Napolitanos sus desórdenes morales. No quieren negarlos; pero solo las cifras que preceden enseñan todo lo que hay de exageración en las relaciones de ciertos viajeros.

Cuando volviamos al hotel, una mujer del pueblo le rogó á nuestro guía, que era su conocido, que entrase á su casa; él aceptó y nosotros le seguimos. Nos vimos muy pronto rodeados de muchos niños, que reconociéndome por sacerdote vinieron á besarme las manos. Preguntamos á la mujer si todos aquellos niños le pertenecían. "Sí, nos dijo ella, hay solo dos que son *figli della Madonna* (hijos de la Virgen). No es raro en Nápoles ver á las gentes más pobres encargarse por devoción de uno ó de muchos niños expósitos, ó bien de adoptarles en cambio de los que han perdido. Estos hijos eran los que decía la virtuosa mujer y á quienes ella les designaba bajo el nombre tierno, consagrado por el uso napolitano, de *hijos de la Santísima Virgen*.

NOTA DE LA PAGINA 12.

El testimonio unánime de los siglos, la palabra solemne de los soberanos Pontífices y los homenajes no interrumpidos del mundo católico establecen á la vista de todo hombre sensato la certidumbre de estos monumentos venarables. (a) Reconocida la autenticidad, dejadme referir sobre el *velo sagrado* una tradición muy antigua. (b) El rumor de los milagros de Nuestro Señor había llegado á oídos de Tiberio. Habiendo caído enfermo el emperador, deseó conocer á aquel personaje extraordinario que vivía en la Judea. Si es un Dios, decía él, puede socorrerme, si es un

(a) Benedict. XIV, *de festis Domini, etc.*; de Feria VI in Parasceve, p. 195 á siguientes.

(b) Foggino, *de Romano, etc.*; p. 38 y siguientes.

hombre puede ayudarme con sus consejos. Llamó, pues, á uno de sus oficiales llamado Volusiano y le hizo partir á Palestina con orden de llevar á Jesús. El oficial se embarcó al punto; pero contrariado por el mar perdió mucho tiempo y no llegó á la Judea sino hasta después de la muerte de Nuestro Señor. No pudiendo ya cumplir su misión quiso al menos llevar al emperador un recuerdo del Nazareno. Supo que una mujer que habitaba la ciudad de Tiro había sido curada por Jesús y que conservaba su retrato. Volusiano la mandó buscar y la obligó á seguirle con el retrato que ella poseía. A su vuelta á Roma, llevó Volusiano á aquella mujer delante de Tiberio. Al verla la preguntó el emperador, si era cierto que había sido curada por Jesús. Así es, respondió esta mujer, y al mismo tiempo le presentó la imagen del Salvador á Tiberio, quien fué curado al punto. El emperador penetrado de reconocimiento, se dirigió al Senado y propuso que se pusiera á Jesús en el número de los dioses. Los enadores se negaron á ello; entónces este príncipe que hasta allí se había mostrado dulce y humano, se dejó llevar de su cólera y mandó matar un gran número de senadores y de ilustres Romanos. En cuanto á la mujer de Tiro, permaneció en Roma y dió la imagen del Salvador al papa San Clemente, quien la conservó preciosamente y la trasmitió á sus sucesores. (a)

Hay muchas observaciones que hacer sobre esta tradición. 1.º Ella dice que Tiberio conoció los milagros del Salvador. Este hecho está atestiguado, por otra parte, por Tertuliano y San Justino, que dicen en sus apologías, que las actas de Nuestro Señor, escritas por Pilatos, estaban conservadas

(a) Véase á Foggino, p. 37 y siguientes.—Poseemos una disertación excelente sobre la verdad de esta tradición y la autenticidad de esta imagen en Zinelli, *Biblioth. eccl.*, T. III, p. 263, edición de Venecia, 1840, in—8.º

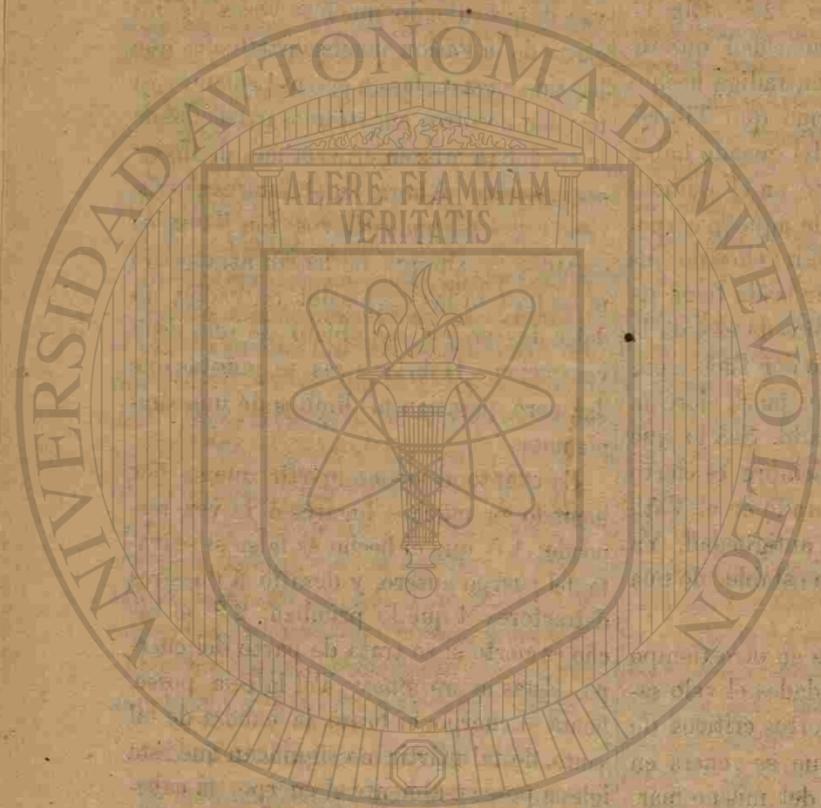
en Roma en los archivos del Senado; se sabe además que los gobernadores de provincias mandaban al emperador la relación de todo lo extraordinario que pasaba en su gobierno; igual cosa se hace hoy en Francia y en todas partes. 2.º Ella no contiene ninguna particularidad que repugne á la razón ó que contradiga hechos conocidos. 3.º Ella afirma que Tiberio irritado con la negativa del Senado había hecho admitir á Jesucristo en el número de los dioses y se vengó de aquella corporación mandando matar á muchos de sus miembros. Este pormenor nada tiene de contrario á la historia; lejos de eso, da la razón de un hecho referido por Tácito, por Suetonio, es á saber: la venganza ejercida por Tiberio contra el Senado. Sea lo que fuere de esta tradición, siempre es cierto que el *velo sagrado* es honrado en el Vaticano desde la más remota antigüedad. Ya en el siglo octavo se había establecido una fiesta en su honor.

No falta quien diga que en otro tiempo se honraba en muchas ciudades el velo sagrado; no temen, como ciertos críticos de nuestros días, avanzar que se venera en muchos lugares el cuerpo del mismo mártir. Puesto que he sido traído á este terreno, es necesario responder brevemente á esas pretendidas dificultades: 1.º Poco importa lo que pasa en las otras iglesias; basta saber que el *velo sagrado*, conservado en Roma, reúne en primer lugar las tres pruebas de autenticidad; la antigüedad del testimonio, la prioridad del culto y el juicio de la autoridad competente; 2.º que la existencia simultánea de muchos velos ó pañuelos santificados con el contacto del Salvador, nada tiene de imposible y hasta

diré que es verosímil para quien conoce un poco la historia de los primeros cristianos; 3.º que muchos han podido ser llamados *velo sagrado* porque contenían algún pedazo del verdadero. Así como se van desprendiendo muchas veces de los clavos de la Pasión, muchas partículas que han sido engastadas en clavos profanos, así también nosotros engastamos partículas de la verdadera cruz en otras cruces de diversas materias. Ahora, en el lenguaje cristiano estos segundos clavos son llamados sagrados; y aunque no hayan atravesado ni los pies, ni las manos del Salvador, no dejan de ser por eso objeto de una justa veneración. Habría otras respuestas que dar, pero pasarían los límites de una simple nota.

En cuanto al mismo mártir que se dice honrado en muchos lugares á la vez, respondo: 1.º que el hecho es falso si se trata del cuerpo entero, y desafío á nuestros detractores á que lo prueben; 2.º el hecho es cierto si se trata de parte del cuerpo. Estas expresiones: Tal iglesia posee, honra el cuerpo, el brazo, la cabeza de tal santo, de tal mártir, no significan que esta iglesia posee realmente el cuerpo, la cabeza, el brazo entero del santo ó del mártir. Ordinariamente solo indican que posee una parte de aquellas cosas. Este modo de hablar, usado desde los primeros siglos, en el cual se toma la parte por el todo, está lleno de un sentido profundo; él dá á conocer que la virtud del santo está toda entera en la menor parte de sus reliquias. (a) Ya tendré ocasión de volver á esta materia al hablar de las catacumbas.

(a) San Basilio *orat. in 40 martyr.*; Bar., an 35; n. 15 Mazzol., t. 1, p. 3.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Págs.		Págs.
1° de Enero de 1842. El primer día del año en Roma. Visita á San Pedro. Dimensión. Bellezas artísticas. La Catedral de San Pedro. Los fundadores de órdenes. Dosel. La Cúpula. San Pedro, imagen del cielo. Las Reliquias. Visita al Padre V. Varilla del penitenciarío.....	5	5—Antigua región de la <i>Via Lata</i> . Sepulcro de Publicio. Basílica de los santos apóstoles. Casa de Marcial. Templo del sol. Iglesia de San Marcelo. Palacio Doria. Iglesia de Santa María <i>in Via Lata</i> . Prisión de San Pablo. Palacio de Venecia. Iglesia de San Marcos.....	36
2—Organización del gobierno eclesiástico. Congregaciones romanas; su objeto, su origen, su constitución. La Propaganda. El Santo Oficio. El <i>Index</i> . La congregación del Concilio. Del exámen de los obispos. De la residencia de los obispos. De los obispos y de los regulares. De la inmunidad eclesiástica. Congregación consistorial. Congregación de los ritos. De las indulgencias y de las santas reliquias. De los negocios eclesiásticos extraordinarios. Bautismo de una familia judía; su historia.....	14	6 de Enero. La Epifanía en Roma. Misa latina, griega, armenia, maronita. Agapas en la Propaganda. Fiesta de las lenguas. Impresiones.....	41
3—La Penitenciaría. La Dataría. La Cancillería Roma. La Rota. Las Encíclicas. Los Breves. Las Bulas. Los Legados <i>á latere</i> . Los Nuncios. Los Legados natos. Los Delegados. Los cardenales protectores. Visita á la familia judía. Conservatorio de los neófitos.....	24	7—El Quirinal. Templo del dios Fidio. Templo de Quirino. Plaza del Quirinal. Palacio. Detalles sobre el Cónclave. Recuerdos. Robo de Pío VII.....	44
4—Piscina pública. Baños de Caracalla. Estátuas. Excursion aérea. Recuerdo de Caracalla. Valle de la ninfa Egéria. Iglesia de los santos Nereo y Aquileo. Origen de su nombre de <i>Fusciola</i> . Las siete Salas. Las mulas de Sixto V. Forum de Nerva. Templo de Pallas. Mercado de los mártires.....	32	8—Fuentes de Roma. Acueductos de los antiguos romanos. Poder de la ciudad eterna.....	52
		9—Columna Antonina. La Legion fulminante. Bajo-relieve. Edicto de Marco Aurelio. Restauración de la columna por Sixto V. Monte-Citorio. La Fuente. El Gnomon. El campo de Marte. Los Septa y la Vila pública. Los jardines, los baños y el lago de Agripa.....	57
		10—El Pantheon; su historia. Riquezas. Purificación. Milagro. La Minerva. Tumba del B. Angélico de Fiesola. Cámara de Santa Catalina de Sena. Plaza Navona. Fuentes. Mercado. Juegos. Santa Inés.....	61
		11—Palacio Braschi. Anécdota. Plaza de Pasquino. <i>Chiesa nuova</i> (iglesia nueva). Recuerdos de San Felipe Neri. El joven Spazzara. <i>Campo di Fiore</i> (Campo de	TOMO II.—36

	Págs.		Págs.
Flora). Teatro, pórticos, curia de Pompeyo. Muerte de César. Palacio Spada. Estátua de Pompeyo. San Gerónimo de la Caridad. Maumáquia de César. Combate naval.....	66	bas. Reliquias de mártires. Los Trastiberinos. San Pedro <i>in Montorio</i>	99
12—Audencia papal. Impresiones. Acogida del Santo Padre. Reinado pontifical. Gabinete particular de Su Santidad Gregorio XVI. Ceremonia de besar los pies.....	71	20 de Enero. Una ejecucion.....	104
13 de Enero. Visita al P. Mautone. Detalles sobre San Alfonso; su canonización. Carta del Santo. ¿Es su teología una teología local, nueva, peligrosa, de contrabando? Picante conversacion del buen padre. Visita a San Luis de los Franceses.....	75	21—Misa en la prision de Santa Inés. Bendición de los corderos en Santa Inés <i>extra-muros</i> . Pormenor sobre el <i>Pallium</i> . Descripción de la iglesia. Iglesia de Santa Constancia. Oraciones de la tarde. Visita al cardenal Pacca.....	107
14—El abate Palotta. El padre Bernardino. El padre Ventura. Predicacion italiana.....	80	22—Conversion de M. Ratisbone. Relacion de M. de Boussieres.....	112
15—Iglesia de Belisario. Santa María <i>in Formica</i> . Hoguera imperial. Descripción. Funerales de Augusto; su mausoleo. Pormenores sobre la camisa de amianto.....	83	23—Iglesia de San Andrés <i>delle Fratte</i> . Recuerdo del cardenal Consalvi. Reflexiones sobre las artes en Roma. Conversacion de Canova con Napoleon. Visita a los palacios y a las galerías particulares. Palacio Barberini. Palacio Borghese.....	115
16—Plaza del pueblo. Obelisco. Santa María del Pueblo. Naumáquia de Domiciano. Trinidad de los Montes.....	86	24—Palacio Ruspoli. Escalera. Palacio Chigi. Galería. Biblioteca. Palacio Rospigliosi. <i>Aurora</i> del Güido. Busto de Scipion el africano. Iglesia de San Ignacio. Sepulcro de San Luis Gonzaga. Iglesia de Jesus. Tumba de San Ignacio. Baños de Neron. Palacio Madome. Iglesia de San Eustaquio.....	118
17—Templo de Antonino. Puente y Castillo Sant-Angelo. Anécdota sobre una cuadrilla de bandidos. Santa María <i>in Traspontina</i> . Columnas de San Pedro y de San Pablo. Cúpula de San Pedro. Palla (Bola). Cementerio de los peregrinos.....	89	25—Santa María de la Paz. Recuerdos de Sixto V. Sibylas de Rafael. Palacio Vidoni. Fastos sagrados de Vérrius Flacus, Vérrio Flaco. Palacio de Mattei. Bustos de los emperadores. Pinturas del Dominiquino. Palacio Corsini. <i>Ecce Homo</i> del Guerichino. Pinturas de Pablo Veronés, del Ticiano. Farnesina. Iglesia de San Andrés <i>della Valle</i> . Pinturas de la cúpula del Dominiquino.....	122
18—El Trastevere. Puente Fabricio. Isla de Tiber. Puente Costio. Recuerdos paganos. Monumentos cristianos. Martirio de Santa Cecilia; su tumba. Su cuarto de baño. Mosáicos de la ábside y del coro. Reliquias. Vaso del Pórtico. San Francisco <i>a Ripa</i> . Cámara de San Francisco. Claustro del convento.....	94	26—Palacio Farnesio. Fuentes. Pórticos. Esculturas. Pinturas. Triunfo de los Romanos. Descripción del triunfo de Tito. Itinerario de los triunfadores. Fin del triunfo. Reflexiones.....	125
19—Santa María <i>in Trastevere</i> . <i>Taberna Meritorio</i> . Rescripto de Alejandro Severo. Milagro de la fuente de aceite. Pruebas. Primera iglesia de Roma dedicada a la Santa Virgen. Visita de la fuente. Inscripciones. Mosáicos. Tum-		27 de Enero. Consistorio público en el Vaticano. Ciuco cardenales más. Tradicion del sombrero. Anécdota. Vuelta al Forum. Segunda página del triunfo. Mercado de esclavos. Suerte de los esclavos entre los Romanos.....	130
		28—Segunda parte del triunfo. Mercado de esclavos; Condicion del esclavo. Em-	

	Págs.		Págs.
pleos. Tratamiento. Esclavos fugitivos. Castigo.....	132	blicos. Socorros particulares. Limosnería apostólica.....	16
29—Roma puramente cristiana. Carácter de la caridad romana. Mapa del dolor. Caridad romana con el recién nacido y el huérfano. Hospital del Espíritu Santo. Descripción de este hospital.....	137	7—Anécdota. Otras caridades con el pobre; visitas a las casas. Comision de los subsidios. Préstamo de dinero al pobre. Cuidado con sus pequeñas economías. Loteería. Defensa de sus intereses temporales. Cofradía de San Ives.....	170
30—Caridad romana con el recién nacido y con el huérfano. Hospital de San Roque <i>in Ripetta</i> . Santa María <i>in Aquiro</i> . Los hijos del Letrado.....	143	8—Carnaval. Caridad romana con el pobre sin abrigo. Visita a Santa Galla y a San Luis.....	173
31—Bautismo de M. Ratisbone. Continuacion de la visita de Roma cristiana. Caridad romana con el huérfano. Hospicio apostólico de San Miguel. Su origen. Sus cuatro familias. Su organizacion.....	146	9—El dia de la Ceniza. Capilla papal. Caridad romana con los ancianos. Con las viudas. Asilo Barberini para los moribundos. Ministros de los enfermos. De los muertos. Archicofradía de la Muerte. Del Sufragio. El <i>Ave Maria</i> de los muertos.....	178
1º de Febrero. Visita al cardenal Mai. Origen de la fábula de la papisa Juana. Caridad romana con el huérfano (continuacion). Hospicio de Santa María de los Angeles. Hospicio de Tata-Giovanni.....	150	10 de Febrero. Los Sacconi. Limosnas particulares. Reflexiones sobre la caridad romana.....	183
2—Fiesta de la Candelaria. Cirio bendito. Caridad romana con la huérfana. Santa Cecilia de los Cordeleros. Los cuatro santos coronados. Las mendicantes. El Zoccoletto. Conservatorio de la Virgen de los Dolores. Conservatorio Borromeo, de Santa Eufemia, de la Divina Providencia.....	153	11—Rotonda de San Juan <i>Ante Portam Latinam</i> . Columbarium de Pomponio Hylas. De la familia Volusia. Sepulcro de los Scipiones. Camino de la Cruz en el Coliseo.....	188
3 de Febrero. Visita al cardenal Mezzofanti. Anécdotas. Caridad romana con la huérfana (continuacion). Conservatorio Pio. Santa María del Refugio. Dotes. Archicofradía de la Anunciacion. Capilla papal en la Minerva.....	157	12—Miseria intelectual. Caridad romana con los ignorantes. Escuelas regionarias. Su disciplina. Su número. Escuelas gratuitas. San José de Calazans. Origen de su obra. Sus desarrollos. Otras escuelas particulares para los jóvenes. Las Doctrinarias. Los hermanos de las escuelas cristianas.....	191
4—Caridad romana con los enfermos. Hospital de San Salvador. De Santiago. De San Galicano.....	161	13—Visita a las escuelas de niñas. Fundacion de la B. Angela de Merici. Escuelas pontificales. Escuelas de piadosas maestras. Otros establecimientos. Observaciones. Resúmen.....	194
5—Caridad romana con los enfermos que necesitan socorros prontos. Hospicio de Santa María del Consuelo; de los Benfratelli; con los enfermos crónicos; con los que no necesitan remedios ó cuidados domésticos; las visitas y la limosnería apostólicas.....	164	14—Salida para Nápoles. Albano. Recuerdos de San Buenaventura. La Palazzola. Ruinas de Alba-la-Longa. Monte Cavo. Lago de Albano. Las Nymfeas. El emisario. Castel-Gandolfo. Pretendidos sepulcros de Ascánio y de los curcios. Horacio y San Pablo. Aricia. Genzano. Lago Nemi. Ciudad Lavinia.....	196
6—Caridad romana con el convaleciente. Con el pobre que sana. Trabajos pú-		15—Velletri. Cisterna. Recuerdo de San Pablo. Las lagunas pontinas. Ardea.	

	Págs.		Págs.
Antium, Sezze. Línea Pia. Forapio.		Recuerdo del desgraciado Conradino. El	
Recuerdo de San Pablo. <i>Fosa Nuova</i> .		<i>Gesu Nuovo</i> . Celda de San Gerónimo.	
Recuerdo d' Santo Tomás. Terracina.		Excursion al lago de Agnano. Gruta del	
Templo de Júpiter. Anxurus y de Mi-		Perro. Villa de Poliun. Tumba de Vir-	
nerva. Castillo de Teodorico. Catedral.		gilio Santa María del <i>Parto</i> . Sepulcro	
Hospital y palacio de la residencia.....	200	de Sannazar. Santa María á <i>Pic di Gro-</i>	
16— <i>de Febrero</i> . <i>Guardiola</i> (Guardiolas).		<i>tta</i> (al pié de la Gruta).....	224
Recuerdos de Tiberio. Recuerdos de Es-		21— <i>de Febrero</i> . Gruta de Pausilipo. Pouz-	
menardo. Fondi. Celda de Santo To-		zoles. Recuerdo de San Pablo. Cate-	
más. El corsario Federico Barbaroja.		dral. Recuerdo de San Juanuario. Pe-	
Itri. Sepulcro de Ciceron. Mola di Ga-		destal del templo de Tiberio. Templo	
ta. Vila de Ciceron. Recuerdo de Gaeta.		de Sérapis. Vía Campaniana. El lago	
Minturna. El Iris. La Campaña.....	207	Lucrino. Anécdota. El lago Averno y la	
17—Recuerdos de Anibal. Capua. Anfí-		Gruta de la Sibyla. Baja. Cúmas. Bau-	
teatro. Musúcos. Catedral. Recuerdos		li. El cabo Mysena. Piscina admira-	
de Belarmino. Aversa. Establecimiento		ble. Los Campos Elíceos. El Macaro-	
de dementes. Nápoles. Los Lazzaroni.	212	ni. Recuerdos é impresiones....	229
18—Vista general de Nápoles. Encuentro		22—Pompeya. Historia y ruina de la ciu-	
con un regimiento de la guardia real.		dad. Aspecto general. Impresiones. Exá-	
Catedral. Tumba de Carlos de Anjou.		men de los edificios religiosos, civiles y	
Columnas antiguas. Bautisterio. Basí-		privados. Reflexiones.....	243
lica de Santa Restituta. Historia de		23—Los Studj ó museo Borbon. Vida re-	
esta santa.....	217	ligiosa. Vida privada de los antiguos... 254	
19—Segunda visita á la catedral. Capilla		24—El Vesubio. Resina. La Ermita. Re-	
del Seminario. De Minutolo. Crypta.		cuerdo de Spartaco y de Plinio. Llegada	
Sepulcro del rey Andrés. Capilla de San		á la cima del Vesubio. Descenso al crá-	
Januario. Tesoro. Sacristía. Baston de		ter. Fertilidad de los terrenos volcánicos.	
San Pedro. Iglesia de los Cartujos. Pa-		Herculano. Portici. El <i>Corricolo</i>	262
labras de un Papa.....	221	25—El hospicio de los pobres. Carlos III.	
20—Iglesia de San Pedro <i>ad Anam</i> . De		Benedicto XIV. El padre Rocco. Ca-	
la piedad de Sangre, de San Pablo Ma-		ridad napolitana con los niños abando-	
yor, de San Cayetano de Tiena, de San		nados. Ponti-Rossi. San Juanuario de los	
Andrés Avelino. V. Cámara de este último.		pobres. Catacumbas. Colegio Chino.	
Santo Domingo Mayor. Cuadros. Sepul-		<i>Gesu Vecchio</i> (antiguo Jesus). Cuerpo	
cros reales. Recuerdos de Santo Tomás.		de San Crisanto y de Santa Daria. La	
<i>L'Incoronata</i> . Frescos de Giotto. Igle-		Vestal mártir. Piedad napolitana. Cos-	
sia del Monte Oliveto. Recuerdos del		tumbres públicas. Anécdota.....	267
Tasso. De Santa María del <i>Carmine</i> .			

FIN DEL INDICE DEL SEGUNDO TOMO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

